





6-5-13

HISTORIA

UNIVERSAL

ANTIGUA Y MODERNA.

TOMO VII.



FACULTAD DE DERECHO
Biblioteca

11 Consulta en Sala
Excluido de préstamo
(201)

SEAT SUA ENIGNE DINA.

VIRG.

R. d. 104827

BIBLIOTECA UCM



5306481932

5 (FA)
50172

HISTORIA UNIVERSAL

ANTIGUA Y MODERNA,

FORMADA PRINCIPALMENTE

CON LAS OBRAS DE LOS CELEBRES ESCRITORES

EL CONDE DE SEGUR, ANQUETIL Y LESAGE,

Y CON PRESENCIA DE LAS ESCRITAS

POR

**M. MILLOT, MULLER, CHATEAUBRIAND, BOSSUET, THIERS, GUIZOT,
GOAT, MICHELET, MIGNET, ROBERTSON, NODIER, MONTESQUIEU,
ROLLIN, MARIANA, MIÑANA, SOLIS, TORENO, MARLIANI, MICHAEL etc.**

FINALIZANDO

CON UN DICCIONARIO GEOGRÁFICO UNIVERSAL.

OBRA COMPILADA

POR UNA SOCIEDAD HISTORIOGRÁFA,

BAJO LA DIRECCION DE

A. MARTINEZ DEL ROMERO,

**INDIVIDUO DE VARIAS SOCIEDADES ARTÍSTICAS Y LITERARIAS,
NACIONALES Y EXTRANJERAS.**

**MADRID:
1842.**



BIBLIOTECA
DE DERECHO

X531835142

Oficina del Establecimiento Central,
calle de Atocha, núm. 63, cuarto principal.

HISTORIA UNIVERSAL.

CONTINUA EL LIBRO MONO.

CAPITULO VII.

LOS MACABEOS.

Martirio de Eleazar y de los jóvenes macabeos. — Matatías. — Arzobispos de Judas Macabeo. — Judas Macabeo. — Muerte de Antíoco. — Muerte heroica de Eleazar. — Gobierno de Jonatás. — Alianza entre Jonatás y Alejandro Bala. — Gobierno de Simon. — Jerusalem libertada por Hircano.

MARTIRIO DE ELEAZAR Y DE LOS JÓVENES MACABEOS.—(A. M. 3837. — A. C. 167.) En medio del abatimiento jeneral se notaron algunos rasgos de valor que debieron presajiar al rey la revolución que siempre aborta el exceso de la injusticia, y enseñarle que es mas fácil matar á los hombres que hacerles mudar por fuerza de opinion. Eleazar, anciano de edad de cien años, fué uno de los primeros en dar la señal de una santa resistencia. En vano se emplearon las amenazas y la seducción para hacerle faltar á su ley: «Mas bien quiero, dijo, morir que disimular. Podré libertarme de las manos de los hombres, mas no de las de Dios. No mancillaré los pocos dias que me res-

«tan, y en mí aprenderán los jóvenes á preferir la ley del Señor á su propia vida.» Los verdugos irritados le atravesaron con una espada. Su piedad y sacrificio tuvieron imitadores. Siete hermanos de edad juvenil y de la familia distinguida de los macabeos, célebres por su piedad, conducidos á la presencia de Antíoco que esperaba, haciéndoles prevaricar, corromper con su ejemplo al corto número de judíos fieles, insensibles á sus caricias y amenazas, sufrieron espantosos tormentos, siendo su madre testigo y víctima de su suplicio. Se les cortaron las manos y los pies, y se arrojaron los troncos á una caldera de agua hirviendo. En medio del martirio hablaron al tirano con una santa libertad y le anunciaron el castigo que el cielo le preparaba. Antíoco, creyendo que su crueldad le seria mas dañosa que útil si ninguno cedía, aparentó compadecerse del mas joven, é incitó á la madre á que conservase el único hijo que le quedaba; pero aquella mujer valiente escortó al joven á imitar la constancia de sus hermanos. El rey, enfurecido, hizo morir al hijo y á la madre.

MATATIAS.—Mientras que todas las ciudades de la Judea esta-

ban entregadas al hierro de los asesinos ó á la ignominia de la apostasia, Matatias, sacerdote de la familia de Aarón, estimado por su nacimiento y virtudes, huyó de Jerusalem con sus hijos, no por libertarse del martirio, sino para defender la religión, la independencia y las leyes de su pueblo, y vengarlo de tantas injurias y crueldades. Sus hijos eran Juan, por sobrenombre Gaddis, Simon Thasi, Judas Macabeo, Eleazar, Abaron y Jonatás, apellidado Afo. En ningún país ha habido héroes cuya memoria haya sido mas digna de conservarse entre sus compatriotas.

La Judea era esclava: sus guerreros habian sido exterminados, sus riquezas robadas, y las tropas sirias ocupaban todas las fortalezas. El pueblo, cansado de persecuciones y asesinatos, no poseia mas que la vida, y para conservarla obedecía al opresor. En esta situación tan deplorable, un solo hombre, sin mas auxilio que el de su familia, formó el proyecto de arrojar á los extranjeros, restablecer la independencia de su nación, y restituir al templo su esplendor antiguo. Esta es la grande empresa que comenzó Matatias, y que sus hijos consumaron. Su pri-

mer golpe fué de aquellos que electrizan á las almas abatidas y las inflaman con el espectáculo de un ejemplo atrevido y grande. Entró en Modin, habló al pueblo, recordóle su gloria pasada y su presente humillacion, pero en vano le exhortó á preferir una muerte gloriosa al sacrilegio y la apostasia. Los oficiales de Antíoco se presentaron y mandaron hacer un sacrificio á los ídolos; todos guardaban un vergonzoso silencio. Un judío, mas corrompido ó mas cobarde que los otros, se acercó al pie del altar. Matatías le atraviesa con su espada, mata al oficial sirio que le protegia y derriba el altar y el ídolo delante de la tropa. (A. M. 3837. — A. C. 167.) En seguida hace presente á los habitantes que despues de la accion no habia que esperar clemencia para la ciudad, ni otro partido que adoptar que la muerte ó la victoria. La multitud, débil é indecisa se dispersa: los hombres de valor se unen á Matatías, y se retiran con él á su montaña donde poco á poco se fortificó su partido con los que conservaban alguna religion y patriotismo: las tropas de Antíoco vinieron á atacarle, pero animados los judíos por la desesperacion, batieron á sus enemigos

y los pusieron en huida. Este primer triunfo aumentó los partidarios del vengador de Israel, y dentro de poco pudo salir de su retiro, conseguir ventajas mas importantes, y libertar del yugo á muchas ciudades de Judá. Matatías, muy avanzado en edad, terminó su gloriosa carrera dejando á Simon el gobierno administrativo, y á Judas el del ejército.

JUDAS MACABEO.—(A. M. 3838. — A. C. 168.) Judas, como hemos visto mas arriba, llevaba el nombre de macabeo, presagio feliz de sus victorias. Este ilustre guerrero fué la gloria de Israel, y á quien debió su salvacion. Un valor indomable, una piedad sin límites, una justicia inflexible, y una inconcebible celeridad en sus empresas, fueron las principales prendas de este héroe, que venció y arruinó con solo seis mil hombres, los numerosos ejércitos de Siria;—conquistador tanto mas afortunado, cuanto la justicia sonreia á sus conquistas. «Revistióse, dice la Escritura, de sus armas como un gigante, y su espada protegia á sus tropas; presentóse en los combates como un leon que corre á su presa, y por todas partes esparció el terror de su nombre.»

Apolonio fué el primer jeneral de Antíoco á quien venció. Desde el principio de la batalla buscó al jefe enemigo, le mató y se apoderó de su espada. El ejército sirio, consternado por la muerte de su capitán, huyó y dejó á los enemigos un inmenso botín. Judas contaba mas con el valor que con el número de los soldados; no queria tener sino á los que eran á toda prueba; despedía á los tímidos y castigaba con el mayor rigor á los que violaban la ley de Moisés.

Los judíos asiduos, esto es, esparcidos en los países extranjeros, tenían una sinagoga en Jerusalem donde se observaba con mas zelo y regularidad la ley del Señor. Estos se reunieron con Judas y aumentaron sus fuerzas reparando las pérdidas ocasionadas por la guerra.

Seron, otro jeneral de Antíoco, marchó contra Judas para vengar la muerte de Apolonio; pero fué completamente vencido. Ardiendo Antíoco en deseos de venganza envió á Ptolemeo, á Nicanor, y á Gorjias, sus tres jenerales mas acreditados, con un ejército de cuarenta y siete mil hombres bien escogidos. Judas, creyendo que no era todavía tiempo de ocu-

par á Jerusalem, reunió en Masfa á los levitas, despidió á sus hogares á los casados y propietarios que temian el écsito de la batalla, y dijo á la pequeña tropa escogida que se quedó: «Valor! mañana pelearemos con esos extranjeros conjurados para nuestra ruina y la de nuestra religion. Pensad que vale mas morir en el combate, que vivir para ser testigos de las calamidades de la patria y de la destrucción del culto.» Gorjias, al frente de una division numerosa, habia marchado rápidamente para sorprender á Judas en su campamento de Emmaus, y los sirios creyeron que este movimiento decidiria la suerte de la guerra. Judas abandonó su campo, y marchó por otro camino al frente de tres mil hombres á atacar el ejército sirio, mientras Gorjias entraba en Emmaus, desierto y abandonado.

Sorprendidos los sirios de aquel ataque imprevisto y admirados de los prodijios de valor que hacian los judíos armados solamente de clavos, huyeron á pesar de los esfuerzos de Ptolemeo y Nicanor. Los soldados de Judas tomaron las armas de los vencidos, y los persiguieron tan vivamente, que los echaron de Judea. Gorjias, viendo derrotado

■ grueso del ejército, huyó también. Los judíos hallaron en el campo de los sirios mucho oro, plata, telas de púrpura y otras riquezas.

Antíoco, que hacia entonces la guerra en Persia, habia encargado el gobierno de Siria á Lisias. El cual sabida la nueva victoria de Macabeo, resolvió vengarla con toda prontitud para evitar el enojo del rey. Púsose al frente de sesenta mil hombres, y creyendo seguro el triunfo llevó consigo unos mercaderes de Tiro para que comprasen los esclavos que iban á ganar. Marchó á Batóron, Judas le salió al encuentro con diez mil hombres y le venció matándole cinco mil soldados. El rejente volvió á Antioquía á reunir nuevas fuerzas. Judas, aprovechándose del descanso producido por sus victorias, fué á Jerusalem y se apostó con su ejército sobre ■ montaña de Sion. Vieron desiertos los lugares santos, profanado el altar, quemadas las puertas y el atrio llano de zarzas y malezas. Destrozaron sus vestidos, hicieron grande llanto y pusieron ceniza sobre su cabeza. Se prosternaron con ■ rostro en tierra, y el aire resonó con sus gemidos. Judas colocó una parte de su jente alrededor de la ciu-

dadela donde se habian quedado los sirios y los apóstatas, y empleó la restante en purificar el templo, reedificar el santuario y colocar en el lugar santo nuevos vasos, velos, y ornamentos. Terminadas estas obras, se celebró solemnemente la dedicacion del templo y Macabeo hizo un sacrificio público en accion de gracias por la libertad de Israel. Despues fortificó á Sion, rodeó la ciudad de murallas y torres, y construyó varias fortalezas en el país.

Los idumeos, ammonitas y galileos, miraban con envidia que Jerusalem resucitase de entre sus ruinas, y atacaron á Judas con un grande ejército á las órdenes de Timoteo. Judas y Simon, su hermano, los vencieron en muchas refriegas, tomaron muchas ciudades por asalto, y les quitaron un gran botin y muchos esclavos. Los árabes aumentaron el número de los enemigos y de las victorias de los judíos. Un solo contratiempo turbó el curso de tantas prosperidades: mientras que Judas, Jonatás y Simon proseguian sus triunfos, dos jenerales judíos, José y Azarias, quisieron también su parte de gloria y atacaron imprudentemente en Jamnia á los sirios mandados por Gor-

flas. Este batló á los judios, les maló dos mil valientes, los puso en derrota y los obligó á huir y á volver á Judea.

MUERTE DE ANTÍOCO.— (A. M. 3841. — A. C. 163.) Antíoco, despues de haber atacado sin buen écsito á Elimaida y Persépolis, cuyas riquezas habian tentado su avaricia, volvía tristemente á Babilonia, cuando recibió la noticia de la derrota de sus tropas en Judea. Indignado de ver que Jerusalem recobraba su independendencia, y que el altar del Dios de Israel se alzaba sobre los restos del ídolo de Júpiter, juró que iría él mismo á esta ciudad y que la haría el sepulcro de todos los judios; pero para castigarlo, dice la Escritura, «el Señor le envió una llaga incurable que empezó á despedazar sus entrañas.» Lejos de apartarle esta enfermedad de su designio y respirando venganza únicamente, aceleró su marcha; pero cuando sus caballos corrian con impetuosidad, cayó de su carro, y quedó con todos sus miembros lastimados.

Empeoró su enfermedad; pudríase toda su carne, y de su cuerpo salian gusanos. Abruñado de dolores, humillado, y sin esperanza, se arrepintió de sus furors. Los libros santos ase-

guran que dijo estas palabras: «Justo es que el hombre se someta á Dios, y que el mortal no se iguale á su soberania.»

Al espirar nombró por su sucesor á su hijo Antíoco Eupator, y dejó escrita una carta á los judios en la cual los ecsortaba á la sumision y les prometia que serian tratados con benignidad. Despues de haber hecho estas disposiciones, reconocido el poder de Dios y manifestado un tardío arrepentimiento, murió Antíoco, dejando á Lísias su pariente, encargado de la administracion del reino durante la edad juvenil de Eupator. Este escribió á Lísias que restituyese á los judios su templo, y les permitiese vivir segun sus leyes, pues solo se habian rebelado por conservarlas. Al mismo tiempo escribió á los judios dándoles parte de su determinacion de vivir con ellos en paz.

Judas, político tan hábil, como guerrero jeneroso, reclamó la proteccion de los romanos para consolidar la paz. Quinto Memmio, y Tito Manlio, enviados de Roma, le escribieron asegurándole lo mismo que Lísias y Antíoco; pero el rey, engañado por judios apóstatas y la codicia de los cortesanos, que sentian perder la dominacion y el

derecho de saquear la Judea, declaró nuevamente la guerra á los judíos, cuyas recientes victorias sobre los árabes y los galileos veía con envidia. El pérfido Menelao, autor de todos los males de su patria, escitaba á los sirios á la venganza; pero fué víctima de su traición. Lisias avisó al rey que las crueldades y disoluciones de este hombre habian originado las turbulencias de Judea y todas las calamidades que de ellas se siguieron. Antíoco mandó ponerlo en juicio, fué sentenciado á muerte y precipitado de lo alto de una torre. El rey atacó á Judas con un ejército, mandado por Nicanor, de ciento diez mil hombres de infantería, cinco mil de caballería, veintidos elefantes, y trescientos carros falcados. Confiado Judas en la protección del Señor, despues de haber mandado que se hiciesen oraciones públicas, salió al encuentro á los sirios, dando por señal á sus tropas la victoria de Dios. Con un escuadron de soldados escojidos atacó el cuartel de Antíoco, degolló cuatro mil hombres, mató á la mayor parte de los elefantes y esparció el terror en el campamento enemigo. Algunos dias despues derrotó completamente al ejército

del rey: en esta batalla, un judío llamado Eleazar, y que algunas versiones dicen que fué el hermano de Judas, hizo con la certidumbre de perder la vida, la acción mas heroica. Habiendo visto un soberbio elefante, que por la riqueza de su adorno conoció que era el del rey, se abrió paso por entre los enemigos, se puso entre los muslos del animal, le atravesó con la espada el vientre, y al caer fué oprimido con su peso. El rey no montaba aquel elefante, pero un hecho tan audaz animó el valor de los judíos y aumentó el temor de los sirios. No pudiendo Judas esterminar tan gran número de enemigos, se encerró en una plaza donde el rey le sitió; pero teniendo que ir á Siria á sosegar una rebelion, se reconcilió con *Macabeo*, le declaró príncipe de Judea, hizo dones y ofreció un sacrificio.

Los temores de Antíoco no tardaron en verificarse, porque Demetrio Soler se apoderó de la mayor parte de la Siria, despues de haber vencido á Antíoco y á Lisias. Bajo este nuevo reinado la paz de que gozaban tan poco tiempo los judíos, fué turbada por la traición de un habitante de Jerusalem, llamado Alcimo, que en otro tiempo

habia usurpado la dignidad de sacerdote y que estaba tachado de idolatría. Este fué á buscar á Demetrio, le hizo varios regalos y le engañó diciendo que Judas y los asidenos oprimian al pueblo y le movian á la sedicion y á la guerra. El rey mandó á Nicanor que entrase en Judea con un ejército, prendiese á Macabeo, y diese á Alcimo la dignidad pontificia. Nicanor, que estimaba á Judas, obedeció con disgusto, y hallándole prevenido para la defensa persuadió al rey que renunciase á su proyecto y concluyó un nuevo tratado de paz con los judios.

Creyéndola durable el libertador de Jerusalem, se casó y gozó algunos dias de descanso y de gloria. Pero Alcimo irritó de nuevo á Demetrio, persuadiéndole que Nicanor le habia hecho traicion. Este jeneral recibió nuevas órdenes y tuvo que comènzar otra vez las hostilidades.

Judas, segun su costumbre, saliendo al frente del enemigo declaró á su ejército que se le habia aparecido la sombra de Onias, y le habia prometido la victoria dándole al mismo tiempo una espada de oro. Tranquilos los judios con este prodijio y asegurados con sus oraciones, ya

no repararon en el número de sus enemigos; precipitáronse sobre ellos, los pusieron en derrota, y les mataron treinta y cinco mil hombres, y á Nicanor entre ellos. Judas celebró su victoria con un sacrificio solemne, y dispuso que en adelante se celebrase su aniversario. Los judios, irritados, fijaron la cabeza de Nicanor en las murallas de la fortaleza, y su mano en la puerta del templo. Ya Demetrio se habia hecho dueño de toda la Siria por la muerte de Antíoco y de Lisias. Instruido Judas del gran poder de los romanos, envió á Roma dos embajadores llamados Eupolimo y Jason, los cuales concluyeron con el senado un tratado de alianza. Sus principales disposiciones, eran que los judios no socorrerian á los enemigos de los romanos, sino que al contrario proporcionarian tropas á los ejércitos de la república sin recibir sueldo ni municiones. El senado prometia por su parte, que si acontecia una guerra al pueblo judio, él le asistiria de buena fé segun las circunstancias lo permitiesen. En consecuencia de este tratado, el senado amenazó á Demetrio si no dejaba de perseguir á los judios; pero esta amenaza llegó tarde. Báquides y Alcimo

habían penetrado con un ejército sirio en Judea, y dueños de Masaloth, sorprendieron á Judas que solo tenía tres mil hombres. Macabeo, sin esperanza de vencer, pero incapaz de miedo, no oyó los consejos tímidos, y acometió y forzó el ala derecha del enemigo; mas rodeado por la izquierda, fueron inútiles sus esfuerzos. Había peleado todo el día, cuando murió gloriosamente con la mayor parte de los suyos.

GOBIERNO DE JONATAS. — (A. M. 3843.—A. C. 161.) Jonatás y Simon, llevaron á Modin el cuerpo de Judas, y le enterraron en el sepulcro de sus padres. Todo el pueblo de Israel lloró su muerte exclamando: «Hemos perdido el hombre invencible que había salvado al pueblo de Dios.» Báquides, después de la victoria, ejerció grandes venganzas con los vencidos, dando el gobierno del país á los apóstatas mas impíos. Israel se vió oprimida de tan grande aflicción, cual nunca la tuviera después de su cautividad.

Perseguidos é indignados los amigos de Judas, se pusieron á las órdenes de Jonatás, el cual al frente de estos intrépidos soldados, venció á Báquides y lo echó de la Judea. El impío Al-

cimo que se había apoderado del sacerdocio, dice la Escritura, fué acometido de una parálisis en el momento que iba á profanar el templo, y pereció. Jonatás, libre de estos dos enemigos, gobernó dos años en paz. Báquides hizo otra invasión en Judea; pero fué vencido por Simon, y concluyó una paz definitiva. Jonatás gobernó á Judea con suma justicia y desterró la impiedad.

ALIANZA ENTRE JONATAS Y ALEJANDRO BALA. — (A. M. 3852.—A. C. 152.) Después de tan largas guerras, hubiera sido difícil á los judíos el volverse á levantar, si las disensiones de sus enemigos no hubiesen venido á su socorro. Alejandro Bala, hijo de Antíoco Epifanes, quiso apoderarse del trono de Siria. Demetrio Soter reunió todas sus fuerzas contra él; y para que los judíos le favoreciesen, solicitó la alianza de Jonatás, y le permitió reedificar á Jerusalem y levantar tropas. Jonatás, aprovechándose de una circunstancia tan feliz é imprevista, fortificó la capital y juntó un ejército. Bala dió á Jonatás el sumo pontificado, y le envió un vestido magnífico y una corona de oro. Demetrio hizo vanos esfuerzos para romper esta alianza, liberando á la Judea de impuestos,

entregando á Jonatás la fortaleza de Jerusalem y la ciudad de Ptolemaida, y ofreciendo tomar á su sueldo treinta mil judios para la guardia de sus fortalezas. Jonatás y su pueblo que no podian olvidarse de los males que el rey les habia hecho, se determinaron á seguir el partido de Alejandro y unieron con el de este príncipe sus ejércitos.

Alejandro y Jonatás vencieron á Demetrio en una gran batalla en que pereció este monarca; y Bala, pacífico poseedor de Siria, celebró sus bodas en Ptolemaida con Cleopatra, hija de Filometor, rey de Egipto. Jonatás concurrió á aquella ciudad, confundió las calumnias de los judios apóstatas que le habian querido desacreditar con Alejandro, y recibió de este el título de príncipe de Judea, poniéndole una ropa de púrpura y sentándole á su lado. No gozó Alejandro mucho tiempo de su triunfo, porque Demetrio Nicanor, hijo de Soter, reunió á los partidarios de su padre y muchas fuerzas mas para atacarle, y para enviar un ejército á Judea á las órdenes de Apolonio. Jonatás y Simon le batieron y persiguieron hasta Azoto, donde los judios quemaron el templo de Dagon. Alejandro, informa-

do de esta victoria, colmó de honores á Jonatás, y le envió la hebilla de oro que usaban los príncipes de la sangre real.

El rey de Egipto, informado de las turbulencias de la Siria, concibió el proyecto de apoderarse de ella: acusó á su yerno Alejandro Bala de haber querido atentar á su vida; y habiéndose hecho dueño por sorpresa de muchas ciudades de este reino, hizo alianza con Demetrio Nicanor, y le dió por mujer á Cleopatra, su hija, que acababa de quitar á Alejandro. Jonatás no tomó parte en esta guerra, y supo con maña desenojar á Ptolemeo, á quien habia irritado contra él. Vencido y muerto Bala, le sucedió Demetrio en el trono de Siria, que fué atacado por Trifon poco despues. Una parte de las tropas del rey se sublevó, y los soldados judios que le envió Jonatás, esterminaron á los sediciosos y restituyeron á Demetrio la libertad. Este, olvidado de tan gran beneficio, hizo guerra al macabeo; pero tanta ingratitud fué castigada con la pérdida de la corona que le quitó Trifon, dándola á Antiocho Teos. Jonatás y Simon se aprovecharon de estas guerras civiles para esterminar á los sirios todavia ecsistentes en Ju-

dea, y para recobrar todas las plazas de que se habían apoderado.

En este tiempo renovó Jonatás la alianza con los romanos, incluyendo en ella á los lacedemonios. Hasta entonces su gobierno había sido una serie de prosperidades y victorias; pero una gran desgracia le esperaba al fin de su carrera. Sabiendo que Trifon intentaba destronar á Antíoco y coronarse rey de Siria, marchó contra él al frente de cuarenta mil hombres. Trifon, no teniendo esperanza de vencerle á fuerza de armas, se valió del artificio, y engañó á Jonatás con promesas y negociaciones. El héroe de Judea, creyendo hecha la paz, licenció su ejército conservando solo tres mil hombres, y fué, confiado en la fe jurada, á conferenciar en Ptolemaida con Trifon; pero apenas entró en la ciudad se cerraron las puertas, y Jonatás y los que iban con él fueron asesinados.

Gobierno de Simon.—(A. M. 3861.—A. C. 143.) Divulgada la noticia de su muerte, todos los antiguos enemigos de la Judea reunieron sus esfuerzos á los de Trifon para acabar con Israel; pero Simon, heredero de los talentos y de las virtudes de su

hermano, no perdió la esperanza en una situación tan crítica. Elegido príncipe, fortificó las plazas amenazadas, levantó un ejército numeroso, y se ligó con Demetrio Nicanor que le dió el pontificado. La victoria coronó todos sus esfuerzos: echó de la fortaleza de Jerusalem á los extranjeros y apóstatas que la habían ocupado de nuevo. Hircano, su hijo, á quien había dado el mando del ejército, batió á sus enemigos en muchos encuentros y se apoderó de Gaza y de Jope. Simon renovó las alianzas hechas por sus hermanos, y la república de Israel gozó de una larga paz.

Menos dichosa la Siria, se veía siempre destrozada por guerras civiles. Demetrio continuaba batiéndose con Trifon, pero fué vencido y hecho prisionero por los partos, cuyo país había invadido. Su hermano Antíoco Sidetes le vengó y venció á Trifon con los socorros que le envió el príncipe de Judea; pero apenas vió consolidado su poder pensó en restablecer el dominio antiguo de los Seleucidas sobre Israel, y envió á Jerusalem un grande ejército mandado por Cendebeo. Entonces dijo Simon á sus hijos: « Mis hermanos y yo hemos libertado tres veces

«la patria, y el orgullo de nuestros enemigos se ha humillado delante de nosotros; pero ya soy viejo: á vosotros toca defender vuestro culto, vuestras leyes y vuestro país: marchad.» Hircano y Judas realizaron las esperanzas de su padre. Marcharon contra los sirios y presentaron la batalla á Cendebeo. Judas fué herido, su hermano le vengó; derrotó al enemigo con muerte de diez mil hombres y restituyó la paz á la Judea.

Algun tiempo despues Simon, acompañado de sus dos hijos Matatias, y Judas, recorrió todo el país para dar vigor á las leyes, y reformar los abusos. En Jericó una traicion horrible terminó su gloriosa vida. Ptolemeo, hijo de Abobo, su yerno y gobernador de aquel territorio, corrompido por la ambicion, aspiraba al sumosacerdocio y creyó alcanzarlo cometiendo un gran crimen. Asesinó en un banquete á Simon, á sus dos hijos, y á sus sirvientes, y pidió al rey de Siria su proteccion. Al mismo tiempo envió asesinos para matar á Juan Hircano; pero instruido este á tiempo de la traicion de Ptolemeo, hizo prender y matar á los emisarios, y marchó contra el parricida que se retiró al castillo de Dagon, donde tenia en-

cerrados los hermanos y la madre de Hircano. (A. M. 3869.—A. C. 135.) Cuando quiso este asaltar la fortaleza, el cruel Ptolemeo le mostró á su madre y su familia en lo alto de la muralla, haciéndolos castigar con varas, y le amenazó con despeñarlos si continuaba el ataque. La valerosa viuda mandó decir á su hijo que no pensase en salvarla, sino en vengar la muerte de su padre. Hircano no pudo resolverse á ser causa de que su madre pereciera: convirtió el sitio en bloqueo y se retiró á la entrada del sétimo año, que era de descanso para los judios. Ptolemeo, fuera de peligro no fué mas generoso, pues asesinó á toda la familia de Hircano, y fué á buscar un asilo en la corte de Zenon Cotilas, príncipe de Filadelfia.

JERUSALEM LIBERTADA POR HIRCANO.—Entretanto, Antíoco Sides, deseando aprovecharse de estas turbulencias, sitió á Jerusalem. Hircano para libertarse de semejante peligro, abrió el sepulcro de David, sacando de él mas de tres mil talentos, y dió trescientos á Antíoco, el cual partió á destruir una rebelion en la Media. Despues de haber salvado de esta manera su capital, empleó el resto del tesoro en agre-

gar á su ejército tropas mercenarias. Esta es la primer vez que los judios sufrieron bajo sus banderas soldados de otra nacion. Hircano invadió la Siria y conquistó en ella muchas plazas, mientras Aristóbulo y Antígono sitiaban y tomaban á Samaría y echaban á los sirios de toda la Judea: despues de esta expedicion, gozó Hircano en paz del sacerdocio y del principado, y murió habiendo gobernado á Israel treinta y tres años, y de-

jando una memoria gloriosa y sin mancilla.

Los judios creian que tenia don profético: predijo que de sus cinco hijos los dos mayores no reinarian mucho tiempo; y esta predicion se cumplió. Sucedióle su hijo Aristóbulo, que con el consentimiento del pueblo tomó el título de rey.

Así acabó III república judaica, que habia durado, despues de III transmigracion cuatrocientos setenta y un años.



CAPITULO VIII.

REINO DE JUDIA.

Aristóbulo. — Alejandro. — Alejandro. — Hircano. — Expedicion de Pompeyo á Jada. — Sitio y toma de Jerusalem por Pompeyo. — Herodes.

ARIStÓBULO.—(A. M. 3897.—A. C. 107.) El nuevo monarca señaló el principio de su reinado con actos de ambicion y crueldad. Hizo prender á su madre, porque Hircano la habia nombrado rejente, y ella le disputaba el gobierno; y tuvo la barbarie de dejarla morir de hambre en la prision. Tambien mandó prender á tres de sus hermanos. Antígono, á quien amaba, fué asociado al trono; pero la reina, envidiosa de su crédito, persuadió al rey que su hermano conspiraba contra él, y al mismo tiempo envió á decir á Antígono que Aristóbulo deseaba ver unas armas preciosas que tenia. El infeliz príncipe, engañado por este pérfido mensaje, se presentó en la corte armado con ellas; y su hermano creyendo que ve-

nia á poner en ejecucion designos traidores, le mandó matar. Al crimen se siguió el remordimiento y Aristóbulo murió, habiendo reinado un año. Su viuda dió libertad á los príncipes y colocó en el trono á Alejandro.

ALEJANDRO (A. M. 3898.—A. C. 106.) hizo matar á uno de sus hermanos que aspiraba á la corona, y permitió vivir al otro que no manifestaba ambicion. Peleó felizmente contra Ptolemeo Latiro, rey de Egipto, y Zenon, príncipe de Filadelfia; pero fué vencido por Obodas, rey de los árabes. Su reinado fué turbulento por las rebeliones continuas que escitaba su crueldad, pues en el término de seis años hizo morir mas de cincuenta mil judios. Queriendo adoptar

un sistema menos riguroso, se ■ creyó débil, el odio tomó nuevas fuerzas, y el pueblo se rebeló y llamó en su socorro á Demetrio Enquerio, uno de los Seleucidas que á la sazón se disputaban el trono de ■ Siria.

Los dos reyes se dieron la batalla y Demetrio venció á Alejandro; pero los judíos, temiendo que el vencedor los subyugase, le abandonaron y pasaron al partido de su rey, que vencedor á su vez, arrojó á Demetrio de Judea.

Alejandro, mas cruel despues de esta victoria, llenó de víctimas las cárceles y los cadalsos; y en un banquete que dió á sus concubinas les presentó el espectáculo de ochocientos prisioneros crucificados despues de haber visto la muerte de sus mujeres é hijos. Venció á Antíoco el Asiático, que auxiliado de los árabes hizo una irrupción en Judea; y la gloria de esta victoria cubrió algun tanto la ignominia de sus crueldades.

Consumido por la fatiga y el trabajo, murió despues de haber reinado veintisiete años. Antes de fallecer, para calmar el terror que inspiraba á la reina el odio del pueblo, le dijo: «Si seguís mis consejos, conservareis ■ tranquilamente el trono. Ocul-

» tad mi muerte á los soldados. ■
» á Jerusalem y ganad el afecto
» de los fariseos: dadles alguna
» parte en la autoridad: censura
» mi conducta para que alaben la
» vuestra: entregadles mi cadá-
» ver y permitid que se venguen
» de todos los males que les he he-
» cho, privándome de sepultura:
» prometedles que no hareis na-
» da sin su consejo. Lisonjeando
» de este modo su orgullo, en lu-
» gar de condenar mi memoria,
» me harán magníficas ecsequias
» y os dejarán gobernar con ple-
» na autoridad.»

REINADO DE ALEJANDRA.—(A. M. 3925.—A. C. 79.) Alejandra siguió este consejo, cuyo écsito fué el que habia previsto su marido. Tenia dos hijos: al mayor, llamado Hircano, cuyo carácter pacífico no le inspiraba ninguna inquietud, dió el sumo pontificado. El menor, llamado Aristóbulo, de carácter mas ambicioso, tuvo que resignarse á vivir como un simple particular. Los fariseos se aprovecharon de la parte que se les habia dado en el gobierno para proscribir á Diógenes y á otros ministros de las crueldades del difunto rey: Aristóbulo consiguió que no se les impusiese mas castigo que el destierro, y desde esta época tuvo un gran partido en el reino.

El reinado de Alejandra duró nueve años. Hízose amar de sus vasallos por su piedad y mansedumbre, y temer de sus enemigos por el ejército numeroso que siempre mantuvo. Tigranes, rey de Armenia y de Siria, amenazó sus estados; pero la invasion de Lúculo en los de Tigranes liberó la Judea.

REINADO DE HIRCANO.—Al morir Alejandra habia dejado la corona á Hircano. Aristóbulo se la disputó, y esta discordia hizo perder á los judios su libertad. La suerte de toda nacion dividida es llegar á ser la presa del extranjero: la Judea ofrece de esto mas de un ejemplo, y Roma no debió su grandeza sino á las querellas de los príncipes y á las discordias de los pueblos.

EXPEDICION DE POMPEYO A LA JUDEA.—(A. M. 3941.—A. C. 63.) Hircano, vencido por su hermano, siguió los consejos de un rico idumeo, llamado Antipatro, y se refugió á la corte de Aretas, rey de los árabes, el cual le auxilió con un ejército de cincuenta mil hombres. Aristóbulo fué vencido y sitiado en Jerusalem. El gran Pompeyo habia entonces la guerra en Armenia y habia enviado á Siria un ejército á las órdenes de Scauro; é informado de la dis-

cordia civil en que ardían los judios, resolvió aprovecharse de esta circunstancia para conquistar la Judea. Metelo y Lolio, sus lugartenientes, penetraron por Damasco, en la Palestina. Aristóbulo é Hircano trataron de ganar á Scauro, que mandaba en Siria; pero como Aristóbulo era mas rico, el jeneral romano mandó á los árabes que levantasen el sitio de Jerusalem, y se retiraron á su país. Aristóbulo, no contento con este triunfo, persiguió á sus enemigos y les mató siete mil hombres, entre ellos á Céfalio, hermano de Antipatro. Hircano, temiendo su ruina total, se presentó á los pies de Pompeyo, implorando su auxilio. Aristóbulo hizo lo mismo, aunque á su pesar, porque aquella humillacion de la dignidad réjia le parecia insostenible. Y en efecto, apenas se presentó, indignado de la altanería del jeneral romano, rompió la negociacion y se retiró á una fortaleza. Tuvo despues que ceder á la fuerza, y dió á los gobernadores de las plazas que estaban á su devocion, las órdenes que le dictaba Pompeyo. Por medio de esta condescendencia logró alguna mas libertad, de la cual se valió para retirarse á Jerusalem y prepararse á la guerra.

SITIO Y TOMA DE JERUSALEM POR POMPEYO.—Pompeyo le sitió en esta capital: el partido de Hircano abrió las puertas á los romanos, y el de Aristóbulo defendió el templo con tanto vigor que su sitio duró tres meses. Pompeyo, que se había aprovechado del descanso de los judíos en el sábado para acelerar sus trabajos y adelantar sus torres, mandó dar el asalto. Cornelio Fausto, hijo de Sila el dictador, fué el primero que subió á la muralla: los romanos tomaron la fortaleza, mataron doce mil judíos y degollaron á los sacrificadores, los cuales continuaban sus funciones, á pesar del estrépito de la guerra y los gritos de los combatientes. Pompeyo respetó el templo, lo salvó del saqueo, ganó el afecto del pueblo, teniendo miramientos á su religión, y restableció á Hircano en el sacerdocio. Pero si dió á Judea una libertad aparente, destruyó su poder en la realidad, concediendo la independencia á los samaritanos, y agregando á la Siria las plazas de este país que habían conquistado los macabeos.

Luego que Pompeyo llegó á Jerusalem, supo la muerte de Mitridates, rey del Ponto, y dejando la Judea aislada, sin re-

ursos y tributaria, partió á Roma llevándose prisioneros á Aristóbulo, sus dos hijos y sus dos hijas. El hijo mayor de Aristóbulo, llamado Alejandro, se escapó en el camino, volvió á su país, se puso al frente de un partido, mas fué derrotado por Gabinio que mandaba en Judea por el senado, y que conservó el gobierno republicano. Aristóbulo logró también escaparse de Roma; pero mas desgraciado que su hijo, fué vencido y preso por Gabinio, que le envió á la capital del mundo.

Craeo sucedió á Gabinio en el gobierno del ejército de Siria: asoló la Judea, robó el templo de Jerusalem, mandó matar por consejo de Antipatro á los partidarios mas declarados de Aristóbulo, y se llevó treinta mil prisioneros. (A. M. 3950.—A. C. 54.)

Con razón se hizo Antipatro famoso en la historia de los judíos. Nacido en la clase media de la sociedad, adquirió y conservó una grande influencia en el gobierno durante estas conmociones. Su habilidad resistió á todas las vicisitudes de la fortuna. Dirigió á su arbitrio el espíritu de los reyes y jenerales romanos aunque fuesen opuestos entre sí por su carácter é in-

tereses. De su mujer, que pertenecía á una familia ilustre de Arabia, tuvo cuatro hijos que fueron Fasaél, Herodes, José y Ferarás, y una hija llamada Salomé. Su familia derribó la dinastía de los asmoneos ó macabeos que habían reinado en Judea ciento veintiseis años; y Herodes, el segundo de sus hijos, se apoderó de su trono, como diremos muy pronto.

En este tiempo, César, vencedor de Pompeyo, era dueño de Roma, y envió á Aristóbulo á Siria con dos legiones; pero los partidarios de Pompeyo le envenenaron, y cortaron la cabeza á su hijo. Previendo Antipatro la fortuna de César, le había hecho grandes servicios; y el dictador, en premio de ellos, le dió título y privilegios de ciudadano romano, el gobierno de Judea, y á sus hijos Fasaél y Herodes los de Jerusalem y Galilea. Por favorecer á Antipatro confirmó á Hircano en el sumo pontificado.

Herodes se distinguió en su gobierno esterminando á los bandidos que desolaban la Galilea. Hircano le mandó comparecer á su tribunal, acusándole de usurpar la jurisdicción del sumo sacerdote. Herodes lo aplacó con su sumisión, y fué absuelto. Antipatro, después de la muerte de

César, se concilió el afecto de Casio, dándole los socorros pecuniarios que necesitaba. Poco después Mático, incitado por los enemigos del gobernador, olvidó que en otro tiempo Antipatro le había salvado la vida, y lo asesinó. Herodes vengó á su padre haciendo que los romanos matasen al traidor.

Antigono, hijo de Aristóbulo, reunió el partido de su padre y atacó á Jerusalem. Vencido en una batalla renovó la guerra con el socorro de los partos, y fiado más del artificio que de la fuerza, atrajo á una conferencia á Fasaél é Hircano, mutiló á estos las partes pudendas, y obligó á Fasaél á darse la muerte por no caer en su poder.

HERODES NOMBRADO REY POR EL SENADO.—(A. M. 3967.—A. C. 37.) Herodes evitó el mismo lazo y se refugió con su familia y riquezas á una fortaleza de Idumea. Después pasó á Egipto, donde la reina Cleopatra le recibió muy bien, y de allí á Roma, donde Marco Antonio defendió su causa. El senado, enfurecido contra Antigono, porque había pedido socorros á los partos, enemigos de los romanos, nombró rey de Judea á Herodes. Este juntó un ejército numeroso al cual se unió el de los romanos

mandado por Ventidio, dió un ataque infructuoso á Jerusalem, en el cual pereció su hermano José. Pero en otras dos batallas venció á Antígono y puso sitio á la capital.

Durante este sitio hizo mas sólidos sus derechos y su poder, casando con Mariamne, nieta del rey Aristóbulo, y sobrina del gran sacerdote Hircano. Auxiliado despues por los romanos, entró en Jerusalem donde degolló un gran número de habitantes. Antígono, que era amado del pueblo, se retiró á una torre; pero perdió el ánimo y se entregó á Sosio, uno de los jenerales romanos, que por desprecio le dió el nombre de Antígona. Herodes, temiendo que se escapase de la prision y viniese á disputarle el trono, envió grandes regalos á Antonio, que se dejó corromper y mandó dar muerte á su cautivo. La historia dá á Herodes el nombre de grande, porque fué hábil, valiente, feliz, poderoso; mas le faltaron las virtudes que son las que únicamente pueden justificar aquel título. No por haber casado con una nieta de Aristóbulo abjuró el odio á la dinastía destronada por él. El temor de verla renacer fué causa de sus pesares continuos y de los cri-

menes y atrocidades que hacen execrable su memoria. Hircano se habia retirado al pais: Herodes, temiendo la legitimidad de sus pretensiones, deseaba tenerlo en su poder, y para ello le engañó con protestas fingidas de amistad y reconocimiento. Los amigos de Hircano le advirtieron inútilmente la suerte que le esperaba: él creyó que á pesar del oprobio de su mutilacion, Herodes le restituiria al sumo sacerdocio, y partiria con él su poder. Habiendo llegado á Jerusalem, el rey le recibió con magnificencia, y le manifestó en público mucha atencion por temor al pueblo, que respetaba la familia de los macabeos, mas no le dió parte alguna en la autoridad; ejerció sobre él una severa vigilancia, y dió el pontificado á un judío de una familia oscura, llamado Anael. Esta eleccion desagradó á los judíos; era contraria á sus costumbres porque Anael pertenecia á los restos de una familia que habia vivido en Mesopotamia desde la transmigracion.

Mariamne, mujer de Herodes, Alejandra, madre del jóven Aristóbulo, é Hircano conocieron en estos actos, el desprecio de sus derechos y el presajio de su ruina. Alejandra imploró la

protección de Cleopatra, reina de Egipto: Salomé, hermana de Herodes, y enemiga de toda la familia de los macabeos dió aviso á Herodes de los pasos de Alejandra y le escitó á la venganza. Alejandra, temiendo el enojo del rey, huyó á Egipto con su hijo: fué arrestada en el camino y traída á Jerusalem. Herodes, obligado á ceder al pueblo, siempre amante de la antigua dinastía, dió á Aristóbulo el sumo sacerdocio.

Cuando este jóven príncipe ofreció el primer sacrificio, la gloria de su nombre y su extraordinaria hermosura echizaron al pueblo de tal modo, que prorrumpió en aplausos de alegría. Herodes, enfurecido, juró su muerte, y encubriendo su odio con fingidos elogios, pasó á Jericó con su familia y con Aristóbulo, y dió grandes fiestas en honor del mismo cuya ruina meditaba.

Después de un banquete, pasaron los convidados á la orilla de un estanque. Incitado Aristóbulo por algunos jóvenes á bañarse con ellos, entró en el agua, los agentes del rey se pusieron á jugar y á luchar juntos, y en esta lucha lo sujetaron debajo del agua el tiempo necesario para que espirase.

Herodes manifestó el mayor pesar por esta desgracia, é hizo á su víctima magníficas exequias. En la corte fué sabido el delito, pero el fingido dolor del tirano engañó al pueblo. Las quejas que llegaron á Antonio de este asesinato, obligaron á Herodes á presentarse á él para dar su descargo, y confió su autoridad á José, marido de Salomé, su hermana.

Todos los afectos de este monarca eran furores: aborrecía de muerte á los macabeos, y al mismo tiempo adoraba á su mujer Mariamne, con un amor tan zeloso, que encargó á su cuñado la diese muerte en caso que él fuese condenado por Antonio, para que nadie pudiera poseerla después de su fallecimiento. Su habilidad y sus regalos, le justificaron plenamente ante el triunviro; volvió á Judea, y á pesar de su hermana Salomé que enardecía sus celos, el amor iba á triunfar en su corazón cuando la infeliz Mariamne tuvo la imprudencia de quejarse del orden bárbaro que había dado al partir. Creyendo entonces que su cuñado José, enamorado de Mariamne le había descubierto su secreto, no dió oídos sino á sus celos y á Salomé, dió la muerte á José, hizo prender á Alejandra, y su esposa esperó en una

larga agonía el golpe que había de terminar sus infortunios.

Entretanto vino Cleopatra á Jerusalem: tan ambiciosa y cruel como Herodes, quiso inspirarle amor, mas él la conocía y la detestaba. La reina de Egipto había conseguido de su amante el triunviro, una parte del reino de Judea. Herodes la hubiera dado la muerte; pero contenido por el temor de Antonio, le pagó el tributo y la acompañó hasta la frontera de sus estados. Despues ofreció á Antonio su auxilio contra Octavio; pero Antonio le encargó que hiciese guerra á los árabes. En el momento de darse la batalla, sobrevino un temblor de tierra que espantó á los judíos y fueron vencidos. Herodes, tan hábil como valeroso, animó á sus tropas, marchó contra los árabes, los derrotó completamente, y los obligó á pagarle tributo. Vencido Antonio en la batalla naval de Accio, y quedando Augusto único dueño del imperio, la posición de Herodes era crítica, pues Augusto podía arruinarlo y dar la corona á la familia de Aristóbulo. Para evitar este golpe, determinó ir á Roma, y sabiendo antes de su partida que Hircano tenía una correspondencia oculta con los árabes, mandó matar

á este anciano venerable, en otro tiempo su dueño y protector. Hizo encerrar en una fortaleza á Mariamne y á Alejandra, y repitió á su hermano Feraras la misma orden bárbara que había dado á su cuñado, mandándole que matase á su mujer en el caso de no salir bien en su solicitud con Augusto. El talento y la elocuencia de este rey cruel, lograron una completa victoria. Su magnificencia, sus azañas, y su industria, le granjearon la amistad del nuevo emperador y volvió triunfante á Jerusalem.

Su amor á Mariamne resistía siempre á las intrigas de Salomé; pero la reina, irritada contra él, le recibió con desden y resucitó sus antiguas sospechas. El gran copero del rey, ganado por Salomé, acusó á la reina de haberle querido sobornar para que envenenase á Herodes. Este, irritado de su esquivéz, mandó formarla causa y fué condenada. Alejandra, temiendo la suerte de su hija, dió un ejemplo horrible de cobardía, uniéndose á los calumniadores de Mariamne. El rey aun titubeaba poner en ejecución la sentencia: Salomé, escitando bajo cuerda una sedición, avisó á Herodes que el pueblo quería poner en el trono á su esposa. El rey lo

creyó, y mandó matar á aquella mujer tan célebre por sus infortunios como por sus virtudes y su hermosura.

El amor y los remordimientos la vengaron. Herodes cayó enfermo y no habia esperanzas de su vida. Informada Alejandra de su situacion, emprendió apoderarse de algunas fortalezas; el rey lo supo y la mandó matar. Habiéndose mejorado de la enfermedad, vengó en el pueblo su ira y su desesperacion, haciendo dar la muerte á muchos de sus parientes y amigos. Violó la ley de Moisés, estableciendo juegos, teatros, y fiestas en honor de Augusto. El pueblo sublevado, hizo pedazos las imágenes que se habian erijido para que las venerase. Herodes esterminó á los autores de la sedicion; pero los judios hicieron pedazos despues á los delatores. Acosado de temores, fortificó su palacio.

Poco despues, la peste y el hambre aflijieron á la Judea. La actividad de Herodes puso término á estas dos calamidades, y aplacó el odio público. Para borrar la imagen de Mariamne, casó con una jóven muy hermosa, hija de un levita llamado Simon, al cual para ennoblecirlo dió el sumo sacerdocio.

Herodes sabia que el lustre de

las acciones de los reyes, y la grandeza de sus monumentos, deslumbran al pueblo y le ciegan sobre sus injusticias. Volvió á construir y hermoseó el templo de Jerusalem: edificó un magnífico palacio; y siempre cuidadoso de conservar la amistad de Augusto, erigió en su honor la ciudad de Cesárea, y envió á Roma sus dos hijos Alejandro y Aristóbulo, para que se educasen á vista del emperador.

Su reinado fué tranquilo durante algunos años. Hizo otro viaje á Roma para traer de aquella capital á sus hijos; pero despues de su vuelta comenzaron otra vez las discordias domésticas con mayor violencia.

Temiendo Salomé que los hijos de Mariamne vengasen la muerte de su madre, persuadió al rey que querian asesinarle; pero Arquelao, rey de Capadocia, cuya hija Glasira habia casado con Alejandro, reconcilió al padre con los príncipes. Antipatro, hijo tercero de Herodes, se unió con Salomé para calumniar á sus hermanos, y dió tanta verosimilitud á sus delaciones, que el rey mismo los acusó ante Augusto; mas el emperador interpuso su autoridad para que los perdonase. En este tiempo publicó Augusto un decreto muy

honorífico para los judios, elogiando su valor y fidelidad, y concediéndoles el permiso de gobernarse por sus leyes, y conservar sus costumbres y sus monarcas.

Herodes emprendió una nueva guerra contra los árabes, y consiguió victorias. No teniendo dinero para los gastos que habia hecho en hermosear á Jerusalem y en conservar la amistad de los romanos, abrió secretamente el sepulcro de David, esperando hallar en él grandes riquezas, y aun quiso mover de su sitio el altar de aquel rey; pero segun refiere el crédulo Josefo, las llamas que salieron de él consumieron á dos trabajadores, y le obligaron á renunciar á su sacrílega empresa.

Sileo, romano querido de Salomé, indispuso á Augusto con Herodes; pero el emperador conociendo que le habia engañado, hizo morir á aquel intrigante, y cediendo á las quejas continuas de Herodes contra sus hijos, mandó formar una gran junta en Berito para sentenciar esa causa. Antipatro y Salomé habian sobornado á todos los grandes oficiales de la corona para que declarasen contra los príncipes, y estos infelices fueron aogados en Sebaste por orden de

su padre. El pueblo mató á trescientos guerreros que el mismo rey denunció por conspiradores. Antipatro, libre por la muerte de sus hermanos de todo ostáculo para llegar al trono, quiso gozarse demasiado temprano y conspiró contra la vida de Herodes tratando de envenenarlo. Descubierta el crimen fué acusado por Herodes en el tribunal de Varo, procónsul de Siria, y sufrió el castigo debido á sus crímenes.

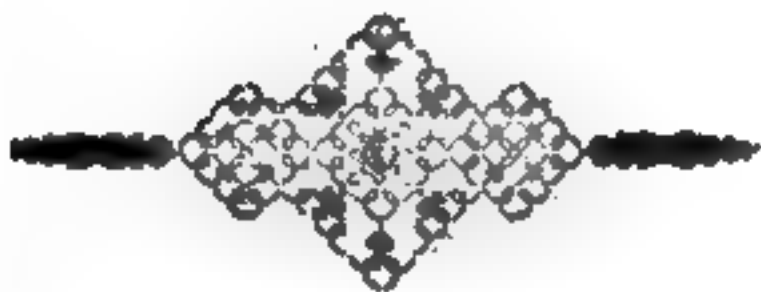
Oprimido Herodes de pesares, trabajos y remordimientos, fué atacado de una cruel enfermedad que lo llenó de úlceras, le destruyó las entrañas, y produjo gusanos en todo su cuerpo. Sus tormentos aumentaron su crueldad, y mandó á Salomé que para celebrarsus funerales rodease el hipódromo (1) de soldados é hiciese matar á los principales judios que se hallasen en aquel recinto. Una nueva conmocion turbó sus últimos instantes. El gran sacerdote Matatias y Judas, juntándose con otros israelitas zelosos de su religion, arranca-

(1) Hipódromo, palabra griega *Yronomos*, significa lugar de refugio, abrigo ó ensenada: el picadero donde se adiestra á los caballos, y donde se hacen las fiestas de las carreras de ellos.

ron el águila que Herodes había consagrado á la puerta del templo. Un pronto suplicio castigó este acto de valor. Herodes declaró por su sucesor á Antipas, su hijo; pero poco despues alteró esta disposicion, y dió el reino á otro hijo llamado Arquelao, que había tenido de una samaritana, y que entonces estaba casado con Glafira, viuda de Alejandro. Legó mil talentos al emperador y quinientos á la Emperatriz Li-

via, y terminó su carrera cinco dias despues que su hijo Antipatro. (A. M. 4003.—A. C. 1.)

Augusto confirmó las últimas voluntades de Herodes, pero algun tiempo despues, con motivo de las quejas que dieron los judios contra Arquelao, desterró á este á Viena, ciudad de las Galias, y reunió la Judea á la Siria. Así acabó el reino de los judios que se convirtió entonces en provincia del imperio romano.



CAPITULO IX.

JESUCRISTO.

SU NACIMIENTO, VIDA Y MUERTE.

(Año del mundo 4804. — Era de gracia 1.)

El último año de la vida de Herodes nació Jesucristo, por lo cual el reinado de este monarca puede considerarse como la tercera y mas grande época de la historia del mundo. La primera era la creacion, la segunda el diluvio; la última fué la aparicion de Dios sobre la tierra, la destruccion de la idolatría y la salvacion de todos los pueblos, rejenerados por la sangre de Cristo, y llamados por su muerte y resurreccion al conocimiento del verdadero Dios.

Hasta entonces un solo pueblo habia profesado el culto espiritual; pero este pueblo debia desconocer la verdad que salió de su seno para estenderse en el universo; y estaba predicho que su destruccion, seguida de su

dépravacion y de su incredulidad, precederia á la salvacion de las otras naciones.

No vamos á hablar ahora como simples historiadores, pues hemos llegado al momento en que principia la era cristiana; época cuyos grandes acontecimientos no nos es permitido tratar bajo la simple relacion de la moral y de la política, y separar la historia de los judios de la historia de nuestra religion; al tratar pues de semejante objeto, no tomaremos otro lenguaje que el de los historiadores sagrados.

Como el primer deber de todos los cristianos es estudiar el evangelio, daremos aquí para los lectores que lo sean, no mas que un extracto corto y rápido de este libro santo, que solo debe to-

carse con respeto y únicamente con la intencion de enlazar los acontecimientos entre sí, y colocar debidamente el nacimiento, vida y muerte de Cristo, y el principio de la fundacion del cristianismo en la historia de los Judios hasta su destruccion.

Acia el fin del reinado de Herodes, señalado por tanta gloria y tantos crímenes, tanto poder y depravacion; luego que se hallaban cumplidos los oráculos de los profetas, terminadas las semanas de Daniel, y cuando habia llegado el tiempo marcado por Dios para dar un Salvador al mundo. envió el Señor al ángel Gabriel, á Zacarías, en el templo donde sacrificaba, para anunciarle que tendria un hijo que se llamaria Juan, cuyo nacimiento seria la alegría y bendicion de todo Israel. Seis meses despues envió Dios al mismo ángel al pais de Nazareth, á una virgen llamada María, la cual estaba casada con José, de la familia de David; pero los dos esposos habian hecho voto de permanecer en estado de virginidad; y este matrimonio anjélico fué premiado con el fruto mas divino que jamás apareció sobre la tierra.

Gabriel anunció á María que tendria un hijo que deberia lla-

marse Jesus, que reinaria en la casa de Jacob, que se sentaria sobre el trono de David su padre, y que su reino no tendria fin. Para satisfacer su curiosidad añadió que el Espíritu Santo formaria en su seno el hijo cuya madre seria ella. Anuncióla al mismo tiempo que Isabel, que habia pasado siempre por estéril, estaba ya embarazada de seis meses, por un efecto de la virtud todopoderosa del Señor, á quien nada era imposible.

Penetrada María de admiracion y reconocimiento, fué á visitar á su prima Isabel; y estas dos santas mujeres se felicitaron mutuamente por las gracias que Dios les habia concedido. La predicción de Gabriel se cumplió: María se hizo embarazada. Su esposo José concibió sospechas contra su virtud, y quiso separarse de ella; pero se le apareció un ángel, destruyó sus zelos, le descubrió el secreto de aquel divino niño, y le mandó que le pusiese por nombre Jesus.

Por este tiempo se ejecutó el edicto del emperador Augusto, mandando hacer un censo de todas las familias de su imperio. Entonces salió María de Nazareth, y se dirigió con su marido á Bethlehem, para reunirse con

las otras personas de la familia de David. De este modo se realizó la profecía que habia anunciado que el Salvador naceria en Bethlehem. Como estaban llenas todas las casas y posadas de este lugar, María se vió precisada á permanecer en un establo, en donde dió á luz á su hijo divino. La misma noche de su nacimiento un ángel se apareció á unos pastores que guardaban allí cerca sus rebaños, y les anunció que el Mesías tanto tiempo esperado, acababa de nacer. Los pastores, escuchando sus palabras y un coro de innumerables ángeles que cantaban la gloria de Dios, acudieron al establo en que yacia el niño acostado sobre el eno, y le adoraron. Ocho dias despues de su nacimiento fué circuncidado Jesus, porque sus padres seguian religiosamente la ley de Moisés. Pero para anunciar que venia no solamente para los judios, sino para todos los pueblos, mandó Dios á los reyes de Oriente que viniesen á rendir sus omenejes y á ofrecer sus presentes al nuevo rey de los judios, é hizo resplandecer una estrella que los condujo á Bethlehem para obedecer esta órden divina. Cuarenta dias despues del nacimiento de su hijo, María, para cumplir con

otra ley, fué al templo á purificarse, y ofreció á Dios su unijénito. Un santo anciano llamado Simeon, conducido é iluminado por el espíritu del Señor, llegaba al templo en el momento mismo. Luego que su fé le descubrió á aquel Dios oculto bajo la debilidad de un niño, lo tomó en sus brazos, dió gracias al Altísimo, y exclamó que moriria en paz, pues sus ojos habian visto al Salvador del mundo, y á aquella luz que debia irradiar sobre todas las naciones de la tierra.

Cuando supo Herodes que corria la noticia del nacimiento de un nuevo rey de los judios, que esta iba de pueblo en pueblo, y que unos reyes de Oriente venian á tributarle omeneje, empeñó á estos reyes á que le diesen algunos detalles sobre el nacimiento y familia de este niño y sobre el paraje en que se hallaba. Pero habiendo ordenado Dios á estos príncipes volviessen á su pais sin satisfacer los deseos del rey, irritado Herodes por su partida, redobló su cólera y mucho mas cuando le contaron las maravillas que habian pasado en el templo al presentarse Jesus. Determinado á matar á este niño, dispuso el bárbaro asesinato de todos los que

no llegasen á dos años en Bethlehém y en los parajes vecinos, á fin de incluir en esta canicería á aquel cuya vida creía que amenazaba á su trono. Pero José y Maria, advertidos la misma noche de este proyecto inhumano, partieron prontamente con su niño y se refugiaron á Egipto, de donde no volvieron hasta después de muerto Herodes.

El evangelio guarda total silencio sobre la vida de Jesus hasta su bautismo, y solo cuenta una accion que hizo á la edad de doce años. En aquella época sus padres vinieron con él á Jerusalem para celebrar la pascua segun la costumbre; pero al volverse á Nazareth, se quedó el niño en la ciudad. María y José creyeron que venia entre los parientes y amigos. No hallándolo, volvieron á Jerusalem, donde le buscaron con suma pena y solicitud, hasta que al tercer dia le encontraron en el templo en medio de los doctores de la ley, interrogándolos, respondiéndoles, instruyéndolos mas bien que aprendiendo de ellos, y llenándolos de admiracion con su ciencia y su modestia. María le manifestó el pesar que le habia causado abandonándola, y Jesus le respondió: «¿Por qué me buscabas? ¿No sabes tú que es

menester que yo me encuentre en donde quiera que me llaman los intereses de mi padre?»

Cuando Jesus tuvo treinta y dos años sacó Dios del desierto á San Juan Bautista, á quien habia destinado para su predecesor. Salió pues de su soledad y se presentó á las orillas del Jordán, en donde predicó la penitencia, y bautizó á los que se acercaban á él. El esplendor de su virtud le atrajo muchos discípulos; y como todos los habitantes de Jerusalem corrian para escuchar á aquel santo hombre y que los bautizara, acudió tambien Jesus y se ocultó humildemente entre la muchedumbre. Cuando se acercó á San Juan, este, penetrado de un profundo respeto, apenas se atrevia á derramar algun agua sobre el Salvador. Este profeta que hablaba con tanta osadía á los santos doctores de la ley, temblando delante de Jesus, le dijo: «Tú eres quien me debe bautizar y me llenas de confusion dignándote recibir el bautismo de mi mano.» Jesus le respondió: «Que era necesario se humillase hasta aquel punto, y que en el estado en que se hallaba debia llenar todos sus deberes.» Al momento que estuvo bautizado

se abrió el cielo, Dios hizo bajar al Espíritu Santo bajo la forma de una paloma que se posó sobre la cabeza del Salvador, y al mismo tiempo se oyó una voz del cielo que dijo: «Este es mi hijo amado, en el cual me he complacido.» Jesús se retiró al punto y Juan continuó declarando á todos los que escuchaban, que era el Mesías prometido y deseado. Jesús, después de bautizado, se retiró al desierto, en donde ayunó cuarenta días y cuarenta noches. El demonio se acercó á tentarle, y le propuso hiciese muchos milagros. Jesús le respondió con pasajes de la Escritura, y le recordó que no debía tentar al Señor su Dios. Irritado Satanás quiso que le adorase, y le prometió todos los reinos del mundo, cuya gloria y esplendor le hizo ver. Jesús le respondió: «Retírate Satanás; porque está escrito, adorarás al Señor tu Dios y servirás á él únicamente.» A cuya respuesta dió á huir el demonio.

Jesús salió del desierto y fué á buscar á San Juan, el cual le proclamó: *Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo.* Dos de sus discípulos, Andrés y Simon, fueron á buscar á Jesús y se juntaron á él como al Mesías.

TOMO VII.

Jesús predijo á Simon que seria el cimiento de su iglesia. El número de los que le escuchaban se aumentó, y la fama de su santidad comenzó á crecer, aun antes de haber hecho ningun milagro.

Algun tiempo después, encontrándose en Caná de Galilea en unas bodas en que la Santa Virgen María manifestó á su hijo que faltaba vino en la funcion, Jesús, después de haber respondido á su madre de una manera brusca al parecer, dice la Biblia, cedió á sus deseos y cambió en vino toda el agua que se encontraba en la casa. Este primer milagro, seguido de otros muchos, estendió la fama de su nombre entre el pueblo y los grandes.

Nicodemus, uno de los primeros doctores de la ley, vino á conferenciar con él, y Jesús le explicó los principios de la fé, sencillez, y humildad cristiana: la rejeneracion del hombre por la accion del Espíritu Santo, y el amor de Dios que entregaba un hijo por la salud del mundo.

Mientras Jesús veia aumentarse en Judea el número de sus discípulos, Juan Bautista, llamado á la corte de Herodes, el tetrarca, hijo de Herodes el Grande, á quien los romanos habian dejado un pequeño territorio donde mandaba sometido al im-

perío, habló á este príncipe con una noble libertad y le censuró su amor culpable é incestuoso. Su valor le atrajo el odio de Herodiades; y esta mujer vengativa y cruel, obtuvo de la debilidad del tetrarca, la cabeza del profeta.

Los fariseos, que comenzaban á tener envidia de Jesus, habian aconsejado á Herodes que le prendiese, y para sustraerse de su venganza se retiró á Galilea. En el camino encontró á una mujer samaritana á la cual pidió un poco de agua para apagar la sed que le devoraba. Esta mujer le manifestó cuánto extrañaba ver á un judío superar la repugnancia que habia en Judea á los samaritanos; pero Jesus la iluminó con su respuesta diciéndola que podia darle un agua viva que duraría hasta la vida eterna, y que él era el Mesias. Ella creyó y se convirtió y esparció la noticia en Samaria, cuyos habitantes salieron para invitar á Jesus á que fuese á su pueblo. Despues de haber estado en él dos días, llegó á Galilea en donde predicó públicamente esortando á los hombres á la penitencia porque estaba cerca el reino de los cielos. Unió las acciones á las palabras, y sus milagros dieron cada dia nuevos testimonios

de la verdad que anunciaba.

Curó á la madrestra de Pedro, en seguida se embarcó y apaciguó una tempestad que atemorizaba á sus discípulos, se le vió arrojar del cuerpo de un poseído un demonio que le dijo se llamaba Lejion, y admitió en el número de sus discípulos á un publicano llamado Mateo, cuya profesion era justa y jeneralmente despreciada. Los fariseos se escandalizaron, pero Jesus los confundió respondiéndoles que era el médico de los hombres, y que venia á curar los pecadores y los enfermos.

Queriendo Jesus tener doce personas para que despues de él echasen los primeros fundamentos de su iglesia, escujo aquellos cuya **M** era mas viva y mas á propósito para derramar la luz. Los separó de los otros discípulos y despues tuvieron el nombre de apóstoles. Despues de esta eleccion vivió siempre con ellos habitando juntos y celebrando juntos la pascua; y no solamente eran testigos de sus acciones públicas, sino de su vida privada; al mismo tiempo les explicaba en particular lo que á los demás enseñaba en parábolas. Despues de haber elegido sus ministros los llevó á una montaña adonde fué se-

guido de una multitud innumerable de oyentes. Allí les predicó el célebre sermón que contiene todo el evangelio y las reglas de la conducta necesaria así á los fieles como á los pastores que los dirijen. Compara en él los defectos de la antigua ley con las perfecciones de la nueva, y demuestra la necesidad de despreciar los bienes de la tierra por los del cielo. No extractaremos nada de este discurso que contiene toda la moral cristiana, porque debe saberse todo entero sin omitirse nada. Es deber de todo cristiano leerlo y aprenderlo. Habiendo Jesucristo bajado de la montaña, continuó sus acciones milagrosas y curó á un hombre cubierto de lepra. Sanó al siervo de un centurion que no juzgaba digna su casa de que entrase Jesus en ella. Resucitó la hija de Jairo, príncipe de la sinagoga y restituyó á una madre aflijida un hijo mancebo ya difunto, y encerrado en el ataúd, cuando le conducían al sepulcro.

Una célebre pecadora llamada Magdalena, fué á buscar á Jesus en casa de Simon el fariseo, lloró su pecados á sus pies y los ungió con perfumes. Simon se admiró de que Jesus, si era profeta, no conociese los desórdenes de

aquella mujer, ó si los conocía sufriese cerca de sí; pero el Salvador confundió el orgullo del fariseo, probándole que el arrepentimiento de un pecador era para los ojos de Dios un espectáculo mas agradable que la tranquilidad de los que han tenido una conducta mas arreglada. Otro de sus milagros mas célebres y públicos fué haber alimentado á cinco mil hombres que le seguian, con cinco panes y algunos peces que llevaban sus discípulos. Anduvo á pie sobre el mar de Galilea para afirmar la fé de sus apóstoles: alabó la de Pedro que le reconoció por hijo de Dios vivo: se transfiguró en presencia de Pedro, Jacobo, y Juan en el monte Tabor, apareciendo resplandeciente como el sol entre Moisés y Elias, y resonando las mismas palabras de Dios que se habian oido en el bautismo.

Los fariseos, doctores de la ley, que tendian continuamente lazos al Salvador, le preguntaron si se debia pagar tributo al César. Jesus, mostrándoles la efigie de una moneda respondió: «Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios.» Precepto divino que enseña á los ministros de la iglesia y á los cristianos el respeto y la obe-

;

diencia que deben á las potestades de la tierra, y precepto que han olvidado y olvidan muchas veces los ministros de aquel Dios cuyas doctrinas se jactan de seguir.

Volvió de Galilea á Jerusalem concluida la octava de la fiesta de los tabernáculos. Los fariseos le presentaron una mujer adúltera y le preguntaron lo que debía hacerse con ella; para desacreditarlo como enemigo de la ley si la absolvía, ó como inhumano si la condenaba. Jesus respondió: «El que esté esento de pecado, tírele la primer piedra.» Los consultantes pérfidos se retiraron uno despues de otro y dejaron á la mujer. Jesus la perdonó y la mandó no volver á pecar. Continuó enseñando en el templo, bajo la forma de parábolas, las verdades de la moral evangélica, dulce y severa al mismo tiempo, reducida á los dos grandes principios del amor de Dios y del prójimo, y que funda los deberes del hombre sobre la tierra en su union íntima con la divinidad.

Despues de haber enseñado á sus apóstoles que debían esparcir la luz del evangelio por el mundo, y que todo lo que desatase en la tierra seria desatado en el cielo, habiendo re-

comendado á sus discípulos y á todos los fieles observasen la justicia, practicasen la caridad, guardasen indisolublemente la fé del matrimonio y unos á otros se confesasen sus faltas, les anunció la resurrección futura del género humano, y les dijo que en aquel dia terrible vendría en toda su majestad, acompañado de sus ángeles, para juzgar á los hombres, separar los buenos de los malos, conducir los unos al cielo, y precipitar los otros en la morada de los tormentos eternos.

Acercábase el fin de la misión divina de Jesus, y continuó señalándola con grandes milagros. Un ciego de nacimiento creyó en él y vió la luz. Marta y María le habian probado su zelo, una por sus cuidados, y otra con su anhelo á escuchar su palabra; por lo cual resucitó á su hermano Lázaro de que las habia privado la muerte. Hizo hablar á los mudos y andar á los tullidos.

Viendo en fin que era llegado el momento en que debía cumplir las profecías, consumir su sacrificio, morir por la salvacion de los hombres, cerrar el infierno y abrir el cielo, dirigióse á Jerusalem el Salvador del mundo acompañado de sus discípulos y de cuantos creían

en su palabra. Subióse sobre una burra para manifestar la humildad de su vida temporal. Una multitud de personas que acudían á Jerusalem para celebrar la pascua, al saber que entraba en la ciudad tomaron ramos de palmas, precedieron á su marcha y muchos arrojaban al paso yerbas y flores gritando: «¡Gloria al hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!»

Esta entrada triunfante y estas aclamaciones del pueblo, redoblaron la animosidad de sus enemigos y les confirmaron mas en su designio de darle muerte. Al entrar Jesus en el templo arrojó de él á los que vendían y compraban; derribó las mesas de los que cambiaban y los asientos de los que vendían palomas, y les dijo: «Escrito está: mi casa será llamada casa de oracion, y vosotros habeis hecho de ella una caberna de ladrones.» Entonces los cojos y los ciegos vinieron al templo y él los curó.

Después de haber predicado por muchos dias en Jerusalem, dijo Jesus á Judas que preparase lo necesario para hacer la cena con sus discípulos; y aun cuando el pérfido Judas estaba ya decidido á perder á su maes-

tro y á entregarlo por dinero á los sacerdotes, ejecutó los órdenes del Señor.

Luego que Jesus comió el cordero pascual con sus apóstoles conforme á la ley, se bajó á ellos y les lavó humildemente los pies, recomendándoles siguiesen unos con otros este ejemplo de caridad. En seguida les dijo que uno de ellos le haria traicion; y como todos se indignasen de esta cobardía, Judas tuvo la impudencia de preguntar á Jesus como los demás, si seria él quien cometeria aquel crimen. En fin, sin desarmarse por la bondad de Cristo, lo dejó para ir á concluir su vil ajuste y consumir su infame traicion. Durante esta cena religiosa dividió Jesucristo su pan, y habiéndolo distribuido á sus discípulos, les dijo estas memorables palabras: «Este es mi cuerpo.» Por las cuales instituyó el sacramento mas misterioso de cuantos venera la iglesia cristiana.

Después de haber dicho á sus apóstoles que en adelante este alimento seria el de sus almas, advirtió á San Pedro que lo negaría tres veces antes de que cantase el gallo. Pedro, demasiado seguro en su fé, no quiso creerle; pero esta prediccion no tardó en cumplirse.

Al descubrir Jesus á sus discípulos las verdades contenidas en su último sermón, les recomendó tomasen sus espadas y pasó con ellos el torrente de Cedron, para dirigirse según su costumbre al monte de las olivas. Llegado que hubo á un lugar que se llamaba Gethsemani, los dejó y se retiró á un huerto para orar, llevando consigo únicamente á Pedro, Santiago y Juan. Dijo á sus discípulos favoritos que tenía una mortal tristeza, y los exhortaba á que velasen interin él oraba; y por tres veces fué á sus otros discípulos diciéndoles: «Velad y orad: porque el espíritu es pronto y la carne enferma.»

Presentóse Judas por último en el huerto con una tropa de jente armada; habíales advertido antes que aquel á quien abrazase era Jesus, y que debían apoderarse al punto de él, no fuera que se les escapase.

Acercándose el traidor á Jesus le besó, y el Salvador le dijo: «Amigo mío ¿qué haces? ¿vas á entregar al hijo del hombre por un beso?» Al momento acudieron los guardias á prenderle; pero Jesus les preguntó «¿A quién buscáis?» con una voz tan fuerte que los derribó por tierra. Después de haber manifestado de este

modo que no se entregaba por debilidad, sino por obediencia, se entregó á aquellos malvados, respelando en ellos la autoridad que su padre le había dado.

Pedro hizo algunos esfuerzos para defenderlo; tiró de su espada y cortó una oreja á Malco, uno de los criados del gran sacerdote; pero Jesucristo, lejos de querer ofender á sus enemigos, curó en un momento la herida, y reprendió á Pedro su arrojo, diciéndole que á no haber aceptado el cáliz que su padre le presentaba, los ángeles le hubieran defendido. Dejóse prender y atar, contentándose con decir á los ministros, que habían salido contra él como si fuera un ladrón, cuando le tenían todos los días en el templo en donde podían prenderle.

Llevaronle primero ante Anás, suegro de Caifás, que le preguntó acerca de su doctrina. Jesus le respondió que la había predicado públicamente, que los que le habían oído podían dar testimonio de ella; respuesta por la cual le dió una bofetada uno de los ministros. Anás le envió á Caifás, que era sumo pontífice, en cuya casa se habían reunido los principales sacerdotes para oír á los testigos. Jesus no respondió á ninguno de los

cargos que le hacían. Caifás le conjuró en nombre de Dios á que dijese si era el unjido. «Sí, respondió Jesus: vereis al hijo del hombre sentado á la diestra del Señor.» Caifás rasgó sus vestiduras, esclamando: *Blasfemó: no hay necesidad de mas testigos. Oídteis su blasfemia: ¿cuál es vuestro dictámen?* Todos respondieron: *Es reo de muerte.* Entonces los sayones empezaron á esearnecerlo y herirlo con todo jénero de afrentas y golpes. Esta noche le negó Pedro, segun se lo habia profetizado, diciendo bajo juramento, que no le conocia á los que le preguntaba por él. El gallo cantó, y el arrepentimiento siguió inmediatamente al delito.

Cuando llegó el dia le condujeron al tribunal de Poncio Pilato, gobernador de Judea, para que diese orden de llevarlo al suplicio. El gobernador preguntó cuáles eran sus delitos, y viendo que solo esponian acusaciones vagas, les dijo que lo juzgasen ellos mismos segun sus leyes. Entonces empezaron á calumniarle de sedicioso, de que sublevaba al pueblo y le impedía pagar el tributo al César con el designio de hacerse rey. Pilato preguntó á Jesus sobre este capítulo de acusacion; y el Salva-

dor respondió: *Mi reino no es de este mundo.* Máxima santa y venerable que han olvidado sus ambiciosos ministros, causando al mundo mas desastres que todos los azotes juntos. Pero los pueblos se desengañarán un dia, y la pureza evanjélica volverá á su primitivo estado, si es que se quiere que la religion deje de ser un medio productivo para unos cuantos. El gobernador dijo á los judios que no encontraba culpa en él; pero atemorizado por los gritos del pueblo, volvió á interrogarle; mas Jesus observó un profundo silencio. Entonces dijeron á Pilato que Jesus era de Galilea, y le envió á Herodes, tetrarca de esta provincia, que entonces se hallaba en Jerusalem. Despues de haberle interrogado Herodes y de no recibir respuesta alguna, le despreció, le hizo vestir de una túnica blanca y le devolvió á Pilato. El gobernador declaró á los judios que no creia culpable á Jesus, y que el mismo Herodes no habia hallado crimen en él; pero redoblándose entonces el tumulto con mayor violencia, mandó Pilato que azotasen á Jesus, esperando calmar de este modo el resentimiento de sus enemigos. Los soldados ejecutaron la orden del presidente, y

para burlarse de su título de rey. Le pusieron un vestido de púrpura, una corona de espinas en la cabeza, una caña en la mano, y le abofetearon diciéndole: «Salve, rey de los judíos.» El gobernador le presentó en esta situación á la vista del pueblo diciendo: *Aquí lo tenéis! (Ecce homo.)* Pero el furor creció de nuevo, y los judíos pidieron á grandes gritos su muerte.

Había costumbre en Jerusalem de conceder todos los años la libertad á un preso con motivo de la festividad de la pascua. Pilato quiso aprovecharse de esta circunstancia para salvar á Jesus: la mujer de Pilato le escoltaba á que no manchase sus manos en la sangre de aquel justo, y le contó con tal motivo un sueño terrible que habja tenido. Los judíos se valieron de la debilidad del gobernador acusándole de proteger contra la soberanía del César á un hombre que se había llamado rey de los judíos. Pilato sacrificó la justicia á la fortuna, y preguntó al pueblo cuál debía ponerse en libertad, si Jesus, ó un ladrón llamado Barrabás. El pueblo dijo que Barrabás; y el gobernador, después de haberse lavado las manos delante del pueblo, diciendo que no era culpable de

la sangre de aquel hombre, pronunció su sentencia de muerte y le entregó á los judíos.

Cargado Jesus con la cruz, instrumento de su suplicio, y que era entonces un cadalso para ellos, fué llevado al monte Calvario que estaba fuera de la ciudad. Temiendo los judíos que el peso que llevaba le hiciese morir en el camino: llamaron á un hombre de Cyrene, por nombre Simon, y le obligaron á que cargase con la cruz. El Señor continuó su marcha en medio de los insultos del pueblo, que redoblaron cuando llegó al Calvario. Allí fué crucificado entre dos ladrones: uno de ellos le insultaba: el otro creyó en él y le pidió que le diese lugar en su reino, lo que Jesus le prometió. Viendo á su madre y á Juan al pie de la cruz dijo, á la santa vírjen: *Mujer, este es tu hijo:* y á Juan: *Esa es tu madre.* Después exclamó: *Padre mio! por qué me has desamparado?* Cumplidas en fin las profecías y su misión, encomendó su alma á Dios y murió. En aquel momento cubrieron las tinieblas la hoz de la tierra, y duraron el espacio de tres horas; rasgóse el velo del templo, hubo un gran terremoto: las piedras se partieron; abriéronse los sepulcros; los muertos resucitaron, y se

aparecieron á muchas personas. Al ver tantos prodigios, el centurion que mandaba la tropa reconoció á Jesus por hijo de Dios, y la multitud se dispersó, suspirando y dándose golpes en los pechos.

Los judios, siempre escrupulosos aun en medio de los mayores crímenes, no querian que los condenados permaneciesen colgados de la cruz en la festividad de la pascua, y Pilato accedió á sus súplicas, mandando quebrar las piernas á los dos ladrones; lo que no se hizo con Jesus por haber muerto ya. Uno de los soldados le abrió el costado de un lanzazo y salió de la herida sangre mezclada con agua. José de Arimatea, discípulo secreto de Jesus, pidió á Pilato su cadáver para enterrarlo, y concedido, le embalsamaron él y Nicodemus, le envolvieron en un lienzo blanco y le encerraron en un sepulcro recién construido, y en el cual aun no se habia enterrado nadie. Temiendo los judios que se divulgase su resurreccion, profetizada por Jesus, obtuvieron de Pilato que se sellase el sepulcro y se pusiesen guardias en él; precaucion que sirvió para hacer mas conocido el prodigio. Repentinamente tembló la tierra: un ángel descendió

del cielo, quitó la piedra del sepulcro, se sentó sobre él, y los guardias, atemorizados fueron á Jerusalem á contar á los principales sacerdotes lo que habia sucedido. Estos corrompieron á los guardias para que declarasen haber robado los discípulos de Jesus el cadáver, mientras ellos dormian.

María Magdalena y otras santas mujeres acudieron muy temprano al sepulcro, y viéndole abierto corrieron á dar cuenta á los apóstoles de lo que pasaba. María Magdalena, se quedó sola y entró en el sepulcro. Dos ángeles vestidos de blanco se la aparecieron, y la preguntaron que por qué lloraba. Ella respondió, que porque la habian llevado á su maestro. Pero volviéndose entonces vió á Jesucristo bajo la forma de un jardinero, que le hizo la misma pregunta. Despues de su respuesta, no le dijo Jesus mas que esta palabra: *María*: entonces reconoció al Salvador y quiso arrojarse á sus pies; pero él se lo impidió y le dijo que fuese á contar á sus discípulos lo que habia visto. Tal fué, segun el Evangelio, la primera aparicion del Señor despues de haber resucitado.

Cuando Jesus se presentó á

Magdalena lo hizo tambien á otras santas mujeres, y les recomendó anunciassen su resurreccion á los apóstoles; pero estos tomaron por un sueño su relacion. Poco tiempo despues apareció el Salvador en figura de viajero á dos discípulos de Emmaus que caminaban juntos ocupándose de su vida y muerte: Jesus se acercó á ellos y les preguntó de qué trataban; ellos le contaron su propia historia y la terminaron diciéndole que no habia resucitado al tercero dia, como lo habia prometido á pesar de afirmarlo algunas mujeres, y de no haber encontrado ellos nada en el sepulcro que por sí mismos habian ido á visitar. Admirado el Salvador de su incredulidad, despues de tantos hechos que podian convencerlos, les reprendió su poca fé y les explicó como todo lo que habian dicho los profetas desde Moisés se habia cumplido. Entró en seguida con ellos en una ostería, y cuando estuvieron en la mesa, tomó el pan, lo bendijo, se lo dió, y desapareció. Estando reunidos los apóstoles comiendo, se les presentó el Salvador, les dió á tocar sus manos, comió de los manjares, ilustró sus mentes para la intelijencia de las Escrituras, y les mandó predicar su doc-

trina por todo el mundo. Tomás Dídimo no estaba en esta ocasion con los demás apóstoles y no quiso creer lo que ellos le decian: ocho dias despues, estando todos juntos, se apareció de nuevo el Salvador é hizo tocar al apóstol incrédulo las llagas de sus manos, pies y costado. Despues de haberse aparecido otras diferentes veces á sus apóstoles, los llevó á una montaña cercana á Betania, les repitió sus órdenes y promesas, los bendijo y subió en una nube á los cielos. Sus discípulos le adoraron y volvieron á Jerusalem, donde escogieron á Matías para que ocupase el lugar de Judas. Cuando se cumplieron los dias de pentecostés, estando juntos todos los apóstoles en un mismo lugar, despues de un viento fuerte, vieron descender sobre ellos unas como lenguas de fuego; se sintieron inspirados del Espíritu Santo, y comenzaron á hablar en diversas lenguas. Los apóstoles salieron y predicaron á los judios habitantes de diversos paises, que habian concurrido á la solemnidad, en los diferentes idiomas que hablaban. Pedro les recordó que este prodijio habia sido anunciado por el profeta Joel; les manifestó la mision, vida y muerte del Salvador; les

contó los milagros y resurrección de su maestro, de que los apóstoles eran testigos, y en fin, concluyó que Jesús, muerto por los judíos, era el verdadero Mesías, prometido á las naciones.

Este primer sermón de los apóstoles produjo la conversión de tres mil personas, y la iglesia quedó completamente establecida. Los cristianos vivían en común ligados por los vínculos del amor y la fraternidad, bajo la dirección de los apóstoles. Celebraban con ellos los divinos misterios, oraban con frecuencia, y eran amados del pueblo por la pureza de su culto y la sencillez de sus costumbres. Las predicciones de los apóstoles y los muchos milagros que obraban, aumentaban cada día la grey del Señor.

Los principales sacerdotes estaban irritados de los progresos de los apóstoles. Pedro y Juan fueron presos y presentados ante el consejo que no se atrevía á condenarlos á muerte á pesar de la firmeza con que predicaban la divinidad, doctrina y resurrección de Jesús, y se contentaron con prohibirles que predicasen. Los apóstoles obedecieron á Dios y predicaron, por lo que fueron puestos otra vez en la cárcel, de la cual los libró un ángel. Hacia

como Esteban, después de un fervoroso sermón, fué apedreado por los judíos: primer testigo ó mártir que selló con su sangre la verdad del evangelio. A este martirio se siguió una gran persecución contra los fieles, que fueron dispersados en diversos lugares de Judea y Samaría.

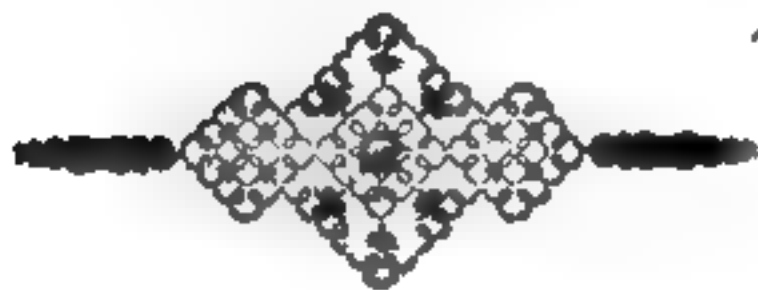
El mas ardiente perseguidor de los cristianos era un judío llamado Sáulo, que gozaba del privilegio de ciudadano romano. (Año de Cristo el 34.) Yendo á Damasco con órdenes crueles del gran sacerdote para las sinagogas de aquella ciudad, una luz del cielo le derribó en tierra, y oyó una voz que le decía: «Sáulo, «Sáulo, ¿por qué me persigues?» «¿Quién eres, Señor?» preguntó Sáulo...—«Soy Jesús, á quien «persigues. Duro es dar coces «contra el aguijón.» Sáulo, convencido, entró por mandato del Señor en la ciudad, y Ananías, uno de los discípulos, le bautizó. Desde entonces bajo el nombre de Pablo, fué ardiente predicador del cristianismo.

La historia de las predicaciones de los apóstoles y de los discípulos en Judea, en Roma, en Grecia, y en Asia, sus epístolas, sus milagros y sus martirios no pertenecen ya á la historia de los judíos, y hacen parte de

En el establecimiento del cristianismo que hallaremos en cada nacion, siguiendo el curso de esta historia jeneral: bastará decir aquí que el primer concilio de los cristianos presidido por los apóstoles se tuvo poco despues en Jerusalem, que San Pablo, acusado por los sacerdotes se justificó delante del rey A-

gripa, pero que fué enviado á Roma por haber apelado á César.

Tomemos aora el curso de los acontecimientos que pasaron en Judea desde la muerte de Herodes el Grande, en cuyo reinado nació Jesucristo, hasta la toma de Jerusalem y destruccion del templo predicha por el Señor.



CAPITULO X.

ESTADO DE LA JUDIA BAJO LOS ROMANOS HASTA LA DISPERSION DE LOS JUDIOS.

Estado de la Jueda bajo los romanos — Agripa II. — Guerra de los judios contra los romanos. — Muerte valerosa de sesenta judios en una caverna. — Ruina de Jerusalem por Tito. — Incendio del templo por un soldado. — Dispersion de los judios.

ARQUELAO, AGRIPA, HERODES EL TETRARCA, AGRIPA II, SIMON, JUAN Y JOSEF.

ESTADO DE LA JUDIA BAJO LOS ROMANOS.—Ya hemos visto antes de principiar la historia del Salvador, como mediante las quejas de los judios, el emperador Augusto habia desterrado á Arquelao, hijo y sucesor de Herodes el Grande. Desde esta época, los príncipes de su familia, á quien Roma honraba con el título de tetrarca, ó de rey, no podian ser mirados como soberanos; pues cuando mas, eran gobernadores secundarios, sujetos al gobernador jeneral nombrado por el emperador, y su obediencia, mas ó menos sincera, ar-

glaba el grado de su dureza y favor.

La política romana creyó al principio que la Jueda podia estar tranquila bajo su dependencia, como todos los otros reinos que sucesivamente fueron divididos, protegidos y conquistados por los jenerales de la dominadora del mundo. Roma, habiendo dejado á los judios, como á las demás naciones del imperio su religion, costumbres y leyes, no entendia en su administracion interior sino para apaciguar las turbulencias, y recibir las contribuciones de dinero y hombres. Pero la religion y las opiniones de los israelitas, eran incompatibles con esta dependencia, y los sentimientos grabados por la ley de Moisés les hacian

odiosa toda mezcla con el extranjero. Semejante pueblo, queriendo siempre ser gobernado por su Dios, por sus sacerdotes y por sus ancianos, no podía más que ser esclavo y no vasallo, si era conquistado; y conociendo bien sus costumbres, fácilmente se hubiera podido prever que haría constantes esfuerzos para sacudir su yugo, y que siendo demasiado débil para luchar con ventaja contra el imperio romano, su continua resistencia y sus turbulentas sacudidas debían ocasionar su ruina. Hemos visto en los libros santos, que esta destrucción estaba profetizada ya á los judíos, como un castigo inevitable de sus vicios y de su impiedad. Nosotros, como historiadores, debemos examinar aquí únicamente las causas secundarias del exacto cumplimiento de las profecías.

La fuerza de los judíos estaba debilitada largo tiempo por la división que existía entre los pueblos de Samaría y Jerusalem, en la época del nacimiento de Cristo. Esta división se había aumentado con la formación de tres sectas, los fariseos, los esenios y los saduceos. La primera y mas poderosa, y la que mas se atenía á la letra que al espíritu de la ley de Moisés, observaba

estrictamente las antiguas formas, era mas asidua á la oración, no sufría ninguna variación en las ceremonias, conservaba un gran respeto á la vejez, y ejercía gran autoridad sobre el pueblo. Los fariseos creían en la inmortalidad del alma; pero su doctrina estaba mezclada de fatalismo y aun de una especie de metempsicosis, porque creían que las almas de los justos volvían á habitar este mundo. Jesucristo les censuró muchas veces su orgullo y su hipocresía.

Los saduceos, pocos en número, pero de la clase mas distinguida, negaban la inmortalidad del alma, y no reconocían la ley sino como un medio de conservar el orden público.

Los esenios, virtuosos y austeros, convencidos de la inmortalidad del alma y resignados á todos los decretos de la Providencia, empleaban toda su vida en el estudio y práctica de la justicia, contentábanse con enviar sus ofrendas al templo, sin ir á él á hacer sacrificios. Ocupábanse solo de la agricultura. Todo era comun entre ellos; no tenían sirvientes porque creían que sujetar á los hombres era ofender á la naturaleza que los había hecho iguales á todos. Esta secta, poco numerosa y sepa-

rude del resto de la nación, podía mirarse como una comunidad religiosa, y no tenía ninguna influencia en los negocios públicos.

Un hombre llamado Judas fundó una cuarta secta, cuyo ardor y actividad arrastraron á una parte del pueblo. Semejantes en todo á los fariseos, sostenían que no debía reconocerse por Señor y por rey sino á Dios, y su fanatismo republicano les hubiera hecho sufrir toda clase de tormentos y suplicios mas bien que conceder á un hombre el nombre de señor ó dueño. El espíritu turbulento de estos últimos sectarios fué, como se verá despues, una de las causas principales de la ruina de su patria. El emperador Augusto habia nombrado á Cireneo gobernador de Siria, con orden de hacer el censo de los bienes de todos los particulares. Esta medida escitaba el descontento de los judíos, y en vano quiso el gran sacerdote Joasar persuadirles la sumisión. Este mismo Judas, de que acabamos de hablar, concertado con un fariseo llamado Sedec, escitó el pueblo á la rebelion, diciéndole que el tal censo era una prueba evidente del proyecto formado por el emperador para arruinar á los judíos y reducirlos á esclavitud.

Recordóles todos los milagros de Dios en su favor y la obligacion sagrada de defender sus leyes y su independencia. En fin les prometió en el nombre del Señor los mayores triunfos, si se decidían á servir su causa. Al momento estalló por todas partes la revolucion; ya no se vieron mas que asesinatos y saltemientos; robábase á amigos y enemigos sobrestado de defender la libertad pública, y se acusaba de traicion á los ricos y á los grandes para matarlos y apoderarse de sus bienes. La rabia de los sediciosos llegó á un grado tal de furor, que una grande hambre que sobrevino no detuvo el curso de sus crueldades, y aun se vió el fuego de esta guerra civil llevar el incendio hasta el templo del Señor.

Cireneo, despues de haber derramado mucha sangre, apaciguó esta primer revolucion y acabó el censo, que se verificó treinta y siete años despues de la batalla de Accium. Confiscó los bienes de Arquelao, ya depuesto, y confirmó á Herodes y á Filipo las tetrarquías que Herodes el grande les habia dejado en su testamento. Herodes edificó una ciudad en honor del emperador Tiberio, y le puso por nombre Tiberiada.

En tiempo de Pilato pasaron de Cesárea á Jerusalem algunas tropas romanas, cuyas banderas llevaban la efígie del emperador, á la cual se tributaban honores casi divinos, y contrarios á la ley de los judios. Estos suplicaron al gobernador que llevase á otras partes aquellas banderas: Pilato no consintió, diciendo que era ofender al emperador. Redoblaron sus instancias; pero Pilato subió á su tribunal é hizo tomar las armas á sus tropas, que envolvieron á los judios, amenazándolos con la muerte si no se sometían. Entonces descubriendo todos sus pechos exclamaron: «Que el sosten de la ley es mas querido que la vida.» Pilato, vencido por tan ardiente zelo, hizo conducir las banderas á Cesárea.

Algun tiempo despues, proyectando el gobernador la construcción de acueductos, creyó necesario echar mano del tesoro del templo. El pueblo volvió á sublevarse; pero Pilato reprimió esta sedición despues de haber dado muerte á un gran número de sediciosos. Quiso despues someter á los samaritanos que habían tomado las armas para apoderarse de la montaña de Garicim, creyendo que encontrarían en su centro un tesoro y vasos

sagrados que se decía estar ocultos allí por Moisés. Los rigores que el gobernador empleó en aquella expedición, determinaron á los samaritanos á presentar una acusación contra él á Vitelio, gobernador de Siria. Este mandó á Pilato que fuese á Roma para justificarse. El mismo vino á Jerusalem por la fiesta de pascua y lo recibieron con grandes honores. Dispensó á los habitantes un impuesto sobre los frutos; permitió á los sacrificadores que guardasen el éfodo y los ornamentos sacerdotales, que la envidia de Herodes el Grande había hecho encerrar en la fortaleza Antonia; y en fin, depuso á Caifás, y dió el sacerdocio á Jonatás, hijo del antiguo gran sacerdote Anano.

Parece que Herodes el tetrarca gozaba entonces, bajo la protección de Tiberio, de una autoridad casi real; pues se ve que hizo la guerra á Aretas, su suegro, rey de los árabes, cuya hija acababa de repudiar para casarse con su hermana Herodias. Sus armas fueron desgraciadas. Aretas lo batió, y los judios atribuyeron su derrota á castigo del cielo por la muerte de Juan Bautista, cuya memoria veneraban. La muerte de Tiberio y la elevación de Cayo Calí-

gala al trono imperial, mudó enteramente la fortuna de Agripa, nieto de Herodes el Grande, que aborrecido de su familia, sin herencia, ni bienes, oscurecido en Roma, preso de orden del suspicaz Tiberio por haber mostrado deseos de que subiese al trono Calígula, hijo de su protectora Antonia, recibió de este emperador grandes bienes en Judea, y el título de tetrarca ó rey. Herodes con toda su familia fué desterrado á Lugduno de los Secuanos.

Los judíos de Alejandría no quisieron hacer los honores de estilo á las estatuas de Calígula: Petronio, gobernador de la Siria, marchó contra ellos; pero Agripa intercedió en su favor y alcanzó el perdón. Los de Babilonia no fueron tan felices: sus riquezas los habían hecho tan poderosos que causaban zelos á los griegos y á los sirios, y perecieron cincuenta mil de ellos.

Claudio, sucesor de Calígula, confirmó los favores hechos á Agripa, y añadió á su tetrarquía la Judea y la Samaría; dió además el reino de Cálcida á Herodes, hermano de Agripa, y publicó edictos muy favorables á los judíos. Agripa regaló al templo de Jerusalem una cadena de

oro que le había dado Calígula: hizo sacrificios solemnes, restableció el orden y la disciplina en el estado, y probó á los habitantes de Jerusalem su reconocimiento libertándolos del impuesto que pagaban por cada casa. Formó un ejército, cuyo mando dió á Silas, que nunca le había abandonado en la adversidad: embelleció á Jerusalem, levantó sus murallas, y aun quiso fortificarla de modo que fuese invulnerable; pero una orden de Marso, gobernador de Siria, le obligó á suspender esta obra. Estableció juegos y testros, y dió al pueblo en un circo el espectáculo bárbaro de mil cuatrocientos reos condenados á muerte peleando unos con otros como los gladiadores de Roma. El tercer año de su reinado celebró el cumpleaños del emperador con juegos solemnes. Aunque el pueblo veía con desagrado estas festividades jentílicas, ninguno de los grandes faltaba á ellas. Agripa murió poco tiempo después de una enfermedad aguda; y fué llorado por la suavidad de su carácter y la prosperidad del tiempo que reinó.

AGRIPA II.—Siendo su hijo Agripa demasiado niño para sucederle, dió el emperador el mando de la Judea á Caspio Fe-

do; y concedió á Herodes, tío del jóven rey, la administración del templo y del tesoro, y el derecho de nombrar los sumos sacerdotes. Tiberio Alejandro sucedió á Fedó en el gobierno militar, y á Tiberio sucedió Cumano. Este, deseando impedir las turbulencias causadas en la celebración de la pascua por el gran concurso de forasteros, puso una coorte á la puerta del templo. Un soldado romano cometió una indecencia; el pueblo se sublevó atribuyéndola á las órdenes de Cumano. Este, no pudiendo apaciguar con razones á los turbulentos, mandó avanzar á la tropa: los judíos huyeron y perecieron veinte mil, oprimidos unos por otros dándose prisa á la fuga.

Neron, sucesor de Claudio, aumentó el reino de Agripa, y dió la corona de la pequeña Armenia á Aristóbulo, hijo de Herodes. Félix sucedió á Cumano en el gobierno de Judea; destruyó una cuadrilla de ladrones tan atrevidos que asesinaron al sumo pontífice Jonatás en el recinto del templo, y esterminó muchos fanáticos que sublevaban el pueblo, y entre ellos á un falso profeta que se habia puesto al frente de treinta mil hombres para arrojar

á los romanos de Jerusalem.

En este tiempo renovaron los sirios sus antiguas pretensiones á la soberanía de la santa ciudad; negocio que se remitió al arbitrio de Neron. Festo, enviado por el emperador para el gobierno de Judea, continuó la guerra contra los bandidos; pero sus sucesores Albino, y después Floro, se hicieron del partido de aquellos facinerosos para robar á los ricos y oprimir el pueblo.

En este tiempo profanaron algunos griegos la sinagoga de Cesárea: los judíos se defendieron, pero fueron vencidos. Floro, con el pretesto de apaciguar aquellas turbulencias, quiso sacar diecisiete talentos del tesoro del templo. Esta violación del lugar sagrado produjo una nueva sedición: las tropas romanas degollaron un gran número de judíos, á pesar de la intercesión de Berenice, hermana del rey Agripa, que espuso su vida en esta ocasión por salvar á sus compatriotas.

GUERRA CON LOS ROMANOS.—

Decidido Floro á saquear el templo y humillar á los judíos, mandó á los habitantes de Jerusalem que saliesen á recibir á las tropas romanas que venían de Cesárea. Obedecieron estos desgraciados, y en el momento que saludaban

las banderas del emperador fueron acometidos por los soldados, que hicieron en ellos una gran matanza. Esta crueldad dió al pueblo el valor de la desesperación: reúnese, corre á las armas y echa del templo y de la ciudad á los romanos. Floro, refugiado en Cesárea, avisó á Cestio, gobernador de Siria, los resultados de la rebelión. Cestio envió oficiales á Jerusalem para que tomasen informes acerca de estos sucesos. Previendo el rey Agripa las desgracias de su patria, reunió el pueblo y le escortó en vano á la sumisión, recordándole lo que en otro tiempo habia sido bajo los egipcios y asirios, naciones menos poderosas que la romana; recordóles la toma de Jerusalem por Pompeyo; la pobreza, debilidad y facciones de Judea, arruinada por ladrones y desprovista de tropa y fortalezas, y las fuerzas del emperador, señor de todo el mundo, y jefe de legiones victoriosas é irresistibles. En fin, los conjuró á que depusiesen las armas inútiles, y mediante las súplicas obtuviesen una justicia que su padre jamás habia solicitado en vano, y una protección verdadera en vez de una quimérica independencia.

Irritado el pueblo; despreció

sus palabras: los gritos de religión y libertad aogaron la voz del rey; le echaron de la plaza á pedradas, y quemaron su palacio y el de su hermana. Todavía quedaban algunos romanos de guarnición en la fortaleza; y á pesar de las representaciones del gran sacerdote y de las personas mas distinguidas que quisieron aplacar al pueblo, los sediciosos, capitaneados por Eleazar, asaltaron la fortaleza, asesinaron la guarnición romana, y obligaron á los sacrificadores á que reusasen la víctima que se les ofrecia en nombre del emperador. Los principales de Jerusalem pidieron socorro contra los facciosos; pero Floro no lo quiso enviar, y los soldados de Agripa fueron vencidos por Eleazar.

Massahem, hijo de Judas el fundador de la nueva secta, sublevó todo el pueblo, haciéndole jurar que sacudiria el yugo extranjero, y no obedeceria sino á Dios. Apoderóse de la fortaleza de Massada; pero ensoberbecido con este triunfo, se presentó en el templo con vestiduras reales, y su mismo partido ■ envió al suplicio. Mitilio, general romano que mandaba una fortaleza, capituló y se retiró á Cesárea. Desde este momento la

venganza de Roma empezó á caer de una manera terrible sobre los judios: veinte mil fueron degollados en Cesárea, trece mil en Scitópolis, cincuenta mil en Alejandria. Estas matanzas produjeron crueles represalias en Judea. Cestio Galo entró en ella con un poderoso ejército romano, y Agripa se le reunió; pero esta vez fué superior el fanatismo á la disciplina, y los romanos, vencidos en Betoron, tuvieron que retirarse. Cestio volvió con nuevas fuerzas y se apoderó de Jerusalem; pero habiendo dado un asalto inútil al templo, se desanimó y huyó con pérdida de cuatro mil hombres. Los habitantes de Damasco vengaron su derrota degollando á diez mil judios.

Los caudillos de los rebelados eran Eleazar, Silas, Juan y Josefo el historiador. Estos fortificaron las plazas, levantaron un ejército de cien mil hombres y los sometieron á una rigurosa disciplina. Al mismo tiempo Simon, hijo de Jóras, formó una partida de ladrones y jente perdida, con el objeto de robar á los ricos. El emperador Neron destituyó á Cestio, y dió á Vespasiano el gobierno de Siria y el mando del ejército. Apenas llegó este jeneral á su provincia,

envió á Alejandria á su hijo Tito, é hizo los preparativos necesarios para vengar la afrenta de las águilas romanas.

Los judios, ensoberbecidos con sus victorias, atacaron á Ascalon, mas fueron vencidos en una gran batalla con pérdida de dieziocho mil hombres, y tres de sus jenerales, Silas, Juan y Eleazar.

Vespasiano y Tito, aprovechándose de esta victoria, penetraron en Galilea con un ejército de sesenta mil hombres. El terror de los judios fué tal que Josefo, abandonado de todo su ejército, tuvo que retirarse á Tiberiada. En vano escortó á su nacion á que capitulase, pues no podia pelear: ni fué oído ni socorrido, y con los pocos valientes que le quedaban se encerró en Jotapat. Vespasiano lo sitió y puso empeño en apoderarse de su persona, creyendo, dice el mismo Josefo, que vencido él quedaba sometida la Judea. Si esta frase denota algun orgullo en el historiador, lo justificó con su valor. El sitio fué largo y sangriento: los judios hicieron varias salidas, en una de las cuales fué herido Vespasiano, y resistieron muchos asaltos. Entretanto se apoderaba Tito de Jafa, y Cereales de la montaña

de Gericeim, en la cual mató á once mil samaritanos. Vespasiano, no pudiendo conseguir nada por la fuerza, aparentó renunciar á los ataques: la vigilancia de los judíos disminuyó, y los romanos entraron por sorpresa en Jotapat. Pasaron á cuchillo á todos los habitantes, excepto las mujeres y los niños. Josefo se encerró en una cueva con sesenta compañeros suyos y los principales del ejército. Vespasiano les prometió la vida si se rendían, pero aquellos fanáticos, á pesar de los consejos de Josefo, resolvieron matarse unos á otros por suerte, de modo que al que le tocaba primero era degollado por el que le seguía. Por una fortuna inaudita fueron los últimos Josefo y uno de sus amigos, y se rindieron á Vespasiano, que quería enviarlos á Neron. Pero Josefo, que creía tener don de profecía, anunció á Vespasiano que sería emperador, y que su hijo Tito le sucedería. Esta predicción hizo que el general mudase de dictamen, y tratase á su cautivo con benevolencia: la cual atrajo al general judío el odio de sus compatriotas.

Las armas romanas experimentaron en otros puntos grande resistencia. Vespasiano se a-

poderó de Gamala, en cuyo sitio fué herido el rey Agripa: esta ciudad fué recobrada por los judíos, y reconquistada por Tito, el cual batió en Jiscala á Juan de Jiscala, uno de los jefes de los facciosos, y los auyentó á Jerusalem.

Tal es la ceguedad del espíritu de partido que no le convence ni el fuego de la guerra, ni el aspecto del peligro mas evidente. Envueltos por todas partes por las armas del coloso romano, difícilmente, aun estando unidos, hubieran podido defenderse los judíos; pero divididos, su resistencia era casi imposible. No puede concebirse cómo una verdad tan amarga y tan palpable no abría sus ojos, y sin embargo, estrechados en Jerusalem se bataban y se destrozaban entre sí. En medio de esta ciudad y en el momento en que estaba sitiada por Vespasiano, la guerra civil ejercía sus furiosos en las calles, en las plazas públicas y en el templo, al mismo tiempo que la guerra extranjera estallaba contra ellos á los pies de sus murallas.

Juan de Jiscala, de acuerdo con los zelotes, nombre que se daba á la secta mas fanática, abrió la ciudad á los idumeos, que cometieron en ella orri-

bles crueldades y asesinaron al sacrificador Zacarías. Juan, confiado en sus fuerzas, aspiró al sumo poder, lo que dividió á los zelosos en dos bandos. Simón, hijo de Jóras, venció á Juan; pero en victoria no fué decisiva, y estos dos partidos continuaron degollándose mutuamente.

SITIO Y RUINA DE JERUSALEM POR TITO.—(*Era de gracia 70.*) En un desórden semejante, ninguna cosa pudo retardar la perdición de Jerusalem sino la partida á Italia de Vespasiano, proclamado emperador por su ejército, para combatir con su rival Vitelio. Tito quedó encargado de continuar la guerra en Judea. Este príncipe estrechó la ciudad y la rodeó de fortificaciones y torres para impedir enteramente la entrada de víveres y socorros. Este apuro no dió treguas al encarnizamiento de la guerra civil. Simón ocupaba la parte alta de la ciudad, Juan de Jiscala la inferior, y otro general llamado Eleazar el templo. Peleaban frecuentemente unos con otros, y á pesar de este furor, reunían sus tropas en la muralla para resistir ostinadamente á los romanos, hacer muchas salidas y destruir los trabajos de los sitiadores; y

cuando los habían rechazado, volvían á la plaza á continuar su guerra civil.

Nunca se vió una ciudad entregada á mayores calamidades. El odio, la venganza, la avaricia, la ambicion, el fanatismo y la desesperacion se unían á los desastres de la guerra para destruir á Jerusalem. El azote de la hambre puso el colmo á tantas desventuras. Los muertos sirvieron de alimento á los vivos. Una madre degolló á su propio hijo para comerle. Nada podía calmar ni vencer aquellos bárbaros corazones. Tito, su enemigo, mas humano que ellos, se compadeció de su suerte y envió á Josefo para que les persuadiese la rendicion y con ella la salvacion del pueblo, del templo, de la religion, de la capital y de las leyes; mas no le dieron otra respuesta que gritos de furor y amenazas. Los cristianos, advertidos por las predicciones del Salvador de la ruina de Jerusalem, habian salido de ella antes del sitio, y muchos judios distinguidos por sus riquezas y prudencia, habian huido de la ciudad y pedido cadenas á los romanos para libertarse de los puñales de los zelosos. Los demás habitantes, enfurecidos por el fanatismo y la desesperacion,

no pensaban mas que en dar y en recibir la muerte.

Tito, habiéndose hecho dueño de la primera y segunda muralla de Jerusalem, sitió el templo donde los judíos, á pesar de sus discordias, se defendieron por mucho tiempo. La fortaleza Antonia cayó en poder de los romanos, y despues de un asalto infructuoso contra el templo, hizo Tito el último esfuerzo y penetró en su recinto. Todo lo que es posible hacer á la fuerza humana para conservar aquel edificio, no dejó de emplearse; pero Dios habia resuelto su ruina. Un soldado, sin haber recibido orden ninguna, como por una inspiracion, hizo que le levantasen en el aire uno de sus compañeros y lanzó por la ventana de oro una tea encendida. Tito, que estaba entonces en lo interior admirando su magnificencia, dió en vano órdenes para detener el fuego: las leiones que se apiñaban, la rabia de los judíos que querian rechazarlos, el furor de los combatientes, el estruendo de las armas y los gritos de los moribundos, hacian imposible el orden y no permitian oir la voz de los jenerales. Las llamas estendidas con rapidez, aumentaron el orror de aquella escena sangrienta: caian las murallas,

y techos encendidos, y la destruccion de aquel gran templo se consumió enteramente.

Pareció en el mismo día y mes que Nabucodonosor lo habia destruido en otro tiempo. Los historiadores aseguran que su ruina fué anunciada por varios prodijios. Entre ellos es notable el siguiente. Un hombre del campo llamado Jesus, hijo de Anano, cuatro años antes del sitio, celebrándose la fiesta de los tabernáculos, exclamó: «Voz del Oriente, voz del Occidente, voz de los cuatro vientos, voz contra Jerusalem, contra el templo, contra los recien casados, y contra todo el pueblo.» Durante cuatro años no cesó de repetir estas palabras. Cuando ya Jerusalem estaba sitiada, dió vuelta á las murallas diciendo: «¡Ay de la ciudad, ay del pueblo! ¡Ay del templo!» La última vez añadió: «¡Ay de mí!» y una piedra lanzada por una máquina de los sitiadores le derribó en tierra, y murió repitiendo las mismas palabras.

Tito fué proclamado jeneral victorioso por su ejército sobre las ruinas del templo, y mandó matar á los sacerdotes, cuya insensata resistencia habia ocasionado aquella catástrofe: los zelosos resistian aun en la parte

alta de la ciudad; y en el palacio; pero los romanos tomaron los castillos, esterminaron á los defensores, y entregaron la ciudad al saqueo y á las llamas. Este sitio costó la vida á un millón y cien mil judios: noventa y siete mil fueron hechos prisioneros. Juan de Jiscala, y Simon se escondieron en un albañal, de donde fueron sacados el primero para una prision perpetua y el segundo para servir de ornamento en el triunfo del vencedor. Despues se le ajustició públicamente en Roma. Las murallas y la mayor parte de las casas fueron arrasadas. Los candelaños de oro, la mesa y otros ricos despojos del templo se trasladaron al templo de la Paz, que Vespasiano fundó en Roma. Puso en venta todas las tierras de Judea, y cesijó de sus habitantes el tributo de dos dracmas por cabeza que pagaban anteriormente.

Los judios conquistados y oprimidos, esperaban siempre un milagro que los libertase, y se sublevaron muchas veces. En el reinado del emperador Adriano, cincuenta años despues de la ruina del templo, habiendo tomado de nuevo las armas, los romanos les hicieron una guerra cruel en la que perecieron qui-

nientos ochenta y seis mil judios. Adriano acabó de destruir en Jerusalem lo que Tito habia perdonado: sobre su ruina levantó otra nueva ciudad, llamada *Ælia-Capitolina*, donde prohibió entrar á los judios bajo pena de muerte, é hizo esculpir un cerdo en la puerta que miraba á *Bethlehem*. Sin embargo, San Gregorio de Nacianzo dice que se les permitia á los judios ir una vez al año á la nueva ciudad para llorar su pérdida, y San Jerónimo añade que se les vendia á peso de oro este permiso.

DISPERSION DE LOS JUDIOS. — Gran número de esclavos de uno y otro sexo fueron vendidos en las ferias de Gaza y Mambré; se arrasaron cincuenta fortalezas y novecientas ochenta y cinco poblaciones. La dispersion de los judios comenzó en esta época: sin embargo, la historia habla de algunas sublevaciones en los reinados de Antonino, Septimio, Severo y Caracalla. Jerusalem era entonces una ciudad gentil: el culto del verdadero Dios, volvió á florecer en ella en el reinado de Constantino y de su madre, que derribaron los ídolos elevados en el santo sepulcro, y edificó en aquellos lugares templos que han durado hasta nuestros dias.

El emperador Juliano, enemigo del cristianismo, reunió los judíos en Jerusalem para que reedificasen el templo (363). Muchos concurren; pero se cuenta que al abrir los cimientos, salieron de la tierra globos de fuego que hicieron imposible la ejecución de la obra. Muerto Juliano, Jerusalem volvió á ser una ciudad cristiana, y el emperador Justiniano elevó su iglesia á la dignidad patriarcal (501). Cosroes, rey de los persas, se apoderó de esta ciudad en 613, y vendió á los hebreos diseminados en la Judea noventa mil prisioneros cristianos, que, cándidamente se afirma por algunos historiadores, fueron degollados por sus amos.

Heracio reconquistó la Judea en 627. Nueve años después, el califa Omar, tercer sucesor de Mahoma, se apoderó de Jerusalem después de cuatro meses de sitio. La Palestina y Egipto pasaron al poder de este conquistador, que fué asesinado en la ciudad de David en 643. La caída de la dinastía de los omniadas y la elevación de la de los abasidas, las dominaciones sucesivas de los fatimitas, de los selyúcidas, y de los sultanes de Egipto, llenaron la Judea de turbulencias y desgracias. En fin los fa-

TOMO VII.

litas, vencedores de sus adversarios, reinaban en la Palestina cuando se presentaron allí unas ordas de aventureros, ladrones y fanáticos que se llamaron cruzados.

Durante el curso de todas estas calamidades, algunos desventurados hebreos se ostinaron en permanecer pobres y despreciados en medio de las ruinas de su patria. Aun hay algunos que lloran sobre los restos de la santa ciudad, la cual no ofrece á la vista del viajero mas que un vasto y silencioso sepulcro, insultado por una mezquita victoriosa, cerca de la cual existen algunos humildes conventos cristianos.

El pueblo judío, esparcido por todas las naciones de la tierra, desde el reinado de Adriano, anda errante y disperso para que se cumplan, dicen, los vaticinios de los profetas, y por no haber conocido al verdadero Mesías. Pero el verdadero motivo de ese desprecio con que son tratados hasta por las naciones modernas, está en la intolerancia religiosa; y nada tiene de particular el que unos hombres que se ven sin consideración social, pongan todo su conato en la adquisición de riquezas, aunque sea por la mas detestable usura, si ven que

con el oro se adquieren lo que les quita la injusticia de los hombres. Hoy que las naciones modernas se han desengañado de la inutilidad y perjuicio de las cuestiones religiosas, justo es que miren á esa grey desventurada con mas consideracion que hasta ahora, y no la sacrifiquen tan bárbaramente á escrúpulos de religión.



LIBRO DECIMO.

HISTORIA DE LA RELIGION.

CAPITULO PRIMERO.

Religiones orientales. — Decadencia de la religion de los griegos y de los romanos. — Moisés.

Antes de pasar á la historia romana, y á fin de esclarecer los primeros fundamentos del cristianismo, consagraremos el siguiente libro á la historia de su establecimiento, aunque no con toda la estension que se debiera, pues para eso están los historiadores eclesiásticos. Hagamos antes algunas observaciones generales sobre las religiones antiguas.

Siembra el hombre sus fértiles ideas sobre todo el universo, y su ingenio recoge las abundantes cosechas de su inteligencia y de su industria: poderoso dominador de la tierra, se alimenta y cubre con sus diversas pro-

ducciones: surca el Océano; abre las vísceras del globo; ya se uade en sus senos silenciosos, ó ya se lanza lijeramente á la mansion de las tempestades; sus ojos miden la distancia y el curso de los ástros; el rayo baja á su voluntad; el bronce truena á sus órdenes y quebranta las murallas; opone diques al Océano; mil palacios á su voz presentan sus orgullosos pórticos; aquí ciudades opulentas despliegan con el fausto y la grandexa los tesoros de la abundancia y el encanto de una vida voluptuosa; el mármol y el lienzo parece animarse y sentir; las aclamaciones de mil espectáculos pomposos, los imnos del amor, y los acen-

:

tos armoniosos de la música resuenan por todas partes.

He aquí al hombre: este abraza con una ojeada los acontecimientos de los siglos pasados, y obra sobre el porvenir; pero no puede resolver el gran problema de su existencia. ¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? ¿Adónde vamos?... Cuestiones son estas que han producido una multitud de hipótesis mas ó menos especiosas, y despues de haberlas examinado todas, quedamos convencidos de que nada es mas cierto que la incertidumbre.

Los bellos jentios de la antigüedad, cuyo noble vuelo despues de millares de años aun excita la admiracion de las almas elevadas y las inflama de una emulacion viva, ¿han sido todos presa de la destruccion? ¿Espera el mismo destino á Caton el justo, al bondadoso Tito, al virtuoso Marco Aurelio, que al sanguinario Neron y al feroz Maximino? ¿Háse tragado nada á los trescientos lacedemonios de Leónidas, á Bruto, á Casio, y á cuantos han consagrado su vida á la patria ó han arrosado la muerte por ella? — ¿Cuál es la palabra de este enigma inexplicable?

Nada aquí abajo responde ple-

namente á nuestros ensueños de perfeccion. Los grandes caracteres que la historia nos presenta son inferiores al ideal que nuestra imaginacion se crea; el saber mas vasto está lejos de satisfacer nuestra curiosidad; hay en nuestro interior un vacío que imposible seria llenarlo con ningun objeto terrestre; juguetes de nuestras pasiones, presentamos la posibilidad de una virtud superior á las seducciones de los sentidos. ¿Seria posible que el hombre, nacido con aquella sed del infinito, no hallase al término de su carrera mas que la cesacion de toda idea y la eterna soledad de la tumba? Idea atroz es esta, que procuramos desechar dirijiendo nuestra vista ácia ese libro inmenso, cuyas páginas están siempre abiertas para que en ellas lean su destino los hombres pensadores!

Zoroastro, Confucio y los sacerdotes egipcios, alimentaban en sus discípulos la esperanza de una segunda vida, y esta esperanza era conforme á la creencia popular de los judíos, de los griegos, de los galos y de los germanos. La doctrina de los filósofos antiguos no era tan consoladora; el divino Platon deseaba la inmortalidad del alma sin

atreverse á afirmarla; Ciceron la ponía en duda, y Plinio estaba dispuesto á negarla. La esperanza de un porvenir sin límites nos eleva sobre todo lo que hay de visible en el mundo, y nos deja entrever una inmensa perspectiva de progreso ácia la perfección; pero nuestra razón débil encuentra á cada paso objeciones que es incapaz de resolver. ¡Ojalá la historia pudiera proporcionarle las luces que tanto ambiciona!

RELIGIONES ORIENTALES.—Sean cualesquiera el lugar, la época y la manera con que el hombre ha sido criado, nos vemos obligados á creer que al salir de nada fué dotado de todas las facultades que sirven para su conservación y la de su especie; quizá el mismo Criador le dotó de un fondo de ideas que pudo desarrollar y poner en obra sucesivamente. Estas ideas primitivas se alteraron y se oscurecieron en seguida; y hubiérase borrado enteramente la memoria de ellas, si los legisladores y los sabios no las hubiesen renovado de cuando en cuando, despertando en el corazón de los hombres los sentimientos que el Criador ha grabado en él, y proclamando las eternas verdades que es necesario admitir,

aunque no se puedan probar.

Una de las religiones mas antiguas del Oriente es la de los chinos, cuyas tradiciones remontan hasta el tiempo en que el globo salió del seno de las aguas, cuyo historiador primero anterior á Herodoto en trescientos años, y cuyas instituciones llevan todavía el sello de la antigüedad mas remota, porque jamás sacrificaron sus costumbres á los usos y costumbres extranjeras. Despues de una larga série de siglos adoran al Dios Tschang-Ti que distribuye á los mortales el poder y la felicidad en razon de su poder y de su sabiduría; veneran á los jefes de las dinastías, Youg, Tsching-Tang y Wonwang, quienes trasladados á la morada de la eterna felicidad, despues de la disolución de sus cuerpos, admiran los decretos del Altísimo, y no cesan de dirigirle fervientes oraciones para tenerlo propicio en favor de su patria. El Tschou-king, su libro sagrado, es digno de estudiarse; su autor conocia el arte de afectar y conmover; pero el Tschou-king de los chinos, el Vedan de los indos, y el Zend Avesta de los persas pertenecen casi esclusivamente á la historia de la China, de la India y de la Persia, y en cuyos lugares recordará el lector hemos hecho

ya mención de ellos. El espíritu de estos escritos está de tal manera adaptado al carácter de los habitantes del Oriente, que no han podido llegar á ser una fuente de ideas religiosas para las naciones que viven bajo otro cielo; sus alegorías y sus máximas, reverenciadas en las orillas del Hoangho, del Ganges y del Kou-ra, están hechas para pueblos tranquilos y apacibles que piensan y sienten como pensaban y sentían en tiempo de Alejandro, y que no saliendo jamás de sus climas venturosos, consumen sus facultades intelectuales en las delicias de la contemplación. La China, de un acceso difícil por la parte del mar, y separada del Asia por los vastos desiertos del Gobi, es extranjera á nuestros conocimientos, y nuestras armas no pueden alcanzarla, á pesar de los esfuerzos que hoy hace contra ella el gobierno artero y maquiavélico de la Inglaterra.

Ya en otro paraje de esta obra hemos hablado de la religión de la China, igualmente de la de la India cuyos misterios llegarán algún día á penetrar los sabios de Calcuta.

DECADENCIA DE LA RELIGION DE LOS GRIEGOS Y DE LOS ROMANOS.— Algunos sabios escritores han intentado probar que la mitolo-

jía de Homero y de Hesíodo es una mezcla de física y de historia, pero es difícil distinguir muchas veces lo que pertenece á una ú otra de estas ciencias. Las ficciones con que los poetas han embellecido el sistema religioso de los griegos, y las supersticiones populares con que le han rodeado los sacerdotes, ocultan un sentido profundo; pero hay que convenir sin embargo que el hombre se presenta en él con todas sus preocupaciones, creándose dioses á su imájen, porque su débil razón no podía elevarse mas alto; y es evidente que esta religión no podía subsistir sino en la infancia del mundo. Las tradiciones de los griegos y de los romanos han sufrido mas alteraciones que las de los orientales ó las de los pueblos del Norte, porque han sido embellecidas por sus poetas, y comentadas por sus filósofos.

El padre de los dioses y de los hombres que con una señal de cabeza hace temblar al Olimpo y sus habitantes: el destino, aquel poder misterioso que somete al mismo dueño de los dioses al plan jeneral del universo; y las divinidades subalternas, de las cuales unas ejecutan la voluntad de sus jefes y las otras procuran oponerse á ella ó á dirli-

jifia á su grado, eran los objetos de la adoracion religiosa de los griegos. La debilidad de la inteligencia humana hizo necer la idea de las divinidades subalternas, agentes de la suprema divinidad. Incapaces de comprender cómo puede una sola mirada abrazar el universo, y gobernarle un pensamiento solo, creyeron los hombres que Dios, como los reyes de la tierra, tenia necesidad de ministros para reñir el mundo. Los filósofos antiguos y modernos han pretendido probar que la Providencia velaba en la conservacion de la especie, sin descender hasta los individuos; pero olvidaban que las especies y los jéneros no ecsisten sino en el nombre, y que solo los individuos tienen la realidad; no consideraban que el mundo entero, comparado al poder infinito, es tan pequeño como cada una de sus partes comparadas al todo. Nada hay grande ante Dios, nada pequeño; por un acto solo de su voluntad ha dado la ecsistencia á todas las criaturas, y él solo conoce la duracion que les ha asignado.

La necesidad de conciliarse la benevolencia de esta multitud de divinidades secundarias, de las cuales cada una queria ser adorada á su manera, inspi-

raba á las almas timoratas una vaga inquietud y una penosa incertidumbre. Espantado con la idea de este poder irresistible que veia sobre su cabeza, el hombre procuraba con ansiedad aplacar á los dioses, y creia encontrar el medio en las prácticas mas estrañas y ridiculas.

En tiempo en que la creencia popular no era mas que un tejido de fábulas absurdas, la Grecia produjo una multitud de grandes hombres, y sus habitantes se distinguieron por su amor á la patria, por su desinterés y por la dulzura de sus costumbres; pero estas virtudes se debilitaron á medida que se rectificaron las ideas, y el progreso de las luces destruyó la enerjia de la nacion.

Apolo respondió á Temístocles y á Licurgo en malos versos, pero de una manera conforme á sus miras; despues de Alejandro no habló mas que en prosa, y cuando los griegos perdieron su libertad, enmudeció. Los monarcas que los subyugaron consultaban rara vez al oráculo; el dios de Delfos no podia prever los proyectos que se discutian en el secreto de los gabinetes; y si los hubiera adivinado, lo hubieran forzado al silencio.

Entonces la religion llegó á

ser un objeto de duda para los filósofos y de burla para los hombres superficiales: muy luego cesó de inspirar terror y prestar consuelos. Los cambios ocurridos en los hábitos, en las costumbres y en el lenguaje, hicieron que los antiguos símbolos fuesen ininteligibles, y confundieron las imágenes con los objetos reales. Los sabios de la Grecia y de Roma no conocían bastante las antigüedades del Oriente y las de su propio país para apreciar el verdadero sentido de la mitología. La ignorancia es incisiva y terminante; los sutiles académicos, los sensatos estóicos, los espirituales discípulos de Epicuro consideraban la creencia popular como un tejido de extravagancias, y no veían en las ficciones de Hesiodo sino fábulas groseras. Los progresos de la razón dieron á la religión griega un ataque que no tuvo que temer la de Confucio. Es necesario añadir también que la antigua religión ordenaba las costumbres severas y puras; pero los habitantes del imperio romano que sobrevivieron á la libertad, no pensaban sino en gozar de sus precarios tesoros, y desechaban con desden todo lo que molestaba á sus pasiones;—bajo esta relación los hombres o-

pulentos estaban acordes con los filósofos.

Los físicos se unieron á los detractores de la religión. Por imperfecta que fuese su ciencia, apenas hubieron descubierto ó creído descubrir las causas de ciertos fenómenos, mirados en otro tiempo como sobrenaturales, cuando dedujeron de ellos que el universo había sido producido por el concurso de circunstancias fortuitas. Evitaron remontar á la causa primera, á la que están ligados los eslabones de la larga serie de las causas segundas, y por medio de algunas fórmulas abstractas hicieron callar al sentimiento y aun al buen sentido. Aseguraban que todo efecto tenía una causa, pero que el sistema de todas las causas no tenía ningún efecto, y se complacían en rodear al hombre de impenetrables tinieblas. Cicerón daba como resultado de sus meditaciones la incertidumbre de las esperanzas del hombre y de la de todo lo que los filósofos enseñaban sobre la omnipotencia de que depende el hombre; y aun esta misma incertidumbre le parecía sujeta á duda.

Después de la destrucción de la república, el interés personal fué el único dios de los roma-

nos, y el palacio de los Césares llegó á ser su templo. Al ver á Bruto abandonado, á Augusto en posesion de un dominio inalterable, á Tiberio y á Claudio elevados al rango de los dioses, á Tráseas sucumbiendo al edio de Neron, al crimen revestido con la púrpura, y sordo el Olimpo á las plegarias de Roma, se abandonaron las ciudades virtuosas á dudas escusables, y concibieron sumo desprecio á la relijion. Los jénios mas grandes jeneralizaban todas las ideass: á los ojos de Plinio, el universo es Dios, Dios es todo, ecsiste desde toda la eternidad, está en todo y sobre todo, y vanamente nos empeñaríamos en profundizarlo: todo lo llena: los sentidos, el alma, el espíritu.

En vano los filósofos y los hombres de estado de la secta de los estóicos intentaron defender á los dioses de la antigua Roma y á la autoridad de la relijion, contra la licencia de su siglo; en vano pugnaron por establecer un nuevo sistema de moral sobre máximas filosóficas, y en levantar un grande edificio sobre fundamentos de menáico; porque estas máximas no podian resistir á la impetuosidad de las pasiones. Las ideas abstractas son insuficientes para servir al hom-

TOMO VII.

bre de regla de conducta; y así la escuela de los estóicos se redujo muy luego á un corto número de partidarios que insensiblemente se perdieron en las otras sectas.

Persuadidos los epicúreos que los dioses no prestan atencion ninguna á las locuras de los mortales, tenían por principio que es conveniente gozar de la vida sin tomarse la molestia de procurar la proteccion de los dioses del Olimpo. Para multiplicar los placeres, se esforzaban en perfeccionar el sentimiento de lo bello; y á la gracia, á la delicadeza, á la dulzura y á la bondad, unian la moderacion, á fin de prolongar la duracion de sus gozos. Tal es la doctrina de los que querian plegarse mas bien al espíritu del siglo, que luchar contra él.

Los estóicos tenían por principio no temer ni desear nada; y los epicúreos, aislarse en medio de la sociedad y dar poca importancia á los acontecimientos de la vida. El estoicismo creaba muchos hipócritas, y el epicureismo conducia frecuentemente al libertinaje: entrambos sistemas tendian á debilitar el zelo por el bien público.

El pueblo romano, sin confianza en sus dioses antiguos,

harto depravado para practicar las virtudes sublimes del estoicismo, y sobrado grosero para penetrar el verdadero sentido de los preceptos de Epicuro, buscaba los consuelos cabe las divinidades extranjeras. Los egipcios introdujeron en Roma el culto de Sérapis; los sacerdotes de Isis se esparcieron en todo el imperio. Sus dogmas tenían alguna cosa de gigantesco y maravilloso, que sorprendía á las almas vulgares. Por doquiera la credulidad estaba asociada á la irreligión; los romanos mas inmorales procuraban con empeño ser iniciados en los misterios de estos nuevos doctores, y esperaban descubrir nuevos goces por medio de las ciencias secretas, llenando así el vacío espantoso que dejan en el alma los placeres de los sentidos luego que se ha disipado la embriaguez.

En la época en que los espíritus pasaban sucesivamente de la superstición á la incredulidad, y de la incredulidad á la superstición, doce hombres sencillos é ignorantes, nacidos en medio de un pueblo despreciado, fundaron una religión que triunfó de las ideas, de las leyes, y de las preocupaciones establecidas. Para explicar este acontecimiento

hay que remontarnos á una alta antigüedad.

MOISES.

El país de Canaan ó la Palestina, se estiende desde los treinta y uno á los treinta y cuatro grados de latitud septentrional; está situado entre la costa fenicia, el gran desierto de la Arabia y las negras montañas cuyo centro forma el Sinaí, y cuyas estremidades se enlazan con el monte Líbano. El Jordan, que riega esta comarca, despues de haber formado el bello lago Kinnereth, se pierde tristemente en el mar Muerto, que parece ocupar el sitio de un volcan apagado, ó el de antiguas minas de betun. El país de Canaan es bastante fértil para mantener una población numerosa, y Polibio lo encuentra á propósito para el sosten de un ejército considerable. Las costas de Galilea estaban en otro tiempo adornadas de magníficas ciudades; las llanuras de Jericó encerraban bosques de palmeras y jardines llenos de plantas aromáticas, y los dilatados campos de Esdrelon producian trigo en abundancia; pastos excelentes cubrían las montañas de Basan y los valles de Saron, y la vida prosperaba sobre el mon-

te Carmelo y sobre las alturas de Judá.

Como unos mil doscientos años despues de aquella famosa inundacion, cuyos recuerdos se han conservado en todos los pueblos del mundo, un poderoso caudillo de tribu ó un emir, llamado Abraham, quiso estraerse de la dominacion del principe que reinaba sobre Siria y Babilonia, y condujo sus rebaños al pais de Canaan, rejion entonces casi desierta (1). La sabiduria de Abraham, sus virtudes y la pureza del culto que tributaba al Criador del universo, inmortalizaron su nombre en el Oriente; su memoria aun está en veneracion, no solamente entre los israelitas, sino tambien entre las antiguas tribus del desierto que descienden de él.

La orda de los israelitas, sobrado numerosa para evitar toda mezcla con sus vecinos, y demasiado débil para resistir á los fenicios que querian invadir el pais de Canaan, estaba amenazada de la pérdida de su independencia. José, biznieta de Abraham, llegando á ser el favo-

(1) En esta época puede fijarse el principio del tiempo histórico. Todas las relaciones que remontan mas allá son incompletas ó fabulosas.

rito y el primer ministro del rey de Egipto, salvó, como ya hemos visto, á sus hermanos de aquel peligro, y los trasplantó al pie del monte Casio en los confines del desierto. Entregados los israelitas á los cuidados de sus rebaños, conservaron intactas las costumbres de sus antepasados, y se multiplicaron prodijosamente en el espacio de cuatrocientos treinta años. Habiendo cesado de reinar la familia que les habia dado un asilo en sus estados, el fundador de la nueva dinastía vió con inquietud el poderío de aquellos extranjeros, que tenian entre sus manos la llave del Egipto, y que sus usos estravagantes los separaban de sus vecinos. Emprendió pues cambiar su manera de vida, los sacó de sus suenos pastorales, los dispersó entre los ejipcios, y los sujetó á trabajos penosos.

Estos tiempos de opresion, fueron la época del nacimiento de Moisés, al cual espuesto como Ciro y como Rómulo, cayó en manos del rey de Egipto que le hizo instruir en las ciencias ocultas. En medio de los placeres brillantes que le ofreció la corte de Faraon, permaneció adicto á las costumbres y al culto de sus padres, y compartia los sufrimientos de sus compatriotas. Un

dia vió á un egipcio que maltrataba á un israelita, é irritado de la injusticia del agresor, le dió la muerte, huyó y fué á guardar los rebaños de un árabe del desierto, al pie del monte Sinaí. Las leyes, la historia y el nombre de este pastor fugitivo, son después de cuarenta siglos un objeto de veneracion para todos los pueblos que habitan en las vastas regiones situadas entre el Tajo y el Indostan, entre los mares de la Escandinavia y la patria del lacienso. Sin otro recurso que el de Dios, obliga Moisés al rey Faraon á dar la libertad á los israelitas y á permitirles salir de Egipto. Apenas han abandonado sus moradas, cuando este príncipe va en su persecucion; los alcanza á la estremidad del golfo arábigo, y allí encuentra el castigo de su imprudencia y de su tiranía: el lugar en que pereció llevó por mucho tiempo el nombre de la *Comarca desgraciada* (1). Moisés libertó á su pueblo de la esclavitud; hizo mas, enseñó á conocer á los israelitas la verdadera libertad; y la consolidó con las leyes que les dió.

A fin de asegurar su obra, re-
tuvo Moisés á los israelitas por

(1) Agaterchida hace mencion de ella.

mucho tiempo en un desierto en que nada tenían que temer de la influencia de las costumbres extranjeras. Una Hamura de casi doscientas leguas de largo, se estiende desde las fronteras de Egipto hasta las bocas del Eufrates. En el paraje en que los dos brazos del golfo arábigo avanzan en la tierra, se eleva una cadena de montañas, cortada por valles agradables; y el Sinaí que se termina por una mesa de granito de veintidos pies de largo y doce de ancho, es su punta más elevada. La pendiente de estas montañas está cubierta de excelentes pastos; grandes cavernas llenas de nieve y de yelo; mantienen allí una frescura deliciosa, pero la Hamura no produce ni árboles ni arbustos; trozos inmensos de piedra, desprendidos de las rocas vecinas por los temblores de tierra, aseguran los efectos de volcanes apagados, y la tierra ardiente semeja un mar de fuego: en esta atmósfera espantosa todo se engrandece, todo toma formas gigantescas; y la arena amontonada por los uracanes, forma montañas movilizas (2) que envuelven al imprudente viajero. Al pie de las colinas donde brotan algunos ma-

(2) *Siccia erecta fluctibus*. MORRIS.

montañas se ve crecer la palmera; los ganados encuentran allí un pasto abundante, los árboles producen resinas saludables, y las plantas están cubiertas de rosas. En los tiempos anteriores á Moisés, las tribus del desierto se encaminaban cada cinco años á la montaña de Siná, para dirigir allí sus oraciones al dios desconocido; todo concurría en este lugar á inspirar á los pueblos un terror religioso, y todo revelaba la mano de la Omnipotencia. Cerca de Farn, se ven rocas cubiertas de caracteres que nadie ha descifrado todavía; quizá es obra de los fenicios, ó acaso de los garindos y de los habitantes de Mara que quisieron dejar en estas inscripciones un monumento de su presencia en la fiesta quinquenal.

A este país misterioso condujo Moisés los israelitas, y sus leyes fundamentales fueron proclamadas desde lo alto del Siná. Relámpagos deslumbradores y truenos repetidos por el eco de los abismos, hirieron de espanto á los espectadores; pero el espíritu mismo de estas leyes, era una maravilla mucho mas grande que los fenómenos que acompañaron su promulgación.

Una multitud de usos supersticiosos habían alterado las no-

ciones sencillas de los primeros hombres; habían emponzoñado los goces de la vida, y hecho espantosa la vecindad de la muerte. No se trataba de revelar á los pueblos verdades desconocidas, sino de despojar al espíritu humano de las locuras y de los errores que le sofocaban, y de hacer revivir las leyes grabadas en el corazón de todo mortal; leyes que son tan antiguas como él: no se trataba de fundar una nueva religión, sino de restablecer la primitiva, dándole una forma proporcionada al grado de civilización á que habían llegado los israelitas; y de preparar esta nación á recibir una religión mucho mas pura todavía. La Providencia, que dirige todos los acontecimientos del mundo, preservó á los descendientes de Abraham de toda mezcla con sus vecinos. En el seno de la vida pastoral, conservaron sin alteración las tradiciones que habían recibido de sus padres. Moisés hizo de ellos la base de sus leyes; y protegido por el supremo regulador de los destinos humanos, hizo á su pueblo independiente y depositario de la religión de los patriarcas. Para evitar una sequedad repugnante y prevenir interpretaciones arbitrarias, no empleó Moisés en

su enseñanza, ni cifras misteriosas, ni cuadrados magníficos, ni líneas simbólicas. No se sirvió tampoco de jeroglíficos, por temor de que el signo no hiciese olvidar el sentido oculto, ó que la imájen llegase á ser el objeto de la adoración. El culto que Moisés instituyó, era una gran alegoría puesta en acción: la ley fundamental que estableció, contenía la confirmación de la creencia de sus antepasados, sancionada por las promesas y las amenazas del Altísimo; y las ceremonias que introdujo, avivaban sin cesar el sentimiento religioso de los israelitas buriendo su imaginación.

Moisés, que había visto en Egipto los abusos de la idolatría, quiso preservar de ellos á sus compatriotas y les prohibió hiciesen ninguna imájen de la divinidad. El solo objeto visible que ofrecio á su veneración fué el tabernáculo, especie de templo portátil que decoró con magnificencia. En el interior de este tabernáculo, un velo espeso separaba el lugar santo del lugar santísimo; y este último era inaccesible á todos los mortales á escepcion del gran sacerdote, que solo entraba en él una vez al año despues de las abluciones y sacrificios multiplicados. Las

tablas de la ley estaban encerradas en un arca preciosa, adornada de figuras místicas que representaban los grandes fenómenos de la naturaleza; y solo con señales de adoración se pronunciaba el nombre de Eloim. El culto prescrito por Moisés estaba hecho para ocupar los sentidos y elevar el alma sobre la tierra: Moisés confió su cuidado á los descendientes de Leví: dióles por salario los diezmos y oblações, y quiso que viviesen dispersados entre las otras tribus, á fin de poder vijilar la observancia de los preceptos religiosos. Lleno de desinterés, redujo Moisés sus hijos á la condición de simples levitas, é hizo hereditaria en la familia de su hermano Aaron la dignidad de gran sacerdote.

Moisés escortó á los israelitas á que viesen constantemente ante sus ojos al Dios eterno y único de sus padres, y á conservar intacto el precioso tesoro de sus leyes y de sus antiguas costumbres; pero nada les prescribió sobre las formas de su constitución política. Dos cosas prueban la grandeza de su jenio: el haber sabido hacer el objeto esencial de su legislación independiente de los objetos accesorios, y no haber contado sobre la e-

terna duracion de sus establecimientos religiosos. Este hombre extraordinario, que llevaba sus miras mas allá del pais de Canaan, previa el tiempo en que podría derribar el andamio con que habia rodeado el edificio de la verdad, y en que otro legislador hubiera apurado su doctrina haciendo de ella la religion del jénero humano.

La constitucion que Moisés dió á los judíos convenia á una república federativa, compuesta de muchas tribus que la naturaleza de sus paises y de sus costumbres reunian en una sola familia. Tres fiestas anuales recordaban á los israelitas su salida de Egipto y el dia solemne en que el Señor les dió leyes sobre el monte Sináí: estas los reunian para gozar de los placeres campestres, y servian de lazo á su confederacion.

El legislador de los israelitas se guardó muy bien de redactar un sistema teológico cuya interpretacion hubiera podido ser en adelante un objeto de disputa entre los sacerdotes; el corto número de verdades metafísicas que es dado al hombre conocer, casi se encontraban ya contenidas en las antiguas tradiciones de los judíos; Moisés se limitó á rectificarlas y á grabar-

las en los corazones de sus compatriotas. No tuvo ocasion de hablar sobre la inmortalidad del alma, ni en sus relaciones históricas ni en sus leyes; pero parece suponerla. Reunió muchos poemas antiguos que trataban del origen del bien y del mal, del origen de los pueblos y del diluvio, y juntó á ellos la historia de Abraham y de su familia, y además la de su tiempo. Sus narraciones tienen un carácter de verdad y de franqueza; y todo, hasta en los menores detalles, afirma la autenticidad de los libros que llevan su nombre (1). Los escritores de estos tiempos remotos, sublimes en su lenguaje, atribuian todos los acontecimientos importantes á la accion inmediata de la causa

(1) Sin embargo de lo dicho, téngase presente que muchos que niegan que el Pentateuco no es obra de Moisés, se apoyan entre otras cosas en el versículo 5, cap. 34 del Deuteronomio (que es el quinto libro), donde dice: «Y murió allí Moisés, siervo del Señor, en tierra de Moab, mandándolo el Señor.»—A lo cual objetan que basta la lectura de este pasaje para conocer que es una cosa ridicula el suponer que un autor contase él mismo que habia muerto. Nosotros dejamos que cada uno lo piense á su modo. Esta es materia que no admite discusión.

primera, descuidando las causas segundas: no pensaban mas que en proclamar nuestra dependencia del moderador del universo, y en predicar la sumision á las leyes que Dios manifiesta por las obras de la creacion.

Moisés escribió el Pentateuco en los desiertos de Arabia, setecientos cincuenta años antes del Tachou-king de los chinos, mil años antes que el historiador mas antiguo de los griegos. Strabon elogia mucho sus leyes; Longino admira la sublimidad de su ingenio; todas las naciones que han conocido sus escritos, se han admirado de la majestad de su lenguaje. A la edad de ciento veinte años subió el legislador de los hebreos á la montaña de Nebo, para esperar allí la hora que debía reunirle á sus padres, y para sustraer sus restos mortales de un culto supersticioso. Mas de treinta y cuatro siglos han transcurrido desde su muerte, y el Oriente adora todavia su memoria, y el Norte y el Occidente le tributan un homenaje respetuoso.

HISTORIA DE LOS JUDIOS.

El pueblo hebreo, conducido por Josué, se puso en posesion de la Palestina, pero no encontró

allí la tranquilidad que Moisés se habia lisonjeado asegurarse con sus leyes. Interin las naciones limitrofes veian con el ojo de la envidia crecer la potencia de este nuevo estado, disgustados los israelitas de su sencilla religion y patriarcales costumbres, dieron la preferencia á un culto extraño, que favorecia á las pasiones, que autorizaba la licencia. Siete veces en el espacio de quinientos años abandonaron los altares de Jehouah y otras tantas fueron castigados por ello. Cuando la miseria pública llegaba á su colmo, se veian aparecer entre los israelitas héroes que sacaban á su pueblo de la opresion en que jemia y restablecian el reinado de la ley; pero la obra de estos grandes hombres parecia de ordinario con ellos. En fin, la nacion que atribuia sus desgracias á la imperfeccion de su constitucion política, mucho mas que á sus extravios, tuvo la insensatez de elejir un rey. Ya hemos narrado lo que les dijo Samuel sobre esta eleccion.

David, segundo rey de los hebreos, ilustró su reino con su sabiduria y valor. Con la misma enerjía en el bien que en el mal, y demasiado grande para convenir con sus faltas,

rennia á virtudes raras y á extensos conocimientos el gusto de la poesía y un alma sensible. Su dominacion se estendia desde el Eufrates y las montañas que contienen su fuente, hasta las fronteras de Egipto. David hizo alianzas con los fenicios, tomó parte en sus empresas marítimas y embelleció á Jerusalem.

David y Salomon completaron las instituciones de Moisés, que este no habia podido concluir, porque no vió el pais de Canaan ocupado por los isralitas; David y Salomon desarrollaron mas su tendencia moral. El jenio profético de David previó para su nacion siglos aun mas brillantes que el suyo, y el pueblo judío persuadido que Dios estaba con David, esperaba de sus descendientes los dias de su prosperidad.

Su reinado y el de su hijo fueron la edad de oro de la literatura hebérica. Nada posee mas perfecto que los salmos de David, frutos de la efusion del corazón y del entusiasmo religioso. Estas poesías están destinadas á nutrir el sentimiento mas bien que á encantar el espíritu: á consolar las almas atormentadas mas bien que á agradar á frios críticos. Hay mas calma, mas reflexiones y pensamientos en los

proverbios de Salomon; y mucha mas gracia en las poesías eróticas que se atribuyen á este rey, ó de que es el objeto. Los discursos sobre la nada de la vida humana que llevan igualmente el nombre de Salomon, son tan profundos como brillantes y atrevidos.

El repartimiento del reino de los hebreos preparó su decadencia; los reyes de las tribus septentrionales, ocupados en mantener su dominacion usurpada, minaron los fundamentos de su trono, violando las leyes nacionales; la casa de David que reinaba en Jerusalem, caía y se levantaba alternativamente, segun que abandonaba ó seguia los principios políticos ó religiosos á que debía su grandeza.

Todos estos acontecimientos, anteriores al engrandecimiento de las monarquías asiáticas, habian sucedido sin que ninguna potencia extranjera y preponderante hubiese tomado parte en ellos; solo un rey de Egipto habia hecho una invasion pasajera en Palestina. Pero cuando de las puertas de Nínive salieron ejércitos innumerables para invadir el reino de Israel, el trono vacilante de Samaria no pudo libertarse de la dependencia, y al momento se unió del todo. Los peligros de

La patria dieron un nuevo curso al jenio de los sabios de la nacion, y se vió comenzar la tercera edad de la literatura hebreaica, fértil en poetas y en oradores patrióticos. En un lenguaje ya atrevido y ya doliente, deploraron los profetas de Samaria los vicios y los crímenes de sus compatriotas, los amenazaron con la cólera divina, si perseveraban en ellos, ó les hicieron esperar la vuelta de la prosperidad pública, si volvian á su Dios. Isaías se eleva todavía á mayor altura. Abrazando de una ojeada lo presente y lo futuro, anunció los males que amenazaban á su patria y á los pueblos vecinos por la depravacion de las costumbres, el olvido de las leyes y la ambicion insaciable de los conquistadores. En medio de las desgracias de su nacion se sostuvo en la certidumbre de que el jérmen de la verdadera religion y de la moral conservado en Israel, seria un dia desenvuelto por un profeta que triunfaria de las persecuciones á que se veria espuesto. Del mismo modo que los romanos no desesperaban jamás de la fortuna de la ciudad eterna, los descendientes de Abraham, libertados milagrosamente por Othniel, Ihud, Barak, Jideon,

Jepté, Samson, Samuel, Saul, y David, penetrados de respeto por la ley de Moisés y de confianza en su Dios, no perdian jamás de vista una esperanza que se ligaba á las ideas favoritas del pueblo y de la familia real, y que la adversidad hacia aun mas querida á la nacion.

La decadencia del reino de Judá se hizo sentir en los escritos de Jeremias. Este profeta vió las calamidades que su predecesor habia predicho. Sus palabras son quejas ó consejos: no se lisonjea volver á ver independiente á su nacion, solo quiere preservarla de su destruccion total. Su voto no fué escuchado: cegados los reyes de Judá por lisonjeras ilusiones ó por motivos de interés, sin consultar sus fuerzas, tomaron el partido peligroso de oponerse á los progresos de los babilonios que se preparaban á subyugar la antigua monarquía de Egipto; y como lo habia anunciado Jeremias, Jerusalem, el templo del Señor, la casa de David y todo el estado de los judios, asolados por el hierro y el fuego fueron presa del rey de Babilonia.

Arrancados los israelitas de las costas del mar Mediterráneo, quedaron en parte dispersos por las provincias de la Media, de-

siertas á causa de la caída del imperio de Asiria, y en parte conducidos á Babilonia en donde el gran rey queria rodearse de una poblacion innumerable. Viéronse transportados en medio de una nacion que reconocia como ellos por base de religion las tradiciones del mundo primitivo, pero que las habia desenvuelto á su modo. Antes de la muerte de los sabios de Israel que conservaban en el destierro el espíritu de la lejislacion de Moisés, los persas se apoderaron del Asia occidental, y no teniendo Ciro ningun interés en poblar á Babilonia, permitió á los judios el que volvieran á su pais. Los persas se acercaban mas á la antigua pureza de las ideas religiosas que los babilonios. La influencia de estos dos pueblos se hace sentir en el colorido de la cuarta edad de la literatura hebráica; pues se encuentra en ella bastante relacion con el lenguaje y el estilo de los caldeos. Las visiones de Ezequiel ofrecen imágenes extrañamente compuestas, y el profeta Daniel habla de los buenos y de los malos ángeles con muchos mas detalles que Moisés.

El apego de los israelitas á su ley se fortificó durante su destierro. Los fragmentos de las

tradiciones babilónicas les habian hecho descubrir el verdadero sentido de las narraciones de Moisés; habian reconocido la falsedad de algunas de sus opiniones, y admirando la pureza de la creencia persiana se avergonzaban de haber podido desdénar un momento la suya propia, mucho mas pura y mas perfecta.

Levantóse con lentitud el nuevo templo en medio de los ostáculos que oponian los caprichos de la corte de Persia y el desaliento de la nacion; los israelitas ensayaron el establecimiento de una especie de constitucion, pero no pudieron sustraerse enteramente del yugo de sus vecinos. La dominacion de los extranjeros aegó en ellos aquella enerjia que habia operado tantos prodijos; la literatura hebráica perdió su color nacional; y ya se admiraba á los antiguos escritores mas que se los entendia. Esto hizo que se atribuyesen á una influencia sobrenatural las inspiraciones del jenio, y que muchos hechos contados en el lenguaje pomposo de los orientales, pareciesen prodijos que interrumpian el curso de la naturaleza. Puede conducirse el hombre á la causa primera, ya interpretando los acon-

tecimientos de una manera natural, ya mirándolos como milagros; pero si se quieren tomar á la letra las poesías orientales, hay riesgo de desfigurar su sentido y de perjudicar á su autoridad. En cuanto á los misterios del alma y del mundo intelectual, no los conocemos bastante para poderlos explicar todos, ó para desechar lo que nos parece inexplicable. El conjunto de la literatura hebrea tal como se encuentra en la recopilación que se llama antiguo testamento, encierra un cuadro instructivo de los medios por los cuales la creencia del mundo primitivo respecto á la unidad de Dios, á las relaciones que existen entre el hombre y su Criador, y el mundo invisible en que está destinado á renacer, se ha conservado entre los judíos hasta que nuevas revoluciones la hayan rejuvenecido en todos los pueblos.

De vuelta al país de sus padres, los israelitas cesaron poco á poco de cultivar su lengua: sus sabios, familiarizados en demasía con las ideas metafísicas de los orientales y de los griegos, fueron después incapaces de penetrarse bien y de enseñar sin alteración la doctrina de Moisés; y á medida que se separaron del pueblo para formar una clase a-

parte, se vió desaparecer ese lenguaje animado y poético, que habia producido efectos tan estensos y durables (1).

Después de la caída del imperio de los persas, los judíos gozaron de un largo reposo. La singularidad de su país y de sus cos-

(1) La sociedad judaica apenas comienza á existir, y ya su lengua no solo tiene abundancia, sino lujo; y su poesía, rica y copiosa en imágenes, se expresa con una gallardía que atterra á nuestras lenguas verbosas y tímidas. Explíquese ahora, en la hipótesis de que el lenguaje le inventó la sociedad lenta y paulatinamente, ¿cómo progresó tanto una lengua en una sociedad tan reciente, y en un pueblo tan carnal y grosero, y de dónde vinieron pensamientos tan sublimes y graves, vestidos de una expresión tan viva y tan verdadera? ¿Qué lengua hebrea es esta, cuyas bellezas solo imperfectamente conocemos, á pesar de haber empleado en su estudio una porción de años, cuya pronunciación y ortografía será siempre objeto de disputas entre los orientalistas, encerrada toda en un solo libro, objeto ha muchos siglos de las naciones mas cultas, y modelo inimitable de oradores y poetas?

■ España mejor que nadie puede presentar literatos orientales que han ilustrado el estudio de la lengua hebrea; pero esta tiene ciertos puntos ininteligibles y oscuridades que jamás se aclararán, á pesar de todas las interpretaciones rabinicas.

tumbres, escitaba la atencion de los sabios extranjeros; la poblacion superabundante de su limitado territorio, los forzaba á entregarse al comercio; y tal reputacion habian adquirido en él, que los reyes de Siria y de Egipto llevaron colonias judias, á fin de vivificar el comercio de sus principales ciudades. Los sacrificios y los tributos anuales que los peregrinos y los diputados de las tribus de Israel venian á depositar en el templo en la época de las grandes festividades, elevaron á Jerusalem al mismo grado de esplendor que habia tenido en los tiempos de David y de Salomon.

Antíoco Epifanes, rey de Siria, hijo de aquel Antíoco vencido por los romanos, aumentó sin quererlo la prosperidad de Jerusalem. Dotado este príncipe de una grande actividad, creyó afirmar su poder estableciendo una regla uniforme en todas las provincias de su dominacion. Veia con inquietud el espíritu de independendencia que los judios manifestaban, y queria reprimirlo destruyendo sus leyes y sus costumbres. Obrando como déspota, dió Antíoco órdenes muy severas para que se introdujesen en ellos los usos griegos; pero se quedó muy admira-

do al encontrar una tenaz resistencia.

Judas Macabeo, nacido en la misma tribu que Moisés, defendió la libertad de Israel, y fundó una potencia independiente que favorecieron los romanos. Los pueblos vecinos veian sorprendidos III incompatibilidad del judaismo con los otros cultos que les parecian igualmente buenos. Durante el periodo en que los sabios y heroicos macabeos se mantuvieron en la posesion del poder supremo, primero en calidad de grandes sacerdotes y jefes, y en seguida con el título de reyes, las costumbres y los hábitos de los judios tuvieron tiempo para consolidarse; pero invariablemente fieles á su ley los descendientes de Abraham, á pesar de su dispersion, han continuado hasta nuestros dias formando una nacion aparte y sin haberse mezclado con los otros pueblos. Aunque apartándonos un poco de nuestra narracion, permítansenos algunas reflexiones acerca de este punto tan interesante al historiador, y sobre el cual no vemos mas que parcialidades de secta.

En ninguna época de su existencia han faltado considerables adversarios al cristianismo. En sus horas mas gloriosas, voces

de acusacion advirtieron al dios que se habia entronizado en el capitolio que era imperfecto y mortal. Pero de estas protestas, cuyo ecsámen filosófico esperan muchos todavia, la mas curiosa quizá y la mas útil de profundizar es la de los hebreos.

¿Cuál fué la causa de que el cristianismo tuviese desde luego por principal enemigo al pueblo de cuyo seno habia salido, en quien él reconocia el elejido de Dios y el solo representante de la verdad sobre la tierra, quien á creerlo lo habia preparado por todos sus esfuerzos, profetizado por toda su historia, figurado por todas sus ceremonias, y en fin, cuya ley venia á cumplir y no á destruir? ¿Cómo este pueblo desventurado, objeto escogido de las atroces persecuciones de la iglesia, despues de haberlo sido de las predicaciones de Jesus y de sus apóstoles, errante, disperso, arrojado en pedazos por el mundo, en el Norte, en el Sud, por todas partes, y por todas partes escarnecido, azotado, humillado, ha durado tantos siglos, sin desvanecerse (1), sin amalga-

marse en la religion victoriosa, con su fé y con sus esperanzas imprescriptibles? ¿De dónde le viene.

Despues de tantas calamidades como ha sufrido, parece que debiera haber disminuido en número; pero si se considera por otra parte, que los judíos no se dedican á trabajos duros, ni son militares, ni marineros, ni de ninguna de las clases en que se disminuye el número de la poblacion, se verá que debieran haberse aumentado, y no ha sido así. Nada que se parezca á esto ha ocurrido en la historia de ninguna raza; pues la Europa en jeneral ha duplicado su poblacion, y la Inglaterra por su parte en el último medio siglo la ha triplicado.

La poblacion de América camina todavia con mas rapidez; el mundo todo va en progresion siempre creciente; pero los judíos se han estacionado en medio del movimiento jeneral, y permanecen en número como en los tiempos de David y Salomon.

La poblacion de Judea en sus dias mas florecientes no excedió, si acaso llegó, á 4.000,000. El número de los que entraron en la Palestina procedentes del desierto, no eran evidentemente mas de 3.000,000, y su censo, segun los estadistas alemanes, considerados jeneralmente los mas exactos, es ahora el mismo que cuando el pueblo estaba bajo la direccion de Moisés; es decir, unos 3.000,000. Estos están distribuidos del siguiente modo: en Europa 1.916,000, de los cuales u-

(1) En prueba de esta verdad vamos á dar la siguiente estadística del pueblo judaico. Esta estadística es una cosa tan singular como el pueblo á que perte-

«una tal fuerza de vida y una tal perseverancia de convicción? ¿Qué significa semejante prodigio?»

Si se pregunta á la iglesia sobre estos grandes misterios, ella dirá: «Los judíos, desconociendo y crucificando al Mesías, continuando en desconocerle y crucificarle, sufriendo tantas pruebas y humillaciones, sin anonadarse como secta, aunque no existan ya como cuerpo de nación, han cumplido y cumplen libre y criminalmente lo que Dios ha predicho por boca de todos sus profetas. Esta es la razón de su destino sobre la tierra. Viven mas de dieziocho siglos para afirmar, á precio de su dicha en este mundo y en el otro, la justicia de Dios, la in-

«falibilidad de las Escrituras y la verdad de la ley que niegan.»

Esta esplicación terrible satisfacía en otro tiempo á todas las inteligencias; pero ha perdido su virtud persuasiva á medida que se ha debilitado la influencia del catolicismo á que es consiguiente en todas sus partes; y, forzoso es decirlo, cuanto á ella han sustituido los filósofos modernos, es insuficiente. El mas profundo de todos por muchos respetos, el mismo Benedicto Spínosa, de origen judío, predispuesto al parecer á ilustrar este punto, ha emitido una opinion sin valor. Segun su opinion, para que continuen los judíos en medio de la dispersion hay una razón del todo sencilla, y esta es el odio universal que han inspirado por sus ritos opuestos á los de otros pueblos, y particularmente por la circuncision, á la que han permanecido fieles. Este odio es el que los conserva (*odium nationum eos conservat*). Nada hay aqui de maravilloso (*id minimè mirum*) (1). Pero precisamente es este el hecho de que hay que dar cuenta. Se pregunta el por qué y se responde con el cómo. Apesar de

nos 638,000 están en Polonia y en Rusia, y 453,000 en Austria. En Asia 738,000, de los cuales 300,000 están en la Turquía asiática. En Africa 504,000, de los cuales 300,000 están en Marruecos. En las Américas de Norte y Sud 5,700. Si á estos añadimos 15,000 samaritanos, el resultado con corta diferencia será 3,180,000.

Tal fué la relación que se formó en 1825.

El número es ahora probablemente el mismo. Explique el que pueda tan extraordinario fenómeno con una nación dispersa é insignificante.

(1) *Tractatus theologico-politicus*, G. VII: De *vocatione Hebræorum*.

su origen ilustre y de encontrarse en uno de los capítulos mas hermosos de una obra maestra de Spinoza, esta opinion es un sofisma grosero.

El siglo XVIII se contentó con él, y así debía ser. El método histórico que le imponían las necesidades de su mision no podia conducirle mas lejos. La emancipacion de la humanidad era á costa de la entronizacion momentánea de las causas segundas en vez de las causas divinas; pero la emancipacion no podria durar si no salimos de este estado de nulidad. Es necesario que todos los problemas establecidos obtengan serias soluciones; forzoso es que todo lo que está oscuro se ilumine, ó la humanidad, causada del peso de la libertad tenebrosa que le ha dado la ciencia, dirá como el crítico Filoxeno al tirano de Siracusa, *que la lleven á las canteras*. Sí, la perpetuidad del pueblo judío es un fenómeno extraordinario que no pueden penetrar las almas vulgares: sí, sobre su frente hay un sello providencial que está deponiendo contra la filosofía, ó acaso cuando esta se entienda mejor será un testimonio que deponga en su favor.

¿Cómo no ver además que en la crisis terrible en que nos en-

contramos solo puede venir nuestra salvacion del lado de la cuestion religiosa? dice M. Salvador. ¿Cómo no ver que los medios políticos son insuficientes para aliviar las miserias que piden hoy su curacion con la espada en la mano? ¿Cómo tener fé todavía despues de tan desastrosas experiencias, en la eficacia de las luchas sanguinarias? Oh! digámoslo francamente; la violencia es estéril, estéril hoy, y sobre todo para fundar. Hagamos que desaparezca ese horrible espectro de lo pasado, que fascina y arrastra tras de sí, en combates sin derecho, á los alientos mas jenerosos y á lo mejor de la juventud: derrámonos por la multitud gritando como Petrarca: « ¡La paz! ¡la paz! ¡la paz! » No se trate ya de guerra, sino de sustituir en el mundo la caridad al egoismo, la humildad á la soberbia, la caritativa tolerancia á la intolerancia del fanatismo; porque sobre el terreno en que se ha colocado la sociedad por el progreso de los tiempos, solo la caridad puede edificar. La iglesia lo enseña de una manera excelente: la caridad, ha dicho, es hija del dogma. No se conseguirá transformar á los hombres repitiéndoles incesantemente las palabras de San Juan: « Amaos

»unes á otros, no de palabra y de lengua, sino de obras y en verdad;» pues para que semejante predicacion sea fecunda, es menester que salga, como durante el primer periodo cristiano, del mismo seno de una religion viva. Todo espíritu político debe trabajar al presente en una de estas dos cosas: la resurreccion de la religion antigua en su sencillez evangélica, ó la creacion de una religion nueva.

M. Salvador, ya citado, autor de la moderna obra titulada *Jesucristo y su doctrina*, parece haber sido criado para la vida filosófica, y abunda en este parecer. Judío M. Salvador y descendiente de una de aquellas familias de España que en 1492, forzadas por el tirano Fernando llamado el Católico, á escojer entre el destierro y la apostasía, prefirieron noblemente el destierro, robustecido además con todos los grandes principios que el siglo décimo-octavo ha incorporado á la sustancia humana, su primer pensamiento, si no nos engañamos, ha debido ser el secundar, relativamente á su raza, la emancipacion en fin comenzada. Este noble deseo le condujo al estudio de la religion de sus padres, de la cual le habian separado las preocupaciones en

TOMO VII.

voga de todas las ortodocsias; y sea verdad ó ilusion, salió de este ecsámen sorprendido de la conformidad de las doctrinas políticas, morales y religiosas, contenidas bajo la corteza del judaismo, con las que prevalecen en nuestro siglo, y á las cuales pertenece segun las convicciones jenerales el porvenir del mundo. Entonces, dice, se esplicó el por qué este pueblo de donde procedia, habia reusado el bautismo y permanecia en pie á pesar de tantas persecuciones y oprobios. Spinosa, en el mismo pasaje que ya hemos anunciado, habia tratado de absurdo la fé de los judios que todavia se creian predestinados necesariamente por su religion á una eleccion nueva de Dios. Esta misma religion le parecia, por la influencia enervante que ejercia sobre su espíritu, que les condenaba á una eterna postracion. «Sin esto, decia, »hay una fuerza tal en el signo »de la circuncision, que hubieran podido, vista la vicisitud de »las cosas humanas, volver á levantarse algun dia su imperio.» Y por una comparacion fecunda que seria muy útil proseguir en todos sus detalles, los asemeja á los chinos, quienes «separados tambien de las otras naciones por un signo particular

11

»que se hacen en la cabeza, se
 »han conservado en este esta-
 »do por tantos miles de años,
 »que superan en mucho en anti-
 »güedad á las demás naciones, y
 »durante esta época alternati-
 »vamente han obtenido, perdido
 »y recobrado el imperio, para
 »poseerlo completamente luego.
 »que los tártaros comiencen á
 »prostituirse en el lujo y la mo-
 »licie.» (Cap. 7.)

M. Salvador llegó al contra-
 rio por la misma via del libre ec-
 sámen á la persuasión, que las
 creencias judias estaban reser-
 vadas, como se le habia enseñan-
 do en su infancia, no solamente
 á reacer de Israel un gran pue-
 blo, sino á fundir todas las espe-
 cialidades religiosas, comprendi-
 da en ellas el cristianismo, en
 una grande unidad, y á condu-
 cir á toda la familia humana á
 la mas magnífica rejeneracion;
 que esta era la razon profunda
 que concebia de su duracion; y
 que la nacion escojida habia si-
 do dispersada, á fin de que hu-
 biese jérmenes por todas partes
 de las profecías vivientes de la
 era santa de beatitud y de ver-
 dad. Entonces M. Salvador puso
 manos á la obra para dar un
 cuerpo visible y comunicable á
 las nuevas ideas que se habian
 apoderado de él, y en 1822 pu-

blicó como primer ensayo en es-
 te jénero, la *ley de Moisés*, que
 estendida sobre otro plan mas
 grande, se convirtió en 1828 en
 la *historia de las instituciones de
 Moisés y del pueblo hebreo*. Des-
 pues ha presentado á *Jesucristo
 y su doctrina* como una historia
 del periodo apostólico del cris-
 tianismo, la cual tiene su valor
 verdadero porque completa la
 exposicion del mismo sistema.

Volvamos, pues, al curso de
 nuestra historia, de la cual nos
 hemos separado un poco por-
 que la materia nos habia recorda-
 do las ideas que hemos acaba-
 do de mencionar.

Formáronse entre los israeli-
 tas sectas filosóficas, como entre
 los griegos, si bien podian concii-
 liarse menos con las leyes de Moi-
 sés. Los severos fariseos se apo-
 deraron de la enseñanza: intér-
 pretes de los libros santos, bus-
 caban en cada palabra un senti-
 do místico ó figurado además
 del sentido literal, suponian por
 todas partes alegorías, engañán-
 dose en su significacion, y caian
 en los mayores absurdos. En los
 tiempos que precedieron inme-
 diatamente al nacimiento de
 Cristo, algunos espíritus atrevi-
 dos comenzaron á atacar el sis-
 tema de los fariseos; estos com-
 batieron con todas sus fuerzas

las opiniones que amenazaban á sus intereses, y trabajaron en afirmar su imperio espiritual, ocupando á sus discípulos en sutilezas vanas y multiplicando las ceremonias y las prácticas de devocion. El Talmud nos ha dado á conocer una parte de sus opiniones; este libro, en donde se encuentran reunidas las ideas sublimes y las esplicaciones sabias de los antiguos rabinos, y los sueños extravagantes de sus sucesores, semeja á un hermoso monumento que un artista ignorante hubiese ocultado bajo un conjunto de adornos sin belleza.

Los saduceos se atenian á la letra de sus libros sagrados, y trataban de profanadores á los que los interpretaban de una manera conforme á los progresos de la razon humana: tolerantes para con los pueblos que no conocian la ley de Moisés, eran en jeneral mas justos y humanos que los fariseos.

Los esenios, insensibles á la gloria y al poder, llevaban una vida monacal, consagrada á la contemplacion y á la práctica de todas las virtudes.

La ambicion de Aristóbulo, que arrebató á Hircano, su hermano mayor, el cetro de Judá, llenó el estado de turbulencias y

privó de su independencia á los israelitas. Jerusalem fué conquistada por Pompeyo. Durante la guerra civil que se levantó entre él y César, este último favoreció á Aristóbulo, á quien Pompeyo habia destronado; despues de la muerte de Aristóbulo y su hijo, César concedió su proteccion á Antipatro el idumeo, á quien el débil Hircano cedió los cuidados de la administracion. A consecuencia de haber sido asesinados César y Antipatro, el jóven Antígono, sostenido por los partos, intentó realzar el trono que habian fundado sus antepasados los macabeos; pero no pudiendo los romanos permitir que ecsistiese un estado independiente en las fronteras del Asia y del Africa, ni permitir el restablecimiento de una dinastía que debia su elevacion á los partos, nombraron rey de los judios á un extranjero, cual era Herodes, el hijo de Antipatro. Este príncipe activo y astuto, adulador unas veces de Marco Antonio, y otras de Augusto, protejió el culto de Moisés, porque lo miraba como un medio de concentrar todas las riquezas del pais en su capital. Ya hemos visto que quiso introducir entre sus vasallos las costumbres de los romanos, y la civilizacion

griega; pero las preocupaciones nacionales se opusieron á sus miras; y así debia suceder, pues segun la opinion de algunos sabios, todas las circunstancias anunciaban la próxima llegada del Salvador, predicha por los oráculos antiguos.



CAPITULO II.

Jesucristo. — Del establecimiento del cristianismo y de las primeras alteraciones que sufrió. — De la iglesia cristiana. — Conclusion.

JESUCRISTO.

Setecientos cincuenta años después de la fundación de Roma, en la época en que todas las religiones parecían conmoverse sobre su base, nació Jesus en Bethlehem.

Las antiguas tradiciones de los judíos cuentan que uno de los defensores mas zelosos de la ley se habia refugiado á los desiertos del monte Sinaí, después de haber luchado por mucho tiempo contra los progresos de la idolatría y de haber pedido á Dios se le apareciese. Al punto la tierra se conmovió, pero Dios no estaba en el temblor de tierra; un uracan se levantó, pero este no marcó la aproximación de Dios; en fin, se sintió un zéfiro dulce y Dios se manifestó en él; del mismo modo se manifestó en Jesus.

Los judíos esperaban un héroe, lisonjeándose que este los

libertaría del yugo de los Césares, que devolvería al trono de David su antiguo esplendor, y que daría á su pueblo el imperio del mundo. Engañáronse en su esperanza: Jesus de Nazareth nació en una condición oscura; salió de su humilde retiro á la edad de treinta años, y se apareció entre los galileos, despreciados de sus vecinos á causa de su ignorancia. Recorrió en seguida todas las provincias de la Judea, predicando y enseñando, y cada uno de sus pasos estaba marcado con beneficios. Cuando visitaba la capital observaba los usos del templo, aunque colocase su doctrina sobre la de Moisés y Salomón. Respetaba la autoridad del emperador, pero hablaba á sus discípulos como maestro: escijia de ellos una sumisión absoluta y una confianza sin límites, y miraba como hermanos suyos á cuantos prestaban fé en su pa-

labra de cualquier estado que fuesen.

Jesús de Nazareth estableció como base de su doctrina la existencia de Dios criador y moderador del universo, que distribuye á todos los seres dotados de razón las recompensas debidas á sus virtudes, y las penas á sus crímenes, sin que la muerte pudiese sustraerlos de su poder. Esta eterna verdad no fué desconocida á los primeros hombres, y la Providencia renovó su memoria en diferentes épocas, por profetas y sabios que suscitó entre los pueblos; pero ninguno la anunció de una manera tan clara, tan precisa y tan solemne como Jesucristo. Enseñó además, que las ceremonias cuyo número habían multiplicado al infinito los sacerdotes de todos los países, útiles en la infancia de las naciones, no tenían ningún mérito en sí, y que el hombre no podía obtener la aprobación divina, sino practicando la virtud. Sin tocar á las instituciones políticas de la Judea, sin establecer una dignidad sacerdotal, ni ordenar un culto pomposo, se contentó con ligar su recuerdo á un pequeño número de ritos religiosos tan sencillos como interesantes.

Al declarar Jesús que su ve-

nida no tenía otro objeto que el establecimiento de su doctrina, se atrajo el odio de los ministros de la ley de Moisés, que reusaron reconocerle por el Salvador de Israel, aunque la Providencia hubiese dirigido los acontecimientos de manera que le rodeasen todas las circunstancias predichas por los antiguos oráculos. A pesar de los obstáculos que le opusieron las preocupaciones de sus conciudadanos, Jesús cumplió su destino. Acusado falsamente á los romanos, fué sacrificado por Pilato al insensate furor de los judíos. Sufrió la muerte con heroísmo sobrenatural, resucitó, consolidó su doctrina y abandonó la tierra que no era digna de él.

Así se terminó la vida del que había venido á predicar el perdón de las ofensas y de la caridad. Su doctrina se extendió en pocos siglos mas allá de los límites del imperio romano, é hizo desaparecer el politeísmo y los sacrificios expiatorios. Los enemigos de Jesucristo concurren mas de una vez, sin quererlo, al cumplimiento de sus designios, y los mismos discípulos de Mahoma honraron su nombre. Durante los siglos bárbaros de la edad media, el evangelio fué desfigurado por la supersti-

ción y la ignorancia; pero hoy su verdadero espíritu penetra en las bases de la sociedad, y los progresos de la filosofía esparcen cada día nuevas luces sobre la importancia de la obra de Jesucristo y sobre el punto de vista bajo el que es menester considerarla.

DEL ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO Y DE LAS PRIMERAS ALTERACIONES QUE SUFRIÓ.

Después de Herodes el Grande, tres hijos suyos, inferiores á él en talento como en poder, reinaron en diversas provincias de la Palestina. Después de haber sido desterrado Arquelaos, el mayor, fué la Judea administrada durante algun tiempo por gobernadores romanos. Herodes Agripa, príncipe tan hábil como intrigante, y nieto de Herodes el Grande, se aprovechó del favor del emperador Calígula para reunir bajo su dominio todas las partes del reino. A su muerte, la Judea volvió á caer bajo la administracion romana; y la codicia de los procónsules y las preocupaciones fanáticas que Jesús había combatido en vano, escitaron aquella guerra espantosa en que el estado y el culto de los judíos perecieron en me-

dio de las llamas y de la carnicería. La destruccion de Jerusalem puso fin á la existencia política de este pueblo, que, monumento vivo del destino mas singular, anda todavia disperso sobre la tierra, sin tener patria.

Semejante á la semilla que germina lentamente en el seno de la tierra, la doctrina de Cristo se desarrolló en silencio, y no conocemos mas que muy imperfectamente la suerte que sufrió en los primeros tiempos de su establecimiento. Los cuatro evangelistas que nos han transmitido algunos detalles sobre la vida de Jesús, tienen cada uno un carácter particular. San Mateo se sirve de un lenguaje popular; San Marcos escribe con brevedad y concision; San Lucas escribe con plan metódico; y San Juan manifiesta un espíritu filosófico y un conocimiento profundo de su objeto. Al contar la fundacion de las primeras iglesias, habla San Lucas frecuentemente de San Pablo; y lo que sabemos de los otros apóstoles está sacado en gran parte de relaciones cuya autenticidad se puede poner en duda. Sus epistolas manifiestan la importancia que daban á la reforma de las costumbres. A juzgar por los datos incompletos que posee-

mos, parece que San Juan era de todos los apóstoles el que mejor se había penetrado del espíritu y doctrina de su maestro, y que San Pablo, judío de Cilicia, superaba á todos sus colegas en zelo y actividad. Su alma ardiente se pinta toda entera en sus cartas destinadas á resolver objeciones, á responder á preguntas sobre el mejor modo de organizar las iglesias cristianas, y á prestar á sus discípulos consuelos y advertencias saludables, ó á dilatar su corazón en el seno de amigos virtuosos.

Algunos escritos menos instructivos que interesantes por su sencillez y unción, es todo lo que nos queda del siglo que siguió al establecimiento del cristianismo. Los cristianos contaban pocos sabios entre sí; procuraban imitar á Jesus, haciendo obras de caridad y cumpliendo sus deberes, sin pensar en transmitir á la posteridad el recuerdo de sus virtudes. En vez de disertar sobre la divinidad del Salvador, se ocupaban de lo que debían hacer para obtener en el cielo la dicha que no podían encontrar sobre la tierra. Mirándose todos como iguales, ninguno se arrogaba el derecho de prescribir leyes á sus hermanos. Vivían dispersos entre los

idólatras, sin tener un empeño en hacerse notar; hubieran permanecido por mucho tiempo en esta dichosa oscuridad, si la crueldad de Neron, que los castigó como autores del incendio de Roma, los movimientos sediciosos de los judíos, y los terrores que inspiraban á los paganos una multitud de profecías sobre las mudanzas que amenazaban al imperio, no hubiesen venido á turbar la calma de que la iglesia naciente gozaba. Es menester convenir, sin embargo, que los furores de Neron y los edictos de Domiciano dañaron mucho menos al cristianismo, que las extravagancias de algunos teólogos imbéciles, que mezclaron á los dogmas del evangelio los desvarios de su imaginación pedantesca. Vamos á dar á conocer la fuente de donde estos teólogos tomaron el fondo de su sistema.

Casi todos los países situados entre la China y el mar Caspio, fueron conquistados por los chinos en el primer siglo de la era cristiana. Los sacudimientos ocasionados por estas conquistas, empujaron á los samaneos, discípulos de Budda, que vivió probablemente cuando la caída del reino de Israel, á abandonar la antigua Aria, su primera mora-

da, y á dirigirse, primero ácia las montañas de Cachemira y del Thibet; en seguida bajaron á las llanuras de la India, pasaron á la isla de Ceilan, y de allí á Siam, y fueron por último hasta la China y el Japon. Los bonzos samaneos enseñaban que su maestro Budda, digno de ocupar el segundo lugar en la veneración de los hombres, había bajado entre ellos para anunciarles la metempsicosis. La imperfección de los sistemas religiosos establecidos en el Thibet y en una parte de la China, facilitó los progresos de la doctrina de los bonzos; pero en la India, estos mismos bonzos que se habían atrevido á atacar la poderosa casta de los bramines, espionaron su temeridad con crueles persecuciones. Mientras trastornaban las antiguas religiones del Asia oriental, acontecimientos que nosotros ignoramos, hicieron conocer á las escuelas sabias de Babilonia las alegorías del libro chino Y-King.

El autor de este libro suponía la existencia de una causa primera, desconocida, sin voluntad, sin inteligencia, simple instrumento de una ciega fatalidad; así como la de las dos efígies, de cuatro imágenes y de ocho símbolos, saliendo del seno de la na-

da, producian por medio de combinaciones misteriosas, el número del hombre, y hacian nacer cinco virtudes de otros tantos elementos. Estas alegorías, atribuidas á Fo-hi, primer legislador chino, se dice que fueron comentadas por Wen-wang y Tscheu-king en tiempo de Homero. Tan admirables parecieron á Confucio, que este filósofo no hacia caso de la vida, y solo deseaba prolongarla para profundizar su oculto sentido: esparcidas en el Asia occidental, en donde principiaba á establecerse el cristianismo, sirvieron de base al sistema de los gnósticos.

Las diferentes sectas de los gnósticos, nacieron en estos climas ardientes, en donde los fakires estudian el modo de mortificar su carne, y en donde los espíritus ecsaltados y absortos en la contemplacion, se persuaden que cuanto mas incoherentes sean sus desvarios, mas misterios encierran. Divididos tambien los caldeos en muchas escuelas, adoptaron con empeño los dogmas de los gnósticos, que tenian muchas relaciones con sus propias ideas (1).

(1) Parece que en la época en que Nabonassar fundó el imperio babilónico-

Los gnósticos admiran la existencia de un abismo inescrutable, de donde la sabiduría hacía salir un cierto número de eones ó siglos. Después de un espacio de tiempo, que no puede medirse sino por el número de estos eones, y con el cual no están de acuerdo las diferentes sectas, el concurso de los elementos, ó la reunion fortuita de los átomos produjo la inteligencia; esta, sola en su especie, se puso á trabajar sobre el caos;—tal fué el origen del Criador del mundo, ó del demiourgos. Para tener adoradores encerró el demiourgos centellas de éter (1) en los cuerpos mortales. Queriendo la sabiduría destruir su obra, produjo á Jesus, que no tuvo mas que la apariencia de un cuerpo, y que perseguido por los sacerdotes del demiourgos, sufrió la muerte solo en la apariencia. En jeneral, la moral de los gnósticos se dirigia á libertar el alma de las trabas del cuerpo.

Encuéntrense en los eones de los gnósticos las cuatro edades del Vedam, cuya cuarta ha comenzado, y durará todavía tres

co, existian comunicaciones entre los pueblos que habitaban las dos estremidades del Asia.

(1) Las almas.

cientos noventa y cinco mil años. Tienen tanta relacion con los periodos de Buffon, como las concepciones de un sabio europeo del siglo XVIII pueden tener con los desvarios de una imaginacion oriental.

La doctrina secreta de los gnósticos, se extendia rápidamente en toda el Asia y en la Europa meridional. Existe una obra muy antigua (2) y atribuida falsamente á San Clemente, discípulo de San Pedro, que da á conocer sus principios. Esta secta existia ya en tiempo de los apóstoles, que la combatieron. San Ireneo escribió contra ella, pero su libro prueba que el talento no correspondia á su zelo. Los dogmas escitaron un gran escándalo entre los judios convertidos al cristianismo; y refugiados después de la toma de Jerusalem á la ciudad de Pella, continuaron en esta reverenciando la autoridad de Moisés, y conservaron todavía por espacio de sesenta años el uso de la circuncision; porque ninguno de los preceptos del cristianismo les exigia que renunciassen á sus costumbres nacionales. Algunos escritores cuentan entre los gnósticos á Simón, llamado el mági-

(2) *Recognitiones.*

co; este poseía una imájen misteriosa que solo manifestaba á los iniciados, y que probablemente era una imájen simbólica.

Los gnósticos no estaban de acuerdo sobre la naturaleza de los medios que era necesario emplear para libertar al alma de las trabas del cuerpo. Unos recomendaban para ello los ayunos y las maceraciones; otros pretendían que entregándose con exceso á los placeres de los sentidos, se podía llegar al mismo objeto de una manera tan pronta y mucho mas agradable. Creían en jeneral que los extravíos á que el hombre es arrastrado por el atractivo del deleite, eran frecuentemente involuntarios; que solo se hacían criminales por la circunstancia, ó por las relaciones sociales, y que Dios los perdonaba en consideracion á la fragilidad humana. Encuéntranse en la historia de muchas sectas místicas huellas de este dogma peligroso: *que la pureza del corazón santifica todas las acciones.*

El método de apagar los deseos de la carne por las maceraciones, tuvo sin embargo discípulos mas numerosos que el que enseñaba á embotarlos por los excesos. Adoptando este último sistema temían atraerse la censura pública, mientras que profesan-

do principios severos, se estaba seguro de adquirir la estimacion de la multitud; y así el orgullo como la vanidad producian en la apariencia los mismos efectos que el amor de la virtud.

En medio de tantos errores que seducian á los espíritus, las primeras iglesias, particularmente la que dirigió San Juan, conservaron sus costumbres sencillas é inocentes, y los cristianos se hicieron notar por su retiro de la corrupcion del siglo y por la prontitud de su caridad. La relacion que Plinio hizo de ellos á Trajano, empeñó á este emperador á mandar que cesase la persecucion ordenada por Domiciano. La mayor parte de los escritores cristianos eran ignorantes, crédulos y extraños al arte de escribir; pero la esperanza de la inmortalidad daba á sus ideas un vuelo sublime. Las últimas palabras de San Juan, el discípulo querido de Jesus, nos hacen conocer el espíritu que animaba á la iglesia primitiva. Sintiendo este apóstol que se le acercaba su fin, ya respetable á los paganos y á los cristianos por la santidad de su vida, se hizo conducir á la asamblea de los fieles. Haciendo un esfuerzo para incorporarse y elevando sus manos moribundas ácia el cielo, exclamó: «Hijos

«miros: amaos siempre como nos ha amado el Señor!» A estas palabras dejó caer la cabeza y espiró.

Libres por algun tiempo los cristianos de las supersticiones del politeísmo y del yugo molesto de la ley judaica, se preservaron de las sutilezas de los gnósticos. Huían de las dignidades que los hubieran obligado á asistir á las ceremonias paganas, y procuraban sustraerse del servicio militar. Sóbrios, dulces, apacibles, excelentes padres de familia y esposos castos, tenían á su comunidad religiosa la misma adhesión que los romanos á su patria; y ni los razonamientos de los filósofos, ni las amenazas de sus perseguidores eran capaces de hacerlos infieles á su maestro. Estos tiempos son la edad heroica del cristianismo; y durante este periodo glorioso, la doctrina de Jesus se esparció desde las riberas del Ganges hasta el Océano Atlántico.

La decadencia de las antiguas religiones y de las costumbres antiguas, y el entusiasmo que inspiró la sublimidad del evangelio, contribuyeron á la rapidez de su propagación: los principios del cristianismo eran además una especie de apelación al buen sentido; pues despertaban

en todos los corazones sentimientos por largo tiempo adormecidos; rectificaban una multitud de falsas ideas, y admitían bajo muchas relaciones una interpretación que satisfacía los deseos y las opiniones del siglo.

LA IGLESIA CRISTIANA.

Las primeras sociedades cristianas mantenían entre sí una unión fraternal por medio de cartas misivas, y se ayudaban recíprocamente dándose socorros pecuniarios, cuando las circunstancias lo exigían. Los cristianos de Jerusalem tuvieron mas necesidad de estos socorros. Persuadidos que la disolución del globo seguiría de cerca á la destrucción de la capital de la Judea, descuidaron sus negocios domésticos; establecieron entre sí la comunidad de bienes; y no tardaron en probar los funestos efectos de su imprevisión.

Los vigilantes ó obispos (*episkopoi*) de las sociedades cristianas arreglaban el orden de las asambleas, mantenían la correspondencia, y administraban los fondos destinados á obras de caridad; los ancianos (*presbyteroi*) asistían á los obispos con sus consejos, y los diáconos (*diakonoi*) ejecutaban sus órdenes.

Después de la traslación ó muerte de un obispo, los ancianos proponían los sujetos que les parecían propios para el empleo vacante; los fieles que componían el rebaño hacían la elección, y el día en que el nuevo electo entraba en sus funciones, se invitaba á los obispos vecinos para que asistiesen á las preces y ceremonias de su instalación.

Bien pronto el obispo fué considerado como el sucesor del gran sacerdote de los israelitas, los ancianos como los sacrificadores y los diáconos como los levitas. Al principio no se dió importancia alguna á estas denominaciones, pero la vanidad y el interés los consagraron y les dieron una significación muy ostensa. Se formó una clase de funcionarios que tomó el nombre de clero: institución desconocida á los griegos y á los romanos y que no estaba fundada sobre ningún precepto de Jesús. Andando el tiempo, este clero usurpó y ejerció sobre los fieles una especie de tutela que degeneró en dominación; y es bueno que tengan entendido los sacerdotes cristianos, que la autoridad de que se revistió voluntaria y arbitrariamente aquel clero ambicioso, era del todo opuesta al espíritu de fraternidad que reinaba

entre los primeros cristianos.

No se contentaron los obispos con igualarse al gran sacerdote de los judíos; tuvieron la osadía de compararse al mismo Jesucristo, y pretendieron ser los vicarios del único y eterno pontífice de los cristianos. En calidad de tales se arrogaban un imperio absoluto sobre las conciencias y trabajaban en establecer como principio: «Que el poder espiritual es tan superior al temporal, como el cielo á la tierra, el alma al cuerpo, y el espíritu á la materia (1).»

La dignidad de obispo llegó á ser un objeto de intriga y de cábala. La conducta de los cristianos fué sometida á un tribunal severo que al principio tuvo por objeto velar en que los fieles no se hiciesen despreciables, odiosos, ó sospechosos por sus costumbres; mas tarde la disciplina eclesiástica sirvió para aumentar el ambicioso poder de los sacerdotes. Los reglamentos de los legisladores de la antigüedad tuvieron casi siempre un motivo razonable ó por lo menos plausible; relativo á la naturaleza de las cosas ó á las cir-

(1) Estas ideas se encuentran en una obra del siglo IV, que lleva el título de *Constitución apostólica*.

cunstancias; pero los fundadores del gobierno eclesiástico erijieron en ley irrecusable pasajes aislados de la Escritura, interpretados de una manera bárbara y absurda; y en vez de limitarse á dos ó tres verdades importantes, forzaron á los cristianos á que creyesen en una multitud de sutilezas pueriles. El yugo de la fé ciega que se les impuso, contribuyó fuertemente á degradar el espíritu humano y á acarrear una larga barbarie.

Así es como los hombres consiguieron echar á perder la obra de Jesus de Nazareth, del hombre del Calvario; pero como la Providencia sabe dirigir todos los acontecimientos y todas las instituciones de modo que las hace concurrir á sus miras, sucedió que el gobierno eclesiástico ejerció durante algun tiempo una saludable influencia.

Los bárbaros que trastornaron el imperio romano, hubieran reducido la Europa al mismo estado en que los turcos han reducido el Asia, si no la hubiesen salvado los esfuerzos de los ministros de la religion. Estos formaban un cuerpo imponente por su santidad y su union. Las fuerzas conquistadoras del Norte estaban poco dispuestas á escuchar

lecciones de caridad ó á gustar de ideas de civilizacion; pero el clero supo contenerlas sirviéndose hábilmente de los rayos de la escomunion, y de los terrores del infierno. Por grados se hicieron susceptibles de una doctrina mas pura: despues de haber adoptado al principio las formas exteriores de la religion, aprendieron á conocer la religion misma; y por medio de esta educacion que les dió la Providencia, se igualaron en fin á los antiguos y se elevaron sobre ellos bajo muchos conceptos. Una dicha es para la humanidad el que esta marcha progresiva de luces haya tenido lugar en Europa, de donde se ha derramado por toda la tierra. Si la civilizacion hubiera tomado este vuelo en las partes del mundo que por sus riquezas naturales se puedan bastar así mismas, los europeos hubieran quedado eternamente en el estado de barbarie. Pero el hombre no es nunca mas que el instrumento de una mano invisible.

Cada iglesia cristiana tenia un inspector ú obispo; los obispos de la misma provincia se reunian en ciertas épocas para deliberar sobre los intereses comunes, y el de la capital de la provincia encontrándose en el centro de

los negocios, gozaba el derecho de convocar las asambleas ordinarias y extraordinarias, y de dirigir las:—tal fué el origen de los metropolitanos y de los arzobispos. La division del imperio despues de Diocleciano, ocasionó el establecimiento de los patriarcas. Cuatro iglesias se levantaron sobre las demás; la de Jerusalem, la de Antioquía, la de Alejandría y la de Roma; sus presidentes fueron considerados como jefes de tribu, ó patriarcas.

La iglesia de Roma se aprovechó de ■ doble ventaja de haber sido fundada por San Pedro, el príncipe de los apóstoles, y de contar entre sus miembros algunos personajes considerables, quienes por su rango y nacimiento tenían grande influencia en la corte.

La traslacion de la silla del imperio produjo una gran envidia entre el obispo de la antigua residencia imperial y el de la nueva, entre el mas poderoso patriarca del Oriente y el primer obispo de los países occidentales. Estos dos prelados se disputaron largo tiempo la preeminencia; en fin ganó el obispo de Roma. Este, alejado de la corte, tenía el primer rango en la antigua capital del mundo, y dirigia solo su vasta diócesis, cuyos

limites extendía sin cesar el zelo de los misioneros. Se aprovechó de su posicion para inspirar al clero el espíritu de cuerpo de que tenía necesidad, á fin de establecer su poder, y se creó por este medio una milicia siempre dispuesta á pelear por sus intereses. Muchos acontecimientos, poco considerables en apariencia, prepararon la grandeza de la santa sede, y la superioridad de la Europa sobre las otras partes del mundo.

Conocemos muy imperfectamente el origen y los primeros progresos de la potencia pontificia. La historia de los papas, redactada por Anastasio el bibliotecario, nos presenta á estos hombres inalterables en medio de los sufrimientos, siempre dispuestos á sufrir el martirio, pródigos de su patrimonio para con los hombres, zelosos en hacer el culto público mas imponente, y en mantener su dignidad con costumbres austeras; pero no dá detalles sobre el número de los fieles que componian su grey, ni sobre las rentas de su iglesia. Es incontestable que el respeto que se tenía á la antigua capital del imperio aumentó la autoridad de los obispos de Roma, y estos en seguida elevaron por segunda vez su re-

sidencia al rango de señora del mundo.

A pesar de lo dicho, Platina y otros historiadores nos proporcionarán bastantes datos para trazar la historia de los pontífices con la crítica conveniente; porque los pontífices son también príncipes temporales, y están sujetos como los demás al tribunal severo de la historia.

CONCLUSION.

Con desprecio de los sábios preceptos de su maestro, se engolfaron muy pronto los cristianos en un laberinto de disputas ridículas é interminables sobre la naturaleza y los atributos de Jesucristo; y de todas estas sutilezas formaron un pretendido sistema que descansaba enteramente sobre falsas interpretaciones.

La filosofía neo-platónica, que estaba en voga en Alejandría, dió un segundo ataque á la sencillez de la religión cristiana. Plotino, Jámblico y Porfirio no podían ocultar la incoherencia y lo absurdo de la teología pagana que se esforzaban en sostener: recurrieron pues á esplicaciones alegóricas; se rodearon de misterios, y á su vez atacaron el sistema de sus adversarios que carecía de precisión y claridad.

Los cristianos, nada versados en el conocimiento de las lenguas y de las antigüedades para poder defenderse con ventaja, abandonaron el sentido natural de los libros santos, y procuraron arrancar de ellos un sentido místico. Habiendo adoptado los enemigos del cristianismo la doctrina de los gnósticos, sobre la necesidad de librar al alma del imperio de los sentidos, los obispos, que no querían quedarse atrás en ningún punto, ecsijieron de los fieles una autoridad ecsagerada, y les recomendaron la vida solitaria y contemplativa. Los filósofos de Alejandría, á pesar de sus esfuerzos, no consiguieron afirmar el imperio de las divinidades paganas. Sus ideas carecían de sencillez y su lenguaje no tenía aquel tono de autoridad que hace callar á las objeciones y arrastra los sufragios.

La persecución ordenada por Diocleciano no pudo trastornar la iglesia cristiana, esparcida en todo el imperio y aun mas allá de sus fronteras, y que estaba gobernada por sus obispos, sus arzobispos, y sus patriarcas. Revestida de un poder sobrenatural y milagroso, la religión de Cristo triunfaba de los vicios y de las pasiones que desolaban al

mundo. Los hombres mas tímidos, transformados en héroes luego que se hacian cristianos, volaban con alegría á los peligros y á la muerte; y de la ceniza de los mártires renacian sin cesar nuevos defensores de la fé (1). Este espectáculo imponente obligó á todos los pueblos de la tierra á reconocer el origen celestial de las esperanzas que animaban á los cristianos.

Constancio Cloro, guiado por los principios de una sabia clemencia, suspendió la persecucion en las provincias que gobernaba. Su hijo Constantino, que era aficionado á planes vastos y nuevos, y esperaba sacar importantes ventajas de la proteccion que concedió á la iglesia oprimida, remplazando las rancias fábulas del paganismo por la religion del Unjido, ácia la cual habia concebido una gran veneracion, se lisonjeó poder reconstruir la máquina vieja del imperio, cuyos resortes todos estaban gastados.

(1) *Per damna, per oedes, ab ipso*

Ducit opes animumque ferro.

Per varios casus per tot discrimina rerum —

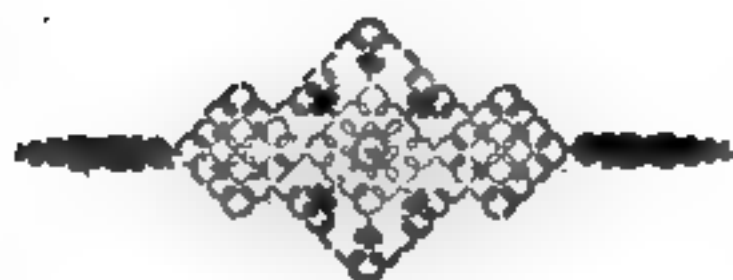
..... Sedes ubi fata quietas

Ostendunt.

TOMO VII.

Terminemos aqui el cuadro de los diferentes medios empleados por la Providencia para renovar el conocimiento de los principios que el Criador ha grabado en el corazon del hombre, y que la tradicion ha conservado ó alterado sucesivamente. Estos principios elevan el alma sobre los límites del tiempo; hácenla avanzar rápidamente en el camino de la virtud, y el hombre ignorante que los admite es mas venturoso que los sabios de la tierra que los desechan; mas venturosos, sí, porque no tienen la osadía de pretender disputar con el espíritu divino. Su ignorancia es mas sabia que toda ciencia, mas consoladora que toda filosofía, su religion responde á todas las necesidades de su intelijencia, á todos los dolores de su alma. El incrédulo, indudablemente no verá en lo que acabamos de decir, sino la historia de un sistema de ilusiones; pero al menos no podrá negar que estas ilusiones han sido y son todavia la fuente de muchas virtudes, consuelos y felicidad, que jamás le fuera concedida al escepticismo mas profundo. El cristiano, ya medite sobre las revoluciones al través de las cuales ha pasado el jénero humano, ya procure resolver el problema

de la existencia del hombre, encuentra en su ■ una llama que reanima sin deslumbrar, y que semejante á la columna de fuego de Moisés, le conduce con seguridad al través de los tenebrosos senderos de la vida.



LIBRO UNDECIMO.

HISTORIA ROMANA.

CAPITULO PRIMERO.

Introduccion á la historia romana. — Pueblos primitivos de Italia. — Acontecimientos antes de la fundacion de Roma. — Orijen de Rómulo y Remo. — Fundacion de Roma. — Rómulo, primer rey de Roma. — Robo de las sabinas. — Reinado de Rómulo y de Tacio. — Interregno, y Numa Pompilio. — Orijen del nombre de Roma. — Eleccion de Numa. — Institucion de las vestales. — Tulo Hostilio, rey. — Combate de los Horacios y Curiacios. — Traicion de Mecio y ruina de Alba. — Anco Marcio, rey. — Tarquino el antiguo. — Servio Tulio. — Establecimiento del censo. — Tarquino el Soberbio. — Orijen del nombre Capitolio. — Violacion de Lucrecia. — Juramento de Bruto.

INTRODUCCION A LA HISTORIA ROMANA.—Como el viajero que sigue el curso de los grandes rios antes de embarcarse en el Océano que á todos los devora, así hemos recorrido la historia de los egipcios, fenicios, judios, y de los imperios del Asia, de los reinos y estados libres de Grecia, de las repúblicas de Sicilia y Cartago, y ahora vamos á contar los hechos del pueblo romano, que se hizo señor del mundo.

Un nuevo espectáculo se pre-

senta á nuestra vista. Ya no nos perderemos, como en Egipto, en la antigüedad de una tradicion remota y misteriosa, que mezclando pocas verdades á muchas fábulas, no tienen mas pruebas que antiguos monumentos y jeroglíficos indescifrables.

Ya no estaremos, como en Palestina, en un país sagrado en que todas las leyes son oráculos, y milagros todos los acontecimientos. Hemos abandonado aquel Asia voluptuosa donde rei-

naban juntas la molicie, el lujo, la ignorancia y el despotismo.

Hemos salido de la patria de las fábulas y de los prodigios; de aquella Grecia tan pintoresca que la imaginacion siente dejar, porque todo era en aquel pais móvil y variado como ella. El tiempo, que todo lo produce y arruina, ha marchitado los colores de aquel cuadro risueño en que se reunieron toda la grandeza y pequeñez, toda la sabiduría y locura de la especie humana, los mas crueles tiranos, los reyes mas virtuosos, los conquistadores mas afamados, los sabios mas célebres, los pueblos mas libres, los esclavos mas sometidos, virtudes brillantes, vicios deificados, modelos en todo género de talentos y artes, de lujo y austeridad; y en fin, todas las formas de gobierno y de anarquía.

La Sicilia nos ha dado otras lecciones; porque el destino presentó en aquella isla los reyes mas ilustrados y los tiranos mas feroces, como para enseñarnos á qué grado de felicidad puede llegar un pueblo gobernado por príncipes como Jelon, ó por jefes como Timoleon, y todos los males que pueden afligir á una nacion cuando confia el poder á unos monstruos como

Dionisio y Agatocles. Cartago, durante muchos siglos, muestra los efectos de una prudente libertad y de un sabio equilibrio de poderes; pero el exceso de su opulencia, y la corrupcion que resultó de ella, su decadencia y su ruina, prueban que el fundamento de los estados es la virtud, y que las naciones caen cuando se corrompen.

Entramos por último en Roma: aquí observaremos algunas fábulas groseras que rodean su cuna; pero observaremos tambien en el pueblo romano, desde sus primeros pasos, un carácter de fuerza, gravedad y grandeza que no hemos visto en ninguna otra nacion: su infancia es como la de Hércules, que aogaba las serpientes en la cuna.

Su primer rey, adorado despues como hijo de Marte, muda los pastores en héroes, somete los forajidos á leyes sabias y á una prudente disciplina: hace temibles á sus vecinos las murallas que acaba de fundar: estien- de su territorio por medio de conquistas, aumenta su poblacion con tratados, anuncia á los siglos y á las naciones la dominacion de Roma; y desaparece de la vista de sus súbditos, cuya crédula admiracion le coloca en el cielo junto á Júpiter.

Dotados sus sucesores de grandes virtudes y raros talentos, unieron en un interés común el trono, el pueblo y los grandes: confiaron el depósito de la libertad á los plebeyos, el sosten de las leyes y las virtudes á los senadores, y el de la fuerza pública á los reyes: enlazaron los ricos á los pobres por una utilidad recíproca, por los derechos y los deberes del patrocinio; y todos los ciudadanos al estado; por medio de una religion que preside á la suerte del pueblo; que dirige sus acciones, y que le obliga á los mayores sacrificios por la gloria y la patria. Un tirano emprende destruir esta grande obra: la libertad, grabada en todos los corazones, le resiste y vuelca su trono: la república se levanta, y admira al universo con los prodigios de su heroísmo y de su virtud; hasta que el exceso de su grandeza y poder corrompiendo sus costumbres, le hace adoptar los vicios de los pueblos conquistados, somete á la tiranía los señores del universo; y entrega á los bárbaros del Norte aquella Roma que fué tantos años capital del mundo por sus armas, y que no tardó en volverlo á ser por el imperio de la cruz.

En otros países se puede estudiar la gloria de los siglos pasa-

dos en monumentos que han sobrevivido á la ruina del tiempo; pero en Roma se deben estudiar los hombres. Estos ilustres romanos, cuya historia vamos á escribir, fueron los monumentos mas bellos y grandiosos de su patria.

POBLOS PRIMITIVOS DE ITALIA.

—La historia de los tiempos anteriores á Rómulo, nada cierto nos dice acerca de los primeros habitantes de Italia. Esta península se une al continente europeo por la cadena de los Alpes, en la cual hay tres desfiladeros principales; uno al Norte, otro al Mediodía y otro al Oriente. Se puede presumir que los celtas y los ilirios, buscando un clima mas suave, ó impelidos por otras tribus mas setentrionales, poblaron la Italia; así como en tiempos posteriores la devastaron por las mismas causas los pueblos del Norte.

Esta poblacion selvática tenia un culto grosero y hábitos propios de los pueblos errantes; pero la influencia de un suelo hermoso y de un país fecundo, suavizó sus costumbres. Dejaron de ser cazadores, y se aplicaron al pastoreo y á la labranza. Mas tarde, algunas colonias griegas y asiáticas trajeron á Italia las artes y ciencias del Oriente, así

como los egipcios los llevaron á Grecia. Cultiváronse pues los campos: levantáronse aldeas; pero como esta civilización primitiva, no era obra ni de un solo hombre ni de un solo pueblo, la Italia se halló dividida en muchos pequeños estados que adoptaron la forma monárquica, porque sus continuas guerras les hacían conocer la necesidad de un jefe. Sin embargo, limitaron siempre la autoridad de este jefe para conservar una parte de su antigua independencia.

Muchas veces se confederaban estos pequeños estados, y formaban naciones como los latinos, ligures y etruscos, que fueron los pueblos mas célebres de Italia en los tiempos primitivos. La causa de estas confederaciones, fué como parece probable, la comunidad de origen y la igualdad de idioma. Los etruscos ocupaban lo que hoy es la Toscana; los latinos el espacio comprendido entre el Tiber y el Liris. Estas pequeñas ciudades, peleaban frecuentemente por la posesión de un campo, ó para vengarse de una injuria; pero no tenían ni la intención ni los medios de hacer conquistas. Se dejaba el arado para tomar la espada, y se volvía del campo de batalla al arado. Eran desconocidas las má-

quinas de guerra, y una muralla y un foso detenían un ejército. No había tropas pagadas. Cuando un ejército extranjero invadía el país, los habitantes, si eran vencidos, le cedían una parte del territorio para que edificase una nueva ciudad.

Si hemos de creer á Dionisio de Halicarnaso, los pueblos de Italia adoptaron desde tiempos muy antiguos la religión de los griegos, descartando de ella las fábulas que envilecían á los dioses. Parece que los etruscos hicieron grandes progresos en las ciencias y artes, pues de las demás naciones de Italia enviaban los hijos á Etruria para que estudiasen. Los antiguos monumentos y los vasos etruscos que se conservan, apoyan esta opinión.

La debilidad humana se complace en consultar á los dioses para leer el porvenir. Los griegos creían que las divinidades hablaban por medio de los oráculos: como no los había en Italia, la superstición hizo que se estudiasen los presajios. El encuentro de un animal destructor era de mal agüero; la vista de un enjambre de abejas ó de una paloma, era favorable. Juzgábase de la voluntad de los dioses por el número par ó impar de las piedras que se juntaban

casualmente, ó de los animales que se encontraban, ó de los truenos que se oían. La dirección de los relámpagos y la del vuelo de los pájaros eran también presajios. Las palabras de *augures* y de *áuspices* nacen, la primera del grito de las aves, y la segunda de su vuelo, dirección y figura. Llamábanse *arúspices* los que adivinaban el porvenir, examinando las entrañas de los animales inmolados. Los sacerdotes, para aumentar su autoridad, se jactaban de poder trocar los malos presajios en buenos. Esijian sacrificios y espiaciones para aplacar á las deidades irritadas; y no contenta esta superstición con derramar la sangre de los animales, enseñó casi á todos los pueblos á inmolarse al cielo víctimas humanas. De aquí procedió también la májia, arte impostora, por la cual se lisonjaban, con el auxilio de los jenios buenos y malos, no solo conocer lo venidero, sino también trastornar el orden de la naturaleza. Estas supersticiones, grabadas por el temor en el corazón de los pueblos de Italia, formaron una gran parte de su culto y legislación. Ningún acto público ó privado se hacía sin consultar á los agoreros, ofrecer sacrificios y apla-

car á los dioses con espiaciones.

Habia en las cercanías de cada ciudad un sitio que se miraba como sagrado: no se labraba su suelo ni la hoz tocaba á sus árboles: los desterrados y delinquentes tenían allí un asilo inviolable. Cada pueblo honraba particularmente á su jenio ó dios protector, cuyo nombre se ocultaba cuidadosamente para que los enemigos no pudieran hacerlo propicio invocándolo. Cada casa tenía sus dioses tutelares, que se llamaban *penates*.

Dionisio de Halicarnaso dice que los primeros habitantes del Lacio se llamaban *sículos*, y que los latinos, que los remplazaron, traían su origen de Grecia. Otros autores sostienen opiniones contrarias. Antes de Fabio Pictor, el mas antiguo de los historiadores romanos, que floreció durante la segunda guerra púnica, no se conocían los primeros tiempos de Roma sino por una tradición incierta, habiéndose quemado los archivos de la ciudad en el incendio de los galos. Los archivos sacerdotales no contenían sino hechos mezclados con muchos errores, á los cuales se quería dar autenticidad. Todos los pueblos antiguos atribuían su origen á un Dios, y Roma se complacía en descen-

der de Marte. El pueblo romano, que despues se llamó tan justamente *el pueblo rey*, tuvo tambien quien le adulase: los historiadores, los pueblos vencidos, y hasta los monarcas repetian todas las fábulas que lisonjaban el orgullo de Roma. Esta creencia religiosa fué una de las causas principales de la grandeza y duracion de la república romana: tan cierto es que la religion, aun cuando esté sembrada de errores, es una base necesaria á la solidez de los estados. Toda religion, para hacer respetables sus dogmas, se ve obligada á apoyarlos en la moral, y ella es quien conserva las naciones.

El pueblo romano, mas grave y religioso que los demás, respetó por mas tiempo la autoridad paternal, las leyes y las costumbres; y fué mas admirable por sus virtudes que temido por sus armas.

ACONTECIMIENTOS ANTES DE LA FUNDACION DE ROMA.—Aunque no tengamos, como se ha visto, sino una tradicion oscura para dar á conocer los acontecimientos que han precedido á la fundacion de Roma, vamos á referir lo que dicen de ella Dionisio de Halicarnaso, Tito Livio y Plutarco.

Antes del sitio de Troya, condujo OEnotrus á Italia una colonia de árcades. Muchos años despues otra colonia de pelasgos, echados de Tesalia, se reunió á los aborígenes ó descendientes de los árcades, y arrojaron de las orillas del Tíber á los sículos, los cuales se refujaron en Sicilia. Un siglo antes de la guerra de Troya, Evandro, desterrado del Peloponeso, trajo á Italia la segunda colonia de árcades. Fauno, que era entonces rey de los aborígenes, les dió un terreno en el monte que despues se llamó Palatino, donde fundaron una ciudad llamada Palancio, de Palante, abuelo de Evandro. En tiempo de este se dice que vino Hércules á Italia, mató al ladron Caco, y obtuvo altares por este beneficio. Este héroe enseñó á los aborígenes los ritos griegos, é instituyó las familias sacerdotales de los Poticios y Pinarios. Cincuenta años despues de la partida de Hércules, Latino, hijo de este semidios, aunque se creia que su padre era Fauno, fué rey de los aborígenes, á los cuales dió el nombre de latinos, y al pais el de Lacio. Otros creen que este nombre procede de *latere* (ocultarse), y que se dió á aquella tierra porque en ella se refujó

Saturno de la persecucion de Júpiter su hijo.

Cuenta Dionisio de Halicarnase que en el reinado de Latino llegó Eneas á Italia con una colonia de troyanos, trayendo consigo los dioses de Troya, y el *Palladium*, depositado despues en el templo de Vesta. Latino hizo alianza con Eneas, le cedió un territorio, y le dió por esposa á su hija Lavinia.

Turno, rey de los rútuulos, pueblos que habitaban en lo que se llama hoy la campaña de Roma, que esperaba casar con aquella princesa, irritado de la injuria, hizo guerra á Latino y á Eneas. Fué vencido en el combate; pero Latino murió. Turno, con el auxilio de Mezencio, rey de Etruria, continuó la guerra. Eneas los venció, dió muerte á Turno y le sobrevivió pocos dias. Fué adorado bajo el nombre de Júpiter Indijete.

En la ciudad de Lavinio, que habia fundado Eneas, gobernó su viuda en la menor edad de Ascanio su hijo, con tanta prudencia, que la prosperidad del nuevo estado hizo rápidos progresos. Lavinia fundó la ciudad de Alba, y la hizo capital del reino. Este duró cuatrocientos treinta años hasta la fundacion de Roma. (A. M. 2822.—A. G. 1182.) El Tí-

ber se llamaba entonces Albula, y servia de límite entre el Lacio y la Etruria. Despues de Ascanio, reinaron sucesivamente Silvio, Eneas-Silvio, Latino-Silvio, Alba, Atis, Capis, Capeto, Tiberio, que dió su nombre al rio del Lacio por haberse aogado en él, Agripa, Rómulo Silvio, Aventino, que dió su nombre al monte en que fué enterrado, y Prócas, padre de Numitor y Amulio.

ORIGEN DE RÓMULO Y REMO.—Despues de la muerte de Prócas debia reinar Numitor, su hijo mayor, pero Amulio usurpó el trono, dió muerte á Egestio, hijo de su hermano, y puso en el número de las sacerdotisas de Vesta á su sobrina Rea-Silvia. Dícese que no contento este rey pérfido, con semejante rigor, la violó para tener el derecho de acusarla de impudicia y condenarla á muerte. Rea dió á luz dos niños gemelos, á los cuales se dieron los nombres de Rómulo y Remo. Acusada, se disculpó diciendo que eran hijos del dios Marte. Amulio mandó encerrarla en un calabozo, y arrojar al Tíber los dos hijos. El rio entonces estaba crecido y llevó la cuna hasta la ribera, dejándola en seco. Una loba que oyó los gritos de los niños vino á darles de

mamar, y un pájaro les trajo alimento en su pico. Faústulo, mayoral de los rebaños del rey, admirado de este suceso prodigioso, que pasaba á la sombra de una higuera, conservada segun Tácito ochocientos años despues, llevó los niños á su casa para que los cuidase su mujer Laurencia. Esta mujer era de mala vida, y los pastores le daban el apodo de *Loba*; y este fué probablemente el origen de la fábula que hemos narrado.

Zopiro Bizantino ha escrito que Filonomé, hija de Nictima, fué la que tuvo los dos gemelos del dios Marte, los cuales fueron arrojados al rio Erimanto; y que el agua los llevó á la cabidad de un árbol en donde una loba les dió de mamar. Dice que un pastor cuidó de educarlos y que llegaron á ser reyes de Arcadia. — Tan fabulosa es para nosotros una opinion como otra.

Rómulo y Remo, habiendo llegado á la edad juvenil, se distinguieron por su hermosura, fuerza y valor. Plutarco dice; que estudiaron en Etruria: Dionisio de Halicarnaso que se quedaron entre los pastores, y que en su tiempo se conservaba religiosamente la cabaña en que vivieron. Para ejercitar su vigor, perseguian á los animales

en los bosques y á los ladrones en los caminos. Agregáronse á ellos hombres valerosos y decididos, que formaron una tropa bastante numerosa, y celebraron asambleas y juegos. En una de estas fiestas, una cuadrilla de ladrones los atacó, prendió á Remo, lo llevó al rey Amulio, y lo acusó de haber talado los dominios de Numitor. Amulio le envió á su hermano para que lo juzgase, y Faústulo avisó á Rómulo el peligro que corría Remo. Interrogándole Numitor, descubre el secreto de su nacimiento, y averigua con júbilo que los dos hermanos son hijos de Rea, y nietos suyos. Los tres forman el proyecto de destronar al tirano Amulio. Remo con los sirvientes de Numitor, se reúne á las tropas de su hermano que se dirige al palacio por diferentes caminos, rompe sus puertas y da muerte á Amulio. Entretanto Numitor reúne á los albanos, con el pretesto de oponerse á este ataque imprevisto: sabe en el mismo instante el triunfo de los príncipes, y cuenta al pueblo su libertad milagrosa y la caída del tirano. El pueblo, libre de aquel rey cruel, da alegre el trono á Numitor, y los príncipes, seguidos de un gran número de pastores albanos y de guerreros la-

tinios, forman el proyecto de fundar una nueva ciudad.

FUNDACION DE ROMA.—(A. M. 3252.—A. J. 752.) Antes de ejecutar esta empresa consultaron el vuelo de los pájaros, para saber á cuál de los dos hermanos pertenecía el honor de la fundacion y gobierno de la ciudad. Remo descubrió desde el monte Aventino seis buitres; Rómulo vió doce desde el Palatino; pero mas tarde que su hermano. De este doble presajio nació una grande altercacion, declarándose unos por Remo, á quien las aves habian aparecido primero, y otros por Rómulo, que habia visto mayor número de ellas. Por otra parte Remo tenia ofendido á su hermano, porque se burlaba de los trabajos que Rómulo dirigia, saltando un foso que habia escavado; unos historiadores dicen que Rómulo mató á su hermano en un movimiento de ira: otros que habiendo parado en venir á las manos la disputa de los agüeros, Remo pereció en la pelea. Otros dicen que Roma ecsistia antes de Rómulo, y que este no hizo mas que restaurarla. Pero la opinion comun es que empezó á fundarla 752 años antes de Cristo, al principio del año 4.º de la olimpiada 6.ª, 120 años despues de

la legislacion de Licurgo, 140 años de que Atenas recibiese las leyes de Solon, y 14 años antes de la era de Nabonasar.

ROMULO,

PRIMER REY DE ROMA.

Al acabar Rómulo la construccion de las murallas de Roma, se halló jefe de solo tres mil hombres de á pie y trescientos caballos; —tan ostinado y sangriento habia sido el combate en que murió su hermano. Persuadido de que el poder de la fuerza es variable, y que la autoridad no tiene base mas segura que la confianza pública, reunió el pueblo y le preguntó ¿queria gobierno democrático, aristocrático ó monárquico. Después de una breve deliberacion, le entregaron sus compañeros una corona, de la cual era digno tanto por su valor y sus grandes cualidades, como por su nacimiento real. Para dar á su poder el apoyo de la religion, dijo que no admitiria el cetro si los dioses no confirmaban su eleccion con un prodijio extraordinario.

Se señaló un dia para consultarlos, y despues del sacrificio hizo Rómulo un círculo en el aire con el lituo ó báculo encor-

:

vado de que usaban los augures. Dícese que al momento apareció un brillante relámpago que atravesó el cielo de izquierda á derecha. El pueblo creyó oír la determinación de los dioses, y proclamó rey á Rómulo.

Este, conformándose con los usos de los reyes confederados de Etruria, que llevaban delante de sí doce lictores, enviados por las doce tribus confederadas, con haces de varas y seguros en medio, símbolos de la autoridad real, nombró doce ejecutores de la justicia. Dividió el pueblo en tres tribus mandadas por tres jefes, y cada tribu en diez secciones, llamadas *curias*. Un sacerdote con el título de *Curion* estaba encargado de presidir las ceremonias religiosas y ofrecer los sacrificios de cada tribu. Las tierras se dividieron igualmente entre las treinta *curias*, excepto una parte que se reservó para los gastos del templo y del tesoro público. Se dividieron los ciudadanos en dos clases, los *senadores* y la *plebe*. Las *curias* eligieron cien *senadores*, á los cuales se dió el nombre de *padres*, y á sus descendientes *patricios*, nobleza la mas antigua que hubo en Roma. Cuando en lo sucesivo se aumentó el número de *senadores*,

se dió á los nuevos el nombre de *padres conscriptos*, título que con el tiempo llegó á darse á todos. Esta dignidad fué hereditaria. El pueblo escogió trescientos guerreros designados con el nombre de *céleres* ó *équites*, que denotaban su valor y actividad, y componían la guardia del rey. Este fué el origen de los caballeros romanos, que formaron una clase intermedia entre los *patricios* y el pueblo. Estas leyes son de disposición positiva: otras nacieron naturalmente del estado de la sociedad.

El rey nombraba á los *senadores*, tenía el privilegio de convocar el pueblo y el senado, el derecho de apelación en todas las cuestiones de importancia; promulgaba y ejecutaba las leyes; mandaba el ejército y ejercía el supremo pontificado. Los empleos sacerdotales, civiles, militares y de judicatura, pertenecían exclusivamente á los *patricios*. El senado decidía sobre las cuestiones y negocios de estado en que el rey lo consultaba. El pueblo elegía los magistrados, hacía las leyes, decidía de la paz y de la guerra cuando el rey lo consultaba, y juzgaba en apelación las causas criminales. Se le convocaba rara vez; deliberaba por *curias*; el

dictamen de la mayoría se anunciaba al senado, y no tenia fuerza de ley sin su confirmacion.

La institucion del patronato nos da una alta idea del talento de Rómulo. Para establecer el orden y oponer una barrera á la anarquía, habia separado los patricios de los plebeyos; y para impedir las disensiones que podian originarse del poder de los unos y de la envidia de los otros, unió entrambas clases con intereses comunes y deberes reciprocos. Cada patricio escogia en el pueblo un gran número de clientes, y estaba obligado á preservarlos de todo daño, á mirar por sus intereses, á defender sus pleitos, á entender en sus contratos y á esplicarles las leyes. El cliente por su parte asociaba sus intereses á los de su patrono, le socorria si venia á pobre, le rescataba si caia en cautiverio, y pagaba por él la multa si era condenado. El patrono y sus clientes formaban en cierto modo una sola familia, no podian acusar el uno al otro, ni dar su sufragio á los competidores, ni ser del partido de los enemigos. Esta union política duró muchos siglos, y se extendió á las colonias y ciudades conquistadas, aumentándose con la re-

pública; se vió á los reyes y á los reinos buscar patronos en Roma y sufrir la humillacion de la dependencia por conseguir una proteccion util. La sabiduría de estas instituciones es tanto mas de admirar, cuanto nacia en un siglo de ignorancia y en medio de costumbres tan bárbaras que Rómulo, para conservar la poblacion, se vió obligado á mandar á los padres por una ley, que educasen sus hijos, y no los matasen ni espusiesen sino á los que nacieran impedidos. Deseando aumentar con rapidez el número de sus vasallos, abrió en Roma un asilo á los desterrados y condenados de otras ciudades. Un gran número de aventureros acudieron de todas partes de Italia, y de esta impura gacilla nacieron los señores del universo.

Rómulo extendia su poder tanto por las armas como por las leyes; y la guerra, que despuebla los estados, fué durante muchos años uno de los medios de que se valieron los romanos para aumentar su poblacion. Cuando eran vencedores, perdonaban á los jóvenes enemigos, los incorporaban en sus legiones, tomaban tierras en los países conquistados y enviaban á ellas romanos para fundar colonias, á las cuales se daba despues el de-

recho de ciudadanía. Rómulo fundó la ciudad con tres mil trescientos hombres, y á su muerte habia cuarenta y cinco mil. Todos sus reglamentos se dirigian á inspirar á los ciudadanos el amor de la patria, de la gloria, de la religion, de la justicia y de la libertad, el aprecio de la pobreza laboriosa y el desprecio de los ricos ociosos. Dionisio de Halicarnaso vió aun en su tiempo presentar las ofrendas hechas á los dioses en mesas de madera y en cestas de mimbrres. Ciceron las creia mas agradables al cielo con esta sencillez, que cuando se llevaban en vasos de oro y plata.

La ley establecia la comunidad de bienes entre los esposos. El marido, dueño y juez de su mujer, podia hacerla condenar por un consejo de familia que recibia su declaracion. El divorcio era permitido; pero las costumbres, mas fuertes que las leyes, lo prohibian; y durante cinco siglos no se verificó en Roma ningun divorcio, ni hubo causa de adulterio. En ningun pais fué mas sagrada la autoridad paterna. Se estendió mas allá de los límites de la justicia y de la razon: solo la naturaleza pudo enfrenarla. Segun la ley, el padre era dueño absoluto de su hi-

jó, y cualquiera que fuese la edad ó dignidad de este, podia venderlo ó matarlo. Numa exceptuó de esta dependencia á los hijos casados.

En Roma no habia mas profesiones honrosas que la guerra y la agricultura. Las artes y oficios eran ejercidos por esclavos, ó extranjeros. Mas tarde estuvieron los comerciantes en alguna estimacion, mas los vendedores por menor fueron siempre despreciados.

ROBO DE LAS Sabinas.—Roma edificada, poblada, gobernada por leyes, y victoriosa en algunos combates, ofreció un espectáculo extraordinario. Casi no habia mujeres en ella, y la futura dominadora del universo parecia un campamento que se aumentaba con reclutas, no una poblacion que se propagaba y perpetuaba. El rey envió embajadores á las ciudades vecinas pidiendo en matrimonio sus doncellas para los romanos, alegando como prueba de la proteccion de los dioses la prosperidad de Roma. Su propuesta fué mal recibida, porque los gobernadores de los pueblos cercanos estaban ya envidiosos de aquella ciudad naciente, y respondieron con menosprecio á los embajadores, que si Rómulo

y sus bandidos querían tener mejores, abrísen un asilo á las aventureras de todos los países. Rómulo disimuló su ira para asegurar mejor la ejecución de su intento. Algun tiempo despues, habiendo anunciado solemnes fiestas en honor de Neptuno, invitó á ellas á los habitantes de las cercanías. Concurrieron á Roma muchos espectadores atraídos por la novedad. Los de Cecina, Crustumero, Antemnias y Cures, vinieron con sus familias.

En medio del espectáculo y á una señal convenida, la juventud romana, que llevaba armas ocultas, se arroja sobre los extranjeros, y les quita las hijas á pesar de la resistencia y las lágrimas de sus padres. La mas bella fué dada por aclamacion á un patricio jóven y valiente llamado Talasio, y despues de este suceso se estableció en Roma la costumbre de invocar el nombre de Talasio en todas las fiestas nupciales.

Los romanos adquirieron con esta violencia setecientas mujeres; procuraron en vano aplacar con ruegos la ira de los padres ultrajados, y legitimar con su consentimiento estas uniones criminales. Los extranjeros salieron enfurecidos de Roma y recorrieron la Italia para inte-

resar á las demás naciones en su venganza.

Acron, rey de Cecina, fué el primero que atacó á los romanos. Rómulo lo venció y mató, y se apoderó de su capital. Despues entró en Roma con una vestidura de púrpura, coronado de laurel, y trayendo en la mano un asta con las armas de Acron. Las tropas por entre las cuales pasaba, cantaban himnos en su honor. Este fué el primer triunfo. Edificóse en el monte Capitolino un templo dedicado á Júpiter Feretrio, donde debian depositarse los despojos que los descendientes de Rómulo quitasen á los reyes ó jenerales enemigos muertos por sus manos. En el espacio de cinco siglos solo dos romanos, Cornelio Cose, vencedor de Tolumnio, rey de los veientes; y Clodio Marcelo que mató á Viridomaro, rey de los galos, ofrecieron estos illustres despojos, que se llamaban ópinos. Dionisio de Halicarneso alcanzó á ver los restos de este antiguo templo de Júpiter, cuya longitud era solo de quince pies. Rómulo venció despues á los antemnates y crustuminos, conquistó su pais, trasladó los habitantes á Roma, y pobló de romanos aquellas dos ciudades.

Tacio, rey de los sabinos, peleó con mas felicidad contra Roma. Despues de algunos reencuentros se acercó á la ciudad. Tarpeya, hija de Tarpeyo, comandante de la fortaleza del monte Capitolino, gobernada por el enemigo, ofreció abrirles por la noche la entrada, á condicion que le diesen los brazaletes de marfil, oro y plata que llevaban los sabinos en el brazo izquierdo. Favorecidos por esta traicion, penetraron en la ciudadela; y para premiar á la pérdida Tarpeya, como merecia, la hicieron parecer echándole encima sus escudos y brazaletes. Desde este suceso se llamó aquel sitio la *Roca Tarpeya*, y desde ella se despeñaba á los reos de estado.

Los sabinos descendieron del monte Capitolino para apoderarse de la ciudad, mandados por Tacio y Hostilio. Rómulo se opuso á su ataque; pero fué rechazado hasta el monte Palatino. Desesperado levanta las manos al cielo y ofrece edificar un templo á Júpiter en el sitio donde lograrse reacer sus soldados. Creyéndose seguro del socorro divino, esclama: «Romanos: Júpiter os manda deteneros aquí, y hacer frente al enemigo.» A estas palabras el pavor se cal-

ma, renace el coraje, cesa la fuga, y vuelve á comenzar la batalla. Los dos pueblos, igualmente enfurecidos, parecen resueltos á terminar la guerra con la muerte de todos sus enemigos, cuando Hersilia, al frente de las sabinas, se presenta esparcidos los cabellos, los ojos llenos de lágrimas, con los hijos en los brazos, dando jemidos. Sin temor á la muerte se meten por medio de las armas, separan á los combatientes, y se echan á sus pies exclamando: «En vano os pretende separar el odio, pues estais indisolublemente unidos á nosotros: si quereis ultrajar á la naturaleza, romped, dándonos la muerte, el lazo fatal que os une; vuestras armas serán mas humanas si nos degüellan, que si nos dejan huérfanas y viudas. ¿Quereis que nuestros hijos sean mirados en todo el universo como una raza de parricidas? Pero no; vosotros sois todo para nosotros; sois suegros y yernos: ceded á la naturaleza, deponed vuestros furores, aplacaos ó matadnos.» A estas palabras sucede la piedad á la ira y la ternura al odio: depónense las armas, los dos reyes se abrazan, y se hace la paz.

REINADO DE RÓMULO, Y TACIO.

—Sus condiciones fueron: que Rómulo y Tacio reinarian juntos: que la ciudad conservaria el nombre de Roma; pero que el pueblo tomaria el de *quirites*, en honor de *Curas*, capital de los sabinos. Estos fueron admitidos en Roma como ciudadanos: se dobló el número de los senadores, y se extendió el recinto de la ciudad, comprendiendo en él el monte Quirinal y el monte Celio.

Estas disposiciones se observaron religiosamente. Los dos pueblos formaron uno solo, y vivieron los reyes cinco años en buena armonía. Tacio ocupaba el Capitolio, y Rómulo el monte Palatino. Sus ejércitos reunidos vencieron al de Fidena, y convirtieron esta ciudad en colonia romana. Los amigos de Tacio, habiendo hecho algunos estragos en el territorio de Lavinio, los de esta ciudad pidieron justicia á los romanos. Rómulo opinaba que se les entregasen los delincuentes. Tacio se oponía á ello, queriendo que su causa se juzgase en Roma. Los embajadores de Lavinio se retiraron quejosos, y algunos de ellos fueron muertos por los sabinos. Rómulo, irritado, prende á los culpables y los entrega á los otros embajadores: Tacio acude con

tropas y liberta á los reos. Por entonces quedó impune esta violencia; pero algun tiempo despues, habiendo concurrido á Lavinio los dos reyes para hacer, segun la costumbre antigua, un sacrificio á los penates de los troyanos, los hijos de los embajadores degollados, que no habian podido obtener justicia, entran en el templo y asesinan á Tacio junto al altar. Su cadáver fué llevado á Roma y enterrado con mucha pompa. Rómulo, único dueño del trono, escusó que se le entregasen los asesinos de Tacio; pero estos, habiendo venido á Roma, defendieron su causa de modo que fueron absueltos; — como si la venganza mas justa pudiese disculpar un asesinato.

Los veyentes, aliados de los fidenates, hicieron guerra á los romanos con vario suceso, hasta que al fin vencidos en una batalla decisiva, cedieron parte de su territorio, é hicieron la paz por cien años. Rómulo, vencedor de todos los pueblos de las cercanías, no pudo libertarse del orgullo que produce la prosperidad y la gloria. Sufria con impaciencia los límites que el senado ponía á su autoridad, y quiso abatirlo: así inspiró con el temor el aborrecimiento. Un día

que pasaba revista á sus tropas á la orilla de un lago, se oscureció el cielo de repente y estalló una horrible tempestad de truenos y rayos: mares de lluvia y granizo cayeron sobre la tierra. La oscuridad, el estruendo y los relámpagos causaron espanto y desorden jeneral. En medio de este tumulto se perdió el rey de vista y no volvió á parecer. El pueblo, consternado, queria vengar su muerte: los senadores le decian en vano que habia sido arrebatado por los dioses. En este momento de sedicion é incertidumbre, Próculo Julio, el mas estimado de los patricios, venerable por su edad y prudencia, se presenta al pueblo y le dice: «Ciudadanos: Rómulo, padre de esta ciudad, se me ha aparecido descendiendo del cielo. Como lleno de pavor y respeto le pidiese que me fuera licito mirarlo, me dijo: *Ve y di á los romanos que por disposicion del cielo será mi ciudad la señora de las naciones. Dedicuense pues, á la milicia, y enseñen á sus nietos que ninguna fuerza humana podrá resistir á los hijos de Roma: y dicho esto desapareció.*» Esta fábulaisonjeaba demasiado el orgullo romano para no ser creída; y la vanidad complacida calmó el

sentimiento y acalló las sospechas. Rómulo murió á los cincuenta y cinco años de edad y treinta y cinco de reinado.

INTERRENO Y NUMA POMPELIO, SEGUNDO REY DE ROMA.

(Año del mundo 3291.—Antes de Cristo. 713.)

Roma, aquella ciudad tan soberbia despues, y que no teniendo aun cuarenta años de edad se creia llamada por los dioses á dominar la tierra, no era mas que una aldea compuesta de algunas casas y muchas cabañas dispuestas sin orden. Sus estandartes eran manojos de heno; sus trofeos gabillas de trigo; sus tesoros rebaños. Nada era grande en ella sino el valor y ambicion de sus habitantes. Su territorio fué muy limitado; y sin embargo sus primeros monumentos públicos, contruidos bajo los sucesores de Rómulo, anunciaban la ciudad eterna. Se admiraban aun en tiempo de Dionisio de Halicarnaso, las murallas, acueductos y cloacas hechas por Tarquino. Rómulo dió á su pueblo el primer impulso de grandeza, haciéndole adoptar la máxima de imitar los reglamentos y costumbres útiles de los pueblos

vencidos. Y así sus soldados, habiendo vencido á los sabinos, descendientes de los latredemonios, usaron de escudos como ellos, y dejaron los arjivos. También los enseñó á ganar el afecto de los pueblos vencidos, dejándoles que se gobernasen por sí mismos; y á pesar del odio de los romanos á la monarquía después de la espulsion de sus reyes, es incontestable que debieron mucha parte de su gloria y poder á las grandes cualidades de Rómulo y sus sucesores.

ORIGEN DEL NOMBRE DE ROMA.

—Los historiadores no están de acuerdo acerca del origen de la palabra *Roma*, que en griego significa fuerza ó poder. Unos dicen que una troyana llamada Roma, temiendo que los compañeros de Eneas se volvieran á embarcar huyendo de la guerra, quemó las naves y los obligó á fijarse en Italia. Otros, que Roma era hija de Italo y Eucaria; otros de Teleso, hijo de Hércules; otros de Ascanio. Ni falta quien diga que la ciudad fué edificada por Romano, hijo de Ulises y Circe, ó por Romo, hijo de Emacion, enviado á Italia por Diomedes; ó por Romis, tirano de los latinos, y vencedor de los etruscos. Fabio Pictor, siguiendo á Diocles el peripaté-

tico, dice que en el antiguo idioma latino, la palabra *ruma* significaba teta; y en memoria de la loba que crió á Rómulo, tomó este héroe su nombre, y Roma el de su fundador. Añádese que trabajando Rómulo en abrir los cimientos de su ciudad, halló bajo tierra la estatua del dios Conso, del cual proceden los nombres de *consejos* y *cónsules*.

Después de la muerte de Rómulo, los sabinos y romanos no pudieron durante muchos días convenirse en la elección de un sucesor. Cada uno de los dos pueblos quería dar un rey al estado, y ningun ciudadano tenía bastante preeminencia para fijar los votos. En esta incertidumbre el senado nombró un *interrey*, que se renovaba de cinco en cinco días. Este uso de confiar el gobierno á interreyes hasta la elección de los nuevos magistrados, se conservó aun después de establecida la república.

El interregno agradaba al senado y quería prolongarlo; pero temiendo que el pueblo eligiese sin su participación, le propuso hábilmente que nombrase un rey, y se reservó el derecho de confirmar su nombramiento. El pueblo, contento con esta deferencia, dejó la elección á arbi-

trio del senado. Vióse muchas veces en Roma esta noble disputa, efecto saludable de los miramientos recíprocos de ambas clases, y prenda feliz de union, sin la cual no existe ni fuerza ni espíritu público.

Estando convenidos plebeyos y patricios para conciliar las pretensiones de sabinos y romanos, se resolvió que se sacaría á la suerte la nacion que habia de elegir, y que esta nombraría un rey de la otra. La suerte favoreció á los romanos.

ELECCION DE NUMA.—Habia un sabino, natural de Cúres, generalmente respetado por sus virtudes, enemigo del lujo, esento de ambicion, religioso, observador ferviente de la justicia, y habituado á vencer sus pasiones. Los ciudadanos y estrangeros le tomaron por árbitro. El rey Tacio, apreciando sus grandes cualidades, le habia dado su hija en casamiento; pero este insigne honor no le movió á dejar su patria para venir á Roma, y se quedó en Cúres cuidando de su anciano padre. Trece años despues, habiendo muerto su esposa, se retiró al campo y se entregó al estudio. Este era el sabio Numa: la eleccion de los romanos le nombró rey, y la aprobacion universal lo confirmó.

Dos ciudadanos distinguidos, Veleso, á quien querian los sabinos elevar al trono, y Próculo, que confiaba en los votos de los romanos, uno y otro personas muy distinguidas, fueron encargados de ir á anunciar á Numa su eleccion. El príncipe filósofo, lejos de deslumbrarse con el esplendor de la corona, conoció su peso y la reusó. «Las cualidades,» dijo, que me han ganado vuestra estimacion, me apartan del trono, porque me llaman al retiro, al estudio y al descanso. «Sois ambiciosos y yo no: gustais de guerras y conquistas, y yo prefiero la paz á todo. Vosotros necesitais de un jenerat mas bien que de un rey.»

Su negativa aumentó el deseo de tenerlo por jefe. Se resistió algun tiempo á las instancias del pueblo romano y de su familia; pero los presajios que fueron felices, y los ruegos de los habitantes de Cúres, que le instaban á aceptar, para unirlos mas estrechamente con los romanos, le decidieron á abandonar su soledad: hizo sacrificios á los dioses y partió á Roma. El senado y el pueblo salieron á recibirle: la entrada de un rey pacífico en aquella ciudad, templo de la guerra, fué el triunfo de la auiducia y de la virtud.

El interrey Spurio Vecio, pa-
 ■ solemnizar la inauguración
 del monarca, y completar la sa-
 tisfacción pública, mandó que el
 pueblo procediese otra vez á la
 elección. Los sufragios fueron
 unánimes; pero Numa no qui-
 so revestirse de los ornamentos
 reales, hasta que los dioses hu-
 biesen confirmado su nombra-
 miento; y así hizo un sacrificio
 en el monte Tarpeyo, con los sa-
 cerdotes y los augures. Los aú-
 plices consultados, fueron favo-
 rables; y Numa, adornado del
 cetro, la corona y manto real,
 bajó á la plaza pública en medio
 de las aclamaciones del pueblo.
 (Año de Roma 39.—A. C. 714.)

INSTITUCIONES RELIGIOSAS DE
 ROMA.—Rómulo había fundado
 á Roma con las armas: Numa
 emprendió consolidarla con la
 paz y la religión. Dedicóse á cal-
 mar el espíritu belicoso y á su-
 vizar las costumbres feroces del
 pueblo. Edificó el templo de
 Jano, cuyas puertas debían estar
 abiertas en tiempo de guerra, y
 cerradas en tiempo de paz. No
 se abrieron en todo su reinado;
 pero después no se cerraron sino
 dos veces; concluida la primer
 guerra púnica, y después de la
 batalla de Actium. Numa sabía
 que la vanidad humana resiste á
 los hombres y cede al cielo. Pa-

ra dar á sus leyes una sanción
 celeste, hizo creer al pueblo que
 eran dictadas por la ninfa Egeria,
 á ■ cual consultaba en un bos-
 que sagrado cercano á Roma.

Rómulo no había contado en
 el año mas que diez meses, y al
 primero dió el nombre de *Mar-*
tio, en honor del dios que se
 creía padre suyo. Numa corrigió
 este error grosero añadiendo los
 dos meses de *Januario* y *Februa-*
rio. El año fué pues, de trescien-
 tos sesenta y cinco dias dividi-
 dos en doce meses lunares, con
 la intercalación de dias comple-
 mentarios, que al fin de veinti-
 cuatro años hacían coincidir el
 tiempo civil con la posición del
 sol. Julio César completó des-
 pués esta reforma con un nue-
 vo calendario que fué definitiva-
 mente corregido en 1582 por
 Gregorio XIII.

Numa estableció dias llama-
 dos *fastos* y *nefastos*, para dis-
 tinguir los tiempos en que era
 permitido ó prohibido reunir el
 pueblo y juzgar. Creó muchos
 sacerdotes, como los de Marte,
 Júpiter y Rómulo, á quien se a-
 duraba con el nombre de Quiri-
 no. Estos sacerdotes, elejidos
 entre los patricios, y presididos
 por el sumo pontífice, eran nomi-
 brados por el pueblo. Su núme-
 ro y el de los augures aumentó

después. Arreglaban los sacrificios y ceremonias, los días de fiesta, las expiaciones, lutos y funerales. Velaban sobre los ministros subalternos, instruían al pueblo, explicaban los prodigios y juzgaban todas las contiendas relativas á la religión.

INSTITUCION DE LAS VESTALES.— Numa arregló el establecimiento de las Vestales: creó cuatro que no habían de tener menos de seis años, ni mas de diez. Guardaban el fuego sagrado y el paladio, y observaban virginidad; pero á los treinta años podían renunciar al sacerdocio y casarse. La ley les concedía grandes privilegios: eran las únicas mujeres que podía disponer de sus bienes sin curador: su dicho era admitido en justicia sin juramento; llevaban un licitor delante, cuando salían en público; y si encontraban un delincuente era perdonado. El tesoro público las mantenía; pero estaban expuestas á terribles castigos si quebrantaban sus deberes. La que dejaba apagar el fuego sagrado, que no podía volverse á encender sino á los rayos del sol, era azotada con varas por orden del pontífice. La que violaba el voto de castidad, moría emparedada en una cueva, donde solo se le dejaba un pan, una

cántara de agua, un botecillo de aceite, y un jarro de leche. Se escusaba de ellas la mayor decencia. Postumia fué puesta en juicio y reprendida por haberse presentado en público demasiado adornada.

Numa, creyendo necesaria la religión para enfrenar á un pueblo grosero, que no podía serlo por la razón, buscaba todos los medios, y aprovechaba todas las ocasiones de imprimir en las almas sentimientos religiosos. Hubo un contagio orrendo, y cuando cesó, Numa atribuyó este beneficio á un escudo de bronce que había caído en sus manos, añadiendo que, según la ninfa Egeria, este escudo sería la prenda de la prosperidad de Roma mientras se conservase; y para que no pudiesen robarle, hizo construir otros once semejantes á él, entre los cuales era imposible distinguirlo. Se crearon unos sacerdotes, llamados *salii*, que bailaban y cantaban himnos, durante la fiesta que se instituyó para recordar este suceso. Creó también un colegio de *feciales* ó heraldos. Unos mantenían el orden y el silencio en las asambleas públicas: otros declaraban la guerra y la paz; se les enviaba á hacer reclamaciones á los pueblos extranjeros; daban á los

dióses por testigos de su sinceridad, pronunciando imprecaciones contra sí mismos, si faltaban á la verdad. Fijaban un término para recibir la respuesta, y si no obtenían la satisfacción pedida daban cuenta al senado y declaraban la guerra por lícita.

Para hacer respetar la justicia y las propiedades estableció fiestas en honor del dios Término; idea feliz que deificaba á la base de la civilización de la sociedad política, que es la propiedad.

Antes de su reinado, los extranjeros miraban á Roma como un campo amenazador: bajo su gobierno fué respetada como una ciudad virtuosa y un templo de justicia. Este rey pacífico hizo excelentes reglamentos de policía; y para mantener el orden, la tranquilidad y la union de los ciudadanos, clasificó el pueblo por corporaciones, en las cuales mezcló políticamente los sabinos con los romanos. Convinco de que la indigencia ó la estremada pobreza estingue el amor de la patria y dispone á la sedición, repartió entre los pobres las tierras conquistadas, y honró de tal manera á la agricultura, que mucho tiempo después de él, los jenerales y magistrados se complacían en di-

rijir el arado y empleaban en la labranza aquellas nobles manos que habían sostenido la balanza de la justicia y la espada de la victoria.

No tiene la historia que hablar de las azañas, de las conquistas y de los triunfos de Numa; pero en cambio, nos dice que durante un reinado de cuarenta y tres años no se vieron en Roma ni guerras, ni revoluciones. La felicidad pública fué la consecuencia de este sueño de la gloria militar. Los extranjeros, admirando las virtudes de un pueblo que en su nacimiento los había aterra- do, le elegían entouces por árbitro de sus diferencias. Numa realizó la idea de un sabio de la antigüedad que dijo: «que el mundo no sería feliz hasta que se viese la filosofía sentada sobre el trono.»

Algunos autores han creído sin fundamento que Numa fué discípulo de Pitágoras; pero este filósofo florecia ciento y cincuenta años después, cuando reinaba Tarquino II. Numa licenció la guardia creada por Rómulo, diciendo: «No reinaré en un pueblo que me inspire alguna desconfianza.» Erijó un altar á la buena fé. Amigo de las letras y de la religión, decía que tenía

trato con las musas. A una de ellas puso el nombre de *Tácita*, probablemente para dar á entender con esta alegoría cuán útiles son al entendimiento el silencio y la meditacion. Algunos autores han querido hacernos dudar de la verdad de estos sucesos, que es tan agradable creer. Plutarco dice que habiendo quemado los galos los archivos de Roma, todo lo que se cuenta de los primeros tiempos fué inventado para atagar el orgullo del pueblo y la vanidad de las principales familias. Esta opinion carece de probabilidad; pues quemados los archivos, la tradicion pudo suplir su falta en un pais donde unas mismas familias se conservaron por tantos siglos.

Numa murió á los ochenta y tres años de edad y cuarenta y tres de reinado. En su vejez, su cuerpo estuvo esento de enfermedades como su alma de vicios; los patricios llevaron su féretro, los sacerdotes formaban el duelo, y los gemidos de todo el pueblo fueron su oracion fúnebre. Prohibió que quemasen su cadáver. Fué enterrado en un ataud de piedra al pie de Janículo, y en otro ataud semejante catorce libros que habia compuesto. Uno y otro se hallaron cinco siglos despues. De su cuerpo nada que-

daba; pero sus manuscritos estaban intactos. El pretor Petillo los leyó, declaró al senado que su publicidad dañaria á la religion y fueron quemados.

TULO HOSTILIO, *XXV*.

(Año del mundo 3334.—Antes de Cristo 670.)

Despues de un corto interregno, el pueblo eligió por rey á Tulo Hostilio, y el senado confirmó la eleccion. Este príncipe era nieto de Hersilia, aquella sabina cuyo valor desarmó y reunió los dos pueblos que estaban dispuestos á esterminarse. Tulo, natural de Medulia, ciudad en el territorio de Alba, y colonia romana, poseia en ella grandes propiedades que repartió entre los ciudadanos pobres apenas subió al trono. La poblacion de Roma se aumentaba, y se estendió el recinto de sus murallas. El carácter de Tulo fué diferente del de Numa: era belicoso y poseia las prendas de un jeneral, y el valor de un soldado.

COMBATE DE LOS HORACIOS Y CURCIOS.—En este tiempo, Clelio, dictador de Alba, envidioso de la grandeza de Roma, permitió á la juventud albana talar las tierras de los romanos. Estos

se vengaron con represalias: de ambas partes hubo quejas y reclamaciones. Tulo Hostilio acogió benignamente á los embajadores de Alba, pero retardó la respuesta. Los de Roma fueron mal recibidos en Alba y se les negó toda satisfaccion. Tulo, que lo habia previsto, teniendo la justicia de su parte, ventaja muy importante atendido el espíritu religioso y la buena fé de aquel siglo, declaró la guerra á los albanos.

Ya estaban los dos ejércitos próximos á venir á las manos, cuando Clelio murió de repente en su tienda. Su sucesor Mecio Sufecio, mas justo y pacífico, quiso impedir la efusion de sangre por un convenio: pidió y obtuvo del rey de Roma una conferencia en que le representó los peligros de una guerra sangrienta, de la cual se aprovecharian los etruscos para atacar y oprimir á entrambos pueblos cuando estuviesen debilitados. Se resolvió, pues, que en lugar de una batalla jeneral habria solo un combate de tres campeones por cada ciudad, para decidir la querella, y que el pueblo vencido quedaria enteramente sumiso al vencedor. De este modo quedaron encargados tres romanos y tres albanos del destino de sus patrias.

Habia entonces en el ejército de Roma tres hermanos con el nombre de Horacios, distinguidos por su fuerza y valor. La familia albana de los Curiacios tenia tambien tres hermanos superiores á los demás guerreros de su ciudad. La eleccion de Roma y Alba recayó sobre ellos. Señalado dia para el combate salen al campo, los dos ejércitos los rodean; los parientes, jefes y conciudadanos les dan armas, los conjuran que aseguren su independencia, los ecsortan á sostener el honor de su pais, y les dan la señal con la inquietud propia de aquel momento crítico, pero con la confianza que inspiraba á cada partido el ardor, la habilidad y la osadía de sus jóvenes campeones. Dos pueblos numerosos, sin correr ningun peligro personal, estaban ajitados entre el temor y la esperanza de un combate que iba á decidir la suerte de todos.

Animados de su coraje y encargados de los intereses de dos grandes ejércitos, se adelantan los seis guerreros; se amenazan con la vista; brillan las espadas; se acometen, y el aire resuena al choque de sus aceros y escudos. Los dos pueblos, presentes á esta lucha terrible, atentos, inmóviles y silenciosos, siguen con

los ojos todos los movimientos, y parece haber perdido la voz y la respiración.

Los tres albanos fueron los primeros en recibir heridas; pero ardiendo con el deseo de vengarlas, atraviesan á dos de los romanos y los derriban muertos sobre la arena. Alba dá un grito de alegría: Roma jime aterrada. No le queda mas que un defensor, cuya muerte parecia inevitable rodeado de tres enemigos. Sin embargo, Horacio no habia recibido ninguna herida: demasiado débil contra los tres Curiacios, pero muy superior á cada uno de ellos, huye con el fin de separarlos, pues le habian de seguir con mas ó menos lentitud á proporcion del vigor que les dejaban sus heridas. Los romanos, que no penetran su intención, se indignan de su cobardía y lo cargan de imprecaciones. Alba triunfa y grita á sus combatientes que aceleren el paso y completen la victoria. Pero Horacio, viendo á los Curiacios que le perseguian bastante separados el uno del otro, suspende su fuga, se lanza sobre el enemigo mas próximo, y lo hiere de muerte antes que sus hermanos, escitados por los gritos de los albanos, puedan socorrerle. En el corazón de los romanos rena-

ce la esperanza: animan á Horacio con el ademán y la voz: mas ardiente que sus votos, mas rápido que sus pensamientos, acomete al segundo Curiacio y le dá la muerte. Todo el campo albanos lanza un grito de terror. Ya no quedaba mas que un combatiente de cada partido; pero Horacio no estaba herido; y el albanos, debilitado por una larga carrera y por la sangre que salia de su costado, mas se arrastra que camina, apenas puede sostener sus armas y solo presenta una víctima al vencedor. Horacio, seguro del triunfo, esclama: «Sacrifiqué dos enemigos á los manes de mis hermanos; el tercero será para que se decida esta guerra y Roma mande en Alba.» Dichas estas palabras sepulta su espada en el pecho del contrario y le despoja de sus armas. Roma triunfante y Alba consternada, se reunieron para celebrar las exequias de los dos Horacios y los tres Curiacios muertos en el combate. En tiempo de Augusto se conservaban todavía sus sepulcros erijidos en el lugar en que habian muerto cada uno.

Las pasiones mas nobles, cuando se han llevado al exceso se convierten en fanatismo y conducen al crimen. El amor de la

patria y el odio de sus enemigos inflamaban el corazón de Horacio y le habían dado fuerzas para triunfar de los albanos; pero esta pasión noble dejeneró en fanatismo y produjo el crimen. No pudo sufrir que un alma romana fuese indiferente á su victoria y llorase á los vencidos. Entrando en la ciudad, encontró á su hermana Camila, amante y prometida esposa de uno de los Curiacios. Al ver á su hermano revestido con el manto del Curiacio, que ella misma había hecho, se arranca los cabellos, destroza sus vestidos, vierte un torrente de lágrimas, se golpea el seno, prorrumpe en sollozos, y dirigiéndose con furor al matador del albano le dice: «Eres el mas feroz de todos los hombres; me has privado de mi esposo; la sangre de Curiacio corre por tus armas! Insultas mi dolor y triunfas con tu crimen! Castiguen los dioses! Inmolen á los manes de mi Curiacio el último romano sobre los escombros de Roma!»

Horacio, enfurecido de ver á su hermana lastimada por su victoria y aflijida por la alegría pública, y oírla formar votos contra su país, no escucha ni á la razón, ni á la piedad, ni á la naturaleza: y conducido por una

rabia desesperada, sepulta su acero en el seno de Camila, exclamando: «Hermana desnaturalizada: olvidas á tu padre y á tus hermanos; ve á reunirse con tu Curiacio. Perezca así toda romana que lllore á un enemigo!»

Este crimen horrorizó al senado, y el reo fué puesto en juicio. El rey nombró los *duumvires*, es decir, los dos jueces que debían sentenciarle. Condenado á muerte por ellos, iba á caer bajo el hacha del lictor, cuando el viejo Horacio, su padre, adelantándose al medio de la asamblea del pueblo, detiene el golpe fatal, invoca las antiguas leyes, recuerda sus derechos paternales, sostiene que es el primer juez de su familia, y que él mismo hubiera cortado los días de su hijo si lo hubiese juzgado digno de muerte; y por último apela al pueblo del decreto de los *duumvires*.

Al aspecto de sus cabellos blancos y de su profundo dolor, los ciudadanos conmovidos le rodean y le prestan atención. «Romanos, dijo: pidoos que me dejeis al único hijo que me queda: toda mi familia ha sido sacrificada; ¿permitireis que ateen las manos al que os ha dado libertad? ¿Dejareis arrastrar

:

«al suplicio á este guerrero, cuyas miradas no ha podido sostener el enemigo? ¿Ha de costarle la vida el exceso de su amor por vosotros? Empero si el decreto está pronunciado, ven lictor; á estas manos victoriosas, cubre con un velo funebre la cabeza del libertador de la patria; biere al que ha dado el imperio al pueblo romano. Pero ¿qué lugar vas á escoger para el suplicio? ¿Será en estos muros? Acaban de ser testigos de su triunfo. ¿Será fuera de estos muros, en medio del campo romano, ó entre las tumbas de los Curiacios? Donquiera que te dirijas, no hallarás un solo lugar donde no encuentres un monumento de su gloria, y una salvaguardia contra su suplicio.»

Arrastrado el pueblo por el reconocimiento y la compasion, hizo enmudecer las leyes, y concedió la vida al culpable; pero para conciliar la clemencia y la justicia, se le hizo pasar por debajo de un yugo que se llamó la *viga de la hermana*, y se le condenó á una multa que pagó su padre.

Después de haber satisfecho en algun modo á la justicia de los hombres, Horacio ofreció sacrificios expiatorios á los dioses,

y Roma erigió un sepulcro donde fué enterrado el cadáver de la infeliz Camila.

TRAICION DE MECIO Y RUINA DE ALBA. — (A. M. 3337. — A. C. 667.) Dos años después de estos sucesos, los albanos, sometidos, pero conservando el resentimiento de su derrota, prometieron secretamente á los fidenates y veientes favorecer sus armas, si las volvian contra Roma. Hicieronlo así, y Tulo se puso al frente del ejército romano. Llegado el momento de la batalla, los albanos, que estaban en el ala derecha del rey de Roma, se separaron de ella y se retiraron á una montaña. Los soldados de Tulo se turban y conmueven con esta defeccion imprevista. El rey hace voto á los dioses de crear doce nuevos sacerdotes salios, y de edificar templos á la Palidez y al Temor; corre por las filas, dice á sus tropas que la retirada de los albanos es un movimiento dirigido por él mismo, y manda á su caballería arremeter con las lanzas altas, y estendiéndose para ocultar á los enemigos el movimiento del ala derecha. Estas órdenes se ejecutaron con éxito mas feliz. Los fidenates, creyendo que los albanos faltaban á su palabra, turbados y desanimados por la fal-

ta de este recurso, opusieron débil resistencia á los romanos y echaron á huir aogándose muchos de ellos en el Tíber. Mecio Sufecio, viendo que la victoria quedaba por Hostilio, junta con él sus tropas, sigue el alcance de los enemigos y le da la enorabuena de su triunfo. El romano disimula la ira, dispone un sacrificio para el día siguiente, deja á los albanos en entera seguridad, va á Roma, informa al senado de la traicion, se adopta una resolución atrevida, que él mismo sugirió, vuelve al campo por la noche y manda al valiente Horacio que con las mejores tropas del ejército se dirija á Alba. Al siguiente día, á la hora del sacrificio, se presentaron sin armas los dos ejércitos, segun la costumbre, y una lejion romana los rodeó, teniendo ocultas las espadas. Tulo hizo el discurso siguiente: «Romanos: si habeis peleado en algun combate, por el cual debais dar las gracias á los dioses inmortales, y á vuestro valor, fué el de ayer; porque luchásteis, no tanto con el enemigo, cuanto, lo que es mas grave y peligroso, con la traicion y perfidia de los aliados. Ya es tiempo de desengañaros: los albanos subieron al monte, no por orden mia, la cual finjé

para que la noticia de la desercion no disminuyese vuestro brio, y para que los enemigos, creyendo que iban á ser cogidos por la espalda, se aterrassen y huyesen. Ni la culpa que acuso fué de todos los albanos; siguieron á su jefe, como vosotros me hubiérais seguido. Mecio es el autor de aquel movimiento: Mecio el maquinador de la guerra: Mecio el quebrantador de la alianza entre Roma y Alba. Consiento que su traicion tenga imitadores, si no hiciere yo en él un insigne escarmiento. Porque es bueno, fausto y feliz para el pueblo romano y para mí y vosotros, ó albanos, resuelvo que pase á Roma todo el pueblo de vuestra ciudad: dar la ciudadanía á la plebe albana; nombrar senadores á los principales, hacer de ambas una sola ciudad y república, para que Alba, dividida antiguamente en dos pueblos, vuelva á formar uno solo. Y tú, Mecio Sufecio, si fueses capaz de observar la fé y la alianza, te dejaría vivo con esta leccion; pero ya que tu carácter es incurable, enseña con tu suplicio á los hombres á creer santas las cosas que has violado; y así como vaciló ayer tu ánimo entre los romanos y los albanos,

«hoy se dividirá tu cuerpo en ocho puestas direcciones.» Dicho esto, mandó atarle á dos carros, que tirado cada uno por cuatro caballos, le destrozaron: suplicio que llenó de terror y espanto á entrambos ejércitos.

Entretanto llevaba Horacio á Alba las órdenes del rey y el decreto del senado. Los habitantes, inmóviles y aflijidos, vieron demoler aquella ciudad que había durado quinientos años, y fueron trasferidos á Roma, cuyo poder y gloria aumentaron. Tulo volvió á hacer la guerra á los sidenates, ganó la batalla y tomó su ciudad. Venció asimismo á los sabinos y obligó á someterse á Roma treinta ciudades del Lacio, colonias de Alba. Esta guerra duró cinco años y se terminó con una paz gloriosa. Poco despues cayó una lluvia de piedras en el monte Albano, y este y otros supuestos prodijios hicieron creer que los dioses de Alba estaban irritados por haberse descuidado su culto. La peste causó grandes estragos y aumentó la supersticion. El rey hizo muchas espia-ciones para aplacar á los dioses y murió despues de un reinado de treinta y dos años. Unos dicen que haciendo un sacrificio á Júpiter, le mató un rayo por no

haber observado las ceremonias prescritas: otros creen que Anco Marcio, nieto de Numa, lo hizo asesinar. Si no cometió el crimen, se aprovechó de él. Tulo fué uno de los reyes mas grandes de Roma por sus prendas militares, su prudencia en política, y su sabia administracion. Algunos rasgos de supersticion y crueldad que oscurecieron su gloria, deben atribuirse á los vicios del siglo en que vivió.

ANCO MARCIO.

(Año del mundo 3365.—Antes de Cristo 639.)

El interregno no fué largo, y el senado confirmó la eleccion del pueblo, que recayó en Anco Marcio, hijo de Pompilia, hija de Numa. Al principio quiso seguir el sistema pacífico de su abuelo. Hizo grabar los reglamentos de este príncipe en tablas de encina, y solo se ocupó en promover la religion y la agricultura.

Los latinos, mal informados, le creyeron mas tímido que pacífico, tomaron las armas y talaron las tierras de Roma. Anco no tardó en probarles que poseia los talentos de Rómulo y las virtudes de Numa. Obser-

vando escrupulosamente las leyes y las formalidades, pidió justicia á los agresores. Los latinos le respondieron que la muerte de Tulo habia roto los tratados anteriores. ■ fecial romano, habiendo llegado al territorio latino, dijo en alta voz. «Júpiter, Juno, Quirino, dioses del cielo, de la tierra y del infierno, oíd: á todos pongo por testigos que el pueblo latino nos ha ultrajado injustamente, y que el pueblo romano y yo, con el consentimiento del senado le declaramos la guerra.» Esta fórmula prueba que aun en tiempo de los reyes el gobierno de Roma era mas republicano que monárquico.

Anco Marcio derrotó á los latinos y recobró la ciudad de Politorio, que habian tomado; venció á los sabinos y sidentates, aumentó la poblacion de Roma con nuevos habitantes, encerró el monte Aventino en el recinto de la ciudad, echó los fundamentos de la ciudad de Ostia en la embocadura del Tíber, y construyó en ella un puerto que fué para los romanos una fuente de abundancia y comercio. Edificó una cárcel pública á fin de sujetar los malechores: hizo abrir salinas y distribuyó sal al pueblo: rodeó de murallas y tor-

res la montaña del Janículo, situada al otro lado del Tíber, y colocó en ella una fuerte guarnicion.

En su tiempo, un ciudadano de Corinto, llamado Lucumon, hijo de Demarato, que se habia enriquecido por el comercio, fué echado de su patria por una faccion, y se refugió á Tarquinios, ciudad de Etruria. Allí casó con una mujer muy rica de la cual tuvo dos hijos, Arunte y Lucumon. Muerto Arunte, Lucumon heredó solo todo el caudal de sus padres, y casó con Tanaquil, mujer de un nacimiento distinguido y muy ambiciosa. No pudiendo sufrir en su patria la igualdad de las otras matronas, creyó que sus riquezas le darian mas esplendor en Roma, donde entonces no habia quien negase á su opulencia. Su marido cedió á sus instancias y pasó á Roma con el nombre de Lucio Tarquino. La fortuna le favoreció: el pueblo, que siempre gusta apoyar con fábulas la historia y explicar los grandes sucesos con prodijios, contaba despues que cuando llegó al Janículo, un águila volando sobre su carro, le habia quitado el sombrero y se le habia vuelto á poner. La verdadera causa de la fortuna de Tarquino fueron sus riquezas y

talentos, y las luces que su padre había adquirido en Grecia. Sus grandes cualidades le granjearon el favor del rey que lo empleó con utilidad en la guerra y el gobierno. Anco Marcio murió después de veinticuatro años de reinado. Tenía formada tan buena opinión de Tarquino, que le confió la tutela de sus hijos.

TARQUINO EL ANTIGUO.

(Año del mundo 3390.—Antes de Cristo 614.)

Anco Marcio juzgó sanamente de los talentos de Tarquino, pero se engañó acerca de su carácter. El afecto que le había manifestado este hombre astuto, era solamente un velo para encubrir sus miras ambiciosas. No queriendo dejar á los romanos tiempo para reflexionar sobre los derechos de sus pupilos, los envió al campo con el pretexto de que se entretuviesen en la caza, reunió el pueblo estando ellos ausentes, y sus numerosos partidarios le ganaron la pluralidad de los votos. Un rey extranjero no era nuevo en Roma, donde Tacio y Numa habían ocupado el trono. El senado no le opuso dificultades, y fué nombrado, co-

mo su mujer deseaba, rey de los romanos.

Para hacerse popular y afirmar su autoridad, elevó cien plebeyos á la dignidad de senadores, con lo cual llegó el número de estos á trescientos. El de las vestales ascendió á seis. Los latinos, etruscos y sabinos, cuya envidia crecía con el poder de Roma, le hicieron la guerra; pero cometieron el yerro de atacarlo separadamente, y esta desunion fué causa de sus reveses. Tarquino, empleando sucesivamente la contempORIZACION y la audacia, la astucia y la fuerza, los venció á unos después de otros. En fin, todos los pueblos de Etruria se coligaron contra Roma, y una traicion les entregó la ciudad de Fidenas; pero Tarquino la recobró, castigó á los traidores, y puso en ella una colonia romana. Venció después á los etruscos en una gran batalla y les dictó condiciones de paz. Volvieron á la guerra y fueron derrotados y sometidos de nuevo. Algunos historiadores dicen que después de estas victorias se introdujo en Roma el uso de los doce lictores que iban delante del rey.

Tarquino se aprovechó de la paz para embellecer á Roma con grandes monumentos: construyó acueductos y cloacas; dió mas es-

tension y solidez á las murallas de la ciudad, formó un circo con gradertias, y echó los cimientos del Capitolio, que consagró á Júpiter, Juno y Minerva. En este tiempo la astucia de un agorero aumentó la credulidad del pueblo. Tarquino queria añadir tres centurias á las de los caballeros: el agorero Accio Nevio instaba en que se consultase antes á los dioses. El rey, para probar su ciencia, le dijo que consultase los auspicios con el fin de averiguar si podia lograrse otro proyecto que tenia en su mente. Nevio lo hizo, y cuando volvió le aseguró que el proyecto era ejecutable. «Pues bien, le dijo Tarquino, »mi pensamiento era si podrias »partir con un cuchillo esta piedra que tengo en las manos.» Accio, sin perder su serenidad, tomó el cuchillo, y dícese que partió la piedra. Erijósele una estatua de bronce, y el crédito de los agoreros fué tan grande, que despues nada se emprendia sin consultarlos. Tarquino, en una campaña que hizo en el reinado de Anco, habia tomado la ciudad de Cornicule y traído de ella una esclava, cuyo hijo Servio Tulio, nacido en Roma, logró la libertad y adquirió por su mérito grande reputacion. Se

contaba de él que siendo niño, se vió una llama que rodeó su cuna y jiró sobre su cabeza. La reina Tanaquil, tan crédula como ambiciosa, movida de este prodigio, aconsejó al rey que tomase aquel niño bajo su proteccion. El rey le cobró afecto, le trató como á hijo, le dió en matrimonio su hija y le hizo comandante de un cuerpo de ejército. Su valor, su prudencia y sus azañas le adquirieron la confianza jeneral, y el pueblo se acostumbró á mirarle como sucesor del trono, aunque el rey tenia hijos, bien que de corta edad. Los hijos de Anco Marcio, envidiosos de su favor, orgullosos por ser hijos de rey, é irritados de este nuevo ostáculo que se oponia á su elevacion, resolvieron la muerte de Tarquino. Sobornaron á dos hombres del campo, que trayendo el hacha á la espalda finjieron reñir á las puertas de palacio. En aquellos tiempos en que las costumbres eran sencillas, los reyes juzgaban muchas veces las desavencencias de sus vasallos. Tarquino, oyendo el ruido de la pendencia, los manda entrar: ellos continuan en su presencia el altercado; y mientras fija la vista en uno de ellos que estaba hablando, el otro le abre la cabeza

de un hachazo, y huyen los dos. El pueblo se alborota: Tanaquil, desesperada, pero siempre atrevida, cierra las puertas de palacio, llama á Servio Tulio, y le demuestra que tiene que elegir ó la corona ó la muerte. Habiéndole determinado á subir al trono y á vengar al rey, se presenta ella en el balcon y dice al pueblo que Tarquino, lijeramente herido, ha recobrado el sentido, y continua tratando los negocios públicos con Servio. Este se presenta en la sala de audiencia con los ornamentos propios del heredero del trono y los lictores, despacha algunos negocios en nombre del rey, dice que le consultará otros, y se retira. Los hijos de Anco Marcio, engañados por este artificio, creen descubierta su conjuracion, se refugian en el pais de los volscos y dejan á Servio libre de rivales y enemigos.

Tarquino murió á los ochenta años de edad y treinta y ocho de reinado. Dejó dos hijos, Lucio y Arunte, y dos hijas ya casadas. Tulio, despues de haber gobernado algunos dias en nombre del rey, declaró en público su muerte, y reinó como tutor de los hijos de Tarquino.

SERVIO TULIO.

(Año del mundo 3428. — Antes de Cristo 576.)

Indignados los senadores de la infraccion manifiesta de las leyes, se negaban á reconocer su autoridad, y le hicieron temer una caída tan pronta como su fortuna. Tulio se habia atrevido demasiado para detenerse; un trono usurpado está sobre un precipicio; se puede caer de él, pero no bajar. En el extremo peligro es sabiduría la audacia extrema. Tulio, arrostrando la ira del senado, convoca al pueblo, le recuerda sus pasados servicios y los bienes que habla dispensado á los pobres: espone el riesgo que el odio del senado le prepara; odio que no se granjea sino por hacer beneficios al pueblo. Pone á los hijos de Tarquino bajo la salvaguardia de sus conciudadanos, y declara que huirá de Roma para que su presencia no sea pretexto de discordias. El pueblo, movido de sus quejas y lisonjeado por su deferencia, le insta á que se quede, le ofrece la corona y le elije rey por unanimidad. Subió al trono sin el consentimiento del senado, el cual no ratifi-

có la eleccion del pueblo sino mucho tiempo despues.

Temiendo Tulio que la ilegalidad de su poder no fijase la atencion de la muchedumbre, tan fácil de pasar del amor al odio, procuró entretenerla en otros objetos. Primero hizo la guerra á los veyentes y á otros pueblos de la Etruria. La fortuna coronó sus armas: triunfó tres veces; confiscó las tierras de los Veyes, Ceretes y Tarquinos, y las distribuyó á los romanos. Los etruscos, cuya resistencia podia temer, juraron observar los tratados hechos con el rey anterior.

Atribuyendo sus triunfos al favor de los dioses, edificó tres templos á ■ Fortuna; y afanoso por conservar el afecto del pueblo, reservó tierras del comun para los pobres. Fué el primero que acuñó una moneda de cobre que se llamó *pecunia*, porque llevaba la imájen de una oveja. Encerró en la ciudad los montes Viminal y Esquilino, y dividió el pueblo en diezinueve tribus.

Despues de haber manifestado ■■ gratitud á los ciudadanos que le habian elejido, buscó los medios de granjearse la amistad de los patricios; porque conocia que el favor del pueblo es inconstante, y durable el odio

de la aristocrácia. So pretesto de contar el número de los ciudadanos y de impedir que los pobres contribuyesen tanto como los ricos, estableció el censo. Habia ocho mil hombres en estado de llevar armas: los dividió en seis clases, y cada clase en centurias.

La primer clase se compuso de ochenta centurias en las cuales entraron todos los patricios y ciudadanos bastante ricos para pagar cien mil ases de cobre, lo que representaba un capital de cuatrocientos mil reales. La segunda clase tuvo veinte centurias, y su contribucion de setenta y cinco mil ases; la tercera otras veinte, y su cuota cincuenta mil ases; la cuarta otras veinte, con treinta y cinco mil ases de contribucion; la quinta treinta, y su contribucion doce mil quinientos ases, y ■ sexta formaba una sola centuria en que entraron todos los pobres llamados *proletarios*, porque solo contribuian dando hijos al estado. Las armas de las clases eran diferentes: la primera usaba de todas; ■ segunda no tenia petos, y gastaba escudos mas pequeños; á la tercera no se le permitian los quijotes ó musleras; la cuarta tenia adargas, picas ó espadas; la quinta hondas;

y la sesta no usaba ninguna arma.

Esta organizacion, militar en la apariencia, encerraba un gran sistema político; porque se estableció al mismo tiempo que cuando se procediese á la eleccion de los magistrados, ó á la votacion de las leyes, de la paz y de la guerra, ó á los juicios en apelacion, se recojerian los votos por centurias: así en noventa y tres centurias, la plebe no tenia mas que un voto, porque las demás eran de los patricios y los ricos; de modo que los mas interesados en el orden público, tenian mas parte en la legislacion y contribuian mas al estado; los pobres tenian menos derechos políticos, y pagaban menos. Antes de esta mudanza, se votaba por cabeza; despues no se reunió el pueblo por curias sino en algunos casos poco importantes. En el nacimiento ó muerte de cada hombre se presentaba una moneda en el templo de Juno (1). Algunos escri-

(1) El censo afirmó la aristocracia del nacimiento con la de la riqueza; porque siendo los patricios los únicos que podian obtener empleos, eran tambien los únicos que podian adquirir grandes caudales. Así que, desde Servio Tullio el gobierno fué rigurosamente a-

ristocrático, y se debió prever la ruina del trono, porque el patriciado era hereditario y el cetro no, al mismo tiempo que el pueblo, aliado natural del rey, quedó reducido á la nulidad.

tos que se hallaron despues de la muerte de Servio, hicieron creer que este príncipe, cansado del poder supremo, pensaba en abdicar y en establecer en Roma el gobierno republicano. Terminado el censo, reunió todo el pueblo en el campo de Marte y ofreció á los dioses un sacrificio solemne. Este monarca introdujo la costumbre de dar libertad á los esclavos y rescatarlos. A los que se oponian á esta innovacion, dijo: «La naturaleza ha criado libres á los hombres: la ley debe corregir el yerro de la fortuna que les ha quitado la libertad. Además, es interés de Roma aumentar el número de sus ciudadanos.» Los esclavos públicos quedaban libres, incluyéndolos en el censo: los de los particulares por testamento ó declaracion. En este caso el amo daba al esclavo con una vara, último acto de su autoridad. Este modo de manumitir se practicó la primera vez con un esclavo, llamado Vindex, á quien se dió la liber-

(LIRA.)

ad por haber descubierto una conspiracion. Los libertos (así se llamaban los esclavos libres) no ascendieron á las dignidades del estado hasta el tiempo de los emperadores.

Tulio tenía conocimientos superiores á los que hasta entonces se habian visto en Italia. Propuso á los pueblos latinos una confederacion semejante á la de los Anfictiones en Grecia. Esta idea fué adoptada, y el tratado se grabó en una columna de bronce. Está escrito en latin pero con letras griegas; lo que prueba el origen benéfico de los latinos. Servio tuvo dos hijas que casó con los dos hijos de Tarquino. Al formar estos lazos, Lucio Tarquino, orgulloso y cruel, se halló unido con una esposa de carácter suave; y Arunte Tarquino, su hermano, de jento blando y manso, con Tulia, mujer ambiciosa, violenta y capaz de todos los crímenes. La conformidad de carácter, enlazó bien pronto á Lucio y Tulia en un amor adúltero é incestuoso, que les impelió á usar del veneno para librarse de sus consortes, y á unir despues secretamente sus manos parricidas.

El rey era el único ostáculo á sus miras ambiciosas. Tulia no cesaba de instar á su marido que

se acordase que era hijo de Tarquino: que no se debian haber cometido tantos crímenes en valde, y que no le quedaba mas opcion que apoderarse del trono ó huir de Roma.

Ostigado Tarquino por las continuas sujestiones de aquella mujer detestable, se entrega á sus consejos, participa de sus furores, atrae á su partido una porcion del senado; seduce á la juventud, corrompe al pueblo y calumnia al rey; y cuando se cree bastante poderoso, va á la plaza rodeado de satélites, convoca á los senadores, sube al trono, recuerda á la curia que Servio era usurpador del trono; y que en desprecio de las leyes y costumbres de Roma, apenas salido de la esclavitud, habia empuñado el cetro sin interregno ni consentimiento del senado. Lo acusa de haber impuesto á los ricos contribuciones muy grabosas por dejar al pueblo esento de ellas; escorta á los senadores á sacudir un yugo tan vergonzoso y á derribar del trono á un hombre nacido en la esclavitud. En el momento que pronunciaba estas palabras, Servio entra en la curia y le pregunta con qué derecho ocupaba su trono: «Ocupo, le respondió el asiento de mi padre, heredado

«ro de su reino, mejor que un esclavo: demasiado tiempo te has burlado de tus amos.» Tulio y una parte del senado responden con favor á esta insolencia: los partidarios de Tarquino le defienden: el pueblo acude, Tarquino se arroja sobre el anciano rey, lo coje en sus brazos, lo saca fuera de la curia y lo precipita por las gradas á la plaza pública.

Servio, medio muerto, iba arrastrándose ácia su palacio seguido de un pequeño número de personas que tuvieron valor para conservarse fieles en la desgracia; pero le alcanzaron los satélites de Tarquino en la calle Cipria y lo asesinaron de órden de su misma hija Tulia.

Esta mujer desnaturalizada atraviesa en su carro la plaza pública; entra en el senado, y fué la primera en saludar rey á su marido. Tarquino, admirado de su osadía la mandó retirarse. Al volver á su palacio sus caballos se asombran, el cochero se detiene y horrorizado le muestra el cadáver sangriento de su padre. Aquella furia le manda que camine, y hace pasar las ruedas por cima del cuerpo;—acción atroz, por la cual dió el pueblo á la calle el nombre de *Sclerata* ó malvada.

Servio Tulio había reinado cuarenta y cuatro años, estimado por su valor, talento y prudencia; pero ingrato á su bienhechor había quitado el trono á sus hijos. Tulia, mas criminal aun, castigó su ingratitud. Tarquino le negó los honores de la sepultura; pero su viuda Tarquinia, acompañada de algunos amigos fieles, sin temer la ira del tirano, condujo de noche su cadáver al sepulcro que le estaba destinado, y murió de dolor poco tiempo despues.

TARQUINO EL SOBERBIO.

(Año del mundo 3472.—Antes de Cristo 532.)

Tarquino, elevado al trono por un parricidio, y rey sin preceder elección, había violado las leyes divinas y humanas, y no podía respetar ninguna, porque todas le hubieran condenado. Rompió los límites de la autoridad real, mudó los reglamentos de sus predecesores, ejerció un poder despótico, y formó una guardia de extranjeros y de hombres adictos que le rodeaban á todas horas. Se mostraba poco en público, solo trataba con sus validos, y nunca consultaba al senado. Su trato

era ceñudo, y amenazadora sus palabras. Hizo matar á los mas ilustres ciudadanos, cuyo crédito ó virtud le eran temibles, y confiscó sus bienes.

Su pariente el patricio Janio, que descendia de un compañero de Eneas, era generalmente respetado. Tarquino le quitó la vida, y tambien á uno de sus hijos. El otro se salvó fingiéndose imbécil, por lo cual se le dió el nombre de Bruto, que libertó de la espada del tirano al futuro exterminador de la tiranía. En el reinado de Tarquino fué la riqueza un delito, un crimen la virtud y la defecion un título para las recompensas. Su crueldad despobló al senado, mas no reemplazó sus víctimas, porque su objeto era abolirlo. Declaraba la guerra y firmaba la paz sin consultar al pueblo, cuyas asambleas prohibió. Sus espías circulaban por las plazas públicas y los templos, y penetraban hasta el interior de las casas. Tarquino, resuelto á hacer la guerra á los sabinos, formó alianza con algunos pueblos del Lacio y convocó sus diputados á la montaña de Alba, en la cual segun el tratado debian concurrir los cuarenta y siete pueblos aliados á celebrar sacrificios y fiestas, que se llamaban *las ferias latinas*. Es-

te uso se conservó en tiempo de la república.

Habiéndose reunido puntualmente los diputados desde por la mañana del prefijado dia, el rey los hizo esperar hasta la tarde. Esta descortesía los ofendió, como enviados que eran de pueblos libres; y Turno Herdon, diputado por Aricia, se quejó ágraiamente. El rey llegó en fin, y disculpó su tardanza diciendo que habia tenido que juzgar un pleito entre un padre y su hijo. «Ese pleito», respondió Turno, es fácil de sentenciar: cuando un hijo ofende á su padre, se le castiga rigurosamente.» Dichas estas palabras, cuya aplicacion hicieron todos, se retiró, y la asamblea se prorogó hasta el dia siguiente.

Indignado Tarquino, corrompió á los sirvientes de Turno, y durante la noche pusieron armas escondidas en su casa. El rey le acusó en la asamblea de haber intentado conspirar contra él, é incitó á los diputados á que examinase la verdad por sí mismos. Fueron á su casa, hallan las armas y le creen delincuente; le entierran vivo, y construyen un templo en el lugar de su suplicio para perpetuar la memoria del hecho.

Aunque Tarquino mereciese

el odio y el desprecio universal, no se puede negar que poseía las prendas de un buen jeneral. Venció á los volscos y á los sabines; y habiendo encerrado, por sus atrevidos movimientos, el ejército enemigo en la ciudad de Suesa Pomecia, la tomó por asalto y degolló á todos los que encontró con armas.

Sesto Tarquino, tan artificioso como su padre, se retiró á Gabios fingiendo estar enemistado con él, y ganó de tal modo el afecto de los gabinos, que le confiaron el gobierno de su república. Sesto envió un emisario al rey preguntándole cómo debía portarse en lo sucesivo. Tarquino, que estaba á la sazón en su jardín, en lugar de dar respuesta continuó paseándose delante del emisario, divirtiéndose en derribar con una vara las cabezas de las adormideras mas altas. El enviado de Sesto, cuando volvió á Gabios, le dijo lo que había visto. El príncipe comprendió la intención de su padre, dió muerte á los principales de la ciudad, se proclamó rey, gobernó después con mas humanidad, y puso á los gabinos bajo la protección de Roma. El tratado que hizo entonces existía aun mucho tiempo después en el templo de Júpiter Sango. Estaba escrito en la

piel de un buey, asentada sobre un escudo de madera.

Si Tarquino oprimió á Roma con sus crueldades, la embelleció con su magnificencia. Concluyó la obra de las cloacas, rodeó el anfiteatro de pórticos y adelantó la construcción del Capitolio. El pueblo pagó estos edificios trabajando en ellos y contribuyendo con enormes impuestos. Como el Capitolio estaba consagrado exclusivamente á Júpiter, se trasladaron á otros templos las estatuas de los demás dioses; mas los agoreros declararon que el dios Término y la diosa Juventud no habían podido moverse de sus puestos, persuadiendo con este artificio á los romanos que la propiedad sería siempre sagrada, que Roma defendería siempre sus límites contra el enemigo, y gozaría de juventud vigorosa y eterna. Cavando la tierra de aquella montaña muy profundamente, se encontró una cabeza de hombre teñida de sangre. Los agoreros declararon aquella señal anuncio de que Roma sería la capital de la Italia, y por eso se dió el nombre de Capitolio al monte llamado antes Saturnio y Tarpeyo.

Cuenta Dionisio de Halicarnaso, que una mujer desconocida y extranjera, trajo al rey nueve

libros de los oráculos de las sibilas; y le pidió por ellos una gran cantidad de dinero que Tarquino no quiso pagar. La mujer quemó tres libros, y pidió la misma cantidad por los restantes: se la trató de loca: quemó otros tres, y pidió el mismo dinero por los últimos, diciendo que los quemaría también si no se los pagaban. Tarquino consultó á los adivinos, y por su consejo los compró, encargando su custodia á dos magistrados. Fueron depositados en el Capitolio, y se quemaron en el incendio que consumió este edificio durante la guerra civil de Mario y Sila. Los romanos hicieron grandes indagaciones en todo el imperio para formar otra coleccion. Las sibilas eran unas mujeres que se creían inspiradas; las mas célebres, eran las de Delfos, de Eritrea y Cumas. La política romana se valió continuamente de la supersticion; pero como el error es siempre peligroso, aun cuando accidentalmente sea útil, los mismos jefes del estado participaron de la credulidad jeneral, y se alijian por los acontecimientos mas triviales.

Una serpiente que salió un día de una columna de madera, alarmó de tal modo á Tarquino, que envió dos hijos suyos á con-

TOMO VII.

sultar el oráculo de Delfos. Los príncipes pidieron que su primo Bruto los acompañase para distraerse con sus locuras del fastidio del viaje. Cuando llegaron á Grecia, ofrecieron á Apolo presentes magníficos, y se rieron de Bruto que dió un baston por ofrenda. Pero ignoraban que estaba hueco y que encerraba una varita de oro, símbolo de los proyectos que meditaba el futuro libertador de Roma.

Los príncipes preguntaron cuál de ellos mandaría en Roma. «El que bese primero á su madre,» respondió el oráculo. Ocultaron cuidadosamente esta respuesta para que no llegase á los oídos de su hermano Sesto, que estaba en Roma. Bruto entendió el oráculo de otro modo: se echó en el suelo y besó la tierra, madre comun de todos los hombres. Los príncipes volvieron á Italia, y hallaron á su padre empleado en hacer la guerra á los rútulos, cuya capital Ardea, distante siete leguas de Roma, cercaba entonces el ejército romano.

VIOLACION DE LUCRECIA Y ESTABLECIMIENTO DE LA REPUBLICA.—

La resistencia de los rútulos prolongó el sitio. En el intervalo de los combates, los príncipes se entretenian en banquetes. Un

dia cenaban en la tienda de Sesto Tarquino los oficiales mas distinguidos del ejército. Recayó la conversacion en sus mujeres, y cada uno, animado por el vino, celebraba las virtudes y la belleza de la suya, á costa de las ajenas.

Colatino, pariente de Tarquino y marido de Lucrecia, dijo que era inútil disputar, pues en pocas horas podian ver por sus mismos ojos cuánto se aventajaba Lucrecia á las demás. «Somos jóvenes y vigorosos: montemos á caballo y hagámoslas una visita repentina, en la cual no siendo esperados, podremos conocer lo que vale cada una.» Se adopta esta resolucion: llegan á Roma, y encuentran á las princesas en fiestas y diversiones. Pasan despues á Colacia, y hallan á Lucrecia sola con sus criadas, ocupada en la labor. Diósele de comun acuerdo la supremacia, y ella gozó de su triunfo con una modestia que la hacia mas merecedora de él.

Pero su hermosura y su virtud, encendieron en el alma de Sesto Tarquino una pasion tan violenta como criminal. Incapaz de vencerse, y arrastrado por su amor, dejó el campo pocos dias despues, vuela á Colacia, y es ospedado como pariente en casa

de Lucrecia: la asalta en su lecho cuando la familia estaba durmiendo, y despues de haber empleado en vano todos los medios de seduccion, dice que la dará de puñaladas, matará un esclavo y lo pondrá en su cama, para quitarla á un mismo tiempo la vida y la reputacion.

Lucrecia despreciaba la muerte, mas no pudo soportar la idea del desonor, y no opuso resistencia al príncipe, dejándole consumir su crimen. Tarquino huyó, y ella desesperada, escribió á su padre y á su marido que vinieran á verla al momento, acompañados cada uno de un amigo.

Llegaron con Valerio y Bruto. Colatino preguntó á su mujer qué motivo la inducia á llamarle, y qué sucedía despues de su partida que así habia alterado su ventura. «¿Qué ventura, respondió Lucrecia vertiendo un torrente de lágrimas, puede conservar una mujer que ha perdido el honor? Colatino: una perfidia ha manchado tu lecho; en él hay huellas de hombre ajeno; mas si mi cuerpo fué violado, mi alma está pura, como lo testificará mi muerte. Juradme que el adúltero será castigado por su crimen. Sesto Tarquino, es el que con sem-

«blante de huésped se presentó
«enemigo en la noche pasada, y
«se llevó de aquí un placer fa-
«nesto para mí; si vosotros sois
«hombres, séalo también para
«él.» Su padre y su esposo, Bruto
y Valerio, juraron vengarla; y
trataron de consolarla diciéndola
que no hay delito sin voluntad.
«En cuanto á Tarquino, replicó
«ella, vosotros veréis el castigo
«que merece; mas yo aunque li-
«bre de culpa, no me exceptuo
«de la pena: ninguna mujer des-
«honrada se atreverá á vivir to-
«mando por ejemplo á Lucre-
«cia.» Dichas estas palabras, se
atravesó el pecho con un pu-
ñal que tenia oculto. Su padre y
esposo, lanzan un alarido de
dolor.

JURAMENTO DE BRUTO.—Sin de-
tenerse Bruto en lágrimas inúti-
les, sacando del seno de Lucrecia
el puñal que goteaba sangre, dijo:
«Dioses: juro por esta sangre tan
«pura y tan costa antes del ul-
«traje de Tarquino, perseguir á
«este, á su impía mujer y á todos
«sus hijos con el hierro, con el
«fuego, con cuantos medios me
«sean concedidos, y no permitir
«que ni él, ni otro alguno reine
«en Roma.»

Colatino, Lucrecio y Valerio,
sorprendidos de ver repentina-
mente tanto jenio, valor y eleva-

ción en el que creían insensato,
repitieron con transporte el mis-
mo juramento, que fué bien
pronto la señal de una subleva-
ción jeneral. El ensangrentado
cuerpo de Lucrecia es llevado á
la plaza de Colacia, y á su vista
todos los corazones arden en de-
seos de venganza. La entusiasta
juventud toma las armas, Bruto
la manda y se dirige con ella á
Roma dejando guardias en las
puertas de Colacia para que no
pudiesen enviar á Tarquino no-
ticia del suceso.

El pueblo romano se alarma á
la vista de aquella tropa, pero al
conocer los que la guían recobra
la seguridad. Bruto, aprovechán-
dose de la autoridad que tenia
como capitán de céleres, reúne
los ciudadanos, sube á la tribuna,
cuenta la funesta escena de Co-
lacia, la perfidia de Sesto, y la
muerte de Lucrecia. Despierta
en todos los corazones el recuer-
do de los crímenes de Tarquino,
sus confiscaciones y homicidios,
el asesinato de Servio, la barbá-
rie atroz de Tulia: pinta con ca-
lor estas maldades, consagra sus
autores á la execración pública
y á la venganza de las furias.
Este discurso, frecuentemente
interrumpido por las aclamacio-
nes del pueblo, disipa el terror,
anima el brio: el jénio de Bruto

había revelado el secreto de todas las almas. Aquella numerosa asamblea repite unánimemente el juramento de Bruto, y destierra para siempre de Roma á Tarquino, su mujer y familia.

Bruto, sin perder tiempo, dejando el gobierno de Roma á Lucrecio, que á la sazón era prefecto, se pone al frente de la juventud y vuela á Ardea para sublevar el ejército. La feroz Tulia huye de la ciudad cargada de las maldiciones del pueblo.

Entretanto Tarquino, habiendo recibido en su campo noticia de la revolución, había marchado á Roma repentinamente. Bru-

to que lo supo, tomó otro camino para no encontrarse con él, y llegó á Ardea casi al mismo tiempo que Tarquino á Roma.

El rey halló cerradas las puertas, y los magistrados se le presentaron para intimarle el decreto de destierro. Bruto fué recibido con aplausos en el ejército y echó del campo á los hijos del tirano. Tarquino tuvo que buscar un asilo en Etruria, donde se retiró con dos de sus hijos. Sesto fué á Gabios. El ejército romano hizo paces con los de Ardea, y volvió á Roma á consolidar la república.



CAPITULO II.

Bruto y Colatino, primeros cónsules. — Conjuración y suplicio de los hijos de Bruto. — Guerra con la Etruria. — Guerra de Porcena y sitio de Roma. — Mucio Scévola. — Valor de Clelia. — Guerra con los sabinos. — Origen de las discordias entre la plebe y el senado. — Creación de la dictadura. — Batalla del lago Regilo.

**BRUTO Y COLATINO, PRIMEROS CÓN-
SULES.** — (A. M. 3496. — A. C. 508.) Arrojadlos los Tarquinos faltaba destruir la tiranía. El reinado de los reyes acababa de concluirse y debía principiar el de las leyes. Los romanos, inciertos acerca de la forma de gobierno que debían adoptar, tributaron un noble homenaje á las virtudes de un gran rey, consultando los comentarios de Servio-Tulio; y de comun acuerdo resolvieron ejecutar los planes que aquel príncipe había consignado en ellos. En lugar del rey, se nombraron dos cónsules anuales de la clase patricia. Vigilaban sobre los tribunales, convocaban el senado y las asambleas del pueblo, mandaban los ejércitos, nombraban los oficiales, y trataban con las potencias extranjeras. Su nombre de

cónsules les recordaba que solo eran consejeros de la república. El senado quiso que la elección se hiciese por centurias, forma mas favorable á los ricos, y fueron nombrados cónsules Junio Bruto y Lucio Tarquino Colatino, que fué preferido á Valerio, porque se le creía mas interesado en la venganza.

Valerio, irritado, no volvió á presentarse en ninguna junta; pero cuando se señaló día para jurar la abolición del régimen monárquico, asistió á los comicios y juró defender la república. Los cónsules se instalaron en el mes de junio del año 244 de la fundación de Roma. La costumbre de empezar el consulado en el mes de enero no se estableció hasta tres siglos despues.

El senado y el pueblo concedieron á los cónsules, en honor

de su dignidad, la púrpura, la silla curúl de marfil, doce lictores para cada uno de ellos, y las demás insignias de la dignidad real, esceptuadas la corona y el cetro; y para disminuir el terror que inspirarian al pueblo dos magistrados con autoridad para castigar, se decidió que los cónsules mandasen alternativamente por días, y que solo el que estuviese de mando pudiese llevar sus lictores con segures.

Los cónsules hicieron que se eligiesen ciento sesenta ciudadanos distinguidos por su mérito y riqueza para hacerlos patricios y despues senadores, con los cuales completaron el primer orden de la república. Es singular que siendo á la sazón tan odioso el nombre de rey al pueblo romano, se conservase este título á un sacrificador, encargado principalmente del servicio de los cónsules. Quizá aplicándolo á un ministerio subalterno, quisieron hacerle perder la veneracion que antes infundia. Temiendo que este sacerdocio ejerciese alguna influencia en el ánimo de la muchedumbre, le era prohibido hablar en los comicios. El primer rey, *Sacrificulo*, fué Papirio, autor de una coleccion de las leyes promulgadas por los monarcas de Roma, á la cual se

dió el nombre de *derecho papiriano*.

La nueva forma del gobierno romano daba bien á entender que la guerra seria el estado permanente de aquella república. El senado y pueblo, rivales y zelosos uno de otro, no siendo enfrenados en su lucha por ningun poder superior, solo la guerra podia contener sus discordias, y era interés del senado dar ocupacion lejos de la ciudad á una juventud ardiente, inquieta y tumultuosa. Los cónsules elejidos del orden senatorial, tenían aun mas interés que este orden en hacer la guerra, porque su autoridad era mas estensa en los campamentos que en la ciudad. Debían emprender las lides con ardor, y pelear con impetuosidad, porque siendo su poder de corta duracion, se daban prisa para lograr en una sola campaña grandes victorias y los honores del triunfo. Una sola guerra feliz bastaba antes para hacer glorioso un reinado. Despues de la república, la gloria de los cónsules ecsijió una victoria cada año. Por otra parte, el pueblo no gustaba de aplicarse al comercio, y no tenía mas medios para enriquecerse que el botin y el repartimiento de las tierras conquistadas. Así que to-

do concurría á hacer á Roma belicosa; y como observan muy sabiamente Bossuet y Montesquieu, esta ciudad siempre en guerra debía ó perecer, ó ser la señora del universo.

CONJURACION Y SUPPLICIO DE LOS HIJOS DE BRUTO.—Tarquino buscaba un asilo en todas partes y no lo halló sino en Etruria. Los de este pais enviaron embajadores á Roma para pedir que se permitiese á Tarquino ir á dar cuenta de su gobierno ante el senado y el pueblo, los cuales le juzgarian despues de oido. Desechada unánimemente esta proposicion, los embajadores se limitaron á solicitar la restitucion de los bienes de Tarquino para que pudiera vivir con decencia. Esta demanda fué objeto de una viva discusion. Bruto decia que volverle sus riquezas era darle armas; y Colatino sostuvo que la venganza debía recaer en su persona y no en sus bienes: que la dignidad de Roma ecsigia que no se creyese que habia sacudido el yugo de Tarquino, solo con el fin de apoderarse de sus riquezas; y en fin, que negar una demanda justa, era dar pretesto á los etruscos para hacer la guerra y empeñar en ella á otros pueblos. Cada uno defendió con ardor su dictámen. El senado se

dividió y no pudo tomar ninguna decision. Convocáronse las curias: los cónsules presentaron sus razones al pueblo, y este decidió por la mayoría de un solo voto, que se devolviesen á Tarquino todos sus bienes. Este buen suceso reanimó las esperanzas de los embajadores: dieron noticia de ét á Tarquino, y prolongaron su mansion en Roma con el pretesto de velar por la ejecucion del decreto; pero en la realidad con el designio de formar una conspiracion á favor de los Tarquinos.

Lograron pervertir con sus intrigas á algunos jóvenes patricios que echaban menos los honores y los placeres de la corte, y no podian sufrir el austero dominio de las leyes y la abolicion de los privilegios concedidos por el favor. Ganaron tambien muchos partidarios en el pueblo, diciendo que el gobierno de los reyes, algunas veces severo, era casi siempre suave; pero que la ley sorda é insensible los sometia con el nombre de libertad á la mas dura servidumbre.

Entraron en la conjuracion dos hijos de Bruto, y dos Vitelios, sobrinos de Colatino: eran jefes de ella dos Aquilios, parientes tambien de este cónsul. Fiándose los conspiradores en su nú-

mero y orgullosos con sus fuerzas, tuvieron la imprudencia de escribir cartas á Tarquino y firmarlas. Ellas contenian todos los pormenores de la conjuracion. El dia antes de la partida de los embajadores, los Aquilios dieron un gran banquete á sus cómplices. Un esclavo llamado Vindicio, á quien se le hacian sospechosas estas reuniones nocturnas, se oculta en un gabinete cercano á la sala del convite: asiste invisible á sus deliberaciones, á la lectura de las cartas, las ve firmar, sale al momento, despierta á Bruto y le dá parte del peligro que amenaza á la república. El cónsul, sin perder tiempo hace que sus lictores prendan á los conjurados, y se apodera de las cartas que probaban el delito. Por respeto al derecho de jentes se dejó salir libres á los embajadores. Al dia siguiente, Bruto convoca el pueblo á su tribunal, y hace llevar los reos: se oye la declaracion de Vindicio, se leen las cartas: los acusados no responden á las preguntas sino con sollozos: el pueblo, al ver un padre que juzgaba á sus mismos hijos y que sacrificaba la naturaleza á la patria, no se atrevia á mirarle y guardaba un profundo silencio, interrumpido solamente

por la palabra *destierro*, que le lástima hacia murmurar mas bien que pronunciar. El inflexible Bruto no oyó mas voz que la del interés público, dictó la sentencia de muerte y la hizo ejecutar en su presencia.

El rigor del juez y la atrocidad del suplicio llenó las almas de admiracion, tristeza y orror. Por distinguidas que fuesen las otras victimas, los ojos de todos estaban fijos en los hijos de Bruto y en su padre infeliz. Su ademan sereno manifestaba la firmeza de su alma, y las lágrimas descubrian á su pesar su dolor. Colatino, mas humano ó mas débil, hizo vanos esfuerzos para conservar la vida á sus sobrinos: no pudo salvarlos y perdió la confianza del pueblo. El senado revocó el decreto por el cual se restituian á Tarquino sus bienes, declaró que no queria contaminar con ellos el tesoro público, y los entregó al pillaje del populacho. Las casas y los palacios de los príncipes fueron arrasados: el campo que poseian fuera de la ciudad, se consagró á Marte. En él se celebraron despues los comicios por centurias, los juegos y ejercicios de la juventud. A Vindicio se le concedió la libertad, la ciudadanía y grandes recompensas.

Se dió amnistía á los romanos que habian seguido en su destierro á los Tarquinos, señalándoles un término fijo para su vuelta. El odio contra el rey se aumentó con aquella tentativa inútil para su restablecimiento. Colatino excitó la desconfianza general, y se murmuraba contra él violentamente. Bruto, arbolador de esta disposicion de los ánimos, convoca al pueblo, recuerda los juramentos y decretos anteriores, y declara que Roma ve en su seno con indignacion á algunos ciudadanos, cuyo nombre solo es una amenaza para la república. Volviéndose á Colatino le dijo: «Tú, Lucio Tarquino, libertades voluntariamente de este temor. Confieso que vamos todavía en tí á un fundador de la república; pero completa este beneficio, apartando del gobierno un nombre infausto. No solo poseerás tus bienes, sino que te se aumentarán con munificencia á propuesta mía. Retírate, amigo, de nosotros: libra la ciudad de un maledo, quizá vano; pero Roma está persuadida á que con los Tarquinos se desterrará la tiranía.»

El esposo de Lucrecia, sorprendido de este ataque imprevisto, quiso defenderse y disipar

aquellos temores injustos; pero los principales senadores unieron sus súplicas á las de Bruto; y cuando vió á su mismo suegro Spurio Lucrecio, anciano venerable, añadir sus instancias á las de los otros, se resolvió al sacrificio que le esijian, abdicó el consulado y se retiró á Lavinio. El pueblo le dió veinte talentos, y Bruto, de su propio caudal, cincó. Así el amor de la libertad, la mas zelosa de las pasiones políticas, no permitió á un esposo ofendido gozar de una revolucion emprendida para vengarle.

— GUERRA CON LOS ETRUSCOS.—

Viendo Tarquino burladas sus intrigas y descubierta su conjuración, apeló á las armas. Logró que los de Veyes y Tarquinos, pueblos poderosos de Etruria, y anteaños contra los romanos por sus pasadas derrotas, se decidiesen en su favor. Los ejércitos se encontraron. Arunte, hijo de Tarquino, y el cónsul Bruto pelearon uno con otro al frente de dos cuerpos de caballería. Arunte exclamó viendo á Bruto: «Dioses; vengadores de los reyes: ayudadme á castigar á aquel rebelde que nos ha desterrado, y que se presenta orgulloso con las insignias de nuestra dignidad.»

Se acometen con furia, mas

cuidadosos de dar la muerte que de evitarla; y cubiertos de heridas cayeron muertos entrambos á un mismo tiempo. Los dos ejércitos pelearon muchas horas con la misma osadía y ostinacion que sus jefes. La pérdida fué casi la misma por ambas partes; pero los romanos quedaron dueños del campo de batalla. Valerio, á quien despues se dió el nombre de *Publicola*, que había sucedido en el consulado, reemplazó á Bruto, tomó el mando del ejército y entró triunfante en Roma, en un carro tirado por cuatro caballos. Desde esta época se continuaron usando los honores del triunfo con los jenerales victoriosos, en premio de sus azañas.

Cuanto mas ama un pueblo la libertad, mas teme perderla. El menor pretesto escita sus sospechas; los servicios mas esclarecidos no bastan á tranquilizarle, y su desconfianza le conduce muchas veces á la ingratitude. Valerio no tardó en experimentar cuán suspicaz es el pueblo en una república: porque tardó en convocar los comicios para nombrar un colega, y porque edificó una casa hermosa en un paraje elevado, se murmuró que aspiraba á la tiranía. Apenas lo supo, reunió el pueblo, e-

numera sus servicios y se queja con amargura de la injusticia de sus conciudadanos.

«Bruto, compañero mío, cuánto te envidio! exclamó. Despues de haber creado el consulado y fundado la libertad, has muerto con las armas en la mano, con toda tu gloria, sin haber aprobado los tiros de la envidia. ¿Ninguna virtud puede estar al abrigo de vuestras sospechas? ¿Es posible que creais que un fundador de la libertad pueda destruirla, y que el enemigo de los reyes aspire á la realeza? ¿Quereis disipar vuestras alarmas? no mireis dónde vivo, sino examinad quién soy. Romanos: no será contraria á vuestra libertad la casa de *Publio Valerio*. La colina de *Velia* quedará segura: bajaré á vivir, no á la faldá, sino al pie de esa altura, para que vuestras casas estén encima de la de un ciudadano sospechoso. Vayan á habitar á *Velia* aquellos á quienes se confía la república mejor que á *Publio Valerio*.» Retírase á estas palabras, y por la noche reunió muchos obreros y demolió su casa. Al otro dia, iluminando el sol las ruinas de este edificio, abrió los ojos al pueblo; y este, que censura hoy lo que ensalzaba a-

yer, y que quería resucitar mañana á quien hoy dá la muerte, reconoció su injusticia y retrató sus quejas.

Valerio, mas ambicioso de gloria que de autoridad, antes de proceder á la eleccion de un colega, promulgó muchos reglamentos favorables al pueblo. Mandó que sus lictores bajasen los baces ante la asamblea de los comicios, y que llevasen seguras en el campo y no en la ciudad. Todo ciudadano condenado á multa, azotes ó muerte, podia apelar al pueblo. Ningun magistrado podia entrar en el ejercicio de un destino sin que precediese la confirmacion popular. El tesoro público, colocado en el templo de Saturno, estaba confiado en otro tiempo á la custodia de los tesoreros ó *cuestores* que nombraban los reyes; y el pueblo obtuvo el derecho de elegirlos. En fin, promulgó una ley, por la cual se permitia á todo ciudadano matar al que aspiraba á ser rey, y quedaba absuelto del homicidio con tal que probase la certeza de la conspiracion. Por estas concesiones hechas al pueblo, se le dió el nombre de *Publicola*. Estos reglamentos, demasiado populares, disminuyeron la autoridad del senado, aumentaron las preten-

siones de la plebe, y fueron el origen de una lucha ostinada, que despues de haber colocado á Roma en la democracia, la hizo caer en fin bajo el yugo de los tiranos. Procedióse despues á la eleccion de un cónsul, y con este motivo se celebró el censo. Habia entonces en Roma ciento treinta mil ciudadanos. Fué nombrado cónsul Spurio Lucrecio, padre de Lucrecia, que murió á pocos dias despues, y le sucedió Marco Horacio: á este tocóle dedicar el Capitolio, cuya obra se acabó en su año. En esta época concluyeron los romanos un tratado con los cartajineses, por el cual se obligaban ellos y sus aliados á no navegar mas allá del promontorio de Mercurio. Los romanos adquirían la facultad de comerciar en Africa y Cerdeña, sin mas derechos que los de *pregonero* y *notario*, y con dos testigos hacian lejitimas sus ventas. En Sicilia se les concedia proteccion. Los cartajineses se obligaban á no hacer armas contra Roma ó sus aliados, á no edificar ninguna fortaleza en el Lacio, y á no pernoctar en esta provincia si entraban armados en ella. Este primer tratado prueba la inquietud que la superioridad de Cartago causaba ya á los romanos.

GUERRA DE PORSENA Y SITIO DE ROMA.—Tarquino se retiró á la corte de Porsena, rey de Clusio, y el mayor potentado de Italia, y consiguió persuadirle que su causa era la de los reyes, y que si quedaba impune la rebelion de los romanos, los demás pueblos se animarian con este ejemplo para volcar los tronos. Porsena, conmovido por sus discursos, lastimado de sus desgracias, y envidioso de los progresos de la república, declaró la guerra á Roma. El senado temió el poderio de aquel rey y la movilidad del pueblo, que naturalmente prefiere la paz á la libertad. Los cónsules, para ganar el afecto del pueblo, hicieron grandes acopios de trigo, y lo distribuyeron á precio muy bajo: se puso en administracion la sal que antes estaba en arriendo, se abolieron los derechos de entrada, y se libertó á la plebe de todo impuesto. Estas medidas produjeron su efecto, y aumentaron el amor á la república y el odio á la monarquía.

Porsena, sin perder tiempo, marchó á Roma rápidamente y tomó el Janículo por asalto. Los romanos disputaron con valor el paso del Tíber, y la victoria estuvo indecisa por mucho tiempo con igual pérdida de ambas par-

tes; pero habiendo sido heridos los cónsules y puestos fuera de combate, el ejército romano privado de sus jefes huyó, pasó el puente y entró desordenado en la ciudad. Porsena lo hubiera seguido á no impedírselo la intrepidez de un solo romano. Horacio, llamado por sobrenombre Cóctes, á causa de haber perdido un ojo en la guerra, probó en esta circunstancia crítica que descendia del vencedor de los Curiacios. Despues de haber hecho vanos esfuerzos para reunir á los fugitivos, resolvió oponerse al paso de los enemigos mientras los romanos cortaban el puente. Dos soldados se le reunieron: colocado con ellos á la entrada, se mantuvo imperturbable en aquel sitio, provocando con injurias á la multitud que le amenazaba. Cuando vió el puente casi roto y que solo quedaba una tabla, despidió á sus compañeros y se espuso á una muerte casi inevitable, peleando solo contra todo un ejército. Cubierto de su ancho escudo, que bien pronto quedó erizado de flechas, mataba con su espada á cuantos se atrevian á acercársele, y formaba con sus cadáveres una muralla contra los que le acometian de nuevo. En fin, roto el puente, cuando ya se arrojaba

sobre él una nube de soldados, se precipitó armado al Tíber y lo atravesó nadando. En la ciudad se le recibió en triunfo; y para premiar una acción, que según Tito Livio era mas admirable que creible, se le erigió una estatua de bronce y se le dió tanto campo como puede una yunta comprender en un día moviéndose circularmente.

Orgullosa Porsena con su victoria, esperaba apoderarse en breve de la ciudad; pero todos los romanos, sin distincion de edad, acudieron á las armas y le opusieron un ostáculo mas fuerte que las mismas murallas. Tomaron despues la ofensiva y atacaron á los sitiadores. En una de las salidas, los cónsules, habiendo dispuesto una emboscada, hicieron caer en el lazo á Porsena, que perdió en aquella accion mas de cinco mil hombres: renunciando á tomar la ciudad por fuerza, convirtió el sitio en bloqueo para estrecharla por hambre y taló la campiña.

MUCIO SECVOLA.—Roma sufrió todos los males de una espantosa carestía. Cayo Múcio, jóven romano, desesperado por el infortunio de su patria; concibió para librarla un proyecto tan criminal como atrevido. Pide licencia al senado para ir al cam-

po enemigo á lograr una empresa que no queria descubrir hasta consumarla. Sale de Roma con armas ocultas; engaña fácilmente á las guardias, por estar acostumbrado á hablar la lengua etrusca, y penetra hasta la tienda del rey, que estaba con su secretario arreglando las cuentas del ejército. Como los oficiales que entraban se dirigian al secretario, Mucio creyó que era Porsena, se arroja sobre él y le mata á puñaladas. Préndele y lévase al tribunal del rey. El aparato de los suplicios mas orribles no abate su altivez, y con un ademan mas espantoso que atemorizado, dice: «Soy romano: »mi nombre es Cayo Mucio: »enemigo de Porsena, emprendí »matarlo; ni tendré menos valor »para morir que tuve para dar »la muerte; porque es propio de »los romanos emprender y sufrir cosas grandes. No solo soy »yo contra tí: hay muchos que »sucediéndose unos á otros, em- »prenderán igual azaña. Prepá- »rate, si quieres, á esta lid, en »la que tu cabeza peligrará á todas »horas, y tendrás en el vestíbulo de tu palacio la espada y el enemigo. Esta es la guerra que te »declara la juventud de Roma. »No temas batalla ni ejércitos: »á tí solo acometerán; pero uno

«solo de cada vez.» Irritado el rey de sus amenazas, mandó atormentarle con fuego para que descubriese todo el proyecto, y el número de sus cómplices.

El altivo romano, sin intimidarse, mete su brazo en la guerra, y dejándose quemar la mano sin la menor emoción le dice: «Mira como desprecian el dolor los que aspiran á la gloria.»

Porsena, confundido y como fuera de sí al ver una acción tan intrépida, baja del trono, manda alejar el fuego y le dice: «Retírate: mas enemigo eres tuyo que mio. Si en mi servicio hubieran empleado semejante valor, no hubiera encontrado bastantes elogios para él. Como enemigo, no te puedo recompensar; pero te dejo ir libre, intacto y esento del derecho que la guerra me dá sobre tí.»

Mucio, que había sido inaccesible al dolor, cede á la gratitud y declara al rey que trescientos jóvenes romanos han jurado darle la muerte: que á él le tocó por suerte haber sido el primero, y que los demás le seguirían infaliblemente. La heroica firmeza de Mucio fué consagrada por el sobrenombre de *Scévola*. Su valor fué grande, pero mas la jenerosidad de Porsena.

VALOR DE CLELIA Y DE SUS COMPAÑERAS.—Espantado Porsena de la conjuración formada contra él, y persuadido á que todos los romanos preferirían la muerte á la servidumbre, conoció que no se trataba de conquistar una ciudad, sino de destruir un pueblo. Renunciando entonces á sus proyectos, envió con Mucio embajadores á Roma, y sin tratar del restablecimiento del trono, solo escijó que se devolviesen á los etruscos las tierras que se les había conquistado, y que Roma diese reenes para la seguridad del tratado. Aceptadas estas condiciones, evacuó Porsena el Janículo. Recibió por reenes diez patricios y diez doncellas. Entre ellas se distinguía Clelia, la cual, incapaz de sufrir ni aun aquella esclavitud momentánea, se mostró por su valor digna émula de Cócles y de Scévola; persuadió á sus compañeras á volverse á Roma atravesando el Tiber á nado. El cónsul Valerio, estricto observador de los tratados, las devolvió al rey de Etruria. Tarquino, sabiéndolo, se había emboscado en el camino para interceptarlas y llevárselas, pero el hijo de Porsena las escoltó hasta el campamento de su padre. El rey, que gustaba del valor aunque fuese en un enemigo,

regaló á Clelia un hermoso caballo, le dió la libertad y la permitió llevar consigo la mitad de los reñes.

Queriendo además mostrar el aprecio que hacia de los romanos, les volvió sin rescate todos los prisioneros, solicitó su alianza y les dejó las riquezas de su campamento, sin exceptuar su propio equipaje. El senado, en prueba de su gratitud, le envió la silla de marfil, el cetro, la corona, y el manto de los reyes de Roma.

Mucio recibió el mismo premio que Céciles; y el campo que se le dió fué llamado el *prado de Mucios*. A Clelia se le erigió una estatua en la calle sagrada. Así se terminó una guerra, en la cual la república estuvo á pique de parecer en su misma cuna. (A. M. 3498.—A. C. 506.)

Poco tiempo despues Arunte, hijo de Porsena, fué vencido y muerto por los de Aricia. Perseguidos los etruscos por el enemigo, hallaron un asilo en Roma y se establecieron cerca del monte Palatino, en un terreno que se llamó *calle de los Etruscos*. Porsena escribió al senado en favor de Tarquino; pero habiéndosele respondido que se abrirían las puertas de Roma al enemigo primero que á los príncipes, de-

sistió de su pretensión. Tarquino, desanimado, se retiró á Túscolo en casa de su yerno Octavio.

GUERRA CON LOS SABINOS.—(A. M. 3501.—A. C. 503.) La guerra con los sabinos comenzó en el consulado de Marco Valerio y Publio Postumio. Su causa fué la envidia que excitaba el engrandecimiento progresivo de Roma: no produjo mas que una alternativa de victorias y derrotas poco decisivas. Oponiéndose á esta guerra un partido bastante numeroso entre los sabinos, á cuyo frente estaba Accio Clauso. Este pasó á establecerse en Roma con todos sus parientes y clientes, en número de cinco mil hombres; tomó el nombre de Apio Claudio, y se le recibió en la clase de los patricios y senadores.

Valerio Publícola, uno de los tres fundadores de la libertad, murió el año de Roma 251. Había sido cuatro veces cónsul y obtenido dos triunfos. Su modestia realizaba su gloria, y su popularidad hacia amable su poder. Este ciudadano íntegro murió tan pobre, que el tesoro público tuvo que costear sus funerales; pero legó á sus hijos un inmenso tesoro de virtud y de gloria. Las matronas romanas llevaron luto por su muerte durante un año.

La guerra con los sabios continuaba: los cónsules Virginio y Spurio Casio, tomaron la ciudad de Pomercia, por lo cual se les concedió el triunfo. Esta victoria inquietó á los latinos y á los fidenates, que se dispusieron á abrazar el partido de los latinos. En el mismo año, los esclavos que habia en Roma formaron una conspiracion en favor de Tarquino, en la cual entraron muchos proletarios y ciudadanos arruinados. Se descubrió el complot, los jefes fueron castigados con el último suplicio, y el senado decretó sacrificios á los dioses y juegos públicos por tres dias.

ORDEN DE LAS DISCORDIAS ENTRE LA PLEBE Y EL SENADO.—(A. M. 3508.—A. E. 496.) Continuando sus triunfos los romanos, batieron á Tarquino, sitiaron á Fidenas y la tomaron por asalto. Alarmados los latinos con estos triunfos se reunieron en Ferentin. Treinta ciudades, habiendo acusado sin fundamento á los romanos de que querian quebrantar los tratados, les declararon la guerra. Sesto Tarquino y Octavio Manilio, eran los jefes de sus ejércitos. Mientras que esta tempestad amenazaba la república, la ciudad estaba en la mayor turbacion. La

parte mas numerosa é indigente del pueblo, oprimida de deudas, pedia la abolicion de estas, rehusaba alistarse, y amenazaba que dejaría sus hogares. Los cónsules intentaron en vano traerlos á la obediencia con sus exhortaciones. Las opiniones eran diversas en el senado. Unos querian que se usase de rigor, y otros de induljencia.

Marco Valerio, varon consular y hermano de Publícola, tomó la defensa del pueblo, diciendo: «Los pobres os dicen que les es inútil vencer á los enemigos exteriores, si encuentran en la ciudad acreedores mas implacables. ¿Cómo queréis que combatan por vuestra libertad, si no protejeis la suya? Temed que la desesperacion no los induzca á sublevarse, y que el rigor de sus acreedores no los entregue al partido que les tiende los brazos. En igual circunstancia, Atenas, siguiendo el parecer de Solon, abolió las deudas. ¿Qué podeis echar en cara al pueblo? Este no tiene otro crimen que su pobreza, y debe escitar la compasion y no el odio. La justicia os ordena le concedais los socorros indispensables, cuando escijís que derrame su sangre por la patria.»

Apio Claudio, violento y duro como todos los de su familia, sostuvo que la ley debía ser inflexible; que arruinar á los acreedores, sería quitarles aun á los mismos deudores el recurso que ahora tenían quien les prestase; y que, en fin, violar la propiedad era el mayor de los males.

Después de una larga discusión, se decretó conceder una moratoria á los deudores, y esperar para tomar una resolución definitiva, á que concluyese la guerra. Esto no apaciguó á la plebe, que desconfiaba del senado: sin embargo, el peligro crecía, los latinos aumentaron sus legiones, el pueblo no quería tomar las armas, y el senado no podía usar de un rigor que hubiera sido inútil, pues la ley de Publícola permitía apelar al pueblo de las sentencias dadas por los cónsules. Por otra parte, abrogar la ley valéria sería producir una sedición espantosa.

CREACION DE LA DICTADURA.— En estas circunstancias críticas el senado concibió la idea de una institución nueva, cual fué la creación de un magistrado temporal, revestido de autoridad absoluta. La necesidad, el mas imperioso de los legisladores, obligó á adoptar unánimemente

esta resolución. El decreto de creación decía que los cónsules abdicarían su magistratura, y serían remplazados por un solo magistrado que el senado elegiría, y cuya autoridad no podía durar mas que seis meses.

La multitud, que semejante al enfermo, gusta mudar de postura creyendo que se hallará mejor, no comprendió las consecuencias de este decreto, y lo aprobó. La alegría que le causó fué tal, que dejó al senado la elección definitiva del señor que iba á mandarle. Así, este remedio violento, que mas tarde mató la libertad, salvó por entonces la república, y el senado no tuvo mas que el embarazo de la elección. Los cónsules Larcio y Clelio eran recomendables por sus virtudes y talentos, y el senado decidió que uno de ellos elegiría al otro. Esta determinación, lejos de producir una lucha ambiciosa, puso en claro la modestia de aquellos dos ciudadanos: el uno elegía al otro, y ambos reusaron el honor que se les daba. Esta rara disputa duró veinticuatro horas, hasta que al fin las instancias de sus parientes y amigos movieron á Larcio á aceptar la nueva dignidad, con el nombre de *jefe del pueblo* (magister populi). En lo sucesivo

se trocó esta denominacion en la de *dictador*.

Larcio, primer dictador de los romanos, nombró un jeneral de la caballería (*magister equitum*) encargado de ejecutar sus órdenes. Este nombramiento recayó en Spurio Casio, varon consular. El dictador recibió poder ilimitado para hacer la guerra y la paz, para tomar por sí solo todas las decisiones gubernativas, y para juzgar sin apelacion. Dobló el número de los lictores, y les hizo llevar las segures, no tanto para castigar como para amenazar. Este poder absoluto aterró al pueblo: privado del recurso de apelar á las curias, su obediencia fué sin límites como la autoridad del dictador.

Cesaron las quejas, los romanos se alistaron, y el censo produjo ciento cincuenta mil setecientos hombres de mas de dieziseis años. Larcio formó cuatro cuerpos de ejército, el primero á sus órdenes y los demás á las de Spurio Larcio, su hermano, que quedó en defensa de la ciudad, de Clelio y del jeneral de la caballería. Un cuerpo de latinos que habia entrado imprudentemente en el territorio de Roma, fué vencido por Clelio, dejando gran número de prisioneros. El dictador cuidó con

mucho humanidad de los heridos y despidió á los demás sin rescate, yendo con ellos embajadores romanos, y concluyeron con los latinos una tregua de un año. Despues de este doble triunfo, entró el dictador en Roma sin haber ejercido ningun rigor; y sin esperar al tiempo prescrito, abdicó y nombró cónsules. Esta prudencia del primer dictador, hizo amable su dignidad, único remedio eficaz que la imperfecta constitucion de Roma podia oponer á la anarquía. Larcio señaló con sus virtudes el camino que siguieron los dictadores durante muchos siglos.

Un decreto del senado permitió á las romanas casadas con latinos, y á las latinas casadas con romanos, fijar su domicilio en el pais que prefiriesen. Todas las latinas se quedaron en Roma, y todas las romanas volvieron á esta ciudad.

BATALLA DEL LAGO REGILO.—(A. M. 3510.—A. C. 491.) Cuando espiró la tregua con los latinos volvió á comenzarse la guerra. Los cónsules Aulo Postumio y Tito Virjinio creyeron necesaria la dictadura, y fué nombrado dictador el cónsul Postumio. Ebucio Elba fué jeneral de la caballería. Entraron en campa-

de los dos ejércitos, y se encontraron junto al lago Rejilo. Las fuerzas de los romanos consistían en veinticuatro mil infantes y tres mil caballos. La caballería latina no escódiá de este número; pero su infantería constaba de cuarenta mil hombres. Sesto Tarquino mandaba su ala izquierda: Octavio Manilio la derecha, y Quinto Tarquino el centro, compuesto de romanos desterrados; aunque Tito Livio dice que el centro estaba á las órdenes del rey Tarquino, cuya edad era entonces de noventa años. Ebucio mandaba la izquierda de los romanos, Virjinio la derecha y el dictador el centro. Postumio queria retardar el combate por la desigualdad de las fuerzas, pero desde que los romanos conocieron á los Tarquinos, el enojo pareció que habia doblado su número y pidieron á gritos la batalla. Sabiendo el dictador que el enemigo esperaba un refuerzo, juzgó dañosa la tardanza y dió la señal del combate. Los dos ejércitos se arremeten con furia, se mezclan sus filas y pelean cuerpo á cuerpo; los jefes se baten como simples soldados: ceja el centro de los latinos: Tito es herido y se retira momentáneamente: su hermano Sesto acude á aquella parte y restablece el combate. Ebucio y

Manilio se atraviesan con sus lanzas el uno al otro; pero Manilio despues que lo curaron vuelve al combate. Valerio, hermano de Publícola y lugarteniente de Ebucio, acomete á Sesto y lo obliga á retirarse; persíguele y recibe una herida mortal, con lo que se animan los latinos. El dictador, viendo su izquierda batida por los emigrados, la refuerza con caballería, y auyenta los enemigos. Tito Tarquino perece en este ataque. Manilio quiere socorrer á los suyos; un oficial romano, llamado Herminio, lo derriba muerto en el campo, y al ir á quitarle las armas recibe la muerte. El ala izquierda de los latinos resistia aun, mandada por Sesto Tarquino: el dictador la ataca al frente de su caballería: Sesto, viéndose vencido, se precipita con furor en medio de los romanos, derriba todo lo que se le opone, y cubierto de heridas cae y muere con mas gloria que habia vivido. Los latinos huyeron, abandonando su campamento al vencedor, despues de haber perdido tres mil hombres en esta jornada.

Los romanos contaban que habian visto dos caballeros de estatura mas que humana marchando á su frente y haciendo mucho estrago en los enemigos;

y que aquella misma tarde se presentaron en Roma, anunciaron la victoria y desaparecieron. El vulgo creyó que eran Cástor y Polux. Tito Livio nada dice de esta aparición, sino que después de la victoria se erigió un templo á Cástor.

El dictador entró triunfante en Roma: los latinos se sometieron y pidieron la paz.

Los volsco, sus aliados, que llegaron demasiado tarde al campo de batalla, se retiraron. El senado respondió á las proposiciones pacíficas de los latinos lo siguiente: «Mereceis el castigo, »pero Roma prefiere la gloria »de la clemencia al placer de la »venganza. Nuestro origen es co- »mun; volved á vuestros oga- »res; entregadnos los desertores »y arrojad de vuestras ciudades

»á los emigrados de Roma; solo »de este modo accederemos á »vuestra demanda.»

Hiciéronlo así; los embajadores latinos volvieron á Roma llevando presos á los desertores, y declararon que los bandidos habían salido de su territorio. Con estos sacrificios obtuvieron la paz que terminó la guerra de los romanos contra los Tarquinos, y que había durado catorce años.

Tarquino, de edad de noventa años, despojado de su corona, privado de su familia, arrojado por los latinos, por los etruscos, y por los sabinos se retiró á Cumas, colonia griega de Campania, al palacio del tirano Aristodemo, y allí murió. La noticia de su muerte causó una alegría universal. (A. M. 3511.—A. C. 493).



CAPITULO III.

DESDE LA MUERTE DE TARQUINO HASTA LA EXPULSION DE LOS GALOS.

Guerra con los volscos. — Retirada del pueblo al monte sagrado. — Creacion de los tribunos del pueblo. — Asaños de Marcio Coriolano. — Ambre en Roma. — Ambicion y orgullo de Coriolano. — Destierro de Coriolano. — Sitio de Roma por Coriolano. — Conjuracion de Casio. — Muerte de Casio. — Combate del Cromero. — Revolucion de Volero. — Peste en Roma. — Despotismo de los cónsules. — Conspiracion de Herdonio. — Consulado de Cincinato. — Vuelta de Cincinato al campo. — Su dictadura. — Abdicacion de Cincinato. — Creacion de los decenviros. — Redaccion de un nuevo código. — Asesinato del tribuno Sicio. — Violencia contra Virginia. — Retirada del pueblo al Aventino. — Juicio y muerte de Apio. — Creacion de los tribunos militares. — Creacion de la censo. — Conspiracion de Spurio Melio. — Dictadura de Mamercio Emilio. — Creacion de la censura. — Sitio de Veyes. — Dictadura de Camilo. — Abdicacion de Camilo. — Destierro de Camilo. — Desórdenes en Roma. — Toma de Roma. — El Capitolio salvado por los pájaros sagrados. — Derrota completa de los galos.

GUERRA CON LOS VOLSCOS. — Toda autoridad abusa de sus ventajas. El senado, libre del temor que le inspiraban los Tarquinos, creyó que podia oprimir sin peligro al pueblo, y esta injusticia produjo la rebelion.

Los volscos y hernicos, informados de la division que reinaba en Roma, se aprovecharon de este momento favorable para atacarla. Comunicaron su proyecto á los latinos, pero estos

entregaron los embajadores volscos al senado y le advirtieron del peligro que le amenazaba. Bajo el consulado de Apio Claudio y de Publio Servilio, la fermentacion popular se aumentó en Roma, y tomó el carácter mas alarmante por haberse presentado un dia en la asamblea del pueblo un ciudadano, con la barba crecida, rotos los vestidos, pálido el rostro y los cabellos erizados: todas señales de infor-

lunio que apenas permiten á sus antiguos compañeros de milicia reconocer en él un valeroso centurion cubierto de cicatrices. Le rodean, le hacen preguntas, y dice que los sabinos habian talado su campo y se habian llevado su corto rebaño: que no por eso se habia podido librar del pago del tributo: que para ello habia contraido deudas á una usura muy alta, y vendido todo lo que poseia; y que su acreedor, hombre desapiadado, no solo le tenia esclavo en su casa, sino que le azotaba frecuentemente con varas, cuyas señales tenia y mostraba á los concurrentes. Al verlas, se levanta un grito jeneral de indignacion, que crece por momentos. La plebe corre por todos los cuarteles de la ciudad amenazando á los senadores: los esclavos por deudas muestran sus cadenas y cicatrices y piden que se reuna al momento el senado. Pocos senadores se atreven á concurrir á la curia con los cónsules Apio Claudio y Publio Servilio: los que se habian reunido, no siendo suficientes en número para deliberar, aguardan la llegada de sus colegas. La plebe atribuye á traicion esta tardanza y redobra su furor: al fin llegan los senadores y principia la deliberacion. Al mis-

mo tiempo se presenta un correo de los latinos avisando que un grande ejército de volscos marchaba contra Roma. Esta noticia consterna al senado y llena al pueblo de alegría. «Los dioses, dicen, nos envian vengadores; pues los senadores son los únicos que recojen el fruto de la guerra; participen solos de sus peligros:» y juran no alistarse. La junta del senado se concluye.

El cónsul Servilio se presenta á la asamblea del pueblo, y le dice: «El enemigo está á vuestras puertas! No es ahora tiempo de deliberar, sino de obrar: sería vergonzoso al senado hacer concesiones por miedo y á vosotros escifirías, haciéndoos pagar para combatir. No nos ocupemos ahora mas que de la salvacion de la patria: despues hablaremos de nuestros intereses: cese toda discusion entre nosotros hasta que se haga la paz. El senado concede á los deudores por término todo el tiempo que dure la guerra.»

La moderacion y la prudente firmeza del cónsul apaciguaron la furia del pueblo, como los rayos del sol las tempestades. Segun el censo que hizo, habia ciento cincuenta mil setecientos hombres: todos se alistaron y vo-

laron al enemigo con valor: los deudores fueron los primeros en pedir á gritos la batalla. Los volscos fueron vencidos y saqueado su campo. Los romanos tomaron por asalto á Suecia Pomercia, donde encontraron un rico botín. En este tiempo el cruel Apio, que había quedado en Roma, mandó azotar y degollar en la plaza pública á trescientos niños, reenes de los volscos, y mancilló con esta crueldad la gloria de la república. Servilio debió gozar, cuando volvió á Roma, de los honores del triunfo: su coléga hizo que el senado se lo negase, acusándole de ser demasiado popular. Servilio, irritado, convocó al pueblo en el campo de Marte, enumeró sus azañas, se queja de la iniquidad del senado, y hollando con justicia un decreto injusto, marcha en triunfo al Capitolio, seguido de todos los ciudadanos.

Concluida la guerra, reclamó el pueblo la ejecución de las promesas que se le habían hecho. Apio Claudio desprecia sus quejas, desecha sus peticiones y sentencia todas las causas de deudas á favor de los acreedores con todo el rigor de la ley. Los deudores fueron mas oprimidos que nunca. Servilio, que tenía que respetar la ley, y estaba obligado por

su palabra á defender al pueblo, estuvo indeciso entre los dos partidos y descontentó á uno y otro. Entonces disputaban los dos cónsules sobre cuál de ellos había de dedicar el templo de Mercurio. El pueblo, para mortificarlos, encargó esta ceremonia á un mero oficial, llamado Letorio: ni se limitó á esta venganza pueril; despreciando las sentencias de Apio, se opuso á su ejecución, maltrató á los lictores y arrancó de entre sus manos á un jefe de sediciosos que habían preso.

RETIRADA DEL PUEBLO AL MONTE SAGRADO.—(A. M. 3508.—A. C. 496.) Los nuevos cónsules Veturio y Virjino, se hallaron como sus predecesores, entre el temor de una rebelion y de una guerra con que entonces amenazaban los sabinos. En todos los barrios estaba el pueblo formado en tropas de dia y de noche: resistiendo á los alagos y á la autoridad de los cónsules, se negaba á alistarse, y desarmaba á los lictores que iban á prender á los refractarios. La opinion de Virjino en el senado era que se hiciese distincion entre los deudores: la de Larcio, que se aboliesen todas las deudas, y la de Apio Claudio que se nombrase un dictador. El senado siguió esta opinion; pero en

lugar de elegir un patricio severo, como deseaba Apio, se eligió á Manio Valerio, estimado por la moderacion de su carácter. El pueblo se calmó con este nombramiento y se alistó. Valerio formó tres cuerpos de ejército, mandados por él y por los dos cónsules. La fortuna coronó sus empresas: los sabinos fueron vencidos en batalla y el dictador triunfó. Además de este honor se le concedió la silla curúl y un sitio distinguido en el Circo.

Valerio, despues de haber licenciado las tropas, hizo entrar á cuatrocientos plebeyos en el orden de los caballeros, y propuso en el senado un decreto para la abolición de las deudas. Los senadores jóvenes, olvidando el respeto debido á la dictadura, peroraron violentamente contra él. Impúsoles silencio en defensa de su autoridad, salió de la curia, convocó al pueblo y declaró que los senadores le habían insultado porque había licenciado el ejército y amado á la plebe. «Yo renuncio, dijo, á mi autoridad, pues que no puedo seros útil con ella.» El pueblo le acompañó hasta su casa con honor. La indignacion pública había llegado á su colmo, porque el senado había anulado el decreto de licenciar el ejército: po-

ro el respeto al juramento militar era tan grande que los soldados no se atrevían á dejar las banderas sin tener cada uno su licencia. Obedecieron pues, y entraron en el campamento. Al principio querian matar á los cónsules para libertarse con un solo golpe de su juramento y de sus enemigos; pero uno de ellos llamado Sicinio, les probó que ese crimen no los exceptuaba del servicio. Para eludir el juramento y calmar sus conciencias, les propuso que se retirasen llevando consigo las banderas que habían jurado no abandonar. Todos adoptaron con alegría este dictámen: destituyeron á los centuriones: nombraron otros y se retiraron al monte sagrado.

CREACION DE LOS TRIBUNOS DEL PUEBLO.—Arrepentido entonces el senado de no haber seguido los consejos de Valerio, envió una diputacion á los rebeldes para aplacar su enojo con promesas y traerlos á su obediencia. Sicinio le respondió: «que el pueblo no se dejaba ya engañar con palabras. ¿Queréis ser los únicos señores de la ciudad, poseidla. Los pobres no os incomodarán. Nosotros hallaremos patria donde quiera que vivamos libres.» La mayor parte del pueblo fué á reunirse con

los soldados que se fortificaron en el monte sagrado, observaron una exacta disciplina y no cometieron el menor pillaje. Esta buena policía, este orden desconocido en una sedición, la hacían mas temible. Era la época de nombrar nuevos cónsules en Roma: ningún candidato se presentó, y Postumio Cominio y Spurio Casio fueron elejidos de oficio. En el senado, los mas jóvenes opinaban por la severidad, y los ancianos por la indulgencia. Menenio Agripa, uno de estos últimos, patricio de los que Bruto elijó para completar el senado, habló con tanta energía de la necesidad de establecer la concordia, para salvar la patria, que su dictámen fué seguido unánimemente, y se dieron plenos poderes á diez senadores para tratar la paz.

Menenio, el primero de ellos, fué al monte sagrado, que estaba á tres millas de Roma, y dió con destreza mucho valor á esta deferencia del senado; y despues de haber formado un cuadro espantoso de los males de la discordia y de la ruina que acarrea á los estados, concluyó por este apólogo: «En el tiempo que el cuerpo del hombre no era todo uno, sino cada miembro tenia su intencion y lenguaje parti-

cular, se indignaron todos los miembros contra el estómago, porque descuidado no hacia mas que gozar de los placeres que los demás le proporcionaban; conspiraron pues contra él, y ni la mano llevaba el alimento á la boca, ni la boca lo aceptaba aunque se lo diesen, ni las muelas lo desmenuzaban. Así, queriendo enojados matar de hambre al estómago, ellos mismos se consumían; y se desengañaron de que no era inútil el ministerio de aquella entraña que repartía la comida, convertida en sangre, á las demás partes del cuerpo.» Era óbia la aplicación de esta fábula, y el pueblo la hizo. Viendo Menenio los ánimos en disposición favorable, propuso perdonar las deudas de los insolventes, libertar á los que estaban presos, y hacer una ley de comun acuerdo entre el senado y el pueblo, para arreglar en lo sucesivo los derechos de los acreedores y deudores.

El pueblo aceptó estas proposiciones, pero al mismo tiempo pidió, para libertarse de la autoridad ilimitada de los dictadores y de la mala fe del senado, que se creasen dos magistrados que habian de ser plebeyos, para defender y proteger los intereses

del pueblo, tomándose precauciones para el porvenir. Los diputados dieron aviso de la propuesta al senado, y este se vió en la necesidad de sufrir la guerra civil, ó de conceder al pueblo su petición, por lo cual accedió á ella. Apio protestó contra la innovacion, que segun él causaria la ruina de la república; pero á pesar de su resistencia, las curias eligieron estos dos majistrados que tomaron el nombre de *tribunos del pueblo*: el nombramiento recayó en Lucio Junio Bruto, y Cayo Sicinio Beluto. Se declaró que sus personas eran sagradas; que si alguno los ofendia seria maldecido, y sus bienes destinados al servicio de Ceres; y por último el asesino de cualquiera de ellos, podria ser muerto sin forma de justicia. Tambien se eligieron dos majistrados anuales, con el nombre de *ediles del pueblo*, encargados bajo las órdenes de los tribunos, de varios objetos de policía urbana. Así fué como el orgullo y la avaricia de los patricios produjo una revolucion, que se terminó en ventaja del pueblo, y de un modo dañoso á la aristocracia patricial.

Al principio, los tribunos no eran mas que los protectores de los pobres contra los grandes.

No tuvieron señal de dignidad alguna. Sentados á la puerta del senado, no podian entrar en él sino por orden de los cónsules; su poder estaba limitado casi al recinto de Roma, y les era prohibido ausentarse de la ciudad. Pero bastaba que uno solo formase oposicion contra un decreto del senado, para que se anulase: su *veto* lo suspendia todo. Veremos la autoridad de los tribunos aumentarse de dia en dia, y hacerse temible como la de los *éforos* de Esparta. Si amenudo abusaron de su poder, al menos garantizaron al pueblo de la opresion, y trabajaron con tanto ardor y perseverancia en elevar la autoridad de la plebe y deprimir la de los patricios, que algunas veces se atrevieron á prender á los cónsules.

AZAÑAS DE MARCIO, APELLIDADO CORIOLANO.—Restablecida la paz interior, se continuó la guerra contra los volscos. El cónsul Postumio Cominio venció á los enemigos, se apoderó de dos ciudades y sitió á Coriòlos su capital. Despues de dos asaltos infructuosos, iba á dar el tercero cuando supo que los de Anzio venian á socorrer la plaza. El cónsul dividió su ejército en dos cuerpos, dejando el uno en el sitio, y marchando con el

otro al encuentro de los ancianos. En el primero, que quedó á las órdenes de Larcio, se distinguia un jóven patricio, igualmente fogoso para concebir y ejecutar grandes proyectos. Marcio era su nombre. Habiendo perdido en su infancia á su padre, su madre Veturia, mujer de una virtud austera, habia formado su carácter y dotándole de una firmeza ostinada, que fué la causa de sus infortunios. Insensible al deleite, infatigable en los trabajos, intrépido en el peligro, era invencible en el combate, imperioso en el mando, y muchas veces insufrible á sus iguales. Los habitantes de Coriós, confiando en el socorro que esperaban, y viendo disminuirse el ejército del sitio, toman las armas, abren las puertas y se arrojan impetuosamente sobre los sitiadores. Los romanos, despues de una valerosa resistencia, ceden al número y se retiran desordenadamente. Marcio, indignado de esta fuga, se detiene con algunos valerosos, hace frente á los enemigos, los obliga á retroceder, y llama á gritos á los romanos: estos, avergonzados de su debilidad, se reunen á él, persiguen á los volscos, entran mezclados con ellos en la ciudad, y se apode-

ran de ella. Marcio, despues de esta azaña, vuela con los compañeros de su victoria al ejército del cónsul, que estaba pronto á dar la batalla. Los soldados, segun el uso, estaban dictando su testamento, que se reducía á nombrar un heredero en presencia de cuatro testigos. Marcio dió noticia al cónsul de la toma de Coriós, con lo cual se alentaron los romanos y desmayaron los enemigos. Dada la señal del combate, Marcio acometió el primero, sin que ni escuadrones ni jefes enemigos fuesen bastantes á resistir su furia. Aunque rodeado y asaltado por todas partes, penetró hasta el centro de los contrarios, dando golpes tan terribles, que nadie se atrevía á acercársele, y el miedo formaba un ancho círculo á su alrededor. Sin embargo, cubierto de una nube de dardos que le lanzaban, hubiera quizá perecido, cuando la flor del ejército romano, formada en masa, vuela á su socorro, se abre paso por medio de los enemigos, y llega hasta el héroe que ya estaba casi solo, cubierto de heridas y rodeado de cadáveres volscos. Marcio, con este auxilio, vuelve á cargar sobre los enemigos y hace en ellos una gran matanza. Huyen los ancianos de

modo que mas bien parecian esclavos arrojados que guerreros vencidos. La victoria fué completa: los volsco firmaron la paz, y el tratado se grabó en una columna, en la cual constaba solamente el nombre del cónsul. Pero este jeneral tuvo la gloria nada comun de no envidiar las azañas de Marcio. Al frente de las tropas lo colmó de elogios, lo coronó de laurel, le regaló un caballo ricamente enjaezado, le cedió diez prisioneros y la décima parte del botin. Marcio dió gracias al cónsul, mas no admitió de sus presentes sino el caballo y un prisionero que deseaba libertar, porque habia sido su huésped antes de la guerra. Esta moderacion puso el colmo á su gloria, y el voto unánime del ejército le dió el nombre de *Coriolano*; premio mas precioso que todas las riquezas que habia reusado. Concluida la paz, el cónsul volvió á Roma y licenció las tropas: se renovó la alianza con los latinos, y se añadió á las ferias un tercer dia. Los ediles nuevamente creados se encargaron de la superintendencia de estas fiestas.

A pesar de los ejemplos de avaricia dados por un gran número de patricios, el desprecio

de las riquezas distinguirá por mucho tiempo á los héroes de la república. Esta virtud, que en el mismo tiempo colocaba á Aristides sobre todos los grandes hombres de Atenas, era tan cara á Menenio Agripa, que habiendo muerto este año no dejó con que hacer sus funerales: los tribunos pronunciaron su elogio, y el pueblo se impuso una contribucion para que sus exequias fuesen magníficas. El senado trató de reembolsarla del erario público; pero ningun ciudadano quiso tomar su cuota, y la dieron á los hijos del difunto.

HAMBRE EN ROMA. — (A. M. 3515.—A. C. 489.) Roma sufrió entonces un hambre cruel, y los granos que el senado habia mandado comprar en Sicilia, fueron interceptados por el tirano de Cumas. Los volsco querian aprovecharse de esta circunstancia para volver á principiar la guerra; pero la impidió una peste horrible que exterminó los nueve décimos de su poblacion; y Roma, compadecida, envió una colonia á aquellos parajes. El hambre continuaba siempre en la ciudad, aunque habian llegado granos de Sicilia, enviados jenerosamente por Jelon, rey de Siracusa. El pueblo y los tribunos acusaron á los ricos de que los

guardaban para hacer morir de hambre á la plebe, y que no habian enviado una colonia al pais de los volscos, sino para que muriesen de peste.

Los cónsules se indignaban de que los tribunos hablasen en los comicios, donde hasta entonces solo ellos habian tenido derecho de perorar. En una de aquellas altercaciones tumultuosas, uno de los cónsules dijo imprudentemente: «Hemos convocado á los comicios y nos toca hablar.» Entonces el edil Junio exclamó: «Pueblo, ya lo habeis oido: tribunos, ceded el lugar á los cónsules. Dejadles hoy arreglar á su gusto, que yo os probaré mañana la estension de vuestra dignidad.»

Al dia siguiente los tribunos convocaron al pueblo. Icilio, uno de ellos, subió á las gradas del templo de Vulcano y propuso una ley prohibiendo bajo pena de multa, y aun de muerte, interrumpir á los tribunos en las juntas del pueblo que convocasen. El pueblo la aceptó, y el senado no se atrevió á sensarle su consentimiento.

Los pobres, satisfechos con este triunfo, llevaron con mas paciencia la carestía. Recibieron socorros de los ricos, y además, para quitar de la ciudad las bo-

cas inútiles, se formó un ejército, pequeño á la verdad, pero lo mandaba Coriolano. Logró con él grandes triunfos, y volvió á Roma con un botin tan considerable de esclavos, granos y rebaños, que los ciudadanos murmuraban de los tribunos, porque los habian disuadido de ir á aquella expedicion.

AMBICION Y ORGULLO DE CORIOLANO.—Este miraba el consulado como la recompensa debida á sus servicios, y creia poder lograr sin oposicion una dignidad tan bien merecida; pero ciego con la prosperidad, olvidó que la modestia habia doblado el valor de sus azañas, y se presentó en Roma tan orgulloso como habia sido modesto en el ejército. El uso ecsigia que los aspirantes al consulado solitasen los votos de sus conciudadanos; porque en una república es preciso que los magistrados sean populares. Habia ciertos hombres llamados *nomenclatores* que decian al candidato los nombres de los ciudadanos que encontraba para que pudiese saludarlos. El pueblo era favorable á Coriolano; pero el dia de la eleccion, este altivo guerrero se presentó rodeado de patricios, y afectó tanto orgullo, que mas bien parecia mandar

que solicitar. Indignada la plebe de esta arrogancia, pasó repentinamente del amor al odio y nombró cónsules á Marco Minucio y á Aulo Sempronio. El orgullo de Coriolano no pudo tolerar este desaire, así como no había sabido calmar las tempestades del océano popular. Su carácter era inflexible, y su enojo se manifestó sin rebozo. Habiendo llegado á Roma los granos enviados por Jelon, y otras remesas compradas por el senado, se movió en este cuerpo una gran disputa acerca de su distribución. Unos opinaban que debía repartirse gratuitamente el enviado por el rey, y vender el otro á bajo precio; este era el parecer que dictaba la humanidad: otros querían que se vendiese todo para enriquecer el tesoro público á fin de castigar y domar la audacia del pueblo: «Si el pueblo quiere, dijo Coriolano, distribuciones de trigo como en otro tiempo, restituya á los senadores su antigua autoridad y rómpanse las convenciones del monte sagrado. ¿Por qué han de ser tan poderosos unos magistrados plebeyos, un Sicinio, mientras nosotros yacemos como esclavos rescatados? ¿Yo tolerar semejantes indignidades? ¿No sufría

á Tarquino y sufrirla á Sicinio? Si quieren retirarse al monte sagrado, yo mismo les abriré las puertas. Se queja el pueblo de la hambre, y él tiene la culpa; porque prefiriendo la sedición al trabajo, ha dejado sus tierras incultas. No haya compasión con los facciosos! El exceso de la desgracia podrá conducirlos únicamente á la razón.»

He aquí el héroe cuya probidad y desinterés tanto se elojaba, cuando no conocía las dulces virtudes que ganan los corazones! Creía que todo debía plegarse á la autoridad del senado; pero su imprudencia no sirvió sino para debilitar su autoridad y perderle á él mismo.

Los tribunos, que estaban presentes, dieron cuenta al pueblo de los violentos insultos de Coriolano. La multitud, enfurecida, quiere destrozar las puertas del senado. Los tribunos consiguen persuadirla que su ira solo debía dirigirse á Coriolano. Envían un edil para prender al orador: los patricios lo defienden, rechazan á los tribunos y maltratan á los ediles. La noche puso fin al tumulto.

En los dias siguientes se celebraron nuevas juntas, á cual mas alborotada, en las cuales pe-

roraron oradores violentos. En fin, Sicinio, en medio de los gritos del pueblo, propone un decreto, según el cual debía ser precipitado Coriolano de la roca Tarpeya. Los demás tribunos representan cuán injusto era condenar á un ciudadano sin oírlo, y se decreta que aquel fiero patricio fuese juzgado por el pueblo. Coriolano se negó á comparecer; pero el senado, que temía la funesta ostinación de Marcio, y la audacia de los tribunos, y que deseaba captar la benevolencia del pueblo, dió un decreto para vender los granos muy baratos. Esta condescendencia no movió á los tribunos á desistir de la acusación, pero prometieron que la retardarían todo el tiempo que quisiesen los cónsules. Entretanto los ancianos robaron algunas ramesas de trigo que venían de Sicilia: los cónsules salieron con un ejército contra ellos y los obligaron á pedir la paz. Licenciadas las tropas, Sicinio convocó el pueblo y fijó día para el juicio de Coriolano. El senado se opuso á la ejecución de este decreto, fundándose en el uso constante de proponer en el senado los asuntos de importancia antes de presentarlos al pueblo.

El tribuno Junio respondió

que pudiéndose apelar al pueblo por la ley valeria, de las sentencias de los cónsules, no había necesidad en el caso presente de esperar el decreto del senado. «No disputamos, dijo, á este ilustre cuerpo sus brillantes prerrogativas; pero tampoco sufrimos una desigualdad que nos privaría de nuestros derechos naturales. Coriolano ha tenido la desvergüenza de decir que se debería destruir el tribunado, institución que nosotros miramos como el mas firme baluarte de la libertad; el pueblo indudablemente tiene derecho para citar en juicio al hombre que trate tiránicamente á los magistrados, y de castigar al ciudadano que viole las leyes.»

«Ya lo veis, esclama entonces Apio: ahí teneis el efecto de mis antiguas predicciones! No es ya á Coriolano, sino al senado entero á quien se trata de atacar! Si el pueblo se arroga el derecho de juzgar á todos los senadores, será á la vez acusador, testigo y juez. La ley valeria no tenía otro objeto que conceder un alivio á los plebeyos permitiéndoles apelar al pueblo de los decretos expedidos por los magistrados; y ahora abusan de este favor que

«les habéis concedido; vuestra
«condescendencia redobla sus pre-
«tensiones. Si hoy cedeis, creed-
«me, el senado se pierde.»

Manio Valerio, más débil ó
más moderado, dice que dejan-
do al pueblo la decisión de este
negocio, se le da una muestra de
condescendencia que tornará en
provecho del acusado. El ma-
yor número adopta este parecer.
Propone Valerio á todos los pa-
tricios que asistan al juicio para
inclinár el pueblo á la dulzura.
Conjurando en seguida á Corio-
lano para que domase su orgullo
y se justificase con modestia,
recomendó á entrambos partidos
la subiduría, la concordia, y una
division de autoridad que pre-
servase á Roma de los excesos
de la tiranía y del azote de la
anarquía. Entonces preguntó Co-
riolano á los tribunos: «¿De qué
«crimen me acusan?»—«De ha-
«ber aspirado á la tiranía!»—«Si
«no se trata mas que de refutar
«este pretendido crimen, me en-
«trego al juicio del pueblo.»

Se fijó el día en que se debía
oir su defensa. Los tribunos, re-
sueltos á vengarse, dispusieron
sus baterías con toda la destreza
imaginable. Previendo que si los
comicios se reunían por centu-
rias, conforme al sistema esta-
blecido por Servio, dispondría

el senado de los sufragios; esci-
jieron que se los reuniese por
tribus, sosteniendo que todo
ciudadano debía dar igualmente
su voto en un negocio que inte-
resaba á los derechos del pueblo.
Hubo relajacion sobre este pun-
to esencial; y desde entonces la
forma del gobierno se cambió en
ventaja de los plebeyos.—Tal es
la inestabilidad de una constitu-
cion imperfecta y borrascosa.

Cuando se reunió el pueblo,
subió el cónsul Minucio á la tri-
buna, y escortó á los ciudadanos
á que no juzgasen á Coriolano
por algunas palabras escapadas
en el calor de la discusion. Pin-
tó con elocuencia los servicios y
azañas del acusado, recordó sus
virtudes, y representó al pueblo
que era digno de su generosidad
mirar con clemencia al ilustre
guerrero que se entregaba á su
discrecion. Sicinio echó en cara
á Marcio su proyecto de abolir
el tribunado, y aumentar el pre-
cio de los granos con el objeto
de escitar turbaciones y llegar
por medio de ellas á la tiranía.

Coriolano destruyó esta impu-
tacion, refiriendo circunstancia-
damente sus servicios, combates
y victorias: recordó al pueblo el
gran número de ciudadanos á
quienes habia salvado la vida. In-
vocó el testimonio de los oficia-

les y soldados que estaban presentes, y apoyaban lo que decía con sus gritos y lágrimas; y en fin, rompiendosus vestidos, mostrando sus numerosas cicatrices, preguntó á los tribunos si eran aquellas pruebas de delito y señales de tiranía.

El pueblo, conmovido por este discurso, se mostraba dispuesto á su favor. El tribuno Decio, temiendo el efecto que habian producido las palabras de Marcio, subió á la tribuna y le acusó de no haber entregado al erario público el botín de los ancíates, sino haberlo repartido entre los soldados para convertirlos en instrumento de tiranía. Coriolano, turbado por este ataque imprevisto y de mala fé, respondió con violencia, prorrumpiendo en quejas indiscretas y en imprudentes amenazas. Sus furor irritaron al pueblo: los tribunos, aprovechándose de la ocasion, reasumieron sus acusaciones y opinaron por el destierro perpétuo. Puestas en votos nueve tribus, opinaron por la absolucion, y doce por la condenacion. Este triunfo, conseguido sobre los patricios, dió á la plebe mas orgullo y alegría que cuantas victorias habia logrado de los enemigos.

DESTIERRO DE CORIOLANO. —
TOMO VII.

Este no dió señal ninguna de debilidad, aunque sus amigos le acompañaban llorando. (Año de Roma 263.— A. C. 490.) Tampoco le perturbó el espectáculo de su mujer y su madre, que rompian sus vestiduras en señal de dolor. Despues de haberlas ecsortado á la paciencia, único remedio en aquella calamidad, las recomendó sus hijos, no quiso llevar nada en su destierro, y partió con algunos clientes que le acompañaron hasta las puertas de la ciudad.

SITIO DE ROMA POR CORIOLANO. —(A. M. 3516. — A. C. 488.) Despues de la condenacion de Coriolano, triunfó el pueblo como de una victoria decisiva alcanzada sobre los patricios. Mas bien hubiera debido echarse en cara su ingratitude para con un ciudadano respetable, de quien habia recibido los mas señalados servicios, y cuyo crimen, limitándose á los términos de la acusacion, era imaginario y sin pruebas; porque si era cierto que habia repartido á los soldados el botín cojido á los ancíates, y no lo habia depositado en el tesoro público, tambien era cierto que para hacerlo le autorizaban las circunstancias, aunque no estaba espresado en las leyes. Nada habia tomado para sí: todos

los despojos del enemigo los habia puesto en manos de los mismos que le estaban oyendo. De consiguiente, la única inculpacion que podian hacerle los tribunos, era haber pretendido la abolicion del tribunado.

Al salir de la ciudad Coriolano le estaban esperando á la puerta los senadores; y él, justamente ofendido de su poco valor, pasó por medio de ellos sin dignarse hablarles una palabra. Estuvo por algunos dias en una casa de campo, adonde se habia retirado, y desde allí puso los ojos en diferentes pueblos vecinos, por ver en dónde podria buscar asilo. A nadie dijo el punto que elegia para su destierro. El enojo y el deseo de la venganza le llevaron á Ancio, ciudad de los volscos, nacion poderosa, que vencida por los romanos, conservaba el profundo resentimiento de esta injusticia. Cada dia aumentaba su envidia y animosidad, y Coriolano alimentaba la esperanza criminal de moverlos á la guerra para vengar sus iras comunes. Pidió ■ hospitalidad á Atio Tulo, el hombre mas distinguido del pais por su nacimiento, riquezas y axañas: el odio que ambos tenian á Roma fué el lazo de su amistad. Tulo deseaba aprovecharse de

las disensiones de la república y de la incapacidad de sus jefes. Coriolano le aconsejó que dificultase la ejecucion de sus desig-nios para lograrlos con mas seguridad, y reparase las pérdidas que habian sufrido los volscos por la guerra y la peste: que aumentase y disciplinase sus tropas, y buscase con habilidad ■ ocasion de romper el último tratado de paz; porque en aquellos tiempos se combatia con incertidumbre y debilidad cuando no se creia tener de su parte la justicia y los dioses. Poco tiempo despues se celebraron juegos públicos en Roma. Tulo fué á ellos y un gran número de jóvenes volscos; y como no habia proporcion de alojamientos en las casas particulares para una multitud tan grande de extranjeros, la mayor parte se retiraron á los templos y lugares públicos. Un romano sobornado por Tulo, avisó á los cónsules que los volscos tenian el proyecto de acometer y de incendiar ■ ciudad. Con este informe, creido con demasiada lijereza, mandó el senado á los volscos sopena de la vida, salir al instante de Roma. Tulo, que salió el primero, esperó en el camino á sus conciudadanos y los inflamó del deseo de vengar tamaño insulto. Cuando llegaron á An-

cio, sublevaron el pueblo: declararon la guerra á Roma por haber infringido el tratado, y dieron el mando del ejército á Tulo y Coriolano. Este entró inmediatamente en el territorio de Roma con una tropa escogida, y taló el campo con la precaución páfida de no tocar las tierras de los patricios á fin de sembrar la desconfianza entre ellos y la plebe. Apoderóse despues de Circeyas, colonia romana, é invadió el campo latino con el objeto de apartar á los romanos de la ciudad y dar la batalla; pero Roma, dividida en parcialidades, no estaba dispuesta á pelear.

El año siguiente, siendo cónsules Spurio Nancio y Sesto Furio, se adelantó Coriolano hasta dos leguas de Roma. El terror dominaba en la ciudad; la plebe, poco antes tan orgullosa, pedia con hajeza que se implorase la clemencia del desterrado. El senado, conservando mas dignidad, decretó que no se trataria de paz hasta que los volscos hubiesen evacuado el territorio de la república; pero el pueblo sublevado le obligó á ceder á su miedo.

Enviaron pues embajadores á Coriolano para pedirle la paz y ofrecerle que se levantaria la

sentencia del destierro. El respondió con altanería, que Roma debía restituir las conquistas hechas á los volscos, y concederles el derecho de ciudadanía, como á los latinos: y si no, que les probaria como el destierro habia aumentado su valor.

El senado, con la esperanza de mitigar su enojo y obtener condiciones mas suaves, le envió otra diputacion, compuesta de los senadores mas ancianos, los pontífices y los agoreros. Coriolano persistió con dureza en su respuesta anterior.

Era inminente el peligro. El pueblo, pronto á castigar y tardío para combatir, no tenia ya ninguna esperanza en las armas. Las matronas romanas, que conocian el amor de Coriolano á su madre, única virtud que le habia dejado la venganza, se reunen en casa de Veturia, y le suplican que haga una prueba de su poder sobre el corazón de su hijo. Esta noble romana se pone al frente de todas ellas con Volumnia, mujer de Coriolano, y sus hijos. Salen de la ciudad, penetran en el campo enemigo y se presentan á la vista de Coriolano. Este implacable guerrero, insensible á los ruegos del senado, de los cónsules y sacerdotes y á los jemidos de la pa-

tria, descende conmovido del tribunal á la vista de su madre, y quiere arrojarse en sus brazos. «Antes de estrecharte en mi seno, dijo ella, permíteme que averigüe si me he presentado á un enemigo ó á un hijo: si soy en tus reales, esclava ó madre. ¿Para esto prolongué mi edad, para verte primero destruido y ahora contrario? ¿Pudiste talar esta tierra, donde naciste, y que te alimentó? Aunque vinieses con el corazón ulcerado y amenazador ¿no desfallecieron tus iras al entrar en el territorio de Roma? ¿Ni te ocurrió cuando viste la ciudad: *dentro de aquellas murallas están mi casa, mis penates, mi madre, mi esposa y mis hijos?* ¡Ah! si yo no hubiera sido fecunda, Roma estaria libre: si no hubiese tenido un hijo, moriría independiente en mi patria segura. Mas ya no me es posible sufrir nada mas vergonzoso para tí, ni mas doloroso para mí: basta para ser la mas infeliz de las mujeres, haber vivido tanto. Pero atiende á tu mujer é hijos, á los cuales, si continuas, espera ó una muerte temprana ó una larga servidumbre.»

A estas palabras, cuya energía aumentaban los gemidos y

sollozos de las matronas, se enterneció el fiero Coriolano: y cediendo el orgullo á la naturaleza, se arroja en los brazos de su madre, y esclama: «Madre, has logrado una victoria que me será funesta.» Levantó el sitio y se retiró. Roma concluyó la paz con los volscos. Se ignora qué fin tuvo Coriolano: algunos historiadores dicen que Tulo, envidioso de su gloria, le asesinó en un tumulto popular: Tito Livio y Fabio Pictor dicen que vivió muchos años en el destierro: y en apoyo de esta opinion refieren un dicho que se le atribuye: «En la vejez se siente mucho mas la desgracia de ser destruido.» Los volscos y romanos le lloraron, y las matronas de Roma llevaron luto por él. Lejos de envidiar á las mujeres la gloria de haber salvado la ciudad, se erigió un templo á la fortuna mujeril, en el sitio donde Veturia habia triunfado de su hijo. En dicho templo solo tuvieron derecho de entrar las damas romanas.

Temístocles, contemporáneo de Coriolano, experimentó igual fortuna, despues de haber salvado á Atenas con su política y valor. Al comparar á estos dos hombres célebres, es fácil observar la superioridad de la Gre-

cia, entonces victoriosa del Asia, sobre una república naciente, cuyos únicos enemigos eran pequeños pueblos de Italia situados á su alrededor. Pero Roma, siempre armada contra sus vecinos, aprendía, con pequeñas guerras, á subyugar un dia las naciones mas poderosas.

CONJURACION DE CASIO.—(A. M. 3518.—A. C. 486.) Los años siguientes peleó Roma contra los ecnos, volseos y hérnicos. Hecha la paz, nació en Roma el jérmen de mayores discordias que las pasadas; desenvolviéndose gradualmente, causó las mas terribles convulsiones en la república: Spurio Cásio y Próculo Virjinio eran cónsules. El primero, mas atrevido que hábil, habia debido á sus intrigas los honores del triunfo: su ambicion desmesurada aspiraba al poder absoluto: para lograrlo, quiso hacerse popular y propuso al senado que repartiese al pueblo, en porciones iguales, las tierras conquistadas. La costumbre antigua era vender una parte y pagar con ella los gastos de la guerra, reservar otra para aumentar las rentas del estado, y repartir lo demás entre los ciudadanos pobres. Algunos patricios avarientos habian conseguido que se les adjudicasen

á bajo precio algunas de las tierras vendidas; y Cásio, perorando contra este abuso, queria que las restituyesen. Esta ley agraria, propuesta al senado, causó grande terror: el cónsul Virjinio se opuso á su adopcion: el pueblo fué de su dictámen sin dejarse deslumbrar de la codicia: además este beneficio era ilusorio, pues el proyecto admitia en aquel repartimiento á los latinos, mucho mas numerosos que los romanos. Cásio no se desalentó con esta primera derrota, y recurrió á otro medio. Propuso que se reembolsase al pueblo, á costa del erario, de las cantidades con que habia pagado el trigo que envió Jelon. Este favor, en lugar de ganarle el afecto de la plebe, excitó sospechas contra él. Los romanos conocieron que queria comprar la tiranía, y prefirieron la pobreza á la servidumbre. El senado, apoyado en la opinion pública, siguió el parecer de Apio y desechó ambos proyectos. Mandó además que se crease una comision compuesta de diez varones consulares, para decidir cuáles tierras habian de venderse, arrendarse y repartirse. Su reglamento debia someterse á la aprobacion de los cónsules.

MUERTE DE CASIO.—El año si-

guiente siendo cónsules Servio Cornelio y Quinto Fabio, fué acusado Casio como conspirador, y convencido de juntar armas, recibir dinero de los hérnicos, y haber corrompido á muchos ciudadanos que le acompañaban siempre. No pudo salvarle ni la destreza de sus respuestas, ni la memoria de sus servicios, ni tres consulados y dos triunfos. Fué condenado á muerte y precipitado de la roca Tarpeya. Este acto de justicia privó al partido democrático de un firme apoyo y aumentó el orgullo de los patricios. Menos prudentes que el pueblo, dilataron el nombramiento de los decemviro y la distribución prometida de las tierras.

La falta de buena fé renovó las discordias entre los dos órdenes. Muchas guerras, emprendidas contra los volscos y los ecuos, interrumpian los debates;—porque en todo país libre, el peligro común reúne á los ciudadanos, y la tranquilidad interior reina, cuando la paz exterior se turba. Sin embargo, como se retardaba el nombramiento, se aumentó el enojo de los plebeyos, y cuando los cónsules Ceson, Fabio y Spuro Furio quisieron alistarlos para marchar contra los volscos y los ecuos, reusaron ha-

cerlo, si no se adoptaba la ley agraria que el tribuno Icilio había resucitado. Apio Claudio persuadió al senado que ganase á uno de los tribunos: pues la oposición de uno solo bastaba para suspender las deliberaciones. Este arbitrio produjo buen efecto: cuatro tribunos se declararon contra Icilio y se determinó que no se decidiera la cuestión hasta el fin de la guerra. Furio consiguió grandes ventajas contra los enemigos; pero su colega Fabio, tan hábil como él, mandaba un ejército mas débil é indisciplinado y fué vencido. Esta derrota y la division de los ánimos dió esperanzas á los antiguos enemigos de la república, y la Etruria armó contra ella todos sus habitantes, incluso los esclavos. Los cónsules, aterrados por la huida reciente del ejército de Fabio, se encerraron en su campamento y no se atrevían á pelear sin estar mas seguros de las disposiciones del soldado: los enemigos se acercaban hasta el valladar, é insultaban á los romanos llamándolos cobardes y mujeres. Dos pasiones opuestas agitaban al ejército de la república: el odio á los patricios que los movia á desear que los cónsules fuesen vencidos, y el enojo contra el enemigo, que inflama-

ba su valor. Venció al fin el enojo y pidieron la batalla á los jenerales. Estos, disimulando su alegría, respondieron que no era tiempo y que castigarían á los que peleasen sin órdenes. El deseo no satisfecho irrita á los soldados, y piden á gritos el combate. Entonces el cónsul Marco Fabio dijo á su coléga: «Yo sé, Cneyo Manlio, que estos pueden vencer: ellos tienen la culpa de que yo no sepa si quieren. He resuelto, pues, no dar la señal hasta que juren que han de volver vencedores. Ya engañaron en el campo de batalla á su cónsul: mas no podrán engañar á los dioses.» El ejército hizo el juramento y lo cumplió.

La batalla fué larga y sangrienta: el cónsul Manlio, persiguiendo el ala izquierda del enemigo, fué rodeado por los etruscos: su lugarteniente Quinto Fabio, murió lleno de heridas: el cónsul Marco Fabio, con Ceson su hermano, cónsul del año anterior, acomete al enemigo, liberta á Manlio y recibe el último suspiro de Quinto. Manlio estaba herido y no podía sostener el valor de sus tropas que comenzaban á replegarse; pero acude Fabio y las hace volver al combate. Manlio, habiéndose re-
presto un poco, se une con él y

hacen grande matanza en los etruscos.

Durante la batalla, un cuerpo enemigo se apodera del campamento romano. Manlio vuela, los encuentra entretenidos en saquear los bagajes, y los rodea. La desesperacion aumentó el valor de aquella tropa, se arrojan sobre los romanos, matan al cónsul y se abren paso; pero Fabio los acomete y hace pedazos. Jamás habia conseguido Roma una victoria mas costosa, ni contra enemigos mas numerosos. Se concedió el triunfo al cónsul Fabio; pero reusó este honor comprado con la vida de su hermano.

COMBATE DEL CREMERA.—(A. M. 3526.—A. C. 478.) Los volscos y veientes, continuaban sus ataques contra la república, y aunque frecuentemente derrotados, no por eso dejaban de talar el territorio romano. Para impedir el senado este merodeo, queria construir una fortaleza y poner guarnicion en ella; mas la república estaba esausta de hombres y dinero. Ceson Fabio, pidió el permiso de hacer él solo con su familia, los gastos del castillo y guarnecerlo.

Entusiasmado el pueblo de esta oferta jenerosa, dijo que á haber en Roma dos familias como los Fabios, podría la repú-

blica, confiándoles su defensa, gozar aun en tiempo de guerra, de la paz mas completa. La cívica proposicion fué aceptada, y el cónsul con trescientos soldados, todos patricios y de su familia, todos capaces de mandar un ejército, salieron al dia siguiente de Roma, y marcharon contra Veyos con una comitiva numerosa de amigos y clientes, enmedio de las aclamaciones populares.

Talaron el territorio de los veyentes, y edificaron en lo alto de una montaña la fortaleza. Este ejemplo de patriotismo, inflamando á los demás ciudadanos, favoreció al cónsul Emilio, que batió completamente á los volscos y ecuos; pero se le negó el triunfo por haberles concedido condiciones de paz demasiado favorables. Los pueblos vecinos de Roma, tan belicosos como esta ciudad, rompian los tratados con la misma facilidad que los habian hecho. Las victorias solo producian gloria y botin, las fuerzas quedaban casi iguales, y las paces eran treguas de corta duracion. En el consulado de Servilio, sufrió Roma algunas derrotas: Emilio la vengó de los ecuos: algun tiempo despues, los etruscos pusieron una emboscada á la valerosa familia de

los Fabios, esparciendo muchas bestias de carga en las cercanías de la fortaleza. La guarnicion salió á cojerlas y se halló rodeada por los enemigos. Los Fabios forman la cuña, se defienden con heróico valor, rompen la multitud que los cercaba y llegan á su montaña; pero encuentran en ella el ejército de los veyentes que los espera y que los oprime con multitud de dardos. Los trescientos héroes, tan intrépidos como los espartanos de las Termópilas, pelean contra ambos ejércitos con el valor de la desesperacion, prefiriendo la muerte á la esclavitud, y perecieron todos. El dia de su muerte fué contado entre los *nefastos*.

Tito Livio dice, que solo quedó de esta familia un muchacho de catorce años, llamado Quinto Fabio Vibulano, tronco de la ilustre familia de los Fabios, que opuso despues al grande Aníbal un jeneral digno de él. A este desastre se siguió una grande derrota de los romanos. Los etruscos batieron completamente al cónsul Menenio, y adelantaron hasta las puertas de Roma. Horacio, el otro cónsul, acudió y libertó la ciudad; mas no pudo impedir que los enemigos se fortificasen en el Janículo, desde donde hacian incursiones en

el territorio de Roma, así como los Fabios las habían hecho en el de Veyos. Al año siguiente vencieron á Servilio que marchó contra ellos con mas valor que prudencia; pero su colega Virginio les salvó del peligro en que se habían metido. Los tribunos de la plebe formaron causa á Servilio, que se defendió con modestia y firmeza. En vez de suplicar, reprendió al pueblo su inconstancia é injusticia, y á sus tribunos el abuso que hacian de su autoridad. En aquellos tiempos virtuosos, había mas emulacion que rivalidad: Virginio defendió la causa de su colega, é hizo que le absolviesen.

Esta alternativa de victorias y derrotas que experimentaron los romanos en la primera edad de su república, les sirvió de educacion militar para fortificarlos y prepararlos á la conquista del mundo. Si se hubieran engrandecido al principio sin ostáculo, se habrían afeminado con triunfos fáciles. Su poder colonial, fué el fruto de los esfuerzos laboriosos de su juventud.

El cónsul Valerio, resarcíó las pérdidas de Servilio: triunfó de los sabinos y etruscos, y concedió una tregua de cuarenta años á los veyentes despues de haberlos batido. Los disturbios rena-

cieron en Roma con la paz. El tribuno Jenucio, pidió la ley agraria y el nombramiento de los decemviros, y quiso poner en acusacion á los cónsules del año anterior. Estos representaron al senado que si se permitia tal indignidad, era inútil nombrar cónsules, que solo serian unos esclavos de los tribunos. Llegado el día en que debian presentarse en juicio, se reúne el pueblo; pero Jenucio no parece, y bien pronto se sabe que le habían asesinado en su cama. A esta noticia el senado manifiesta mucha alegría, y los tribunos mucho terror.

REVOLUCION DE VOLERON. — (A. M. 3533.—A. C. 471.) En este momento, un oficial plebeyo llamado Voleron, distinguido por su valor y fuerza prodijiosa, fué preso por los cónsules porque no queria alistarse de soldado gregario. Uno de los cónsules manda azotarlo, y él esclama: «Apelo al pueblo: porque los tribunos quieren mas dejar azotar á los ciudadanos que ser asesinados en su casa.» Al pronunciar estas palabras, derriba á los lictores y se refugia en medio del pueblo: este lo defiende, rompe los haces de los lictores, arroja á los cónsules de la plaza y los persigue hasta las puertas

del senado. Los ánimos se escasperan; la causa de Voleron es ya la del pueblo: olvídanse las demás cuestiones y hasta la ley agraria; y cuando la plebe, después de muchas altercaciones, hubo conseguido la libertad de Voleron, creyó haber triunfado completamente del senado. El año siguiente eligió por tribuno á su protegido, y este para humillar á los patricios, propuso una ley, según la cual el pueblo se reuniría por tribus para elegir los magistrados populares, sin necesidad de auspicios, ni permiso del senado. Hasta entonces se habían elegido en los comicios por curias, que requerían lo uno y lo otro. ■ senado, para detener este golpe que transfería al pueblo la autoridad, ganó á dos tribunos, cuya oposición prolongó la disputa sin terminarla.

PESTE EN ROMA.—Una peste que hubo en Roma por entonces, calmó las disensiones; pero en el consulado de Apio Claudio y Tito Quincio, Voleron, elegido nuevamente por tribuno, redobló los esfuerzos para que se adoptase su ley. Apio, irritado, aconsejaba al senado medios violentos: Tito, con la dulzura y moderación de su carácter, iba calmando la efervescencia del pueblo cuando de repente, Apio,

dejándose llevar de la fogosidad de sus pasiones, pronunció un discurso tan insultante contra el pueblo y sus magistrados, que llegó al último grado el furor de la plebe. La junta se iba convirtiendo en tumulto: ningún dictamen prevalecía, ni podían recogerse los votos. El tribuno Letorio, exclamó: «Reunios mañana, ciudadanos: ó moriré ó la ley pasará: soy mas á propósito para hacerlo que para perorar.» Al día siguiente concurrió una gran multitud. Manda Letorio salir de los comicios á los patricios y jóvenes que aun no tenían voto por su corta edad: el cónsul Apio se opone á ello: el tribuno manda prenderlo: Apio ordena á sus lictores que se apoderen de la persona del tribuno: la plebe se declara por sus magistrados, y la nobleza por sus jefes. Cuando la querella iba á decidirse por un combate, Tito Quincio sube á ■ tribuna, invita á su colega á retirarse, y calma poco á poco la ira del pueblo, representándole las calamidades de las discordias civiles, la necesidad de la unión entre los órdenes del estado, y la obligación impuesta á cada uno de sostener sus derechos por la razón y no por la violencia. Asegura á los plebeyos que obtendrán del senado cuanto sea

justo, con tal que respeten su dignidad, y propone que sometan á la aprobacion de este cuerpo la ley de Voleron. Todos se adhirieron á su dictámen, y á pesar de la viva oposicion de Apio, la ley fué adoptada y publicada con el consentimiento de entrambos órdenes.

Terminada esta cuestion, se trató de la guerra que los ecuos y volscos habian renovado. Apio, duro é inflexible en el ejército como en el senado, era aborrecido en el campamento como en la ciudad. Los soldados se divertian en irritar su violencia y contrariar sus deseos. Si queria acelerar la marcha, se detenian: si les mandaba ir despacio, volaban: en fin, llevaron su odio á tal extremo, que huyeron del enemigo para que el cónsul fuese derrotado, y no consintieron pelear sino en defensa de su campamento. Apio quiso mandar con rigor, y no se hizo caso de sus órdenes. Desanimado por esta indisciplina, dió orden de retirarse: el enemigo atacó y derrotó la retaguardia. Cuando llegó al territorio de Roma, hizo azotar y degollar á los centuriones y diezmar el ejército. El otro cónsul, tan amado de las tropas como su colega era aborrecido, taló el pais

de los ecuos: y los soldados, cuando ya estaban de vuelta en la ciudad, decian que el senado podia aprender en el suceso de esta campaña á darles por jeneral un padre y no un tirano.

En el consulado de Lucio Valerio y Tibario Emilio, los tribunos renovaron la peticion de la ley agraria. Emilio habló en favor de la ley: Apio la impugnó con su violencia acostumbrada, declamando contra el tribunado y pronosticando la ruina de la república si no era abolida. Los tribunos se aprovecharon de su imprudencia, y lo acusaron ante el pueblo: ninguna causa habia aterrado á los patricios y plebeyos tanto como esta. El orgulloso Apio desecha todos los consejos de la prudencia y se presenta en los comicios con la misma altivez que en el senado. En vez de rogar reprende: en lugar de defenderse con reo, manda como cónsul; y parece mas bien acusador que acusado. Como la osadía agrada siempre, aunque sea en el enemigo, la temeridad de Apio admiró y atemorizó al pueblo; y los tribunos, viendo el voto público neutralizado por el espanto, prorogaron la causa para otro dia; pero previendo él que en una segunda asamblea se

le condenaria, se dió la muerte; y el pueblo permitió á su hijo pronunciar su elogio en los comicios.

Hombres como este, á estar dotados de moderacion, hubieran hecho la gloria de su patria; pero mantuvieron en ella el fuego de la discordia, porque un violento y soberbio espíritu de cuerpo tornaba á menudo en peligrosas sus mismas virtudes.

En el espacio de ocho años continuó Roma la guerra con los estados limítrofes sin sucesos decisivos. La discordia de los órdenes duraba siempre, y llegó hasta el punto de no querer el pueblo proceder á la eleccion de los cónsules, y Tito Quincio y Quinto Servilio no fueron elejidos sino por sus clientes y los patricios. No por eso dejaron de mandar los ejércitos, y aun se apoderaron de la ciudad de Ancio. (A. M. 3538.—A. C. 466.) Al año siguiente los cónsules Tiberio Emilio y Quinto Fabio, el que quedó solo de su familia, hicieron que el senado repartiese al pueblo las tierras conquistadas á los ancíates; y como pocos ciudadanos, aun de los mas pobres, quisieron ir á aquel país, se dieron á los latines y hérnicos. Segun el censo que se hizo en esta época, habia en Roma ciento o-

chenta mil doscientos catorce ciudadanos capaces de tomar las armas.

La guerra contra los pueblos vecinos era continua, porque ni los reveses los destruian, ni las victorias aumentaban considerablemente su poder. El cónsul Spurio Furio, habiendo penetrado con temeridad en el país de los ecuos, se halló repentinamente rodeado en su campamento por el ejército enemigo. El riesgo que corria, movió al senado á usar de un expediente, que despues se empleó en los grandes peligros del estado; y fué dar un decreto encargando á los cónsules que preservasen á la república de todo detrimento. Esta fórmula les daba un poder casi igual al de un dictador. El otro cónsul, Cayo Postumio, armado de este decreto, levantó y organizó el ejército como quiso, marchó á socorrer á su colega, le libertó, y derrotó completamente á los enemigos. Dos años despues fué Roma affijida por la peste; eran tantos los muertos, que no habia suficientes carros para transportarlos, y se arrojaban al Tiber. Los volseos se aprovecharon de este desastre para atacar á los romanos; pero fueron vencidos y tuvieron que pedir la paz.

DESPOTISMO DE LOS CÓNSULES.—

En este tiempo, los cónsules, que habian heredado la autoridad de los reyes, administraban la justicia arbitrariamente. Habia muy pocas leyes, y solo los patricios las conocian. Mientras Roma estuvo en su infancia, pudo dejarse gobernar así; la moral de un pueblo suple al defecto de legislación; pero luego que se ilustra sobre sus derechos, todo poder arbitrario se le hace insostenible; quiere depender de las leyes y no de los hombres, escije la justicia y reclama justamente una parte de su administracion.

El tribuno Terentilo Arsa, fué el primero que propuso al pueblo la abolicion de esta especie de servidumbre y la redaccion de un código de leyes para poner un límite lejítimo á la autoridad consular. Fabio se quejó altamente de esta innovacion, diciendo que nunca se habia propuesto una ley importante estando ausentes los cónsules. Muchos tribunos fueron de su opinion y el negocio fué aplazado para otra vez.

Algun tiempo despues se volvió á disputar sobre la ley terentila: el senado se opuso á un proyecto contrario á sus derechos, y sostenia que no podian hacerse leyes sin su participa-

cion. Ceson Quincio, jóven patricio, hijo del que despues se llamó Cincinnato, en el calor de la discusion prorrumpió en injurias contra el tribunado y el pueblo. Fué citado en juicio ante este y condenado al destierro, á pesar de las lágrimas y súplicas de su padre, que se afligió, sin indignarse, por la desgracia de su hijo, y que no por eso se encontró menos ardiente en defender la gloria y la independencia de aquel pueblo severo.

El castigo de Ceson y la moderacion del senado restablecieron la paz por algun tiempo. Los tribunos, cuyo poder era mayor durante las disputas, no estaban contentos con la tranquilidad, y para turbarla finjieron cartas, en las cuales se denigraba á muchos patricios haciéndoles sospechosos al pueblo.

CONSPIRACION DE HERDONIO.—

(A. M. 3544.—A. C. 460.) En el mismo momento que se finjia una conspiracion, se verificaba otra verdadera. Herdonio, sabio, rico y devorado de ambicion, esperando aprovecharse de las discordias entre el senado y el pueblo, juntó de esclavos y desterrados un partido que ascendia á cinco mil hombres. Los convocó y armó tan secretamente, que los cónsules no tuvieron

el menor conocimiento de ello. Pónese al frente de los suyos en medio de la noche, marcha al Capitolio, se apodera de él y esparce por la ciudad proclamas, en las que ecsortaba á los esclavos á que se reuniesen con su tropa para que no hubiese en Roma, decia, ni esclavitud ni destierro. Los cónsules, apenas supieron el suceso mandaron al pueblo tomar las armas; los tribunos, cegados por el odio, se opusieron con el pretesto de que la conspiracion era fingida. Publio Valerio, uno de los cónsules, indignado de aquella impostura, pone á los dioses por testigos de su verdad, representa lo inminente del riesgo, y ecsorta al pueblo á combatir contra aquellos esclavos que quieren ser sus señores. «Senadores, cónsules y plebeyos, dice, todos debemos marchar. Rómulo: condúcenos tú otra vez contra un sabino; yo te seguiré tan rápidamente como un mortal puede seguir á un dios. Ciudadanos, yo os mando tomar las armas; si alguno lo impide, lo tendré por enemigo olvidándoseme del consulado, de la autoridad tribunicia, y de las leyes. Si los tribunos mueven contra mí á los romanos, ya que prohiben hacerlo contra Apio Herdo-

nio, yo emprenderé contra ellos lo que el jefe de mi familia contra los reyes.»

Todavía vacilaba el pueblo: los senadores esparciéndose entre la muchedumbre, la instan, la ecsortan y la obligan á seguir á Valerio. Al mismo tiempo llegan á la ciudad algunas tropas de Túsculo, y el espanto hace creer que estos aliados fieles son enemigos. Marchan precipitadamente y atacan el Capitolio. Valerio perece en el principio de la accion: Voluminio, varon consular, hace ocultar su cadáver, para evitar el desorden que podía causar en la tropa la muerte del jefe. Los romanos triunfan de los enemigos; hacen en ellos una gran carnicería, y á pesar de su ostinada resistencia recobran la fortaleza despues de tres dias de combate. Herdonio murió peleando: todos sus cómplices perecieron: los injenuos fueron degollados, los esclavos crucificados. A Valerio se hicieron magnificas exequias.

CONSULADO DE CINCINNATO.—A pesar de todo, los tribunos no cesaban de agitar al pueblo. Para humillarlos, el cónsul Claudio hizo que la clase de los ricos le nombrase un coléga, sin llamar á las demás centurias, porque la unanimidad de las primeras

hacia inútiles los sufragios de las demás. El cónsul elejido fué Quincio Cincinnato. Los diputados que el senado le envió, le hallaron en su campo en traje de trabajador, guiando el arado. A la vista de la comitiva para sus bueyes: los lictores bajan los hachas delante de él, se le viste la púrpura consular, y los diputados le invitan á ir á Roma. Al despedirse de su mujer, le encargó el cuidado de su casa y le dijo con aflicción: «¿Quién sembrará este año nuestro campo?»

Llega al senado, toma posesion y convoca inmediatamente el pueblo; y sin contemplacion á ningun partido, reprende á los patricios su orgullo y debilidad, á los tribunos su audácia, y al pueblo su licencia. «El tribuno Virgilio, dijo, aunque no estuvo en el Capitolio, ¿fué menos digno de castigo que Apio Herdonio? Bien consideradas las causas, fué mas culpable. Herdonio por lo menos, declarándose enemigo, casi os escortó á tomar las armas: el tribuno, diciendo que no había guerra, os entregó desarmados á vuestros esclavos y rebeldes: y vosotros (lo diré con vénia de Cayo Claudio y del difunto P. Valerio) ¿por qué acometisteis la colina del Capitolio

antes de quitar del foro estos contrarios? ¡O baldon de los hombres y de los dioses! Ocupando los enemigos el alcázar, y habitando un jefe de esclavos en el santuario de Júpiter Optimo Máximo, profanadas todas nuestras deidades, se tomaron primero las armas en Túsculo que en Roma: y ha sido dudoso si la ciudad debió su libertad á Lucio Manlio, jeneral de los tusculanos, ó á los cónsules Publio Valerio y Cayo Claudio. ¿Creeis, ó tribunos, que habeis de conseguir la ley este año? A fé mia, que si la lograis, consiento que sea maldito el dia en que fuí creado cónsul, mas que aquel en que pereció Publio Valerio. Hemos resuelto yo y mi coléga llevar las lejiones contra los volscos y los ecuos.» El vigor del cónsul reanimó al senado y asombró á la plebe. Solo los tribunos se atrevieron á oponerse á su autoridad, diciendo que no le permitirian hacer alistamientos. «Ni es necesario, replicó Cincinnato: cuando Publio Valerio armó la plebe para recobrar el Capitolio, todos juraron que se reunirian á la órden del cónsul, y no se retirarian sin ella. Los que jurásteis, reunios mañana junto al lago Rejilo. Llevad provisiones, porque mi ob-

«jeto es que esteis acampados todo el invierno.»

Los tribunos, espantados de su firmeza, concurrieron al senado con muchos ciudadanos é imploraron su benevolencia. Se escusó que se sometiesen. Hiciéronlo así, y el senado dió un decreto para que ni los tribunos propusiesen la ley ni el ejército saliese de Roma por aquel año.

Cincinnato, tan prudente en la administracion como severo en el mando, se concilió, no solo la estimacion, sino tambien el amor del pueblo por su zelo, dulzura é imparcialidad. Sosegó los partidos con su justicia, y restableció la concordia entre el pueblo y los grandes.

VUELTA DE CINCINNATO AL CAMPO.—Cuando concluyó el tiempo de su magistratura, el senado, que tenia en él la mayor confianza, quiso que continuase haciendo las funciones de cónsul: se negó á ello y reprendió á los senadores con mas veemencia que al pueblo, porque violaban las leyes, cuando su obligacion era hacerlas respetar. Despues de haber llenado religiosamente todos sus deberes, volvió con serenidad á su arado. Los que rebajan estos admirables ejemplos, diciendo que los romanos ignoraban entonces la seducccion de

las riquezas ¿han reflexionado bastante en los rasgos de avaricia, tan comunes entre los patriotas desde el principio de la república? El amor de la pobreza pertenecia solo á los grandes hombres. Si esta virtud era rara, la pobreza al menos alejaba los vicios corruptores; y la disciplina militar, unida á la fuerza del cuerpo y al valor, debia hacer invencibles á los romanos.

La paz y la fortuna de Roma, parecia que habian salido con Cincinnato de la ciudad. La discordia volvió: los ecuos, volscos y sabinos se aprovecharon de ella para atacar á Roma: vencieron al cónsul Minucio y lo sitiaron en un campo.

SE DICTADURA.—El senado creyó necesario elejir un dictador, y el cónsul Naocio nombró á Cincinnato, á quien se separó otra vez de su arado. Viene á Roma, arenga al pueblo consternado, reanima su valor, nombra jeneral de la caballería á Lucio Tarquicio: manda cerrar las tiendas (señal de un gran peligro) y ordena á todos los ciudadanos capaces de militar, que se reunan á la tarde en el campo de Marte, con armas, pan cocido para quince dias y doce estacas cada uno. A la noche empezó la marcha: el ejército llegó sin ruido cerca

del enemigo y rodeó su campo: abre cada soldado por orden del dictador un foso delante de sí, planta la estacada y empieza á dar gritos altísimos. El cónsul Minucio, que estaba sitiado por los enemigos, oye los gritos de los romanos y hace una vigorosa salida contra los ecuos. El dictador los acomete, habiendo ya concluido sus atrincheramientos. Cojidos los enemigos entre dos ejércitos, arrojan las armas, se rinden, consienten en pasar por debajo del yugo, que era una especie de horca, formada de tres astas, y entregan encadenados á su jeneral Graco y á sus jefes. El dictador reunió despues el ejército de Minucio, subió á su tribunal, y mirando con severidad á los soldados, les dijo: «No tendreis parte en el botin de un enemigo, al cual saltó poco para teneros en su poder. »Y tú, Lucio Minucio, hasta que no adquieras el espíritu de un cónsul, mandarás esas tropas como lugarteniente.» Despues entró triunfante en Roma, precedido de las banderas y jefes enemigos, y seguido de su ejército cargado de botin. Los soldados cantaban su gloria, y hallaban á las puertas de todas las casas las mesas que el pueblo les tenia preparadas. Al mismo

tiempo se descubrieron pruebas de la inocencia de su hijo: este fué llamado del destierro y se castigó al calumniador.

ABDICACION DE CINCINNATO.—La dictadura podia durar seis meses: Cincinnato la abdicó á los dieziseis dias. El senado le habia ofrecido una parte de las tierras conquistadas; pero no la admitió, mas contento con su pobreza que un avaro con sus tesoros.

Algun tiempo despues los pueblos vencidos invadieron el territorio romano, y los tribunos empezaban á intrigar para que el pueblo no se armase. Cincinnato volvió á Roma y persuadió á los patricios salir al encuentro al enemigo con todos sus clientes. El espectáculo de esta tropa respetable de cónsules, senadores y oficiales superiores, que se entregaban á la muerte por la patria, conmovió al pueblo; y los tribunos previendo que tendrian que ceder, prometieron no oponerse al alistamiento, con tal que se aumentase hasta diez el número de los magistrados populares. Apio Claudio se oponia á esta ley, pero Cincinnato hizo que se adoptase. El pueblo se armó y la guerra se terminó con gloria de la república. Poco despues comenzaron las disensiones con motivo de la ley agraria, a-

animados los plebeyos por el discurso de Siccio Dentato, guerrero secsajenario y de una estatura colosal. «He militado, dijo, »cuarenta años; he sido oficial »treinta: me he hallado en ciento »veinte batallas: he recibido cua- »renta y cinco heridas: me han »premiado con catorce coronas »cívicas: tres murales y otras o- »cho por haber recobrado ban- »deras romanas, cojidas por el »enemigo, con ochenta y tres co- »llares, con sesenta brazaletes »de oro, dieziocho astas, y vein- »ticinco jaeces: ¡y no poseo me- »dia yugada de tierra! Esta es »mi suerte y la de mis compa- »ñeros de armas, mientras los »patricios gozan de las tierras »conquistadas con nuestra san- »gre.»

La muchedumbre, eseitada por este discurso, pedía á gritos la restitucion de las tierras usurpadas, y un nuevo repartimiento en las de conquistas. El senado estaba convencido de la justicia de estas reclamaciones; pero era difícil reparar abusos tan antiguos, distinguir lo heredado de lo adquirido, y las usurpaciones de las compras legítimas. Esta grande disputa no impidió á los romanos alistarse contra los ecuos y vencerlos. El ardiente orador Siccio peleó floja-

mente en esta guerra y persuadió al pueblo, que los cónsules Romilio y Veturio lo habian expuesto á peligros no necesarios.

Al año siguiente fué tribuno, citó en juicio á dichos cónsules, que fueron condenados á una multa. Los nuevos tribunos apoyados por el pueblo, instaron al senado que pudiese término á la arbitrariedad y sustituyese la justicia de las leyes al capricho de los cónsules. El senado creyó que no debía resistir mas á la opinion pública. En el consulado de Spurio Tarpeyo y Aulo Eternio, mandó que se enviasen embajadores á Atenas para estudiar las leyes de aquella célebre ciudad, y traer las que les pareciesen mas convenientes á la república; y que despues se deliberase sobre el nombramiento de los lejisladores y la duracion y límites de su autoridad. Los embajadores fueron Spurio Postumio, Servio Sulpicio y Aulo Manlio, todos cónsules. (A. M. 3552.—A. C. 452.) Partieron en tres galeras magníficas. Su viaje duró dos años. Cuando volvieron, el cónsul Menenio finjió estar malo, con el fin de retardar una deliberacion que debia producir grandes mudanzas; pero el pueblo, á instancias de los tribunos, aceleró los comicios y

elijó por cónsules á Apio Claudio y Tito Jenucio.

CREACION DE LOS DECEMVROS.

—No pudiendo el senado retardar ya el cumplimiento de sus promesas, decidió que diez magistrados, elejidos entre los senadores, se encargarían de redactar el nuevo código: que sus funciones durarían un año: que en este tiempo no habría cónsules ni tribunos, y que los decemvros dirigirían todos los negocios y juzgarían todas las causas sin apelacion. Este decreto, inspirado por el odio de los senadores contra los tribunos, fué adoptado con alegría por el pueblo porque destruía la autoridad de los cónsules. Así la envidia mútua de los dos órdenes produjo una institucion que podia destruir la libertad y convertir el gobierno misto de Roma en una oligarquía. Los cónsules abdicaron dando el primer ejemplo de obediencia á la ley; y las curias elijieron por decemvros á Apio Claudio, Tito Jenucio, Publio Sestio, Spurio Vetrurio, Cayo Julio, Aulo Manlio, Servio Sulpicio, Publio Curiacio y Spurio Postumio Albo.

Era acertado y necesario sustituir la regla á la arbitrariedad, y un código á los caprichos de los cónsules; pero la redaccion de

las leyes ecsije una meditacion profunda y una grande imparcialidad. El legislador, ocupado únicamente del interés público, no debe distraerse con ningun cuidado ni privado interés. Roma comelió un gran yerro encargando el cuidado de los negocios públicos á los legisladores, quitándoles el tiempo necesario para la meditacion de las leyes, y despertando en ellos el espíritu de ambicion tan contrario á la equidad; pero los decemvros eran el producto de las pasiones, cuya antorcha quema y no ilumina. Conducido por ellas el senado, arrogándose todas las magistraturas, destruía el tribunado que no podia sufrir; y el pueblo derribaba el consulado objeto de sus zelos.

El senado creia aumentar su autoridad dejando el poder en manos de diez patricios, sin considerar que los decemvros, una vez nombrados, formaban un cuerpo aparte con intereses contrarios á los del patriciado. Todas las magistraturas cesaron. Los nuevos jefes de la república llevaban todos el vestido consular: solo el presidente tenía lictores con haces. Su autoridad no duraba mas que un dia: convocaba el senado, proponia y ejecutaba los decretos. El tribunal de los de-

cemviro se reunia todas las mañanas: en él se decidían las causas de los ciudadanos y las contestaciones exteriores. En el primer año los nuevos magistrados fueron protectores de los débiles, apoyo de los pobres, prudentes en la administración, justos en sus sentencias; mostraron tanta virtud, moderación y equidad, que hicieron reinar el orden mas perfecto. El pueblo, sin intrigas ni discusiones, gozaba á un mismo tiempo de reposo y de libertad, y decia que con aquel gobierno no se acordaba de cónsules ni de tribunos. Apio ganó el amor y la estimación del pueblo, aun mas que sus colegas. Este hombre, antes tan violento, se mostraba dulce, humano y afable. El orgulloso enemigo de los plebeyos solo atendía ahora á hacerles bien, saludaba á los ciudadanos mas pobres, conocia sus nombres y hablaba familiarmente con ellos. Entre los decemviro reinaba la mayor union: trabajaron todo el año bajo la influencia de Apio, en redactar el nuevo código que compusieron con las mejores leyes de Grecia y las que se habian promulgado en Roma hasta entonces. Las de Grecia fueron traducidas por un desterrado de Efeso, llamado Hermodoro, al

qual en premio de su trabajo, se erigió una estatua. Concluido el código, fué grabado en diez tablas de bronce que los decemviro presentaron al pueblo para que las examinase. Apio escortó á todos los ciudadanos á meditar y discutir todas las leyes, y á dar parte de sus observaciones á los decemviro, para que el código fuese no solo aceptado, sino formado por el mismo pueblo.

Los legisladores se valieron tambien del consejo de los hombres mas sabios de la república: y modificadas las leyes segun los dictámenes de estos, fueron adoptadas primero por el senado y despues por el pueblo, reunido en centurias, y á presencia de los pontífices y augures. Este código tan solemnemente ratificado, se grabó de nuevo en tablas de bronce que se colocaron en una columna erijida en medio del foro. Estas tablas, segun Tito Livio, eran todavia en su tiempo las fuentes de todo el derecho público y privado. Ciceron, el mas sabio y elocuente de los romanos, hace de ellas un elogio magnífico.

Un año habia pasado desde el establecimiento de los decemviro, y como su autoridad concluia, se deliberó en el senado

sobre la forma de gobierno que habia de darse á la república; porque el nuevo código era civil y no fundamental. Algunos senadores dijeron que las tablas eran todavía incompletas, y se creyó útil continuar otro año el gobierno decemviral, con el cual habian estado igualmente contentos todos los órdenes. Mandó pues que se nombrasen nuevos decemvros, y el pueblo aprobó con alegría esta resolución. Reunidos los comicios, los senadores mas distinguidos solicitaron el favor del pueblo. Apio, el mas ambicioso de todos, ocultando sus miras con el fingido deseo de descansar, aparentó alejarse de su objeto para llegar mas pronto á él. Mientras mas indiferencia mostraba por el poder, mas le instaba el pueblo á que lo solicitase. Cediendo en fin, se une con la plebe, y se pasea familiarmente en la plaza con los plebeyos mas fogosos, con los Dicilios, Icilios y Siccios. Esta popularidad no estaba en su carácter; pero nadie es mas bajo que un orgulloso cuando quiere elevarse. Semejante conducta engañaba al pueblo; pero inspiró sospechas á los senadores. No atreviéndose á contrariarle abiertamente, le nombraron presidente de los comicios, esperando que

obligándole este empleo á designar los candidatos, el pudor le haria no designarse á sí mismo; porque una ambicion tan escandalosa, de que solo habian dado ejemplo algunos tribunos, era siempre castigada por la desaprobacion jeneral.

Pero mal conocian á Apio. Este hombre arrogante, se puso el primero en la lista, apartó del concurso á todos aquellos cuyo carácter y firmeza temia, é hizo recaer la eleccion del pueblo en nueve senadores que estaban á su devocion. El segundo elegido fué Quinto Fabio, que habia sido cónsul tres veces, hombre hasta entonces irrepreensible, pero ganado por las intrigas de Apio. Marco Cornelio, Marco Servilio, Lucio Minucio, Tito Antonio y Manio Rabuleyo, patricios, fueron nombrados sin mas mérito que una ciega sumision á la voluntad del presidente. En fin, insultando abiertamente al senado, propuso é hizo elegir á tres plebeyos, Quinto Petilio, Ceson Dutilio y Spurio Opio, cuyas intrigas le habian granjeado los votos del pueblo. Hecha la eleccion, los nuevos decemvros tomaron posesion de su empleo el dia de las idus de mayo. Apio se quita osadamente la máscara: reúne sus colegas, les hace jurar que

participarian todos igualmente de la autoridad, que no recurrirían sino rara vez al senado y al pueblo, que se auxiliarian unos á otros, y se perpetuarian en sus destinos. Para llegar al poder habia creído necesaria la popularidad; para conservarlo se valió del terror. Desde el primer día se presentaron los decemviro en la plaza, cada uno con doce lictores armados de segures, amenazando con ellas á los ciudadanos de arrogarse la facultad de vida y muerte.

Los nuevos tiranos se hacen entonces inaccesibles, desechan las súplicas y las quejas, castigan la murmuración, escuchan con desden, responden con dureza, conciertan las sentencias antes de oír á las partes, y agravan

las penas de las cuales hay apelación. El pueblo, conociendo que se ha dado señores, implora el favor del senado, que en los primeros días, en lugar de compadecerlo, se gozó en sus padecimientos y humillación. Los decemviro corrompen á los patricios jóvenes, favorecen sus vicios, y son ministros complacientes de sus caprichos. Entregándose desenfrenadamente á sus pasiones, roban á los ciudadanos sus riquezas, á las mujeres su pudor: hacen azotar ó perecer á los que se atreven á resistir ó á amenazar. La opulencia es un crimen, la queja una conspiración, la hermosura una calamidad: la libertad conduce á la muerte, y la virtud ó habita las cárceles ó sube al cadalso.

FIN DEL TOMO SÉTIMO.

ÍNDICE

DE LOS LIBROS, CAPITULOS Y MATERIAS

CONTENIDOS EN ESTE VOLUMEN.

CONTINUA EL LIBRO NONO.

CAPITULO VII. —Los macabeos.—Martirio de Eleazar y de los jóvenes macabeos.—Matatias.—Azadías de Judas Macabeo.—Judas Macabeo.—Muerte de Antioco.—Muerte heroica de Eleazar.—Gobierno de Jonatás.—Alianza entre Jonatás y Alejandro Bala.—Gobierno de Simon.—Jerusalem libertada por Hircano.	5
CAP. VIII. —REINO DE JUDEA.—Aristóbulo.—Alejandro.—Alejandra.—Hircano.—Expedicion de Pompeyo a Judea.—Sitio y toma de Jerusalem por Pompeyo.—Herodes.	18
CAP. IX. —JESUCRISTO. SU NACIMIENTO, VIDA Y MUERTE.	19
CAP. X. —DESDE EL ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO HASTA LA DISPERSION DE LOS JUDIOS.—Estado de la Judea bajo los romanos.—Agripa II.—Guerra de los judios contra los romanos.—Muerte valerosa de sesenta judios en una caverna.—Ruina de Jerusalem por Tito.—Incendio del templo por un soldado.—Dispersion de los judios.	45

LIBRO DECIMO.

HISTORIA DE LA BRITANIA.

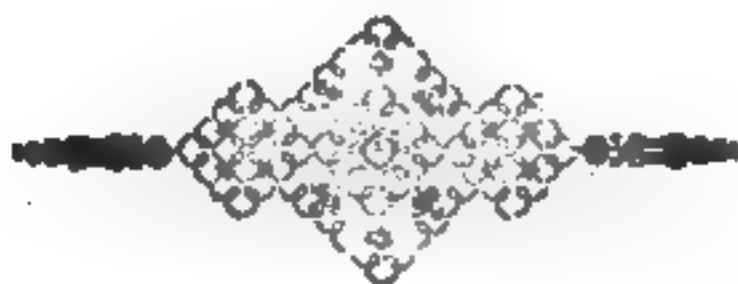
CAPITULO PRIMERO. —Religiones orientales.—Decadencia de la religion de los griegos y de los romanos.—Moisés.—Historia de los judios.	59
CAP. II. —Jesucristo.—Del establecimiento del cristianismo y de las primeras alteraciones que sufrió.—De la iglesia cristiana.—Conclusion.	85

LIBRO UNDECIMO.

HISTORIA ROMANA.

CAPITULO PRIMERO. —Introduccion á la historia romana.—Pueblos primitivos de Italia.—Acontecimientos antes de la fundacion
--

de Roma. — Orijen de Rómulo y Remo. — Fundación de Roma. — Rómulo, primer rey de Roma. — Robo de las sabinas. — Reinado de Rómulo y de Tacio. — Interregno, y Numa Pompilio. — Orijen del nombre de Roma. — Eleccion de Numa. — Institucion de las vestales. — Tulo Hostilio, rey. — Combate de los Horacios y Curios. — Traicion de Mecio y ruina de Alba. — Anco Marcio, rey. — Tarquino el antiguo. — Servio Tulio. — Establecimiento del censo. — Tarquino el Soberbio. — Orijen del nombre Capitolio. — Violacion de Lucrecia. — Juramento de Bruto.	99
CAP. II. — Bruto y Colatino, primeros cónsules. — Conjuracion y suplicio de los hijos de Bruto. — Guerra con la Etruria. — Guerra de Porsena y sitio de Roma. — Mucio Scévola. — Valor de Clelia. — Guerra con los sabinos. — Orijen de las discordias entre la plebe y el senado. — Creacion de la dictadura. — Batalla del lago Regilo. . .	141
CAP. III. — DESDE LA MUERTE DE TARQUINO HASTA LA EXPULSION DE LOS GALOS. — Guerra con los volscos. — Retirada del pueblo al monte sagrado. — Creacion de los tribunos del pueblo. — Azañas de Marcio Coriolano. — Ambre en Roma. — Ambicion y orgullo de Coriolano. — Destierro de Coriolano. — Sitio de Roma por Coriolano. — Conjuracion de Casio. — Muerte de Casio. — Combate del Cremera. — Revolucion de Voleron. — Peste en Roma. — Despotismo de los cónsules. — Conspiracion de Herdonio. — Consulado de Cincinnato. — Vuelta de Cincinnato al campo. — Su dictadura. — Abdicacion de Cincinnato. — Creacion de los decenviros. — Redaccion de un nuevo código. — Asesinato del tribuno Sicio. — Violencia contra Virginia. — Retirada del pueblo al Aventino. — Juicio y muerte de Apio. — Creacion de los tribunos militares. — Creacion de la censura. — Conspiracion de Spurio Melio. — Dictadura de Mamercio Emilio. — Creacion de la censura. — Sitio de Veyes. — Dictadura de Camilo. — Abdicacion de Camilo. — Destierro de Camilo. — Desórdenes en Roma. — Toma de Roma. — El Capitolio salvado por los pájaros sagrados. — Derrota completa de los galos.	157



HISTORIA
UNIVERSAL
ANTIGUA Y MODERNA.
TOMO VIII.

STAT SUA CUIQUE DIES.

VIRG.

HISTORIA

UNIVERSAL

ANTIGUA Y MODERNA,

FORMADA PRINCIPALMENTE

CON LAS OBRAS DE LOS CELEBRES ESCRITORES

EL CONDE DE SEGUR, ANQUETIL Y LESAGE,

Y CON PRESENCIA DE LAS ESCRITAS

POR

**M. MILLOT, MULLER, CHATEAUBRIAND, BOSSUET, THIERS, GUIZOT,
GUAY, MICHELET, MIGNET, ROBERTSON, NODIER, MONTESQUIEU,
ROLLIN, MARIANA, MIÑANA, SOLIS, TORENO, MARLIANI, MICHAEL etc.**

FINALIZANDO

CON UN DICCIONARIO BIOGRÁFICO UNIVERSAL.

OBRA COMPILADA

POR UNA SOCIEDAD HISTORIOGRÁFICA,

BAJO LA DIRECCION DE

A. MARTINEZ DEL ROMERO,

**INDIVIDUO DE VARIAS SOCIEDADES ARTÍSTICAS Y LITERARIAS,
NACIONALES Y ESTRANJERAS.**

**MADRID:
1842.**

Oficina del Establecimiento Central,
calle de Atocha, núm. 63, cuarto principal.

HISTORIA

UNIVERSAL.

CONTINUA EL LIBRO UNDECIMO.

CONCLUSION DEL CAPITULO III.

Todos los romanos esperaban, para verse libres de esta tiranía, que llegasen las idus de mayo. Llegaron, pero Apio y sus colegas, en desprecio de la costumbre y de las mismas leyes que acababan de publicar, promulgaron, sin consultar al pueblo ni al senado, un decreto por el cual continuaban su magistratura; y añadieron á sus tablas una ley prohibiendo espresamente los matrimonios entre patricios y plebeyos.

El pueblo romano, ya vencedor de tantas naciones, temblaba delante de diez magistrados, y de ciento veinte lictores. Los que

arrojaron á sus reyes, no se atrevían á defender la libertad. Roma no era ya Roma, sino una vil caverna en que los decenviros entregaban la vida y los bienes de todos á su voracidad y á la de sus satélites. Los plebeyos, que tenían honor ó caudal que conservar, habían huido de Roma: los senadores se retiraban ó á sus casas de campo, ó á las ciudades vecinas. Solo quedaban alrededor de los decenviros sus criminales amigos, y la multitud segura en su oscuridad, que no conoce mas ley que el interés, y que aumenta siempre con su indiferencia los

fuerzas del partido dominante.

El abatimiento de los romanos inspiró á los ecuos y sabinos la confianza de vengar sus antiguas derrotas, y acometieron á un pueblo descontento y humillado que aborrecia mas á su gobierno que á sus enemigos. Talaron el territorio de Roma y se acamparon á seis leguas de la ciudad. Los decenviros, aterrados, no conocieron su error hasta que tuvieron necesidad del espíritu público que habian destruido. Convocan el senado, y el pueblo decia que ese era un favor debido á los enemigos. El presidente espone la triste situacion de la república y el peligro de la invasion extranjera. Lucio Valerio Potito, habló aunque no le tocaba. Apio Claudio quiso obligarle á callar. «No hablo, »dijo él, para responderte: un »negocio mas importante me ocupa: te acuso de conspiracion »contra el estado; acuérdate que »soy senador y que me llamo Valerio. Fabio Vibulano: á tí solo »me dirijo: te hemos nombrado »cónsul tres veces; si aun tienes »todavía ese zelo por la república, y esas virtudes que han »merecido nuestra estimacion y »nuestros sufragios, secúndame! »Levántate; libranos de la insupportable tiranía de tus colégas;

»todo el senado tiene fijos los »ojos en tí, y te mira como su »único apoyo.»

Fabio, desconcertado, vacilaba: mas engañado que pervertido, dudaba entre su nueva amistad y sus antiguos deberes. Sus colégas, temiendo su debilidad, le rodearon para que no respondiese. Marco Horacio Barbato, descendiente del antiguo Horacio, exclamó: «Dan cuenta de la guerra de los »sabinos, como si el pueblo romano tuviese otra mas cruel »que con los nombrados para »formar las leyes que no han dejado en la ciudad ningun derecho, destruyendo los comicios, »los majistrados anuales, la vicisitud del mando, único antemural de la justicia, y ejerciendo el imperio réjio, cuando no son mas que particulares. »Hemos tenido despues de los »Tarquinos, majistrados patricios: despues de la retirada de »la plebe, majistrados plebeyos. »¿A qué clase pertenecen los decenviros? ¿A los plebeyos? nada »han hecho por medio del pueblo. ¿A los patricios? En un año »no han reunido el senado: y »ahora que lo convocan, proibien »hablar del estado de la república. Pues no confien en el miedo »ajeno; porque ya es mas grave lo »que se sufre que lo que se teme.»

Apio, disimulando su furor, no respondió á los ataques de Horacio y Valerio: fingió sacrificar todo interés privado al público, y habló solamente de los peligros de la patria, y de la necesidad de prepararse á la guerra. Pero Apio Claudio, su tío, á quien pidió que hablase primero, creyendo que su dictámen le seria favorable, apoyó la opinion de Horacio, y conjuró á los decemvros por los munes de sus abuelos, que renunciasen á la tiranía, é hiciesen voluntariamente lo que tendrian que hacer por la fuerza. Concluyó diciendo que la convocacion del senado era ilegal; por tanto, que no debía dar ningun decreto. Esta opinion prevalecia cuando Cornelio, hermano de uno de los decemvros y ganado por ellos, hizo presente que la costumbre de Roma era combatir y no deliberar, y suspender todas las querellas interiores cuando un enemigo extranjero amenazaba la independencia pública. «Venzamos á los sabinos, y despues deliberaremos acerca de las proposiciones de Horacio y Valerio.» La mayoría de los senadores se decidió, como hacen todos los débiles en las grandes crisis, por este partido medio. Los decemvros obtavie-

ron todo lo que deseaban; hicieron el alistamiento y partieron al frente de dos ejércitos, uno contra los ecuos, y otro contra los sabinos. Apio y Opio se quedaron en Roma. Las legiones, no queriendo dar la victoria á unos jefes que detestaban, se dejaron vencer, y los enemigos se apoderaron del campamento romano. Esta noticia alarmó á Apio: levantó nuevas tropas, y las mandó estar á la defensiva; pero dos nuevos crímenes, cometidos uno en el ejército y otro en la ciudad, apresuraron la revolucion que destruyó la tiranía. La larga paciencia de los pueblos engaña á los gobiernos injustos; el silencio oculta el peligro; pero cuando la fermentacion está madura, una chispa produce la explosion.

ASESINATO DEL TRIBUNO SICCIO.

—Los decemvros que mandaban los ejércitos, temian al antiguo tribuno Siccio, que hablaba libremente contra su prepotencia. Confiáronle una expedicion, y le dieron una tropa de soldados sobornada para asesinarle. Siccio vendió cara la vida, y pereció despues de haber muerto á muchos de sus asesinos. Sus compañeros, cuando volvieron al campo, contaron que los enemigos los habian rodeado y

batido, y que su jefe había muerto en el combate.

La pérdida de un guerrero tan valiente, causó mucho dolor en el ejército. Una coorte que había salido para enterrar los muertos, observó que no estaban despojados, que no había vestigios de tropas enemigas, y que todos los cadáveres eran romanos. El crimen no era dudoso: el cuerpo de Siccio fué traído al campo: las legiones indignadas pedían que se castigase á sus asesinos; pero los decemvros habían hecho que desapareciesen. Desde este momento el ejército estuvo preparado á la rebelión.

VIOLENCIA CONTRA VIRGINIA.—

En el mismo tiempo se cometía en Roma un crimen, quizá mas horrendo. Lucio Virginio, plebeyo, tenía una hija de notable hermosura, que estaba prometida por esposa á Icilio, tribuno del pueblo antes del decemvirado. Esta jóven, huérfana de madre, vivía bajo la tutela de unas mujeres que cuidaban de su educación. Como siempre que iba á las escuelas públicas pasaba por la plaza delante del tribunal de Apio, el decemviro la vió y ardió por ella. La ley que él mismo había promulgado, le prohibía casar con una plebeya: intentó, pues, todos los me-

dios de seducción, que fueron inútiles por la inocencia de Virginia, y la probidad incorruptible de las mujeres que la guardaban. Apio, no acostumbrado á hallar resistencia á sus voluntades, determinó lograr por la injusticia lo que no había podido por el soborno.

Marco Claudio, uno de sus clientes, intrigante sin honor, y ministro de las desonestidades del decemviro, encuentra á Virginia acompañada de su nodriza: la detiene, la reclama como una esclava que le pertenece, y quiere llevársela por fuerza á su casa. La nodriza implora el socorro del pueblo en favor de la hija de Virginio y prometida esposa de Icilio. Los amigos de ambas familias acuden en tropel y la defienden. Claudio, cobarde como todos los hombres viles, habla con mas suavidad, asegura que no usará de violencia, y cita á la doncella para el tribunal del decemviro. Ante él espone que Virginia es hija de una de sus esclavas; la cual, habiéndola robado de su casa, la llevó á la de Virginio, cuya mujer siendo estéril, había fingido que aquella era su hija. Aseguraba que daría tales pruebas de este hecho, que Virginio no podría resistir á ellas: y como no era posible dar

sentencia definitiva durante la ausencia de Virginio, que estaba en el ejército, pedia que provisoriamente se mandase á la esclava seguir á su señor. Numitorio, tío de Virginia, respondió que segun una ley dada por los mismos decenviros, toda persona de cuya condicion se dudaba, debia gozar provisoriamente de libertad; por tanto pidió un término hasta que Virginio pudiese venir á defender su hija.

Apio dijo que en efecto existia la ley citada, y que si Virginio estuviere presente se le entregaria su supuesta hija interinamente; pero que su ausencia variaba el caso de la ley: que á su vuelta podria reclamar á Virginia, y entretanto Claudio debia tenerla en su poder bajo la obligacion de presentarla á petición de Virginio. Virginia y las mujeres prorrumpieron en lágrimas y jemidos al oír esta injusta sentencia: la indignacion del pueblo era jeneral; pero el terror impedía que se manifestase. Ibase ya á poner en ejecucion la orden del decenviro, cuando el ardiente Icilio, rompiendo por enmedio de la muchedumbre, acude para defender á su esposa: un liclor quiere rechazarlo: «Pérfido Apio, grita el amante furioso: no me echarás de aquí con un

decreto, nó; es menester que emplees el acero, si quieres encubrir con el silencio el secreto de tus designios criminales. He de casarme con esta doncella, y ha de llegar casta y virgen á mis brazos. Así, convoca todos los lictores de tus colegas y mandales que desaten sus varas y asegures. No estará un momento la esposa de Icilio fuera de la casa de su padre. No porque nos hayas quitado la potestad tribunicia y la apelacion al pueblo, des baluartes de la libertad, ha de tener tu liviandad un dominio injusto sobre nuestras hijas y mujeres. Despedazad nuestras espaldas y cuellos; pero respetad por lo menos la castidad. Si se hace violencia á esta doncella, yo invocaré á favor de mi esposa la fé de los Quirites que están presentes: Virginio, por su hija, y de los soldados, y todos la de los dioses y los hombres; y sin matarnos no se ejecutará tu sentencia. Te pido, ó Apio, que reflexiones una y otra vez á cuánto me espones.» Estas palabras conmovieron á todo el pueblo, y Apio, viéndolo dispuesto á romper, se creyó obligado á ceder á la tempestad. «Icilio, dijo, no defiende á Virginia; sino como hombre turbulento que respira

«aun los fuegos tribunicios, busca pretextos para sediciones: no los daré, atento mas que á su impudencia, al mérito de Virjínio ausente, á la patria potestad y al nombre de la libertad. Pediré á Marco Claudio que cada de su derecho y espere á mañana. Virjínio no se presenta, mostraré á Icilio y á sus camaradas que me bastan mis lictores para castigar á un sedicioso.»

Disimulando su resentimiento despachó otras causas, y concluido el tribunal se retiró furioso y devorado de inquietudes. Envió un aviso á sus colegas para encargales que detuviesen á Virjínio; pero el amor, mas pronto que el odio, se habia anticipado. Virjínio, informado del peligro de su hija, salió del campamento antes que llegasen las órdenes de Apio, y siguiendo un camino diferente del real, llegó á Roma y calmó la furia de Icilio y los temores de Virjinia.

Al día siguiente se presenta con ella en el foro. La palidez de la jóven, su hermosura realzada con las lágrimas, y el dolor varonil de su padre que tendia á los concudadanos sus membrudos brazos implorando socorro, enternecieron todos los corazones. Su infortunio advertia á

cada familia los peligros que la amenazaban. Apio sube al tribunal con ademán fiero: las tropas bajan del Capitolio y guarnecen la plaza. El pueblo en un profundo silencio parecia esperar su condenacion.

El insolente Claudio se queja de la lentitud del juicio; revistiendo su vileza con la apariencia del valor, acusa de parcial al decemviro y renueva su demanda. Virjínio demuestra hasta la evidencia lo absurdo de su petición. Su esposa no habia sido estéril, sino madre de muchos hijos: habia alimentado á Virjinia á sus pochos, y un gran número de parientes y amigos daban testimonio de estos hechos, á los cuales ya era imposible replicar. El juez se enfurece al ver la conviccion que subyuga todos los ánimos: ciego por la violencia de su pasion, no quiere oír mas á los defensores de Virjinia, y sentencia que pertenece á Claudio. Los circunstantes levantan las manos al cielo y llenan el aire con sus clamores. Apio, ya fuera de sí, dice que si los sediciosos no se callan, allí estan tropas para castigarlos; y manda á los lictores que separen el pueblo y entreguen la esclava á su dueño. La multitud temerosa se retira, y la infeliz donde-

lla va á ser víctima del crimen. Virginio, con una serenidad precursora de la desesperacion, supplica á Apio que le permita consolar á su hija, é indagar de ella la verdad, interrogando en su presencia á la mujer que la habia asistido en su infancia. Apio lo consiente. Virginio se separa á un lado con su hija, cerca del puesto de un carnicero, y tomando de él un cuchillo dijo: «No tengo otro medio de ponerte en libertad.» Sepúltale el cuchillo en el seno, y sacándolo ensangrentado: «Apio, clamó: con esta sangre consagro tu cabeza á los dioses del infierno.»

RETIRADA DEL PUEBLO AL AVENTINO.—(A. M. 3555.—A. J. 449.) Este ntroz espectáculo produjo un tumulto espantoso. Apio, inmóvil en su tribunal, queda helado de horror. Virginio, bañado con la sangre de su hija, levantado el puñal que aun humea, corre furioso por la plaza, llama los ciudadanos á la libertad, se abre camino hasta las puertas de Roma, monta á caballo y vuela al campamento seguido de mas de cuatrocientos plebeyos. Icilio y Numitorio se prosternan junto al cadáver: las mujeres los rodean y esclaman entre lágrimas y jemidos: «¿Es

este el premio de la onestidad? » «¿Es esta la suerte de los padres?» Al dolor sucede la rabia: Icilio y sus amigos gritan *venganza y libertad*: la multitud repite estas palabras. Apio manda prender á Icilio: una parte del pueblo, á la cual se juntan Horacio y Valerio, le defiende. El decemviro, seguido de una tropa de jóvenes patricios, acude á dar ánimo á sus lictores; pero el pueblo los maltrata y dispersa y rompe los haces. Apio se aleja y tiene la imprudencia de convocar los comicios: Horacio y Valerio le siguen: mandan poner sobre un tablado el cuerpo de Virginio, y acusan á los decemviro por su usurpacion y sus atentados.

En vano se esfuerza Apio para contener el tumulto. La vista de Virginio, testigo irrecusable, subleva el pueblo contra él. Su voz no es oida en medio de los gritos: su partido le abandona. Creyéndose perdido se cubre con su manto, y oculta en una casa vecina su oprobio, su miedo y su desesperacion. El pueblo, que hubiera debido defender á Virginio, se apresura á dar los últimos honores á su cadáver. Se le hacen magníficos funerales: las matronas romanas la cubren de flores y coronas, y la llevan en triunfo al sepulcro. Mientras que

en Roma la Horaban, Virjinio se disponia á vengarla. Todo el ejército, sabida su desgracia, acudió á verle. «No me atribuyais,» les dice, la maldad de Apio Claudio: no me detesteis como parricida: hubiera muerto por conservar la vida de mi hija, á haber podido conservar con ella su honestidad. Viéndola llevar como una esclava al estupro, creí que le era mejor morir honrada que vivir prostituida, y por compasion me arroje á lo que parece crueldad. Yo no sobreviviria á mi hija si no conservase en vosotros la esperanza de vengarla. También tenéis hijas, hermanas y mujeres. La liviandad de Apio Claudio no se ha apagado con la sangre de Virjinia: si queda impune, será mas desenfrenada. Escarmentad en mi infortunio. Yo he perdido á mi esposa, arrebatada por la muerte: mi hija, que ya no podia vivir con honestidad, ha caido infeliz, pero honrada. Ya no tiene víctimas en mi familia la liviandad de Apio Claudio. Yo sabré libertarme de toda violencia como liberté á Virjinia: que los demás miren por sí mismos y por sus hijos!»

A estas palabras se levanta un grito jener. l: todos juran vengar-

le. Las noticias de Roma llegan en este momento. El ejército toma las armas y las banderas, y marcha á la ciudad: los decemviro quieren detenerle: los soldados les dicen que sabrán hacer buen uso de sus espadas. Atraviesan toda Roma llamando los ciudadanos á la libertad, y toman posicion en el Aventino. En medio de este desorden, el decemviro Opio convoca el senado: este envió al ejército tres individuos suyos para calmarlo y restablecer la paz. Las lejiones declaran que no tratarán sino con Valerio y Horacio. Como estaban sin jefes, Virjinio les aconsejó nombrar diez tribunos militares. Siguióse su dictámen y él fué el primer elegido; pero reusó este honor, incompatible con la afliccion de su ánimo. El segundo ejército siguió el ejemplo del primero, y se reunió con él en el Aventino.

En estas tristes circunstancias, alborotado el pueblo, rebeldas las tropas y sin poder la magistratura, el senado se juntaba inútilmente todos los dias, y no podia lograr que los decemviro abdicasen su autoridad hasta acabar la redaccion completa de las leyes. Horacio y Valerio se negaban á tratar con las lejiones mientras subsistiese el

decemvirado. Esta incertidumbre aumentaba el desorden y el riesgo. Los dos ejércitos, disgustados de estas lentitudes, pasaron del Aventino al monte sagrado, donde los siguió la mayor parte del pueblo, dejando convertida á Roma en una vasta soledad. Entonces preguntaron los senadores á los decemvros si querian mandar en las paredes. «¿No os avergonzais de ver en el foro mas liectores que ciudadanos? ¿Qué hareis si el enemigo acomete la ciudad, ó la plebe indignada entra en ella con armas? ¿Queréis que perezca Roma con vuestro mando?» La obstinacion de los tiranos cede en fin á la necesidad. Prometen abdicar con tal que se les den seguridades contra el furor del pueblo. Horacio y Valerio van al ejército, que les pide el restablecimiento del tribunado y de la apelacion, y el castigo de los decemvros. Horacio y Valerio aceptan las dos primeras proposiciones, é instan al pueblo á que desista de la venganza y ponga fin á las turbulencias que afligian la república. El pueblo y el ejército, vencidos por su virtuosa elocuencia, declararon que se remitian al senado en todos los puntos. Cuando los diputados dieron cuenta de su

misión, Apio dijo: «No ignoro la suerte que me amenaza: se dile la pelea contra nosotros hasta que se den armas á nuestros enemigos. El odio pide sangre; sin embargo no por eso dejaré de abdicar.»

El senado mandó á los decemvros, por un decreto, que abdicasen, y el gran pontífice Furio, que nombrase los tribunos del pueblo, y prohibió que se hiciesen pesquisas acerca de los autores de la sublevacion del ejército. Este decreto restableció la tranquilidad y convirtió en alegría la consternacion. El pueblo volvió á la ciudad: los tribunos nombrados fueron Virjnio, Icilio, Numitorio, Sicinio y Duilio. Se eligieron cónsules á Valerio y á Horacio. Como la caída del gobierno decemviral era el triunfo del pueblo, no se limitó este á destruir la tiranía: se aprovechó de la victoria para pedir y obtener nuevos derechos en perjuicio de los patricios. Horacio y Valerio se creian obligados por sus nombres mismos á ser populares, y dieron una arma terrible á la plebe, estableciendo que las decisiones de los comicios por tribus, serian tan obligatorias como las de las centurias. Otro decreto prohibió bajo pena de muerte,

crear una magistratura, de la cual no pudiese haber apelacion al pueblo, y se fulminó la misma pena contra todo hombre que maltratase á un tribuno. En fin, el depósito de los senatoconsultos, que estaba en el templo de Ceres, se puso bajo la salvaguardia del pueblo. El senado tuvo que aceptar estas leyes, que le debilitaban sin hacerlo mas popular: porque cediendo á la fuerza, no daba un beneficio, sino sufría una derrota: y el sacrificio á que se le obligaba, inspiraba la desconfianza mas bien que el amor.

JUICIO Y MUERTE DE APIO.—Los tribunos citaron á Apio en juicio: la presencia de los jóvenes patricios que le acompañaban, recordaba sus vicios y atentados. Apio, careciendo del valor que solo la virtud puede inspirar, se mostró tan bajo en la desgracia como insolente había sido en la prosperidad: empleó inútilmente los ruegos para aplacar á un pueblo ofendido: celebró la justicia de su código, y recordó que su amor al pueblo le había granjeado el odio de los patricios. Virginio no le permitió que divagase fuera del hecho de que se le acusaba: y como la denegacion era imposible, solo respondió: *apelo al pueblo.* Esta

apelacion, que él había destruido, fué su primer castigo: pues buscaba su salud en el mismo pueblo que había tiranizado. El tribuno le señaló día para que el pueblo juzgase, condescendiendo con su demanda; pero entretanto le puso en prision con el pretesto de que no podía gozar del privilegio de la ley que él mismo había quebrantado: rigor, que pareció venganza y no justicia, quitándole á su enemigo la proteccion de las formas legales.

■ venerable tío de Apio lo había atacado valerosamente cuando era decemviro; y tomó su defensa cuando fué reo, con jenerosidad, pero inútilmente: sin embargo, causó impresion en los ánimos cuando recordó sus servicios y azañas, los triunfos de su familia y la sabiduría de sus leyes; pero Virginio, invocando los manes de su hija, renovó los movimientos de indignacion: y el reo, perdiendo toda esperanza de sustraerse á la venganza pública, se dió muerte en la cárcel. Apio imitó este acto de valor ó de debilidad, que el honor aconseja algunas veces y que la virtud proibe siempre.

Los demás decemviros fueron desterrados y confiscados sus bienes. Marco Claudio fué condenado á muerte; pero Virginio hizo

que se conmutase esta pena en la de destierro. Temíase una reaccion tan terrible como la tiranía. El tribunado; como todo partido que se levanta, traspasaba los límites de la justicia. La prudencia de Duilio puso fin á los furores de sus colegas. «Basta, les dijo, de libertad y de castigos: no permitiré que en este año se forme causa ni se prenda á ningun ciudadano: porque ni quiero que se persigan los anteriores delitos, cuando los nuevos se han espiado con los suplicios de los decenviros, ni el cuidado de los dos cónsules en defender nuestra libertad, dará lugar á que sea preciso poner en actividad la fuerza tribunicia.» Esta declaración firme y moderada restableció la paz en Roma.

Las doce tablas grabadas de nuevo, se presentaron á la aprobación del pueblo. Ciceron hace de ellas un elogio magnífico, llamándolas la razón escrita. No teme decir que todos los principios de la sociedad se encuentran en las doce tablas; que son superiores á todas las bibliotecas de los filósofos, por el peso de su autoridad, y por las ventajas que de ellas resultan. «Porque, añade, de la ciencia del derecho civil aprendemos á cono-

cer que la honradez y la virtud deben preferirse á todo; por una parte nos manifiesta el verdadero mérito honrado por las recompensas, las dignidades y la gloria; y por otra castigados los vicios y las injusticias por las multas, la ignominia, la prision, el azote, el destierro y la muerte; y estas lecciones nos las da no con largas y vanas disputas, sino con un tono de autoridad que nos hace domar nuestras pasiones, poner un freno á nuestros deseos, conservar nuestros bienes sin poner nuestros ojos ni manos codiciosas sobre el bien de otro.» (*Lib. I. De Orat. 193.*) Tal debía ser la legislación: mas á pesar de esto este cuadro parece mas admirable que cierto bajo algunos aspectos.

Las leyes de las doce tablas, de las cuales no quedan mas que unos fragmentos, eran claras y precisas, superiores en este punto á las de Solon, aunque mucho menos conformes á la humanidad. En muchos puntos respiraba el espíritu de tiranía que los decenviros no disimularon mucho tiempo. Los padres conservaban sobre los hijos un poder absoluto y casi odioso, y lo mismo los amos sobre los esclavos: los deudores estaban entre-

gados á las violencias de los acreedores: despues del tercer dia de mandada pagar la deuda, si no lo hacia, podian los acreedores hacer pedazos el cuerpo de un deudor insolvente y repartirlo entre sí. (Esta es la opinion comun; pero ¿es creible que una ley tan atroz se hubiese expedido?) Habia penas capitales contra los autores de libelos y los postas; y otras muchas disposiciones crueles que fué necesario modificar al momento, dan á conocer el espíritu de los legisladores.

Podia matar al ladron siempre que viéndose este perseguido se pusiese en estado de defensa. La ley obligaba entonces sin embargo, á gritar y pedir el auxilio de los ciudadanos. «Es una cosa esta, dice Montesquieu, que deben siempre exigir las leyes que permiten se tome uno la justicia por sí mismo; es el grito de la inocencia que, en el momento de la accion, llama á los testigos y á los jueces.» El ladron sorprendido con la cosa robada debia ser azotado, y reducido á esclavitud si habia llegado á la pubertad; el que habia ya ocultado su robo, era condenado solamente á pagar el doble de su valor. ¿Por qué esta diferencia?

Los parientes por parte de madre no eran sucesores, á fin de que los bienes no pudiesen pasar de una familia á otra; pero cada uno podia hacer su testamento y escojer por heredero al ciudadano que queria, con perjuicio de sus hijos: teniendo el padre el derecho de vender sus hijos, con mas razon podia desheredarlos. Esto solo ¿no basta para probar que las leyes romanas, tan decantadas, estaban sujetas á grandes abusos? Roma, sin embargo, ganaba mucho en recibir leyes que fuesen una regla fija para los ciudadanos; y verosímilmente el pueblo consideró mas esta ventaja, que los inconvenientes de algunas disposiciones tiránicas.

Dos de estas leyes debian producir un bien infinito, abreviando los procedimientos. Estas ordenan que si los pleiteantes no se convienen, tome el juez conocimiento de su causa desde la salida del sol hasta el mediodia, y que la sentencia se de antes de anochecer. Posteriormente se concedió un poco mas de tiempo, porque los negocios se hacian mas difíciles y numerosos; pero los romanos no conocieron los rodeos y dilaciones de las sutilezas y trampas modernas que hacen triunfar á menudo á la injus-

ticja, arruinan á las partes, y hacen que un pleito sea el mayor azote que pueda venir á una familia.

Los enemigos exteriores, animados por las disensiones de la república, continuaron sus correrías y saqueos. Los cónsules, fuertes con la union restablecida, los vencieron y se apoderaron de sus campamentos. Eran dignos del triunfo: el senado lo negó y el pueblo lo concedió: y por la vez primera triunfaron los jenerales por un plebiscito. Si el orgullo estraviaba á los patricios, no era menos intolerable el de los tribunos. Quisieron continuar en sus destinos; pero Duilio, que era presidente el dia de la eleccion, declaró que no permitiría el nombramiento de ninguno de los actuales; y así se eligieron otros tribunos y otros cónsules, y el aprecio público premió el desinterés de aquel magistrado virtuoso.

Algun tiempo despues, nuevas disensiones, escitadas por la enemistad de los dos órdenes del estado, dieron tanta confianza á los volscos, que hicieron correrías hasta las mismas puertas de Roma. Los plebeyos, animados por sus tribunos, no querian tomar las armas: el cónsul Quincio Capitolino junta los comicios y

TOMO VIII.

censura su vergonzosa conducta.

«Esos cobardes enemigos, les dijo, ¿á quién desprecian, á los romanos ó á su cónsul? si la culpa está en mí, despojadme del consulado, castigadme despues; pero si es vuestra, arrepentíos de ella, ya que no estais sujetos á ninguna autoridad. Los volscos no os han despreciado por cobardes ni han confiado en su valor, como que han aprendido lo que son ellos y lo que sois vosotros en tantas batallas en que han sido vencidos y auyentados, con pérdida de sus reales y la ignominia del yugo. La discordia de los órdenes es el veneno de esta ciudad; las altercaciones entre los padres y la plebe han dado osadía á los enemigos: vuestro odio á los magistrados patricios y el nuestro á los plebeyos, la falta de moderacion en el imperio de los unos y en la libertad de los otros, ¿cuándo tendrán fin? Quisísteis que la plebe tuviese tribunos, los concedimos para tener paz: quisísteis decemvros, los tuvísteis: llegásteis á aborrecerlos, el senado los obligó á aldicar: recobrásteis el tribunado y la apelacion: adquirísteis el derecho de obligar á los padres á obedecer á los plebiscitos. ¿Qué mas que-

3

«reis? El enemigo saquee vues-
 «tras tierras: ¿los tribunos os re-
 «sarcirán? Sus eternas acusacio-
 «nes contra nosotros ¿llenarán
 «vuestro tesoro? Yo sé que po-
 «dría deciros cosas mas agrada-
 «bles, pero prefiere vuestra sa-
 «lud á vuestro placer. Si renun-
 «ciáis á las declamaciones de los
 «tribunos, y volveis á las cos-
 «tumbres vuestras y de vuestros
 «padres, consiento que se haga
 «un escarmiento en mí, si no ven-
 «ciere dentro de pocos dias á e-
 «sos ladrones de vuestros cam-
 «pos, quitándoles sus reales y lle-
 «vando el terror de la guerra á
 «sus ciudades.»

Ninguna oracion popular ha producido nunca tanto efecto como este discurso severo. Su verdad, que no ofendió á nadie, produjo la admiracion y con ella el entusiasmo.

Toda la juventud se alistó, y el senado encargó á los cónsules por un decreto, que cuidasen de la conservacion de la república. Entrambos debían gozar de la autoridad absoluta; pero Agripa la cedió á Quincio, cuya superioridad reconocia. Se dió una gran batalla á los enemigos: la resistencia hizo dudosa por muchas horas la victoria. Agripa, viendo que retrocedia su ala cuando la de Quincio iba vence-

dora, arrojó un estandarte entre las filas de los volscos. Los romanos por recobrarle se arrojaron con furor sobre el enemigo, y la victoria fué completa. Los cónsules no pidieron el triunfo, que se habia reusado á Valerio y Horacio, temiendo, si lo obtenian, que se atribuyese al favor mas que al mérito.

Entonces florecian en Roma la magnanimidad y la virtud: sin embargo, un juicio interesado y contrario á los sentimientos romanos, eclipsó la una y la otra. Los habitantes de Aricia y los de Ardea, se hacian guerra por un territorio, cuya propiedad reclamaban ambas ciudades. El respeto que inspiraba la severa equidad del pueblo romano, hizo que eligiesen por árbitro. Los diputados de las ciudades defendieron su causa en el foro de Roma, é iba á darse la sentencia, cuando se levantó un romano octojenario, y dijo que se habia hallado en el sitio de Corióllos, y podia asegurar que el territorio de que se trataba pertenecia á esta ciudad, y que habiendo pasado al dominio de los romanos, Ardea y Aricia disputaban una propiedad que era de Roma.

Los cónsules impugnaron inútilmente este dictámen, que

sustituía el interés á la justicia, transformaba al juez en parte, y burlaba la noble confianza de dos pueblos en la imparcialidad del árbitro. Los tribunos no fueron mas felices apoyando las virtuosas observaciones de los cónsules: la plebe, enardecida con el discurso del anciano guerrero, y ciega por la codicia, adjudicó á Roma el territorio. Esta decision íncua, y sobre todo vergonzosa, manchó la gloria de la república, y aumentó el número de sus enemigos. Los ardeates se unieron á los volscos y á los ecuos para atacar la fortaleza de Verrugo, que los romanos habían construído en sus fronteras. Los patricios y plebeyos estaban entonces mas divididos que nunca.

Era casi imposible dar fin á estas discusiones, porque la barrera que separaba al senado del pueblo, era á un mismo tiempo muy fuerte y muy débil. Las leyes humillaban mucho á la plebe, y sin embargo le daban mucho poder; Roma había substituído la aristocrácia á la monarquía; y sin poder defenderse, caminaba á grandes pasos á la democrácia.

El senado solo tenia en su favor el antiguo respeto y los triunfos y virtudes de sus miembros. Pe-

ro la fuerza pública estaba en el pueblo: con solo reusar el alistamiento, obligaba á los padres á hacer continuos sacrificios; y el derecho de juzgar todas las causas, de aprobar ó desaprobare todas las leyes, y de citar en juicio á los magistrados, colocaba realmente el poder en la clase, á la cual se irritaba constantemente; separándola de todos los honores. La plebe, pues, participando ya del poder, había de aspirar á las dignidades, y en efecto aspiró.

En el consulado de Marco Jenucio y Cayo Curcio, el tribuno Canuleyo propuso dos leyes: una para que pudiesen celebrarse matrimonios entre patricios y plebeyos: y otra, para que los plebeyos pudiesen ser cónsules. Estas dos proposiciones causaron gran terror al senado: decia que los verdaderos enemigos de Roma eran los tribunos que atacaban sucesivamente todas las instituciones, y que pagaban las concesiones de los patricios escusando otras nuevas: que la mezcla de las familias quitaría al senado toda su majestad, y pondría la confusion en lugar del orden: que el consulado se daría á los mas facciosos, y que no se debía responder sino con las armas en la mano á aquellos tri-

bunos turbulentos que preferían la invasión del enemigo al yugo de las leyes. Los partidarios del pueblo respondían: «Nosotros solo queremos que se nos trate como á ciudadanos; el senado nos trata como á esclavos, y nos niega el vínculo del matrimonio que concede á los extranjeros. Esos orgullosos patricios creen que el acercarnos á ellos los mancha: piensan que el consulado se envilecería en nosotros, como pudiera en los libertos. Solo el nacimiento les parece digno de esta magistratura, y no la virtud ni el mérito. Apenas creen que somos hombres: nos conceden, á pesar suyo, la palabra y la forma humana, y se indignan de respirar el mismo aire que nosotros. Muchos extranjeros han llegado á ser patricios y senadores; ¡y este honor se niega á los ciudadanos romanos! El pueblo es la fuerza del estado, y no se confiesa esta verdad sino para hacernos sufrir los gravámenes. El pueblo hace las leyes, y no se le permite proponerlas. El pueblo compone el ejército, y no se quiere que pueda mandarlo un hombre de su orden. Pues que los patricios quieren ser los únicos señores de Roma, defiéndanla e-

«llos solos. No tomaremos las armas, hasta que se nos haya hecho justicia.»

CREACION DE LOS TRIBUNOS MILITARES.—(A. M. 3562.—De Roma 310.) El senado, oprimido por la violencia del pueblo y por la cercanía del enemigo, adoptó la ley de los matrimonios. Los tribunos insistían en la del consulado: los patricios eludieron la dificultad diciendo, que en lugar de cónsules, se elegirían tribunos militares con potestad consular, los cuales podrían ser nombrados indiferentemente de los dos órdenes. La elección se verificó, y el pueblo, mostrándose generoso en su victoria, nombró á tres patricios, que fueron Sempronio, Atilio y Cecilio. Restablecida en Roma la tranquilidad, se pensó en hacer la guerra, que no produjo sucesos decisivos; pero al hacer el alistamiento, se conoció un nuevo desorden que se había introducido en la república.

CREACION DE LA CENSURA.—(A. M. 3564.—A. J. 440.) Restablecida la tranquilidad momentáneamente en Roma, permitió pensar en su defensa. La guerra no produjo ningún acontecimiento decisivo; pero los alistamientos que necesitó manifestaron un nuevo desorden que se ha-

ha introducido en el estado.

No se habia hecho censo en el espacio de los diezisiete años últimos: y muchos ciudadanos estaban sin inscribirse y podian sustraerse á los gravámenes militares y civiles. Para remediar este abuso se resolvió confiar la formacion del censo á dos magistrados, que tomaron el nombre de *censores*.

No previendo el pueblo la estension que se daria á esta dignidad, la abandonó á los patricios. La ley fué propuesta por Jeganio Macerino y Tito Quincio Capitolino, elejidos cónsules despues de la dimision de los tribunos militares.

Los censores no tardaron en tener nuevas atribuciones: encargados de inspeccionar las costumbres y de conservar la disciplina, castigaban con la degradacion á los que tenian mala conducta. En lo sucesivo borraron á los senadores de la lista, privaron á los caballeros de sus títulos, y transferian á los ciudadanos de la primera centuria á la última. Despues se les confió el cuidado de los edificios y caminos públicos, y la intendencia de las rentas. Excepto los lictores, tuvieron todas las insignias de la dignidad consular, á la cual se igualaba casi la censura.

La duracion de esta magistratura fué á los principios de cinco años, y era necesario haber sido cónsul para obtenerla. Los primeros censores fueron Papi-rio y Sempronio. Montesquieu dice, con razon, que esta dignidad fué el dique que contó por mucho tiempo la corrupcion y prolongó la duracion de la república.

Los mismos cónsules que crearon un ostáculo tan grande para las innovaciones, y una barrera tan poderosa contra la inmoralidad, fueron los primeros que repararon la injusticia cometida por el pueblo romano contra Ardea. La plebe de esta ciudad, rebelada contra los nobles, se habia reunido á los volscos para robar sus tierras, y sitiaron á sus enemigos en la misma plaza. Jeganio derrotó completamente á los volscos y los obligó á capitular y á pasar bajo el yugo: restableció la tranquilidad entre los ardeates, haciendo degollar á los jefes de los facciosos, y entró triunfante en Roma, precedido de los ricos despojos de los enemigos, y trayendo encadenado ante su carro á Cluilio, jeneral de los volscos.

La virtud y la sábia firmeza de Quincio, su colega, le adquirieron una gloria menos bri-

llante y mas rara. Conteniendo el orgullo de los patricios y la licencia de los plebeyos, conservó la paz interior y se concilió el respeto del pueblo y el amor del senado. Bajo el gobierno de estos cónsules virtuosos, Roma se lavó de la mancha que le había impreso una sentencia injusta y restituyó á los ardientes el territorio que les había quitado. Al mismo tiempo envió á Ardea una colonia para reparar las pérdidas que habían causado á su poblacion las guerras civiles.

CONJURACION DE SPURIO MELIO. —(A. M. 3566.—A. C. 438.) El estado continuo de guerra y el desprecio de los romanos al comercio, los esponia á frecuentes carestías. Roma se vió desolada por un hambre tan espantosa, que muchos ciudadanos se arrojaron desesperados al Tíber. Spurio Melio, caballero romano, quiso aprovecharse de esta calamidad para usurpar la autoridad suprema. Compró en Etruria una gran cantidad de trigo, que distribuyó á los pobres para ganarse partidarios. Los agentes de Lucio Minucio, encargados de los víveres, descubrieron las intrigas de Melio, de que se informó al senado, avisándole al mismo tiempo, que en casa de aquel caballero se celebraban asam-

bleas nocturnas, y se reunian armas: que su partido queria hacerle rey, y que muchos tribunos, corrompidos por él, habían entrado en la conspiracion.

El peligro parecia inminente: el cónsul Quincio propuso que se nombrase un dictador. Cincinnato fué revestido de esta dignidad y dió á Servilio Ahala el cargo de jeneral de la caballería.

El pueblo quedó al dia siguiente espantado y sorprendido de ver en la plaza al dictador precedido de los lictores. Preguntaba qué peligro imprevisto amenazaba á la república en medio de la paz. Nadie conocia el enemigo contra quien se armaba Roma, sino Melio. Cincinnato le manda comparecer ante él: el reo, incierto del partido que debia tomar, dilataba la obediencia y procuraba huir. Servilio manda á los lictores que le prendan. Melio implora el socorro del pueblo, que engañado por su liberalidad, se conmueve y lo arranca de las manos de los lictores, y le dá escape; pero el jeneral de la caballería le persigue, le alcanza, le atraviesa con su espada, y cubierto de su sangre vuelve al tribunal. «Hiciste bien, »le dijo el dictador: has salvado »la república.»

Sin embargo, este homicidio causó una grande agitacion en el pueblo: la ciudad estaba alborotada, y todo era clamores y vocerías. El dictador convoca los comicios y les dice: «Aun cuando Melio no aspirase á la tiranía, mi muerte fué justa; pues llamado por el jeneral de la caballería, no quiso venir al tribunal donde le esperaba el dictador para juzgarle y decidir de su suerte segun su mérito. Empleó la fuerza para libertarse del juicio, y la fuerza lo oprimió: ni se podía tratar como á ciudadano al que nacido en un pueblo libre entre los derechos y las leyes, y en la ciudad donde no ignoraba que en el término de un año habia sido abolida la monarquía, castigados de muerte por el mismo cónsul libertador de la patria, sus hijos y sobrinos conjurados para la restitution de los Tarquinos, y obligado á abdicar Colatino Tarquino su majestatura y á salir de Roma en odio de su nombre: donde algunos años despues fué condenado al último suplicio Spurio Casio, que aspiraba al trono: donde en fin, poco ha vimos á los decemviros perder los bienes, la patria ó la vida por su soberbia tiránica, se atrevió á

concebir la esperanza de reinar. ¿Y quién? un hombre sin mérito, nobleza ni dignidades. A los Claudios y Casios animaron para la maldad los consulados y decemvirados, las dignidades y esplendor de sus antepasados. Pero que Spurio Melio, que ningun otro bien podia desear que esperar el cargo de tribuno, enriquecido en el tráfico del trigo, haya esperado comprar con dos libras de harina la libertad de sus conciudadanos, reducir á la servidumbre un pueblo dominador de todos sus vecinos, y adornarse con las insignias del fundador Rómulo, hijo de dioses y admitido entre los dioses, cuando apenas podria Roma sufrirle como senador, mas que delito es un prodigio. Ni basta que lo haya espiado con su sangre ni no se destruyen las paredes y los techos entre los cuales se concibió tan gran locura, y sino se confiscan los bienes destinados á comprar la diadema. Y así mando á los cuestores que los vendan y entreguen su producto en el erario.»

Ejecutáronse las órdenes del dictador; pero no se hizo pesquisa de los cómplices. Este rigor austero y esta condenacion sin formalidades, escitaron el fu-

ror de los tribunos, y amenazaron á Servilio Ahala que le citarían en juicio en concluyéndose la dictadura. La mayor parte del pueblo los apoyaba; pero el senado los desarmó, decretando que se nombrarían seis tribunos militares en lugar de cónsules. Los tribunos esperaban obtener uno de estos cargos, pero su esperanza fué engañada; el pueblo, habituado á respetar al senado cuando no se irritaban sus pasiones, no quiso elegir mas que tres tribunos militares, y los escogió todos patricios.

Poco tiempo despues los veyentes cometieron hostilidades, y atrajerón á su partido á Fidenas, colonia romana. El senado les envió embajadores para quejarse de la infraccion de la paz. Folumnio, rey de Veyos, los mandó matar. La necesidad de vengar una ofensa tan grave, contuvo el espíritu turbulento de los tribunos de la plebe, y no hicieron oposicion á que se creasen cónsules. Serjio, uno de ellos, ganó una batalla que le adquirió el renombre de Fidenate; pero no fué decisiva, y costó tanta sangre, que causó en Roma mas lágrimas que regocijos.

DICTADURA DE MAMERCO EMILIO.—Los faliscos se unieron á

los veyentes, y lo grande del riesgo obligó á nombrar dictador á Mamerco Emilio. Dióse otra batalla, en la cual la infanteria etrusca fué arrollada por los romanos; pero la caballería mandada por Folumnio combatía ventajosamente con la del dictador. En este momento Cornelio Coso, guerrero romano, viendo al rey de los veyentes que esparcía en todas partes la muerte y el terror, exclamó: «Este es el quebrantador de todo derecho de humanidad y de jentes. Si los dioses quieren que haya algo sagrado en la tierra, yo inmolaré esta víctima á los manes de nuestros embajadores.»

Dichas estas palabras, arremete á él, y le derriba de una lanzada. Folumnio se levanta: Coso deja su caballo, lo acomete de nuevo, lo derriba y lo cose contra la tierra. Despues le quita las armas, le corta la cabeza, y la pone en la punta de su lanza. Este sangriento trofeo reanima el valor de los romanos, y aterra á los enemigos que se ponen en fuga. Se hizo en ellos una espantosa carnicería. La victoria fué completa. Emilio logró la pompa, y Coso el honor verdadero del triunfo. Este héroe fué el segundo que consagró despo-

los ópimos en el templo de Júpiter Feretrio.

La peste se añadió á los males de la guerra para estenuar las fuerzas de Roma; pero á pesar de tantas calamidades, el dictador Servilio venció de nuevo á los veyentes, y tomó á Fidenas. (A. M. 3570.—A. J. 434). Mas no se hizo la paz: se nombró otro dictador, y el senado y el pueblo obligaron á los cónsules, que se resistían, á elegir á Postumio, que venció á los volscos, les tomó el campamento, vendió un gran número de prisioneros, y abdicó después de haber triunfado.

En este tiempo un pueblo, poco conocido entonces, pero temible después á los romanos, aumentó su poderío por medio de un crimen. Los samnitas, después de haber disputado á los etruscos el territorio de Vulturno, obtuvieron por el tratado de paz, el permiso de establecer allí una colonia; pero apenas llegaron, atacaron de improviso la ciudad por la noche, sorprendieron á los habitantes en los desórdenes de una fiesta, los mataron, y su jefe Capis dió el nombre de Capua á esta sangrienta conquista.

Durante muchos años, la guerra continuaba entre los roma-

nos, veyentes y volscos, sin mas resultado que algunos triunfos inútiles obtenidos ya por cónsules, ya por tribunos militares. El cónsul Sempronio, peleando contra los volscos, se vió abandonado por sus legiones que hubieron poseídas de un terror pánico: el valor intrépido de un solo decurion llamado Tempanio, salvó el ejército. Escortó á algunos caballeros que le seguían, á que echasen pie á tierra, defendió con ellos heroicamente un desfiladero, y contuvo al enemigo, que se retiró creyéndose atacado de nuevo. Así los dos ejércitos se creyeron vencidos, y Tempanio quedó por único dueño del campo de batalla.

Los fugitivos alarmaron á Roma, y ya los senadores se habían armado en defensa de las puertas, cuando se supo que no había nada que temer. Los tribunos creyeron favorable esta ocasión para acusar á los cónsules, y contaban con la declaración de Tempanio; pero este guerrero, tan generoso como valiente, justificó á Sempronio, elogió el valor de sus jefes, no habló del suyo, y adquirió mas gloria por su modestia que por su intrepidez.

CREACION DE LA CUESTERA.— En este tiempo se establecieron

en el ejército cuestores encargados de la caja militar, de la provision de viveres, y del repartimiento del botin. Despues ejercieron las mismas funciones en los paises conquistados y reducidos á provincias romanas: y esta magistratura fué el primer grado para ascender á las demás dignidades de la república.

Al mismo tiempo se descubrió una conspiracion de esclavos que querian incendiar á Roma; mas el suplicio de los jefes le puso fin. Los tribunos, que no gustaban de la paz interior porque las turbulencias eran favorables á su ambicion, comenzaron sus quejas y declamaciones contra el repartimiento desigual de las tierras. La discordia que escitaban en la ciudad pasó á los campamentos. Los tribunos militares, divididos entre sí, se dejaron rodear por los ecuos; una parte del ejército romano pereció y otra huyó. Los jenerales y sus lugartenientes se refujaron á Túscolo.

Servilio Prisco, nombrado dictador, reparó este revés. Los enemigos, en lugar de aprovecharse de la victoria, se entretuvieron en banquetes. Servilio los sorprendió en este desorden, se apoderó de su campamento, tomó una de sus ciudades, hizo un

rico botin, y abdicó la dictadura que solo habia durado ocho dias.

El repartimiento de las tierras escitó en el ejército una nueva sedicion. Postumio, tribuno militar, que se apoderó de la ciudad de Vols, habia prometido á sus soldados repartirles el territorio; pero siendo hombre de carácter lijero y violento, faltó á su palabra. Los soldados se rebelaron, y como el tribuno quisiese refrenarlos con el rigor, le mataron á pedradas. El senado, consternado por este crimen, no se atrevia á castigar á los soldados, que eran protegidos por el pueblo, ni podia absolver á hombres delincuentes de una infraccion tan grave contra la disciplina. Los cónsules propusieron que se dejase al pueblo el juicio de esta causa: el pueblo lo cedió á los cónsules. Todos querian la justicia, y todos temian al ejército.

Los cónsules Cornelio Coso y Furio Medulino, condenaron á muerte algunos soldados. Esta moderacion no calmó los ánimos, y la discordia continuó en el campamento y en la ciudad. La guerra, la peste y la hambre, no pudieron destruir el espíritu de faccion, y la desgracia no logró reconciliar sus víctimas.

Los etruscos y los volscos, aprovechándose de estas disensiones, tomaron una fortaleza romana con su guarnición. Los cónsules no podían obtener de los tribunos permiso para alistar un ejército. El senado tuvo que ceder y nombrar tribunos militares; pero como crecía el número y el atrevimiento de los enemigos, fué preciso recurrir á la dictadura. En medio de este desorden, que si se prolongaba podía esponer la ciudad á los mayores riesgos, Servilio Ahala, uno de los tribunos militares, obedeció al senado contra la opinion de sus colegas, y nombró dictador á Publio Cornelio, que venció á los enemigos, taló sus campos y abdicó. Los nuevos tribunos militares, vencieron á los volscos y tomaron á Anjur, llamada después Terracina. Concedieron al ejército el saqueo de esta ciudad, y ganaron con esta generosidad el afecto del pueblo. Si la lucha perpétua de los romanos contra las naciones vecinas les dió un espíritu guerrero, el hábito de los peligros y las armas y la fuerza invencible que les hizo conquistar el mundo, las intrigas de los tribunos, la frecuencia de las sediciones, el temor de los juicios populares y la ambicion orgullosa de los plebeyos, obliga-

ban al senado á estudiar constantemente la política, á hacerse superior por sus virtudes á toda censura ó acusacion, á reunir la astucia y el poder para dirigir espíritus tan indóciles, y á aprender el arte de gobernar el mundo.

Esta hábil corporacion, penetró cuál era el vicio radical que inutilizaba los esfuerzos de los guerreros mas valientes y de los jenerales mas experimentados. Las tropas no devengaban sueldo: y los ciudadanos, militando á su costa, veían muchas veces sus heredades arruinadas y sus tierras incultas. Por eso tenían que pedir prestado, recurrían á los usureros, y estaban dispuestos á las sediciones: tomaban las armas con disgusto, y siempre se les hacia tarde para dejarlas. Las guerras no eran mas que correrías: las campañas no duraban mas que un mes, y el licenciamento del ejército hacia perder el fruto de las victorias mas brillantes.

El senado hizo una revolucion, y echó los cimientos del poder romano, concediendo sueldo á la infantería por un decreto, que el pueblo aceptó con sumo placer, acudiendo á alistarse, besando las manos de los senadores, llamándolos padres, y

jurando derramar su sangre en defensa de una patria tan benéfica. Los ejércitos pagados, que suelen ser en otros países favorables á la usurpacion del poder, no lo eran en Roma donde el pueblo examinaba los gastos, aterraba con su tribunal á los ambiciosos, tenia parte en la legislacion, y elegia los magistrados. El aumento de la fuerza armada, no era pues dañoso á la independencia. Los tribunos solos no participaban de la alegría feneral, y desaprobaban la innovacion que les quitaba uno de los pretestos mas fuertes de turbulencias. Representaron al pueblo que se le pagaba de su dinero, y que se compraba su obediencia con el producto de las contribuciones que se le imponian. Muchos ciudadanos, movidos con estas reflexiones, se mostraban dispuestos á no pagarlas; pero los patricios fueron los primeros en contribuir, y al ver su dinero conducido en carros al erario, se escitó el amor propio de los plebeyos: imitaron aquel ejemplo, y hasta los proletarios querian pagar el impuesto.

SITIO DE VEYOS.—(A. M. 3593.—De Roma 351.) El senado, teniendo á su disposicion tropas regulares, formó proyectos mas

vastos y resolvió poner sitio á Veyos, una de las ciudades mas fuertes de Italia, y casi igual á Roma en poblacion, riqueza y denuedo de sus habitantes.

Los tribunos militares dividieron sus fuerzas. Unos pelearon con los volscos y les quitaron á Artena, una de sus ciudades, y los demás sitiaron á Veyos. Este cerco duró diez años: despues de muchos asaltos inútiles, fué necesario convertir el sitio en bloqueo. Los veyentes, temiendo que sus peligros se aumentasen con las disensiones interiores, eligieron un rey; pero esta medida les fué perniciosa, porque la asamblea feneral de los etruscos resolvió no auxiliarlos sino restablecian el gobierno republicano. Nadie se atrevió, por temor del rey, á dar esta noticia en la ciudad; de modo que se quedó sin socorros, entregada á sus propias fuerzas.

El bloqueo de Veyos obligaba al soldado romano á pasar el invierno en el campamento, lo que hasta entonces no habia sucedido. El descontento que la ausencia de la juventud causaba en la ciudad, pareció á los tribunos un motivo oportuno para declamar contra el senado. «Por esto ha sido, decian, la paga de las tropas: no nos engañábamos en

»creer que los dones de nuestros
 »adversarios estaban envenena-
 »dos. La plebe vendió su liber-
 »dad: los jóvenes son desterra-
 »dos para siempre de la ciu-
 »dad y de la república: ni aun se
 »les permite ver en el invierno
 »su familia y su casa. ¿Por qué
 »creéis que continúan el servi-
 »cio? por quitar á la plebe el ner-
 »vicio de su juventud, la cual en-
 »señan en el campamento á su-
 »frir la tiranía militar.» Estas
 palabras causaban impresion en
 la muchedumbre, cuyos gran-
 des móviles son las pasiones y la
 costumbre. Apio, tribuno mili-
 tar que había quedado en Roma,
 temió que estas intrigas no des-
 truyesen el nuevo edificio que
 el senado había erijido. Y así
 dijo al pueblo: «Si alguna vez,
 »romanos, he podido dudarse
 »por qué causa mueven sedicio-
 »nes los tribunos, por la vues-
 »tra ó la suya, ahora ha sucedido
 »á la duda la certidumbre; y no
 »solo me complazco en ver des-
 »truido vuestro error, sino tam-
 »bien me felicito á mí, á vos-
 »otros y á la república, porque
 »lo ha sido para vuestro bien.
 »Nunca se han ofendido tanto
 »por las injurias, si es que las
 »ha habido, hechas á la plebe,
 »como ahora por el beneficio de
 »la paga de las tropas: porque

»nada los irritó entonces mas,
 »nada quieren ahora perturbar
 »con mas ánsia que la concordia
 »de los órdenes. Juzgan propio
 »de su dignidad los continuos
 »tumultos y las disensiones que
 »os impidan ser el mas podero-
 »so de los pueblos. Si los solda-
 »dos, de quienes finjen compa-
 »decirse, me oyeran, estoy cier-
 »to que me aplaudirían. Si solo
 »fueran mercenarios, les diría
 »que el trabajo debe ser propor-
 »cionado á la recompensa, y que
 »si se les paga todo el año, todo
 »el año deben militar. Pero son
 »romanos, y el bien de Roma
 »debe persuadirlos. Los de Ve-
 »ryos han roto siete veces los
 »tratados; han talado nuestras
 »tierras, sublevado á los itena-
 »tes, degollado una colonia y ase-
 »sinado nuestros embajadores.
 »Quieren tambien armar toda la
 »Etruria contra nosotros. ¿De-
 »bemos pelear blandamente con
 »enemigos de esta especie? ¿A-
 »bandonaremos los cuarteles y
 »trincheras para darles lugar á
 »nuevas correrías? Y aun cuando
 »estos motivos no ecsijiesen que
 »se prolongase el sitio, creed que
 »nada es mas importante que
 »establecer la disciplina en el
 »ejército. Hasta ahora hemos sa-
 »bido vencer, mas no aprove-
 »chamos de la victoria. Dejába-

«mos el campo á mediados de otoño como las aves de paso que desaparecen con el estío. Aprendamos, si la guerra es larga, á esperar animosamente su éxito: arrostramos el hielo y la nieve por la gloria, como los varrostramos por el vano placer de la caza. Sepan los enemigos que Roma, tan perseverante como impetuosa, no pone fin á un cerco sino con la toma de la ciudad, ni á una guerra sino con la victoria. Declarad á vuestros tribunos que no los habeis elegido para que sean defensores de la molición y de la cobardía, y prohibidles que engañen á los soldados, llamando libertad á la licencia é indisciplina.» La firmeza de este discurso impuso respeto á los facciosos.

Poco tiempo despues se supo que los veyentes, en una salida nocturna, habian destruido los trabajos y máquinas de los romanos. Esta noticia indignó al pueblo. Los plebeyos mas ricos se ofrecieron á servir en caballería de voluntarios hasta que se tomase á Veyos. El senado, aprovechándose de este zelo para completar su sistema, concedió á los jinetes un sueldo triple del de los infantes. Los jenerales patricios habiendo sido ven-

cidos por los volscos, nombró al pueblo tribunos militares de la clase plebeya. Un fenómeno escitó grande inquietud en Roma. Las aguas del lago Albano crecieron prodijiosamente sin haber antecedido lluvias. La credulidad lo atribuyó á portentoso; y como fuese muy celebrada entonces la ciencia de un anciano de Veyos, que era adivino, lo trajeron á Roma para que explicase aquella crecida súbita. El dijo, refiriéndose á una antigua predicción, que Roma estaba amenazada de un gran desastre, si el agua llegaba hasta el mar, y que si no la rendición de Veyos era cierta. El senado consultó al oráculo de Delfos, y su respuesta fué conforme á la del adivino. Mandó pues abrir zanjas que alejaron del mar las aguas del lago, y la política se aprovechó de la superstición para aumentar el valor de los sitiadores y el temor de los sitiados. Dos tribunos militares fueron vencidos por los capenates y faliscos, y el terror se apoderó del ejército y de la ciudad; porque en el campo de Veyos se decía que el enemigo marchaba contra Roma, y en Roma que los veyentes habian ganado una victoria completa.

DICTADURA DE CAMILO.—En es-

ta consternación cesaron las intrigas de los ambiciosos, y la envidia misma invocó el auxilio del jénio. Fué nombrado dictador Camilo, y eligió por jeneral de la caballería á Cornelio Scipion. Las virtudes y azañas de Camilo le habian granjeado la estimación universal. La juventud se alistó á su llamamiento con ardor y confianza; y no solo la de Roma, sino tambien la de los latinos y hérnicos. El dictador prometió á los dioses que terminaba la guerra con felicidad, celebraría los grandes juegos del circo y reedificaría el templo de la diosa Ino, conocida en Roma bajo el nombre de la madre Matuta.

Saló á campaña, vence á los saliscos y capenates, y va al campamento de Veyos, que no habia sido atacado como se creía; pero estaba muy desordenado y sin disciplina; mal todavía peor que una derrota.

Convencido de que no podría rendir á fuerza descubierta una ciudad tan populosa, hizo abrir en secreto una mina que llegaba hasta debajo de la ciudadela. Concluida esta obra sin que los sitiados tuviesen ni aun sospecha de ella, consultó el senado acerca del destino que habia de darse al rico botín de aquella

plaza. El senado resolvió entregarlo al pueblo, y distribuirlo á todos los ciudadanos que fuesen á militar en el campamento; y la mitad de los habitantes de Roma se presentó.

El dictador, conformándose á la antigua costumbre que esijia tener propicios, no solo á los dioses de Roma, sino tambien á los de Veyos, recibidos los auspicios favorables dijo: «Apolo Pí-
«lico: por tu mandado voy á
«arruinar esta ciudad enemiga:
«te consagro el diezmo de
«tus riquezas: y tú, reina Juno,
«que hoy habitas en Veyos, te
«suplico que despues de la vic-
«toria nos sigas á Roma, que se-
«rá tu ciudad, y donde tendrás
«un templo digno de tí.»

Para divertir la atención de los veyentes del verdadero peligro que los amenazaba, dispuso un asalto jeneral; y cuando las legiones marchaban ácia las murallas con mucha gritería, un cuerpo elejido penetrando por debajo de tierra, atraviesa y sule con grande estruendo al templo mismo, donde el rey de los veyentes hace un sacrificio á los dioses, y en el mismo instante que el adivino, consultando las entrañas de las víctimas, declaraba vencedor al que consumase aquella ceremonia.

Los romanos, oyendo estas palabras, se arrojan sobre los veyentes y dan cumplimiento al oráculo, ofreciendo al cielo el olocausto. Tito Livio, refiriendo este hecho, que no se atrevió ni á creer ni á refutar, confiesa sin embargo que es mas propio del teatro que de la historia. Los romanos dueños de la ciudadela, pasaron á la ciudad y quemaron los edificios, al mismo tiempo que las leñones salvaban las murallas. La carnicería fué espantosa: Camilo al fin consiguió que cesase: mandó que se perdonase á los desarmados, y cuando estos se libertaron dió III señal del saqueo.

Viéndose dueño de una ciudad tan grande dijo: «Si mi fortuna ó la de Roma parece demasiado brillante á los dioses ó á los hombres, y ha de ser espionada por grandes calamidades, pido al cielo que caigan sobre mí y no sobre la república.» Al decir esto tropezó contra una piedra y cayó. La superstición creyó despues que esta caída habia sido presajio del destierro de Camilo y del incendio de Roma por los galos.

El dictador vendió todos los prisioneros, y el producto de esta venta fué la única parte del botín que entró en el erario. Los

romanos mas distinguidos, vestidos de ropajes blancos, condujeron á Roma en procesion la estatua de Juno. (A. M. 3611.—De Roma 359.) La credulidad contaba que Camilo preguntó á la diosa si queria que la trasladasen, y que ella respondió con la cabeza que sí. Veyos fué mas bien sorprendida que vencida. Ninguna victoria habia causado en Roma una alegría mayor: ningun triunfo habia sido mas magnífico. Camilo fué el primero que se mostró con cuatro caballos blancos uncidos á su carro, como se representaba á Júpiter y á Apolo. Este orgullo desagradó; pero es mas fácil á los héroes hacerse inaccesibles al veneno, como Mitridates, que resistir á las seducciones de la fortuna y de la gloria.

ABDICACION DE CAMILO.—Despues de haber dado las órdenes necesarias para erijir el templo de Juno, hizo la dedicacion del de Matuta y abdicó la dictadura. El senado concedió la paz á los ecuos y volscos; pero se hallaba en grande apuro porque no podia adquirir la cantidad de oro necesaria para cumplir el voto de Camilo á Apolo Delfico.

Las matronas romanas, que sabian sacrificar á la patria su vanidad, como los ciudadanos

sus vidas, ofrecieron sus ornamentos y joyas con los que se formó una copa de oro, de valor de ochenta mil escudos. Un honor inmortal fué el premio de este sacrificio: se les permitió ir á los juegos públicos en carros, y el privilegio de que se les hiciese el elogio fúnebre, no concedido hasta entonces sino á los hombres mas célebres.

Los faliscos no habian querido someterse. Camilo fué elegido tribuno militar, los venció y se apoderó de su campamento donde halló un rico botin, que reservó todo entero para el tesoro público. Los soldados, que admiraban su virtud y temian su severidad, no murmuraban de esta determinacion.

Camilo sitió á Falerios. Los niños de las familias mas distinguidas de aquella ciudad vivian bajo la direccion de un maestro, que concibió el proyecto de hacer fortuna con una traicion. Llevaba sus discípulos fuera de la ciudad para que jugasen. Prolongando sus paseos, los llevó últimamente á Camilo, y le dijo: «Te entrego los hijos de los principales ciudadanos de Falerios, y en ellos la ciudad.» «Malvado, le respondió el héroe: haces tu vil presente á un jeneral y á un pueblo que no

te semejan. Ningun tratado hemos hecho con los faliscos; pero el lazo sagrado de la naturaleza nos liga con ellos: y nosotros respetamos los derechos de la guerra como los de la paz. Hemos tomado las armas no contra débiles niños, sino contra hombres que sin haber recibido agravio, nos atacaron cuando sitiábamos á Veyos. Tú quieres que los dome con una maldad desconocida hasta ahora: los romanos no conocen mas medios de vencer que el valor, la actividad y las armas.» Dichas estas palabras mandó desnudar al maestro, atarle las manos á las espaldas, y dar varas á los discípulos para que le fuesen azotando hasta la ciudad. Los faliscos, que lloraban la pérdida de sus hijos, al verlos volver convirtieron su dolor en alegría, y su odio á los romanos en admiracion: y aunque estaban decididos como los veyentes, á la guerra, pidieron la paz. Sus embajadores dijeron al senado: «Padres conscriptos: vosotros y vuestro jeneral nos habeis vencido; pero vuestra victoria ni escitará la envidia de los hombres ni nos causa ignominia. Nos rendimos, persuadidos de que seremos mas felices bajo vuestro imperio

que con nuestras leyes. Damos en esta guerra dos grandes ejemplos á las naciones: vosotros de la buena fé que prefiere los peligros honrosos á un triunfo cierto pero malvado; y nosotros de la jenerosidad que cede de la victoria á la virtud. Enviad, pues, comisarios, que reciban nuestras armas y reenes, y tomen posesion de la ciudad. No tendreis que quejaros de nuestra lealtad, ni nosotros de vuestro dominio.» Así la virtud de un hombre adquirió á su patria una conquista importante.

El bajel que llevaba á Delfos la copa de oro fué apresado por los piratas de Lipari. Timasiteo, su jefe, digno de ser romano por su jenerosidad y respeto á los dioses, restituyó el buque y la copa, y escoltó á los enviados en su viaje á Delfos y en su vuelta á Roma. El senado, creyendo que la situacion próspera de la república le permitia volver al antiguo gobierno, hizo que se celebrasen comicios consulares, interrumpidos durante quince años. El pueblo dió un nuevo motivo de temor á los padres, porque deseaba abandonar á Roma y establecerse en Veyos. Camilo, que se opuso á esta resolucion, aunque con buen écsito, se granjeó sin embargo el aborre-

cimiento de los plebeyos. El senado concedió en el territorio de aquella ciudad siete yugadas á cada niño varon de los que habia en Roma, lo que multiplicó los casamientos y aumentó la poblacion.

DESTIERRO DE CAMILO.—El pueblo ingrato, escitado por la envidia, que es la sombra perpétua de la gloria, olvidaba las azañas de Camilo, y se indignaba de su constante oposicion á las pretensiones de los tribunos. En la ceguera de su odio ni aun reparó si eran ó no verosímiles los pretextos de su persecucion; y así acusó á Camilo de haberse apropiado una parte del botin de Veyos. El héroe, no esperando justicia de una muchedumbre apasionada, se anticipó al juicio, y se desterró á Ardea. Menos grande que Arístides, antes de salir de la ciudad, pidió á los dioses que sus ingratos ciudadanos tuviesen algun dia necesidad de él. Este deseo inmoral se cumplió.

BATALLA DEL ALIA.—(A. M. 3622.—A. J. 382.) La tempestad que amenazaba á Roma venia de una nacion cuyo nombre apenas conocia. La Galia, despues tan temible al pueblo romano, y últimamente una de sus mas brillantes conquistas, esta-

ba dividida en tres partes: la Aquitania, la Céltica, y la Béljica. Sus límites eran el Océano, el Rín, los Pirineos y los Alpes. Su territorio era habitado por tribus selváticas, que se hacian continuamente la guerra, y que transmigraban frecuentemente á la gran Britania, á la Germania, á España y á Italia. En el reinado de Tarquino Prisco era Ambigato rey de la Galia Céltica; y su pueblo demasiado numeroso, envió á otros países colonias que buscaron una nueva patria con sus armas bajo los jefes Sigoveaso y Beloveso. El primero corrió á la Germania y las Pannonias: el segundo al frente de los bituriges, pueblos que habitaban el Berry y Borgoña actuales, pasó los Alpes, conquistó el Noroeste de Italia y fundó las ciudades de Milan, Brescia y Verona. Los galos recibieron nuevos refuerzos de su patria, se estendieron al Sur del Pó, y al país que ocuparon se dió en Italia el nombre de Galia Cisalpina.

Poco tiempo despues del destierro de Camilo, Arunte, ciudadano de Clusio, deseando vengarse de sus compatriotas, que le habian maltratado injustamente, se retiró á la comarca de los galos que habitaban cerca de los Alpes, y les celebró la fertili-

dad de su país y la escelencia de sus vinos. Aquellos hombres belicosos y poco sóbrios, cayeron en la tentacion, y guiados por Arunte, penetraron en Etruria, y sitiaron á Clusio.

La grande estatura, la espesa cabellera, las espadas largas y tajantes, y las costumbres fieras de estos nuevos enemigos, esparcieron el terror en todas partes. Clusio invocó el auxilio de Roma, y el senado envió de embajadores á los tres hijos de Fabio Ambusto. Llegaron al Campo de los galos y los escortaron á desistir de la guerra contra los de Clusio, cuya defensa tomaria Roma á su cargo, si continuaban las ostilidades.

Brenno (1), jefe de los galos, respondió á los embajadores: «Nosotros no conocemos á los romanos, pero deben de ser valientes, pues los clusinos imploran su socorro en el caso del riesgo. »Consentiremos en la paz si los de Clusio nos dan tierras, que tienen en abundancia, á nosotros que carecemos de ellas:

(1) Brenn era una palabra céltica que designaba un *jeneral*. Los historiadores latinos han hecho de ella el nombre de *Brennus*, tomando sin razon un titulo por el nombre de un personaje.

«mas si se niegan á esto, comba-
 »tiremos á vuestra vista para que
 »podáis contar en Roma que los
 »galos esceden en valor á todos
 »los pueblos de la tierra.» «Pero,
 »replicó el mayor de los Fabios,
 »¿con qué derecho quereis qui-
 »tar la tierra al que la posee?»
 «Con el mismo, respondió Bren-
 »no, que vosotros habeis ocupa-
 »do tantos países: nuestros dere-
 »chos están en la espada: los va-
 »lientes son los dueños del mun-
 »do.»

Los Fabios, demasiado jóvenes y ardientes para dar oídos á la prudencia, salieron indignados de la asamblea de los galos: y olvidando la moderacion propia de los mediadores, no solo aconsejaron la guerra á los elusinos, sino tomaron ellos mismos las armas y se pusieron al frente de una salida contra los bárbaros. La suerte quiso que Quinto Fabio, habiendo muerto á un jefe galo con su lanza, fué reconocido al tiempo de quitarle las armas. Corre la noticia en el ejército, y escita el furor de Brenno, que variando de proyecto, abandona el sitio y la guerra de Clusio, y vuelve contra Roma su odio. La juventud gala queria marchar al instante; pero sus jefes, respetando el derecho de jefes, visto por los romanos,

resolvieron enviar diputados á Roma para pedir justicia y el castigo de los Fabios. El senado, despues de haber oido su embajada, no pudiendo negar el delito, ni resolverse á infligir la pena merecida á unos jóvenes patricios, estimados por sus azañas y sostenidos por el crédito de su familia, remitió al pueblo la decision de este negocio. La plebe romana admirando imprudentemente un valor inoportuno y una temeridad culpable, reusó toda satisfaccion á los diputados, y para irritarlos mas eligió por tribunos militares para el año siguiente, á los tres fabios con Quinto Sulpicio Longo, Quinto Servilio y Servio Cornelio Malufinense.

Roma en tiempos de menos peligro, habia nombrado un dictador. Su ceguedad fué tal que en circunstancias tan críticas no apeló á este recurso; y sin embargo, el terror, aumentado por la supersticion, procedia á este nuevo enemigo; pues se esparció la noticia de que una voz desconocida habia anunciado mucho tiempo antes la llegada de estos bárbaros.

Entretanto los galos marchaban rápidamente, infundiendo terror á todos los pueblos, aunque no cometian ninguna vio-

lencia y repelían constantemente este grito: «¡Guerra solo á los romanos!» El senado les opuso cuarenta mil hombres; mal elegidos y peor ordenados. Los galos eran sesenta mil, cuya terrible gritaría, repetida por las montañas, causaban un espanto que los romanos no habían conocido nunca. Los dos ejércitos se encontraron á cuatro leguas de Roma, en la confluencia del Tíber y del Alia.

El temerario Quinto Fabio, que mandaba el ejército romano, ni consultó los auspicios, ni hizo sacrificios, ni atrincheró su campo: apostó su izquierda sobre el río, su derecha en una montaña y su reserva en una altura. Temiendo ser rodeado, estendió sus alas y así debilitó el cuerpo de batalla.

Brenno, habiendo arrollado la caballería romana, atacó la colina donde estaba la reserva, y solo en este punto halló resistencia. El resto del ejército, asombrado de los sables largos del enemigo, de sus cabelleras ondeantes y de sus gritos, huyó. Ni los jenerales mostraron habilidad, ni valor los soldados. El ala izquierda quiso refugiarse á Veyos, y una gran parte de ella se ahogó en el Tíber. En la batalla, que duró poco tiempo, no

fueron muchos los muertos; pero en el desorden de la retirada fué grande la carnicería. Algunos fugitivos del ala derecha anunciaron en Roma la pérdida de la batalla: y los galos hubieran entrado con ellos en la ciudad, á no haberse detenido tres dias en saquear los reales y en celebrar con banquetes la victoria.

DESÓRDEN EN ROMA.—Los romanos, consternados al principio, recobraron en el peligro su antiguo valor. Recojieron en el Capitolio y la ciudadela los últimos recursos de la república, la flor de la juventud y del senado, las armas y los víveres. El sacerdote de Quirino y las vestales, llevaron lejos de la ciudad las imágenes de los dioses, los ornamentos, vasos y libros sagrados.

Resolviéronse tambien á no salvar sino lo que era útil á la patria, y á entregar á la muerte todo lo demás. Solo quedaron en la ciudad los viejos é incapaces de tomar las armas. Los ancianos dictadores y consulares, los senadores mas venerables por sus triunfos, edad y dignidades, declararon que no consumirían inútilmente los víveres de la ciudadela, y morirían en Roma con los demás inválidos; y recomendaron al valor de la ju-

ventad la suerte de una república ilustrada por cuatro siglos de victorias.

Roma presentaba el espectáculo mas sublime y doloroso: jóvenes guerreros, que encerraban en el Capitolio la última esperanza de la libertad, al mismo tiempo que los ancianos iban á sepultarse entre las ruinas de su patria. Las mujeres, llorosas é inciertas, no sabian si seguir á sus maridos é hijos, ó quedarse á servir de último consuelo á sus padres. Los pobres se derramaron en los campos, y se enterraron en las cuevas todas las riquezas que pudieron sacarse de los templos.

El respeto á la religion estaba tan profundamente grabado en los ánimos, que Lucio Albino, del orden plebeyo, que llevaba en su carro su familia y sus bienes, encontrando en el camino del Janículo las vestales que salian á pie llevando los vasos sagrados, se detiene, baja con los suyos, arroja sus riquezas, y deja el carro á las sacerdotisas.

TOMA DE ROMA.—Solo quedó armado el Capitolio, los templos quedaron vacíos y la ciudad desierta; solo los ancianos y los senadores erraban por ella. Prefiriendo la muerte á la fuga, se visten sus ropas de púrpura y se

sientan en sus sillas curules en los vestíbulos de sus casas. Breno no llega: halla los muros indefensos y las puertas patentas: se detiene temiendo alguna asechanza; pero el silencio y la quietud le dan seguridad. Entra en Roma como en un vasto sepulcro.

Los galos llegan hasta la plaza pública, sin hallar señales de vida y de guerra excepto en los muros del Capitolio: colocan guardias y se dispersan por las calles. Todas las casas del pueblo estan cerradas; pero hallan abiertas las de los grandes. Entran los bárbaros en ellas, y miran con admiracion aquellos ancianos venerables, que segun la creencia del siglo se habian consagrado á sí mismos y á los enemigos, á las deidades del Averno. Estaban aquellos respetables consulares sentados en sus sillas, con las insignias de su dignidad, silenciosos, inmóviles, apoyados sobre sus báculos de marfil, sin dar señales de sorpresa ni de espanto. Su aspecto encadenaba la osadía: su noble gravedad inspiraba una veneracion religiosa: y los galos imaginaron al principio que eran dioses. Un bárbaro mas petulante que sus camaradas, se acercó á Marco Papirio y le tomó la bar-

ha. Papirio no pudo sufrir esta injuria y le dió con el báculo: y el galo le sepulta la espada en el seno. Esta fué la señal de la carnicería. Aquellos ilustres patricios perecieron todos en sus sillars. Los bárbaros, despues de matar el corto número de ciudadanos que encontraron, saquean la ciudad y queman las casas, esperando que el terror del incendio obligaria á los defensores del Capitolio á rendirse.

Los romanos, encerrados en su última fortaleza, veian desesperados el incendio que devoraba á sus padres y á sus ogares. Los gritos de los enemigos, los gemidos de las víctimas, despedazaban sus corazones. El orror de este dia funesto se aumentó con las tinieblas de la noche. Cada instante añadia una nueva amargura á su dolor; pero mientras menos esperanzas tenian, mas fuerte era la resolucion de defender hasta el último suspiro el único asilo de la patria.

Los galos, no pudiendo infundirles miedo, se prepararon á asaltar el Capitolio. Suben á él cubiertos con sus escudos y dando grandes voces segun su costumbre. Pero cuando llegaron á la mitad de la colina, los romanos salen de sus muros, se a-

rojan enfurecidos sobre ellos, y los derrotan completamente.

Viendo Brenno, la inutilidad de este ataque, convirtió el sitio en bloqueo, esperando del tiempo y del hambre la victoria: y como el incendio de la ciudad le dejó sin recursos para subsistir, conservó en Roma una parte de sus tropas, y envió las demás á buscar víveres. Uno de estos destacamentos galos, llegó á Ardea. Camilo lloraba en ella los males de su patria, y no podia concebir cómo se habia apoderado el desaliento de los esforzados romanos, tantas veces victoriosos bajo sus órdenes. Sabe que los galos se acercan, y que los ardeates consternados deliberan tímidamente sobre el partido que tomarian para escaparse del riesgo que los amenazaba. Camilo, que nunca habia asistido á sus juntas, se presentó entonces y les dijo: «Ardeates, que siempre
»fuisteis mis amigos y agora sois
»mis conciudadanos: no creais
»que he olvidado la ley que me
»destierra; pero en riesgo tan
»grande todos deben contribuir
»á la salvacion del estado. No
»puedo manifestaros mejor mi
»gratitud que peleando por vuestra
»defensa. La fortuna no me
»ha sido infiel sino en tiempo
»de paz. Confiad en mis conse-

«jos: aprovechaos de la ocasion
«que se os presenta para probar
«á Roma vuestra amistad y ad-
«quirir gloria eterna.

«Los galos se acercan: creed-
«me, estos hombres son mas es-
«pantosos por la prosceridad de
«su estatura, que temibles por
«su valor. La fortuna, y no ellos,
«vencieron á Roma. ¿Qué han
«hecho despues de la batalla del
«Alia? Se han apoderado de una
«ciudad desierta: han degollado
«ancianos indefensos, y un cor-
«to número de romanos ha bas-
«tado para derribarlos del Capi-
«tolio. Ahora se dispersan por los
«campos, como animales voraces,
«sin orden, disciplina ni
«centinelas. Roban de dia y se
«embriagan de noche. No per-
«mitais que la Italia pierda su
«nombre y reciba otro vergon-
«zoso de estos bárbaros. Tomad
«las armas y seguidme: os pro-
«meto, no el combate, sino la
«matanza cierta de los enemi-
«gos. Si no os los entrego como
«víctimas, consiento en que me
«desterreis como me desterró
«mi patria.»

Los ardeates, enardecidos con
este discurso, siguen sus conse-
jos. Camilo, despues de recono-
cer á los enemigos que estaban
acampados con el mayor desór-
den, cae sobre ellos á media no-

che, los espanta con el sonido re-
pentino de gritos y trompetas, y
los degüella medio dormidos.
Algunos, que probaron escapar-
se por el camino de Ancio, fue-
ron perseguidos y hechos peda-
zos. Al mismo tiempo los etrus-
cos quisieron aprovecharse de la
situacion de Roma para reco-
brar á Veyos; pero los romanos
que habia en esta ciudad, les sa-
lieron al encuentro y los ven-
cieron matándoles mucha jente.
El sitio del Capitolio continuaba,
y sus valientes defensores espanta-
ban al enemigo con rasgos de
extraordinaria intrepidez. Un dia
Cayo Fabio Dorson, para cum-
plir un sacrificio que por cos-
tumbre antigua debia hacer su
familia, baja del Capitolio con
los vasos sagrados, atraviesa el
campo enemigo, llega al monte
Quirinal, donde cumplió su vo-
to, vuelve á su puesto con una
gravedad tan angusta, que los
galos, ó por respeto religioso ó
espantados de su temeridad, no
opusieron ningun ostáculo á su
tránsito.

La victoria de Camilo habia
alentado á los romanos de Veyos
y de las ciudades vecinas. Ar-
máanse todos, y se ponen bajo las
órdenes de su antiguo dictador,
que fiel á las leyes de su patria,
reusa la autoridad que le dan,

hasta que el senado la confirme.

Poncio Cominio, soldado de este ejército, baja el Tiber en un gran coche, llevando la petición de las tropas, y al favor de la noche sube sin ser visto de los galos al Capitolio, y da cuenta de la victoria de Camilo. El senado nombra dictador á este héroe, y Poncio vuelve á Veyos con igual osadía y felicidad.

Algunos galos repararon en las pisadas de aquel intrépido guerrero, y conocieron que había sendas para subir al Capitolio. Aprovechándose de este descubrimiento en medio de una noche: afianzándose en las malezas, llegan al pie de la muralla, y sosteniéndose mutuamente, se libran por su silencio de la vigilancia de las centinelas y aun de los perros de guarda. Los romanos, aunque sin víveres, no se habían atrevido á matar y comer los ánsares consagrados á Juno, y este respeto religioso salvó á Roma.

Al acercarse el enemigo, los ánsares se asombran, gritan y baten las alas. Marco Manlio, varón consular, despierta al ruido, da el alarma, y mientras las tropas se reúnen, corre á la muralla y derriba en el precipicio á un bárbaro que estaba abraza-

TOMO VIII.

do á la almena. En su caída arrastró á muchos de sus compañeros; llegan los romanos, arrojan al enemigo, y el Capitolio queda salvo. Manlio fué colmado de honores y elogios: y aunque la escasez de víveres era tan espantosa, cada guerrero le dió una porción considerable de los suyos. Por un decreto fueron condenados á muerte todos los centinelas; pero la clemencia mitigó este rigor, y el comandante de ellos pagó la negligencia de todos. Entretanto, Camilo aumentaba diariamente sus fuerzas, destruía todos los destacamentos enemigos, ocupaba las cercanías de Roma, cerraba sus avenidas, y causaba hambre en el ejército enemigo, devorado al mismo tiempo de una peste cruel. Nada se sabía en el Capitolio de los progresos del dictador, y ya no quedaban casi subsistencias, aunque para disimularlo arrojaban panes de cuando en cuando al campo de los enemigos. Fatigados igualmente unos y otros, hicieron treguas, pero al fin los soldados romanos, sucumbiendo á la necesidad, obligaron al senado á capitular. Sulpicio, tribuno militar, bajó con plenos poderes á tener una conferencia con Brenno, y convinieron en que Roma pagaría

un tributo de mil libras de oro, y los galos evacuarían el país.

Hecho el tratado se comenzó á pesar el oro, y el galo empleó una balanza falsa. Sulpicio se quejó de este fraude, y Brenno, poniendo su espada que era muy pesada, en el lado del contrapeso, le dijo con amarga ironía: *¡Ay de los vencidos!* En este momento Camilo, cuyo ejército se había aproximado á Roma, llega á la plaza con sus oficiales y se le dá cuenta de la negociación, del artificio y de la insolencia de los galos. «Romanos, »dijo Camilo, recojed el oro: y «tú, galo, quita de ahí esa balanza, y prepárate á pelear; porque solo con el acero recobramos nuestra libertad.» Brenno, sorprendido, le echa en cara quebrantar el tratado. «Todo tratado concluido sin la intervención del dictador es nulo, »respondió Camilo. Galos: os declaro que la tregua está concluida; »preparaos al combate.» Terminada la conferencia por estas palabras, vuelve á sus tropas, las dispone en batalla sobre las rui-

nas de Roma, y les recuerda que van á combatir por todo lo que es mas sagrado entre los hombres, los dioses, la patria, los hogares, y la libertad.

DERROTA COMPLETA DE LOS GALOS.—Los galos tomaron las armas: su furor peleaba con el jenio de Camilo: á pesar de su ostinada resistencia, fueron vencidos y derrotados. El dictador los persigue y los alcanza á ocho millas de Roma, los vuelve á derrotar y se apodera de su campamento. La fuga no los libertó de la espada del vencedor: ni uno solo quedó que pudiese llevar á la Galla la noticia de su desastre.

Roma, despues de siete meses de invasion, fué libertada con la misma rapidez que había caído en poder de los enemigos. Los vencedores de los galos y los defensores del Capitolio, unieron sus lágrimas y su júbilo sobre las ruinas de su patria y los sepulcros de sus padres; y Camilo recibió los honores del triunfo en una ciudad destrozada, de la cual vino á ser segundo fundador.

CAPITULO IV.

DESDE LA EXPULSION DE LOS GALOS HASTA LA PRIMER GUERRA PÚNICA.

Proposiciones de los tribunos. — Reedificación de Roma. — Conspiración de Manlio. — Dictadura de Camilo. — Nombramiento de cónsules plebeyos. — Creación de los pretores. — Muerte de Camilo. — Heroicidad de Marco Curcio. — Dictadura de Marco Rutilio, plebeyo. — Guerra con los samnitas. — Batalla de Cápua. — Visión de los cónsules Manlio Torcuato y Decio. — Severidad de Manlio con su hijo. — Dictadura de Publio Filo, plebeyo. — Dictadura de Papirio Cursor. — Orcas Cándidas. — Nueva guerra con los samnitas. — Guerra con los tarantinos. — Batalla de Heraclea. — Batalla de Asculo. — Batalla de Benevento. — Toma de Taranto. — Dominio de la república sobre toda la Italia.

PROPOSICIONES DE LOS TRIBUNOS. — Los tribunos olvidaban siempre los grandes intereses de la república y solo pensaban en aumentar su crédito alegando las pasiones del pueblo. Arrojadlos los galos, renoveron sus intrigas para lograr que la mitad de los ciudadanos y del senado pasase á establecerse en Veyos. Camilo se opuso fuertemente á este proyecto, y dijo: «Romanos: las disensiones que escita el espíritu faccioso de vuestros tribunos, me han llegado á ser tan insostenibles, que lo que me consolaba en mi destierro era ver-

me alejado de ellos. No he mudado de opinion, y viviria en el retiro y el silencio, si el interés de mi país no me obligase á volver entre vosotros y á tomar la palabra. ¿Qué os aconsejan vuestros tribunos? ¿Quieren haceros abandonar la ciudad donde nacisteis, y ultrajar á los dioses que os han salvado? Acordaos de vuestra propia historia y de la de vuestros abuelos, y os convencereis que mientras fuimos fieles á su culto prosperaban nuestras cosas: tal es el documento de la edad presente y la pasada.

«Roma fué reedificada por la vo-
 «luntad de los dioses: ha crecido
 «bajo sus auspicios: no hay día
 «en el año, ni sitio en la ciudad,
 «que no esté consagrado por al-
 «guna ceremonia. ¿Podreis lle-
 «var á otro suelo todo lo divino
 «que hay en Roma? ¿Tendreis la
 «cobardía de abandonar vues-
 «tros templos, en vez de imitar
 «el valor de Fabio, que para
 «cumplir sus obligaciones reli-
 «giosas, atravesó el campo ene-
 «migo? En Veyos, dicen, hay mas
 «abundancia; y por este inte-
 «rés ¿tomareis el nombre de un
 «pueblo vencido? y ¿dejareis que
 «los ecuos y volscos se establez-
 «can aquí y tomen el glorioso
 «título de romanos? ¿No es me-
 «jor habitar en cabañas cerca de
 «vuestros penates, que conde-
 «naros al destierro? Llevareis, es
 «verdad, á otro suelo vuestra vir-
 «tud y vuestra intrepidez; pero
 «¿llevaréis la proteccion de los
 «dioses, que tan magníficas pro-
 «mesas han hecho á la ciudad de
 «Roma? Aquí fué en los cimientos
 «del Capitolio, donde se en-
 «contró la cabeza de hombre,
 «emblema del imperio del mun-
 «do prometido á nosotros. Aquí
 «se guarda el escudo que bajó
 «del cielo: aquí está el fuego e-
 «terno de Vesta, presajio de la
 «eternidad de la república: de

«aquí no quisieron salir, ni la dió-
 «sa Juventud ni el dios Térmi-
 «na, fijando en este suelo las es-
 «peranzas de un imperio sin fin.
 «En Roma, y solo en Rome pue-
 «den cumplirse los oráculos de
 «vuestra gloria, prosperidad y
 «señorio.»

Estas palabras religiosas he-
 cian mucha impresion en el pue-
 blo; pero aun estaba muerto;
 cuando un centurion que man-
 daba una guardia, pasó en este
 momento por la plaza, y gritó
 al porta-estandarte: *fija aquí la
 bandera que este es buen sitio.* Es-
 ta palabra produjo mas efecto
 que todas las exortaciones de
 Camilo. El senado y el pueblo
 exclamaron: *aceptamos el agüero,*
 y no se pensó mas en Veyos.

Camilo, que miraba la reli-
 gion como el apoyo mas útil de
 la política en un pueblo super-
 sticioso, quiso que se espiase la ne-
 gligencia, cometida mucho antes
 de la irrupcion de los galos, en
 no haber hecho caso de Cecidio,
 un ciudadano romano que de-
 cia haber oído una voz del cielo,
 anunciadora de la llegada de los
 bárbaros; y con este motivo se
 edificó un templo á Ayo Locu-
 cio, dios que segun Ciceron (fi-
 lósofo mas que agorero), hablaba
 cuando no se le conocia, y en-
 mudeció apenas fué célebre y

tuvo casa y altares. Los mismos motivos religiosos hicieron establecer una procesion, en la cual se llevaba un ánsar, y á los de Juno se les señaló una pension en memoria de la salvacion del Capitolio.

REEDIFICACION DE ROMA.—(A. M. 3619.—A. C. 385.) Aunque Camilo habia salido con su intento, perdió su popularidad. No obstante, el pueblo, determinado ya á quedarse en Roma, trabajó con ardor en la reedificacion, pero con poca regularidad y sin precauciones para la salida de las aguas; lo que hizo mal sano el aire y mas frecuentes los contagios. Los ecuos, volscos, y etruscos, tomaron las armas contra la república. Camilo, elegido dictador por la tercera vez, salió contra ellos con Servilio Ahala, jeneral de la caballería, los venció y sometió.

CONSPIRACION DE MANLIO.—(A. M. 3624.—A. C. 380.) El aumento de la poblacion hizo que se aumentase el número de las tribus, que eran veintinueve, hasta veinticinco. Mientras Camilo se distinguia con nuevas azañas y victorias, Manlio, orgulloso por haber defendido el Capitolio, envidiando la gloria del dictador, y enojado contra los senadores que no recompensaron, co-

mo á él le parecia justo, sus servicios, formó con sus liberalidades un gran partido en el pueblo, y concibió el proyecto y la esperanza de trastornar el gobierno. El número de cómplices era demasiado grande para que la conspiracion pudiese estar secreta. El senado la supo al mismo tiempo que los volscos se rebelaban, y confió la dictadura á Cornelio Coso, cuyo jeneral de caballería fué Quincio Capitolino.

El dictador, despues de haber vencido al enemigo y gozado los honores del triunfo, citó á Manlio en juicio y le mandó prender; mas el pueblo, que le miraba como su salvador y su apoyo, se conmovió en su favor, se vistió de luto como en las calamidades públicas, y sostuvo al acusado tan estinadamente, que á pesar de la fuerza de la acusacion y la debilidad de la defensa, fué absuelto y puesto en libertad.

Este suceso aumentó su osadía; conspiró mas abiertamente persuadido que en adelante podia arrostrar toda ley y toda autoridad; pero Camilo, destinado siempre á salvar á Roma, era entonces tribuno militar, y citó á juicio al conspirador. El aspecto del Capitolio, que se descubria desde el tribunal, defendia al acusado, el cual en lugar

de responder á los cargos, escitó los afectos de la muchedumbre, y preguntó llorando si los romanos le darian muerte á la vista de la montaña que su valor habia salvado. El pueblo, movido siempre por el sentimiento mas que por el raciocinio, se conmovió y pareció dispuesto á libertarle. Camilo, que lo conoció, transfirió su tribunal al bosque de Petelino, lejos de las murallas sagradas, que no pudieron proteger al reo como él las habia defendido. Allí fué condenado y despeñado de la roca Tarpeya: y para infamar su memoria, se prohibió á los Manlios tomar el pronombre de Marco.

Despues de este acto de severidad, riguroso pero necesario, marchó Camilo contra los volscos rebelados de nuevo. Una enfermedad le asaltó en el camino: su coléga, despreciando sus prudentes consejos, atacó al enemigo que estaba en una posicion fuerte, y á pesar de su valor fué vencido y derrotado. Apenas lo supo Camilo, sale de la cama, monta á caballo, reúne las tropas dispersas, las reanima con sus palabras y ejemplo, restablece el combate y logra una completa victoria.

La grande desigualdad de clases y fortunas, eran en Roma

un jérmen perpétuo de disensiones. Los pobres, oprimidos por la usura, causaron nuevas turbulencias. Los de Premestre, ciudad latina, aprovechándose de estas discordias, hicieron correrías, hasta las puertas de la ciudad.

Contra estos males interiores y exteriores, recurrió el senado al remedio ordinario, y nombró dictador á Quincio Cincinnato, que contuvo á los facciosos, alistó un ejército, venció á los enemigos y les tomó nueve ciudades, rindió á Premestre, le quitó la estatua de Júpiter *Imperator*, que mandó colocar en el Capitolio, y despues de estas rápidas victorias abdicó.

Es digna de observacion la influencia de las mujeres en un pueblo tan grave y belicoso como el romano. En todos tiempos contribuyeron á las mudanzas y engrandecimiento de Roma. Las sabinas le dieron la paz y dos reyes. Lucrecia fué causa de la abolicion de la monarquía: Virginia, de la ruina de los decemvires: Veturia salvó á Roma de la venganza de Coriolano. Ahora veremos como una mujer terminó la antigua lucha entre patricios y plebeyos; y en tiempos posteriores, Octavia y Cleopatra, armando á Augusto contra Anto-

nio, tendrán gran parte en la revolución que cambió la suerte del mundo, y sometió á un señor todos los señores de la tierra.

NOMBRAMIENTO PROPUESTO DE CÓNSULES PLEBEYOS.—Fabio Ambusto tenía dos hijas, una casada con un patricio, y la otra con Licinio Stolo, plebeyo. La mujer de este último, estando un día en casa de su hermana, oyó dar un golpe á la puerta que la asombró, y su miedo hizo reír á la patricia. El marido de esta, que era entonces tribuno militar, entró precedido de sus lictores, y seguido de una brillante comitiva. Este esplendor y estos honores, escitaron la envidia de la mujer de Licinio; y atormentada desde entonces por esta pasión, lloraba en presencia de su padre, y le suplicaba emplease su crédito en destruir aquella desigualdad tan humillante entre sus hijas; y al mismo tiempo irritaba por todos los medios que estaban á su alcance, el orgullo de su marido. Consiguió en fin ponerlos en acción. Reuniéronse con Lucio Sestio, plebeyo, amigo de Licinio: estos dos solicitaron ser tribunos de la plebe, y lo consiguieron. Renovando las antiguas querellas, y arengando al pueblo, ya con arte, ya con

veemencia, le movieron á votar un proyecto de ley, según el cual, uno de los cónsules había de ser plebeyo en lo sucesivo.

Esta decisión escitó grandes agitaciones en el senado. Los patricios se opusieron ostinadamente á una innovación que les quitaba la mas noble de sus prerogativas, y destruía la distinción entre los dos órdenes del estado.

Los senadores no querían ceder sus derechos; el pueblo insistía en sus pretensiones. No pudiendo vencer ninguno de los partidos ni convenirse, pasaron cinco años en disputas continuas, sin crear cónsules ni tribunos militares. En fin, se creyó terminar estas diferencias con la autoridad de Camilo, á quien se nombró dictador; pero sus esfuerzos para templar el espíritu del pueblo, fueron inútiles y abdicó.

Manlio Capitolino, que le sucedió, siguió un camino diferente: manifestóse muy popular: nombró jeneral de la caballería á Licinio Stolo, el primer plebeyo que obtuvo esta dignidad; pero todas las concesiones irritaban el ardor de la plebe en lugar de calmarlo. La querella entre los dos órdenes era mas viva cada día, cuando se supo que los galos marchaban á la costa

del Adriático para acometer de nuevo á Roma. El miedo, mas elocuente que la razon, suspendió las animosidades; todos los ciudadanos se alistaron para salir al encuentro á un enemigo tan formidable: hasta los pontífices tomaron las armas, y se estableció por ley, que en caso de guerra contra los galos, ni la edad ni las dignidades dispensarían del alistamiento. Camilo fué nombrado dictador, y escusándose con su larga edad y quebrantada salud, el senado le respondió: «No necesitamos de tu brazo, sino de tu cabeza.» Obedeció y nombró por jeneral de la caballería á Quincio Cincinnato. Estas dos elecciones, fueron presajio de la victoria. Camilo la preparó con su prudencia antes de obtenerla por su valor. Ejercitó á los romanos en el juego de la espada, y en defenderse contra los sables largos de sus adversarios, y dió á los soldados yelmos de hierro, y escudos guarnecidos de cobre. Marchó despues contra los galos, encontrólos junto al Anio, batiólos completamente, y se apoderó por sorpresa de la ciudad de Velitras.

Al volver á Roma, encuentra al senado lleno de temores, y al pueblo en sedicion. Se prolonga

su dictadura: quiere oponer su firmeza á las olas alborotadas del pueblo, y es insultado: un edil faccioso levanta la mano contra el libertador de la ciudad: los tribunos mandan prender á Camilo: los lictores resisten: el pueblo se arroja al tribunal para echar de él al dictador; y Camilo, invencible contra los enemigos, pero vencido por sus conciudadanos, se retira, entra en el senado, le aconseja sacrificar la vanidad al bien público, y le persuade á decretar la anulacion del tribunado militar, y que uno de los cónsules sea siempre del orden plebeyo.

Este decreto, que destruyó la aristocrácia en Roma (1), dejándole solo el poder de los recuerdos, sustituyó la avidez de las riquezas al orgullo del nacimiento (2), y dió origen á la co-

(1) Esto nos parece inexacto, porque nunca faltó en Roma aristocrácia. Se substituyó á la aristocrácia patricial, ó de nacimiento, la de ilustracion, ó de dignidades y triunfos. En otros términos: se abrió la puerta á la plebe para que pudiese aspirar á la nobleza. La verdadera república comenzó en la última dictadura de Camilo: la de Bruto solo fué un régimen aristocrático.

(Larra.)

(2) Otro error: el efecto inmediato de la admision de los plebeyos á las dig-

rrupcion (1), y por su medio á la tiranía.

Esta gran mudanza se hizo ciento cuarenta y tres años despues del establecimiento del consulado, y veinticuatro despues del incendio de la ciudad. La igualdad que introdujo, no hubiera sido peligrosa, si un tercer poder independiente del pueblo y del senado, los hubiera balanceado y contenido; pero el pueblo, siendo á un mismo tiempo legislador y elector, el patriciado quedó sin autoridad (2) y solo la

vidades, fué la noble emulation de las virtudes civiles y militares. Décio Mus, Coruncanio, Curio Dentato y otros muchos héroes de la plebe, que ilustraron á Roma, fueron pobres. (LISTA.)

(1) La corrupcion de Roma tuvo su origen en la conquista de pueblos afeeminados y entregados al lujo y á las delicias; y la tiranía, en el gobierno proconsular; consecuencia necesaria del espíritu de conquista. (IDEM.)

(2) No nos parece que están bien calificados en este periodo los poderes de Roma: estos eran el pueblo, el senado y el consulado. El senado servia de cuerpo intermedio entre la autoridad ejecutiva y la legislativa. Y la prueba es, que cesaron los disturbios interiores, apenas los plebeyos pudieron aspirar al título de senadores. El senado no por eso perdió las facultades que tenía desde que Rómulo lo instituyó.

(IDEM.)

fuerza de las costumbres retardó la caída de la república. Sin embargo, Roma gozó en toda su plenitud los triunfos de esta victoria popular. La paz se estableció: el pueblo se reconcilió con los patricios, y se cumplió un voto que habia hecho Camilo, de edificar un templo á la concordia. Al mismo tiempo se puso en ejecucion otra ley, propuesta por los tribunos Sextio y Stolo; y era que ningun ciudadano pudiese poseer mas de quinientas yugadas de tierra. El primero que la infringió y pagó una multa por ello, fué el mismo Stolo.

CREACION DE LOS PRETORES.— El senado creó un pretor, que presidiese sus juntas y los comicios en ausencia del cónsul, y administrase la justicia en la ciudad: se le concedió la ropa pretexta ó conconsular, silla curul y seis lictores: junto á su tribunal se ponian una lanza y una espada. Despues se creó otro para juzgar á los extranjeros: el primero se llamaba pretor urbano, y el segundo peregrino. Los patricios obtuvieron de la benevolencia pasajera del pueblo, que para la pretura se nombrarian exclusivamente individuos de su orden.

Para celebrar la reconcilia-

ción del pueblo con el senado, se añadió otra feria á las tres latinas, y el pueblo consintió que se nombráran cada año dos ediles patricios para celebrar los juegos. Se llamaron ediles curules porque tenían la silla de marfil.

MUERTE DE CAMILO.—(A. M. 3642.—A. C. 362.) Cuando Roma descansaba de las agitaciones políticas, fué atormentada por las calamidades naturales. La peste la afligió y le robó al gran Camilo. Pocos héroes han adquirido una gloria mas pura y brillante. Solo se le puede acusar de haber formado, al salir para el destierro, votos contra su patria. El contagio duró dos años, y la superstición romana creyó que los dioses se aplacarían con espectáculos teatrales. Enviaron pues á Etruria por cómicos, llamados *Aistriones*. Al principio no se representaban sino danzas rústicas al compás de la flauta, y un actor recitaba despues versos satíricos y groseros. El primer espectáculo que hubo en Roma, se verificó cuarenta años despues de la muerte de Sófocles y Eurípides.

El teatro no puso fin á la peste, y la avenida del Tíber agravó las desgracias públicas. Acorárouse los romanos que en otro tiempo había cesado un contagio

cuando el dictador fijó un clavo en la pared del templo de Júpiter, y nombraron dictador á Manlio Capitolino, solo para que renovase esta ceremonia ridícula. Despues de haberla cumplido abdicó. Llamábase el clavo sagrado. Los clavos servían antiguamente en Etruria y en Roma para marcar el número de los años, á falta de números. El cónsul los clavaba, y de ahí vino sin duda la extravagante idea de dar tan grande importancia á tan poca cosa. En cuanto á superstición, nada es increíble respecto á los romanos; y parece que esta ha sido hereditaria.

HEROICIDAD DE MARCO CURCIO.—Al mismo tiempo un gran terremoto abrió en el foro romano un inmenso boqueron; y como no pudiesen llenarlo por mas tierra que echaban, se consultó al oráculo, el cual respondió que únicamente se cerraría luego que se echase en él la riqueza del pueblo romano: Marco Curcio estaba á caballo, y respondió que las armas y el valor eran las riquezas del pueblo, y en seguida se arrojó, se cerró la sima, y quedó el foro como antes (1).

(1) Véase sobre este pasaje el tomo I de esta obra, páj. 152.

Los hérnicos, creyendo debilitada la ciudad con una peste tan larga, tomaron las armas y vencieron y mataron al cónsul Jencio. Claudio Crasino, nombrado dictador, lo vengó con una victoria completa: mas no obtuvo el triunfo sino la ovacion, por haberla conseguido de súbditos rebelados. Forzoso era que el pueblo romano poseyese mas grandes hombres que los demás países para haber fijado la fortuna, á pesar de la continua mudanza de jenerales.

Una nueva irrupcion de galos causó en Roma grande terror. El enemigo avanzó hasta una legua de la ciudad. Salióle al encuentro el dictador Quincio Penno y Cornelio Melujinense, jeneral de caballería. Iba á darse la señal del combate, cuando un galo de estatura gigantesca se adelanta á su campo y desafia al mas valiente de los romanos. El jóven Tito Manlio salió con permiso del jeneral á castigar su audacia á vista de los dos ejércitos, atravesó con su lanza al bárbaro, y le quitó el collar de oro que llevaba, por lo que recibió de los suyos el sobrenombre de Torcuato ó *Collariego*.

Esta azaña, presajio de la victoria, dobla el ardor de los ro-

manos é intimida á los bárbaros. El dictador penetra en las filas, las desordena y auyenta. Pero auxiliados los galos por los tiburtinos y los hérnicos, talaron el Lacio durante un año. Esta calamidad fué útil á Roma, porque sus latrocinios obligaron á los latinos á unirse mas estrechamente con la república. El dictador Servilio Abala comprimió los pueblos rebelados; y su sucesor Cayo Sulpicio libró á la ciudad de todo susto con una grande victoria que consiguió de los galos.

DICTADURA DE MARCO RUTILIO, PLEBEYO.—(A. M. 3656.—A. C. 348.) Roma aumentaba siempre su poder á pesar de los ostáculos que renacen incesantemente. Las naciones de Italia previan la subyugacion y defendian su independencia. Los doce pueblos de Etruria reunidos hicieron alianza con los faliscos, y declararon la guerra á la república. Esta fué la primer vez que un plebeyo, Cayo Marco Rutilo, obtuvo la dictadura. Nombró jeneral de la caballería á Plancio Próculo, plebeyo tambien. Los patricios, irritados, quisieron hacer que saliese sin honor de la lucha; á pesar de sus intrigas derrotó á los enemigos, y mereció y obtuvo el triunfo. El senado,

ofendido de su gloria, violó su promesa é hizo que se eligiesen dos cónsules patricios. El descontento que hubo en Roma animó á los etruscos para renovar sus ataques; pero Tito Manlio, nombrado dictador, los venció y persiguió tan ostinadamente, que se vieron obligados á hacer la paz. El senado cumplió su palabra, y permitió elegir un cónsul plebeyo. Pero á pesar de este acto de justicia, las desgracias ocasionadas por la usura prolongaron el descontento. Los cónsules, para remediar este daño, pagaron del erario público las deudas de los indijentes.

Si los patricios eran demasiado orgullosos, los plebeyos eran siempre insaciables. Pidieron que se nombrase de la plebe uno de los censores, y fué preciso condescender con ellos, porque Fabio, nombrado dictador para sosegar los alborotos que causaba esta pretension, no pudo contener el ardor del pueblo.

Poco tiempo despues se renovó la guerra contra los galos: al principio consiguieron ventaja los romanos; pero habiendo quedado herido uno de los cónsules y enfermo el otro, se nombró un dictador para celebrar los comicios consulares, en los cuales fueron creados cónsules Lucio

Porcio Camilo y Publio Claudio Craso. Este murió y no se le substituyó otro. Camilo marchó contra los galos. Uno de sus guerreros desafió al mas valiente de los romanos. Valerio, jóven tribuno, aceptó el desafio y mató á su adversario. Los romanos, que en la tradicion de sus azañas añadian siempre lo maravilloso á lo verdadero, contaron que durante el duelo, un cuervo, posándose en el casco de Valerio, habia espantado al galo picándole y batiendo las alas: lo cierto es que Valerio tomó el sobrenombre de Corvo, y lo transmitió á su posteridad.

Camilo logró una victoria señalada de los galos. Despues se nombró dictador á Manlio para presidir los comicios, y aunque Valerio tenia solo veintitres años, se le nombró cónsul. En su año hubo paz; pero al siguiente se rebelaron las seis naciones del Lacio, y Camilo, nombrado dictador, las sometió.

Los progresos de la potencia de Roma estendian la fama al mismo tiempo que sus dominios. El año 405 de Roma, solicitó Cartago su amistad é hizo con ella un tratado de alianza.

GUERRA CON LOS SAMNITAS.—(A. M. 3664.—A. C. 340.) La república habia sometido á los lati-

nos, volscos, rútuos, hérnicos y auruncos, y una parte de la Etruria y del país de los sabinos. Vengada de la invasión de los galos, había adquirido un ascendiente considerable, cuando tuvo que sostener una nueva guerra contra los samnitas, el enemigo mas pertinaz que había encontrado hasta entonces. Esta guerra célebre, que duró medio siglo, y dió materia á treinta triunfos, comenzó el año 412 de Roma, y **II** antes de la conquista del Asia por Alejandro. Los samnitas eran sabinos de origen, y ocupaban lo que hoy se llama el Abruzzo y el Condado de Molise. Roma había estado separada de ellos por los pueblos que acababa de subyugar. Los picentinos, marsos, vestinos, hirpíneos, pelignos y marrucinos estaban sometidos á los samnitas, que eran tan belicosos como los romanos. Entre ellos el amor y el himeneo coronaban la gloria, y el mas valiente tenia derecho de elegir por esposa á la mas bella. Los samnitas atacaron á los sidicinos, y los vencieron á pesar del socorro de los campanios. Capua, amenazada por el vencedor, imploró el auxilio de Roma.

En aquellos tiempos el senado, religioso observador de los tratados, no emprendia guerras

injustas; pero atacado una vez, era escésivo en sus venganzas. Habia paz jurada entre romanos y samnitas; y así respondió á los de Capua que no podia defenderlos contra sus aliados. Los campanios, no viendo medio alguno para sostener su independencia, y prefiriendo la dominacion de los romanos á la de los samnitas, declararon solemnemente que se entregaban á Roma. El senado informó de este suceso al gobierno de los samnitas, y les envió á decir que siendo la Campania posesion de la república, la tratasen como aliada y no como enemiga. Los samnitas, enfurecidos, se declararon contra los romanos, é hicieron horribles estragos en aquella provincia.

VICTORIA DEL CÓNSEL VALERIO CERCA DE CAPUA.—Los dos cónsules Valerio y Cornelio salieron contra ellos al frente de dos ejércitos. Valerio les dió batalla cerca de Capua. Jamás habían encontrado los romanos enemigos mas valientes ni mas dignos de ellos. La victoria estuvo indecisa por mucho tiempo; pero la resistencia convirtió en rabia el ardor de los romanos: precipitáronse en masa sobre el enemigo, penetraron en sus filas y las pusieron en huida. Tito Livio, adoptando todas las circunstan-

clas capaces de albergar la vanidad de los suyos, dice que admirándose estos de que enemigos tan valerosos se hubiesen dejado vencer, los prisioneros samnitas les dijeron que no tanto los habian aterrado las armas como las miradas de los romanos, y que no habian podido resistir las llamas que parecian salir de sus ojos.

Cornelio penetró en el Samnio, y entró inadvertidamente en un desfiladero, donde estuvo para ser destruido; pero un valiente tribuno llamado Decio, apoderándose con un cuerpo escogido de la altura que dominaba el paso, llamó contra sí todas las fuerzas enemigas, y dió tiempo al cónsul para salir de entre las montañas. Despues de haber logrado esto, bajó Decio de su posicion, atacó al enemigo, atravesó sus divisiones, y se reunió al ejército romano que ya le creia víctima de su consagracion, y le lloraba muerto.

Cornelio marchó despues contra los samnitas, los derrotó y mató treinta mil de ellos: se decretaron los honores del triunfo para los dos cónsules, y Decio participó de su gloria. Una parte del ejército romano pasó el invierno en Capua: los soldados, seducidos por la amenidad del

clima y por las riquezas de la ciudad, formaron el proyecto de apoderarse de la Campania y sustraerse á la autoridad de Roma. Ya habian fijado dia para la ejecucion de su plan, cuando fué descubierto. Se dió orden de mudar las guarniciones; y las tropas, para libertarse del castigo que merecian, se rebelaron abiertamente, obligaron á Tito Quincio, varon consular, á ponerse á su frente y marcharon contra Roma.

Valerio Corvo, nombrado dictador por el senado, salió á su encuentro con un ejército muy superior: mas prefiriendo la dulzura á la fuerza, negoció en lugar de combatir, favorecido por Tito Quincio. Su moderacion y elocuencia sometieron á los rebeldes: su gran número les dió la impunidad, y con una amnistia jeneral se restableció la union. No se pensó mas que en hacer la guerra á los samnitas; y se hizo con tanta actividad, que el enemigo pidió y obtuvo la paz. Cuando se firmó el tratado, pidieron los samnitas que se prohibiese á los campanios y latinos socorrer á Sidicino: la respuesta del senado, aunque equívoca, satisfizo á los samnitas, y descontentó á los latinos y campanios que se rebelaron. Envióse con-

tra ellos un ejército mandado por los cónsules Manlio Torcuato y Decio Mus.

VISION DE LOS CÓNSELES MANLIO TORCUATO Y DECIO.—El pueblo dudaba del buen éxito de esta guerra, porque los pronósticos y auspicios eran desfavorables. Cuéntase que á los dos cónsules se les había aparecido en el silencio de la noche un espectro horrible, anunciándoles que un jeneral romano y otro latino perecerian en aquella campaña, y que los dioses prometian la victoria al ejército, cuyo jeneral se consagrara por él á la muerte. Turbados con esta aparicion, convinieron uno y otro cónsul que se consagraria aquel cuyas tropas llevasen lo peor en el combate. Los ejércitos se encontraron al pie del Vesubio, y comenzó la batalla. Los latinos unidos mucho tiempo habia con los romanos, tenian las mismas armas y los mismos reglamentos militares que ellos, el mismo valor, la misma táctica y la misma experiencia, de modo que era dudoso el suceso, pues Roma peleaba contra Roma.

Manlio consiguió al principio alguna ventaja; pero los latinos hicieron retroceder el ala que mandaba Decio. Fiel á su voto este romano, se decide á cum-

plirlo. Llama en alta voz al pontífice Valerio, y le dice: «Necesitamos del auxilio de los dioses; dictame lo que debo hacer y decir para consagrarme por las lejiones.» El pontífice le manda vestirse una ropa bordada de púrpura, cubrirse la cabeza con un velo, tener su diestra levantada, poner un dardo debajo de sus pies, y pronunciar estas palabras: «Júpiter, padre. Marte, Quirino, Belona, dioses lares, deidades que teneis potestad sobre nosotros y nuestros enemigos, dioses manes, os invoco con fiadamente. Os suplico que deis al pueblo romano valor y victoria, y que derrameis en sus enemigos el espanto y la muerte: conforme á esta súplica, me ofrezco por la república, por el ejército, por los aliados; y consagro á los dioses manes y á la tierra, las lejiones enemigas, sus tropas auxiliares y á mí mismo.»

Despues de haber pronunciado esta imprecacion, toma sus armas, monta á caballo, y se arroja en medio de los enemigos. Su vista amenazadora, su ardor heroico, su velo, sus armas y su intrepidez, le daban la apariencia de un ser sobrenatural y divino. Los dos ejércitos, aterrorizados, le miraban como un envia-

do de los dioses para apartar su cólera de los romanos, y derramarla sobre sus enemigos. El terror le precedía: los latinos caían á sus golpes como heridos del rayo. Los que estaban lejos le dispararon sus armas, y cuando esta noble víctima cayó atravesada de dardos, empezaron á desbaratarse las filas de los latinos. Los romanos, convencidos de que los dioses peleaban ya en su favor, redoblaron sus esfuerzos y se lanzaron en masa sobre los enemigos. Estos resistieron mucho tiempo; pero en fin, después de una horrible carnicería, en la cual perecieron las tres cuartas partes del ejército latino, buyeron los demás en el mas completo desorden. Los romanos, á pesar de su espíritu supersticioso, juzgaron con equidad á sus dos cónsules, y atribuyeron la victoria tanto á la habilidad del uno como al sacrificio del otro; y la mayor parte de los historiadores dicen que Manlio, en cualquiera de los ejércitos que mandase, hubiera conseguido el triunfo por su valor y por sus talentos militares. Pero adquirió una funesta inmortalidad por su bárbaro rigor.

SEVERIDAD DE MANLIO PARA CON SU HIJO.—Desde que Camilo había restablecido la disciplina en

el ejército romano, estaba prohibido, pena de la vida, pelear sin permiso ni orden. Antes de la batalla el jóven Manlio, hijo del cónsul, estando al frente de su lejion, fué desafiado á combate singular por Mecio, jefe de los tusculanos. Desobedece la ley para cumplir con su honor, acepta el desafío, y mata á su adversario. Orgulloso por su victoria, vá á su padre esperando hallar elogios y abrazos en premio de su triunfo; pero el cónsul, mirándole con severidad, le dijo: «Has combatido sin mi orden, y has dado el ejemplo de la desobediencia: mucho quiero, pero mas quiero á mi patria. Su salvacion depende de la disciplina, y debo mantenerla y hacer ejecutar las leyes que has violado. Mira á qué desgracia me reduces; tengo que olvidar los deberes de padre ó los de juez; pero Roma triunfará. Demos ambos un gran ejemplo de firmeza; yo condenándote á la muerte, y tú sufriendola con tanto valor como has peleado. Vé, licitor, atale al palo.»

Después de haber pronunciado estas palabras, le dió una corona, noble precio de su valor, y le hizo cortar la cabeza en presencia de todo el ejército, orrorizado de tanta atrocidad. Desde

entonces quedaron en proverbio los decretos manlianos, para denotar la demasiada severidad ó injusticia. Manlio, cuyo corazón no tenía mas sentimientos que el de la gloria de su patria, aceptó los honores del triunfo que debía haber escusado por el luto. Los viejos endurecidos por la edad, y los partidarios de las máximas rígidas, salieron á recibirle según costumbre; pero la juventud, mas sensible, no se presentó en la comitiva.

Los latinos hicieron la paz después de la batalla: de allí á algun tiempo se rebelaron otra vez, y fueron vencidos de nuevo por los cónsules Emilio y Publio. Este último mereció y obtuvo solo los honores del triunfo. Emilio quedó envidioso, y su discordia obligó al senado á decretar que se nombrase un dictador.

DICTADURA DE PUBLIO FILO, PLEBEYO.—Encargado Emilio de la elección, sorprendió extraordinariamente al senado que lo aborrecia, dando la dictadura á su rival Publio, cuyo mérito á los ojos de Emilio, era ser plebeyo. Publio nombró por jeneral de caballería á Junio Bruto, de su mismo órden. El nombramiento de un dictador plebeyo era el golpe mas fuerte que había recibido hasta entonces la autori-

dad de los patricios, que temían con razón las consecuencias de esta medida. El nuevo dictador hizo que se adoptasen tres leyes muy democráticas: la primera, que los plebiscitos obligarian también á los patricios: la segunda, que las leyes hechas en comicios centuriados, debían ser propuestas por el senado antes de proceder á la votación; y tercera, que uno de los censores fuese plebeyo.

Al mismo tiempo los romanos tomaron las armas para reprimir las rebeliones de Ancio y otros pueblos. En el consulado de Furio y Melio fué enterrada viva la vestal Minucia, convencida de impureza. El suplicio se ejecutó en el campo *Malva-*do, llamado así porque en él se acostumbraba castigar á los incestuosos. Publio, después de su dictadura, fué nombrado pretor, dignidad que hasta entonces solo habían obtenido los patricios. Así cayeron todas las barreras que los separaban de los plebeyos. Hubo, es verdad, una diferencia de autoridad entre el senado y el pueblo; pero la de nacimiento solo quedó en la opinión.

La virtud de las matronas romanas, tan célebre en los primeros tiempos de la república, fué mancillada el año 422 de Roma,

con un horrible delito: ciento setenta fueron convencidas de envenenamiento, y condenadas á muerte. Este contagio moral era mas terrible que la peste; la supersticion le aplicó el mismo remedio, y crearon dictador á Quincio Varo para que fijase un clavo en el templo de Júpiter.

Durante algunos años empleó Roma sus armas en castigar á los auruncos y privernates por sus ostilidades y robos. La rebelion de Palépolis tuvo consecuencias mas importantes. Los habitantes de esta ciudad, llamada hoy Nápoles, en lugar de desanimarse por las victorias de los romanos, creyeron, instigados por los samnitas y los tarentinos, que podrian atacar á Roma, aflijida entonces por la peste, y ocupada en reprimir algunas rebeliones en Cumas y Falerios. El cónsul Publio Filo puso sitio á Palépolis, y no habiéndola podido rendir en el año de su consulado, se le prorogó el mando con el título de procónsul. Palépolis fué tomada, y los tarentinos continuaron la guerra sostenidos secretamente por los samnitas.

El año 424 de Roma, un crimen muy escandaloso produjo en la legislacion mudanzas muy favorables al pueblo. La usura

ejercía siempre su tiranía, y los infelices deudores se veían entregados sin defensa á la crueldad de sus acreedores. Un jóven llamado Papirio, desesperado de ver á su padre oprimido por Publio, el mas desapiadado de los usureros, se condenó voluntariamente á la esclavitud por libertar al autor de sus dias de aquella persecucion. Publio, lejos de conmoverse por este sacrificio de la piedad filial, ultrajó á su nuevo esclavo y le hizo azotar inhumanamente. Papirio se escapó de sus manos, invocó el auxilio del pueblo, y escitó su piedad é indignacion mostrando su cuerpo destrozado. Las centurias reunidas dieron dos leyes que aprobó el senado: primera, que pudieran obligarse á la paga los bienes, mas no la persona del deudor; segunda, que no se pudiese azotar á ningun ciudadano sino en caso de ser convencido de delito. Así la desgracia de un particular produjo un bien jeneral, y la crueldad de un usurero dió libertad á todos los que estaban en la cárcel, víctimas de la usura;—porque la injusticia y la tiranía producen siempre la libertad. Los comicios confirmaron este precioso reglamento; pero la avaricia no lo respetó siempre.

DICTADURA DE PAPIRIO CURSOR.

—(A. M. 3682.—A. C. 322.) Los samnitas, que habian reparado sus fuerzas, se unieron abiertamente á los vestinos y tarentinos contra Roma. Mientras que el cónsul Bruto Sceva vencía á los vestinos, su coléga Furio Camilo, habiendo caído enfermo en el Samnio, nombró dictador á Papirio Cursor. Este, muy observante de la religion, como todos los romanos de entonces, no quiso combatir antes de tomar en Roma los acostumbrados auspicios. Dejó el ejército á las órdenes de Fabio Rutiano, su general de caballería, y aunque él estaba á la vista, le prohibió dar batalla por mas que se le provocase. Sabiendo Fabio que los samnitas ocupaban una mala posicion y la guardaban con negligencia, sale de su campamento, los sorprende, y los auyenta haciendo en ellos una gran carnicería. El dictador vuelve al ejército, y en lugar de los enemigos halla al vencedor culpable, y le condena á muerte sin atender á la victoria. El ejército, cómplice de ella, se subleva contra la sentencia, y obliga á Papirio á suspender su ejecucion. El dictador se queja delante del senado y del pueblo de que las leyes militares eran vio-

ladas, y los escorta á no dar un ejemplo peligroso, dejando impunes las infracciones de la disciplina. El senado y el pueblo, queriendo salvar á Fabio, porque en aquel caso la severidad era una ingratitud; obtuvieron con sus ruegos que el dictador lo perdonase. Su extremo rigor le habia hecho perder el amor de los soldados hasta tal punto, que estuvo en peligro de verse abandonado por las tropas. Pero poco á poco fué perdiendo de su severidad, ganó el afecto de los guerreros, y venció á los samnitas obligándolos á pedir la paz.

—Las guerras ordinarias se terminan por medio de tratados, pero la paz no es mas que una tregua entre pueblos enconados. Los samnitas no descansaban sino para vendar sus heridas. Bien pronto reunieron todas sus fuerzas y entraron en combate con el valor de la desesperacion. La fortuna de Roma triunfó de sus esfuerzos. El dictador Cornelio Arvina marchó contra ellos, y despues de una batalla, disputada con encarnizamiento, hizo tan horrible estrago, que perdiendo toda esperanza y temiendo los furores del vencedor si continuaban resistiendo, se sometieron, enviando á Roma todo el

botin que habian hecho en los veinte años anteriores, todos los prisioneros que habian caído en su poder, y por colmo de humillacion, el cuerpo mismo de su jeneral, que se habia dado la muerte de pesadumbre por haber sido autor de una guerra tan infausta; y no pedian mas favor sino que cesasen las ostilidades. El senado recibió los prisioneros, aceptó los dones y reusó la paz. Esta inicua dureza, costó cara á los romanos, y les acarreó una grande ignominia y un gran desastre.

La desesperacion reanimó el valor de los samnitas. Poncio, uno de sus mas valientes guerreros, aprovechándose de la indignacion jeneral, los persuadió á morir con honra ó á vengar el ultraje. Nombrado jeneral, reunió un cuerpo de tropas, débil en número pero temible por el ardor que las animaba. Se adelantó hasta Caudio, lugar llamado hoy Arpeja, entre Capua y Benevento; y mandó á diez soldados que se disfrasen de pastores, marchen á Celacia, donde acampaban los cónsules Veturio Calvino y Spurio Postumio, se dejen cojer por los puestos avanzados de los romanos, y digan, cuando sean preguntados, que el ejército samnita estaba sitian-

do la ciudad de Luceria en la Apulia, con esperanzas de tomarla en breve.

ORGAS CAUDINAS.—(A. M. 3685.—A. C. 319.) Esta estratagemá produjo completamente su efecto. Los cónsules, engañados por los fingidos pastores, tomaron la resolucion de marchar prontamente á socorrer aquella ciudad no atacada. Habia dos caminos para ir á Luceria, uno fácil, atravesando la llanura, pero largo: otro, mucho mas corto, pasaba entre dos montañas escarpadas que formaban dos desfiladeros estrechos separados por un llano de corta estension. Los cónsules, no queriendo perder tiempo para libertar á Luceria, escogieron este último camino. Luego que hubieron entrado en el desfiladero, los samnitas cerraron con atrinchera- mientos sus dos gargantas. Colocaron en ellas sus mejores tropas, ocuparon las alturas y desde ellas arrojaban dardos y piedras á los romanos. El ejército de estos sorprendido y consternado, procuró inútilmente forzar las dos salidas. Jamás se han encontrado ningunas tropas en una situacion mas deplorable. Estos valerosos guerreros, no pudiendo ni subir por las rocas ni atacar, ni defenderse, forti-

ficaron con tristeza su campo, que segun las apariencias, debia ser su sepulcro. Los samnitas, burlándose de este inútil trabajo, los insultaban desde lo alto de las peñas. Los cónsules, oficiales y soldados se preguntaban unos á otros cómo podrian vender caras sus vidas y no perecer cojidos en el lazo como animales. Los samnitas deliberaban tambien; pero era sobre el fruto que sacarían de una victoria cierta. Estaban divididos los pareceres y enviaron á consultar á Herennio, padre de su jeneral, respetable por su experiencia, virtudes y edad. Este anciano les aconsejó concluir una paz onorífica con Roma y dejar al ejército romano salir libremente del desfiladero. Después envió á decir por un segundo correo que podian tomar otro partido para libertarse de los enemigos, y era matar los soldados romanos que tenian cojidos. La contradicción de estos dos dictámenes sorprendió á Poncio y á los demás jefes de los samnitas. Herennio vino al campamento para explicarla, y entrando en el consejo, dijo: «Los romanos están en vuestro poder: no podeis hacer mas que una de dos cosas: ó escitar su reconocimiento y merecer su

»amistad por una accion jenerosa, ó destruirlos para quitarle á Roma su fuerza y hacer imposible su venganza.»

Hablaba el lenguaje de la razon á hombres apasionados, y no pudo convencerlos. Segun los jenerales samnitas, el primer extremo no satisfacía á sus corazones ecsasperados, y el segundo era demasiado cruel; y así decidieron que los romanos no obtendrian la paz ni la libertad de retirarse sino después de pasar bajo el yugo, entregar las armas y prometer que renunciarian á todas sus conquistas. Añadióse que no se les dejaria mas vestido que una sola túnica.

En vano Herennio les predijo que algun dia se arrepentirian de esta fatal resolucion. «Perdereis, les dijo, la sola ocasion de tener amigos poderosos y dejais fuerzas á un enemigo, que injuriado será implacable. El pueblo romano no transije nunca con la ignominia: sus derrotas le inspiran el deseo de combatir, y no hace la paz sino cuando es vencedor.» El consejo persistió en su determinacion y la intimó á los cónsules. Los romanos, ecsasperados, pedían la muerte y no podian sufrir la idea de la humillacion. «Perezcamos todos, esclamaban.

«antes que envilecernos. Imitemos á nuestros abuelos, que no cedieron á los galos. Vale mas que Roma exista sin nosotros débil pero gloriosa, que verla manchada con la vuelta de sus lecciones envilecidas.» Este dictamen onrado, aunque funesto, iba á prevalecer, cuando Léntulo, uno de los guerreros mas prudentes y valerosos de Roma, dijo: «Nuestros mayores abandonaron las piedras y paredes de la ciudad para salvar la fuerza romana, que estaba encerrada en el Capitolio. Ahora, ciegos por la desesperacion, queriendo salvar el onor de la patria, la arruinais á ella misma. Roma no vive por sus murallas, sino por sus lecciones: si perecemos, la entregamos indefensa al furor de sus enemigos. Suframos la adversidad, doblemos la cerviz á la fortuna, sacrificuemos nuestro orgullo á la salvacion de Roma y reservemos nuestros brazos para la venganza. Yo daria el ejemplo del valor, si fuese posible combatir; pero juzgo que si en otro tiempo se quiso comprar la salud de la patria á poso de oro, hoy debemos inmolar por ella nuestro onor personal. Si este sacrificio es indispensable, conjuro á los cónsules á ir al

campamento enemigo y á que declaren que entregamos las armas.»

Este parecer de un ciudadano decidido y de un guerrero intrépido, ganó todos los votos. Los cónsules se presentaron á Porcio, y se sometieron á todo, menos á firmar el tratado de paz, que solo podia hacerse con el consentimiento del senado y del pueblo. Los samnitas se contentaron con la promesa; y los cónsules y las lecciones desfilaron con la vista baja, la humillacion en la frente y la rabia en el corazon, por debajo de un yugo en presencia de sus soberbios é imprudentes vencedores. Despojados de sus vestidos, como esclavos que han recibido el castigo, volvieron á Capua y despues á Roma. El espectáculo de las lecciones desnudas y desarmadas causó al principio grande consternacion en la ciudad. Apenas se atrevian á mirarse ni hablarse; pero no tardaron en suceder al silencio de la vergüenza, movimientos de furor y gritos de venganza. Los cónsules abdicaron el consulado juzgándose indignos de esta magistratura, y no volvieron á presentarse en público. Valerio Flaco, elegido dictador, no pudo conseguir que se nombrasen cónsules, y este interreg-

no fué un tiempo de insolencia para los extranjeros y de ignominia para los romanos y sus aliados. En fin, los comicios reunidos de nuevo, nombraron cónsules á Papirio Cursor y á Publio Filo. El cónsul Postumio que habia concluido el tratado, propone al senado que se rompa la paz prometida en las orcas caudinas y que se le entregue á él y á los otros cónsules en poder de los samnitas, á fin de librar á la república de todo empeño. No es aquí donde brilla aquella buena fé que se atribuye á los romanos. Aceptóse su proposición, y fueron enviados al Samnio; pero los samnitas los devolvieron con menosprecio.

Volvió la guerra á empezarse, y no tardó en cumplirse la predicción de Herennio: Papirio venció en muchos encuentros á los samnitas, sorprendió y rodeó uno de sus ejércitos y lo hizo pasar bajo el yugo, recobró á Luceria, y las demás plazas perdidas, los obligó á entregar seiscientos rehenes que tenían desde la capitulación de Claudio, y terminó su brillante campaña con una tregua que duró dos años. Al cabo de ellos, los samnitas, auxiliados por los etruscos, tomaron las armas. El dictador Emilio, y Fabio Máximo, su su-

cesor, los vencieron en muchas batallas, y estendieron las posesiones romanas.

La dictadura de Junio Babulo, ó Babulco, fué célebre por la grande obra que emprendió el censor Apio Claudio, del hermoso camino llamado *via Appia*, que pasando por Capua iba desde Roma á Brundusio; — aun quedan de él vestigios muy notables.

Los etruscos, auxiliares de los samnitas, se habían mantenido á la defensiva, disputando el terreno con habilidad, y evitando toda acción jeneral. Papirio, nombrado otra vez dictador, los obligó con sus rápidos movimientos á entrar en acción, y los derrotó tan completamente que no fueron poderosos en lo sucesivo para retardar los progresos de la dominación romana. Cuatro años despues se sublevaron de nuevo: el dictador Valerio Máximo destruyó el resto de sus fuerzas: y este pueblo valiente, que habia luchado cuatro siglos contra Roma, se sometió en fin á su señorío.

Los samnitas se habían visto obligados á hacer la paz, y renovar su antigua alianza con los romanos; pero el recuerdo de su gloria pasada y el deseo de recobrar las plazas que habían perdi-

do, les hicieron consultar de nuevo la fortuna de la guerra. Al principio fueron felices y vencieron á un ejército romano, mandado por Fabio Gúrjes; pero su padre Máximo, siempre feliz en la guerra, vengó la derrota y ganó una batalla, en la cual cayó prisionero el jeneral Poncio, y fué conducido en triunfo á Roma con las manos atadas á las espaldas. Lejos de honrar el valor del mas célebre de los jenerales samnitas, tuvieron la bárbara de hacerle cortar la cabeza.

Curio Dentato, cónsul mas respetable por sus virtudes que por su rango, consiguió de ellos nuevas victorias que agotaron sus fuerzas, y les quitó las ciudades que les quedaban. Tres colonias romanas, enviadas á Castro, Sena y Adria, aseguraron las posesiones de la república, que se extendieron hasta el golfo de Tarento por la subyugacion de los lucanos, á quienes Roma declaró la guerra para vengar las injurias que habian hecho á los pueblos de la Apulia, aliados suyos.

GUERRA CON LOS TARENTINOS. (A. M. 3722.— A. C. 282.) El último pueblo de Italia que comprometió la fortuna de Roma oponiéndose á su dominacion,

fueron los tarentinos. El senado les declaró la guerra, porque habiendo robado algunos bajeles de la república, reusaron darles satisfaccion. Los de Tarento hicieron alianza con los samnitas, lucanos, mesapios, brucios, y apulos, y llamaron en su socorro al célebre Pirro, rey de Epiro, cuyo padre Alejandro, hermano de Olimpias, y tio de Alejandro el Grande, habia militado ya en Italia en favor del pueblo de Capua.

Esta guerra, en la cual pelearon los romanos por primera vez contra los griegos, empezó el año 473 de Roma, 279 A. C. Durante la prolongada lucha de la república contra los samnitas, los tribunos del pueblo habian turbado algunas veces su tranquilidad interior. El año 453 de Roma, despues de grandes contestaciones, habian conseguido que los plebeyos pudiesen ser sacerdotes y augures. El senado aumentó el número de unos y otros para conservar á los patricios las mismas plazas que tenían antes. Los esfuerzos de los romanos para conquistar el Mediodia de Italia, no les impedían atender con fuerzas considerables á las invasiones de un enemigo, cuyo nombre solo anunciaba grandes peligros. El

año 469 antes de Roma, los galos senones sitiaron á Arezo, ciudad de Etruria: el cónsul Cecilio Metelo, encargado de socorrer la plaza, fué vencido, perdió trece mil soldados y pereció en la batalla. Roma envió legados para hacer la paz, y los bárbaros los asesinaron. Cario Dentato vengó á Roma de esta derrota, talando el país de los galos; pero estos marcharon entretanto contra Roma: el cónsul Dolabela les salió al encuentro, y los hirió tan completamente, que no quedó un galo que pudiese llevar á su patria la noticia de este desastre.

BATALLA DE HERACLEA.—(A. M. 8785.—A. C. 219.) Pirro, cediendo á las súplicas, á las promesas y á las adulaciones de los tarentinos, y mas que todo á su ambición de gloria, envió tres mil hombres á Tarento bajo las órdenes de Cíneas su amigo. Siguiólo después con veinte mil de á pie, tres mil caballos, veinte elefantes, dos mil arqueros y quinientos honderos. Una tempestad furiosa dispersó su escuadra: pero al fin, después de haber sido juguete de los vientos por algunos dias, entró con felicidad en el puerto.

Pirro, al llegar á Tarento, quiso ganarse los ánimos por su po-

pularidad; pero educado en los campamentos macedonios, vió con indignación la molicie de aquella ciudad, cuyos habitantes no conocian mas ocupaciones que los placeres y espectáculos. No era el deleite buen medio para pelear contra los romanos duros y belicosos. Pirro probó á los tarentinos que un aliado poderoso es un verdadero señor: Su presencia produjo una mudanza momentánea en las costumbres: se dejaron las diversiones y se habló de la gloria. Arrancó la juventud de los placeres, la trajo á los campamentos, le dió armas y disciplina, le ejercitó, y sin esperar los socorros lentos de los aliados, marchó contra los romanos.

Antes de pelear, propuso el cónsul Levine su mediación entre Roma y Tarento. Levine respondió que no lo quería por mediador, ni lo temia como enemigo.

Los dos ejércitos se encontraron en la llanura de Heraclea, separados por el río Siris. Los romanos lo pasaron y desbarataron las primeras tropas que encontraron; Pirro los cargó al frente de la falange, insigne por la riqueza y brillo de sus armas, y aun mas por su actividad y valor. Los romanos dirijen á él todos

sus golpes y le metan el caballo. Un oficial epirota levanta al rey, trueca sus armas con él, y perece víctima de su lealtad. Los romanos forman un trofeo de las armas, cuya vista enardece el valor de las legiones y llena de espanto á los griegos, que creyendo muerto su rey, empiezan á retroceder. Pirro se presenta, levanta la visera, corre por las filas y las anima. El combate vuelve á ser mas terrible: la victoria está indecisa, hasta que el rey manda soltar los elefantes: su vista espanta á los romanos, no acostumbrados á ellos, y su olor asombra á los caballos. Pirro, aprovechándose de este momento de desorden, hace avanzar la caballería tótala, que penetra en las legiones y las auyenta. En esta batalla perdió el rey trece mil hombres, y los romanos quince mil muertos y mil ochocientos prisioneros.

El rey trató á los cautivos con humanidad, y dió orden de enterrar los muertos de entrambos ejércitos. Examinando el campo de batalla, admiró la constitucion fuerte del soldado romano: y creyendo descubrir en sus rostros, á pesar de la palidez cadavérica, un resto de fiereza, exclamó: «Con estos soldados me haria dueño del mundo.»

Los samnitas, brutos y lucanos, lentos para la batalla, y prontos despues de la victoria, aumentaron su ejército, que avanzó hasta Preneste, á doce leguas de Roma.

La derrota de Levino tenia atemorizada la ciudad. El patriocio Fabricio, respetable por sus sañas y triunfos, calmó los espíritus diciendo que Pirro habia vencido al cónsul y no á las legiones. El amor de la gloria y de la patria hizo que se levantasen otro ejército con tanta prontitud, que Pirro, admirando el valor de los romanos, prefirió la negociacion á la guerra, y envió á Cincas á Roma á proponer la paz. El rey confiaba mucho en la elocuencia de aquel discípulo de Demóstenes, y solia decir: «Cincas ha conquistado mas ciudades con su lengua, que yo con mis armas.»

El embajador griego empleó toda su habilidad en lisonjear el orgullo de los patricios, en engañar al pueblo con promesas, y en seducir las matronas con regalos. Valiéndose de la elocuencia despues de las liberalidades. Se presenta al senado, le prodiga los mayores elogios, le pondera el aprecio de Pirro á los romanos, y le declara que el rey está dispuesto á dar libertad sin rescate

á los prisioneros, y á auxiliar á la república, si ella quiere, á conquistar la Italia, sin pedir otro premio de estos servicios que la alianza de Roma para sí y sus aliados.

El senado, movido por este discurso, se inclinaba á tratar de paz; pero Apio Claudio, cuyo vigor no habían debilitado ni la edad ni las enfermedades, habló así: «Padres conscriptos: yo sufría con dolor la pérdida de mi vista; pero hoy quisiera ser sordo para no oír los viles consejos que os dan, y cuyo efecto sería la mengua del nombre romano. ¿Habeis olvidado vuestra dignidad? ¿Qué es del orgullo con que decíais que si Alejandro Magno se hubiera presentado en Italia, no se le celebraría ahora como un guerrero invencible? Ese lenguaje tan altivo se tendrá por una vana arrogancia, pues tanto temeis á un puñado de molosos, nación que los macedonios sometieron sin dificultad.»

«Temblais en presencia de un hombre, que ha sido durante muchos años cortesano servil de un satélite de Alejandro, y que no ha venido á Italia sino huyendo de los enemigos, cuyas armas temian en Grecia. Os ofrece para conquistar la Italia

un ejército, con el cual no ha podido conservar una pequeña parte de la Macedonia. Si os sometéis á su influencia, no creáis que la paz os libertaría de yugo: vuestra debilidad aumentará los enemigos de Roma, y todos los pueblos que habeis subyugado, reuniéndose á los samnitas y tarentinos, os despreciarán y acometerán con fiada mente, cuando sepan que sois tan fáciles de abatir, y que deponéis las armas á la voz de Pirro, sin vengar la injuria que os á hecho.»

Convencido el senado por estas nobles palabras, y volviendo á su antigua costumbre de no hablar de paz sino despues de la victoria, respondió al embajador que Roma no negociaría con Pirro hasta que hubiesen salido sus tropas de Italia.

Cíneas, cuando volvió al rey, le dijo que el senado parecia una junta de reyes, y el pueblo una hidra cuyas cabezas renacian á medida que se cortaban; que el cónsul tenia ya un ejército mas numeroso que el vencido en Heráclea, y que Roma podría levantar otros cuando quisiese.

Creyendo el senado conveniente responder á la cortesía del rey, relativamente á la suerte de

los prisioneros, le envió una embajada, cuyo jefe era Cayo Fabricio. El rey, instruido del mérito de este grande hombre, se aplicó á ganarle. Conoció su pobreza, pero no su desinterés; y así dándole muestras de la mayor estimación, le ofreció presentes magníficos y grandes posesiones en el Epiro si quería favorecer sus intenciones; pero le halló incorruptible. Al día siguiente, para probar su intrepidez, ocultó detrás de unos tapices el mayor de sus elefantes, y en medio de la conferencia se mostró repentinamente aquel terrible animal, armado con la trompa levantada sobre la cabeza del romano y dando un grito espantoso. Fabricio, sin mostrar emoción, le dijo al rey: «Aora soy el mismo que ayer: ni tu elefante me asombra ni tu oro me gusta.»

El rey, apreciando su altiva osadía, declaró que por consideración á Fabricio enviaba sin rescate todos los prisioneros á condición que Roma los devolviese, si persistía en hacer la guerra. Los envió efectivamente; y el inflexible senado los mandó, bajo pena de muerte, que se volviesen al campamento de Pirro.

La actividad de los romanos probó al rey que Cínas no se

había equivocado en el juicio que había hecho de ellos. La guerra que sostenían contra los epirotas no les impidió levantar otro ejército al mando de Levino, contra los etruscos rebelados, á los cuales venció y subyugó en poco tiempo. Segun el censo que se hizo entonces, había doscientos setenta y ocho mil doscientos veintidos ciudadanos capaces de tomar las armas, comprendidos los aliados que gozaban el derecho de ciudadanía en Roma.

BATALLA DE ASCULO.—(A. M. 3726.—A. C. 278.) Los cónsules Publio Sulpicio y Decio Mus salieron al encuentro á Pirro y le hallaron cerca de Asculo, hoy Ascoli. El rey había tomado posición en un terreno interrumpido por bosques, donde no podía hacer uso de su caballería. El combate fué de infantería, se prolongó hasta la noche y quedó indeciso. Al día siguiente mudó el rey su posición y orden de batalla: arregló su ejército en una gran llanura, con los elefantes en el centro y los honderos y flecheros en los intervalos de los escuadrones.

Los romanos, apretados en un terreno estrecho, no podían maniobrar; pero se arrojaron en masa con intrepidez, hicieron gran mantanza en los griegos,

penetraron por sus filas y llegaron hasta su centro. Allí los detuvieron los elefantes y la caballería enemiga, que acometieron y desordenaron las legiones, y las obligaron á retirarse á su campo. Los romanos perdieron seis mil hombres, y Pirro cuatro mil: como quedó dueño del campo de batalla, le dieron la enorabuena de la victoria, y él respondió: «Con otra victoria como esta soy perdido.» La batalla de Asculo terminó la campaña. Al año siguiente los cónsules Cayo Fabricio y Quinto Emilio se presentaron con un poderoso ejército para combatir á los griegos. Ya estaba próxima la batalla cuando Fabricio recibió una carta del médico principal de Pirro, que le ofrecía terminar la guerra dando veneno al rey, si se le concedía una recompensa proporcionada á la importancia del servicio.

Indignado Fabricio, informó á Pirro del proyecto tramado contra su vida y le escribió en estos términos: «Pirro no sabe escoger ni sus amigos ni sus enemigos; hace la guerra á hombres virtuosos y se confía de traidores. Los romanos detestan todo género de perfidia; conquistan la paz con las armas y no con la traición.»

Pirro, admirado de la jenerosidad del cónsul, exclamó: «*mas fácil es separar al sol de su carrera que á Fabricio del camino de la virtud.*» Elogio magnífico que podia aplicarse entonces á todo el pueblo de Roma. Estos rasgos son lecciones interesantes de virtud, de aquella virtud varonil que desprecia lo que adoran las almas corrompidas. La crítica puede decir que hay ficción en algunos de estos rasgos; pero concuerdan mucho con el carácter de los romanos mas ilustres, cuya grandeza de alma tenia ciertamente con que aterrar á enemigos voluptuosos, acostumbrados á la riqueza y al lujo.

El rey mandó dar muerte al médico traidor, y dió libertad á todos los prisioneros romanos. El senado, por no ser vencido en jenerosidad, devolvió al rey de Epiro los cautivos samnitas, griegos y tarentinos.

Pirro peleaba muy á disgusto contra un pueblo que habia conquistado su estimacion. De nuevo ofreció la paz; el senado insistia en exigir la evacuacion de Italia, lo que ponía al rey en una grande incertidumbre, porque no queria ceder al orgullo de Roma, ni continuar una guerra ruinosa, cuyo buen éxito le era ca-

da día menos probable. Los sicianos le dieron un pretexto oportuno para salir de esta situación, implorando su socorro contra los cartajineses. Pasó, pues á Sicilia, y los romanos se vengaron á su placer de los tarentinos, samnitas, lucanos y brucios. Mientras que asolaban estos pueblos, la peste hizo grandes estragos en Roma, y un dictador fijó un clavo en el templo de Júpiter.

BATALLA DE BENEVENTO.—(A. M. 3729.—A. C. 275.) Pirro, echados los cartajineses de Sicilia y fastidiado de la indocilidad de los pueblos de esta isla, volvió á Italia, llamado por los tarentinos. Curio Dentato y Cornelio Léntulo eran cónsules. El pueblo, ajitado por el espíritu faccioso de los tribunos, se oponía al alistamiento mandado hacer por el senado: Curio, burlándose de esta oposicion, echó suertes en las tribus; y cuando llegó la vez de la tribu Poliana, mandó presentarse al ciudadano cuyo nombre salió primero de la urna: este se ocultó en lugar de obedecer, y el cónsul mandó que se vendiesen sus bienes. El ciudadano apeló al pueblo, y Curio le condenó á ser vendido como esclavo, diciendo que un rebelde era una carga, de la cual debía libertarse la república. Los

tribunos no se atrevieron á defender al reo; y esta sentencia fué despues una ley que convirtió en esclavos á los que no querian alistarse.

Pirro, habiendo desembarcado en Tarento, reunió á sus fuerzas las de los aliados, y marchó al Samnio, donde Curio Dentato reunia su ejército. La marcha rápida de los griegos habria sorprendido al cónsul si no se hubiera extraviado en un bosque, y esta tardanza salvó al ejército romano. Es verdad que la llegada imprevista del enemigo causó al principio alguna confusion; pero remedióla la prudencia del cónsul, y mientras un cuerpo escogido rechazaba la vanguardia de Pirro, dispuso sus tropas en orden de batalla en la llanura de Benevento. Trabóse la lid con igual valor y ostinacion de ambas partes. Los elefantes cargaron cuando ya estaban los romanos fatigados del combate, desordenaron sus filas, y los hicieron huir hasta el frente de su campamento que estaba colocado sobre una altura. Pero el cónsul habia puesto allí un cuerpo de reserva que reanimó el valor de las tropas y renovó el combate.

La posicion era ventajosa para los romanos, porque no per-

ñan ninguno de sus dardos, como lanzados desde lo alto. Las filas griegas caían sucesivamente haciendo vanos esfuerzos para superar la colina, desde cuya cumbre lanzaban al enemigo cuerdas embreadas y encendidas. Los animales espantados, huyen sobre las falanjes griegas y las destruyen. Los romanos, aprovechándose de este desorden, acometen con furia al enemigo, lo derrotan completamente, le matan veintitres mil hombres y se apoderan del campamento del rey. Admirados de su simetría, fuerza y atrincheramientos, le tomaron por modelo en lo sucesivo, y contribuyó en gran manera á los triunfos últimos de la república; porque Roma siempre se aprovechó de todo lo que hallaba útil en el armamento, táctica, legislación y costumbres de sus enemigos.

Curio trajo á la ciudad sagrada sus leñones victoriosas: mil trescientos cautivos, cuatro elefantes, una inmensa cantidad de oro, plata, vasos y muebles preciosos, ricos despojos del lujo tarantino y griego, adornaron su triunfo. Estos trofeos daban orgullo á los romanos sin corromperlos; porque eran todavía tan afectos á la simplicidad de costumbres, que en este mismo año

los censores Fabricio y Emilio, echaron del senado á Rufino, que había sido cónsul y dictador, solo porque se servía de vajilla de plata.

Pirro, que ya no podía sostenerse en Italia, disimuló sus intenciones, y dijo á los aliados que iba á buscar refuerzos á Grecia. Este lenguaje engañó á los tarantinos, y aun á los romanos, que no se atrevieron á licenciar sus ejércitos. El rey, antes que se pudiese conocer su designio, se embarcó furtivamente de noche, y volvió á Epiro con ocho mil hombres de infantería y quinientos caballos, reliquias miserables de una guerra de seis años. Poco después murió en el sitio de Argos.

Los romanos aprendieron de él el arte de acamparse, de escoger las posiciones, y de resistir los ataques de la caballería con los infantes dispuestos en falanjes.

La huida de Pirro extendió la gloria de Roma en la Grecia y Oriente. Apenas fué conocido su poder, hubo quien solicitase su amistad. Filadelfo, rey de Egipto, célebre por su afición á las artes y ciencias, fué el primero que felicitó á los romanos por sus victorias, y pidió su alianza, aunque nada temía ni esperaba de ellos.

SITIO Y TOMA DE TARUNTO.—(A. M. 3732.—A. C. 272.) Abandonados los tarentinos por los griegos, pidieron socorro á Cartago, que les envió tropas y naves; mas no por eso dejaron de ser vencidos, encerrados en su ciudad y sitiados. Milon, que habia quedado de órden de Pirro con pocas tropas en la ciudadela, se entregó por capitulación. La ciudad, ya sin auxilios ni esperanzas, se rindió á los romanos, y sus muros fueron demantelados.

Las conquistas de Roma eran ya mas sólidas, porque en lugar de licenciar sus ejércitos como antes, los hacian invernar en los países conquistados. Pero este sistema nuevo ecsigia una disciplina mas rigurosa, como lo probaron varias sediciones. La lejion llamada Campania, que se hallaba de guarnicion en Reggio, se rebeló, se apoderó de esta ciudad, y se declaró independiente; pero en breve fué cojida y diezmada. En este tiempo dió Roma una prueba grande de su justicia, entregando á los embajadores de Apolonia, ciudad de Albania, unos jóvenes que los habian insultado.

PRIMERA MONEDA DE PLATA EN ROMA.—La república, habiendo reunido á sus posesiones la E-

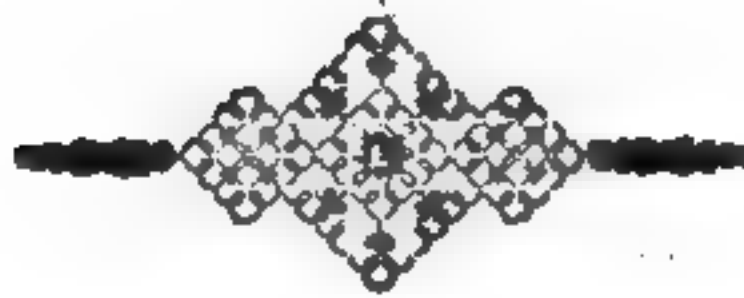
truria, el Samnio, el país de los lucanos y el de los tarentinos, empezaba á enriquecerse; y así en esta época acuñó la primera moneda de plata, no habiendo usado antes sino la de cobre y bronce. Los juegos públicos se celebraron con mayor magnificencia.

El año 488 de Roma, Marco y Decio Bruto, dieron combates de gladiadores para celebrar los funerales de su padre: este espectáculo, cruel pero acomodado al jenio belicoso de los romanos, llegó á ser objeto de una afición desenfrenada.

DOMINIO DE LA REPUBLICA SOBRE TODA LA ITALIA.—Las armas romanas, libres ya de toda oposicion en la península italiana, se apoderaron de Espoleto, Hydrunte y Brundusio; y estendieron su dominacion desde las fuentes del Tíber hasta el estrecho de Sicilia.

Cartago, la mayor potencia de Occidente, señora de una parte de Africa, España y Sicilia, dominadora de los mares y dueña del comercio del mundo, no podia mirar con indiferencia la conquista de Italia. Es verdad que habia admirado y aun animado á los romanos cuando no hacian mas que defenderse contra los pueblos que los atacaban;

pero apenas tuvo á Roma por potencia rival, le juró un odio implacable. Estas dos repúblicas ambiciosas aspiraban entrambas al imperio del mundo: una quería domarlo con sus buques, otra con sus legiones. Ya no podían ecsistir las dos; y la sangrienta guerra que escitó aquella rivalidad, no podía concluirse sino con la destruccion de Roma ó de Cartago.



CAPITULO V.

PRIMERA GUERRA PUNICA.

Causa de la primera guerra púnica.—Sitio y rendición de Agrigento.—Batalla naval de Milas.—Toma de la isla de Méliu ó Malta.—Mónstruo matado en las orillas del Bagrada.—Victoria de Régulo.—Victoria de Jón-tipo sobre Régulo, en la que le hace prisionero.—Embajada de Cartago á Roma.—Partida de Régulo.—Heróico discurso de Régulo al senado.—Su magnanimidad.—Su vuelta á Cartago: su suplicio y su muerte.—Venganza de Marcia, viudo de Régulo.—Batalla de Drepano.—Batalla de las Egates y fin de la primera guerra púnica.—Conquista de Cerdeña.—Celebracion de los juegos seculares.—Primer divorcio en Roma.—Guerra de Iliria.—Batalla de Telemo.—Rasgo cruel de superstición.—Batalla del Adda.—Batalla de Acera.

CAUSA DE LA PRIMERA GUERRA PUNICA Y SU PRINCIPIO.—(A. M. 3738.—A. C. 266.) Hemos visto por espacio de quinientos años á los romanos echar lentamente los cimientos de su poder; ahora va á levantarse el edificio de su grandeza, pero antes de dominar al mundo temblará este edificio colosal en sus mismas bases y llegará al punto de destruirse. Roma, conmovida por Cartago, triunfará de su soberbia rival, y someterá sin dificultad el Oriente afeminado y dividido.

Desde mucho tiempo las armas y el comercio habian extendido la dominacion de Cartago: esta poseía lo que hoy se llama Berbería en Africa, la Cerdeña, la Córcega y una gran parte de la Sicilia. Casi todas las islas del Mediterráneo estaban bajo su dominio; y Pirro, al abandonar á Siracusa, predijo con rason que la Sicilia llegaria á ser bien pronto el campo de batalla de los romanos y cartajineses.

Despues de la muerte de Agatocles, tirano de Siracusa, unas tropas mercenarias suyas se ha-

bian apoderado de Mesina, degollando á sus principales habitantes para casarse con sus viudas y apropiarse sus riquezas. Hicieron despues alianza con las legiones romanas, culpables de los mismos crímenes en Reggio, y estos dos ejércitos usurpadores ejercian toda suerte de vejaciones en los alrededores de entrambas ciudades, y sus corsarios infestaban las costas de Italia y Sicilia. Los romanos sometieron y castigaron á los de Reggio; y los mamertinos (este nombre se habian dado los usurpadores de Mesana, hoy Mesina) fueron sitiados por Hieron, rey de Siracusa. Ya estaba para apoderarse de Mesana, cuando Aníbal, jeneral cartaginés, que se encontraba en Lipari con una escuadra, ofreció su apoyo á los mamertinos, é hizo entrar sus tropas en la ciudadela, aunque sin obtener el permiso para establecerse allí sino de una parte de los habitantes.

Temiendo los otros tanto á las armas de Cartago como á las de Hieron, invocaron el auxilio de Roma: creían que una república que no tenia marina los protegeria sin subyugarlos, y seria menos peligrosa para ellos que una nacion que poseia ya las dos terceras partes de Sicilia, y cu-

yaos innumerables bajeles cubrian los mares.

La oferta de los mamertinos causó en Roma una viva discusion. Aunque ecsistia un tratado entre esta ciudad y Cartago, su mútua rivalidad lo habia hecho casi nulo; y así Roma, atacada por Pirro, habia reusado desdeñosamente los socorros que le ofrecia Cartago, y esta auxilió á los tarentinos contra los romanos. En fin, la ocupacion de Mesana por Aníbal hacia temer al senado romano que los africanos, conquistada la Sicilia, pensasen en llevar sus armas á Italia.

Por otra parte no se podia, sin ofender á la moral y á la justicia, despues de haber castigado á los de Reggio, favorecer á los mamertinos, cuya causa era igual. Esta última consideracion prevaleció en el senado. Fiel á estas máximas de equidad que le habian hecho hasta entonces tan respetable, no acojió la demanda de los mamertinos; pero el pueblo, mas apasionado, dejando estallar su odio contra Cartago, declaró que debia defenderse á Mesana, castigarse á los cartajineses por haber socorrido á Tarento, y alejarlos de Italia lanzándolos de la Sicilia. El senado se vió forzado á consentir

en ello, y se resolvió á la guerra.

El cónsul Apio Claudio, encargado de la ejecucion de estas órdenes, envió un legado á los mamertinos para sondear sus disposiciones. Este, en la asamblea del pueblo, probó la injusticia de los cartajineses en haber ocupado la ciudadela, desde la cual eran mas bien señores que auxiliares. Los mamertinos aplaudieron este discurso; y los cartajineses, obligados á evacuar aquel punto, se reunieron á Hieron y declararon la guerra á Mesana. El cónsul no podia enviar facilmente los socorros que le habia prometido; porque el puerto estaba bloqueado por una escuadra cartajinesa, otras cruzaban el estrecho, y Roma carecia de bajeles. Claudio tenia su ejército en Reggio, y no pudo reunir mas medios de transporte que algunos bajeles semejantes á las canoas de los salvajes. A falta de fuerza recurrió al ardid: echó la voz de que teniendo el paso por imposible, resolvía volver á Roma con su ejército. Los espías de Cartago dieron cuenta á Anníbal de esta resolución fingida: el cartaginés los creyó y retiró su escuadra de aquel paraje peligroso.

Aprovechándose el cónsul de su negligencia, embarcó acelera-

damente sus tropas sobre unos buques miserables llamados caudices, y llegó en pocas horas á Sicilia. Demasiado hábil para dejar al enemigo tiempo de volver en sí de la sorpresa, marchó contra los siracusanos, y los derrotó tan prontamente que Hieron decia que los romanos le habian vencido antes de verlos. Derrotó pues al ejército cartaginés, y volvió á Roma con un gran botin á gozar del triunfo, tanto mas brillante cuanto esta fué la primer victoria que los romanos conseguian mas allá del mar. Diósele el nombre de Caudex, en memoria de los buques en que se habia atrevido á pasar el estrecho.

El año siguiente, pasó el cónsul Valerio á mandar las tropas que habian quedado en Sicilia: derrotó á los enemigos en muchos reencuentros, consolidó el dominio de Roma en Mesana, se acercó á Siracusa, y concluyó un tratado de paz y alianza con Hieron, que pagó seiscientos talentos y fué aliado fidelísimo de Roma. Valerio se apoderó de Catana y de otras muchas ciudades, y recibió el renombre de Mesana, que despues se trocó en Mesala. Obtuvo los honores del triunfo, y trajo á Roma el primer relój de sol que hubo en a-

queella ciudad. Algunos historiad-
dores dicen que Papirio Cursor,
treinta años antes habia hecho
construir uno mas imperfecto:
cinco años despues, Scipion Na-
ticia, mandó construir un relój
que servia de dia y de noche,
llamado Clepsydra, é indicaba
las horas por medio del agua
que caia gota á gota en un vaso.

La alianza de Hieron, daba
mucho ventaja á los romanos
para la guerra de Sicilia, porque
les proporcionaba puertos, ausi-
lios y subsistencias; y por lo tan-
to el senado creyó que bastaba
dejar allí dos legiones.

**SITIO Y RENDICION DE AGRIGEN-
TO.**—(A. M. 3740.—A. C. 264.)
Los cónsules Postumio Jemelo
y Mamilio Vitulo, sitiaron á A-
grigento y la tomaron al cabo de
cinco meses. Fueron muchas las
salidas de la guarnicion que re-
chazaron los romanos. Hannon
desembarcó con un ejército po-
deroso para defender la plaza.
Postumio, fingiendo temerle y
encerrándose en su campamen-
to, escitaba su temeridad: y quan-
do le vió acercarse á él sin ór-
den y lleno de una imprudente
confianza, salió repentinamente
con sus legiones, cayó sobre el
enemigo, lo derrotó, y se apo-
deró de su campo. Agrigento se
sindió por falta de víveres, des-

pues de haberse escapado por
mar la guarnicion cartajinesa.
Hannon justificó en esta ocasion
el proverbio de la fé púnica. Co-
mo se quejasen los galos merce-
narios de que se les retardaban
las pagas, los envió á una ciudad
vecina, é hizo que Postumio fue-
se advertido de esta marcha. El
cónsul, emboscado en el cami-
no, los pasó á todos á cuchillo.
Cartago castigó la derrota de
Hannon con una multa, cuando
su perfidia y crueldad eran dig-
nas de muerte.

El quinto año de la guerra iba
á comenzar: los triunfos de Ro-
ma aumentaban su gloria, sin
hacer gran daño á su rival,
que era dueña del mar y gozaba
de tranquilidad en Africa, quan-
do las costas de Italia estaban
espuestas á sus invasiones. El
senado mandó que se construye-
se una escuadra, y estuvo pron-
ta en tan breve tiempo, que se-
gun Floro, parecia haberse trans-
formado los árboles en bajeles.
Sirvió de modelo una galera car-
tajinesa que habia dado al tra-
vés. En sesenta dias estuvieron
at ancla cien galeras grandes y
veintitres de menor fuerza. Los
romanos no tenian pilotos ni ma-
rineros, sino soldados cuyo va-
lor suplió la falta de instruccion.
Es verdad que entonces era muy

limitada la ciencia marítima. Las galeras no eran mas que buques chatos: las escuadras se alejaban poco de la costa, y se guarecían de las tempestades, echándolas sobre la playa y sacándolas á tierra. La ambición romana, contenida hasta entonces por el mar, como un incendio por las aguas de un río, atravesó en fin las olas con el auxilio de los vientos, para devorar la rica presa que Cartago presentaba á su avidez.

BATALLA NAVAL DE MILAS.—(A. M. 3742.—A. C. 262.) Los cónsules Cornelio y Duilio se embarcaron con la confianza que les inspiraba la fortuna de Roma. Cornelio iba en la vanguardia y fué apresado por los enemigos á la altura de las islas Eolias; pero Duilio reparó este revés apoderándose de cincuenta galeras africanas. Hallándose á vista de la escuadra enemiga, mandó construir una especie de puente con un gárrfo que servía para aferrar al buque enemigo en cada nave romana. A esta máquina se le dió el nombre de *cuervo*. Convertida así la lucha marítima en terrestre, la victoria no era dudosa. Los cartajineses perdieron cincuenta galeras. Duilio, señor del mar, hizo levantar al enemigo el sitio de Egesta, tomó por asalto á Mace-

lla y volvió á Roma, donde dió al pueblo el primer espectáculo de un triunfo naval. La columna rostral formada con los espolones de las galeras vencidas, recuerda aun la gloria de aquel héroe. El senado, creyendo que una victoria de un jénero nuevo merecía una recompensa extraordinaria, concedió á Duilio el honor de ser conducido por las noches á su casa con hachas encendidas y al son de instrumentos. Nadie conoció mejor que los romanos el arte de multiplicar los grandes hombres con los homenajes tributados á la victoria. Roma consolaba á los jenerales desgraciados y recompensaba á los felices, cuando Cartago, ingrata con los vencedores, castigaba con severidad á los vencidos. Anníbal, temiendo las leyes severas de su patria, envió un oficial á Cartago despues de su derrota, para preguntarle lo que debía hacer con una escuadra superior de los enemigos que tenía á la vista. «Que pelee, respondió el senado.» «Peleó, respondió el oficial, y fué vencido.» El senado no se atrevió á condenar lo mismo que había mandado.

Al año siguiente sorprendió á los romanos en Sicilia y les mató cuatro mil hombres; pero el

cónsul Cornelio Scipion, derrotó á Hannon en una gran batalla, y se apoderó de Córcega y Cerdeña. Algun tiempo despues Anníbal (no el grande), volviendo de Africa, encontró una escuadra romana, y no atreviéndose á pelear con ella se retiró. Sus propios soldados, indignados de su cobardía, le formaron causa y lo crucificaron. El año de Roma 492, el cónsul Atilio Colatino, que mandaba en Sicilia, entró imprudentemente en un desfiladero; y rodeado por los cartajineses, hubiera perecido con su ejército, cuando Calpurnio Flamma, tribuno de una legión, tan valiente, tan decidido como Leónidas en las Termópilas, pero mas feliz, toma trescientos hombres escogidos, cae repentinamente sobre el enemigo, se apodera de una altura, ataca contra él casi todo el ejército africano, y el cónsul sale del peligro. Los trescientos romanos perecieron todos despues de haber esterminado un gran número de enemigos. Calpurnio, herido mortalmente, sobrevivió al combate lo que bastaba para gozar de su gloria y ver salvo el ejército. Se le dió sepultura en el campo de batalla con sus ilustres compañeros, y se les erigió un monumento que el tiempo ha consu-

mido: la historia les consagra otro mucho mas durable. ■ senado, conmovido por fenómenos naturales, que se creian prodigios, nombró un dictador para hacer sacrificios espiatorios. (A. M. 3745.—A. C. 259.)

TOMA DE LA ISLA DE MELITA Ó MALTA.—La multiplicidad de los dictadores hacia perder á esta dignidad gran parte de su estimacion y aun de su peligro. Manlio y Régulo, elejidos cónsules, se apoderaron de la isla de Mérita, hoy Malta. Queriendo dar ■ enemigo un golpe mayor, se dirijieron al Africa con una escuadra de trescientos treinta bajeles: los cartajineses les opusieron trescientos cincuenta: la victoria quedó por los romanos en las tres partes en que se dividió el combate: echaron á pique treinta naves de los enemigos, y apresaron cincuenta y cuatro, sin haber perdido por su parte mas que veinticuatro.

Los cónsules desembarcaron en Africa, y se apoderaron de Clipea, edificada antiguamente por los sicilianos en el promontorio de Hermes. Su caballería taló la provincia y llegó hasta las puertas de Cartago. El senado cometió el yerro de ordenar á Manlio que volviese á Sicilia para acabar de conquistarla, y

dejó á Régulo muy pocas fuerzas, cuando pudo haber concluido la guerra en esta campaña. Muchas veces hay que arrepentirse de haber despreciado á un enemigo: si Roma, embriagada demasiado con sus victorias, no hubiese debilitado el ejército de Régulo, probablemente la primera guerra púnica hubiera sido la última, y Roma no hubiera estado á pique de caer en manos de su rival.

Régulo pidió al senado que le cesonerasen de la dignidad de procónsul, dando por motivo que era necesaria su presencia para cultivar un campo de seis yugadas, único bien suyo, porque su colono lo habia desaparecido llevándose los rebaños y los instrumentos de labranza. Se le continuó en el mando del ejército, y su heredad fué cultivada á expensas del público.

MÓNSTRUO MATADO EN LAS ORILLAS DEL BAGRADA.—Muchos historiadores cuentan que Régulo peleó en la orilla del Bagrada con un mónstruo, mas temible á los romanos que las coortes cartajinesas y los elefantes: era un dragon enorme, impenetrable á los dardos, y devoraba todos los soldados que se ponian á su vista. El valor y el número hacian vanos esfuerzos contra él:

muchos valientes fueron victimas suyas, hasta que Régulo empleó las máquinas de guerra, como si fuese una torre, y así lo destruyó. Envió su piel al Capitolio, y Aulo Gelio dice que tenia ciento veinte pies de largo.

Cartago se creyó perdida cuando desembarcaron los romanos: cobró ánimo sabiendo la retirada de Manlio, y levantó un ejército. Régulo lo derrotó y se apoderó de Tunetum, hoy Tunex. Los cartajineses pidieron entonces la paz; y el procónsul les dictó condiciones durísimas, como eran renunciar á Sicilia, Corsica y Sardinia, y pagar un tributo; añadiendo que cuando no se sabia vencer, habia que saber obedecer al vencedor.

Cartago no pudo aceptar una paz tan humillante; pero creyéndose perdida de cierto, volvió á caer en su primera consternacion, cuando un socorro llegado de Lacedemonia hizo renacer al punto su esperanza y realizó su fortuna.

Jántipo, jeneral espartano, famoso por sus arañas y esperiencia, estaba al frente de estas tropas auxiliares; y manifestó á los cartajineses que la ignorancia y malas disposiciones de sus jenerales eran la causa de haber sido batidos. La confianza pública in

dió el mando del ejército: Jántipo lo instruye, lo ejercita, y lo hace salir de los muros. Régulo, arrebatado de su ardor, atraviesa imprudentemente un río, y acomete al enemigo en una llanura donde la superioridad de la caballería numida era muy ventajosa para los cartajineses; y á pesar de que penetró en sus filas, los elefantes, la caballería y la falange de los griegos, pusieron á las legiones en derrota. Régulo, de quien poco antes temblaba Cartago, quedó prisionero. Las reliquias de su ejército se encerraron en Clipea donde el enemigo las sitió. Después el general lacedemonio llevó á Cartago el ejército victorioso cargado de despojos y conduciendo entre cadenas á Régulo y á gran número de prisioneros.

Los cartajineses, en la embriaguez de un triunfo que disipaba todos sus temores, abusaron cobardemente de su prosperidad, y abrumaron con ultrajes al héroe cuyo solo nombre pocos días antes los hacia temblar.

Jántipo con su gloria había herido demasiado el orgullo de los jenerales cartajineses para esperar algun reconocimiento de una nación cuya perfidia conocía. Por premio de sus servicios pidió únicamente ■ liber-

TOMO VIII.

tad de volver al Peloponeso; la obtuvo y se embarcó; pero la mayor parte de los historiadores pretenden que en la travesía le precipitaron los cartajineses en medio de las olas.

Apenas se supo en Roma la desgracia de Régulo, se redobló la actividad para repararla. Los cónsules Emitio Paulo y Fabio Nobilior, salieron de Sicilia con trescientos cincuenta bajeles, atacaron la escuadra cartajinesa en la costa de Africa, la derrotaron completamente, quemaron ceinto cuatro buques de ella y apresaron treinta, hicieron levantar el sitio de Clipea, y talaron la llanura de Africa; mas no quisieron detenerse en ella, ya porque preferian á toda otra conquista la de Sicilia, ya porque las legiones amedrentadas reusaban esponerse de nuevo al furor de los elefantes.

A la vuelta, despreciando los consejos de los mas experimentados, se ostinaron en permanecer en la costa meridional de Sicilia para apoderarse de algunas ciudades marítimas. Una tempestad horrible los sorprendió, dispersó sus naves y las estrelló contra las rocas. En pocas horas se cubrió la playa con los despojos de aquella armada victoriosa, y con los cadáveres de los cónsu-

11

les y de los soldados. Los pocos que escaparon de este naufragio fueron acogidos con humanidad por Hieron y remitidos á Mesina. Cartalo, jeneral africano, se aprovechó de este suceso para recobrar muchas plazas, entre ellas á Agrijento, cuyas fortificaciones arrasó.

La adversidad, que abate á los corazones débiles, endurece á las almas fuertes. Los romanos se mostraron siempre mas temibles despues de sus derrotas que de sus triunfos; y solo arrojando la inconstancia de la fortuna consiguieron el imperio del mundo. Lejos de desalentarse el senado, puso en la mar doscientos veinte buques, y aunque Cartago habia enviado á Sicilia la flor de su ejército, los cónsules Atilio y Cornelio tomaron muchas ciudades. Al año siguiente sus sucesores Sempromio y Servilio, para dividir las fuerzas enemigas desembarcaron en Africa, y aterraron sus playas; pero al volverse, los vientos desencadenados contra los nuevos dominadores del mar, atacaron con furia á su armada, y sumergieron en las olas ciento cincuenta embarcaciones.

Mientras que los romanos procuraban reparar tantas pérdidas, los censores velaban por la con-

servacion de las costumbres y arrojaban del senado á diez patricios, convencidos de malversacion. Los enemigos de Roma debieron observar con desaliento, que enmedio de una guerra tan funesta, el censo dió á conocer que habia en la ciudad trescientos mil ciudadanos capaces de tomar las armas. El cónsul Cecilio Metelo se mantuvo algun tiempo á la defensiva en Sicilia, porque desde la derrota de Régulo los elefantes eran el terror de las legiones. El senado tuvo por inútil emplear tantas fuerzas cuando no se podia acometer, y llamó á Italia una parte del ejército. Asdrubal, animado con la debilidad del enemigo hizo correrías hasta las puertas de Panormo (Palermo) y sus soldados insultaban á los romanos que estaban guarecidos en la ciudad. Metelo, conociendo la imprudencia del jeneral cartaginés, que se arriesgaba en un pais quebrado, donde no podian maniobrar los elefantes, se aprovecha de esta falta, ataca al enemigo y finje huir: los africanos le siguen con ardor, y cuando los elefantes se acercan á las murallas, les disparan dardos. Enfurecidos se vuelven y patean á las enteras de cartajineses. Metelo sale con las legiones, se arroja

sobre los enemigos, mata veinte mil, toma su campo y se apodera de veintiseis elefantes que después sirvieron de ornamento á su triunfo.

Esta victoria sometió á Roma toda la Sicilia, excepto su playa occidental. Asdrubal huyó á Cartago, donde espíó su yerro con el último suplicio;—recurso cruel y propio de los gobiernos débiles que solo encuentran apoyo en el cadalso, porque el miedo enjendra siempre la crueldad.

Humillados hacia estorces años los cartajineses, se decidieron entonces á enviar embajadores á Roma con el fin de obtener una paz onorífica. Esperaban que un largo cautiverio y el deseo de vivir en su patria determinarían á Régulo á apoyar sus negociaciones, y escusieron que este ilustre cautivo acompañase la embajada; y se le hizo prometer que volvería á Cartago en caso de que la paz no se ajustase.

Luego que los embajadores ante el senado romano espusieron el objeto de su misión, dijo Régulo: «En calidad de esclavo de los cartajineses obedezco á mis señores, y en su nombre os pido la paz y el canje de los prisioneros.» Dichas estas palabras, reusó sentarse como sena-

dor, hasta que se lo permitiesen los embajadores. Luego que salieron del salón, principiaron á deliberar y se dividieron las opiniones, los unos inclinándose por la paz, y los otros por la continuación de la guerra. Llamado Régulo á dar su parecer, se expresó en estos términos: «Padres conscriptos: á pesar de mi desgracia, soy romano: mi cuerpo depende de mis enemigos, pero mi alma está libre. Aego los gritos del uno y escucho la voz del otro. Os aconsejo que reñeis la paz y no troquels los prisioneros: si continuais la guerra, este canje os será funesto, porque solo recibireis cobardes que han entregado sus armas, á hombres trabajados de vejez y de fatigas como yo, y devolvereis á Cartago multitud de guerreros jóvenes cuyo valor y fuerzas he experimentado mucho.»

«En cuanto á la paz, la miro como perjudicial á la república, si esta no trata á los cartajineses como vencidos, y si no los obligais á someterse á vuestras leyes. Sé que la guerra tiene sus vicisitudes; pero comparad la situación de entrambos pueblos: aquí veo todos los recursos que pueden prometer la victoria: los enemigos nos han batido una

«sola vez por falta mía, ó de la
 «fortuna. Hemos destrozado to-
 «dos sus ejércitos; y si mi derro-
 «ta ha alentado por un momento
 «su valor, vuestros triunfos en
 «Panormo acabarán de abatirlo. No
 «poseen mas que dos ciudades
 «en la Sicilia; las otras islas os
 «pertenece. Nuestros naufra-
 «gios y pérdidas marítimas ma-
 «duran nuestra experiencia. Sé
 «que los dos pueblos carecen de
 «dinero, pero vosotros podeis
 «contar con vuestros aliados;
 «vuestra equidad ha conquistado
 «el afecto de Italia: los cartaji-
 «nenses al contrario, son detesta-
 «dos en Africa; sus crueles ven-
 «ganzas han acrecentado este
 «odio no ha mucho, y todos los
 «pueblos africanos no esperan
 «para sublevarse sino la apari-
 «cion de un ejército de Roma.»

«Vuestros legiones cuentan en
 «sus alas soldados intrépidos;
 «todos saben el mismo lengua-
 «je, todos tienen las mismas
 «costumbres, adoran los mis-
 «mos dioses, sirven á la mis-
 «ma patria. Esta ventaja es in-
 «mensa: ¿qué pueden contra ta-
 «les ejércitos, tropas mercena-
 «rias de diferentes países que no
 «están unidas por ningun noble
 «sentimiento y solo combaten
 «por un vil interés? Estos mis-
 «mos mercenarios están escan-

«dalizados de la ingratitude de
 «Cartago, desde que esta pérdida
 «ciudad no ha dado otra recom-
 «pensa á los servicios de Jántipo
 «sino la muerte, desde que ha es-
 «puesto á parecer á los soldados
 «extranjeros que su avaricia no
 «queria pagar. Estas son, pa-
 «dres conscriptos, las conside-
 «raciones que me inducen á a-
 «consejaros que prosigais vues-
 «tro triunfo y reñeis la paz y el
 «canje que se os propone.»

Este noble discurso arrastró
 todos los pareceres; pero los se-
 nadores, adoptando la opinión
 de Régulo, le estrechaban viva-
 mente para que se quedase en
 Roma. Pretendian en virtud de
 la ley de revision, que permitia
 á los cautivos fugados permane-
 cer en su patria, que estaba al a-
 brigo de toda revindicacion. El
 mismo gran pontífice, uniéndose
 á sus instancias, le aseguraba
 que podia sin perjurio violar
 un juramento arrancado por la
 fuerza. Régulo, tomando enton-
 ces la palabra, les respondió con
 un tono severo y majestuoso:
 «Desechemos todos esos vanos
 «rodeos; seguid mis consejos, y
 «olvidadme; si cediese á vues-
 «tros deseos, despues seriais los
 «primeros á condenar mi debi-
 «lidad; esta cobardía me cubri-
 «ria de infamia sin ser útil á la

«república: vuestra benevolencia se resfriaría, y detestaríais mas mi vuelta que sentiríais mi ausencia.»

«Estoy resuelto: esclavo de los cartajineses, no permaneceré en Roma, no pudiendo vivir en ella con onor: aun cuando los hombres me hiciesen libre, me encadenarian los dioses; porque los he puesto por testigos de la sinceridad de mis promesas. Creo en la existencia de estos dioses; creo que no dejan impune el perjurio: y su venganza, castigándome, se extenderia quizá al pueblo romano. No creo que una vana espioncion y la sangre de un cordero laven la mancha que nos eche un crimen.»

«Sé los suplicios que me esperan en Cartago; pero temo mas la vergüenza del perjurio que la crueldad del enemigo: la una hiere solo al cuerpo, la otra despedaza el alma. No compadezcáis mi desgracia, porque me siento con sobrada fuerza para sostenerla. La esclavitud, el dolor y la hambre son accidentes que la costumbre hace soportables; si estos males se hacen excesivos, la muerte nos libra de ellos, y ya me hubiera servido de este remedio si no pudiese consistir mi valor, mas

bien en vencer el dolor que en alejarlo. Mi deber me manda volver á Cartago, y he de cumplirlo. En cuanto á la suerte que allí me espera, esa es negocio de los dioses.»

Asombrados los senadores de tan rara virtud no podian resolverse á entregarlo; pero los cónsules ordenaron que se le dejase en libertad de seguir su jeneroso designio. Sin embargo el pueblo, anegado en llanto, queria emplear la fuerza para retenerlo. Su familia desolada hacia resonar el aire con sus jemidos; pero él, frio é inflexible en medio de aquella ciudad conmovida, reusa abrazar á su mujer y á sus hijos, y sale de Roma mucho mas grande que todos los jenerales que habian entrado en ella sobre el carro triunfador.

Rota la negociacion, se embarcaron los embajadores y condujeron á Régulo á Cartago. El furor de esta pérdida nacion la impelió á los excesos mas vergonzosos. Despues de haber cortado los párpados á este illustre cautivo, se le sacaba del sombrío calabozo y se le esponia al ardor del sol. En fin, le encerraron en un tonel estrecho y erizado de largas puntas de hierro. En él pereció este grande hombre con los mas espantosos tormentos.

El senado romano, para vengarle, entregó á Marcia, su viuda, los prisioneros cartajineses mas distinguidos. Ella los encerró en un armario guarnecido de puntas de hierro en lo interior, y los dejó allí cinco dias sin darles de comer. Amílcar, uno de ellos, resistió á este suplicio, á la hambre y á la infeccion de los cadáveres que le rodeaban. El senado, apiadado de él, le dió libertad, envió á Cartago las cenizas de los otros, y trató con humanidad á los demás prisioneros para mostrar á sus enemigos que sabía vengarse y poner límites á sus venganzas.

BATALLA DE DREPANO.—(A. M. 3753.—A. C. 251.) El deseo de la conquista de Sicilia era uno de los motivos del senado para continuar la guerra. Ya no quedaba en esta isla por someter sino Drepano y Lilibeá; pero su resistencia y la inconstancia de la fortuna engañaron otra vez la esperanza de los romanos. El pueblo nombró cónsul á Claudio Pulcer, patricio altanero, temerario é irreligioso, que había heredado los defectos y no los talentos de su familia. Dispuso mal su escuadra, atacó sin orden la de Aderral, cerca de Drepano, dejó cortar su línea, no supo volverse á reunir, y

perdió ciento veinte galeras.

Antes del combate, los dos augures M dijeron que los auspicios eran contrarios y que los pollos sagrados no querían comer. *Pues que deban*, replicó el cónsul, y los mandó echar al mar. Cuando la supersticion reina sobre la tierra, el jenio debe aprovecharse de su auxilio en vez de arrostarla. Claudio, con su desprecio á los augures, debilitó la confianza del ejército. Su colega Junio no tuvo mas prudencia: despreciando los consejos de los pilotos, como Claudio el de los augures, se espuso á una tempestad que destruyó sus bajeles contra las rocas.

Roma, ecsausta por estas pérdidas, renunció durante algunos años á los armamentos marítimos, permitiendo á los particulares equipar bajeles á su costa, y cediéndoles las presas que hiciesen al enemigo. De este modo, sin gravar al erario, arruinó el comercio de los cartajineses. El censo celebrado en este año probó que la guerra y los naufragios habían disminuido la poblacion en mas de cincuenta mil hombres. Poco tiempo despues, Claudia, hermana del cónsul vencido en Drepano, y cuya temeridad había costado la vida de tantos ciudadanos, viendo en

una ocasion que volvia del teatro, que su carro se detenia por el gran concurso del pueblo, dijo: «¿Por qué no viene mi hermano y manda otra vez los ejércitos? en verdad que mi carro no encontraria tanta dificultad para andar.» Esta palabra cruel, mas ofensiva quizá para su hermano que para Roma, no quedó sin castigo. El pueblo romano, apasionado como Horacio por la patria, citó á juicio á esta nueva Camila, y la condenó á una multa cuantiosa, con la cual mandó el pretor construir una capilla á la Libertad.

BATALLA DE LAS EGATES, Y FIN DE LA PRIMER GUERRA PUNICA. — (A. M. 3761. — A. C. 243.) Metelo continuaba el sitio de Lilibea, y Fabio comenzaba el de Drepano: los cartajineses, dueños del mar, reforzaban las guarniciones y las socorrian con víveres; y sus ejércitos, mandados por Amílcar Barca, luchaban con igualdad contra los romanos.

Despues de varias campañas sin resultado decisivo, resolvió el senado hacer otra vez la guerra por mar. El cónsul Cayo Lutacio mandó la escuadra, á la cual opusieron los cartajineses cuatrocientas naves. Estas dos armadas, que debian decidir la suerte de Sicilia, se encontraron

junto á las islas Egates. Los romanos, inferiores en número, tenian el viento en contra; pero sus soldados y marineros eran valientes, y estaban ejercitados y llenos de ardor. Cartago, que en los ocho años anteriores no habia tenido adversarios en la mar, habia descuidado sus bajeles, y las tripulaciones de los buques se componian de nuevas levás y de marineros poco agueridos y sin experiencia. Aterrados al primer choque, ni supieron resistir con valor, ni retirarse en orden. Su derrota fué completa. Lutacio, mas prudente que Régulo, dió oídos á negociaciones de paz, y concluyó un tratado por el cual los cartajineses evacuaron la Sicilia y todas las islas comprendidas entre estas é Italia, entregaron sin rescate los prisioneros, pagaron los gastos de la guerra, y prometieron no ostilizar á Hicron ni á sus aliados.

El senado ratificó esta paz, que fué consumada por un sacrificio solemne y los juramentos de entrambos pueblos. Roma logró el objeto que se habia propuesto en esta guerra, de alejar de Italia á su rival. Redujo á la clase de provincia toda la Sicilia, escepto el reino de Siracusa, y estableció en la isla un pretor

para el gobierno, y un cuestor para la percepcion de las contribuciones.

Mientras que Roma gozaba con seguridad de la gloria que solo habia debido á sus propios medios, Cartago estaba amenazada por los mercenarios que se levantaron. Concluyó esta guerra peligrosa por sí sola sin el auxilio que le ofrecia su rival. Si Roma hubiera persistido en esta senda de justicia y moderacion (pues desechó la promesa que le hacian los sublevados de entregarle á Utica) habria conquistado el mundo con sus virtudes en lugar de oprimirlo con sus armas. Pero los pueblos, como los individuos, resisten mejor al peligro y á la desgracia, que á la ambicion y á la fortuna.

CONQUISTA DE CERDEÑA. — (A. M. 3764. — A. C. 240.) Los mercenarios de Cartago que estaban en Cerdeña, se rebelaron como los de Africa. Amílcar los echó de esta isla, se refujaron á Roma, y el senado á instigacion de ellos, declaró á los cartajineses que la Cerdeña pertenecia á Roma por derecho de conquista; que debian restituirla y aun pagar los gastos de la expedicion necesaria para sostenerla. En vano los vencidos invocaron la

justicia. Cartago tuvo que ceder, y procuró indemnizarse de sus pérdidas con la conquista de España, donde Roma no le hubiera permitido hacer progresos, á no hallarse amenazada de los galos, que tomaron las armas de nuevo. Aumentándose el poder de los romanos, no solo se aumentó su riqueza, sino que las ciencias y las artes, hijas de la opulencia y del ocio, comenzaron á unir las palmas con los laureles de la victoria. Levio Andrónico componia tragedias y comedias regulares. Nació en esta época Ennio, el primer poeta que hizo conocer á los romanos la elegancia del estilo. Caton, el censor, floreció pocos años despues, y fué tan célebre por la veemencia de su elocuencia varonil, como por la austeridad de sus virtudes republicanas; pero estas virtudes no eran seguramente las de la humanidad, como lo prueba la injusticia con que siempre estuvo ecsortando á los romanos á la ruina de Cartago, y cuyos discursos terminaban siempre con estas palabras: *Delenda est Carthago*.

Los galos, boyos y ligures, continuaban preparándose para la guerra. Publio Valerio los acometió con un ejército, y vencido en la primer batalla, volvió

á reunir sus tropas y consiguió una victoria que costó catorce mil hombres á los galos: pero su primer derrota impidió que triunfase. Tito Graco, su coléga, batió á los ligures, se apoderó de sus fortalezas, y entregó sus costas al saqueo. Con el auxilio de los mercenarios de Cerdeña, desembarcó en esta isla, sometió á los habitantes rebelados, y volvió á Roma con tantos cautivos, que un esclavo sardo, pasaba entonces por una mercadería comun y de poco precio. La guerra contra los galos continuaba. El cónsul Léntulo les dió batalla al Norte del Pó, les mató veinticuatro mil hombres, y les hizo cinco mil prisioneros. La ambicion del senado crecia á proporcion de sus victorias. Estendiendo sus miras al Oriente, ofreció auxilios al rey de Egipto contra el de Siria; pero aquel monarca los reusó, temiendo un aliado poderoso mas que un enemigo. Los juegos seculares se celebraron en Roma en un momento de grande prosperidad interior y exterior. ■ rey Hieron vino á verlos: su presencia causó una alegría universal, tanto porque repartió al pueblo doscientas mil medidas de trigo, como porque á su alianza se debía en gran parte el buen éxi-

TOMO VIII.

to de la guerra contra los cartajineses. Además los omenajes de un rey poderoso alagaban el orgullo del senado. La Córcega, destinada á desear siempre la libertad sin poder gozar nunca de ella, se rebeló escitada por los manejos secretos de los cartajineses. Claudio Glicia, enviado contra los rebeldes, hizo un tratado con ellos que no ratificó el senado. Glicia, entregado á los corsos y desechado por ellos, fué condenado en Roma al último suplicio. El cónsul Varo, sometió la isla. La turbulencia de Cayo Flaminio, tribuno del pueblo, hizo renacer la discordia, que parecia desterrada para siempre de la república por la condescendencia del senado. Escitando, para hacerse popular, las pasiones de la muchedumbre, escijia que se repartiesen entre los pobres las tierras conquistadas á los galos. Sin hacer caso de la oposicion de los cónsules, ■ de las amenazas del senado que mandó emplear la fuerza contra él, convoca el pueblo y hace leer el proyecto de plebiscito. Entonces se conoció cuán superior es la fuerza de las costumbres á la de las leyes. Un anciano se llega al tribunal; este era el padre de Flaminio; y lo echa de su asiento. Aquel tribuno sedicio-

12

so, dueño de la multitud alborotada y que se burlaba del senado y de los cónsules, pierde la voz y la osadía á la vista de un anciano, y le obedece temblando, sin que el pueblo se atreviese á dar el menor grito contra este acto brillante de la autoridad paterna.

PRIMER DIVORCIO EN ROMA.— En este tiempo vió Roma el primer ejemplo de divorcio. Spurio Carvilio Ruga repudió su mujer por causa de esterilidad: la ley le era favorable y se le permitió valerse de ella; pero las costumbres eran contrarias á esta separación, y el desprecio público castigó á Carvilio, por una acción ignominiosa aunque legal.

Después de sometida la Córcega, se cerró el templo de Jano, por la vez primera desde el reinado de Numa. A los pocos meses se volvió á abrir y no se cerró hasta Augusto. Roma debía dar al mundo el ejemplo de una ciudad y de una guerra eterna.

La vestal Tucia, condenada á perecer por estupro con un esclavo, se anticipó al suplicio dándose la muerte. El mismo año causaron un incendio y una inundación grandes estragos en Roma, mas instruida en el arte de esterminar los hombres que en el de conservarlos. En este tiempo se representaron los pri-

meros dramas del poeta Nevio, cuyas obras, según el testimonio de Horacio, eran celebradas por su antigüedad en el reinado de Augusto, aunque nadie las leía.

GUERRA DE ILIRIA.— (A. M. 3773.— A. C. 231.) La república, ocupada en la guerra pertinaz que le hacían los galos y los ligures, tuvo que sostener otra contra los ilirios, cuyos piratas infestaban las costas de Italia, cautivaban los mercaderes de Brundusio, y acababan de robar la isla de Isa perteneciente á los romanos.

Antes de emplear las armas para obtener satisfacción de estas injurias, dos patricios de la familia de los Coruncanios, pasaron de orden del senado á Iliria á dar sus quejas á Teuta, madrastra del rey Pineo, y regente del reino. Esta les respondió que los bajeles de su gobierno respetarian á los romanos; pero que los reyes de Iliria no tenían la costumbre de impedir á sus vasallos que se enriqueciesen por medio del corso. El mas joven de los embajadores replicó: «La costumbre de Roma es valerse de sus fuerzas para vengar las injurias de sus ciudadanos, y en breve obligará á los reyes de Iliria á renunciar á sus hábitos.»

La reina disimuló su ira y dejó partir los embajadores, pero envió en su seguimiento á unos corsarios que se apoderaron de los buques en que iban, echaron al mar los comandantes, apresaron las tripulaciones, y asesinaron al jóven Coruncanio.

Roma declaró la guerra, que fué corta y feliz. Aquella nación bárbara, sin táctica ni disciplina, no podia resistir á los romanos. Estos se apoderaron de Corcira: Apolonia y Dirraquio se sometieron voluntariamente, prefiriendo la dominación de una república ilustrada, á la tiranía casi selvática de los reyes de Iliria. Teuta, vencida, quiso entrar en negociacion; pero el senado no concedió la paz sino al jóven Pineo. Se convino que pagaria un tributo, cederia una parte de la Iliria, y se obligaria á no tener mas marina que dos buques sin armas. Se quitó la rejencia á Teuta y se dió á Demetrio de Faros.

Entretanto Cartago hacia grandes progresos en España, y Roma, temerosa de su engrandecimiento, celebró un tratado con Asdrubal, yerno de Amílcar y gobernador en la península. Por esta convencion se aseguraba la independencia de Segunto, aliada de Roma, y se ponian en el rio

Ebro los límites de las conquistas cartajinesas.

Roma, tan activa en estender sus alianzas y autoridad, como en quitarle á su rival sus posesiones y amigos, buscaba ya los medios de penetrar en Grecia y echar los cimientos de su dominacion en aquel pais. El procónsul Postumio, que habia quedado en Iliria, envió desde Corcira embajadores á los étolos y aqueos, informándoles de la guerra que habia emprendido la república, para libertar la Italia y la Grecia de los piratas ilirios. Otra embajada fué con igual misión á Atenas y Corinto. En todas partes fueron recibidos con el aprecio que inspira la victoria. Los pueblos desunidos y flacos de la Grecia buscaban la amistad del fuerte que debia subyugarlos á todos.

Los corintios concedieron á los romanos el derecho de asistir á los juegos ístmicos. Los atenienses hicieron alianza con ellos, los admitieron á los misterios eleusinos y les dieron la ciudadanía.

El senado habia permitido á los habitantes de Corcira gobernarse por sus propias leyes: política hábil y propia para ganar la amistad de los griegos, que se dejaban encadenar siempre que

se les mostrase una sombra de libertad.

BATALLA DE TELAMON.—(A. M. 3777.—A. C. 227.) Mientras Roma comprimía á Cartago en el Occidente con sus amenazas, y abría las puertas del Oriente á su política, se vió acometida de nuevo por los galos, enemigos obstinados y terribles, cuyo nombre solo aterraba á la ciudad. Se consultaron los libros sibilinos, y como estuviese escrito en ellos que los griegos y galos se apoderarían de la tierra romana, enterraron vivos un galo y una gála, un griego y una griega, para eludir el oráculo. Después de haber aplacado, según creían, la cólera de los dioses con este crimen, el senado empleó un medio mas eficaz para conjurar la tormenta. Todo el pueblo corrió á las armas: todos los aliados dieron los socorros estipulados; y los historiadores dicen que Roma reunió para esta guerra un ejército de setecientos mil hombres. El contingente solo de los venetos ascendió á veinte mil.

Los galos, atraídos por la fertilidad del país, la suavidad del clima y el ardor del pillaje, habían reunido una multitud innumerable de guerreros, que entraron como un torrente por la Toscana. Los bárbaros atacaron

al cónsul Emilio antes que hubiese reunido todas sus fuerzas; y le hubieran oprimido á pesar de su resistencia, á no retardar la marcha de los galos el deseo de conservar su botín. Atilio, colega de Emilio en el consulado, acababa de desembarcar con sus legiones viniendo de Cerdeña, y atacó la retaguardia de los galos. Emilio, aprovechándose de este socorro no esperado, los acometió por el frente. Aunque puestos entre dos enemigos, disputaron largo tiempo la victoria, lo que hizo mas espantoso el estrago. Murieron cuarenta mil galos, y diez mil quedaron prisioneros. Uno de sus reyes quedó cautivo y otro se dió la muerte. El cónsul Atilio pareció en el combate, y Emilio gozó de los honores del triunfo y condujo encadenados al Capitolio al rey y á los príncipes galos prisioneros, que habían jurado subir á él vencedores.

BATALLA DEL ADDA.—(A. M. 3779.—A. C. 225.) Dos años después los romanos, prosiguiendo el curso de sus victorias, pasaron el Pó; pero diversos presajios, un temblor de tierra y la caída del coloso de Rodas, hicieron creer al senado que había sido mal hecha la elección de los cónsules Cayo Flamínio y Publio Furio,

y les mandó que volvieran á Roma. Flaminio tenía mas amor á la gloria que respeto á los auspicios, y persuadió á su colega no abrir la carta del senado hasta despues de la batalla. La fortuna favoreció su osadía: las lanzas romanas inutilizaron los sables de los galos, que fueron derrolados completamente con pérdida de nueve mil hombres; los romanos saquearon el pais.

Flaminio, ya vencedor, respondió que no obedecería al senado; pues su victoria refutaba suficientemente á los augures. Terminada la campaña volvió á Roma, donde el senado le negó el triunfo, y el pueblo se lo concedió; y como los galos, siempre presuntuosos, habian ofrecido al dios Marte un collar de oro hecho con los despojos de los romanos, Flaminio ofreció á Júpiter collares y brazaletes que les habia quitado. Los cónsules, satisfechos de su triunfo cedieron al senado y abdicaron. Sucedieronles Claudio Marcelo y Cornelio Scipion.

BATALLA DE ACERA.—(A. M. 3780.—A. C. 224.) Marcelo pasó el Pó al frente de las legiones romanas, y dió una gran batalla á los enemigos cerca de Acera. Al principio de ella se espantó el caballo del cónsul con la gri-

tería de los bárbaros, y volvió atrás. El cónsul, temiendo que este movimiento pareciese un mal presajio, detiene el caballo, lo vuelve al lado del sol, y promete á Júpiter Feretrio la armadura mas rica de los enemigos.

Al mismo instante ve al rey Viridomaro cubierto de armas brillantes de oro y plata, que adelantándose valerosamente le llamaba y desafiaba al combate. Marcelo le acomete, le derriba de un lanzazo, lo atraviesa con su espada, le quita la armadura y dice: «Júpiter: soy el segundo jeneral romano que logra despojos ópimos: los debo á tu auxilio: continúa protejiéndonos mientras dure la guerra.» La muerte de Viridomaro esparció el terror entre los bárbaros: los romanos se arrojan á ellos, y los derrotan matándoles mucha jente. Despues de haber seguido el alcance se reunió Marcelo con su colega, que habia tomado á Acera y sitiado á Mediolano (Milan). Se apoderaron de esta ciudad, que ya era grande y opulenta, y tambien de Como.

Los galos pidieron la paz, se sometieron á pagar un tributo, y cedieron á Roma una parte de su territorio. La primer vez que Roma oyó hablar de los jerma-

nos fué durante esta gloriosa campaña. Un cuerpo numeroso de aquella nacion habia pasado el Rheno (Rhin) y se habia unido á los galos, con la esperanza de tener parte en el saqueo de Italia. El triunfo de Marcelo fué tan brillante como útil su victoria, pues completó la conquista de Italia hasta los Alpes. Llevó los despojos de Viridomaro al templo de Júpiter Feretrio; el senado envió á Delfos una copa de oro, é hizo regalos magníficos al rey Hieron, fiel aliado de Roma.

Entretanto el grande Anníbal, nombre funesto á la república, sucesor de Asdrubal su cuñado en el gobierno de España, se preparaba á vengar las injurias de Cartago. Antes de combatir contra este enemigo formidable, los romanos tuvieron que sostener una nueva guerra contra los istrios y los ilirios que se habian rebelado. Emilio los sometió y se hizo dueño de la ciudad de Fáros. El rejente Demetrio, vencido, se retiró á la corte de Filipo, rey de Macedonia, al cual inspiró contra Roma el aborre-

cimiento que le arruinó á él, á su familia y á su reino. El senado hizo la paz con el rey de Iliria, y Emilio triunfó. En su consulado, Arcagato trajo la medicina del Peloponeso á Roma: pues aunque en esta ciudad habia un templo consagrado á Esculapio, la templanza habia sido hasta entonces el único preservativo de las enfermedades, y no por eso dejó de crecer rápidamente la poblacion. El nacimiento del lujo y de las costumbres corrompidas hizo sentir la necesidad del arte médica.

Los romanos, para contener á los galos, fundaron las colonias de Placencia y Cremona: freno que irritó á los bárbaros é incitó á los insubres y á los boios á favorecer los proyectos de Anníbal. Este gran capitán sitiaba entonces á Sagunto, en desprecio de los tratados, y daba la señal de la guerra entre dos repúblicas demasiado ambiciosas, poderosas y enemigas, para que pudiesen coexistir á un mismo tiempo.

CAPITULO VI.

SEGUNDA GUERRA PÚNICA.

Causa de esta guerra. — Expedición de Aníbal á Italia. — Batalla del Trebia. — Batalla del Trasimeno. — Dictadura de Fabio. — Artificio de Aníbal. — Vuelta de Fabio á Roma. — Batalla de Cannas. — Armamento de Roma. — Vuelta del cónsul Varron á Roma. — Dictadura de Marco Junio. — Sitio de Capua. — Batalla del Metauro. — Magnanimidad del joven Scipion. — Toma de Cartago nova ó Cartajena por el joven Scipion. — Entrevista de Scipion y de Aníbal. — Batalla de Zama. — Derrota de los cartajineses. — Paz entre Roma y Cartago.

CAUSA DE ESTA GUERRA. — Muchos historiadores atribuyen la segunda guerra púnica á la infracción del tratado de paz, cometida por los cartajineses haciendo guerra á Sagunto. Polibio observa sagazmente que la toma de esta ciudad fué el principio y no la causa de la guerra. Había entre las dos repúblicas motivos de enemistad eterna: el socorro dado por los cartajineses á los tarentinos; la usurpación de Córcega y Cerdeña por los romanos: la humillación de Cartago y la pérdida de Sicilia, y la inseguridad del poder de Roma mientras no arruinase á la única nación que podía disputar-

le el imperio del mundo. La paz no había estinguido los odios: solo fué una tregua de enemigos cansados; y reparadas las fuerzas de ambos pueblos, el menor pretexto era suficiente para volver á tomar las armas.

El senado envió á Aníbal embejadores para escortarle á levantar el sitio de Sagunto, cuya independencia garantizaba un tratado. El jeneral cartaginés no quiso oír á los enviados de Roma; y la acogida que recibieron en Cartago fué desfavorable. Sagunto, sin auxilios, propuso capitular; pero se le ofrecieron condiciones tan duras, que los senadores de esta ciudad, prefi-

riendo la muerte á la ignominia, pusieron fuego á sus casas, perecieron en las llamas con sus familias, y solo dejaron á sus vencedores amontonadas cenizas.

El saqueo de esta gran ciudad facilitó al jeneral africano los medios de ganar muchos partidarios en Cartago para dominar enteramente al partido de Hannon, que hasta entonces, y á causa de la paz, se había opuesto á la ambicion guerrera de la faccion Barcina.

Cuando se supo en Roma el desastre de Sagunto, la indignacion fué jeneral. Patricios, caballeros, plebeyos, todos decian con altivez que no conservarían los romanos un solo aliado, tan despreciada se veía su proteccion. Nuevos embajadores marcharon á Cartago para pedir una satisfaccion solemne; y como no obtuviesen sino respuestas vagas, Fabio, jefe de esta embajada, presentando á los senadores una punta de su manto plegada en la mano, les dijo: «Responded terminantemente: aquí vos traigo la paz ó la guerra; escojed. — Escoje tú mismo, le respondieron. — Pues bien: la guerra escojo, dijo Fabio soltando el extremo de su manto. — Y nosotros, resplicó el su-

«fete, la aceptamos de corazon y la haremos del mismo modo.»

EXPEDICION DE ANNIBAL A ITALIA.—(A. M. 3786.—A. C. 218.)

No temiendo Roma á los enemigos en Sicilia, creia segura la Italia porque no conocia el gran jenio de Anníbal; y pensaba que el teatro de la guerra serian España y Africa. Armó varias escuadras y preparó lejiones destinadas á pelear en el Ebro. Anníbal entretanto atraviesa la España con la rapidez del rayo, pasa los Pirineos, y ya estaba junto al Ródano, cuando los romanos le creian en Sagunto. La celeridad de sus victorias y el terror de sus armas le adquirian aliados en todas partes, cuando los pueblos á quienes querian atraer los romanos, les respondian con desprecio: *Buscad amigos donde se ignore el desastre de Sagunto.* Es verdad que el senado, á pesar de su prevision, habia cometido un grave yerro ocupando sin necesidad todas sus fuerzas en Iliria, en lugar de enviar el ejército de Emilio al socorro de sus aliados de España. Así no le quedó mas que un amigo al otro lado de los Alpes, que fué la república de Masilia, colonia griega, rica y poderosa. Al mismo tiempo se rebelaron los galos cisalpinos y batieron al pretor Manlio.

El cónsul Cornelio Scipion, salió para Marsella con su ejército, determinado á pasar á España. Pero al llegar á esta ciudad supo con admiracion que Anníbal atravesaba al Ródano. Quinientos jinetes, que envió á hacer un reconocimiento, vencieron, no sin pérdida, á un cuerpo de caballería numida que encontraron. Con este presajio favorable quiso acometer á Anníbal antes que pasase los Alpes; pero el cartaginés le llevaba tres días de marcha. Varió entonces su plan, no atreviéndose entre los galos y los africanos y se embarcó para Jenua con el intento de salir al encuentro á Anníbal cuando bajase á las llanuras de Italia.

Facil es conocer la imprevision de Roma en una invasion, cuya temeridad era sin ejemplo. Cuando Alejandro invadió el Asia, tenia los recursos que le habia preparado Filipo; la memoria de Maraton y Platea animaba á los griegos: la retirada de los diez mil, y las victorias recientes de Agesilao, probaban la facilidad de la conquista: la disciplina griega debia conseguir triunfos rápidos de la molicie persiana. Pero Anníbal, jefe de un pueblo vencido en cien batallas, atacaba á Roma, circundada de hierro y poblada de héroes. Ausiliado de

TOMO VIII.

solo su jenio y lejos de su patria, dejaba tras sí veinte pueblos enemigos, y marchaba temerariamente á Italia, aislado de todos los puntos que podia socorrerle, y privado de recursos en el caso de una derrota.

Al bajar de los Alpes, cuyo tránsito le costó una gran parte de su ejército, halló á Scipion junto al Ticino. El senado dió orden á su colega Sempronio de pasar de Sicilia á Italia para reunirse con el otro cónsul. La prontitud de Anníbal impidió esta reunion, la superioridad de la caballería numida le dió la victoria, y Scipion, herido en el combate, abandonó al enemigo toda la Galla transpodana y se retiró á Placencia, situada mas allá del Pó. Los insubres y boyos se hicieron aliados de Anníbal, y se le pasaron dos mil galos que militaban en el ejército de Scipion. **El** cónsul Sempronio, despues de vencer una escuadra cartajinesa que atacó á Lilíbea, pasó á Italia y se reunió con Scipion junto al Trevia.

BATALLA DEL TREVIA.— Los ejércitos consulares constaban de cuarenta mil hombres, pero visiones. Scipion queria retardar el combate para darles tiempo de ejercitarse. Sempronio, temiendo mas á un sucesor que al enemigo, y deseando aprovecharse

para adquirir gloria del momento en que la herida de su colega le dejaba el mando, resolvió dar la batalla: ataca al enemigo, cae en una emboscada en donde le precipitó su temeridad, y deja en poder de Aníbal la victoria y toda la Italia que está al Norte del Apenino.

BATALLA DEL TRASIMENO.—(A. M. 3787.—A. C. 217.) Sempromio, siempre arrogante, escribió á Roma que le habia vencido la naturaleza, no el enemigo: y que hubiera ganado la batalla á no ser por el excesivo rigor del frío. En estas críticas circunstancias el senado, con su acostumbrada actividad, tomó las medidas necesarias para conjurar la terrible tempestad que le amenazaba: pidió auxilio á Hieron, aliado raro, pues permaneció fiel en la desgracia; armó sesenta navíos y envió á España á Cneyo Scipion, el cual, mas venturoso que su hermano, venció y dió muerte á Hannon, gobernador de las provincias del Ebro, y conquistó desde los Pirineos hasta aquel río. Los nuevos cónsules Servilio y Flaminio, mas cuidadosos de obtener mando que de cumplir las formalidades religiosas, dieron con su imprudencia al enemigo el apoyo de la superstición. Flaminio, que habia ven-

cido á los galos burlándose de la autoridad del senado, y de las amenazas de los augures, salió de Roma sin tomar los auspicios; lo que el pueblo le pareció un presajio funesto.

Aníbal penetró en Etruria por el camino de la laguna de Clusio, irritó con sus depredaciones la temeridad del cónsul Flaminio, anjió dirigirse á Roma atravesando un desfiladero colocado entre el lago Trasimeno y las montañas vecinas, y atrajo á su imprudente enemigo á aquel paraje peligroso, donde pereció con la mayor parte de su ejército, dejando toda la Italia á merced del vencedor.

Cuando llegó á Roma la noticia de la derrota de Flaminio, el senado no trató de debilitar la impresion que debía causar con vanas palabras. El pretor subió á la tribuna, y dijo: *hemos sido vencidos en una gran batalla*. El pueblo romano no se abatía en el infortunio como las naciones cobardes.

DICTADURA DE FABIO.—Mas, aunque no mostrase un abatimiento vergonzoso, la inquietud era extrema: se ecsajeraba la pérdida en vez de atenuarla: y las mujeres morían de placer, viendo volver á los hijos ó esposos que creían perdidos.

La república, hallándose en un gran peligro, nombró dictador á Fabio, uno de los mas grandes hombres de su siglo. Solo su prudencia y su firmeza podian contener los progresos de Anníbal, como un dique opuesto á la impetuosidad de un torrente. Su jeneral de caballería fué Minucio Rufo, semejante en la presuncion á los jenerales vencidos por el cartaginés. El dictador, habiendo cumplido escrupulosamente las ceremonias relijiosas, levantó un poderoso ejército, y se puso á su frente, encargando al cónsul Servilio la defensa de las costas. No tardó Anníbal en conocer que los romanos habian mudado de sistema, y que su adversario era mas difícil de sorprender que Flamínio.

Fabio entra con su ejército en la Apulia, evita los llanos, ocupa las alturas, ostiga al enemigo, le corta los víveres, ataca y degüella á sus forrajeadores, y se mantiene siempre á tal distancia, que estaba en su mano aceptar ó reusar el combate. La tala de los campos, el incendio de las aldeas, las provocaciones de la caballería numida, las maniobras y astucias de Anníbal, no pudieron hacer bajar á Fabio á las llanuras. El jeneral africa-

no tenia necesidad de batallas, y solo se le daban acciones de puestos en los cuales siempre salian gananciosos los romanos. Minucio y las tropas, enfurecidos de ver encadenado su brio daban á esta sabia contemporización el nombre de timidez, y á la prudencia de su jeneral, el de cobardía. Todos pedian á gritos la batalla: las vociferaciones de la tropa se repetian en Roma, y toda la república conspiraba contra su salvador, mas admirable por haber resistido á los suyos y á la opinion popular que á Anníbal.

ARTIFICIO DE ANNIBAL.—Este, no pudiendo subsistir en la Campania por falta de víveres, pasó á la Apulia: Fabio le rodeó en el desfiladero de Casilino; pero el jenio fecundo de Annibal le libertó de este peligro. Enmedio de la noche hizo marchar ácia las alturas un gran número de bueyes con teas encendidas atadas en las astas, que no tardaron en enfurecerlos y en abrasar los bosques. Los romanos que guardaban la salida del valle, creyeron atacado al dictador, volaron á su socorro, y Annibal escapó.

Sin embargo la fortuna, segun parecia, se cansaba de ser contraria á los romanos. Cneyo Sci-

pion, continuando sus triunfos en España, sorprendió en la embocadura del Ebro la escuadra cartajinesa, le apresó veinte buques y taló el país hasta las puertas de Cartago nova (*Cartajena*). Asdrubal marchó contra él con un ejército poderoso, y perdió dos batallas y veinte mil hombres: los romanos victoriosos se apoderaron de muchas plazas. Servilio derroló con una armada de ciento veinte bajeles, la de los cartajineses que se había aporreado á las costas de Italia. Publio Scipion reforzó á su hermano con otro ejército, y los dos reunidos tomaron á Sagunto y se apoderaron de los reenes españoles que los cartajineses conservaban en aquella plaza: lo que les proporcionó la alianza con muchas ciudades de España. Mientras que la prudencia del senado, el valor de los Scipiones y la habilidad de Fabio neutralizaban la fortuna de Anníbal, las locas pasiones del pueblo romano estuvieron para destruir la obra de la política.

VUELTA DE FABIO A ROMA.— El dictador fué á Roma á cumplir deberes religiosos, habiendo prohibido á Minucio pelear en su ausencia. Este jefe presuntuoso desobedeció, sorprendió á los cartajineses que se habían dis-

persado para forrajear, les mató mucha jente y los persignió hasta las puertas de su campamento. Este triunfo, nada decisivo, pero brillante, llevó á su colmo la arrogancia de los detractores de Fabio y el descontento de la muchedumbre.

Un tribuno del pueblo declamó violentamente contra la timidez de Fabio, diciendo: «Los romanos mandados por un jefe tan débil no se atreven á mirar la cara de los enemigos. Otras veces las legiones se armaban para pelear; hoy para huir: atacaban á los bárbaros en sus campamentos; ahora se quedan encerrados en las tiendas, y sufren las insolentes provocaciones de los africanos, y el robo de los campos de Italia. Sin la ausencia del dictador hubieran quedado impunes todos estos ultrajes: al fin los romanos, libres de su presencia, han sacado la espada, y los cartajineses han huido. Si quereis concluir la guerra, dad á vuestros valientes guerreros un adelid digno de mandarlos.»

Anníbal, que no ignoraba estas altercaciones, las ensangrentaba con habilidad dando orden á los numidas de que respetasen en sus saqueos los campos de Fabio. Ultimamente el pueblo,

alucinado por los envidiosos de este gran jeneral, dió un decreto sin ejemplo, dividiendo la dictadura entre Fabio y Minucio.

Un alma comun no hubiera oído mas voz que la del orgullo ofendido, y hubiera hecho la dimision de su empleo. Fabio consideró el peligro de su patria y obedeció. Volvió al campamento y dió á Minucio la mitad de su ejército para tener salva la otra mitad, y no quiso el mando alternativo que hubiera comprometido las legiones.

Minucio, orgulloso con su triunfo, no manifestó deferencia alguna á su jefe, se burló de su lentitud, despreció las luces de su experiencia y los consejos de su moderacion; y adelantándose temerariamente á la cabeza de las tropas que llevaba, redobló su audacia viendo huir á los numidas. El arrogante jeneral atacó al ejército africano, cayó en una emboscada, y sufrió una derrota cuya consecuencia hubiera sido su completa destruccion, si Fabio, que todo lo habia previsto, no hubiera acudido al momento á su socorro. Su presencia restableció el combate; venció y rechazó al cartaginés, y despues de la victoria se retiró modestamente á su campo.

Minucio, curado de las ilusiones de un necio orgullo, tuvo al menos el raro mérito de reconocer su error; y reuniendo sus legiones, les habló de este modo: «Romanos: el hombre no es infalible; pero el prudente debe aprovecharse de las faltas pasadas. La fortuna me ha sido mas favorable que adversa, porque me ha enseñado en un dia lo que no habia aprendido en un largo estudio. Conozco que no poseo todas las prendas que se requieren para mandar, y que tengo todavia necesidad de ser dirigido. Lejos de ostinarme en ser el igual de un hombre á quien es mas glorioso ceder, declaro que el dictador será vuestro jefe, excepto en este momento que me pondré al frente de vosotros para expresarles nuestro reconocimiento, y daros el ejemplo de la obediencia que todos le debemos.»

Dicho esto, marcha al campamento de Fabio, acompañado de los estandartes y seguido de las tropas. Fabio, que ignoraba su proyecto, salió á recibirle. Minucio al verle, puso las banderas á sus pies y le llamó padre. Sus soldados siguieron su ejemplo, y llamaron á los de Fabio patronos, nombre con que denotaban

los libertos á los que habian roto sus cadenas.

Cuando cesaron estas aclamaciones, dijo Minucio á Fabio: «Ilustre dictador: hoy has alcanzado dos victorias; una sobre Anníbal por tu valor, la otra sobre mí por tu prudencia y generosidad: con la una nos has salvado, con la otra me has instruido. Dóile pues el nombre de padre, porque no conozco otro mas venerable, y que recuerde mejor que todos te debemos la vida.» Dicho esto, abrazó al dictador. Los soldados de entrambos ejércitos se abrazaron mutuamente, y jamás se vió un triunfo mas agradable que aquel, pues sometió el orgullo á la prudencia y trocó la envidia en reconocimiento.

BATALLA DE CANNAS.—(A. M. 3788.—A. C. 216.) Fabio abdicó la dictadura cuando concluyó la campaña. Los cónsules Servilio y Régulo, siguieron el sistema de guerra del dictador, costeadando sin cesar á Anníbal, y no ofreciéndole nunca la batalla. De este modo faltaron los víveres en el campo africano, y con una poca de contemporización Anníbal estaba perdido. Mas el pueblo romano, deseoso de batallas, aborrecia esta lentitud saludable. Nombró cónsul á Emi-

lio, el vencedor de Iliria, capitán hábil y prudente, y le dió por coléga, movido de las declamaciones de los tribunos, á Terencio Varron, hombre nuevo, hijo de un carnicero y muy amado de la plebe, porque era enemigo de los patricios y uno de los mas ardientes detractores de Fabio. Este cónsul turbulento y jactancioso, acusaba abiertamente á los senadores de haber llamado á Anníbal á Italia para oprimir con este pretesto al pueblo. «Mientras ellos mauden, decía, su ambicion prolongará la guerra: porque gustan de mandado aunque no de las batallas. En lugar de llevar cobardemente nuestras leñones á las montañas y á los bosques, acometeré en derecha al enemigo, y dentro de poco no habrá africanos en Italia.»

Marcelo fué de pretor á Sicilia y Postumio Albinio á la Galla Cisalpina. Los procónsules Servilio y Régulo tuvieron orden de no pelear hasta la llegada de los cónsules al ejército: lo que les impidió oponerse á los movimientos de Anníbal: este se apoderó de la ciudadela de Cannas que dominaba la Apulia y le proporcionaba víveres. En las demás guerras la república no alistaba anualmente mas que

cuatro legiones, compuesta cada una de cuatro mil infantes y doscientos caballos.

Segun una costumbre antigua y prudente, se dividían los ejércitos consulares para no comprometer á un solo trance todas las fuerzas del estado; pero entonces se reunieron, y formaban una masa de ochenta mil infantes y siete mil caballos. Aníbal tenia cuarenta mil hombres de infantería y diez mil jinetes.

Cuando Emilio partió de Roma, previendo Fabio su infortunio, le dijo que temia para él la ignorancia presuntuosa de su colega mas que el valor y la habilidad del enemigo. Los ejércitos romanos se acamparon en las dos orillas del Aufido, á dos leguas del campo cartaginés.

Emilio aconsejaba que se dificultase el combate, y se atrajese el enemigo ácia un pais cortado donde la caballería numida perdería su superioridad. Fiel á su sistema, sostuvo mientras pudo el ardor de sus tropas; pero cuando llegó el dia en que tocaba mandar á Varron, llevó el ejército mas poderoso que habia tenido Roma al degolladero preparado por Aníbal, é hizo célebres los campos de Cannas con la derrota mayor que sufrió la

república romana. Al empezar el combate, como se admirase Jiscon, oficial africano, del gran número de los enemigos, le replicó Aníbal: «Lo mas admirable es que entre tantos hombres no hay ninguno que se llame Jiscon como tú.» Quedaron muertos setenta mil entre romanos y aliados, y diez mil fueron prisioneros. Varron huyó á Venusa con cuatrocientos jinetes: Emilio, Minucio y los dos procónsules murieron en la batalla. Léntulo, abriéndose paso por medio de los enemigos con un escuadron escojido, encontró á Emilio sentado en una peña y cubierto de sangre. Se detuvo y le instó para que se salvase en su caballo. «Sálvate á tí, replicó el cónsul y á esos valientes. Yo no sobreviviré á tantos intrépidos guerreros. Dí á Fabio que al morir me acuerdo de sus sabios consejos y de su amistad.»

ARMAMENTO DE ROMA. — No habiendo podido retirarse ninguna de las reliquias de Cannas, las noticias primeras del desastre fueron vagas é inciertas; pero algunos hombres del campo supieron lo bastante para causar una terrible consternacion. En medio del abatimiento universal, Fabio solo firme é invenci-

ble, consolaba los ánimos y alentaba las esperanzas. Por su consejo se enviaron correos á todos los caminos para tomar informes de los fujitivos, y preguntar si aun quedaba ejército: se colocaron cuerpos de guardia en las puertas de la ciudad para impedir que los ciudadanos saliesen sin permiso: se mandó á todos los hombres tomar las armas: las mujeres que corrían por las calles, aumentando con su dolor la aflicción común, tuvieron orden de no salir de sus casas. Y los senadores, visitando á las familias, procuraron despertar el valor é inspirar la confianza.

Después del primer momento de consternación, viendo que Aníbal no se acercaba á Roma, renacieron las fuerzas de esta ciudad. Todos los ciudadanos llevaron al tesoro público el dinero que tenían: se levantaron cuatro legiones y se alistaron ocho mil esclavos. Se abrieron las cárceles, y dieron seis mil soldados. Los trofeos anteriores proveyeron de armas, viejas á la verdad, pero que recordaban la gloria é inspiraban denuedo. Se contaba con las tropas de los pretores, cuando se supo que Postumio había caído en una emboscada y perecido con todo su ejército.

El pueblo se entregó á las crueldades de la superstición, é inmoló dos galos y dos griegos.

VUELTA DEL CÓNSUL VARRON A ROMA.—A pesar de lo inminente del riesgo, el senado, fiel á sus antiguas máximas, no quiso rescatar ocho mil prisioneros que Aníbal le ofrecía, para aumentar la intrepidez del soldado con el temor de un cautiverio perpetuo. El cónsul Varron, habiendo reunido diez mil hombres, de las legiones de su ejército, volvió á Roma. Todos los órdenes del estado, en vez de imitar la crueldad de Cartago con sus jenerales, salieron á recibirle, y le dieron solemnes acciones de gracias por no haber desesperado de la salud de la república.

Esta conducta política disminuía á los ojos del pueblo la impresión del peligro y alentaba su confianza. La desgracia de las armas romanas inspiró en este tiempo á muchos oficiales del cuerpo que reunía el cónsul, el deseo de abandonar la Italia. Metelo era el principal actor de este proyecto. El joven Scipion, hijo de Publio, encargado del mando interino en ausencia del cónsul, marcha con algunos soldados á la casa adonde estaban reunidos Metelo y sus parciales, entra con la espada en la mano,

y les declara que van á morir, si no juran que jamás abandonarán la república. Así fué como este guerrero, destinado á triunfar de Cartago, restituyó con su firmeza á la patria y al onor aquellos valerosos que no tardaron en avergonzarse de su debilidad.

DICTADURA DE MARCO JUNIO.—Marco Junio, nombrado dictador, y Sempronio, su jeneral de caballería, desplegaron tanta actividad, que en breve tuvo Roma un ejército; pero la derrota de Cannas le habia quitado muchos aliados. Los samnitas y campanios le abandonaron, y Anníbal estableció en Capua su cuartel jeneral.

Despues de tantos reveses amaneció la aurora de la prosperidad. Marcelo venció junto á Nola un cuerpo del ejército cartaginés, y los dos Scipiones, despues de haber derrotado completamente á Hannon en España, hicieron un gran servicio á la república, destruyendo el ejército de Asdrubal, cuando se preparaba á pasar á Italia.

Lo que perdió á Anníbal, no fueron, como han dicho muchos historiadores, las delicias de Capua. Sus numerosos combates, durante muchos años, probaron demasiado á los romanos cuánto valor y disciplina habia conser-

vado el ejército de Anníbal. La verdadera causa del mal resultado de esta guerra fué la division que ecsistia en el senado de Cartago. La faccion de Hannon contrariaba incesantemente todos los planes de Anníbal. Cuando este jeneral envió al Africa la noticia de su victoria, derramó en medio del senado los anillos por fanegas, cojidos á los caballeros romanos. Hannon le censuró solicitase auxilios cuando era vencedor, y que pidiese víveres cuando era dueño de Italia. Esta faccion, sacrificando el interés de su patria á su odio contra Anníbal, en vez de darle los medios para esterminar á los romanos, envió tropas á Sicilia y Cerdeña, en donde perdieron sin utilidad dos batallas, mientras que la mitad de estos refuerzos, llegada á tiempo á las banderas del ejército victorioso, hubiera consumado la ruina de Roma.

Interin esta república, muerta y dividida, hacia con debilidad una guerra que hubiera ecsijido tanto vigor, el senado romano, siempre firme en sus proyectos, siempre activo en sus operaciones, intimó á Filipo, rey de Macedonia, ló entregase á Demetrio de Faros, y declaró la guerra á aquel monarca porque

habia hecho alianza con Aníbal. En el momento en que Roma adquiria un nuevo enemigo, perdía un aliado fiel. Hieron, rey de Siracusa, murió. Su sucesor Hieronimo fué asesinado, y el partido cartaginés predominó en aquella ciudad. El cónsul Marcelo la cercó, y despues de un sitio memorable, que hicieron muy largo los talentos mecánicos de Arquimedes, tomó la plaza por sorpresa, y puso en poder de los romanos toda la Sicilia. Aníbal mostraba todo cuanto puede hacer un grande hombre con un pequeño ejército. Sin refuerzos, y debilitándose aun con sus mismas victorias, se sostenia sin embargo en Italia, lo que era un verdadero prodigio. Viendo la astucia á la fuerza, se aprovechó de todos los yerros del enemigo para hacerle daño. Cuando se le creia ocupado únicamente en defenderse, sorprendió y tomó á Tarento.

SITIO DE CAPUA.—(A. M. 3791.—A. C. 213.) Los romanos, para privarle del centro de sus operaciones, pusieron sitio á Capua: Aníbal voló á socorrerla, atacó las líneas romanas y no pudo forzarlas. Entonces marchó á Roma, y se presentó inopinadamente delante de la puerta Coli-

na, para librar á Capua con esta diversion.

El senado, con el terror de su llegada, queria llamar el ejército de Campania. Fabio se opuso á ello, y fué aprobado su dictámen de que se continuase el sitio y solo viniesen á Roma quince mil hombres. Los romanos no se limitaron á defender la ciudad, sino que se acamparon fuera de los muros. Dos dias seguidos se creyó que una batalla sangrienta iba á decidir la suerte de ambas repúblicas, y dos veces al mometo de dar la señal, una tempestad espantosa, y lluvias abundantes separaron á los combatientes. La supersticion hizo creer que el cielo se oponia á que se diese la batalla.

Los romanos lejos de temer viendo á Cartago á sus puertas, enviaron en aquellos dias numerosos refuerzos á España, y el campo donde Aníbal tenia sus reales, se vendió sin perder nada de su precio. El cartaginés, no pudiendo ni pelear ni aterrorizar á su enemigo, movió con su ejército ácia Neópolis. Capua cayó en poder de los romanos; y para castigarla por su defeccion, ejercieron venganzas atroces, dando muerte á todos los senadores y reduciendo el pueblo á la esclavitud. Por otra parte los

dos Scipiones, cuya union les habia dado tantas victorias en España, dividieron sus ejércitos: yerro que espieron siendo vencidos y muertos uno despues de otro por los cartajineses. Nerón, que les sucedió, no pudo reparar sus pérdidas, y acabó de perder lo que habian conquistado los romanos en aquel pais. Cuando se trató en Roma de remplazarlo, los mas atrevidos huían de solicitar un empleo expuesto á tantos riesgos, y que daba muy pocas esperanzas de victoria; y así nadie se presentaba como candidato. Publio Scipion, de edad entonces de veinticuatro años, fué el único que osó pedir el gobierno de España, y á pesar de su corta edad, lo obtuvo por su elocuencia y talento. Este nombramiento fué la salvacion de Roma y la ruina de Cartago.

Las armas romanas comenzaban ya á transferir á Grecia el temor que Pirro habia inspirado en Italia. Levino atacó al rey de Macedonia y le venció. Su triunfo y el de Marcelo vulgarizaron en Roma las riquezas de las artes griegas. Levino, nombrado cónsul conquistó á Agrigento y consumó la rendicion de Sicilia, primer objeto de la rivalidad entre Roma y Cartago.

La estrella de Anníbal se iba eclipsando. Roma, ilustrada por la experiencia, no le oponia ya ni Flaminius, ni Varrones, sino á Fabio y Marcelo. El primero recobró á Tarento; Marcelo, vencido en una accion, ganó otra contra Anníbal: siguiendo el prudente sistema de su colega, pero con mas actividad, picaba la retaguardia á los cartajineses, se aprovechaba de todas las ocasiones de hacerles daño, y evitaba las acciones jenerales; pero su prudencia le abandonó al fin. Nombrado cónsul por la quinta vez, quiso reconocer por el mismo el campo enemigo, cayó en una emboscada y pereció. Su muerte fué llorada en gran manera por los lejones, á quienes tantas veces habia guiado á la victoria. Le llamaban la lanza de Roma, y á Fabio el escudo: sobrenombres que les quedaron, como en fin dados por la tropa, y dictados por la justicia, y no por la adulacion.

Cuando se presentó á Anníbal el cadáver de Marcelo, lloró el jeneral cartajinés y pagó el tributo á su gloria, poniéndose en su dedo el anillo de su enemigo, y en la cabeza de este una corona de oro, haciéndole suntuosas exequias y enviando sus cenizas al jóven Marcelo, su hijo. Anní-

bal probó en esta ocasión que no era un guerrero bárbaro, como quieren hacer creer los historiadores romanos, porque solo un alma generosa es capaz de proceder tan nobles con los vencidos.

BATALLA DEL METAURO. — A. M. 3796. — A. C. 208.) Cartago, viendo perdida la Sicilia y el peligro de Aníbal en Italia, resolvió socorrerle y envió desde España un ejército poderoso á las órdenes de Asdrubal su hermano. Este atravesó sin obstáculos los Alpes y la Galia; pero la rapidez de su marcha fué la causa de su ruina, porque Aníbal no le esperaba tan pronto. Hallábase en Lucania, y tenía á su frente el ejército del cónsul Claudio Neron. Sabiendo este la llegada de Asdrubal, por un correo interceptado, salió de su campamento con seis mil hombres y se reunió en la Cisalpina á su colega Livio. Entrambos marcharon contra Asdrubal, que trataba de evitar el combate hasta incorporarse con su hermano. Pero extraviado en su marcha, por la perfidia de sus guías, se encontró con los cónsules junto al Metauro, y peleando valerosamente pereció con casi todo su ejército. Neron volvió á su campamento y arrojó la cabeza

de Asdrubal al campo enemigo. Aníbal no había sabido nada de su marcha.

MAGNANIMIDAD DEL JÓVEN SCIPION. — Entretanto Scipion venía en España á su padre y á su tío, y reparaba todas sus pérdidas. Valor á toda prueba, prudencia nada común, gran firmeza y virtudes suaves inspiraban á él el respeto, la admiración y el amor. Restableció la disciplina con su severidad, espantó á los enemigos por su osadía, y se concilió el amor de los españoles por su justicia.

La suerte de las armas hizo cautiva suya una princesa de extraordinaria hermosura. Según las costumbres de aquel tiempo, el honor de aquella jóven le pertenecía; pero las virtudes no dependen de las preocupaciones, y son eternas como la justicia de Dios. Scipion, vencedor de sus propias pasiones, la devolvió al príncipe Alucio, el cual estaba prometida por esposa. Esta generosidad le valió homenajes mas sinceros, y aliados mas firmes que sus victorias.

TOMA DE CARTAGONOVA Ó CARTAGENA POR EL JÓVEN SCIPION. — Este hábil general, en lugar de seguir un sistema lento y tímido, y de recobrar sucesivamente las plazas perdidas, marchó rápidamente

á Cartago nova, ciudad que se creia inespugnable, se apoderó de ella y destruyó de un solo golpe el centro de las fuerzas enemigas. La superioridad de la caballería numida era el apoyo mas firme de Cartago: Scipion le quitó esta ventaja, ganando por aliado á Masinisa, príncipe numida, el mas distinguido por su valor y experiencia. En fin, consiguió arrojar para siempre á los cartajineses de España y someterla á los romanos. Cuando volvió á Roma, solo tenia veintinueve años; pero el pueblo contó el número de sus azañas y le nombró cónsul. Instalado en esta dignidad, dijo al senado que el único medio de echar á Aníbal de Italia, era llevar la guerra al Africa. Fabio, enemigo de toda resolucion audaz, y quizá demasiado contemporizador en esta ocasion, impugnó veementemente el dictámen del jóven cónsul. El senado, incierto, no sabia decidir entre la osadía afortunada del conquistador de España, y la experiencia del antiguo dictador, y no queriendo admitir ni desechar en aquel momento el parecer de Scipion, se tomó tiempo para deliberar sobre una empresa tan importante, y solamente le dió el mando de Sicilia y el permiso de pasar al

Africa si lo juzgaba conveniente. Scipion, firme en sus planes, pasó á Sicilia, é hizo los preparativos necesarios para la expedicion contra Cartago. En el año 549 de Roma se celebró el nuevo censo, y se vió que á pesar de la guerra, la poblacion se habia aumentado en los últimos cinco años en sesenta y ocho mil ciudadanos. Al mismo tiempo se supo que Scipion, aprovechándose del permiso del senado, habia salido de Lilibea con un ejército numeroso, y derrotado la escuadra cartajinesa, matando á Hannon, jeneral de ella, y tres mil enemigos: que habia desembarcado en Africa y reuniéndose con Masinisa y su caballería numida, terror en otro tiempo, y ya esperanza de los romanos.

Scipion puso inmediatamente sitio á Utica, hoy Biserta. Sifax, que le habia quitado á Masinisa la Numidia, vino á socorrer la plaza con su ejército. Scipion, cuya osadía estaba siempre acompañada de la prudencia, y que reunia al valor de Marcelo la sagacidad de Fabio, dejó su empresa para mejor ocasion, levantó el sitio, y tomó cuarteles de invierno. Al acercarse la primavera volvió sobre Utica, y sabiendo que los enemigos, para defenderse del frio, en lugar de

tiendas tenían barracas cubiertas de esteras, cañas, y maderos secos, disfrazó de esclavos á algunos oficiales y soldados determinados que fueron al campo del enemigo, se dispersaron por él y le pusieron fuego. Los cartajineses y numidas acudieron desordenadamente á apagarlo: llega Scipion con sus legiones, cae sobre los enemigos que estaban sin armas, y los degüella. Cuarenta mil quedaron en el campo de batalla, y seis mil fueron prisioneros. Los restos del ejército se reunieron; pero Scipion, sin darles tiempo de respirar, los atacó de nuevo, y los derrotó completamente. Cartago, aterrada hizo proposiciones de paz; pero como al mismo tiempo envió orden á Anníbal para que pasase al Africa, el senado no las aceptó. Sifax volvió á pelear con Scipion, y fué vencido y hecho prisionero.

Masinisa recobró su reino, y con él á Sofonisba, esposa de Sifax, de la cual estaba enamorado. Casóse con ella; pero como aquella mujer peligrosa, hija de Asdrubal y sobrina de Anníbal, podía inclinar á su nuevo esposo á la alianza con Cartago, Scipion se acercó con su ejército á Numidia, reprendió á Masinisa su debilidad, y á pesar de las súpli-

cas del rey, le declaró que Sofonisba, causada de que Sifax hubiese abandonado la alianza con Roma, era prisionera suya. Masinisa, desesperado, no encontró mas medio para libertar á su esposa de la ignominia, que enviarle una copa de veneno. Sofonisba la aceptó con gratitud, y la bebió sin terror. Scipion, para recompensar la obediencia servil del numida, le confirmó en el trono y dispuso una pompa extraordinaria para su coronación.

BATALLA DE ZAMA.—(A. M. 3803.—A. C. 201.) Anníbal entretanto pasaba al Africa desesperado de la inutilidad de sus triunfos. Antes de embarcarse, puso cerca de un templo de Júpiter una columna, en la cual se gravó en letras griegas y fenicias la historia de sus expediciones: monumento de un fugitivo que fué un nuevo trofeo para el vencedor. Durante la travesía solo hablaba de sus hermanos y de tantos jefes valerosos muertos en la guerra. Este hombre ambicioso, dormido á la sombra de los laureles, despertó bajo la de los cipreses. Al llegar á Cartago examinó las fuerzas de su patria, las estimó insuficientes, y aconsejó la paz; pero entonces era mas difícil hacerla; porque los cartajineses, arrebatados por

La codicia, acababan de violar una tregua hecha con Scipion, apoderándose de una escuadra romana que la tempestad arrojó á la playa de Cartago. Fué necesario pelear, y Annibal se acampó con su ejército delante de los romanos en la llanura de Zama.

Este ilustre jeneral habia conocido demasiado la inconstancia de la fortuna para entregar el destino de su patria al acaso de una sola batalla. Decidido antes de combatir á hacer un esfuerzo para obtener la paz, solicitó y obtuvo una conferencia con Scipion.

ENTREVISTA DE SCIPION Y DE ANNIBAL.—Cuando estos dos grandes hombres se acercaron uno á otro, contemplándose ambos con una sorpresa mezclada de respeto, guardaron por algun tiempo un profundo silencio. Tomando Annibal por último la palabra, le dijo: «¡Cuánto desearía yo que los romanos y los cartajineses no hubiesen jamás intentado estender su dominio, los unos mas allá de la Italia, los otros fuera del Africa! y cuán dichoso hubiera sido el mundo si se hubiesen mantenido en los límites que la naturaleza parece haberles prescrito! Hemos tomado las armas para la Sicilia; después nos hemos disputado el

dominio de la España, y cegados en fin por la fortuna, hemos llevado nuestros furores hasta querernos destruir recíprocamente. Mis tropas han sitiado á Roma, y tú atacas hoy á Cartago. Si todavía es tiempo, aplaquemos la cólera de los dioses; desterremos de nuestros corazones esa funesta envidia que nos ha hecho desear nuestra mútua ruina. Sé por una larga experiencia cuán inconstante es la fortuna y cómo perfida se burla de la prevision de los hombres. Por lo tanto, estoy muy dispuesto á la paz; pero Scipion, temo que tú no tengas los mismos sentimientos. Estás en la flor de tu juventud y rodeado de la ilusion de los triunfos; en España y en Africa la suerte ha colmado todos tus deseos; y hasta el presente ningun revés ha impedido el curso de tus prosperidades. La fuerza de mis razones y el peso de mi ejemplo no te podrán persuadir. Sin embargo, considera cuán poco razonable es contar con los favores de la suerte. Para juzgar sus vicisitudes no tienes que ir á buscar lecciones en lo antiguo: pon los ojos en mí; yo soy aquel Annibal que después de la batalla de Cannas, dueño de la mayor

«parte de la Italia, se presentó
 «bajo los muros de Roma. Allí
 «y en medio de mi campamento
 «deliberaba ya sobre lo que me
 «convendría hacer de tí y de tu
 «patria; y hoy, vuelto al Africa,
 «me veo forzado á tratar con un
 «romano, que va á decidir de mí
 «y de Cartago. Enséñte este e-
 «jemplo á no ensoberbecerte con
 «tus pasados triunfos. Piensa
 «que eres hombre; prefiere el
 «bien seguro al incierto, y sin
 «necesidad no te espongas al pe-
 «ligro que te amenaza. Una vic-
 «toria mas, añadiría poco á tu fa-
 «ma; pero una derrota te roba-
 «ría la gloria. Considera además
 «que este paso que doy es ono-
 «rífico para tí. Con la paz que
 «te propongo, la Sicilia, la Cer-
 «deña y la España que son el ob-
 «jeto de la guerra, quedarán á
 «los romanos. Estos poseerán
 «también todas las islas situadas
 «entre Italia y Africa; nosotros
 «renunciamos á ellas: y creo que
 «estas condiciones, que no nos
 «dan otra ventaja que la seguri-
 «dad para el porvenir, son glo-
 «riosas para tí y para tu repú-
 «blica.»

—«No han sido los romanos,
 «respondió Scipion, sino los car-
 «tajineses los que han comenzado
 «la guerra de Sicilia y de Espa-
 «ña: tú no lo ignoras y los dioses

«lo saben, pues no han favore-
 «cido la agresion sino la defen-
 «sa. No me hacen mis triunfos
 «perder de vista la inconstancia
 «de la fortuna y la incertidum-
 «bre de las cosas humanas. Si
 «antes de mi llegada al Africa,
 «hubieras tú salido de Italia, y
 «nos hubieras propuesto la paz
 «como nos la ofreces ahora, no
 «creo que Roma la hubiera reu-
 «sado; pero hoy que á tu pesar
 «has abandonado la Italia y que
 «nos vemos en Africa dueños del
 «campo, la cosa cambia de aspec-
 «to. A pesar de tus derrotas, ha-
 «bíamos consentido en una espe-
 «cie de tratado: independiente-
 «mente de los artículos que tú
 «proponias, se había decidido
 «que los cartajineses nos devol-
 «verian sin rescate nuestros pri-
 «sioneros; nos entregarían sus
 «bajeles; nos pagarían cinco mil
 «talentos y nos darian rehenes.
 «Tales eran las condiciones con-
 «venidas que enviamos á Ro-
 «ma: Cartago solicitaba su a-
 «dopción; y cuando el senado y
 «el pueblo romano las hubieron
 «aceptado, los cartajineses fal-
 «tan á la palabra, nos engañan
 «y rompen la tregua. En tal
 «circunstancia ¿qué había de
 «hacerse? ¿se debe alestar y
 «recompensar la traición? Tú
 «crees que si Cartago obtiene lo

que pide no olvidará tan gran beneficio; pero lo que pidió y obtuvo como suplicante, no le ha impedido, inspirada por la débil esperanza de tu vuelta, mostrarse como enemiga. Si consintieras en algunas condiciones mas rigurosas, acaso se pudiera negociar algo; y pues reusas aun aquello que anteriormente se habia convenido, se hace inútil toda conferencia. En una palabra: tú y tu patria teneis que rendiros á discrecion, si en tu favor no decide la suerte de las armas.» Scipion no queria rebajar sus pretensiones; y no pudiendo Anníbal decidirse á firmar una paz vergonzosa, se separaron los dos jenerales. Al dia siguiente salieron los ejércitos de sus campamentos y se prepararon á combatir, los cartajineses por su salvacion, los romanos por el imperio del mundo. Nunca se habian visto naciones mas belicosas, ni jefes mas hábiles en presencia uno de otro, ni precio tamaño habia escitado jamás el ardor de los combatientes.

Scipion arregló sus coortes, y recorriéndolas las animaba recordándolas sus azañas. «Soldados, les decia: pensad que la victoria os va á hacer dueños del mundo. Si volveis las espal-

das, la miseria é infamia os esperan; y no tendreis un lugar de refugio en Africa. Un dominio universal, ó una muerte gloriosa es el precio que el cielo nos propone. Un cobarde amor á la vida nos haria perder los mayores bienes, y os entregaria á grandes desgracias. Al marchar al enemigo no penseis sino en la victoria ó en la muerte, ni concibais la esperanza de sobrevivir al combate. Peleemos en esta intelijencia y el triunfo es nuestro.»

Anníbal dispuso tambien en batalla sus cartajineses, y recorriendo toda la línea, les gritaba: «Compañeros: acordaos que hace dieziseite años servimos juntos, y que hemos ganado á los romanos gran número de batallas. Victoriosos en todas, no les habeis dejado esperanza de vencer. En el Trebia habeis batido al padre del que hoy os ataca aquí: no compararé las batallas del Trasimeno y de Cannas con la de hoy. Tened la vista al ejército enemigo, y vereis cómo no ofrecemos mas que una parte débil, de la que entonces tuvimos que combatir: ahora no hay que rechazar mas que á los hijos y á los restos de los que han huido

«cien veces delante de vosotros.
 «No os pido mas que conserveis
 «vuestra gloria, y no perdais de
 «vista vuestra reputacion de in-
 «vencibles.»

Despues de algunas escaramuzas de caballería, arrojó Aníbal los elefantes sobre los romanos. Parte de estos animales, espantados por el sonido de las trompetas, se volvieron, y pusieron el desórden entre los numidas: Masinisa se aprovechó de él para desbaratar el ala izquierda. Los otros elefantes molestaron mucho á los velites, que se retiraron; pero las coortes pusieron en huida á los monstruos. En medio de este tumulto, cayó Lelio sobre la caballería de Cartago y la puso en derrota, á pesar de que la caballería numida y la española infinitamente superior á la de Roma, habia sido una de las principales causas de los triunfos del cartaginés. La infantería romana y la auxiliar de Cartago se mezclaron muy luego. Despues de una larga resistencia triunfó la superioridad de las armas romanas, y los extranjeros, forzados á la retirada, cayeron sobre la tercera línea africana que los rechazó: de modo que fueron muertos por los cartajineses y por los romanos. Los historiadores añaden que los

romanos perdieron solo mil quinientos hombres, y que de los cartajineses murieron veinte mil, y otros tantos quedaron prisioneros. Nosotros creemos que esta inmensa desproporcion entre los muertos de dos ejércitos que peleaban tan encarnizadamente, en una batalla en que se jugaba nada menos que la muerte ó la vida de una nacion, es una de las muchas mentiras en que abunda la historia.

El campamento del enemigo quedó en poder de Scipion. Aníbal volvió á Cartago y dijo al senado que no quedaban mas esperanzas de salud que en la paz. Se hicieron treguas, y Roma envió diez comisarios para que le trataran de acuerdo con Scipion, á quien dió plenos poderes. Concluyóse esta guerra que habia durado diecisiete años bajo las condiciones siguientes: Roma retiró de Africa sus ejércitos: Cartago renunció á la España y á todas las islas del Mediterráneo: devolvió los desertores: se convino en no tener mas que diez buques de guerra: y prometió no hacer la guerra ni en Africa ni fuera de ella, sino con el permiso de Roma: restituyó á Masinisa y á sus aliados todo lo que les habia tomado: se obligó á pagar diez mil talentos en el

espacio de cincuenta años, dando cica reenes; y mientras se ratificó el tratado, fué de cargo suyo mantener el ejército romano. El senado ratificó la paz sin mas alteracion que abreviar los términos de los pagos. Esta segunda guerra púnica duró siete años menos que la primera, y concluyó el año 553 de Roma, 3804 del mundo, 338 despues del establecimiento de la república, 129 despues del incendio de Roma por los galos, y 200 antes de Jesucristo.



CAPITULO VII.

Primera guerra con Filipo, rey de Macedonia. — Batalla de Cinceláha. —
 Adopcion de la ley porcia. — Abolicion de la ley opia. — Acusacion dirigida
 contra Annibal. — Huida de Annibal á Siria. — Embajada de Roma al rey
 de Siria. — Declaracion de guerra. — Batalla de Magnesia. — Acusacion de
 peculado contra Scipion el africano. — Magnanimidad de Tiberio Graco. —
 Segunda guerra de Macedonia. — Consulado de Paulo Emilio. — Batalla de
 Enipéo. — Triunfo de Paulo Emilio en Roma. — Humillacion de los reyes
 y de los pueblos delante de Roma. — Proteccion concedida á los judios. —
 Perfidia de Sulpicio Galba. — Abolicion de las fiestas bacanales. — Epoca del
 poeta Terencio. — Rigidez de Caton el censor.

Roma había salido triunfante de su rival en una guerra que al principio amenazó su propia existencia; pero la victoria, asegurándole el imperio, no le dió la tranquilidad. Nuevas guerras ocuparon sus armas y su ambicion. Los españoles vencidos, pero no sometidos, altivos, valerosos y habitantes de un pais lleno de montañas y asperezas, opusieron una resistencia duradera á los esfuerzos de los vencedores.

En Italia los galos y ligures, impacientes del yugo, tomaban las armas todos los años. Emilio, célebre despues bajo el nombre de Paulo Emilio, subyugó la Liguria. El pretor Furio y los

cónsules Valerio, Cetego, y Marcelo, no pudieron domar á los galos sino despues de muchos años y batallas sangrientas; — en la última pereció toda la nacion de los boyos.

La república romana, dominando en Sicilia, Africa y en el Mediterráneo, probaba á la Europa que la pobreza y la disciplina deben triunfar á la larga de las fuerzas facticias que producen el comercio y la opulencia.

Faltábale todavía que vencer un pueblo temible por su gloria. Los macedonios, desde Alejandro Magno, eran tenidos por invencibles. El terror precedia á su célebre saqueo; las demás nacio-

nes los miraban como maestros en el arte de la guerra: y la lid que empezó entre ellos y los romanos, elevó á lo sumo la gloria militar de Roma, destruyendo el prestigio que aun conservaban los conquistadores del Asia. Además de la ambicion romana, otras causas hacian indispensable esta nueva guerra. Filipo, rey de Macedonia, habia conseguido muchas victorias en Grecia; y obtuvo grande gloria mientras siguió los consejos de Arato, pretor de los aqueos. Pero extraviado por las sujestiones de Demetrio de Faros, hizo alianza con Anníbal para oprimir á Roma: con Antíoco, rey de Siria, para subyugar las ciudades griegas del Asia y someter el Egipto: con el rey de Bitinia para desposeer al de Pérgamo: con los étolos para robar la Grecia. Estas ostilidades dieron aliados á los romanos: los espartanos, atenienses, ilirios, y hasta los mismos étolos se unieron con la república. Los rodios, poderosos en el mar, vejados por Filipo, aumentaron el número de sus enemigos. Roma disimuló sin embargo mientras temió á los cartagineses. Pero despues de la batalla de Zama, declaró la guerra á los macedonios. El cónsul Publio Sulpicio Galba desembarcó

en Iliria con dos legiones y conquistó muchas plazas de Macedonia, al mismo tiempo que una escuadra romana de veintisiete bajeles, reunida con la de Atalo, echaba al enemigo de las Cicladas, y de Eubea, y le obligaba á levantar el sitio de Atenas, que Filipo habia emprendido socolor de vengar una injuria hecha por los atenienses á los acarnanios aliados suyos.

BATALLA DE CINOCEPALAS. — (A. M. 3807.—A. C. 197.) El año siguiente hizo pocos progresos el cónsul Dailio. Sucedióle Tito Quincio Flaminio, que despues de una conferencia inútil con Filipo, forzó los desfiladeros que separan el Epiro de la Tesalia, batió al rey, le obligó á encerrarse en sus estados y sitió á Corinto, declarando que solo queria libertarla de la guarnicion macedonia que la oprimia; con lo cual los aqueos se separaron del partido de Filipo, y los beocios y espartanos se adhirieron á Roma, ganando Quincio mas conquistas con su política que con sus armas. Segun el uso antiguo de Roma, los nuevos cónsules debían suceder á los antiguos en el mando de los ejércitos; pero el interés público, pudo mas que la costumbre, y Flaminio quedó en

Grecia con el título de prótulo.

Filipo, reunidas todas sus fuerzas, tomó posición de Tesalia en las montañas de Cinocéfalas. Esta fué la vez primera que los romanos pelearon con la falange macedonia. La movilidad de las legiones romanas triunfó de aquella masa terrible, y Filipo, vencido con pérdida de trece mil hombres, aceptó la paz á condición de no conservar mas dominios que la Macedonia, entregar toda su escuadra y los prisioneros, y pagar á Roma un tributo anual.

Al mismo tiempo se estipuló que los romanos, hasta estar seguros de las empresas de Antiocho, rey de Siria, ocuparían las ciudades de Cálceis en Eubea, á Demetria en Tesalia y á Corinto en Acaya; tres puntos que Filipo tenía costumbre de llamar las ataduras de la Grecia.

Las condiciones del tratado aun no se conocían, cuando los griegos supieron la derrota de Filipo. Creyeron haber cambiado de dueño; y por lo mismo nada pudo expresar su sorpresa y sus transportes de alegría cuando en medio de los juegos ístmicos, que entonces se celebraban, un heraldo, por orden de Flaminio, exclamó en alta voz: «El senado

y el pueblo romano, y Quincio Flaminio, jeneral de sus ejércitos, despues de haber vencido á Filipo y á los macedonios, libertan de toda guarnicion y de todo impuesto á los corintios, locrios, fóceos, eubeos, aqueos, magnesios, tésalos y perreos; los declaran libres, les conservan todos sus privilegios, y quieren que se gobiernen por sus leyes y sus costumbres.»

Los griegos, en la embriaguez de su alegría, despues de haber oido esta proclama, besaban los vestidos de los romanos, y manifestaban por el escaso servil de su reconocimiento, cuán poco dignos se habían hecho de aquella libertad que solo pueden sentir las almas débiles, y conservarlas las almas valerosas.

Este velo de moderacion con que Roma se cubria y ocultaba sus proyectos, engañó á todos los pueblos y ganó su afecto, de modo que en lugar de oponerse á los conquistadores, sufrieron con alegría el yugo que se presentaba con la forma de apoyo, y creyeron lo que Ciceron decía muchos años despues, á saber: *que los romanos eran mas bien patronos que señores del universo.*

Sin embargo, Esparta y los étolos concibieron bien pronto un justo, pero tardío temor del

poder y designios secretos de sus nuevos protectores. Nabis, tirano de Lacedemonia, quiso recuperar á Argos: los romanos le hicieron la guerra y fué vencido por Flaminio, que hizo la paz con él, porque Roma queria en Esparta un tirano mas bien que instituciones libres. Los étolos acusaron al procónsul por su falta de sinceridad; pero este se disculpó con destreza en la asamblea de los griegos; y asegurado de que sus divisiones intestinas los tendrian siempre dependientes de Roma, volvió con las legiones á Italia y triunfó.

ADOPCION DE LA LEY PORCIA.—Casi al mismo tiempo consiguieron los romanos una gran victoria contra los galos: y creyendo cada ciudadano romano que su propia dignidad debia aumentar en proporcion del poder y de la gloria nacional, un tribuno del pueblo hizo adoptar la famosa ley porcia, que prohibia á los victores, bajo pena de muerte, azotar á un ciudadano romano.

ABOLICION DE LA LEY OPIA.—En los funestos dias en que las victorias de Anníbal amenazaban á Roma con una ruina próxima, la ley opia habia prohibido á las matronas romanas que llevasen mas de media onza de oro en sus adornos, ni ricas telas, ni

se sirviesen de los carros sino en los dias en que iban á los sacrificios públicos.

Mudadas las circunstancias por la evacuacion de Italia y por los triunfos de Roma, las matronas romanas reclamaron la abolicion de la ley del tribuno Opio. Las intrigas habian ganado todos los sufragios menos el del inflexible Catón.

«Si cada uno de nosotros, dijo, supiera hacer respetar la autoridad doméstica, no tendríamos hoy que responder á esta reunion extravagante de mujeres; pero como no hacen caso del poder de los maridos, vienen á la plaza pública á tropellar las leyes. ¿Quién les resistirá estando juntas, cuando hemos cedido á los caprichos de cada una? Nada es tan peligroso como permitir las asambleas é intrigas de las mujeres. Yo cónsul me avergüenzo de tener que atravesar por sus filas para llegar á este tribunal. No les falta mas que retirarse, como el pueblo en otro tiempo, al monte Aventino, para imponernos leyes. Si no hubiera querido escusarles la ignominia pública de recibir las reprehensiones de un cónsul, les hubiera dicho: ¿Os permite vuestro poder correr de ese



«modo por las calles, detener-
 «nos al paso y rogar á hombres
 «que no son de vuestra familia?
 «¿Creeis tener mas influjo con
 «ellos que con vuestros esposos?
 «Si os contriviérais en los lími-
 «tes debidos, ignoraríais lo que
 «pasa en el foro. ¿En dónde es-
 «tamos? La ley proibe á las mu-
 «jeres pleitear sin autorizacion;
 «¡y nosotros las permitimos en-
 «trometerse en el gobierno y as-
 «sistir á nuestras deliberacio-
 «nes! Si hoy cedeis á ellas, ¿á
 «qué no se atreverán en lo su-
 «cesivo? ¿Qué disculpa tiene la
 «actual licencia? ¿qué motivo
 «sus temores y asambleas? ¿Son
 «prisioneros sus hijos y mari-
 «dos? Estamos libres de estas
 «calamidades. ¿Se juntan para
 «alguna solemnidad religiosa?
 «No: la madre Cibeles no viene
 «aora de Frijia. Escuchadlas: os
 «piden la libertad de cubrirse
 «de oro y púrpura, de brillar en
 «carros magníficos, y de triun-
 «far de las leyes.»

«El lujo es el azote destructor
 «de los imperios. Marcelo, tra-
 «yéndose las riquezas de Siracu-
 «sa, introdujo en Roma sus mas
 «peligrosos enemigos. En tiempo
 «de Pirro desecharon las matro-
 «nas los regalos de Cínas: hoy le
 «saldrian á recibir para aceptar-
 «los. El odio de la igualdad es el

«que reclama las distinciones de
 «la opulencia: guardaos de escl-
 «lar esa vana emulacion. Cuan-
 «do la pobreza del marido no le
 «permita satisfacer la vanidad de
 «su esposa, acudirá esta á los de
 «fuera, cuyos sufragios solicita
 «hoy. No corrompais las costum-
 «bres con vuestra debilidad: no
 «derogueis la ley opia.»

Lucio Valerio, defendiendo la
 causa de las matronas, le respon-
 dió: «Las invectivas de Caton
 «contra las matronas romanas
 «son injustas. Yo refutaré una
 «opinion á la cual dá tanto peso
 «el carácter conocido del cónsul.
 «Orador austero, y aun tal vez
 «demasiado duro, tiene sin em-
 «bargo un corazon dulce y hu-
 «mano. No piensa todo lo que
 «dice contra estas mujeres vir-
 «tuosas, que muchas veces ha
 «celebrado mas que yo. Censura
 «la reunion de las matronas;
 «pero yo apelo de Caton á él
 «mismo, que en su libro de los
 «Orígenes alaba en gran manera
 «á las sabias porque termi-
 «naron la guerra de sus padres
 «y de los romanos: las admira
 «cuando fueron á desarmar la
 «ira de Coriolano. Despues de
 «entrados los galos en Roma,
 «¿no se reunieron para dar
 «oro que iba á rescatar nuestra
 «libertad? ¿No llevaron todo su

ordinario, en la última guerra, al
 erario público, ya agotado? Se
 han sacrificado muchas veces
 por nuestros intereses: permítaseles
 ahora defender los suyos.
 Si oímos los ruegos de un es-
 clavo, ¿desecharemos el de las
 matronas mas respetables? El
 cónsul confunde dos clases dis-
 tintas de leyes: las jenerales
 que deben durar siempre, y o-
 tras que cesan con las circuns-
 tancias á que debieron su pro-
 mulgacion. No se dirige un ba-
 jel en tiempo de bonanza como
 en el de tempestad. La ley o-
 pia se publicó cuando Anníbal,
 despues de la batalla de Can-
 nas, estaba á las puertas de
 Roma: cuando la afliccion de
 las matronas era tan grande
 que fué necesario limitar los
 lutos á un mes. ¿Quereis que
 ellas solas queden sin gozar de
 la prosperidad restituida? ¿U-
 saremos de severidad contra
 los inocentes placeres de su a-
 dorno, cuando nos presentamos
 vestidos de púrpura con armas
 y trenes magníficos? ¿Quereis
 que los jaeces de nuestros ca-
 ballos sean mas brillantes que
 los velos de nuestras esposas?
 ¿No es ya Roma el centro del
 imperio? ¿Sufrireis que las mu-
 jeres de los ecuos y latinos pa-
 sen en sus carruajes junto á las

TOMO VIII.

vuestras, que irán á pie? Te-
 neis la autoridad, las majistra-
 turas, los sacerdocios, los triun-
 fos; os adornais con los des-
 pojos del enemigo. Las mu-
 jeres no tienen mas gloria sino
 la de que las ameis, ni otro pla-
 cer sino el de adornarse para a-
 gradaros. Sus deseos son inocen-
 tes, su peticion justa. Sus reu-
 niones no son sediciosas: este
 sexo débil ós está siempre so-
 metido; usad con moderacion de
 vuestro poder. Voto por la dero-
 gacion de la ley.»

El concurso de las mujeres se
 aumentaba, y despues de largos
 debates triunfaron del severo
 Caton, y la ley fué derogada por
 los sufragios de todas las tribus.

Este año, que fué el 558 de Ro-
 ma, el cónsul Valerio derrotó á los
 galos; volvieron á tomar las ar-
 mas y fueron vencidos por Sem-
 pronio, que hizo en ellos un gran
 destrozo. Caton á quien tocó la
 España por provincia, mas feliz
 contra los españoles que contra
 la decadencia de las costumbres
 y el lujo de las matronas, logró
 una victoria señalada cerca de
 Emporio, y tomó muchas plazas.
 Fué envidioso de la gloria ajena
 y poco modesto. Cuando volvió
 á Roma se jactó de haber so-
 metido mas ciudades que dias
 habia empleado en su campaña.

16

El año 559 de Roma se celebró la *primavera sagrada*, ofrecida veinticuatro años antes. Esta ceremonia consistía en sacrificar á Júpiter todos los animales que nacían en aquella estacion.

Los senadores, que poco á poco habian concedido al pueblo tantas prerogativas importantes, ofendieron imprudentemente su vanidad, arrogándose en los juegos públicos sitios distinguidos. Atribuyóse esta innovacion á Scipion el Africano, *príncipe* entonces del senado, y que por esta cualidad votaba el primero. Este leve defecto le robó el amor de la multitud inconstante, borró casi la memoria de sus grandes servicios, y contribuyó á las desgracias que la ingratitude y la injusticia le causaron despues. No tardó en conocer que su crédito disminuía, porque cuando solicitó el consulado para su pariente Scipion Nasica, el pueblo prefirió al hermano de Flaminiño, que gozaba entonces de todo su favor. Scipion Nasica reparó en España la derrota del pretor Dijicio, sucesor de Caton. Los cónsules Minucio y Cornelio Mécula vencieron á los ligures y á los galos.

Una guerra mas importante llamaba la atencion del senado. Antíoco III, rey de Siria, por so-

brenombre el Grande; despues de sometida el Asia, aumentaba sus relaciones en Grecia y daba asilo á Anníbal, fugitivo de Cartago. Reinaba en Egipto Epifanes, cuyos estados habian querido repartirse Antíoco y Filipo de Macedonia. Este, vencido por los romanos, quedó reducido á la impotencia; y para libertarse de Antíoco imploró Epifanes, que era menor, el auxilio del senado: Roma admitió la tutela, y nombró por rejente de aquel reino á un griego llamado Aristómenes. Antíoco se desembarazó de la guerra de Egipto, dando su hija en casamiento á Ptolemeo, y prometiéndole en dote la Palestina. Volvió despues al Asia, se apoderó de Efeso, conquistó el Quersoneso de Tracia, fortificó á Lisimaquia, y sitió á Esmirna y Lampsaco. Estas dos ciudades se pusieron bajo la proteccion de Roma, que empleó inútilmente su influencia para libertarlas de Antíoco, aunque todavía ocultaban su odio bajo las apariencias de la amistad. Roma no queria atacar al señor del Asia antes de haber vencido á los macedonios, y Antíoco esperaba para descubrir los proyectos de su ambicion, que sublevase la Grecia é hiciese tomar las armas á Cartago.

ACUSACION DIRIJIDA CONTRA ANNIBAL DEFENDIDO POR SCIPION.—

Despues de la paz concluida entre Roma y los cartajineses, Annibal, desplegando tantos talentos en los negocios, y tanto jenio en el mando de los ejércitos, restableció el orden en las rentas de Cartago, se opuso vigorosamente á la decadencia de las costumbres, y castigó con severidad á los dilapidadores que fundaban su fortuna sobre la ruina pública. Esta nueva gloria aumentó el número de sus envidiosos y enemigos. En los pueblos corrompidos, brilla la virtud sin ilustrar, y siempre se encuentra en minoría. La faccion enemiga de Annibal se vengó cobardemente de este grande hombre, acusándolo al senado romano de proyectos dirigidos á encender la guerra, y de correspondencias secretas con Antíoco.

Scipion el africano, dió en esta ocasion un nuevo lustre á su fama, defendiendo á Annibal. Su jenerosidad se estrelló contra el antiguo odio y contra la baja envidia de los romanos. El senado envió una embajada á Cartago pidiendo la entrega de Annibal, cuyo nombre solo le inspiraba siempre tanto miedo.

HUIDA DE ANNIBAL A SIRIA.—
Luego que los embajadores lle-

garon al Africa, obtuvieron del gobierno cartajinés lo que deseaban; pero no pudieron apoderarse de su illustre víctima. Informado Annibal del objeto de su mision, se embarcó secretamente por la noche y se dirigió á Tiro, en donde tuvo la acogida que merecian su gloria y su desgracia. De allí fué á la corte de Antíoco; hizo presente á este monarca que los romanos, poderosos en el esterior, eran débiles en Italia; que allí convenia marchar, y que solo se les podia vencer en Roma. Ofreció encargarse de la expedicion pidiendo únicamente para ella cien galeas, diez mil infantes y mil caballos, ínterin Antíoco se dirijiria á Grecia, para seguirle á Italia cuando fuese tiempo. Tambien le aconsejaba se estrechase íntimamente con Filipo.

Este plan tan sabio como atrevido, y digno del jenio de Annibal, deslumbró al principio al rey de Siria; pero Vilio, embajador romano, afectando con destreza conocer mucho á Annibal, consiguió hacerlo sospechoso al monarca. Los cortesanos hicieron temer al rey de Siria la pérdida de su gloria, si la dividia con un héroe cuyo nombre eclipsaria al suyo. Los grandes pensamientos no pueden jermi-

nar y crecer sino en las almas grandes; ■ aquellos llegan á entrar en un espíritu apocado y estrecho, se miran como extranjeros allí, y bien pronto se ven arrojados por pasiones bajas y vulgares. Antíoco, renunciando á la conquista de la Italia, se ocupó solo de la de la Grecia, en donde le llamaban los étolos y le prometían triunfos fáciles.

EMBAJADA DE ROMA AL REY DE SIRIA.—Alarmada Roma con sus proyectos, le envió una embajada para disuadirle de ellos; y como acababa de vencer á Filipo, arrojó la máscara de la moderación y habló al rey de Siria en un tono que solo le permitía elegir entre la guerra y la sumisión. Los embajadores le declararon que si quería vivir en paz con Roma, renunciase al Quersoneso, devolviese la libertad á las ciudades griegas del Asia, y al rey de Egipto las provincias que le tenía usurpadas.

Indignado Antíoco de esta altivez, respondió que al recobrar el Quersoneso no había hecho mas que entrar en la posesión legítima de un estado conquistado por Seleuco, á Lisímaco; que la suerte de las ciudades griegas debía depender de su voluntad y no de la de los romanos; y que Ptolomeo recibiría el dote pro-

melido cuando se efectuase ■ el ■ convenido casamiento; que además aconsejaba á los romanos no se mezclasen mas en los negocios de Oriente, pues que él no se mezclaba en los de Roma. La guerra se declaró: diez mil sirios solamente desembarcaron en la isla de Eubea, porque el rey contaba con Nabis, tirano de Lacedemonia, Filipo y Cartago. Pero Nabis murió, Cartago estaba sin fuerzas, y Filipo se reunió á los romanos. ■ el ejército sirio fué vencido por Manio Acilio Glabrio en el desfiladero de las Termópilas, en donde probó el mismo infortunio que los espartanos, sin manifestar el mismo valor. Antíoco se volvió á Asia. Catón se distinguió tanto en esta batalla, que el cónsul encargándole que llevase á Roma la noticia, le dijo: «Mas servicios habeis hecho á la república, que »beneficios habeis recibido de »ella.» Los rodios batieron la escuadra siria; el cónsul se apoderó de Eubea. Antíoco se creía seguro; pero Aníbal le dijo: «No habeis querido pelear con »los romanos en su país; ahora »tendreis que pelear con ellos »en el Asia y por el Asia.»

BATALLA DE MAGNESIA.—(A. M. 3812.—A. E. 192.) La predicción se verificó. Los cónsules

Lucio Cornelio Scipion y Cayo Lelio, solicitaban entrambos el onor de concluir esta guerra. Lelio consiguió que el senado, con cuyos votos contaba, señalase las provincias en lugar de sacarlas á la suerte. Pero el senado, habiendo prometido á Scipion el Africano acompañar á su hermano en la expedicion, dió á Lucio para provincia la Grecia, con el permiso de pasar al Asia.

Siguiendo el cónsul la prudente política de los romanos, concedió á los étolos una tregua de seis meses, dió esperanzas á Filipo, y consiguió de él todo lo que era necesario para la subsistencia del ejército. Atravesó rápidamente la Macedonia y la Tracia, y llegó al Quersoneso. Antíoco, aterrado, abandonó las costas que hubiera podido defender fácilmente. Sus escuadras fueron batidas, y los romanos pasaron al Asia menor.

Los dos ejércitos se encontraron cerca de Magnesia del Sipilo. El de Antíoco constaba de todas naciones del Oriente, como si hubiesen acudido solo para ser testigos de la victoria de los romanos, que fué pronta y decisiva, y el botín inmenso, sin que les costase mas que trescientos hombres de á pie y veinticinco jinetes. El rey de Siria perdió

cincuenta mil hombres y toda Asia menor. Antíoco envió embajadores al cónsul con una carta en que le decia: «Vuestro triunfo os hace dueños del universo: imitad pues á los dioses, y usad de clemencia con los flacos mortales en vez de enojaros contra ellos.»

Scipion le respondió: «Ni la adversidad nos abate, ni la fortuna nos ensoberbeca. Te proponemos ahora las mismas condiciones que antes de la batalla. Piensa que es mas difícil debilitar las fuerzas de un rey cuando están enteras, que destruirlas cuando ya han descaecido.» Antíoco aceptó la paz: renunció á todos los países al Occidente del Tauro, prometió entregar á Anníbal, que huyó de sus estados, entregó sus escuadras y pagó los gastos de la guerra. El jeneral romano mandó quemar los bajeles sirios.

Después de la derrota de Filipo y de la del rey de Siria, Roma era ya la capital del mundo. A ella acudian los reyes, los príncipes, y los diputados de las repúblicas y ciudades de Grecia, Africa y Asia, á rendir homenajes al senado, de cuyas decisiones dependia la fortuna de todas. Este cuerpo soberano ratificó el tratado, premió los servicios de

Eumenes, rey de Pérgamo, dándole la Licaonia, la Frijia, el Quersoneso y la plaza de Lisimaquia; regaló á los rodios la Licia y una parte de la Caria, y declaró libres las ciudades griegas del Asia: diez comisarios arreglaron las cosas de este país. Estas liberalidades despues de la victoria, servian de velo á la ambicion de la república conquistadora. Los pueblos, libres del despotismo, no veian en sus vencedores sino protectores jenerosos; y el universo se anticipaba á recibir un yugo tan dulce, persuadido que la libertad pública debia esperarlo todo de Roma, y que la tiranía debia temerlo solamente. Jamás hubo un triunfo mas magnífico que el de Lucio Scipion, llamado desde entonces el Asiático. Ostentó á los ojos de los romanos todas las riquezas del Oriente. Si las armas de Roma invadieron el Asia, el lujo y la molicie asiática invadieron la Italia; y de estas dos irrupciones la última fué quizá la mas funesta, pues corrompió las costumbres é hirió de muerte á la virtud, sin la cual no puede ecsistir la libertad.

Manlio, sucesor de Scipion, forzó los pasos de las montañas del Asia menor, en donde estaban establecidos los galos, llama-

dos *galogrecos* ó *galatas*; los batió, conquistó su país y los despojó de los tesoros robados con sus rapiñas á todos los pueblos del Oriente. Mientras que Scipion domaba el Asia, su colega Lelio no hizo mas que contener á los galos y ligures. Los étolos, mas enterados que los otros griegos en las miras ultteriores de Roma, previan que la pérdida de su independendencia seria el fruto de las victorias de Scipion: se rebelaron, mas fueron vencidos por Fabio Nobilior con el auxilio de los epirotas.

En este tiempo hizo el senado un acto de justicia, entregando á los cartajineses dos jóvenes patricios llamados Mirtilo y Manlio, que habian insultado á los embajadores de aquella república.

Los dos Petilios, tribunos del pueblo, incitados, segun se cree, por Caton, acusaron á Scipion el Africano de haberse dejado sobornar por Antíoco, para suavizar á favor de aquel rey las condiciones del tratado. Así la envidia, enemiga eterna de la gloria, redujo al vencedor de Aníbal y de Cartago á presentarse como acusado delante del pueblo. Despues de haber oído las declamaciones de sus adversarios, en vez de justificarse, exclamó: «Tribunos del pueblo,

«ciudadanos todos: hoy es aniversario del día en que vencí á Anníbal: romanos, vamos al Capitolio á dar gracias á los dioses.»

Subió al Capitolio, todo el pueblo le siguió y los tribunos quedaron solos en la plaza con sus aparitores. Poco tiempo después se renovó la acusación; pero Scipion, cansado de tantas injusticias, se retiró á Linterno, donde murió y mandó enterrarse, diciendo: «Patria ingrata: no poseerás ni aun mis huesos.» La amistad unió á sus cenizas las del poeta Ennio, protegido suyo en los días de su gloria, y que no le abandonó en su destierro. Los envidiosos, mordiendo la gloria de este grande hombre, inmortalizaron su propia ignominia.

MAGNANIMIDAD DE TIBERIO GRACO. — Tiberio Graco, aunque enemigo personal de Scipion el Africano, hizo que cesase el proceso dirigido contra él, mas injurioso, decía, al pueblo que al mismo acusado. Este generoso tribuno se asoció á la gloria de aquel héroe y casó con su hija Cornelia, que fué la madre de los célebres Gracos.

Los Petilios, mas irritados que desalentados, pidieron que se restituyese el dinero dado por Antíoco. En virtud de esta ley,

fué condenado á una multa Scipion el Asiático, y de la venta de sus bienes no se pudo sacar la multa que le esijian. Su pobreza le justificó, y desonró á sus acusadores.

La Liguria no tenía mas tesoros que su independencia y sus armas: los cónsules Emilio y Flaminio se las quitaron. Como era necesario tener en pie grandes ejércitos permanentes, temiendo que la ociosidad relajase la disciplina, Roma ocupó sus soldados durante los tiempos de inacción en construir los grandes caminos de Italia, cuya solidez admiramos todavía; y así la tropa romana se conservó por muchos siglos sumisa, infatigable é invencible.

La afluencia de los extranjeros á la capital comenzaba á ser gravosa, y se mandó salir de ella á doce mil latinos que se habían introducido fraudulentamente en el censo. Eumenes y los téolos se quejaron de que Filipo les había quitado algunas plazas. El senado envió á Macedonia comisarios, ante los cuales hubo de comparecer el sucesor del grande Alejandro, y se le condenó á restituir las ciudades: humillación que le obligó á buscar medios para volver á tomar las armas.

El mismo año que murió Scipion (570 de Roma), Aníbal, refugiado en la corte de Prusias, rey de Bitinia, que trataba de entregarle á los romanos, se anticipó á la traicion tomando un veneno (1), y Filopemen, el último héroe de la Grecia, feneció á manos de los mesenios.

Habia entre los aqueos una faccion muy poderosa, la cual no conocia mas ley que las órdenes de Roma, y perseguia á los amantes de su independencia. Calícrates, jefe de este partido, dijo al senado que no tenía mas medio para dominar en Grecia que proteger á los suyos y espantar á sus enemigos. Roma lo hizo así; el número de delatores se multiplicó, y no hubo persona segura en toda la confederacion aquea.

La guerra continuaba siempre en España y en el norte de Italia. Marcelo derrotó un ejército galo que habia pasado los Alpes para establecerse en las cercanías de Aquileya. Los ligures se rebelaron y Paulo Emilio los sometió, haciendo en ellos gran destrozo. Comprimiéronse algunas sediciones en Córcega y Cerdeña. El pretor Fulvio Flaco venció á los

cellíberos, y Manlio á los lusitanos.

Comenzábase á tocar la necesidad de poner freno á los progresos del lujo, y el tribuno Orcio hizo promulgar una ley sumaria.

La guerra de España no se terminaba con victorias sino con el esterminio de la poblacion. El pretor Sempronio Graco ganó cuatro batallas y no pudo someter el pais.

El año 575 de Roma, el cónsul Manlio invadió la Istria. Aquellos pueblos belicosos, mandados por su rey Ebulon, sorprendieron el campamento romano é hicieron huir al cónsul; pero como se entregasen á la intemperancia, Manlio, informado de ello, reunió sus tropas, ataca á los bárbaros, mata á ocho mil y desbarata los demás. El cónsul Claudio, su sucesor, concluyó esta guerra con la toma de Nezarte, capital del pais. Los sitiados, habiendo perdido toda esperanza de defensa, degollaron sus mujeres é hijos á vista de los romanos, y se dieron la muerte sobre sus cadáveres. El rey Ebulon les ofreció el ejemplo de esta atrocidad, dándose de puñaladas.

SEGUNDA GUERRA DE MACEDONIA.

—(A. M. 3831.—A. C. 173.)

Una guerra mas importante ocu-

(1) Véase el tomo VI de esta obra, pág. 78.

pó poco despues la actividad y la ambicion de Roma. Filipo, rey de Macedonia, despues de dar muerte á su hijo lejítimo Demetrio, por las calumnias de Perseo, tambien hijo suyo, pero natural, murió en breve, dejando el trono vacante al fratricida. Como Filipo antes de morir meditaba hacer la guerra á los romanos, habia hecho alianza con los bastarnas, pueblo bárbaro del Boristenes, porque hiciesen una irrupcion en Italia. Los bastarnas, que ya estaban en marcha, sabida la muerte del rey, ocuparon Dardania, cuyos habitantes se quejaron al senado, al mismo tiempo que Perseo manifestaba con respecto á Roma las disposiciones mas pacíficas, sin dejar por eso de agitar contra la república las ciudades griegas de Europa y Asia. El senado, sabedor de sus maquinaciones, le declaró la guerra.

En este tiempo, Antíoco Epifanes, vergonzosamente célebre por sus violencias contra los judios, hacia la guerra á su sobrino Ptolemeo Filometor, rey de Egipto. La Palestina habia sido el primer objeto de sus contestaciones: cuando Antíoco vió á los romanos empeñados en una nueva guerra contra la Macedonia, estendió sus miras hasta el

trono de Egipto, y emprendió su conquista. Prusias guardó la neutralidad entre Perseo y los romanos. Eumenes y Ariarates se dieron buenas trazas y engañaron á los dos partidos. Masinisa proporcionó tropas á Roma; Cotes, rey de Tracia, abrazó la causa del rey de Macedonia; Quincio, rey de Iliria, le ofreció su alianza mediante enormes subsidios.

Perseo, ambicioso pero avaro, valiente por necesidad pero débil por carácter, no supo emplear el tiempo que hubiera podido aprovechar y los tesoros que le dejaba su padre. Algunos triunfos rápidos le hubieran proporcionado aliados; pero negoció en vez de combatir. Los romanos se aprovecharon de esta falta con su actividad ordinaria, y la aproximacion de sus ejércitos hizo que se declarasen en su favor los aqueos, los ródios, los beocios y la mayor parte de los griegos.

La guerra empezó bajo el consulado de Licinio Craso y de Casio Longino. Licinio pasó á Tesalia con un ejército. Perseo, en lugar de marchar contra él, cuando sus tropas estaban fatigadas de la marcha penosa por los desfiladeros del Epiro, le dió tiempo para que descansasen y se

reuniesen á ellas cinco mil hombres que Eumenes, rey de Pérgamo, les enviaba.

Hubo un combate de caballería en que los romanos, abandonados de los étolos, fueron vencidos. La victoria quizá hubiese sido completa, si Perseo hubiese hecho que la falange acometiera; pero se detuvo, y Licinio se retiró sin gran pérdida. Perseo, vencedor, pidió la paz bajo las mismas condiciones que se habían impuesto á su padre después de la derrota de Cinocéfalas. Licinio le respondió orgulosamente que no la lograría sino rindiéndose á discreción. Quincio Marcio, sucesor de Licinio, penetró sin precauciones en Macedonia, y se halló imprudentemente encerrado en medio de las montañas; pero se salvó porque Perseo, poseído de un terror pánico, se retiró á Pídna, y dejó el país abierto al enemigo. A pesar de las faltas del rey, los romanos no hicieron progresos, y aun fueron batidos en algunos reencuentros parciales.

CONSULADO DE PAULO EMILIO.—Previendo el senado, que si la lid se prolongaba, podría reunir contra él los pueblos y los reyes humillados por los triunfos de Roma, conoció la necesidad de elegir un general hábil. Paulo E-

milio, olvidado muchos años por sus conciudadanos, se consolaba de su ingratitude retirado en el campo, entretenido en educar á sus hijos y en cultivar la literatura y la filosofía. Fué nombrado cónsul y se le dió la provincia de Macedonia. Este grande hombre merecía la confianza pública por la severidad de sus virtudes y la estension de sus talentos. Estricto observador de las leyes y amante de las costumbres antiguas, se oponía á las novedades. «Las revoluciones, decía, no empiezan por grandes ataques contra el gobierno, sino con ligeras mudanzas en la observancia de las leyes. Lo que no se respeta, pronto cae.» Por esta razon sostenia rigorosamente en el ejército la disciplina antigua y la práctica de las ceremonias religiosas.

Se vió con sorpresa que un hombre tan virtuoso repudiase á su mujer cuyo mérito elogiaba: «Mirad mi zandalia, dijo, no notareis en ella defecto alguno; mas yo sé donde me hace mal.» Habia tenido dos hijos de su primera mujer: el uno dió á Fabio y el otro á Scipion para que los adoptasen. Este segundo fué Scipion Emiliano, ruina de Cartago y Numancia. Solo conservó consigo los hijos del segundo matri-

monio. El hijo de Catón casó con su hija.

Paulo Emilio, diestro en sus maniobras, entendido en sus planes y rápido en la acción, vió siempre á la fortuna acompañar sus armas. Derrotó muchas veces á los galos, consiguió muchas victorias en España y subyugó á los ligures. Negáronle el segundo consulado merecido por tan gloriosos servicios, y por este desaire estuvo separado catorce años de los negocios. Los peligros públicos le volvieron á recordar; y cuando los romanos quisieron restablecer sus negocios en Macedonia, le nombraron cónsul y tenía ya sesenta años.

Al llegar á su casa de Roma, encontró llorando á su nieta Porcia; y como le preguntase la causa, la niña le respondió abrazándole: «¿No sabes que ha muerto nuestro Perseo?» (Este era el nombre de su perrillo.) Emilio dijo: «Hija mía, yo acepto el vaticinio.» Obligado á arengar al pueblo, según la costumbre, dijo así: «En otro tiempo solicité el consulado por mi propio honor; y hoy me lo dais por vuestra utilidad: nada tengo que agradeceros. Si hallais otro que sea mas capaz, le cederé mi puesto; pero si me juzgais el mas digno, obedecedme, y no comen-

»ceis como siempre, á censurar
»á quien sabe mas que vosotros,
»y á dar consejos á vuestros ma-
»jistrados.» Cuando llegó al ejército, su primer cuidado fué restablecer la disciplina. Buscó después los medios de penetrar en Macedonia, cuyos desfiladeros eran casi intransitables y estaban bien guardados. Fabio Máximo, su hijo, y Scipion Nasica, puestos al frente de dos destacamentos, robaron sus marchas al enemigo, le rodearon y abrieron paso á los romanos. Nasica instaba al cónsul que marchase rápidamente á los macedonios y les diese batalla: el anciano general le respondió: «Si yo tuviese
»tu edad seria tan ardiente como
»tú; pero las victorias que he con-
»seguido y las batallas que he
»visto perder, me han enseñado
»que no se debe llevar la tropa
»al combate sin haberla hecho
»descansar.»

BATALLA DE ENIPEO.—Perseo ocupaba una fuerte posición cerca del mar al pie del monte Olimpo. Los dos ejércitos estaban frente á frente separados por el río Enipeo. La casualidad, según unos, ó un ardid de Paulo Emilio, según otros, aceleró el paso del río y el combate. Una bestia de carga se escapó atravesando las aguas: los macedonios y ro-

manos entran en ellos, los primeros para cojerla, los segundos para recobrarla. Este juego se convirtió pronto en escaramuza, la escaramuza en acción parcial, y esta en batalla. Los romanos, pasado el río, arrollaron con facilidad las tropas ligeras de Perseo y la infantería de sus aliados; pero al llegar á la falange, firme como una muralla impugnable, y erizada de lanzas, todos sus esfuerzos fueron inútiles contra aquella fortaleza animada. Los macedonios, cuyas filas eran impenetrables, clavaron sus lanzas en los escudos de los romanos é inutilizaban las espadas cortas de estos. Sálío, oficial lejionario, enfurecido con la resistencia, tira su estandarte en medio de los enemigos: los romanos se arrojaron sobre la falange, pero en vano; mueren sin penetrar en sus filas. Aquella terrible masa se adelanta ácia los vencidos lenta y ordenadamente, derramando la muerte y el terror, y obliga al enemigo á retirarse. Paulo Emilio, indignado de huir por la vez primera, rompe su cota de armas, reprende á los soldados su cobardía y consigue reunirlos. La falange continuaba marchando: el cónsul advierte que la desigualdad del terreno la desune, y que

pierde en el balanceo de la marcha la fuerza de su masa. Aprovechándose de este momento favorable, divide sus soldados en pequeñas tropas, y les manda que penetren por los intervalos de la falange. Los romanos se precipitan con rapidez sobre los griegos: las coortes entran en los vacíos y desbaratan en un momento aquel cuerpo formidable. No detenidos ya por las picas, peleaban cuerpo á cuerpo: las lanzas en esta lucha eran mas embarazosas que útiles: los macedonios caían sin defensa bajo las espadas cortas y macizas de sus enemigos. Marco Caton, hijo del censor, perdió la suya en el combate. Sus amigos le cubrieron con sus escudos y se arrojaron con él á las filas griegas hasta que le encontraron. La matanza fué tal, que quedaron teñidos de sangre las aguas del Enipeo. Los macedonios perdieron veinticinco mil hombres en esta batalla: la falange quedó casi enteramente destruida. El jóven Scipion no parecia, y Paulo Emilio, á pesar de su victoria, estaba sumergido en una profunda aflicción; pero su hijo volvió á la noche con tres de sus compañeros cubierto de sangre.

Perseo, vencido, arrojó su cota de armas, su ropaje de pú-

pura, y huyó. Llegado á Pela, dió de puñaladas á las dos concubinas suyas porque le echaron en cara sus faltas. Los tiranos, cobardes y crueles, temen mas á la verdad que al enemigo. Paulo Emilio subyugó la Macedonia. Los romanos, siempre supersticiosos, contaban que en el sacrificio que celebró en Anfípolis, el fuego del cielo habia consumido la leña colocada en el altar.

Perseo se refugió á Samotracia: su almirante le robó sus tesoros. Al acercarse los romanos que le perseguian, quiso escaparse por una ventana; mas no pudiendo conseguirlo, se entregó á Octavio y le pidió que lo condujese á la presencia de Paulo Emilio.

El cónsul, viéndole llegar, le salió al encuentro y consoló con lágrimas generosas su infortunio. Pero Perseo no supo hacerlo respetable, pues se arrojó á los pies de Emilio, abrazó sus rodillas, y quiso escitar su compasion á fuerza de bajezas.

El romano, indignado de aquella debilidad, le dijo: «Miserable: cuando debias acusar á la fortuna de tus reveses, ¿abandones con tu cobardía! Veo que mereces tu desgracia y que eres indigno del trono. Casi me

haces avergonzar de mi victoria, porque es poco onorífico vencer á un hombre como tú, tan poco á propósito para combatirnos. Los romanos respetan el valor por reveses que sufra, y desprecian la bajaza aun cuando esté coronada por la fortuna.»

Sin embargo, le levantó del suelo y le hizo custodiar onoríficamente. Luego que se quedó solo con sus amigos, les habló de este modo: «¡Ah! ¡cuán insentado es el hombre si se ensoberbece con su prosperidad, y si cuenta con los favores de la inconstante fortuna! Acabais de ver á mis pies ese rey que poco hace gobernaba un poderoso imperio. No ha muchos dias que este príncipe mandaba un ejército numeroso; un tropel de cortesanos lisongjaban su vanidad: hoy cautivo y solitario, su subsistencia depende de la caridad de sus enemigos. El mundo ha escuchado las alabanzas y omenejes tributados á la memoria de Alejandro el Grande; nosotros en un solo dia acabamos de derribar su trono y su familia. Romanos: aprovechaos de tan gran leccion; rebajad esa altivez que os inspira la victoria; medita en la incertidumbre del porve-

«nir, y esperad con modestia los resultados de una prosperidad, cuya consecuencia ninguno de nosotros puede prever.»

Paulo Emilio hablaba como un filósofo: sin embargo, pasando por Delfos y viendo un pedestal en el cual debía ponerse una estatua de oro de Perseo, mandó que se pudiese la suya, diciendo que era razonable que el vencido cediese su sitio al vencedor. Esta debilidad no refutó su excelente discurso, sino demostró cuán difícil es sobreponerse á los alagos de la fortuna.

TRIUNFO DE PAULO EMILIO EN ROMA.—Vuelto á Roma, recibió el precio de sus azañas. Su magnífico triunfo duró tres días. En el primero pasaron doscientos cincuenta carros cargados de pinturas, estatuas y muebles preciosos: en el segundo otros doscientos cincuenta con armaduras, cuyo brillo, movimiento y ruido, causaban espanto creyendo oír el fragor de las armas de los vencedores de Darío: después se admiraba un gran número de copas magníficas y setecientos cincuenta vasos llenos de monedas de oro y plata. El tercer día desfilaron ciento veinte toros coronados de flores, seguidos de carros, en que venía una copa de oro de diez talen-

tos, consagrada á los dioses, la vajilla del monarca vencido y sus ornamentos reales. Seguían los hijos del rey tendiendo las manos al pueblo como implorando su piedad, y Perseo, vestido de negro con los ojos bajos, en medio de sus principales oficiales, cuyas lágrimas anunciaban la vergüenza y la desesperación. El débil monarca había pedido á Paulo Emilio que se escusase la ignominia del triunfo; el romano, despreciando su cobardía, le respondió: «No me pidas una gracia que está en tu poder.»

Detrás del rey cautivo iban oficiales que llevaban cuatrocientas coronas de oro. Detrás venía Paulo Emilio sentado en el carro de los triunfadores, vestido de una ropa de púrpura listada de oro, y llevando en su mano un ramo de laurel. Los soldados que le rodeaban iban cantando himnos de victoria. Paulo Emilio, compadecido de la desgraciada suerte de Perseo, obtuvo del senado que no se le tuviese preso en la cárcel, y se le pudiese con decencia en una casa particular. Hay mitigaciones para la desgracia, pero no para el oprobio; este no lo pudo sufrir el monarca destronado, y aunque menos infeliz, se dejó morir de hambre. Dos de sus hijos le imitaron;

el tercero, llamado Alejandro, tomó el oficio de carpintero, se instruyó despues en la literatura romana, y pudo obtener la plaza de notario.

Paulo Emilio, que nada reservó para sí de un botín inmenso, llevó al erario tantas riquezas, que el pueblo romano no volvió á pagar tributo alguno hasta la guerra civil entre Antonio y Octavio.

Cuando abdicó el consulado, se le nombró censor, y poco despues murió casi de repente. Su virtud fué tan estimada generalmente que no solo sus conciudadanos, sino tambien los ligures, españoles y macedonios que se hallaban en Roma, á pesar de haber sido sus enemigos, asistieron á sus funerales, y disputaron el honor de llevar su cadáver al sepulcro. Sus victorias le habían servido tan poco para enriquecerse, que la herencia de sus hijos ascendió apenas á la suma de cien mil pesetas.

SUMISION DE LOS REYES Y DE LOS PUEBLOS DELANTE DE ROMA.—

Parace que despues de la conquista de Macedonia todos los pueblos y reyes siguieron el carro triunfal de Paulo Emilio. Enviaron diputados á Roma, unos para hacer protestas de li-

delidad, otros para disculparse de su conducta equívoca.

Los rodios perdieron la Cária y la Licia: mil aqueos fueron deportados á Etruria sin mas delito que el anelo de conservar su libertad: setenta ciudades del Epiro fueron saqueadas, y ciento cincuenta mil epirotas vendidos por esclavos. En Etolia la faccion favorable á los romanos degolló ciento cincuenta ciudadanos distinguidos del partido contrario. En vano se quejaron las familias de las víctimas: el senado, orgulloso con su poder, no creyó que tenia necesidad de ser justo.

La debilidad de los pueblos y la bajeza de los reyes eran causa, y en cierto modo disculpa, de la tiranía de Roma. Casi todas las faltas atribuidas á la tiranía están en el servilismo de las víctimas que la adulan mientras aquella no las ataca, y solo la acusan cuando se ven acometidas.

Prusias, rey de Bitania, se presentó al senado con un gorro de liberto, y llamó á los senadores sus dioses salvadores. «La vergüenza me impide, dice el historiador Polibio, insertar todo el discurso de este cobarde rey.»

El senado se fastidió de las importunas adulaciones de es-

los esclavos coronados; y no queriendo ni recibir á Eumenes ni desobligarle, prohibió por un decreto á todos los reyes hiciesen el viaje á Roma.

PROTECCION CONCEDIDA A LOS JUDIOS. — Al mismo tiempo repartió el reino de Egipto entre Filometor y Fiscon; protejió á los judios rebelados contra Antíoco Epifanes á causa de sus infames persecuciones, hizo con ellos un tratado de alianza, favoreció á un impostor llamado Alejandro Bala, y le auxilió para que usurpase la corona de los Seleucidas. Estos cayeron al fin; pero los partos, mas temibles que ellos, dominaron el Asia y opusieron á la ambicion de Roma una barrera inespugnable.

Lo que prueba mas la sagacidad de Anníbal en aconsejar á Antíoco el Grande que llevase la guerra á Italia, es ver que Roma, tan temible en Africa, Grecia y Asia, no estaba todavía asegurada en su península. Los galos, ligures, etruscos y samnitas sufrían mal el yugo. ¿Qué no habrían hecho protegidos por un poderoso aliado, cuando solos y sin apoyo hicieron tantos esfuerzos para lograr su independencia, que fueron necesarios el exterminio de la nacion de los

boyos y los continuados triunfos de Scipion Nasica para someter la Galia Cisalpina!

Los pretores y procónsules romanos, burlándose de la severidad de los censores, del rigor de los decretos del senado, y despreciando la antigua sencillez de costumbres, á la cual debieron una gloria tan pura los Cincinnatos, los Fabios y los Scipiones, se entregaron á una avidez vergonzosa, oprimieron con vejaciones las provincias conquistadas, y reduciendo á la desesperacion los pueblos vencidos, les dieron valor para rebelarse. Los españoles sobre todo, mas altivos y mas aborrecedores del yugo que los otros pueblos, volvieron á tomar las armas, y vengaron muchas veces sus injurias con la sangre de los opresores.

Los cellíberos destrozaron muchas legiones; y los ejércitos romanos, cercados de enemigos, ni hacían una marcha sin riesgo, ni pasaban un dia sin combate. La juventud de Roma desalentada, no quería alistarse para servir en este país belicoso, donde había tantos enemigos como habitantes. El senado no se atrevía ni á retractar sus órdenes, ni á castigar una desobediencia casi jeneral. El hijo de Paulo Emilio, Scipion

Emiliano, indignado de la cobardía de sus compatriotas, ofreció servir en España en cualquier grado que se le diese. Este ejemplo generoso alentó á los hombres mas tímidos, la vergüenza desterró el miedo, y el alistamiento se hizo con rapidez. Tocó en suerte la provincia de España al cónsul Licinio Láculo. Cuando llegó, el procónsul Marcelo acababa de aceptar una paz poco onrosa, dictada por los celtíberos. No se atrevió á romperla; pero deseando enriquecerse, invadió el país de los vacceos, sin motivo ni autorización. Tomó una de sus plazas, y aunque los defensores habían capitulado, degolló veinte mil de sus habitantes y vendió los demás.

PERFIDIA DE SULPICIO GALBA.—Pasó despues á Lusitania para socorrer al pretor Sulpicio Galba, que había sufrido una derrota, y saqueó horriblemente el país. Lo mismo hizo Galba por su parte. Muchos pueblos, asombrados de tantos destrozos, solicitaron, como único remedio, la paz con Roma. Galba les señaló un lugar para que se reuniesen á jurar la alianza, y cuando su buena fé los hubo puesto en el lazo que les tendia, hizo que sus soldados los cercasen y degollasen.

Este crimen escitó en Roma,

una justa indignacion. Galba, á su vuelta de España, fué citado en juicio ante el pueblo; pero el mucho oro que traia hizo que se le absolviese.

ABOLICION DE LAS FIESTAS BACANALES.—Ya se conoce bien lo que era Roma conquistadora: la corrupcion minaba su virtud, único cimiento sólido de su grandeza. Sus costumbres seguian la depravacion de su política. En el año 567 de Roma, el senado juzgó necesario abolir las fiestas bacanales: consagradas al dios del vino, no habían tenido antiguamente otro objeto que entregarse á la alegría, interrumpir los trabajos con los placeres, y celebrar los dones de la divinidad que presidia á las vendimias. Bajo este pretesto se formó una sociedad infame, que se entregó á la licencia mas desenfrenada, y formó reuniones desonestas de ambos sexos. Ene medio de las tinieblas de la noche, á la luz de las antorchas cometian crímenes horrendos: muchos ciudadanos distinguidos desaparecieron: otros murieron envenenados: se insultaba el honor de las matronas. Para cubrir estas maldades y aogar los gritos de las víctimas, apagaban las teas, daban grandes aullidos y tocaban trompetas.

Reveláronse todas estas iniquidades al senado. El cónsul Postumio, encargado de la causa, halló que estaban complicadas en ella nada menos que siete mil personas de uno y otro sexo. Los que fueron presos pagaron su delito en el suplicio: otros se anticiparon al castigo con el destierro ó el suicidio.

La experiencia de los desastres causados por las enfermedades contagiosas, no enseñaba á los romanos las precauciones necesarias para impedirlos. El año 578 de Roma hizo la peste tantos estragos en la ciudad, que segun dice Tito Livio, los cadáveres se quedaban amontonados en las calles. Sin embargo, la poblacion crecia, y con ella el lujo y las artes.

EPOCA DEL POETA TERENCEIO.— El poeta Terencio, que comenzaba entonces á brillar en la capital del mundo, amigo de Lelio y de Scipion, fué el primero que hizo conocer á los romanos la perfeccion del estilo. Su primer comedia se representó un año despues de la conquista de Macedonia. Antes de él habia merecido Plauto por su afluencia cómica los sufragios del pueblo, y se habia erijido una estatua al poeta Ennio. La vanidad de muchos particulares llenó la ciudad

de los monumentos que se erijian á sí mismos. Los censores Scipion Nasica y Popilio Lenate, mandaron quitar todas las estatuas erijidas sin la aprobacion del senado. Este Popilio Lenate, fué el mismo que ordenó á Antíoco Epifanes, responder antes de salir del círculo que le habia trazado con el báculo.

El año 596 de Roma, los dálmatas, dependientes de Iliria, se proclamaron libres é hicieron incursiones en los paises vecinos aliados de la república. El senado pidió satisfaccion, no la obtuvo, y les declaró la guerra.

El cónsul Marcio Figulo, vencido al principio por estos bárbaros, reparó su derrota con algunos combates ventajosos. Scipion Nasica, su sucesor, terminó la guerra, apoderándose de la capital de Dalmacia, y reusó modestamente el triunfo que el senado le decretaba, y el título de *imperator* (jeneral victorioso) que las lejiones querian darle.

RIJIDEZ DE CATON EL CENSOR.— Caton el censor, cuya rijidez se aumentaba con la edad, se mostraba siempre enemigo implacable de toda innovacion, sin exceptuar las que eran útiles é inevitables. Oponiéndose á los progresos de las luces, como á los del lujo, pronunció en el senado

un discurso veemente para que se echase de Roma á Carnéades, Crisólao y Diógenes, filósofos y oradores célebres, enviados por Atenas á una negociacion. Quiso además desterrar á los médicos, diciendo que afeminaban al hombre socolor de cuidar de su salud. Como los hombres sienten mas la necesidad de curar

sus dolencias que sus humores, la filosofia fué desterrada; pero la medicina triunfó de Caton.

Al fin del siglo VI de Roma, llevaron las lejiones sus armas por la primera vez mas allá de los Alpes, y vencieron á un pueblo galo, ligur de orijen, que habia acometido á Masilia, aliada constante de la república.



CAPITULO VIII.

TERCERA GUERRA PUNICA.

Causa de esta guerra.—Embajada de Caton al Africa.—Declaracion de guerra á Cartago.—Embajada de Cartago á Roma.—Desarme de Cartago.—Nueva guerra de Macedonia.—Nueva guerra en Grecia.—Vuelta de Scipion Emiliano á Roma.—Sitio, toma y destruccion de Cartago.—Cobardía de Androbal y valor de su mujer.

CAUSA DE ESTA GUERRA.—(A. M. 3853.—A. C. 151.) Un objeto mas importante fijaba la atencion del mundo. La paz, que habia existido cincuenta años entre Roma y Cartago, se rompió. La inejecucion del tratado sirvió de pretexto á esta nueva guerra, cuyo objeto era la ruina total de Cartago. Se habia estipulado en la paz que esta república restituiria á Masinisa todas las posesiones que le habia quitado. El numida, contando con la parcialidad del juez y la debilidad del enemigo, escujo mas de lo que le tocaba, y se apoderó de Leptina. Cartago se quejó á Roma, y los emisarios del senado en Africa, siendo Caton el principal de ellos, lejos de hacer

justicia, aconsejaron la ruina de Cartago. Caton, á su vuelta á Roma, envidioso de un héroe como Scipion, cuya superioridad no podia tolerar, habló de las riquezas que conservaba Cartago, de la belleza de sus puertos, de la fuerza de sus buques, del número imponente de sus soldados; y la necesidad de consumir la ruina de esta ciudad rival le parecia tan evidente, que como hemos dicho, al concluir todos sus discursos sobre cualquiera materia que fuese, terminaba con esta frase: «Es menester destruir á Cartago.»

Scipion Nasica se oponia con veemencia á tan inicuo dictámen: aunque no se elevó este romano á la celebridad de los otros Sci-

piones, adquirió una gloria mas pura y menos comun; pues fué declarado en una ocasion por el senado y el pueblo el hombre mas onrado de la república. Decia que para conservar en Roma la fuerza de las leyes y las costumbres, no se debia destruir sino antes sostener la única potencia capaz de escitar la emulacion; y en fin, que si deseaba contener los progresos de la corrupcion, era necesario renunciar al espíritu de conquista. El parecer de Caton, que favorecia las pasiones, fué preferido á la razon y á la justicia. Cartago, atacada por Masinisa y no protegida por Roma, trató de defenderse. Fué vencida por el rey de Numidia, y Roma le declaró la guerra por haber atacado á un príncipe aliado de la república. Los cónsules embarcaron las legiones y se dirijieron al Africa. Despues de su salida de Roma, llegaron á esta ciudad embajadores de Cartago, y declararon al senado que la república se sometia á la discreccion del pueblo romano. Se les ofreció que conservarían sus leyes, tierras y libertad si enviaban trescientos rehenes á Lilibea, y hacian todo lo que les mandasen los cónsules. Esta respuesta artificiosa, indigna de un gobierno fuerte, no

hablaba sino de *libertad, leyes y tierras*; y no se espresaba la conservacion de las ciudades, porque la destruccion de Cartago estaba decidida.

■ cónsul Marcio Censorino recibió los embajadores en Lilibea (ó Lilibeo), y les dijo que les responderia en Utica, donde desembarcó poco despues con ochenta mil hombres. Utica, temerosa, abandonó á Cartago y se rindió.

DESARME DE CARTAGO. — Presentáronse allí los majistrados de la infeliz república, y se les mandó entregar todas las armas, elefantes y máquinas de guerra. Esta orden rigurosa, esparció ■ consternacion, y sin embargo obedecieron. Cuando el cónsul se vió dueño de todos los medios de defensa de sus enemigos, les dijo: «Alabo vuestra pronta obediencia; sabed aora la voluntad del senado y pueblo romano: os ordenan que abandoneis á Cartago y os establezcáis en cualquiera paraje con tal que sea á diez millas de la costa.»

El enemigo mas débil se hace temible cuando le reducen á la desesperacion. El esceso de la desgracia resucitó el valor de los cartajineses; el amor de la patria reunió las facciones: treinta mil desterrados amenazaban en-

tonces á Cartago; esta los llamó, y dió el mando de sus tropas á su jefe Amílcar. La rabia forjó armas, la industria creó máquinas, y hasta los cabellos de las mujeres proporcionaron cuerdas; —desde el niño hasta el anciano todos fueron soldados.

El cónsul no esperaba ninguna resistencia. Creyéndose seguro del triunfo de su perfidia, no había estrechado sus operaciones; y cuando por último marchó contra unos esclavos que miraba como sumisos, encontró enemigos intrépidos y una nación en pie y sobre las armas. Rechazado en muchos asaltos, se vió atacado en sus mismos cuarteles. Asdrubal, jeneral cartaginés, quemó la escuadra romana, y la peste introducida en el campo de los cónsules aumentó la pérdida y la indisciplina de las tropas.

NUOVA GUERRA EN MACEDONIA. —Al mismo tiempo que Roma encontraba en Africa ostáculos imprevistos, un jóven aventurero se apoderaba de Macedonia, que desde la conquista se gobernaba republicanamente y por sus propias leyes. Este impostor, llamado Andrisko, se fingió hijo de Perseo. Fué preso al principio, pero logró escaparse y se refugió en Tracia, de donde vol-

viendo á Macedonia, fué reconocido y elevado al trono. Justificó esta eleccion por el valor que mostró en la conquista de Tesalia; y venció las legiones enviadas contra él, con muerte del jeneral romano.

Al mismo tiempo el senado, para humillar á los aqueos, favoreció á los espartanos que querian separarse de la liga. Los aqueos, irritados, insultaron en Corinto á los diputados de Esparta y amenazaron á los de Roma. La república, que hacia la guerra en España, Africa y Macedonia, creyó que debía disimular por entonces su ira, y entró en negociacion. Pero la liga creyó que esta prudencia era docilidad. Dico, jefe de ella, respondió á Metélo, que entonces sosegaba la Macedonia, que *para ser libre, basta querer serlo*; como si la Grecia corrompida y destrozada por facciones, pudiese tener la voluntad firme, que ■ necesaria para conservar la libertad.

Metélo marchó contra él, desconcertó sus tropas al primer choque, y las puso en derrota. Dico, desalentado por este revés, fué á Megalópolis y se mató después de haber degollado á su mujer y á sus hijos.

Los aqueos abandonaron á Corinto, cuya ecsistencia estaba de-

fendida por una débil guarnición, con un valor digno de mejor fortuna. Mummio, que acababa de suceder á Metélo, atrajo los enemigos á un lazo, los derrotó, les cortó la retirada, entró en Corinto, asesinó á los habitantes, vendió á las mujeres y niños, robó los vasos, las estatuas y los cuadros, y entregó la ciudad á las llamas. La libertad griega pereció con Corinto, y la Grecia fué reducida á provincia romana, bajo el nombre de Acaya.

El cónsul Calpurnio Pison, que sucedió á Censorino en el sitio de Cartago, no mostró mas talento ni adelantó mas que sus antecesores. La esperanza de Cartago renacia con sus fuerzas: su escuadra era ya formidable, y los reyes de Oriente le prometían su alianza. Roma comenzó á recelar con fundamento, y dió el consulado á Scipion Emiliano, que había militado en Grecia, España y Africa, siendo el primero en subir al asalto, y cuyo valor y vigilancia acababa de libertar el campamento del cónsul, atacado por el jeneral cartaginés Faneas. El hijo de Paulo Emilio, adoptado por el vencedor de Anníbal, pedía modestamente la edilidad. La confianza pública, fundada en su mérito y no en su edad, le dió el

consulado, y le asignó la provincia de Africa sin sacarla á la suerte.

Apenas llegó al ejército, se ocupó en reparar sus pérdidas y en restablecer la disciplina. Marchando en seguida rápidamente contra el ejército africano, lo destruyó casi del todo: destruyó la escuadra cartojinica en un combate naval, estrechó la plaza, y dió un asalto que duró seis dias y seis noches; la tomó y la arrasó. La ciudadela capituló, y sus defensores se dispersaron por el campo. Los desterrados y refugiados que no esperaban clemencia alguna, se abrasaron con el templo que les servía de refugio. Unicamente se rindió su jefe Asdrubal, y mientras pedía de rodillas la conservacion de una existencia adquirida á costa del honor, oyó las maldiciones de su mujer, que despues de haberle echado en cara su cobardía, se arrojó á las llamas con sus hijos, y pereció á la vista de un esposo tan poco digno de ella y de Cartago.

El senado prohibió con orribles imprecaciones la reedificacion de Cartago. Su territorio fué cedido á los ciudadanos de Utica. Masinisa y Caton, que habían muerto antes, no pudieron gozarse en la ruina de su enemi-

ga. Masinisa habia encargado á	tiempo, el año 3859 del mundo,
Scipion la tutela de Micipsa, su	145 A. C., 607 de Roma, 362
hijo y sucesor. Cartago y Corin-	despues de la espulsion de los
to perecieron casi á un mismo	Tarquinos.



CAPITULO IX.

LOS GRACOS.

Decadencia de la república. — Revolucion de Viriato en Lusitania. — Muerte de Viriato. — Guerra de Numancia. — Sedicion escitada en Roma por los Gracos. — Retrato de Cornelia, madre de los Gracos. — Retrato de los Gracos. — Tribunado de Tiberio Graco. — Su proposicion de dos edictos. — Firmeza de Tiberio Graco. — Deposition del tribuno Octavio. — Término del tribunado de Graco. — Su muerte y la de trescientas personas. — Rebelion de los esclavos en Sicilia. — Cayo Graco, tribuno. — Poder de Cayo Graco. — Fundacion de la nueva Cartago. — Muerte de Cayo Graco.

DECADENCIA DE LA REPUBLICA. — (A. M. 3856. — A. C. 148. — De Roma 609.) Roma, victoriosa en Europa y en Africa, vió triunfar en sus muros á un mismo tiempo á Scipion el segundo Africano, á Metelo el Macedónico, y á Mummio el Acaico; mas no pudo resistir á la embriaguez ordinaria que causa la prosperidad en los hombres, por grandes que sean. ¿Y qué virtud podría libertar del orgullo á tantos ciudadanos ilustrados por triunfos, á tantos guerreros adornados de coronas cívicas y murales; nobles premios de las acciones heroicas, y cargados de los ricos despojos del mundo; y

en fin, á tantos senadores y varones consulares, que todos habian ganado batallas, tomado plazas, subyugado naciones, y visto reyes á sus plantas? La reunion de los vencedores de Europa, Asia y Africa, la celebridad de sus azañas, los homenajes de los pueblos y reyes, y los ricos tributos que les enviaban todos los príncipes, debian escitar el orgullo de los romanos, aturdir su razon y desterrar hasta las últimas memorias de la austera virtud, y de la antigua simplicidad de los hermosos dias de la república. La mejor época de la historia romana comienza despues de la invasion de Pirro, cuando las cos-

tumbres dejaron de ser agrestes y selváticas, sin perder su pureza, y acabó con la tercer guerra púnica. Mientras los romanos vieron en peligro su existencia, sometidos á los principios de la religion y á las reglas de la justicia, confundieron siempre el interés privado con el jeneral. Entonces este pueblo asombroso, fuerte y apasionado como una faccion, segun dice Montesquieu, é invencible por su concordia, debió inspirar admiracion y miedo. Pero destruida Cartago, quebrantada España, sometida Italia, subyugada Grecia y amenazada el Asia, libertaron al pueblo romano de todo temor y no conoció freno ninguno para sus pasiones. Rotos los diques, el torrente superó sus ribazos. Los ciudadanos que habian peleado tantos años para defenderse y despues para conquistar, no emplearon ya sus armas sino en disputarse unos á otros los frutos de la conquista y los goces de la dominacion. En vano algunos hombres virtuosos quisieron oponer al lujo la fuerza de las costumbres, á la ambicion el amor de la patria, y á la violencia la justicia: su voz se perdió entre el tumulto de las pasiones.

Roma va á presentarnos un

nuevo espectáculo. No veremos ya las palmas de la gloria sobre el arado de Cincinnato. La modestia y la pobreza no embellecerán los triunfos de los Fabios y Emilianos: los cónsules y dictadores no podrán oponer el ascendiente de sus virtudes republicanas á la licencia del pueblo, al orgullo de los magnates. La fuerza ocupará el lugar de la justicia, y la opulencia recibirá los inciensoes tributados antes á la libertad. Dejamos ya aquel senado, lleno de sábios y de héroes, que Cíneas comparaba á un consejo de reyes, y vamos á contar las querellas sangrientas de los nuevos señores del mundo, devorados de ambicion y codicia, crueles y voluptuosos á un mismo tiempo, que destrozaban el seno de la patria por satisfacer la sed del oro, y obligaban á las lecciones y al mundo á pelear por la eleccion de su tirano. Pero la corrupcion, aunque rápida, procedió por grados. Al principio no se violaron las leyes sino por ambicion; y la ambicion conserva aun las apariencias de la verdadera gloria. Pero cuando holladas las antiguas leyes y costumbres, los próceres enriquecidos con el saqueo y ruinas de las provincias, habitaron palacios grandes como ciudades, hicie-

ron cultivar sus tierras con legiones de esclaves, y poseyeron tesoros mas ricos que los de los monarcas; entences la avaricia, pasión la mas vil y funesta, dominó los ánimos, y se sacrificó la justicia, las costumbres, y la patria al villano deseo de enriquecerse. Ni hubo libertad ni virtudes: todo fué venal. Los hombres se hacian facciosos para ser ricos; y en llegando á serlo, corrompian á los pobres para conservar el poder y la opulencia. Ya no servian al estado, sino á un partido, y la caída de la república era inevitable. A las sediciones de los Gracos, debian seguirse las proscripciones de Mário y Sila, y la tiranía de este preparaba la dictadura de César y el imperio de Augusto.

Sin embargo, en estos dias de decadencia brillaron todavia algunas virtudes que luchaban contra el vicio triunfante, y muchos hombres célebres por sus talentos, valor y azañas: ¡felices si hubieran consagrado tan altas cualidades á la salvacion de la patria, que ilustraron con su heroismo y que destrozaron con sus disensiones! Mas ya era imposible volver al orden y á la libertad, porque la perversion de las costumbres oponia un obstáculo insuperable.

Las causas del engrandecimiento de los romanos estaban mas bien en sus hábitos que en sus instituciones, y la corrupcion lo destruyó todo. Condillac observa con mucha razon que nada habia fijo en el gobierno de Roma. Los derechos del pueblo y del senado eran inciertos y expuestos á contestaciones, y los poderes estaban distribuidos sin exactitud: los censores, los tribunos y los cónsules, ejercian alternativamente una autoridad casi arbitraria: solia nombrarse un dictador para eludir las leyes; pero la sencillez de las costumbres, la templanza, el desinterés y el amor de la patria suplían la falta de las leyes políticas; y hasta las disensiones de las clases, sosteniendo una emulacion saludable, fortificaban la república en vez de trastornarla. Todo, hasta la virtud, estaba en los hábitos. No se puede suponer que un cuerpo numeroso conservase por cinco siglos un mismo espíritu. Se debe, pues, atribuir el engrandecimiento de Roma á la casualidad que obligó al principio á adoptar un plan, el cual se siguió despues por costumbre.

En los primeros tiempos los romanos, débiles y rodeados de enemigos, se vieron obligados

para aumentar sus medios de defensa á hacer alianza con los vencidos. Empleando despues el mismo sistema, se sirvieron de los latinos y de los hérnicos para subyugar á los volscos y á los etruscos. Apenas fué reconocida la utilidad de su alianza, todos los pueblos la solicitaron. Sagunto la imploró contra Cartago, Masilia contra los galos, los étolos contra Filipo, los ejipcios contra los Selencidas. Esto fué lo que aumentó el poder del pueblo dominante. Se le habiera temido como conquistador: se le recibió como protector.

Los romanos dejaban á las ciudades sus leyes, y á los monarcas sus tronos: llamados constantemente al socorro de un pueblo contra una facción, de un príncipe contra sus concurrentes, gobernaron mas bien como jueces y patronos que como señores; y su poder estaba sólidamente establecido, cuando seguros de su fuerza, dejaron de disimularla.

La legislación política de Roma habia continuamente variado sin perjuicio de la libertad. Esta fué destruída apenas el lujo cambió las costumbres; porque el gobierno habia seguido una rutina mas bien que un plan.

REVOLUCION DE VIRIATO EN LUSITANIA. — (A. M. 3857. — A. C. 147.) El primer pais donde la avaricia romana buscó una rica presa é inmoló numerosas víctimas, fué la España. Los fieros habitantes de este pais, rebeldes contra la codicia é injusticia de los procónsules y de los pretores, se defendian con un valor digno de mejor fortuna. España, talada durante setenta y cuatro años, muchas veces vencida, algunas vencedora, no habia estado nunca enteramente sometida. Algunos años antes de la ruina de Cartago, un pastor llamado Viriato (1), habiendo reunido bajo sus órdenes algunos vagabundos y ladrones, ennoblecíó este ejército sublevando la Lusitania y combatiendo por la independencia de su patria. Fabio Máximo, hermano de Scipion é hijo de Paulo Emilio, obtuvo al principio alguna superioridad sobre él, mas no supo aprovecharla. Viriato aumentó sus fuerzas, disciplinó sus tropas,

(1) *Cum quatuordecim annos Hispaniae contra Romanos movisset, pastor primò fuit, mox latronum dux, postremo tamen ad bellum populos concitavit, ut assertor contra Romanos Hispaniae putaretur.* EUTROPIUS, *Hist. rom. lib. 4.*

gadó muchas victorias, y el cónsul, obligado á tratar de igual á igual con un gañan, le concedió una paz onerosa.

MUERTE DE VIRIATO. — El senado, que comenzaba ya á no respetar la justicia, autorizó á Cepion, sucesor de Fabio, para romper este tratado. La guerra volvió á comenzar, y el jeneral romano, que no habia podido vencer al valiente lusitano, sobornó sus embajadores para que le diesen muerte en su mismo lecho.

GUERRA DE NUMANCIA. — (A. M. 3859.—A. C. 145.) El pueblo de Numancia, firme y belicoso, fué acometido por los romanos con el pretexto de que habia dado la ospitalidad á los refugiados de otras ciudades conquistadas por Roma. Los numantinos, despues de haber vencido á Quinto Pompeyo, acometieron al cónsul Mancino, lo derrotaron, tomaron su campamento, y hubieron aniquilado su ejército á no ser por la intrepidez y talento de Tiberio Graco. Este jóven guerrero, que habia adquirido ya mucha celebridad, habiendo sido el primero que subió á las murallas de Cartago, cubrió la retirada de Mancino, y salvó las reliquias de las legiones, haciendo con Numancia un

tratado que el cónsul firmó.

El senado no ratificó esta paz, y á pesar de las representaciones de muchos romanos que declararon haberse salvado por ella, la rompió, y Mancino, cargado de cadenas fué entregado á los numantinos. Esta sentencia recayó solo sobre él, porque el favor del pueblo salvó á Graco y á los demás oficiales que habian intervenido en la capitulacion. El ejército romano, mandado por Furio, venció á los lusitanos y calaicos; pero fué vencido por los numantinos. Lépido, su sucesor, sin mas causa que el ansia del botin, atacó á los vacceos que habitaban el pais que hoy se llama reino de Leon, los cuales rechazaron valerosamente esta agresion injusta, derrotaron las legiones, y las desanimaron de tal manera que desde este momento el nombre solo de los españoles les infundia temor. Los alistamientos para España se hacian con dificultad, y los senadores aspiraban á mandar en esta provincia solo por saciar su avidez. Dos cónsules solicitaban venir á ella, el uno avaro y el otro pobre. Scipion se opuso al nombramiento de entrambos, diciendo «que el uno era demasiado rico, y que el otro no lo era bastante.»

El buen suceso de los insurgentes aumentaba su audacia, y el ejército romano perdía á un mismo tiempo sus conquistas, su valor y disciplina. En estas circunstancias críticas, el senado recurrió al talento de Scipion el segundo Africano. Elejido cónsul segunda vez, pasó á España, reunió las tropas, restableció el orden en ellas, evitó los ataques decisivos, y redujo la guerra á acciones de puestos, en las cuales se reanimó el valor y la confianza del soldado con victorias parciales.

Marchó despues contra Numancia y la sitió; mas no quiso arriesgar ningun asalto, porque los españoles estaban aguerridos y se mostraban mas intrépidos que los romanos. Limitóse pues á defender sus líneas y á rechazar las salidas de la guarnicion, se apoderó de todas las avenidas, y bloqueó exactamente la ciudad.

Los numantinos, reducidos en breve á la mas espantosa miseria, pidieron una paz onorífica. Scipion quiso que se rindiesen á discrecion. No se avinieron á ello, y pidieron por último favor que se les diese batalla para morir como esforzados. Negado esto tambien, su consternacion se trocó en desesperacion. Salieron todos de sus murallas y se pre-

cipitaron sobre las trincheras con tal furia, que, á pesar de la fuerza de su posicion, Scipion tuvo necesidad de todo su valor y talento para rechazarlos. En fin, despues de quince meses de una resistencia ostinada, los numantinos, privados de todo socorro y esperanza, pusieron fuego á la ciudad y perecieron con todas las riquezas en el incendio. No quedó rastro de este famoso pueblo, que Bossuet llama *el terror segundo de los romanos*. Estaba situado en lo que hoy es Castilla la Vieja, cerca de Soria (1). En el triunfo de Scipion no se presentaron mas que cincuenta numantinos. Su ruina fué el año 621 de Roma.

SEDICION ESCITADA EN ROMA POR LOS GRACOS.—Las querellas entre el senado y el pueblo se habian suspendido por las guerras extranjeras; pero el principio que las habia escitado subsistia aun; y aunque los plebeyos hubiesen conseguido grandes ventajas, aunque los dos cónsu-

(1) Hoy se está tratando con bastante empeño por las autoridades y los hombres amantes de las cosas españolas, de elevar un monumento en el mismo sitio, para recordar onrosamente aquel hecho memorable y llevarlo á la posteridad mas remota.

las se sacasen muchas veces de su orden, el bajo pueblo no era menos digno de compasion. Una prodijiosa desigualdad de fortuna rompió el equilibrio entre los ciudadanos; las riquezas de unos aumentaban la pobreza de otros; y el mal crecía á medida que la opulencia irritaba las pasiones. Roma, subyugando al mundo, habia llegado al punto fatal en que las costumbres no pudiéndose ya sostener, deben los vicios forzar todas las barreras, y minar los fundamentos del estado.

Dos hermanos, Tiberio y Cayo Graco, célebres por su valor, talento, elocuencia é infortunios, abrazaron la causa popular, excitaron grandes turbaciones en su patria, dieron mucho esplendor á su nombre, y presentaron al mundo un triste ejemplo de las vicisitudes de la fortuna, del peligro de las facciones, del espíritu vengativo de los grandes y de lo poco que se puede confiar en el favor de la muchedumbre.

Eran nietos de Scipion el primer Africano y cuñados del segundo, que habia casado con una hermana de ellos. Cornelia, su madre, fué tan célebre por sus virtudes como su padre y sus hijos por sus acciones. Cuando quedó viuda de Sempronio Gra-

co, Ptolomeo, rey de Egipto, le ofreció su cetro y su mano. Pero su altivez le hacia mirar el trono con desprecio, porque en aquella época los ciudadanos romanos se creian superiores á los reyes. Cornelia hallaba su gloria en la virtud, y su placer en el cumplimiento de los deberes: despreciaba el lujo de las matronas, y les decia que «sus mejores joyas eran sus hijos (1).» La educacion que les dió los elevó sobre sus conciudadanos, fortificó su alma y desenvolvió sus talentos; pero al mismo tiempo les inspiró la fuerza, la osadía y el ardor que los arruñaron, y aun se cuenta que los incitó á ser facciosos, diciéndoles: «Todos me llaman la suegra de Scipion: ¿cuándo tendreis bastante gloria y poder para que me lla-

(1) Refiérese que un día fué una matrona romana muy compuesta á hacer una visita á Cornelia. Esta estaba vestida con suma sencillez; y la otra venia cubierta de alajas. «Enéllame las tuyas, le decia á Cornelia.» — «Espera» le contestó esta. A poco entraron sus hijos de la academia con sus tablas y stilos; y volviéndose á la matrona la dijo: «Estas son mis alajas.» La dama romana se fué avergonzada, pues siendo estéril y estando mal vista la esterilidad en la república, conoció todo el sarcasmo de Cornelia.

«men la madre de los Gracos,
»*Cornelia, mater Gracchorum?*»

RETRATO DE LOS GRACOS.—Tiberio, adornado con todos los dones de la naturaleza y de la fortuna, hechizaba la vista por su rara hermosura: era querido de los soldados por su valor, y admirado de sus conciudadanos por su elocuencia: sus brillantes azañas lo habían hecho ilustre en Africa y España, y los lazos de la sangre y de la amistad le unían con los personajes mas distinguidos de la república. Era natural pues que se uniese al partido de los grandes; pero como el senado no quiso ratificar el tratado que había hecho con Numancia para salvar el ejército, la sentencia injusta dada contra Mancino su jeneral, y la censura ignominiosa que recayó sobre él, le irritaron contra los senadores y le obligaron á entrar en el partido popular.

Por grandes que fuesen las ventajas del nacimiento de Tiberio Graco, debemos confesar segun el parecer de todos los escritores, que sus virtudes personales no cedían ni á las de su padre ni á las de su madre, ni quizá á las de su abuelo Scipion.

Poco despues de haber sido agregado al colejo de los augures, se casó con Claudia, hija de

Apio Claudio, el que fué principe del senado; y su hermana se casó con el segundo Scipion, lo cual le ligó á la casa de Miliana, aunque ya pertenecía á todas las mas calificadas de la ciudad.

Con todas las ventajas de una buena talia, hermoso rostro, y un espíritu fino y penetrante, tenía una elocuencia dulce y natural, maneras insinuantes, un aire persuasivo, y el ingenio mas florido y cultivado. A todas estas cualidades juntaba un corazón firme y grande, una rectitud é integridad inalterables, un amor á la justicia, que sostenía al inocente, y castigaba el crimen, sin perder del todo y sin destruir al culpable: á todo esto añadía una sobriedad, una virtud pura y costumbres severas para sí, sin querer que los demás participasen de su austeridad. Todas estas cualidades las sostenía con un mérito adquirido en la guerra, donde había probado en diversas ocasiones brillantes, que era tan propio para mandar como para obedecer, y que segun el estado en que se encontraba, y las necesidades de la república, obedecía con el mismo placer que los otros mandaban. Liberal hasta la profusion y dándole todo sin reserva, se compadecía de los desgraciados, que es-

taban seguros de encontrar en él una protección infalible; en fin, *tantis denique adornatus virtutibus, quantas natura et industria mortalis conditio accipit* (1). Se ha dicho de él que estaba dotado de todas las virtudes que la naturaleza, la educación y la experiencia, pueden dar á un hombre sobre la tierra.

Pero como nada se encuentra perfecto, debemos decir que era además ostinado en sus resoluciones hasta una tenacidad extrema, aliyo y fiero cuando hallaba resistencia, conservando naturalmente su venganza contra los que habían querido ofenderle, y tan pronunciado por el pueblo y contra el senado, que arriesgaba todo por servir á aquel; menos quizá llevado de aquella justicia, que en efecto amaba tanto, que seducido por una ambición desmesurada, de que le han acusado sus enemigos, y que incontestablemente era su vicio verdadero.

Su hermano Cayo participaba de sus sentimientos, y no le era inferior en la elocuencia; pero Tiberio, mas suave, diestro y moderado, ganaba los corazones insinuándose en ellos. Cayo, veemente y arrojado, pensaba

mas que en convencer en conmover. La razón parecia que hablaba por la boca del primero: el otro respiraba el fuego impetuoso de las pasiones. Tiberio era sencillo en sus costumbres, templado en sus deseos. Cayo, ávido de placeres, se entregaba á ellos con exceso, y su violencia le hacia levantar la voz de tal manera, que conociendo este defecto ponía un músico detrás de sí en la tribuna para que moderase su tono cuando era necesario.

TRIBUNADO DE TIBERIO GRACO.

—Tal como acabamos de pintar á Tiberio, obtuvo el tribunado del pueblo con las aclamaciones universales de todo el mundo, que le causaron tanto mas placer, porque le parecieron presagios felices para todos sus designios.

Apenas estuvo en posesión de este cargo, escollo ordinario de los que querian sostenerlo con altivez, cuando, siguiendo su firmeza natural, y el deseo que tenía de probar sus fuerzas, propuso la ley agraria, eterno objeto de las divisiones de los padres y de los plebeyos, del senado y del pueblo, de los ricos y de los pobres; pero la propuso al principio con su ordinaria dulzura, como una ley cuya ejecu-

(1) VELL. PATER. lib. 2.

ción debía ser el primer cuidado de los que amaban la patria.

Esplanemos algun tanto esta ley agraria, tan famosa entre los romanos, puesto que es una de las partes esenciales del conocimiento de la historia de este país y causa de las sediciones de los Gracos.

El antiguo uso entre los romanos, cuando habian vencido algunos pueblos vecinos, era quitarles una parte de sus tierras, de la cual la mitad se vendia para indemnizar á la república de los gastos de la guerra, y la otra mitad se reunia al dominio público, y se daba bajo una pequeña renta anual, á los ciudadanos pobres que no tenían bienes ni herencia alguna; era una especie de censo enfiteutico.

Esta costumbre era tanto mas laudable, cuanto que desterraba absolutamente la estruenda pobreza de la república, y que todos los ciudadanos se encontraban poseedores de algunos bienes y fondos, que les hacian ser cuidadosos de su conservación.

La avaricia de los ricos no dejó mucho tiempo reinar esta costumbre sin intentar atacarla; y la codicia y deseo de poseer mas bienes, hizo que pretestando el bien público y el provecho del comun, aumentasen los con-

tos y las rentas de una manera tan excesiva, que no pudiendo los pobres hacer tan buenas proposiciones, se encontraron privados de esta especie de heredad que constituia su único bien, y los ricos se cargaron con todo.

Fácil es conocer que esto causó desde luego grandes sublevaciones, y que la multitud de ciudadanos pobres, á quienes se despojó de un bien que miraban como su único patrimonio, causó considerables turbulencias y una especie de sedicion. Así los tribunos del pueblo, zelosos de los derechos de este último orden, y queriendo remediar los inconvenientes que infaliblemente produciria semejante codicia de los ricos, despues de haber arregado públicamente sobre los desórdenes que reinaban, hicieron una ley, por la cual ningun ciudadano romano podia poseer mas de quinientas yugadas de tierra de las que se habian reunido al comun, y dado á censo enfiteutico para la república.

Esta ley justa, si la hubo alguna vez mayor, pasó con las aclamaciones del pueblo, y gran pesar de los ricos, que con semejante golpe se vieron obligados á ceder al poder de los tribunos, quienes entonces ejercieron una jurisdiccion onnipotente. La ley

tuvo el efecto que se habían propuesto: las tierras se distribuyeron con orden por personas comisionadas por el pueblo; y durante algun tiempo las cosas permanecieron en un estado bastante tranquilo.

Pero no pudiendo los ricos contener ya en adelante su avaricia, encontraron el secreto de servirse de personas prestadas para tomar en sus nombres todas las tierras á renta; y este recurso no podia dejar de tener buen resultado, puesto que cuidaban de ganar á los comisionados con regalos y servicios, y de este modo sus personas supuestas eran siempre preferidas á las demás.

Por grande que fuese este abuso se toleraba sin embargo porque la ley no se infringia; parecia siempre observada con exactitud, y no debia suponerse que unos comisionados elejidos con distincion por el pueblo, fuesen tan villanos que se dejasen seducir ó corromper en perjuicio suyo.

Pero en fin la insolencia de los ricos llegó hasta el punto de no hacer misterio de una supercheria que con cuidado debian ocultar. Nadie ignoraba ya quienes eran los verdaderos poseedores de las tierras, y comunmente se decia *fulano en nom-*

bre de fulano. Mas pareciendo inútil ya servirse de esta vana precaucion, se consideró la ley como derogada, y los ricos tomaron públicamente en su nombre, y sin ningun disfraz, tantas tierras como pudieron; y aumentando el poder de los grandes por cierto tiempo con la autoridad del senado, encontrósse el pueblo frustrado en sus derechos, y los pobres privados de su subsistencia.

Este desorden era escandaloso en demasía para que continuase tranquilamente. El pueblo se sublevó muchas veces sin efecto: los tribunos hicieron ruido con frecuencia; pero nadie emprendió abiertamente remediarlo. Lelio, el famoso amigo de Scipion, que había manifestado querer curar el mal, fué denominado el sabio, cuando previendo los peligros del remedio, cambió de resolucion, y dejó las cosas en el mismo estado en que las hallaba al entrar en su cargo de tribuno.

Tiberio Graco fué mas firme y ostinado que él: sea que en los últimos viajes que había hecho se hubiese compadecido del abandono de los campos, cultivados únicamente por esclavos; sea que fuese impelido por algunos amigos atrevidos y de un

natural emprendedor, como eran Blossio el filósofo, y Diófanes el retórico; sea que estuviese excitado por algunos billetes que le dirigieron con maña; ó sea, como es mas verosímil, que encontrase en aquella justicia que queria se hiciese al pueblo, un motivo propio para ejecutar sus venganzas contra el senado y para tentar su fortuna, segun los proyectos que habia concebido, publicó la ley agraria, y la renovó con aplauso jeneral de todo el pueblo.

Procuró hacer esta proposicion atrevida de una manera que no pudiese dejar duda sobre la rectitud de sus intenciones; y tomó todas las medidas imaginables para persuadir á todo el mundo que el bien público, el alivio de los pueblos y el amor al órden y á la justicia eran la única causa de la prontitud que indicaba en la observancia de esta ley.

Para dar á su empresa mas peso todavia, empeñó en ella al soberano pontífice Craso, cuya sagrada autoridad era religiosamente respetada de todos, el cual no dejó de indicar que era voluntad de los dioses la publicacion de esta ley. Hizolo tambien aprobar por el famoso jurisconsulto Murcio Scévola, cuyo

nombre tan grande y tan ilustre en la república, daba aun menos peso á sus decisiones, que su ciencia y su mérito personal, reconocidos de todo el mundo. A estas aprobaciones añadió la de Apio Claudio su suegro, hombre cuyas virtudes le adquirieron el título de principe del senado. De este modo el edicto que Graco publicaba parecia no su obra, sino la de los grandes hombres que veneraba la república.

Hizo mas: para marcar la moderacion y el deseo que tenia de satisfacer á todo el mundo, publicó que los que hubiesen contravenido á la ley, y que contra las prohibiciones, hubiesen poseido gran cantidad de tierras, no solamente no serian castigados ni condenados á la multa, sino que al contrario, todas las rentas que hubiesen sacado de ellas, y que en rigor podrian pedirseles, se les concederian del todo, y que habria una completa prescripcion sobre este artículo. Para colmo de gracias y favor, añadió que la república, quitándoles las tierras que poseian mas de las quinientas yugadas marcadas por la ley, los indemnizaria, les pagaria el valor de los fondos que ella les tomase, y que entregaria al mismo tiempo

á los ciudadanos pobres la cantidad ordenada, para servirles de retiro y subsistencia.

Grandes como eran estos medios suaves, hicieron poca impresion en el espíritu de los ricos, quienes, tanto por su avaricia como por una violenta indignacion contra el tribuno, gritaron altamente que se innovaba peligrosamente para las herencias, que se iba á poner á la república en combustion; y que si no se cuidaba de ello, era cosa de verse debajo de la tiranía de los tribunos, de quienes tanto trabajo costaba garantirse despues que se habian introducido.

Graco, cuyo espíritu era aun mas estenso que sus proyectos, y que estaba bien persuadido que un gran medio suave podria satisfacer á los grandes mientras subsistiese la ley, hizo mas aun para marcar el deseo que tenia de reunir al pueblo y al senado; obró de modo que el pueblo se contentase con que le hiciesen justicia en adelante, y que durante su vida dejasen en tranquila posesion de estas tierras prohibidas á los que á la sazón las tenian. Pero nada pudo rebajar la codicia insaciable de los ricos, que no cesaron de declamar contra Tiberio, á quien no se abstuvieron de dar los nombres

de sedicioso y perturbador del reposo público; y entonces fué cuando el tribuno hizo aquella arenga tan afectuosa y patética, sin salir nunca de su carácter dulce, que alagaba mucho al pueblo é irritaba sobremanera á sus enemigos.

Hizo presente á la inmensa muchedumbre que le escuchaba alrededor de su tribuna, que las bestias mas salvajes tenian sus lechos y guaridas, mientras que unos hombres como los soldados y ciudadanos romanos, se veian obligados á vagar acá y allá con sus mujeres y sus hijos sin tener ni un sitio donde pudiesen retirarse: que era bien injusto que tantos valientes soldados combatesen con tanto peligro y fatiga por el lujo, las riquezas, y la superfluidad de sus conciudadanos, que no tenian bastante discrecion para repartirles una pequeña porcion de tierra en que pudiesen hacer su habitacion: que los jenerales romanos mentaban, cuando los animaban á combatir, representándoles que peleaban por la conservacion de sus dioses domésticos y la sepultura de sus antepasados, puesto que ninguno de ellos tenia ni casas ni dioses domésticos, y que estaba en la ignorancia completa del lugar que cu-

bria las cenizas de sus padres. «Escuchad, dijo, á nuestros soberbios cónsules, á nuestros orgulosos prelores, cuando arregan á los soldados en un día de batalla, hablándoles como á hombres afortunados que poseen todos los bienes de la vida. ¿No es una burla insultante escortarlos á combatir por nuestros altares, cuando de hogares carecen; por los palacios de Roma, cuando ni aun siquiera tienen una cabaña; y por una patria opulenta que no les deja ni un óbolo de herencia? Privados de todo ¿qué han de defender? Han conquistado los vastos países que enriquecen á la república, y no son por eso menos pobres: su sangre ha pagado esos tesoros que no se les permite participar. La víspera de un combate se les da el título de señores del mundo; al día siguiente del triunfo, se les disputan algunas yugadas de los reinos que han conquistado. ¿Es esta la república? ¿y por tan extraña desigualdad no han podido nuestros antepasados sufrir á los reyes y á la monarquía? ¿Han creído que el solo nombre de rey era el que causaba aversión á nuestros padres? No; es mas bien esa desproporcion de bienes, inmensa y odiosa, que

«el favor del príncipe derramaba con prodigalidad sobre algunos, mientras que otros iguales ó superiores en méritos y en servicios, permanecían en la indigencia y en el hambre.»

Tales y semejantes discursos, pronunciados con la fuerza y la dulzura del mas agradable orador de su siglo, acabaron de determinar al pueblo; y no sabiendo los grandes cómo resistir á este torrente que iba á arrastrarlo todo, recurrieron al único medio que les quedaba en aquella derrota.

Una de las ventajas del tribunado era, que oponiéndose uno solo de los tribunos á una ley presentada y aprobada por los demás, la hacia nula, é impedía su efecto. Viéndose pues los ricos imposibilitados de resistir por sí mismos á la elocuencia y á las razones de Graco, idearon oponerle á Marco Octavio, su colega, que además de las relaciones que tenia con mucha parte de los senadores, tenia tambien su interés particular en que no se verificase la ley, puesto que poseía él mismo muchas mas de las tierras prohibidas por los términos del edicto.

Era Octavio un jóven estimado, sabio y considerado de todo el mundo, y que hasta entonces

había dado grandes esperanzas de su conducta. Además era amigo particular de Graco, y había prometido voluntariamente sacrificar su interés á la gloria de su amigo, para quien la ejecución de la ley era ya un punto de honor. Muchos senadores amigos suyos le rogaron se opusiese á esta innovacion que tan dañosa les era, y que debía parecer sospechosa á toda la república: al principio reusó con mucha firmeza satisfacer sus deseos; pero tantos resortes secretos y poderosos tocaron, que juntos al parentesco y á los intereses particulares de Octavio, le determinaron en fin como por fuerza á oponerse á la publicacion de la ley.

FIRMEZA DE TIBERIO GRACO.—Tiberio se incomodó tanto mas de esta oposicion, cuanto menos la esperaba, y que la persona de su amigo y su colega, de quien se habian servido, le había parecido menos sospechosa desde el principio. Entonces se irritó, no contra Octavio á quien creia seducido ó sorprendido, sino contra los senadores y los ricos que empleaban tan vergonzosos artificios para eludir la justicia de su ley: esto le obligó en sus primeros momentos de mal humor, á sustituir á la que habia pro-

puesto con todos los miramientos y atenciones referidos, otra ley mas dura y molesta, por la cual todos los que se encontrasen en los términos de las prohibiciones, se verian obligados al despojo en pocos dias.

Esta última circunstancia produjo gran contestacion entre los dos tribunales. Octavio, que se habia empeñado contra la ley, sostenia que los inconvenientes que iban á nacer de ella arruinarian completamente el estado; que se despojaría á la república de sus mas firmes defensores, luego que se despojase á los ricos de los bienes cuya propiedad les habia adquirido una larga posesion; que los pobres cuya ventaja se tomaba por pretesto, no estarían por eso mas cómodos, impositados como se veian de utilizar estas tierras que ocasionaban al principio grandes gastos; que era de temer además, que la guerra civil, que esta novedad podria producir fácilmente, debilitase tanto á los dos órdenes, que los enemigos extranjeros se aprovecharan de ella; y que en fin, no encontraba mas acertado que dejar las cosas como estaban, sin encapricharse por la reforma de todos los abusos. «Los grandes estados, dijo un dia concluyendo un dis-

«curso sobre este objeto, se destruyen siempre cuando se quieren quitar todos los abusos, como un cuerpo humano no podría vivir si se le quisiesen quitar todos los malos humores.»

Graco respondió con bastante fuerza á todas las razones, diciendo que convendría según el sentido de Octavio, tolerar todos los crímenes y todas las injusticias. Sus contestaciones se continuaron por algunos días con bastante calor y sobrada honradez; de modo que no se le escapó nunca la menor palabra que pudiese sufrir la interpretación de un sentido injurioso.

En fin después de muchas tentativas inútiles de acomodamiento, no habiendo podido Graco destruir la obstinación de Octavio, y representándole en particular la amistad sincera y sólida que los había unido hasta entonces, la desesperación en que se hallaría si se veía obligado á apelar á los últimos estremos, y después de haberle ofrecido también, para facilitar lo todo, indemnizarle él mismo á su costa de todos los perjuicios que pudiera hacerle sufrir la observancia de la ley, oferta que picó á Octavio hasta lo sumo, haciéndolo mas obstinado; re-

solvió, no viendo otro medio para hacerle acceder, el que el pueblo juzgase aquella diferencia. Entretanto espidió aquel edicto triste y terrible, por el cual se ordenaba á todos los magistrados suspender el ejercicio de sus funciones hasta que fuese desechada ó aprobada definitivamente la ley, imponiendo duras penas á los pretores, y á los otros oficiales que contraviniesen á su edicto.

Este plebiscito, publicado por la autoridad y mandato del pueblo, no fué desaprobado por ningún tribuno: ninguno se encontró bastante atrevido para osar oponerse á él; El mismo Graco puso su sello sobre la puerta del tesoro público para que los cuestores no pudiesen sacar dinero. La ciudad se puso en una terrible consternación: el desorden fué jeneral y se hizo sentir á todo el mundo: no había en la ciudad ni mando, ni superioridad, ni justicia, ni administración; pero mas que todo seria imposible expresar el dolor del senado, que veía elevarse á soberano el poder del pueblo y del tribunado. La desesperación fué demasiado violenta, dando que temer á Graco alguna desagradable revolución y que acaso meditarían contra su persona al-

gun atentado violento, segun avisos que le dieron. Por lo tanto tomó sus precauciones y guardó un puñal bajo su ropa para defenderse de un insulto particular (1).

Llegado el día de los comicios, y estando cada uno en estado de dar su voto, los ricos, que se creyeron los mas débiles, antes de sentarse hicieron que se arrebatase el escrutinio; lo que hizo nacer un inconveniente mas peligroso que ninguno de los que habian acontecido hasta entonces; porque el tribuno, viéndose el mas fuerte, y hallándose ultrajado, quiso abrir al pueblo el camino de la fuerza; lo cual hubiera costado la vida á muchos; pero felizmente Manlio y Fulvio, varones consulares, previendo el desórden que iba á seguirse, se dirijieron á Graco con toda sumision, y le suplicaron solvase su patria del accidente mas funesto que podria acontecerlo. Penetrado el tribuno de estas razones, y quizá de la sumision de estos dos hombres, y

despues de haber ecsajerado la insolencia de los ricos, les dijo: «¿Qué quereis que haga?» Los dos consulares le suplicaron dirigiese la asamblea, y tuviese á bien se convocase al senado, en donde procurarían hacer de modo que quedase satisfecho. Graco no podia reusar esta petición y aplazó para otro día la asamblea; pero el senado se volvió á componer de los mismos que mas se oponian á la ley, y que tenían mas fuertes razones para oponerse á ella, y deliberaron en contra. Picado Graco, con justicia, del plazo que tan inutilmente habia concedido, y de algunos manejos de su coléga Octavio, que habia descubierto, reunió al pueblo al día siguiente, y le manifestó la inutilidad de las moratorias concedidas para procurar que los grandes y el senado cediesen de su dureza. Ecsajeró las violencias de los ricos, los sufrimientos de los pobres, la justicia de la ley, y el poco fundamento de las dificultades que se oponian. Dirigiéndose despues á Octavio, le dijo con muestras de bondad y dulzura: «¿Serás tú siempre el ostáculo á la libertad y al alivio del pueblo, y no querrás en fin abrir los ojos sobre los verdaderos intereses de la república, y

(1) Despues de este tiempo, se introdujo en Roma la costumbre de llevar puñales debajo de la ropa. La reina del mundo, embriagada con la sangre de las naciones, principiaba á despedatarse sus propias entrañas.

«¿quizá sobre los tuyos propios?» Le conjuró también por la tierna amistad que de tanto tiempo existía entre ellos, á que adoptase su opinion; y tomándole la mano le dijo: «Ten entendido que tú solo eres la causa de que yo haya diferido la venganza del pueblo.»

Pero todas estas razones fueron inútiles: colocado Octavio absolutamente entre sus enemigos, sostuvo siempre que la ley era injusta y peligrosa, y que no podía consentir en ella. Por lo tanto Graco, dirigiéndose al pueblo, le dijo: «Puesto que Octavio es de un parecer contrario al mio, y que la costumbre prohíbe pasar adelante en las publicaciones de las leyes de un tribuno en tanto que se oponga á ellas uno de sus colegas, es necesario para evitar desórdenes intestinos, que uno de nosotros sea depuesto de la magistratura. En cuanto á mí, añadí, obedeceré voluntariamente al pueblo, y bajaré del tribunal si lo encuentra conveniente. Es justo que Octavio se sujete á lo mismo.»

Octavio reusó el partido, y halló que era del todo inaudito querer se depusiese á un tribuno solo por diferir en la opinion; y Graco, que hubiera deseado ganarle, y que quiso de-

jarle tiempo de pensar en sus negocios, disolvió también en este día la asamblea y la aplazó para el siguiente.

DEPOSICION DEL TRIBUNO OCTAVIO.—Reunido nuevamente el pueblo, y permaneciendo Octavio siempre obstinado, hizo Graco que se procediese á su deposicion. Habia treinta y cinco tribus, y ya diecisiete opinaban por su destitucion, faltando una sola para verificarse: entonces Graco dirigiéndose á Octavio le dijo: «¿No le basta lo que ves, y quieres todavia probar la mortificacion entera? Muévante la justicia, el interés del pueblo y tu propia gloria: aun estás á tiempo. Dentro de poco ya no habrá remedio, y tendré el eterno desconsuelo de habersido, á pesar mio, la ocasion de tanta ignominia.» A estas palabras pareció conmoverse Octavio: consideró por un momento la vergüenza que iba á seguir á su destitucion, y la inutilidad de su resistencia. Acaso hubiera mudado de parecer, si algunos ricos que se hallaban presentes no le hubiesen intimidado con sus demostraciones y amenazas: forzado pues á permanecer en su obstinacion, dijo á Graco: «Acaba tu obra.» Su destitucion, sancionada por todos los votos

del pueblo, se ejecutó al momento; y fué un espectáculo bien extraño ver sacar á un tribuno ignominiosamente por los lictores y libertos fuera de su tribunal. Esta violencia de Graco, en la que se reconoce poco su carácter dulce y sabio, nos manifiesta cuánto nos ciega la pasión, haciéndonos olvidar de nosotros mismos y nuestros propios intereses.

La conmoción fué jeneral, y la novedad de la acción produjo un universal murmullo, que estalló entre muchos del senado que se hallaban en la asamblea. Aumentóse el estruendo; y el pueblo, siempre pronto y arrebatado cuando la cólera le domina, creyendo que los grandes que tal confusión causaban, querían sostener á Octavio por fuerza, corrió á este, y hubiera llevado quizá su insulto hasta matarle, si unos cuantos amigos suyos, las atenciones del mismo Graco que corrió á impedir el desorden, y la fidelidad de un criado á quien sacaron los ojos, no le hubiese libertado de esta rabia.

Adoptóse después la ley sin dificultad, y se nombraron tres comisionados para ejecutar la indagación y distribución de las tierras. En la elección de estos

comisionados se vió el absoluto poder que tenía Graco sobre el espíritu del pueblo, pues se eligió á sí mismo, á su suegro Apio Claudio, y á su hermano Cayo Graco, que entonces servía en el ejército de Scipion.

En este día, dice Lista con mucha razón, arruinó Tiberio *de hecho* la república romana, rompiendo la inviolabilidad del poder tribunicio, único fundamento del principio democrático en Roma. A la deposición de un tribuno se siguió en breve el asesinato de dos.

Fácil es comprender que la elección de estos tres comisionados, tomados de la misma familia, hizo gritar aun mas fuerte á los que mas perjudicaba la distribución de las tierras. Quejábanse altamente de la tiranía del tribuno y del abuso que hacía del tribunado, que había llegado á ser, decían, una dominación mas insoponible que la de un rey.

Los enemigos de Graco hicieron mañosamente sembrar los rumores de que aspiraba á la monarquía, pues no podía sufrir la igualdad en sus colegas; que ya tenía la autoridad de rey, y que el pueblo no estaría pronto en estado de reusarle el título cuando á él le pluguiera pedirselo.

En efecto el pueblo, absoluto dispensador de las gracias y de los favores, ya no obraba sino por las inspiraciones, los consejos, y casi las órdenes de Graco: hacia crear los magistrados de cualquiera rango que fuesen, hacia nombrar los jenerales del ejército, dar la administracion de las rentas; y llevó las cosas hasta el punto de hacer sustituir á Octavio con uno de sus criados, llamado Mucio, hombre desconocido, y de ninguna otra consideracion sino la que sacaba de ser partidario de Graco, á quien fácil es conocer no se opondria jamás.

Declamóse en el senado contra aquella prodijiosa dominacion; y Scipion Nasica, uno de los de mas autoridad de este orden, fué de los mas acalorados, pues la ley le ocasionaba una pérdida inmensa. Desencadenóse contra el tribuno, aun siendo pariente suyo, y no omitió nada para manifestarle todas las señales de un resentimiento vivo y durable.

Todos los esfuerzos de los padres conscriptos fueron hasta entonces inútiles ó impotentes; y su venganza no produjo sino decretos débiles, tales como el que quitó al tribuno una tienda á expensas del público, cuando te-

nia que viajar para los negocios de su cargo; ó aquella otra que marcó su gasto en nueve óbolos diarios. Esto marcó mas bien su pasion que su juicio: porque Graco, aprovechándose de todas estas injusticias, tomó de ellas ocasion para encender mas al pueblo contra el senado; y habiendo muerto súbitamente en aquella coyuntura uno de sus amigos particulares y con indicios de veneno, el pueblo se conmovió y la miró como un atentado cometido por el senado. Continuando el tribuno en aprovecharse de esta feliz situacion de los ánimos, apareció en la plaza vestido de luto, y presentó al pueblo á sus hijos y familia, suplicándole los tomase bajo su proteccion. «Ya veis, les dice, como atacan á mis amigos y por una via tan cobarde y villana. Pronto me atacarán á mí; pero seré voluntariamente la víctima que debo salvar vuestra libertad: no tendria mas que un solo pesar que era dejar á mis hijos espuestos á su furor; pero estoy persuadido que hallarán en estos ciudadanos una buena y jenerosa proteccion que los garantizará en todo evento.» Este acto verdaderamente patético, hizo todo el efecto que el tribuno podia desear; y nunca se vió tanto

odio en el orden del pueblo contra todos los que se llamaban senadores, grandes, ricos, y en una palabra, contra todo lo que se oponia á la faccion de los Gracos.

En este estado estaban las cosas, cuando un cierto Eudemo trajo á Roma el testamento de Atalo, rey de Pérgamo, que acababa de morir y que habia constituido por su heredero al pueblo romano. Esta ocasion dió todavía al tribuno nuevos medios para captarse la benevolencia del pueblo, y de incurrir mas en el odio del senado; pues ordenó que el dinero contante que se encontrase en el tesoro de este rey, seria dado y distribuido á los ciudadanos pobres; á aquellos mismos á quienes se acababan de dar las tierras, para que se proporcionasen los medios necesarios á su labranza, y otros artículos convenientes á sus nuevas habitaciones: y en cuanto á las ciudades y provincias que componian los estados de este rey, declaró que el senado no podia tocar á ellas, que solo el pueblo, instituido heredero, tenia derecho de disponer lo conveniente; y que así, él le propondria el asunto para saber su voluntad.

Este modo desmedido con que se declaró contra el senado sin ningun miramiento, irritó hasta

el último punto á este orden, compuesto de jentes naturalmente orgullosos y altaneras. Esta irritacion fué llevada hasta las injurias é insultos. Pompeyo dijo al tribuno que sabia por buen conducto, que el mismo Eudemo, que le habia traído el testamento del rey de Pérgamo, le habia traído tambien una diadema y un traje de púrpura para servirse pronto de ellos en la dignidad real que trataba de imponer á Roma: y efectivamente era cierto que al morir Atalo habia mandado que se entregasen al tribuno del pueblo todos los emblemas de su dignidad; lo que pudo hacer á Graco depositario de esta diadema y de este traje de púrpura, que habia ocultado al pueblo por razones quizá particulares. Metélole censuró tambien ciertas distinciones continuadas que se afectaban en su familia y que marcaban un deseo hereditario de elevarse sobre las demás.

De todos los cargos que le hicieron en el senado, ninguno le picó tanto como el de T. Anio, personaje de poco mérito y consideracion, pero de mucho espíritu y mas libertad. «¿A qué pues, dijo, hacer un largo destalle de los atentados de Graco y de los de su familia? Quie-

«ro que él mismo sea su juez. «¿No es cierto, continuó dirigiéndose á Graco, que has marcado con la infamia á uno de tus colegas en una magistratura, que por las mismas leyes del pueblo que tanto respetas, la hacia santa é inviolable? ¿Y qué otro atentado podías cometer que debiese hacerte mas odioso á este pueblo cuyo ídolo eres, atentado que mas que ningun otro manifiesta tu ambicion de reinar?»

Graco sintió esta acusacion tanto mas vivamente cuanto que era la mas verdadera y la mas difícil de defenderse de ella. Así es que perdiendo un poco de su ordinaria sangre fria, se retiró despues de haber dado algunas señales de emocion y de cólera. Hizo reunir al pueblo frecuentemente, quejándose á él de los malos tratamientos que habia recibido en el senado, sobre todo de uno de los hombres menos estimados de la república; y pareciéndole que el pueblo estaba dispuesto á hacerlo todo por él, mandó que aquel hombre fuese incontinentemente conducido á su presencia para procesarle: paso falso y apasionado que faltó poco le costase todo su favor; porque habiéndose ejecutado su orden y presetádosele á Annio,

este suplicó se le oyese antes de pasar adelante, y sin salir de su carácter de hombre de espíritu, le dijo: «Me vas á procesar por haberte echado en cara el atentado de la destitucion de Octavio. ¿Quién hubiera creído nunca que en una república no seria permitido hablar contra la infraccion de las leyes? Pero si ahora que quieres ultrajarme con tanta injusticia y pasion, se levantara alguno de tus colegas que están aquí para socorrerme y oponerse á tus violencias; ¿querrias tú por eso que se le depusiese de su magistratura?»

Este discurso punzante y demostrativo afectó á los demás tribunales, á quienes Annio acababa de hacer sentir su esclavitud: el pueblo se alarmó con él; y el mismo Graco se turbó de tal manera, que con toda la facilidad de su espíritu no pudo encontrar una respuesta. Disolvió bruscamente la asamblea, viéndola alterada por la diestra crítica de Annio; y dos dias despues pronunció una grande arenga, para justificar su conducta respecto á Octavio, que fué una de las mas vivas de este excelente orador, y que volvió al pueblo á su primer estado.

Sin embargo, Graco vió la in-

constancia de aquella multitud, que por algunas palabras de un hombre atrevido y diestro, poco antes habia estado para perder del todo su confianza. Todos sus amigos conocieron como él aquella lijereza, y le aconsejaron pensase en la seguridad de su persona, por la cual habia mucho que temer. Algunos le propusieron un arreglo con el senado; pero el medio de confiarse á sus enemigos, á aquellos mismos á quienes se habia privado de sus bienes y riquezas, ¿no era una injuria inestinguible? Además este acomodamiento parecia poco conforme á la firmeza natural de Graco, cuya mudanza hubiera hecho decir á todo el mundo ó que habia sostenido una mala causa, ó que habia tenido demasiada debilidad para abandonar lo que era bueno. Estas dos cosas eran igualmente vergonzosas para un hombre de su carácter.

Otros mas tímidos, querian que en el peligro en que le creian actualmente, se retirase de la ciudad, y fuese por algun tiempo á buscar lejos de Roma una seguridad que no podia encontrar entre los desórdenes que él mismo habia escitado. Encontró que tal consejo era indigno de su valor, y no pensó en manchar

por una huida tan cobarde su gloria, que era lo que únicamente amaba.

Muchos de los que buscaban en todos los negocios un temperamento y un medio algunas veces muy peligroso, querian que se compusiese con los dos órdenes; y que sosteniendo siempre al partido del pueblo que habia abrazado desde el principio, guardase con el senado tales respetos y miramientos, que le hiciese deponer el odio que habia concebido contra él. Pero este consejo le pareció mas peligroso que el mismo estado en que se hallaba. «¿Creeis, dijo á los que se lo propusieron, que tan lijeros miramientos conquistarán el ánimo y el corazon de tantos grandes, á quienes he reducido á una pequeña fortuna? ¿Podrán olvidar que en otro tiempo tenian un número considerable de esclavos, una mesa suntuosa, magníficos muebles, y que por mis solas leyes se han menguado sus grandezas y sus comodidades? No, añadió: esos no perdonan nunca el deseo de vengarse; y hay que hacer una diferencia entre el pueblo y los grandes: aquel pierde fácilmente la memoria de los beneficios y de las injurias, al paso que estos olvidan injustamente los

«placeres y siempre se acuerdan
 «de los pesares recibidos. Cuan-
 «do se está malquistado con el
 «senado, hay que manejarse co-
 «mo cuando se está en insurrec-
 «cion contra el príncipe; el se-
 «nado pretende serlo: luego que
 «se haya sacado la espada contra
 «él, hay que resolverse á tirar
 «la vaina, y á establecer la im-
 «punidad sobre la fuerza y la re-
 «sistencia. No debo hacerme ilu-
 «siones, continuó; no tengo otra
 «seguridad que esperar sino la
 «que pueda producir la impoten-
 «cia del senado. No podrán se-
 «ducirme ni las promesas ni las
 «falsas demostraciones de los
 «grandes; y no me queda otro
 «recurso que confiar todas mis
 «esperanzas á la amistad del
 «pueblo, á quien me he consa-
 «grado.»

Este fué el partido que tomó Graco, el cual sostuvo delante de sus amigos con razones ya especiales, ya verosímiles; pero se guardó bien de tocar á la que mas impresion habia hecho sobre su espíritu, y que infaliblemente le habia determinado á desechar todos los otros pareceres para no seguir sino su proyecto.

Para él no habia razon mas verdadera que su ambicion, que era la pasion dominante, tanto

mas ardiente en él cuanto mas cuidado ponía en ocultarla. No se podria decir precisamente qué cosa era el objeto de aquella ambicion: si se hubiese creído que aspiraba á la dignidad real, como le censuraron todos sus enemigos, hubieran juzgado acaso temerariamente; pero es bien seguro que su imaginacion se llenaba de mil ideas de grandeza, de poder, de mando y de administracion, que todas juntas están muy cercanas á la monarquía. Nada lisonjea tan agradablemente como la esperanza de mandar. Debe tambien confesarse que acaso mezcló en sus proyectos, movimientos de venganza contra un senado empeñado en perderle. Puede tambien concebirse que no estuvo esento de sentimientos de justicia y de generosidad, que le obligaban á procurarse un poder absoluto para hacer á la república perfectamente libre, y sacarla de la tiranía y concusiones de los ricos y grandes.

Sea como quiera, él no guardó miramientos con el senado, y defendió con mas calor los intereses del pueblo. Como espiraba el año de su tribunado, y se habia comprometido mucho para volver á entrar sin peligro en el rango de simple ciudadano,

Intentó hacerse confirmar para el año siguiente en el cargo de tribuno; y para esto lisonjeó al pueblo por todos los medios imaginables. Cada día le presentaba leyes nuevas en su favor; cada día se procesaba á aquellos que habian faltado al respeto á un ciudadano por despreciable que fuese; y continuamente hacia que se adoptasen las leyes mas populares. El senado sintió dolorosamente la que permitia apelar al pueblo del juicio de todos los magistrados; pero temia su entera ruina cuando el tribuno insinuó que se debía añadir á los senadores, que hasta entonces habian tenido solos la autoridad de juzgar, igual número de caballeros con el mismo poder. Desde entonces la guerra fué sin tregua ni descanso; y con razon se dijo que iban á acontecer grandes desórdenes.

Llegado el día para que se confirmasen aquellas leyes á pluralidad de votos, desde muy temprano se dispuso el tribuno para ir al Capitolio. Pocos espíritus habia en aquel tiempo tan fuertes que pudiesen defenderse de la mas pueril supersticion. Hoy sucede lo mismo. Sucediéronle muchas aventuras siniestras que se conceptuaron funestos presajios.

TOMO VIII.

Los pollos sagrados no quisieron comer en toda la mañana: Tiberio, al salir de su casa, tropezó en una piedra y se hizo sangre: dió algunos pasos, y vió en el aire dos cuervos que peleaban, y uno de ellos dejó caer sobre él un guijarro.

Todos estos accidentes sorprendieron al tribuno; y aunque fuese de un carácter infinitamente superior á las supersticiones y á todos aquellos ridículos temores, no dejó de resentirse un poco de las preocupaciones de la infancia, y de representarse todas las desgracias que estos presajios parecian hacerle temer. Los mas atrevidos de los que le acompañaban se penetraron de un terror mas vivo; y todos querian ó abandonar al tribuno, á obligarle á que volviese á su casa, cuando vieron llegar del Capitolio tres ó cuatro de sus mas pronunciados amigos, que iban á decir á Graco se apresurase, que el pueblo le esperaba con impaciencia, y que siendo sus partidarios los mas fuertes allí, no habia que perder un momento. Entonces fué cuando el ilustre Bloisio, aquel amigo tan fiel, le dijo resueltamente que seria vergonzoso para él y para cuantos le seguian, si la vista de dos cuer-

vos le impedía seguir su deber, y servir al pueblo que le esperaba. «Nadie reconocería en esto, añadió, al hijo de Graco, al nieto de Scipion, ni al jefe del partido del pueblo romano. Sus enemigos te herirían con razón, y justamente te despreciarían. Marchemos á socorrer á todo un pueblo congregado, á quien quieren oprimir los ricos y los grandes.» Siguióse su consejo, y nunca hubo persona tan agradablemente recibida, como lo fué el tribuno en el Capitolio. Tantos fueron los gritos de alegría, las aclamaciones, los arrebatos, y las señales jenerales de ternura, que los amigos de Graco, que temian alguna traicion, se creyeron obligados á impedir que nadie se le acercase. Ya estaba sentado en su tribunal, y se principiaba á proceder á la votacion, que se hacia tumultuosamente á causa de la inmensa muchedumbre, cuando se divisó á Flavio Flaco, senador de un mérito conocido, que pugnaba por llegar hasta el tribuno, á quien indicaba tenia que dar un aviso importante. Abrieronle paso los lictores, y acercándose á Graco, le dijo: «Tribuno: los ricos acaban de conjurarse contra tí en el senado; y no habiendo podido o-

bligar al cónsul á que entre en sus designios, han resuelto matarte, ayudados de una cantidad de esclavos y libertos que, al momento vendrán aquí con ellos, dispuestos todos á ejecutar sus voluntades. Sea cualquiera el interés que me ligue á ellos, la rectitud de la justicia me obliga á descubrirte un proyecto cruel, que me horroriza, y del que deseo con todo mi corazon puedas librarte.»

Los amigos del tribuno se conmovieron al aviso de Flaco; y temiéndolo todo en una muchedumbre tumultuosa, se apoderaron de las armas de los lictores, y separaron á los que se hallaban demasiado cerca. Este procedimiento que no se podia explicar á causa del ruido y de la multitud, sorprendió á los mas lejanos. Preguntábase qué significaba aquella violencia; y los gritos de los que se informaban y de los que procuraban responder, mezclándose unos con otros, hacian mayor la confusion é impedian al tribuno hacerse entender. Mas queriendo informar á todo el mundo del peligro en que se hallaba, se levantó en su tribunal, llevando las manos á la cabeza, la cual amenazaban sus enemigos.

Muchos de estos que se hallaban presentes, aprovechándose de esta demostracion tan inocente, gritaron al punto: *«el tribuno pide una diadema, y corrieron al senado con aquella calumnia. «Nosotros lo hemos visto, dijeron, pedir al pueblo una diadema real: ha llevado sus manos á la cabeza, y les ha señalado el sitio.»*

Sea que el senado se hubiese sorprendido al nombre de rey, al que naturalmente tenia tanto horror, sea, como es mas probable, que quisiesen servirse de este pretesto para justificar las violencias que habian resuelto, es evidente que se mostraron excesivamente irritados, y que cada uno se puso en estado de emprenderlo todo.

Scipion Nasica, ilustre por su nacimiento, por sus riquezas, por sus muchas acciones, y por una gran consideracion en el senado, que desde mucho tiempo habia concebido un odio contra los Gracos, cuyas verdaderas causas no han llegado hasta nosotros, y que eran independientes de los negocios de la ley, declamó arrebatado contra la empresa del tribuno diciendo: *«Nada hay ya que consultar, puesto que aspira á la tiranía. Cónsul, á tí te toca*

«socorrer á la cosa pública, y «esterminal por la fuerza sin «procedimiento ni dilacion, al «destructor de la libertad.»

El cónsul, que era hombre sabio y previsor, le respondió con dulzura que un magistrado no debia jamás usar de vias de hecho, y que nunca le aconteceria dar muerte á un ciudadano sin juicio ni sentencia, y mucho menos á un ciudadano del rango y mérito de Graco. *«Pero si Graco «y el pueblo, añadió, hacen leyes «injustas y usurpan una autoridad que no les es debida, yo sabré oponerme á una y á otra «empresa, y castigaré como cónsul los atentados y las rebeliones.»*

Este corto y moderado discurso de un hombre sensato encendió mucho mas la ira de Nasica; y dirigiéndose ácia los compañeros les dijo: *«Puesto que el «supremo magistrado abandona «la república, los que quieran «cuidar de ella no tienen mas «que seguirme, que yo me encargo de auxiliaria.»* Parte al acabar estas palabras; y recojiéndose las túnicas él y los que le siguieron, que fueron muchos, corrieron apresurados al Capitolio. Cada uno por respeto á los mas notables de la ciudad que componian la cabeza de esta tro-

pa, les dejaba el paso libre. Sus criados y esclavos se armaron al paso con todos los palos que pudieron hallar, con los que apartaban á todo el que podia retardar su llegada, y le ofrecieron al público una imájen perfecta de la guerra en tiempo de la paz mas profunda.

Donde quiera que encontraban amigos ó conocidos de los Gracos, los insultaban, los apaleaban, y aun llegaron á matar á algunos. Luego que llegaron al Capitolio volvió á comenzar el desórden con mas vigor, y su protesto de que buscaban al tribuno, no puede decirse cuántos fueron maltratados por aquel confuso tropel de jentes mezcladas de todas condiciones, á quienes el furor de los nobles habia permitido tan infames violencias. Olvidando de este modo el senado su antigua moderacion, porque habia perdido las antiguas costumbres, era digno de todos los ataques del tribunado.

Entretanto cada uno huía, todo el pueblo se separa, los amigos del tribuno se salvan; y viéndose Graco abandonado de todo el mundo no tuvo otro recurso que seguir á sus cobardes amigos, que le abandonaban, y á quienes el temor no habia dejado bastante libertad, para ver que

con un poco de firmeza hubieran podido resistir á aquel tropel desarmado y confuso.

Salvábase con los demás cuando se sintió cojido por la punta de su manto: tomó el partido de abandonarlo al que lo tenia; y fué un espectáculo bien indigno y bien sensible, ver en medio de la paz á todo un pueblo fugitivo sin saber por qué, y á su primer magistrado correr sin manto por las calles de Roma. Un accidente mas funesto que el anterior le detuvo de nuevo. La precipitacion con que cada uno huía hizo caer á los primeros; los que seguian no les daban tiempo para levantarse: empujados por los otros cayeron sobre los que ya estaban en tierra; de modo que unos á otros se impedían, é impidieron tambien al tribuno que los iba siguiendo, y que cayó con ellos en aquel tumulto.

MUERTE DE TIBERIO GRACO.—Entonces uno de sus colegas en el tribunado, llamado Publio Saturneyo, envidioso de su autoridad ó ganado por los nobles, fué el primero que le dió con un palo en la cabeza. Este golpe fué acompañado de otro que le dió Lucio Rulfo, que no tuvo á menos de vanagloriarse de él como de una accion heroica. Siguiéronse una infinidad de golpes á este

último; y de este modo murió sin pronunciar una sola palabra (1), sin hacer ninguna resistencia ni dar la menor señal de dolor, el famoso Tiberio Graco, tribuno del pueblo, hijo de Tiberio Graco, y nieto de Scipion, antes de los treinta años de su edad, el hombre de la república mas amado del pueblo, el mas aborrecido de los grandes, y el mas estimado de todos.

Fácilmente se conoce que siendo el desorden demasiado grande, no debía acabarse muy pronto: el furor duró por mucho tiempo, algunos amigos de Graco, algo mas sobre sí, se pusieron en defensa; y en esta especie de combate civil murieron de una y otra parte mas de trescientos ciudadanos, sin que empleasen en toda esta matanza ningun arma de hierro.

Esta es la primera sedición sangrienta que se vió en Roma desde la espulsion de los reyes: todas las demás disensiones, por grandes que hubiesen sido, se habian apaciguado por la deferencia y respeto que el pueblo tenia al senado, y por la condescendencia del senado con el pue-

blo; y habiéndose mezclado á los intereses de ambos órdenes odios secretos y particulares, se vió comenzar en Roma la estrision de la sangre de los ciudadanos. La impunidad del crimen se hizo necesaria; el derecho se agó bajo la fuerza mayor; y Násica se desizo del tribuno por la via mas peligrosa de todas, y que hubiera debido destruir enteramente la ciudad: porque en fin, armóse por una parte á multitud de esclavos y libertos que no teniendo nada que perder, encontraban su interés indudablemente en los desórdenes de la ciudad; y por otra se irritó á una multitud de pueblo, que poco juiciosa por sí misma, hubiera sido capaz de seguir cuantos movimientos violentos se le hubieran querido dar; y si como por una especie de milagro se salvó la república en esta conjuración, recibió tambien un funesto ejemplo, y fué un presajio de su próxima destrucción.

Nada probó mas la injusticia de los que habian escitado el último desorden, que los sentimientos de venganza que demostraron despues de la muerte del tribuno; porque además de arrojar su cuerpo al Tiber con los otros que habian sido muertos (inhumanidad villana y cobarde,

(1) *Nec, nulla voce delibans insimul virtutem, concidit tacitus.* Cicero. *Acta.* Lib. IV.

oprobiosa para el nombre romano), dieron muerte sin forma de proceso á muchos de sus amigos, entre los cuales fueron Diófanes el retórico, y un tal Cayo Bilio que encerraron cruelmente en un tonel lleno de serpientes y víboras;—crueldad que apenas se perdonaria á los pueblos mas bárbaros, en sus venganzas mas legítimas.

No debe dejarse de citar aquí lo que pasó al famoso Blo-sio, que siendo conducido al senado despues de aquella primera efervescencia, é interrogado sobre todo lo sucedido, confesó francamente que habia ejecutado cuanto le habia mandado Tiberio Graco. No pudiendo Nasica sufrir la fidelidad de este hombre, que le parecia una prueba sobrado sensible del mérito de su amigo, le dijo: «¿Qué hubieras hecho si te hubiese mandado poner fuego al Capitolio?» Blo-sio respondió con dulzura: «Nunca Tiberio me hubiera dado órden semejante.» — «Pero en fin, ¿y se te la hubiera dado?» — «Hubiera obedecido, creyendo que un hombre como él no podia mandar nada que no fuese útil al pueblo romano.»

Esta estimacion fiel y regular de un amigo tan raro, afectó al senado injusto y furioso; y por

encarnizado que estuviese contra todos los amigos de Graco, el cónsul halló medio de salvar á Blo-sio, que se retiró al Asia, donde despues se dió la muerte, no pudiendo sobrevivir á un encadenamiento de desgracias que signieron á cuantos él se adirió; principalmente por la derrota de Aristónico, quien por consejo suyo se habia apoderado del trono de Pérgamo.

Entretanto el pueblo, que no parecia tranquilo, y que hacia temer alguna empresa peligrosa; obligó al senado, para satisfacerle al repartimiento de las tierras pertenecientes al dominio público; y para indicar su consentimiento, sustituyó en el lugar de Tiberio, que acababan de matar, á Craso, suegro de Cayo, hermano del presidente, en el encargo de comisario para la distribucion de las tierras; y á fin de libertar á Scipion Nasica del peligro á que le esponian diariamente el odio y los frecuentes insultos del pueblo, le enviaron al Asia bajo un pretesto cualquiera. En este destierro, abrumado de los remordimientos del asesinato que habia cometido, y de la imájen de la sedicion que habia escitado, debilitado su espíritu por los dolores que sufría, murió en Pérgamo en un delirio,

cargado de las maldiciones del pueblo, que no dejó de acusarle de haber atentado á la persona de un magistrado en el templo mas venerable y santo de la ciudad (1).

Es poco sorprendente que el pueblo manifestase tanto resentimiento contra Nasica; pues que el último Africano, Scipion, aquel hombre tan querido de la república, por haber censurado la conducta de Graco, dejó de llamarle el pueblo, y comenzó á aborrecerle: y á su vuelta de Numancia colmado de gloria y de honores, fué interrumpido en su arenga y aun injuriado por el pueblo.

REVOLUCION DE LOS ESCLAVOS EN SICILIA.—Al mismo tiempo se habia renovado la sublevacion de los esclavos en Sicilia, y el fuego de la rebellion se extendia á Italia y á Grecia. Dueños de la ciudad de Enna, tenían sobre las armas doscientos mil hombres que causaban en la isla los estragos mas espantosos. Enna, á quien habian elejido por rey, derrotó sucesivamente á cuatro pretores; pero el año 619 de Roma, fué derrotado completamente por Fulvio Flaco. El cónsul Rupilio, su suce-

sor, terminó esta guerra con la toma é incendio de Enna. El nuevo rey, prisionero de los romanos, se dió la muerte. Su derrota y el suplicio de innumerables esclavos en Sicilia, Roma, Minturno y Africa, aegó esta conjuracion, que durante muchos años causó á la república grandes recelos.

Aristónico, vencido por Perpenna, sirvió de ornamento en el triunfo de Aquilio, su sucesor, jeneral cobarde y cruel, que si Roma fuera entonces virtuosa, en vez de triunfar, hubiera sufrido el último suplicio; porque para rendir las ciudades del Asia, habia envenenado el agua de las fuentes y acueductos.

El espíritu de sedicion sobrevivía á Tiberio y reinaba siempre en Roma. Labeon, tribuno de la plebe, para vengarse del censor Metelo, que le habia rayado de la lista de los senadores, le hizo condenar, sin juicio anterior, á ser precipitado de la roca Tarpeya. Otro tribuno se opuso y le salvó la vida; pero Labeon confiscó sus bienes para completar su triunfo, recobró su asiento en el senado proponiendo una ley que fué adoptada, para que los tribunos entrasen en la curia y tuviesen voto deliberativo.

(1) En el Capitolio.

Cada día se cometieron nuevas violencias, de las que destruyen la libertad por sus mismos excesos, mas terribles para ella que sus terribles enemigos. Se habia establecido el tribuna- do para defenderlas, y la ambicion de los tribunos fué una de las principales causas de su ruina.

Veamos ahora cuál fué la consecuencia de la muerte de Tiberio Graco, conocida como el principio de todas las guerras civiles de los romanos, y que no cesaron hasta la destruccion total de la república.

No se puede dudar del efecto que hizo esta muerte en el ánimo de Cayo Graco, su hermano, jóven entonces de unos veintium años de edad, pero que ya se hacia notable por sus sentimientos elevados y nobles inclinaciones, inspiradas por la misma educacion que habia recibido de su madre, y el reciente ejemplo de Tiberio.

Cuando aconteció la muerte de este, habia vuelto Cayo de Numancia en donde servia bajo Scipion. Por algun tiempo permaneció retirado del foro y en la mas absoluta oscuridad. El pueblo comenzaba á creer que abandonaba su causa, y que desaprobaba las opiniones y conducta de Ti-

berio. Y acaso en los primeros años, atemorizado por el odio de los ricos y por la inconstancia de la muchedumbre, que escita sus favorecidos al ataque y los abandona en el peligro, tuvo Cayo la intencion de alejarse de las facciones y buscar la seguridad en el retiro; pero la prudencia no podia detener largo tiempo un alma tan ardiente como la suya; y si la razon le inclinaba al descanso, la naturaleza le condenaba al movimiento.

Aplicóse con cuidado al estudio de la elocuencia, en la cual superó á todos los oradores de su tiempo, no cedió ni aun á su hermano, que habia pasado por el primero de todos; y seguramente le fué superior en cuanto á la viveza y veemencia del discurso, que arrastraba tras de sí á los oyentes. La primera prueba que dió de su elocuencia, fué defendiendo á un amigo suyo llamado Veccio, delante del pueblo, quien manifestó suma alegría al verlo presentarse en la tribuna; y los grandes, enemigos siempre de su familia, vaticinaron desde entonces siniestros presajios.

No siguió entonces sin embargo las huellas de los aplausos populares; y sea, como ha dicho Ciceron, que se encontrase bien

estando separado de la administracion de los negocios, ó que su juventud le hiciese creer necesitaba adquirir mas méritos y reputacion, se fué á Cerdeña, en donde sirvió en calidad de cuestor del cónsul Orestes. Allí se distinguió por su valor, sus liberalidades y su dulzura; títulos que le adquirieron igualmente el corazon de los soldados y habitantes de aquella provincia. Cuéntase que la causa de haber salido de su retiro y de solicitar la cuestura, fué un sueño en que se le apareció su hermano, y le dijo: «En vano quieres librarte de tu suerte: ten valor y obedece al cielo. Los dos estamos predestinados á perecer por la libertad del pueblo.»

Habiendo escijido Orestes que los sardos contribuyesen para el equipo de las tropas, aquellas ciudades se quejaron al senado y fueron esentas del gravámen. No teniendo medios el cónsul para suplir la falta, visitó Graco los pueblos de la isla, y de tal manera ganó el afecto de los habitantes, que voluntariamente proveyeron en abundancia todos los objetos necesarios á la tropa.

La fama de sus virtudes y talentos se extendió hasta Numidia, cuyo rey Micipsa escribió á

Roma que enviase trigo á las tropas romanas de Cerdeña, en consideracion á la amistad de Graco. Este mensaje irritó á los senadores, arrojaron con menosprecio á los embajadores de Micipsa, y quisieron que Orestes conservase el mando de la isla para prolongar la ausencia de su cuestor; pero este burló la esperanza de sus enemigos, y no tardó en volver á Roma. Los censores reprendieron esta vuelta por contraria á las leyes: Cayo pidió al senado una audiencia para justificarse; y habiéndola obtenido, representó que habia pasado doce años en la milicia, aunque solo estaba obligado á servir diez. La ley limitaba á un año el ejercicio de la cuestura, y él habia servido tres. Sus predecesores se habian enriquecido en aquel destino, y él habia consumido su patrimonio. Estos medios de justificacion eran tan evidentes, que sus mismos enemigos se vieron obligados á absolverle.

No por esto dejaban de maquinár: acusáronle de haber tenido parte en cierta conspiracion descubierta en la ciudad de Frejelas, aogada y castigada por el pretor Opimio, que fué despues el autor de la pérdida de Graco. No se sabe precisamente

si había contribuido á la sublevacion de estos pueblos; pero Opimio, que era adicto enteramente al senado, publicó y persuadió á todo el mundo que él era el actor ó el cómplice principal de la sedicion de los frejetanos, que nunca la hubieran intentado sin estar á cubierto con un protector poderoso, que los hacia esperar el favor del pueblo romano. Al menos es seguro que necesitó todo su espíritu para justificar su inocencia, verdadera ó pretendida, y para borrar de los ánimos aquellas impresiones dañosas á su reputacion, y que acaso eran absolutamente falsas.

La envidia que observó en el senado, la injusticia y la maldad de los que para perderle le habían mezclado falsamente en una conspiracion, el amor del pueblo que mas de una vez clamó en su favor, el deseo natural de vengar la muerte indigna de un ilustre hermano, el temor de no poder evitar los lazos que le tendian sus enemigos, y la vision sensu, que ya hemos referido, le obligaron, á pesar de la inclinacion opuesta que le da Ciceron, á engolfarse en los negocios y á aspirar al tribunado, que era el empleo propio para los grandes designios.

Ya hemos dicho que apenas tenia veinte años cuando mataron á su hermano. Diez habian transcurrido (1) cuando pretendió el tribunado; y de consiguiente se hallaba á los treinta años de su edad. Era entonces bien hecho de persona, y de una estatura imponente y majestuosa: tenia facilidad en la palabra, agradable la voz, el aire un poco grave y sério, pero sabia en caso necesario suavizarlo; y sus atenciones, aunque jenerales, no dejaban de ser proporcionadas á todo el mundo: instruido en todas las ciencias y artes; capaz igualmente de la administracion de los negocios de la guerra, de la justicia y del gobierno, era expedito en otras cosas además, pues concluia en un dia lo que otros en un mes. Sus costumbres eran las mas puras é irreprochables: era paciente hasta la insensibilidad, cuando se trataba de sí mismo: sóbrio en medio de las delicadezas que le rodeaban: liberal hasta la profusion, de un patrimonio que su hermano ya casi le habia apurado: aborrecedor de la mentira y de la calumnia, imitador perfecto de su hermano en el amor

(1) *Decem interpositis annis.* Vna. Pat. lib. 1.

á la equidad, que jamás toleró la injusticia sin desenmascararla y perseguirla bajo cualquier disfraz que se ocultase, y fuera cual fuese el poder en que estuviese sostenida: severo para sí mismo y para los demás, diferenciándose en esto de su hermano, que guardaba para sí solo toda su austeridad: mezclándose en toda suerte de negocios, y queriendo él mismo ejecutarlos todos, persuadido con razón, que nadie era mas capaz que él para ellos: y sus mismos enemigos se veían obligados á admirar la facilidad con que respondia á un mismo tiempo á los embajadores extranjeros, á los jenerales, á los magistrados, á los literatos, y á los obreros, albañiles, escultores, etc., que sin cesar tenían que tratar con él.

TRIBUNADO DE CAYO GRACO.—(A. M. 3879.—A. C. 125.) Tal como acabamos de retratarle, y con la ventaja de un nombre amado del pueblo, es poco sorprendente que obtuviese el tribunado, con un concurso infinito de jentes que vinieron de todos lados á tomar parte en aquella eleccion, y que se subieron hasta los tejados para tener el placer de dar su voto, porque la multitud reunida impedia á los

últimos que llegaban darlos en la plaza. En vano los ricos y los nobles intentaron impedir la eleccion de un hombre que sabian muy bien no les podia amar, y en el cual reconocian tantas cualidades propias para perjudicarlos.

No tardaron en efecto en presentarse los sentimientos de venganza que le pedia la sangre de su hermano. Proporcionándole el cargo de tribuno ocasiones frecuentes de hablar en público, se advirtió que en todas las arengas hacia siempre entrar la muerte de su hermano; punto bien propio para afectar al pueblo, cuando estaba manejado con destreza por un hermano á quien tambien afectaba, y por uno de los primeros oradores que tuvo Roma. Así la compasion del pueblo conmovido se presentó en toda la ciudad; y pocas cosas hubiera habido que no se ejecutasen si hubieran estado dispuestas de antemano. En una de sus arengas dijo así al pueblo: «Romanos: la república hizo en otro tiempo la guerra á los faliscos, porque habian insultado al tribuno Jenuncio. Vuestros antepasados condenaron á muerte á Cayo Veturio, porque no quiso apartarse para que pasase uno

«de vuestros magistrados: ¡y ha-
 »beis sufrido que esos orgullo-
 »sos hayan asesinado á vuestros
 »ojos á mi hermano Tiberio!
 »Hayan arrastrado su cadáver
 »por la ciudad, le hayan arro-
 »jado al Tiber, y hayan dego-
 »llado á todos los partidarios su-
 »yos que pudieron haber á las
 »manos! Y cuando las leyes oc-
 »sijen que un simple ciudadano,
 »antes de dársele la muerte sea
 »citado en juicio y admitido á
 »defenderse, una multitud de
 »romanos han sido inmolados
 »sin formalidad alguna de jus-
 »ticia!!»

Cayo se contentó por entonces con publicar dos edictos. Por el primero declaró infame á todo el que hubiese sido depuesto de una magistratura. Por este decreto se vió que su pretension era vengarse de Octavio, que habia sido depuesto por su hermano; pero es cierto que despues lo revocó á solicitud de su madre Cornelia, que así lo quiso, y con la cual parece que Octavio estaba emparentado. Por el segundo edicto declaró que todo magis- trado que hubiese desterrado á un ciudadano romano sin obser- var las formas legales, seria res- ponsable de su conducta al pue- blo, á quien solo pertenecia este juicio; edicto que iba encami-

nado á Popilio para que se le procesase, pues siendo pretor, habia desterrado á todos los a- migos de su hermano. Popilio no esperó el juicio del pueblo, y se retiró voluntariamente al Asia.

Estos dos decretos fueron bien pronto seguidos de otros mu- chos, favorables al pueblo, y que todos juntos cambiaban ab- solutamente la forma del go- bierno de la república (1). Or- denó que se volbiesen á poblar de nuevo muchas ciudades; hizo estensivo el derecho de ciudada- no romano á todos los pueblos de Italia, hasta los Alpes; dismi- nuó considerablemente el pre- cio del trigo, en favor de los pobres; y en fin, confirmó el de- creto mas considerable de todos, y que su hermano no habia po- dido acabar, que era juntar á los senadores igual número de caba- lleros, para juzgar toda suerte de negocios con igualdad de po- der. Despues de pasado este edic- to, se añadieron á trescientos se- nadores que componian todo el senado, trescientos caballeros romanos, cuya eleccion dejó el pueblo al tribuno, haciéndole de

(1) *Nō immutatum, nō tranqui- llum relinquens. Vnde. PAT. lib. II.*

este modo dueño absoluto de la ciudad.

Fácil es conocer los miramientos que emplearía el senado con un hombre á quien tanto aborrecia, que le veian gobernar con una autoridad tan absoluta, y sobre el cual era difícil atentar por el pronto. La reciente muerte de su hermano le hacia precavido; y el pueblo se presentaba en estado de perderlo y arruinarlo todo al primer acontecimiento.

En toda clase de negocios se dirigian á él: el senado se veia obligado á consultarle para sus decretos, por temor de que no los hiciese romper por el pueblo; y habiéndose encargado de la intendencia de los caminos, de la repoblacion de las ciudades y del restablecimiento de las artes, que llegaban ya á un estado floreciente, se entregó á todos estos trabajos con una facilidad y un discernimiento que manifestaban de cuánto era capaz aun en las cosas mas incompatibles.

En vano sus enemigos y envidiosos inquirian maliciosamente su conducta en la administracion de tan diversos negocios: nunca pudieron echarle otra cosa en cara sino la ambicion que le hacia encargarse de todo, sin

querer confiar nada á nadie; sin embargo el pueblo tuvo que agradecerle todos sus cuidados, y particularmente la bella reparacion de los caminos que duró mucho tiempo despues de él, y que fué uno de los monumentos mas bellos del desvelo que tenían los romanos por la comodidad pública.

Esta belleza de los caminos que habia reparado, era tal, que no dejaban de alabarle por ella en toda la ciudad; á pesar de que de todo lo que habia hecho por el público era lo que menos elogios merecia; y sin embargo fué lo que determinó al pueblo á prometerle confusamente cuanto pedirle quisiera. Aprovechóse de esta feliz disposicion; y entonces se le oyó arengar y dar gracias á la multitud pidiéndole al fin un solo favor que deseaba obtener apasionadamente. Muchos pensaron que pediria el consulado, y su confirmacion en el tribunado al mismo tiempo; pero se sorprendieron todos cuando bajando á la plaza fué suplicando á cada uno que su único deseo era el que hiciesen cónsul á su amigo Cayo Fannio. Este desinterés hizo que le amasen mucho mas: concediéronle su peticion por Fannio; y él mismo fué confirmado tribuno para el

año siguiente, sin haberlo perdido.

Entonces vió el senado hasta qué punto habia llegado el poder de Graco, juzgándole poco diferente del de los reyes. Buscáronse en este cuerpo todos los expedientes imaginables para destruirlo, ó disminuirlo. Después de muchas tentativas inútiles, y de haber empleado los medios que parecian mas propios á este efecto, convinieron en fin, reflexionándolo mucho, en el que parecia mas contrario á su interés, pero que sin embargo era el mas propio á su objeto y el menos penetrable. A nuestro parecer este fué el jiro de la mas refinada política que se encuentra en todo el curso de los negocios de aquel tiempo.

Procuráronse la amistad de Livio Druso, colega de Cayo Graco en el tribunado, hombre de un mérito reconocido, y de una consideracion muy respetada en los dos órdenes, pero que indudablemente no estaba esento de los sentimientos de envidia y zelos que naturalmente inspiraba la autoridad de Graco á todos aquellos que con igualdad de poder, se veian obligados á cederle en todo.

Los senadores le hicieron presente el vacilante estado en que

se encontraba la república por el inmenso favor que disfrutaba Cayo, al cual nada podia resistir, y que infaliblemente iba á costar la libertad al estado. «Por lo tanto es muy conveniente, te dijeron, que te guardes de oponerte á sus leyes, como hizo Octavio á las de su hermano; pues le costó su reputacion y acabó de arruinar los negocios del senado. Conviene al contrario, añadir á todas las leyes que publique en favor del pueblo alguna cosa mas favorable; de modo que si él no ha propuesto sino la repoblacion de dos ó tres ciudades, tú la pondrás de doce: en vez del precio que ha fijado al trigo que se ha de distribuir á los pobres, es menester disminuirle aun la mitad; y así se hará con las demás cosas. De esta manera inutilizarás toda la lisonja que él emplea con el pueblo; pues á medida que tus favores sean mas grandes que los suyos, se verá obligado aquel á amarte mas; y lo reconciliarás perfectamente con el senado, que Cayo quiere destruir, si añades á todas tus órdenes que son con el consentimiento y parecer del senado.»

Esta astucia les salió maravillosamente: Livio Druso aduló

al pueblo; el pueblo amó á Druso, y comenzó á no aborrecer tanto al senado. Lo que aumentó tambien su estimacion á Druso, fué que reusó constantemente todas las comisiones que se le querian dar para la ejecucion de sus edictos; mientras Graco por el contrario, tomaba para sí toda la administracion, lo cual, dándole un manejo de dinero, por intachable que fuese, no dejaba de suscitarle calumniadores. Tal fué la comision que tomó del restablecimiento de Cartago, destruida poco tiempo habia por Scipion, y que le obligó á pasar á Africa. Este viaje, á nuestro parecer, fué una de las mayores faltas que cometió el tribuno; pues en el tiempo preciso en que sus enemigos ponen en juego toda su pérda política para destruir su favor con el pueblo, abandona el campo y se aleja, dejando sus intereses al capricho de un populacho ligero é inconstante.

No hay que dudar que Druso se aprovecharia ciertamente de esta ausencia, que fué precedida inmediatamente de un acontecimiento que ayudó mucho á disminuir el crédito de Graco, y que es uno de los pasajes de su vida que hay mas necesidad de justificar, si se quiere hacerlo del todo inocente.

Hablamos de la muerte del segundo Scipion, sucedida bajo el consulado de M. Aquilio y de C. Sempronio. Este hombre el mas estimado y el personaje mas grande de la república, fué hallado muerto en su lecho, sin ninguna otra señal de la causa de su muerte, que algunos golpes cuyas señales apenas se notaban.

Recayó en Fulvio, enemigo de este hombre ilustre, con el cual habia tenido grandes contestaciones el dia anterior en la tribuna de las arengas, la sospecha de ser el autor de este atentado, tanto mas verosímil, cuanto Fulvio era un hombre violento, sedicioso, capaz de semejante empresa; y recelaba de Scipion, con mucha mas razon, cuanto que su crédito era mas grande y habia resuelto perderlo. Cayo Graco, amigo particular de Fulvio, á quien habia hecho nombrar comisario con él para la nueva reparticion de las tierras conquistadas, no estuvo esento de sospecha de haber tenido parte en esta muerte. Sabíanse las diferencias que ecsistian entre ellos, y el resentimiento que conservaba Graco contra Scipion por haber aprobado la muerte de su hermano; y era conocido el ostáculo poderoso que po-

nian el aprecio y reputacion de Scipion á las empresas y proyectos de Cayo. Habia corrido además cierto rumor de que Sempromia, mujer de Scipion y hermana de Graco, hiciera el ensayo de algun veneno; y tambien se juzgaba que Fulvio, conceptuado cómplice del crimen, no se habria encargado de él solamente, y sin el apoyo de un hombre que disponia del espíritu del pueblo. En efecto, este pueblo que adoraba á Graco, y que temia encontrarle cómplice de aquella muerte, para evitar desagradables resultados, impidió que se hiciesen averiguaciones; y la muerte del mas grande de los romanos (de aquel hombre que despues de dos consulados, despues de la toma de Cartago y de Numancia, los dos terrores de Roma (1), despues de muchos triunfos y grandes acciones, vió elevarse su patria sobre los estados del mundo por sus obras) no fué vengada ni perseguida, no se formó proceso ni se hizo pesquisa alguna;—este fué el último escaso del amor del pueblo á Cayo Graco.

No por eso dejó el senado de gritar contra un atentado seme-

(1) *Post bis excisos terrores reipublicæ.*

jante. Muchos entre el pueblo principiaron á rebajar su estimacion á Graco, luego que le sospecharon autor de un crimen tan enorme: y la sospecha llegó despues casi á certidumbre, porque se juzgaba y con razon que él mismo debiera haber querido se averiguase este suceso, para lavarse de tamaña imputacion, si hubiera querido aparecer inocente.

Los que le han creído verdaderamente autor ó cómplice de esta muerte, han añadido tambien que toda la familia de los Scipiones habia entrado en la conjuracion contra su hermano, de la cual Natica no habia sido sino el ejecutor; y han creído con ello poder en cierto modo justificar su venganza.

En este estado dejó las cosas cuando fué á repoblar á Cartago, á la cual dió despues el nombre de Junonia. Algunos pensaron que habia creído conveniente alejarse de Roma, para destruir con su ausencia la idea del crimen que se le imputaba, ó para libertarse de las imágenes espantosas que su atentado le presentaria en un lugar donde á cada paso encontraria diariamente motivos de remordimientos.

Entretanto Druso, aprovechándose de la coyuntura de es-

ta ausencia, trabajó poderosamente en destruirle en el espíritu del pueblo. Para ello se guardó muy bien de declararse nunca contra él; pero después de haber lisonjeado con ecstasificación á este último orden, creyó dar un ataque mortal á la estimación de Graco, desencadenándose contra Fulvio, conocido de todo el mundo por amigo suyo.

Observó grandes miramientos en las declamaciones que hizo contra Fulvio: porque siendo su objeto hacer recaer gran parte del odio público sobre Graco, enidó de que no se notase su designio; y para esto, jamás habló de la muerte de Scipion, que todos sabian era el atentado mas negro de Fulvio; porque no notasen que procuraba renovar el recuerdo de un crimen que el pueblo habia querido sepultar en favor de Cayo. Acusó solamente á Fulvio de haber querido sublevar los pueblos de Italia, y solicitado á los aliados con infracción de los convenios. Presentó el carácter siempre faccioso de un hombre que, ni la dignidad consular con que habia sido onrado, ni las gracias que el senado y el pueblo le habian concedido frecuentemente, habian podido llevarle al placer de

una vida tranquila. Pintó á Fulvio arrebatado y violento, buscando siempre su provecho en el desorden de la cosa pública y en mejorar el mal estado de sus negocios, arruinados del todo por sus partidos, cábalas, y continua intemperancia.

Cada cual reconoció el carácter de Fulvio; y tanto mas recordaron el asesinato de Scipion, cuanto mas empeño habia tenido Druso en callarlo. El pueblo se declaró abiertamente contra él, y queria que se le procesase para dar una satisfaccion al senado, cuyos favores y deferencias le hacia notar Druso tan á menudo.

De este modo los negocios de Graco se arruinaban del todo por la desgracia de un hombre que era como su hechura. Recibió en Africa la noticia de este cambio prodijioso; y no creyendo deber retardar mas su vuelta, llegó á Roma después de setenta dias de ausencia.

Al llegar conoció la falta que habia cometido ausentándose; y para repararla, abandonó su casa que estaba en el monte Palatino, y fué á vivir cerca de la plaza, en donde podria mas fácilmente hacer la corte al pueblo de que estaba lleno aquel cuartel. Para volver á ganarse su favor, publicó al momento las

demás leyes que había proyectado, todas opuestas y funestas al senado. Difícilmente se concebiría cuánto el pueblo, que casi le había olvidado, y que durante su ausencia se había puesto del partido de Druso y del senado, se mudó al verle, y cuántas señales de ternura recibió;—cambio siempre probado y siempre fatal á los que no están bastante convencidos de él.

Sin perder tiempo, destinó un día para hacer aprobar todas sus leyes, y se vió llegar á Roma tan gran cantidad de extranjeros hechos venir para sostener su partido, que ya no se dudó del éxito de todo lo que deseara Graco proponer. El senado, para desembarazarse de esta multitud, persuadió al cónsul á que hiciese publicar á son de trompeta que todos los que había en Roma que no fuesen naturales y romanos se retirasen en el mismo día. Esta fué la vez primera que se vió mandar que los amigos, los aliados y los mismos ciudadanos tuviesen que salir de la ciudad.

El tribuno Graco fijó un edicto ordenando la destrucción del mandato del cónsul, y prometió á cuantos quisiesen permanecer en la ciudad, protegerlos contra los insultos que pudieran reci-

bir. Esto no lo ejecutó muy puntualmente, porque habiendo los lictores del cónsul reducido á prisionero un extranjero, disimuló la injuria; y sea que no se encontrase bastante fuerte para sostenerle, ó que temiese encender al punto la guerra civil, no hizo movimiento alguno; y esto no le causó el menor perjuicio en el espíritu del pueblo.

Opimio entretanto fué hecho cónsul; hombre del todo adicto al senado, y enemigo de Graco desde la conspiración de Frejulas y que le acusó de ser su autor. Determinado siempre á perseguirle, anuló al día siguiente de su instalación muchas de sus leyes; y destruyó entre otras la de la repoblación de Cartago, de la cual hizo responsable al tribuno.

Este porte atrevido de un hombre conocido naturalmente tan firme como emprendedor, hizo prever á todo el mundo el incendio que iba á seguirse á esta primera chispa; y en efecto, habiendo reunido Graco á sus amigos, entre los cuales ocupaba Fulvio un lugar distinguido, se resolvió reunir jentes para oponerse á los ataques del cónsul, que acababa de hacer entrar en la ciudad tropas que le eran muy afectas. Ya no se dudó entonces

de las desgracias que iban á suceder: sobre todo desde que Cornelia, madre de Graco, le escortó ella misma en público á no sufrir mas los insultos del cónsul, y á que recordase que la misma suerte le estaba reservada que á su hermano, y que no debía reusar al oprimido pueblo una vida que ella le habia dado para el bien de la libertad pública: que en cuanto á ella, por grande que fuese el dolor que su pérdida le causase, como le causó la de su hermano, á pesar de eso no se creeria desgraciada por haber dado á luz dos hijos que habian vivido y morian protectores de la libertad pública.

En este estado estaban las cosas, cuando llegó el dia prefijado para la revision de las leyes, y cada uno de los dos partidos se encontró muy de mañana en el Capitolio. El cónsul Opimio hizo un sacrificio, y uno de sus lictores, que llevaba las entrañas de la víctima, dijo á Fulvio al pasar á su lado; «Malciudadano: deja el paso á los hombres de bien.» Estas palabras fueron acompañadas de jestos amenazadores que irritaron á Fulvio, y al pueblo mucho mas; de modo que indignándose todos de las insolencias del lictor, que se habia atrevido con un varon con-

sular, se arrojaron todos sobre él y le asesinaron. Cayo Graco reprendió ágramente al pueblo, pero Opimio sin miramiento alguno hizo presente con su viveza ordinaria, que nada podia permanecer tranquilo bajo las magistraturas de los Gracos, pues los sacrificios mas santos estaban manchados con el asesinato de los que servian en él. Una gran lluvia que sobrevino de repente, y que hizo separar á todo el mundo, impidió que se viese en este dia el fin de este negocio; pero al siguiente reunió Opimio muy temprano al senado, cuidando de presentar en la puerta el ensangrentado cuerpo del lictor y pidiendo que se hiciese justicia.

No dejó de encontrar en este cuerpo algunas personas sabias y despojadas de pasiones, que hicieron presente, que aunque el atentado cometido en la persona de Antilo fuese vituperable, se debía considerar sin embargo que el tribuno no habia tenido parte alguna en él, y que por el contrario habia reprendido con dureza á los que le habian cometido; que el lictor además se habia atraído su desgracia por una insolencia punible con un varon consular como Fulvio; y que sobre todo se habia

visto matar á Tiberio Graco como á tribuno del pueblo, y arrojar su cadáver al Tiber, sin proceso ni informaciones, sin que nadie hubiese pensado en vengar su muerte; y que seria demostrar demasiada parcialidad pretendiendo vengar la de un hombre vil como un lictor.

Este discurso no produjo efecto en la mayor parte del senado, animada por Opimio, que habiendo recogido los votos, hizo expedir un decreto ó senatoconsulto, por el cual, atendida la urgente necesidad, le daba el senado al cónsul plenos poderes, permitiéndole obrar absolutamente y sin procedimiento alguno en todo lo que creyese conveniente para salvar á la república y exterminar á los tiranos.

Tal fué el decreto del senado, ó por mejor decir, tal fué la señal del combate y el principio de la carnicería; porque Opimio, que habia resuelto la pérdida de Graco, sirviéndose del poder que acababan de conferirle, mandó á todos los senadores que tomasen las armas, y á todos los caballeros romanos, que se encontrasen al dia siguiente por la mañana en el Capitolio, con dos sirvientes armados para emplearlos en las necesidades de la república.

Fulvio por su parte tambien procuró reunir sus partidarios; pero el pueblo, con el cual parecia debia contar, habia desaparecido desde el primer decreto del senado. Graco, considerando la cobardia de aquellos que con tanto calor habia sostenido, no pudo dejar de espresar su dolor, y parándose delante de la estatua de su padre le dijo: «Me has dado la vida para sostener á este pueblo que has visto libre. Nada he omitido para conservar esta libertad; mi hermano ha perecido por esta causa: voy á perecer del mismo modo con el pesar de ver la insensibilidad de todos ácia lo que me ha de costar la vida.»

Esta accion patética reanimó un poco al dormido populacho, y reuniéndose muchos á las tropas que el tribuno tenia en la ciudad, formaron una guardia en las casas de Graco y de Fulvio: los partidarios del cónsul Opimio tambien rodearon la suya; y se vió en Roma la imájen mas viva de la guerra, sin que hubiese otros enemigos que sus propios ciudadanos.

Las tropas de Fulvio se armaron con los despojos de los galos que él habia vencido el año de su consulado, y que estaban colgadas de las paredes de su casa;

y dando grandes gritos fueron á apoderarse del monte Aventino. Cayo, al contrario, salió en traje talar y sin armas, para manifestar no tenia parte en los furores de la sedicion. Su mujer, que le amaba tiernamente, acude bañada en lágrimas á detenerle: le ase de la ropa, y teniendo en sus brazos el hijo, prenda única de su amor, le dice: »¿Adónde vas tan de mañana, querido mio? ¿Ignoras tú que los que mataron á tu hermano quieren hacer contigo lo mismo? ¿Quieres que yo reclame tu cadáver á las ondas del Tiber? Créeme; desde que murió tu hermano no se puede confiar ni en la autoridad de las leyes, ni en la proteccion de los dioses. Mira que vas á ponerte á la cabeza de un populacho vil que te abandonará cobardemente si vé el menor peligro. Si tienes algun afecto á mí y á este hijo querido, no arriesgues una vida que nos es tan preciosa.» Penetrado de dolor, y sin tener fuerzas para responder, se arranca de sus brazos, ella le quiere seguir, y cae desmayada.

El tribuno sin embargo representándose la idea de todas las desgracias que iban á principiar, y concibiendo un justo horror á la sangre que cruelmen-

te se derramaria, persuadió á Fulvio enviase al cónsul el mas jóven de sus hijos, con órden de hacer proposiciones de paz y reconciliacion. Este niño, que era de la mayor belleza, llegó efectivamente al senado con un caducen en la mano, salvo conducto que se daba á los heraldos. Presentóse á Opimio con mucha humildad; y despues de haber manifestado con lágrimas la pena que sufría su partido por los desórdenes presentes, les dijo que iba á recibir palabras de paz y de reconciliacion.

La mayor parte de los presentes eran de parecer que se enviasen diputados al tribuno y á Fulvio, y que se entrase en negociacion á fin de cortar la efusion de sangre romana; pero Opimio, que en esta muestra de sumision reconoció debilidad, le respondió con la autoridad de que estaba revestido, que no era dado á criminales ni á rebeldes tratar de paz ni reconciliacion, para entretener al senado; pero que si venian ellos mismos como suplicantes á someterse á la justicia, acaso el senado se calmara y les perdonaria parte de sus atentados; y que así, le prohibia venir otra vez con proposiciones de paz fuera de las condiciones que acababa de prescribirle.

El tribuno mismo quería ir á echar en cara al senado sus injusticias y sus violencias; pero fué detenido por todo su partido. Contentáronse pues con volver á enviar al hermoso hijo de Fulvio, que el cónsul mandó prender sin quererle escuchar; y no deseando otra cosa que combatir, marchó contra Fulvio con sus tropas, á cuya cabeza iban algunos candiotas. Este vió con sumo dolor que era su valor inútil por la cobardía de los suyos, que no pudieron sostener un momento el ataque del cónsul; de modo que se vió obligado á ponerse en salvo como pudo; y habiéndose ocultado en un baño con su hijo mayor, fueron muertos allí.

El implacable Opimio, envió un licor á la prision á decir al jóven Fulvio, que eligiese el género de muerte que le habia de dar: hecha semejante oferta á un muchacho de doce años, se puso á llorar. Uno de los augures etruscos que se hallaba en la misma cárcel, le dijo: «¿Tan terrible te parece que es morir? »Aora te haré ver que no hay cosa mas fácil;» y al mismo tiempo se arroja contra uno de los postes de la puerta, se deshace la cabeza y muere: el jóven le imitó, y tambien cayó muerto.

MUERTE DE CATO GRACO.—Este buen resultado de Opimio, espantó á todo el partido del tribuno; y la amnistía que el cónsul hizo publicar para todos los que le abandonasen, acabo de dejar solo á Graco. Este distinguido defensor del pueblo, este hombre que tenia tantos miles de ciudadanos bajo su protección, se quedó solo con algunos de sus amigos que no quisieron entregar á un combate tan desigual. Sin embargo, es poco concebible cómo este hombre que habia manifestado tanto valor en diversas ocasiones, manifestase tanta indolencia ó insensibilidad en esta: entró en el templo de Diana, y la dijo: «Diosa: »sufra para siempre el pueblo »por quien me he sacrificado el »efecto de su ingratitud; y que »los hierros con que le carguen »sean tales, que no salga jamás »de su esclavitud!» Este deseo se cumplió despues esactamente;—hoy día el pueblo romano, sigue en la misma esclavitud.

Sacando despues el tribuno un puñal para matarse le desarmaron sus amigos y le suplicaron que huyese. En esta huida hicieron prodijios de valor Pomponio y Licinio hasta perder la vida defendiendo el paso de un puente por el cual se escapaba Graco. La

multitud que le veía lloraba su infortunio; mas no hacia ningun esfuerzo para socorrerlo. Pedía á gritos un caballo; nadie se atrevía á dárselo. En el momento en que iban á alcanzarle sus enemigos, se arrojó á un bosque consagrado á las furias, donde Filocrato, su esclavo, le atravesó por orden suya con un puñal.

El infame Opimio habia prometido al que le llevase su cabeza una cantidad de oro del mismo peso que ella. Un tal Septimuleyo la separó del tronco, y habiendo sacado secretamente el cerebro, la rellenó de plomo y la hizo pesar diezisiete libras y media. Su cuerpo y los de tres mil que perecieron en aquel desgraciado desorden, fueron arrojados al Tiber. Licinia, mujer de Graco, fué privada de viudedad, y á todas las viudas se prohió llevar luto.

Despues de todas estas crueldades, Opimio puso el colmo á la humillacion del pueblo, edificando, en memoria de aquel dia espantoso, un templo á la Concordia; pero un dia smanejó grabada en sus paredes una inscripcion, cuyo sentido era:

Crímen, muerte y discordia,
Labraron este templo á la Concordia.

Opimio no gozó mucho tiem-

po de su vergonzoso y sangriento triunfo. Enviado de embajador al Africa, se dejó sobornar por el rey de Numidia, fué puesto en juicio, convencido y condenado, y terminó sus dias en el oprobio, cargado del desprecio y de la maldicion universal. Antes de morir vió las estátuas erijidas por el pueblo en onor de los Gracos, y los lugares en que habian perecido llenos de ciudadanos que llevaban ofrendas de flores y de frutos.

Cornelia, digna madre de sus hijos por su valor, gozó de la gloria adquirida por ellos. En su retiro, cerca del monte Miseno, recibia dones y omenajes de los estranjeros y de los personajes mas ilustres de Italia y Grecia. Acudian á verla con una curiosidad respetuosa, y se complacian en oirla contar las azañas de los dos Scipiones y las acciones de los Gracos, cuyos discursos repetia. El viajero, admirando su noble carácter, creia ver en ella la antigua Roma, adornada de todas sus virtudes.

Tales fueron las empresas y la muerte de los dos hijos de Tiberio Sempronio Graco. Se ha dicho de ellos que hubieran podido obtener sin trabajo, y solo por su propio mérito, cuanto procuraron adquirir por la fuerza

y la sedición; y aun no está decidido si eran culpables de ambición, ó únicamente defensores de la libertad del pueblo.

El senado, aprovechándose de un triunfo obtenido por la violencia, revocó las leyes populares adoptadas en tiempo de los Gracos. Autorizó con nuevos decretos á los usurpadores del dominio público y á los poseedores de las tierras conquistadas, para que las conservasen y dispusiesen de ellas á su voluntad. El orden se había restablecido en Roma; pero no la union, porque la plebe estaba oprimida por los magnates, y esperaba una ocasion favorable para la venganza. Hubo en el Lacio y en Cerdeña algunas rebeliones parciales que fueron sofocadas por el cónsul Aurelio y el pretor Opimio. Hizo muchos estragos en Africa una peste, producida por una nube horrible de langostas que cubrió los campos y corrompió los granos y los frutos. Los galos, cuyo solo nombre causaba en otro tiempo tanto terror á los romanos, atacados ahora en su propio suelo, veian

amenazada su independencia. Teutomaco, rey de los salios, pueblo de los Alpes, habia insultado el territorio de Marsella. El cónsul Fulvio y su sucesor Sestio Calvino, socorrieron aquella república aliada, y arrojaron de su pais á Teutomaco, que se retiró á los alobrojes, pueblo que habitaba lo que hoy es la Saboya y el Delfinado. Estos se ligaron con los arvernos y rutenos, y pelearon contra los eduos que habian hecho alianza con los romanos. La capital de los eduos se llama hoy Autun.

El cónsul Domicio Ahenobarbo marchó contra los alobrojes, los derrotó y les mató veintitres mil hombres. Despues Fabio Máximo, hijo de Paulo Emilio, logró contra ellos y sus aliados una victoria todavia mas completa y sangrienta. Las relaciones romanas, probablemente exageradas, dicen que la pérdida de los galos en aquella batalla ascendió á doscientos mil hombres. Uno de sus reyes fué prisionero y sirvió de ornamento en el triunfo de Fabio Máximo. Este tomó el sobrenombre de *alobrójico*.

FIN DEL TOMO OCTAVO.

ÍNDICE

DE LOS LIBROS, CAPITULOS Y MATERIAS.

CONTENIDOS EN ESTE VOLUMEN.

CONTINUA EL LIBRO NUDECIMO.

CONCLUSION DEL CAPITULO III.	3
CAP. IV.—DESDE LA REPULSION DE LOS GALOS HASTA LA PRIMER GUERRA PUNICA.—Proposiciones de los tribunos.—Reedificacion de Roma.—Conspiracion de Manlio.—Dictadura de Camilo.—Nombramiento de cónsules plebeyos.—Creacion de los pretores.—Muerte de Camilo.—Heroicidad de Marco Curcio.—Dictadura de Marco Rutilio, plebeyo.—Guerra con los samnitas.—Batalla de Capua.—Vision de los cónsules Manlio Torcuato y Decio.—Severidad de Manlio con su hijo.—Dictadura de Publio Filo, plebeyo.—Dictadura de Papirio Cursor.—Orras Caudinas.—Nueva guerra con los samnitas.—Guerra con los luculentinos.—Batalla de Herdonia.—Batalla de Asculum.—Batalla de Benevento.—Toma de Tarentum.—Dominio de la república sobre toda la Italia.	43
CAP. V.—PRIMERA GUERRA PUNICA.—Causa de la primera guerra púnica.—Sitio y rendicion de Agrigento.—Batalla naval de Milas.—Toma de la isla de Mélieta ó Malta.—Monstruo matado en las orillas del Bagrada.—Victoria de Régulo.—Victoria de Jántipo sobre Régulo, en la que le hace prisionero.—Embajada de Cartago á Roma.—Partida de Régulo.—Heróico discurso de Régulo al senado.—Su magnanimidad.—Su vuelta á Cartago: su suplicio y su muerte.—Venganza de Marcia, viuda de Régulo.—Batalla de Drepano.—Batalla de las Egates y fin de la primera guerra púnica.—Conquista de Cerdeña.—Celebracion de los juegos seculares.—Primer divorcio en Roma.—Guerra de Iliria.—Batalla de Telamon.—Rasgo cruel de supersticion.—Batalla del Adda.—Batalla de Acerno.	74
CAP. VI.—SEGUNDA GUERRA PUNICA.—Causa de esta guerra.—Expedicion de Aníbal á Italia.—Batalla del Trebia.—Batalla del Trasimeno.—Dictadura de Fabio.—Artificio de Aníbal.—Vuelta de Fabio á Roma.—Batalla de Cannas.—Armamento de Roma.—Vuelta del cónsul Varro á Roma.—Dictadura de Marco Junio.	
TOMO VIII.	25

— Sitio de Capua. — Batalla del Metauro. — Magnanimidad del jó- ven Scipion. — Toma de Cartago nova ó Cartajena por el jóven Sci- pion. — Entrevista de Scipion y de Annibal. — Batalla de Zama. — Derrota de los cartajineses. — Paz entre Roma y Cartago.	95
CAP. VII. — Primera guerra con Filipo, rey de Macedonia. — Ba- talla de Cinocefalas. — Adopcion de la ley porcia. — Abolicion de la ley opia. — Acusacion dirigida contra Annibal. — Huida de Annibal á Siria. — Embajada de Roma al rey de Siria. — Declaracion de gue- rra. — Batalla de Magnesia. — Acusacion de peculado contra Scipion el Africano. — Magnanimidad de Tiberio Graco. — Segunda guerra de Macedonia. — Consulado de Paulo Emilio. — Batalla de Enipéo. — Triunfo de Paulo Emilio en Roma. — Humillacion de los reyes y de los pueblos delante de Roma. — Proteccion concedida á los ju- dios. — Perfidia de Sulpicio Galba. — Abolicion de las fiestas bacana- les. — Epoca del poeta Terencio. — Rigidez de Caton el censor. . . .	115
CAP. VIII. — TERCERA GUERRA PÚNICA. — Causa de esta guerra. — Em- bajada de Caton al Africa. — Declaracion de guerra á Cartago. — Embajada de Cartago á Roma. — Desarme de Cartago. — Nueva gue- rra de Macedonia. — Nueva guerra en Grecia. — Vuelta de Scipion Emiliano á Roma. — Sitio, toma y destruccion de Cartago. — Co- bardia de Asdrubal y valor de su mujer.	140
CAP. IX. — Los GRACOS. — Decadencia de la república. — Revolucion de Viriato en Lusitania. — Muerte de Viriato. — Guerra de Nu- mancia. — Sedicion excitada en Roma por los Gracos. — Retrato de Cornelia, madre de los Gracos. — Retrato de los Gracos. — Tribuna- do de Tiberio Graco. — Su proposicion de dos edictos. — Firmeza de Tiberio Graco. — Deposition del tribuno Octavio. — Término del tribundado de Graco. — Su muerte y la de trescientas personas. — Rebelion de los esclavos en Sicilia. — Cayo Graco, tribuno. — Po- der de Cayo Graco. — Fundacion de la nueva Cartago. — Muerte de Cayo Graco.	143

HISTORIA

UNIVERSAL

ANTIQUA ET MODERNA.

TOMO IX.

STAT SUA CUIQUE DIE.

VIRG.

HISTORIA



ANTIGUA Y MODERNA,

FORMADA PRINCIPALMENTE

CON LAS OBRAS DE LOS CELEBRES ESCRITORES

EL CONDE DE SEGUR, ANQUETIL Y LESAGE,

Y CON PRESENCIA DE LAS ESCRITAS

POR

M. MILLOT, MULLER, CHATEAUBRIAND, BOSSUET, THIERS, GUIZOT,
GUAY, MICHELET, MIGNET, ROBERTSON, KODIER, MONTESQUIEU,
ROLLIN, MARIANA, MIÑANA, SOLIS, TORENO, MARLIANI, MICHAEL etc.

FINALIZANDO

CON UN DICCIONARIO GEOGRÁFICO UNIVERSAL.

OBRA COMPILADA

POR UNA SOCIEDAD HISTORIOGRÁFICA,

BAJO LA DIRECCION DE

A. MARTINEZ DEL ROMERO,

INDIVIDUO DE VARIAS SOCIEDADES ARTÍSTICAS Y LITERARIAS,
NACIONALES Y ESTRANJERAS.

MADRID:

1842.

**Oficina del Establecimiento Central, calle de
Atocha, núm. 65, cuarto principal.**

HISTORIA

UNIVERSAL.

CONTINUA EL LIBRO UNDÉCIMO.

CAPITULO X.

MARIO Y SYLA.

Causa de la fuerza militar de Roma. — Establecimiento de la provincia napolitana. — Guerra de Numidia. — Retrato de Jugurta. — Tratado entre Calpurnio y Jugurta. — Táctica de Jugurta. — Batalla entre Jugurta y Metelo. — Retirada de Mario. — Retrato de Mario. — Consulado de Mario. — Asesinos de Mario. — Cuestión de Sylla. — Muerte de Jugurta. — Batalla de Aquas Sextias. — Batalla de Vercelas. — Odio entre Sylla y Mario. — Alianza de Cinna y Mario. — Muerte de Mario. — Muerte de Cinna. — Venganza del joven Mario. — Entrada de Sylla en Roma: su venganza. — Muerte del cónsul Carbon. — Crímenes de Catilina. — Dictadura perpetua de Sylla. — Su retrato. — Su gobierno. — Su consulado. — Primera defensa de Ciceron. — Abdicación de Sylla. — Muerte de Sylla.

CAUSA DE LA FUERZA MILITAR DE ROMA.—No nos admirará tanto el aumento rápido de la potencia romana, cuando consideremos que las naciones atacadas por sus numerosos ejércitos, no estaban ligadas entre sí: que Roma era el único estado que tenia tropas regulares y pagadas, á las cuales oponian los bárbaros una

muchedumbre intrépida, pero desordenada, con malas armas, é ignorante en el arte de las evoluciones, y en el de asegurar las subsistencias. No sabían ni escojer posiciones ni fortificar sus campamentos. El soldado romano, habituado al trabajo desde su infancia, cubierto de un largo escudo y armado de una espada corta, aguda y tajante, llevaba sin dificultad un peso de sesenta libras, hacia diariamente cargado con él una marcha de quince millas, y apenas tomaba posición fortificaba el campamento. El orden de las coortes, la velocidad de las tropas ligeras, las filas estrechas de las legiones, les daban una inmensa ventaja sobre sus enemigos, que se afanaban en vano por romperlas y desbaratarlas. Contra aquellas falanjes invencibles se consumía su ardor; y cuando desanimados con el mal éxito de sus ataques, huían en desorden, la caballería romana hacía en ellos terrible matanza, y se apoderaba de su campamento, donde tenían sus mujeres, hijos y riquezas. Así la ruina de una nación era frecuentemente la consecuencia de una sola victoria, y desde el año 636 de Roma, ya eran bastante estensas las conquistas hechas por la república al otro lado de los

Alpes, para formar con ellas una provincia que se llamó Galia Narbonense.

ESTABLECIMIENTO DE LA PROVINCIA NARBONENSE. — (A. M. 3838.—A. C. 116.) El mismo año, una colonia de galos establecida en Tracia, sorprendió y venció á los romanos mandados por el cónsul Caton; pero los escordiscos (que así se llamaban estos bárbaros) no supieron aprovecharse de su victoria. Los romanos recobraron la superioridad, aunque lo áspero del país hizo durar esta guerra seis años. Metélo se distinguió en ella: Mucio la terminó, y la derrota completa de aquellos pueblos le adquirió los honores del triunfo.

GUERRA DE NUMIDIA. — (A. M. 3891.—A. C. 113.) Después de la victoria de Mucio, no hubo por el espacio de cinco años ningún suceso considerable en el vasto imperio de los romanos. Pero este reposo fué turbado por la guerra de Numidia, famosa á causa de la corrupción de los romanos, y de los artificios, crímenes, talentos y valor de Iugurta.

RETRATO DE IUGURTA. — Muerto Masinisa, heredó el reino Micipsa, su hijo. Este príncipe tuvo dos hijos llamados Adherbal y Hiempsal: con ellos se educó

en su palacio Iugurta, hijo natural de Manastábal, hermano de Micipsa. Iugurta se distinguia ya al salir de la infancia, por su fuerza prodijiosa, su rara hermosura, su carácter osado, y su espíritu vivo, flexible y penetrante. En vez de dejarse corromper, como la mayor parte de los príncipes, por la molicie y los deleites, siguiendo los antiguos hábitos de su nacion, se ejercitaba en domar caballos fogosos, en lanzar dardos, y en disputar el premio de la carrera á los compañeros de su juventud.

Los numidas veian con gozo repetirse en él la imájen de Masinisa. Diestro y liberal, sabia hacerse amar de los mismos que se reconocian por inferiores á él. Apasionado á la caza, atacaba intrépidamente los tigres y leones. Todos celebraban sus azañas, y él parecia ignorarlas. Micipsa admiraba sus grandes cualidades; pero pronto le inspiraron una viva inquietud, porque se recelaba que si á tanto mérito se añadia la ambicion, quitaria el trono á sus hijos: por otra parte nada podia hacer contra él, porque los numidas no disimulaban el afecto que le tenian. Resolvió pues, conociendo el ansia de Iugurta por la gloria, esponerle á los peligros de la

guerra, esperando que en ellos pereceria un rival tan peligroso para sus hijos; y le dió el mando de un cuerpo auxiliar de numidas que marchó á España para reforzar el ejército romano.

Esto era en la época del sitio de Numancia. Iugurta, vigilante, activo, intrépido, ardiente en el combate, sagáz en el consejo, granjeó el aprecio de Scipion, que le confió las expediciones mas difíciles, en las cuales adquirió nueva gloria y aumentó la idolatria de los numidas. Como era amable y liberal, contrajo amistad íntima con muchos oficiales romanos, ambiciosos de dominacion y de riquezas. Estos le inspiraron el deseo de apoderarse del trono de Numidia despues de la muerte de Micipsa, y le aseguraron que no le faltarian valedores en Roma, donde todo se conseguia á precio de oro. Concluida la guerra de Numancia, Scipion antes de salir de España colmó á Iugurta de elogios y presentes; pero le advirtió en secreto que prefiriese merecer la estimacion y benevolencia del senado y pueblo romano por medio de una conducta leal, á ganar la amistad peligrosa de algunos hombres turbulentos. Le aconsejó que no fundase su gloria sino en los ta-

lentos y en las virtudes, y le predijo que el camino de la intriga y de la corrupcion le conduciria infaliblemente á su ruina: concluyó dándole una carta para Micipsa, en la cual felicitaba al rey por tener un sobrino tan digno de él y de Masinisa. Los elogios de Scipion, la gloria de Iugurta, y el amor que le tenia el pueblo, obligaron á Micipsa á mudar de sistema. Determinó ganar con beneficios al que no podia arruinar sin peligro, y le cedió la tercera parte del reino para conservar á sus hijos las otras dos. Cercano ya á su muerte, llamó á los tres príncipes y dijo á Iugurta: «Siempre te he amado como si fueras mi hijo. No has engañado mi esperanza, y tus azañas han llenado de gloria la patria y mi reinado. Yo te conjuro que ames á estos dos príncipes parientes tuyos por la sangre, y hermanos por mis beneficios. Serán fuertes mas bien por tu amistad que por mis tesoros. El trono que os dejo será indestructible si os unís: perecerá fácilmente si os dividís. Tú tienes mas edad, Iugurta: tu experiencia debe impedir las desgracias que temo. Vosotros, hijos míos, respetad é imitad á este héroe: no se diga que he sido mas feliz por la adopcion

que por la naturaleza.» Micipsa murió á los pocos dias. Despues de sus exequias, los tres príncipes se reunieron para tratar de sus negocios. Hiempsal, orgulloso por su nacimiento, tomó arrogantemente el primer lugar. Iugurta propuso que se anulasen los decretos dados por Micipsa en los cinco últimos años de su reinado, porque en ellos se conocia la decadencia de su espíritu. Hiempsal dijo que aprobaba esta determinacion, porque la adopcion de Iugurta solo tenia tres años de fecha. Esta palabra amarga encendió un odio que no pudo extinguirse sino con sangre.

Los tres reyes repartieron los tesoros de su padre y fijaron los límites de sus estados. Hiempsal se retiró despues á la ciudad de Ternida, y algunos emisarios de Iugurta se introdujeron con llaves falsas en su palacio y aposento y le cortaron la cabeza. La noticia de este crimen, esparciéndose con rapidez, aterró á Adherbal y á sus partidarios. Todos los pueblos de Numidia tomaron las armas: el mayor número se declaró por Adherbal: los mas belicosos por Iugurta. Este, reuniendo con prontitud sus tropas, marchó contra el enemigo, lo acometió y venció, lo arrojó de sus estados y se apode-

ró de Numidia. Adherbal, vencido, buscó asilo en Roma, donde el asesinato de su hermano había escitado mucha indignación. Jugurta envió embajadores con mucho oro para conservar el vimiento de sus antiguos amigos y adquirir otros nuevos. La llegada de estos diputados y el repartimiento del dinero causaron una mudanza repentina, y la mayor parte de los senadores convirtieron sin vergüenza el odio violento que tenían á Jugurta en la mas activa benevolencia.

Adherbal recordó en vano al senado sus derechos al trono y los servicios que su padre y abuelo habían hecho á la república. Representó inútilmente que aun cuando no tuviera mas título que su desgracia, era propio de la dignidad del pueblo romano socorrerle; y que el senado no debía permitir que un fratricida le arrojase del reino que su familia debía á la generosidad de Roma.

Los embajadores de Jugurta respondieron que los numidas habían muerto á Hiempsal, porque no podían tolerar su carácter violento ni su tiranía sanguinaria: que Adherbal, habiendo atacado á Jugurta, se quejaba sin justicia de las calamidades que

su agresion le había causado: y que el rey suplicaba al senado creer mas bien sus acciones que las calumnias de sus enemigos, y no suponer que hubiese perdido repentinamente las buenas cualidades que le granjearon en el sitio de Numancia la estimación de Scipion y de todo el ejército romano.

Los senadores, ganados por el oro de Jugurta, defendieron su causa con calor, recordando sus servicios. Algunos, mas amigos del honor que de las riquezas, opinaron que se castigase el crimen y se diese socorro al infortunio. Este dictámen fué sostenido por Scauro, hombre intrigante y ávido, pero que sabia evitar el escándalo y ocultar su corrupcion bajo las apariencias de la ríjidez.

El partido mas injusto prevaleció. Decidióse enviar diez comisarios al Africa para repartir la Numidia entre Jugurta y Adherbal. Opimio, el homicida de Cayo Graco, fué jefe de esta comision. El rey de Numidia le compró fácilmente el sacrificio de sus deberes, y ganando del mismo modo á los demás comisarios, le dejaron en la particion las provincias mas fértiles del reino.

La provincia de Africa, ocu-

— Sitio de Capua. — Batalla del Metauro. — Magnanimidad del jó- ven Scipion. — Toma de Cartago nova ó Cartajena por el jóven Sci- pion. — Entrevista de Scipion y de Annibal. — Batalla de Zama. — Derrota de los cartajineses. — Paz entre Roma y Cartago.	95
CAP. VII. — Primera guerra con Filipo, rey de Macedonia. — Ba- talla de Cinocéfalas. — Adopcion de la ley porcia. — Abolicion de la ley opia. — Acusacion dirigida contra Annibal. — Huida de Annibal á Siria. — Embajada de Roma al rey de Siria. — Declaracion de gue- rra. — Batalla de Magnesia. — Acusacion de peculado contra Scipion el Africano. — Magnanimidad de Tiberio Graco. — Segunda guerra de Macedonia. — Consulado de Paulo Emilio. — Batalla de Enipéo. — Triunfo de Paulo Emilio en Roma. — Humillacion de los reyes y de los pueblos delante de Roma. — Proteccion concedida á los ju- dios. — Perfidia de Sulpicio Galba. — Abolicion de las fiestas bacana- les. — Epoca del poeta Terencio. — Rigidez de Caton el censor. . . .	115
CAP. VIII. — TERCERA GUERRA PÚNICA. — Causa de esta guerra. — Em- bajada de Caton al Africa. — Declaracion de guerra á Cartago. — Embajada de Cartago á Roma. — Desarme de Cartago. — Nueva gue- rra de Macedonia. — Nueva guerra en Grecia. — Vuelta de Scipion Emiliano á Roma. — Sitio, toma y destruccion de Cartago. — Co- bardia de Asdrubal y valor de su mujer.	140
CAP. IX. — Los GRACOS. — Decadencia de la república. — Revolucion de Viriato en Lusitania. — Muerte de Viriato. — Guerra de Nu- mancia. — Sedicion excitada en Roma por los Gracos. — Retrato de Cornelia, madre de los Gracos. — Retrato de los Gracos. — Tribuna- do de Tiberio Graco. — Su proposicion de dos edictos. — Firmeza de Tiberio Graco. — Deposition del tribuno Octavio. — Término del tribunado de Graco. — Su muerte y la de trecientas personas. — Rebelion de los esclavos en Sicilia. — Cayo Graco, tribuno. — Po- der de Cayo Graco. — Fundacion de la nueva Cartago. — Muerte de Cayo Graco.	143

HISTORIA
UNIVERSAL
ANTIGUA Y MODERNA.
TOMO IX.

SEAT SUA CUSQUE DIES.

VIRG.

HISTORIA



ANTIGUA Y MODERNA,

FORMADA PRINCIPALMENTE

CON LAS OBRAS DE LOS CELEBRES ESCRITORES

EL CONDE DE SEGUR, ANQUETIL Y LESAGE,

Y CON PRESENCIA DE LAS ESCRITAS

FOR

**M. MILLOT, MULLER, CHATEAUBRIAND, BOSSUET, THIERS, GUIZOT,
GUAY, MICHELET, MIGNET, ROBERTSON, NODIER, MONTESQUIEU,
ROLLIN, MARIANA, MIÑANA, SOLIS, TORENO, MARLIANI, MICHAEL etc.**

FINALIZANDO

CON UN DICCIONARIO GEOGRÁFICO UNIVERSAL.

OBRA COMPILADA

POR UNA SOCIEDAD HISTORIADORA,

BAJO LA DIRECCION DE

A. MARTINEZ DEL ROMERO,

**INDIVIDUO DE VARIAS SOCIEDADES ARTÍSTICAS Y LITERARIAS,
NACIONALES Y ESTRANJERAS.**

MADRID:

1842.

**Oficina del Establecimiento Central, calle de
Atocha, núm. 65, cuarto principal.**

HISTORIA

UNIVERSAL.

CONTINUA EL LIBRO UNDÉCIMO.

CAPITULO X.

MARIO Y SYLA.

Causa de la fuerza militar de Roma. — Establecimiento de la provincia neapolitana. — Guerra de Numidia. — Retrato de Jugurta. — Tratado entre Calpurnio y Jugurta. — Táctica de Jugurta. — Batalla entre Jugurta y Metelo. — Retirada de Mario. — Retrato de Mario. — Consulado de Mario. — Asesinato de Mario. — Cuestura de Sylla. — Muerte de Jugurta. — Batalla de Aquas Sextias. — Batalla de Vercelas. — Odio entre Sylla y Mario. — Alianza de Cinna y Mario. — Muerte de Mario. — Muerte de Cinna. — Venganza del joven Mario. — Entrada de Sylla en Roma: su venganza. — Muerte del cónsul Carbon. — Crímenes de Catilina. — Dictadura perpétua de Sylla. — Su retrato. — Su gobierno. — Su consulado: — Primera defensa de Cicero. — Abdicación de Sylla. — Muerte de Sylla.

CAUSA DE LA FUERZA MILITAR DE ROMA.--No nos admirará tanto el aumento rápido de la potencia romana, cuando consideremos que las naciones atacadas por sus numerosos ejércitos, no estaban ligadas entre sí; que Roma era el único estado que tenía tropas regulares y pagadas, á las cuales oponían los bárbaros una

muchedumbre intrépida, pero desordenada, con malas armas, é ignorante en el arte de las evoluciones, y en el de asegurar las subsistencias. No sabían ni escojer posiciones ni fortificar sus campamentos. El soldado romano, habituado al trabajo desde su infancia, cubierto de un largo escudo y armado de una espada corta, aguda y tajante, llevaba sin dificultad un peso de sesenta libras, hacia diariamente cargado con él una marcha de quince millas, y apenas tomaba posición fortificaba el campamento. El orden de las coortes, la velocidad de las tropas ligeras, las filas estrechas de los leñones, les daban una inmensa ventaja sobre sus enemigos, que se afanaban en vano por romperlas y desbaratarlas. Contra aquellas falanjes invencibles se consumía su ardor; y cuando desanimados con el mal éxito de sus ataques, huían en desorden, la caballería romana hacía en ellos terrible matanza, y se apoderaba de su campamento, donde tenían sus mujeres, hijos y riquezas. Así la ruina de una nación era frecuentemente la consecuencia de una sola victoria, y desde el año 636 de Roma, ya eran bastante extensas las conquistas hechas por la república al otro lado de los

Alpes, para formar con ellas una provincia que se llamó Galia Narbonense.

ESTABLECIMIENTO DE LA PROVINCIA NARBONENSE. — (A. M. 3838.—A. C. 116.) El mismo año, una colonia de galos establecida en Tracia, sorprendió y venció á los romanos mandados por el cónsul Caton; pero los escordiscos (que así se llamaban estos bárbaros) no supieron aprovecharse de su victoria. Los romanos recobraron la superioridad, aunque lo áspero del país hizo durar esta guerra seis años. Metélo se distinguió en ella: Mucio la terminó, y la derrota completa de aquellos pueblos le adquirió los honores del triunfo.

GUERRA DE NUMIDIA. — (A. M. 3891.—A. C. 113.) Después de la victoria de Mucio, no hubo por el espacio de cinco años ningún suceso considerable en el vasto imperio de los romanos. Pero este reposo fué turbado por la guerra de Numidia, famosa á causa de la corrupcion de los romanos, y de los artificios, crímenes, talentos y valor de Iugurta.

RETRATO DE IUGURTA. — Muerto Masinisa, heredó el reino Micipsa, su hijo. Este príncipe tuvo dos hijos llamados Adherbal y Hiempsal: con ellos se educó

en su palacio Iugurta, hijo natural de Manastábal, hermano de Micipsa. Iugurta se distinguía ya al salir de la infancia, por su fuerza prodijiosa, su rara hermosura, su carácter osado, y su espíritu vivo, flexible y penetrante. En vez de dejarse corromper, como la mayor parte de los príncipes, por la molicie y los deleites, siguiendo los antiguos hábitos de su nación, se ejercitaba en domar caballos fogosos, en lanzar dardos, y en disputar el premio de la carrera á los compañeros de su juventud.

Los numidas veían con gozo repetirse en él la imájen de Masinisa. Diestro y liberal, sabía hacerse amar de los mismos que se reconocían por inferiores á él. Apasionado á la caza, atacaba intrépidamente los tigres y leones. Todos celebraban sus azañas, y él parecía ignorarlas. Micipsa admiraba sus grandes cualidades; pero pronto le inspiraron una viva inquietud, porque se recelaba que si á tanto mérito se añadía la ambición, quitaría el trono á sus hijos: por otra parte nada podía hacer contra él, porque los numidas no disimulaban el afecto que le tenían. Resolvió pues, conociendo el ansíado Iugurta por la gloria, esponerle á los peligros de la

guerra, esperando que en ellos perecería un rival tan peligroso para sus hijos; y le dió el mando de un cuerpo auxiliar de numidas que marchó á España para reforzar el ejército romano.

Esto era en la época del sitio de Numancia. Iugurta, vigilante, activo, intrépido, ardiente en el combate, sagáz en el consejo, granjeó el aprecio de Scipion, que le confió las expediciones mas difíciles, en las cuales adquirió nueva gloria y aumentó la idolatría de los numidas. Como era amable y liberal, contrajo amistad íntima con muchos oficiales romanos, ambiciosos de dominacion y de riquezas. Estos le inspiraron el deseo de apoderarse del trono de Numidia despues de la muerte de Micipsa, y le aseguraron que no le faltarian valedores en Roma, donde todo se conseguía á precio de oro. Concluida la guerra de Numancia, Scipion antes de salir de España colmó á Iugurta de elogios y presentes; pero le advirtió en secreto que prefiriese merecer la estimacion y benevolencia del senado y pueblo romano por medio de una conducta leal, á ganar la amistad peligrosa de algunos hombres turbulentos. Le aconsejó que no fundase su gloria sino en los ta-

lentos y en las virtudes, y le predijo que el camino de la intriga y de la corrupcion le conduciria infaliblemente á su ruina: concluyó dándole una carta para Micipsa, en la cual felicitaba al rey por tener un sobrino tan digno de él y de Masinisa. Los elogios de Scipion, la gloria de Iugurta, y el amor que le tenia el pueblo, obligaron á Micipsa á mudar de sistema. Determinó ganar con beneficios al que no podia arruinar sin peligro, y le cedió la tercera parte del reino para conservar á sus hijos las otras dos. Cercano ya á su muerte, llamó á los tres príncipes y dijo á Iugurta: «Siempre te he amado como si fueras mi hijo. No has engañado mi esperanza, y tus azañas han llenado de gloria la patria y mi reinado. Yo te conjuro que ames á estos dos príncipes parientes tuyos por la sangre, y hermanos por mis beneficios. Serán fuertes mas bien por tu amistad que por mis tesoros. El trono que os dejo será indestructible si os unís: perecerá fácilmente si os dividís. Tú tienes mas edad, Iugurta: tu experiencia debe impedir las desgracias que temo. Vosotros, hijos míos, respetad é imitad á este héroe: no se diga que he sido mas feliz por la adopcion

que por la naturaleza.» Micipsa murió á los pocos dias. Despues de sus ecsequias, los tres príncipes se reunieron para tratar de sus negocios. Hiempsal, orgulloso por su nacimiento, tomó arrogantemente el primer lugar. Iugurta propuso que se anulasen los decretos dados por Micipsa en los cinco últimos años de su reinado, porque en ellos se conocia la decadencia de su espíritu. Hiempsal dijo que aprobaba esta determinacion, porque la adopcion de Iugurta solo tenia tres años de fecha. Esta palabra amarga encendió un odio que no pudo extinguirse sino con sangre.

Los tres reyes repartieron los tesoros de su padre y fijaron los límites de sus estados. Hiempsal se retiró despues á la ciudad de Ternida, y algunos emisarios de Iugurta se introdujeron con llaves falsas en su palacio y aposento y le cortaron la cabeza. La noticia de este crimen, esparciéndose con rapidez, aterrorizó á Adherbal y á sus partidarios. Todos los pueblos de Numidia tomaron las armas: el mayor número se declaró por Adherbal: los mas belicosos por Iugurta. Este, reuniendo con prontitud sus tropas, marchó contra el enemigo, lo acometió y venció, lo arrojó de sus estados y se apode-

ró de Numidia. Adherbal, vencido, buscó asilo en Roma, donde el asesinato de su hermano habia escitado mucha indignacion. Jugurta envió embajadores con mucho oro para conservar el vñimiento de sus antiguos amigos y adquirir otros nuevos. La llegada de estos diputados y el repartimiento del dinero causaron una mudanza repentina, y la mayor parte de los senadores convirtieron sin vergüenza el odio violento que tenían á Jugurta en la mas activa benevolencia.

Adherbal recordó en vano al senado sus derechos al trono y los servicios que su padre y abuelo habian hecho á la república. Representó inútilmente que aun cuando no tuviera mas título que su desgracia, era propio de la dignidad del pueblo romano socorrerle; y que el senado no debia permitir que un fratricida le arrojase del reino que su familia debia á la jenerosidad de Roma.

Los embajadores de Jugurta respondieron que los numidas habian muerto á Hiempsal, porque no podian tolerar su carácter violento ni su tiranía sanguinaria; que Adherbal, habiendo atacado á Jugurta, se quejaba sin justicia de las calamidades que

su agresion le habia causado: y que el rey suplicaba al senado creer mas bien sus acciones que las calumnias de sus enemigos, y no suponer que hubiese perdido repentinamente las buenas cualidades que le granjearon en el sitio de Numancia la estimacion de Scipion y de todo el ejército romano.

Los senadores, ganados por el oro de Jugurta, defendieron su causa con calor, recordando sus servicios. Algunos, mas amigos del onor que de las riquezas, opinaron que se castigase el crimen y se diese socorro al infortunio. Este dictámen fué sostenido por Scauro, hombre intrigante y ávido, pero que sabia evitar el escándalo y ocultar su corrupcion bajo las apariencias de la ríjidez.

El partido mas injusto prevaleció. Decidióse enviar diez comisarios al Africa para repartir la Numidia entre Jugurta y Adherbal. Opimio, el homicida de Cayo Graco, fué jefe de esta comision. El rey de Numidia le compró fácilmente el sacrificio de sus deberes, y ganando del mismo modo á los demás comisarios, le dejaron en la particion las provincias mas fértiles del reino.

La provincia de Africa, ocu-

pada en tiempos remotísimos por los jetulos y libios, pueblos selváticos, fué conquistada segun dicen los historiadores, por Hércules, cuyo ejército se componia de diversas naciones del Oriente. Cuando murió, los medos, persas y armenios repartieron el pais. Los persas se unieron con los jetulos, ocuparon la orilla del mar y tomaron el nombre de numidas. Los medos y armenios se confederaron con los libios y tomaron el nombre de moros. Los fenicios llegaron despues á la costa y fundaron las ciudades de Hipona, Adrumeto, Leptis y Cartago. Cuando comenzó la guerra de Numidia, las ciudades púnicas tenían majistrados romanos: la Numidia, que se extendia hasta el rio Maluca, obedecía á Jugurta, y el rey Bocco poseía la Mauritania, donde casi no era conocido el nombre de Roma.

Apenas los diez comisarios volvieron á Italia, Jugurta invadió los estados de Adherbal. Este reunió su ejército y escribió al senado quejándose de esta nueva agresion. Los dos rivales se encontraron cerca de Cirta. Jugurta sorprendió de noche el campo enemigo, y las tropas de Adherbal pasaron en un momento del sueño á la muerte. Adher-

bal se refugió con mucha dificultad á la plaza de Cirta, y su implacable enemigo le sitió en ella.

Roma envió diputados á entrambos príncipes mandándoles que dejasen las armas. Jugurta respondió que habia probado suficientemente su respeto á los romanos y el deseo de ganar la benevolencia de los hombres mas grandes de la república; pero que mientras mas valor y virtudes mostraba, mas difícil le era sufrir un insulto; y que sabedor de las conspiraciones tramadas contra él por Adherbal, no habia hecho mas que anticiparse: en fin, que él daría cuenta al senado de su conducta. Con esto despidió á los embajadores y estrechó el sitio.

Los cónsules recibieron una carta lastimosa de Adherbal, entregando su reino á la república, y pidiendo en nombre de Masinisa, su abuelo, que defendiesen su vida contra los furores de Jugurta. Algunos senadores, indignados de ver despreciada de aquel modo la intervencion de Roma, propusieron enviar inmediatamente un ejército al Africa; pero los partidarios del rey numida lograron que no se adoptase este dictámen. Se contentaron con enviar á Ulica á Scauro, príncipe del senado,

con otros consulares. Desde que llegaron, enviaron orden á Iugurta para que se presentase. Iugurta estaba incierto entre el temor que le inspiraban tan graves personajes y el deseo de dominar. La ambicion triunfó: dió un asalto terrible á la plaza para cortar las contestaciones con la toma de Cirta y la ruina de Adherbal; pero fué rechazado, y hubo de presentarse á los embajadores, cuyas amenazas y escortaciones no hicieron ningun efecto sobre su ánimo.

El sitio continuaba siempre. Algunas tropas italianas, que eran la principal defensa de la ciudad, fatigadas de un bloqueo tan largo y de la falta de víveres, persuadieron á Adherbal que podia capitular sin temor, pues Roma lo protejia, y que sus derechos se sostendrian mejor por negociacion que por armas. El débil príncipe siguió este consejo funesto y se entregó á Iugurta. Este le hizo morir con suplicios horrendos, y mandó matar á todos los italianos y numidas que habian defendido la ciudad.

Cuando llegó á Roma la noticia de estas crueldades, los partidarios de Iugurta procuraron alargar las deliberaciones con la esperanza de lograr la impunidad del rey; pero Cayo Memmio,

tribuno del pueblo, y ardiente enemigo de la nobleza, descubriendo atrevidamente las intrigas de los senadores corrompidos por Iugurta, les hizo temer que el pueblo irritado avocase este negocio á su tribunal. Se decidieron, pues á declarar la guerra al rey de Numidia; y sacando las provincias á la suerte, tocó la Italia á Scipion Nasica, y el Africa á Lucio Calpurnio Bestia.

Iugurta envió nuevos embajadores á Roma para comprar su absolucion con regalos; pero se volvieron á Numidia, porque el senado habia decretado no dar oídos á Iugurta hasta que hubiese puesto su reino y su persona á disposicion del pueblo romano.

Calpurnio, jeneral valiente y experimentado, manchaba tan bellas cualidades con su avaricia sórdida. Fuerte en presencia de los peligros, solo era débil ante el oro. Al alistar su ejército, eligió Iugartenientes del orden senatorial, ilustres por su nacimiento y sus azafias, pero corrompidos y codiciosos, esperando que el crédito de ellos cubriría sus malversaciones. Scauro fué uno de estos Iugartenientes.

TRATADO ENTRE CALPURNIO Y IUGURTA.—Apenas llegó el Afri-

es, entró rápidamente en Numidia, hizo un gran número de prisioneros, y se apoderó de muchas ciudades. Jugurta le hizo conocer por medio de sus emisarios las dificultades de la guerra y la facilidad de enriquecerse. El cónsul y Scauro se dejaron corromper tan prontamente, que Jugurta, cuya esperanza se había limitado al principio á retardar las operaciones militares, creyó que podía comprar la paz: se presentó pues con fiadamente en el campamento del cónsul, se justificó ante su consejo por pura formalidad, ó hizo con Calpurnio un tratado secreto, en virtud del cual se le dejaba en posesion de su reino, mediante un tributo.

Después de firmar este convenio, entregó á los cuestores treinta elefantes, muchos caballos y una suma corta de dinero. Calpurnio volvió á Italia para las elecciones.

La noticia de esta capitulación produjo en Roma discusiones muy acaloradas. La prevaricación del cónsul era evidente; pero el crédito de Scauro impedía al senado declararse abiertamente contra Calpurnio.

El tribuno Memmio, irritado de semejante infamia, la denunció al pueblo. «Me avergüenzo,

»decia, de recordaros hasta qué punto sois, de quince años á esta parte, el juguete del orgullo y avidez de algunos ambiciosos. Les habeis dejado asesinar á vuestros defensores: juzgad cuánto os ha envilecido vuestra cobardía, pues habiendo adquirido la superioridad sobre los enemigos, no os atreveis á elevaros. ¿Temereis siempre á esos hombres que deberían temblar de vosotros? Los Gracos y los Fulvios han perecido á sus manos: el que defiende vuestros derechos, se le acusa de aspirar á la tiranía; ¿y quiénes lo acusan? Esos tiranos ambiciosos, esos hombres infames y avarientos, que roban el tesoro público, se apoderan de los tributos de los reyes, y acumulan todas las dignidades y riquezas. Yo luchó contra su poder; pero mi victoria depende de vosotros. Arrojad su yugo. La impunidad les dá ánimos en vez de avergonzarse de sus delitos, se glorian de ellos: su union aumenta su fuerza, y vuestra debilidad los asegura. El deseo de no turbar vuestro reposo me inclinaria á tolerar vuestra indulgencia para con estos hombres impíos, homicidas y dilapidadores si no os condujera in-

«falliblemente á vuestra ruina.
 «Pero es imposible vivir en paz
 «con ellos: son los enemigos de
 «vuestros aliados, y los aliados
 «de vuestros enemigos: vosotros
 «queréis ser libres, ellos domi-
 «nar; y no teneis mas eleccion
 «que entre la guerra civil y la
 «esclavitud.»

«Ya es tiempo de poner un
 «freno á su criminal ambicion:
 «os conjuro, romanos, á que no
 «dejeis impune el enorme aten-
 «tado que acaban de cometer.
 «No se trata ya de saqueos ni de
 «vejaciones, delitos tan vulgares
 «que casi se miran con indife-
 «rencia; sino de haber puesto
 «en venta, á presencia del ejér-
 «cito, el interés público y la ma-
 «jestad de Roma. Si no castigais
 «á los culpables, consentid en
 «ser sus esclavos; porque hacer
 «impunemente todo lo que se
 «quiere, es la verdadera tira-
 «nia.»

Este discurso de Memmio ins-
 piró al pueblo tanto enojo que
 promulgó, con sorpresa de los
 senadores, un plebiscito, man-
 dando al pretor Casio que en-
 viase á Roma á Lugurta con un
 salvo conducto, para tomarle
 declaracion, justificar con ella
 los crímenes, y castigar á los de-
 lincuentes.

Lugurta no resistió á las insi-

nuaciones de Casio, cuya probi-
 dad era tan célebre que el rey se
 fió mas de ella que del salvo
 conducto de la república. Llegó
 á Roma, no con la pompa de un
 monarca poderoso, sino con el
 aparato lúgubre de un acusado
 que procura escitar la piedad.

Su primer operacion fué ga-
 nar con prodigalidad algun par-
 tido en el pueblo; pero la mu-
 chedumbre, irritada contra él,
 queria que se le pusiese en la
 cárcel, y que si no declaraba sus
 cómplices, se le diese muerte
 como á enemigo público. Mem-
 mio, enemigo de todo esceso, y
 fiel á los principios de la justi-
 cia, declaró que no permitiría la
 violacion de la fé pública.

Su firmeza apaciguó el tu-
 multo. Despues mandó que Lu-
 guria se presentase, le recordó
 sus crímenes y le advirtió que
 el pueblo conocia sus cómplices
 y queria que su declaracion aca-
 base de convencerlos. Le pre-
 vino además que si confesaba la
 verdad, podia confiar en la clemencia de Roma; pero que si
 mentía, su ruina era cierta sin
 salvar á los demás culpables.

Dicho esto, le mandó respon-
 der; pero otro tribuno, llamado
 Bébio y que estaba sobornado
 por Lugurta, prohibió á este prin-
 cipe que declarase. Esta oposi-

cion escitó un tumulto en la muchedumbre. Béblio resistió ostinadamente á sus clamores y amenazas, y la asamblea se separó enfurecida de haber sido tan indignamente burlada. Este suceso dió ánimo á los acusados.

Habia entonces en Roma un numida, llamado Masiva, que era nieto de Masinisa. Habíase escapado de Cirta despues de la muerte de Adherbal. El nuevo cónsul Spurio Albino, le aconsejó secretamente que pidiese al senado el reino de Numidia, y Masiva lo hizo así. Jugurta, informado de sus pretensiones, hizo que Bomílcar, uno de sus favoritos, apostase asesinos, que lo mataron. Bomílcar fué preso y se le hizo sumaria. El rey dió por él cincuenta reenes y le envió en secreto al Africa. Despues hizo vanos esfuerzos para alentar su partido con nuevos regalos: todos sus tesoros no pudieron borrar el horror que inspiraban tantos y tan grandes crímenes. El senado le declaró la guerra y le mandó salir de Italia. Se cuenta que al partir volvió la cara á-cia Roma y exclamó: «¡O ciudad venal! no tardarás en ser esclava sino lo que tardes en hallar comprador!»

TACTICA DE JUGURTA.—El cón-

sul Albino pasó al Africa. Quería terminar la guerra antes de los comicios ó con la victoria ó con un tratado. Mas era tan difícil vencer como engañar á Jugurta. Este príncipe, viendo que el senado estaba resuelto á arruinarlo, opuso á las fuerzas de Roma las de su jénio. Valiente, astuto é infatigable, se aprovechó para aumentar sus tropas y ganar tiempo, de todos los recursos que le ofrecian su conocimiento del pais y la presuncion orgullosa del jeneral romano. Unas veces amenazando, otras suplicante, ya se mostraba dispuesto á combatir, ya á someterse. Vivo en sus ataques, pronto en sus retiradas, se burló con sus movimientos y ardidés del jeneral enemigo, de modo que pasó el año sin que el cónsul hubiese hecho progresos en la Numidia. Volvióse á Roma para celebrar los comicios, donde el pueblo le acusó de incapaz ó traidor.

Su hermano Aulo, que quedó con el mando del ejército, quiso apoderarse de una ciudad donde Jugurta tenia sus tesoros. Avariento y presuntuoso, esperaba amedrentar al rey de Numidia con esta empresa atrevida y obligarle á comprar la paz. Jugurta, que se burlaba de su im-

pericia, se manifestó aterrado para inspirarle mas confianza, y le envió diputados que lisonjearon su ambicion y avaricia. Finje buir, y con el pretexto de un tratado secreto y lucrativo, persuade á Aulo que penetre en unos campos retirados, donde la intriga podria hacerse occultamente: sus emisarios sobornan á los oficiales romanos, que le prometen abandonar sus puestos á la primera señal.

Estando todo dispuesto, acomete de noche el campamento de Aulo y se apodera de él. Las legiones huyen tirando las armas, y se hallan rodeadas de numidas que se habian puesto en acecho. Al otro dia declaró Iugurta á Aulo, que aunque le temia encerrado y podia arruinarle con todo su ejército, le concederia la paz, á condicion que las legiones pasasen bajo el yugo y evacuasen la Numidia en diez dias. Aulo, medroso, firmó esta paz que le cubria de ignominia.

Es mas fácil de concebir que de explicar la sorpresa y la indignacion de Roma á la noticia de este revés. El senado reusó aprobar el tratado, declarando que no habia podido concluirse sin orden suya: decision injusta, porque rompiendo la paz, no

ponia el ejército en la situacion peligrosa en que se hallaba cuando hizo la capitulacion. El pueblo, irritado mas que nunca contra los nobles, nombró una comision encargada de proceder contra todos los que se habian dejado sobornar por Iugurta. Scauro tuvo la osadía y la habilidad de hacer que se le nombrase comisario y juez de sus cómplices, y los condenó impudentemente al destierro.

La faccion popular, despues de lograda esta victoria contra los magnates, mostró una insolencia igual al orgullo anterior de los nobles; y la humillacion de estos la disponia á la sedicion, así como sus triunfos la habian preparado á admirar hasta sus defectos. Se elijieron cónsules á Metelo y Silano. La provincia de Africa tocó al primero, hombre de una probidad sin mancha, y jeneral hábil, estimado igualmente por los dos órdenes del estado. No haciendo confianza de las legiones humilladas y vencidas, alistó otras, y reunió muchos víveres, armas y caballos. En Africa halló un ejército indisciplinado, insolente, cobarde, perezoso, ladrón, y mas temible para los aliados que para los enemigos.

Metelo restableció el orden

con su severidad, sometió el soldado á ejercicios continuos, y restituyó el vigor á la disciplina. Jugurta, temeroso de un adversario como Metelo, le envió embajadores, y le prometió entregarse con su reino á los romanos si se le aseguraba una existencia onrosa. Metelo dió en público una respuesta evasiva á estas proposiciones poco sinceras; y atacando á aquel príncipe pérfido y corruptor con sus propias armas, ganó en secreto á sus embajadores, que le prometieron entregarle al rey, é invadió la Numidia.

La aparente sumision de Jugurta no habia adormecido al cónsul; porque sabia que aquel príncipe era tan temible de lejos como de cerca. Aunque no encontraba ostáculo á su marcha, hacia continuos reconocimientos, cubria sus flancos, y estaba siempre en los puestos avanzados del ejército.

BATALLA ENTRE JUGURTA Y METELO.—Jugurta, viendo que no era posible engañar á Metelo, resolvió tentar la suerte de las armas. Reune todas sus tropas, coloca parte de ellas en una altura, y oculta las demás en los matos que coronaban la orilla de un rio. Entre este rio y la montaña, habia un campo de-

sierto por el cual debía pasar Metelo. Desde que los romanos se adelantaron, fueron embestidos por los numidas en todas direcciones. En este terrible combate no era posible maniobrar: se peleaba cuerpo á cuerpo, y la victoria dependia mas bien del valor que de la habilidad.

La accion duró todo el dia; pero al fin, debilitados un poco los numidas por el calor y el cansancio, consiguió Metelo arreglar las filas y formar las coortes, y á pesar de la resistencia del enemigo, se apoderó de la colina. El rey solo tenia á su favor su habilidad y la fortaleza de su posicion: los romanos eran mas valientes que sus tropas; y desde que se apoderaron de la altura, los bárbaros huyeron. Rutilio, que mandaba la retaguardia de Metelo, destruyó al mismo tiempo el ala izquierda de los africanos. Metelo, vencedor, continuó su marcha, conquistó muchas fortalezas, taló los campos, é hizo que se le entregasen muchos reenes y municiones.

Jugurta, vencido, mas no desalentado, varió de sistema y no dió mas batallas, sino se puso al frente de una numerosa caballería, costó sin cesar á los romanos, se apoderó de sus convoyes y mató cuantos soldados se se-

paraban de las columnas. En la ciudad de Sica, sorprendió á Mario, lugarteniente del cónsul. Este guerrero, tan célebre después, nacido para gloria y desgracia de Roma, salió del riesgo con una intrepidez heroica sin pérdida ninguna.

Metelo sitió á Zama, creyendo á Jugurta muy lejos de aquel sitio; pero cuando daba el asalto, aparece el rey y se apodera del campamento romano. Ya estaba muerta toda la guardia: solo cuarenta hombres defendían en la estremidad del campo un puesto elevado, cuando Mario acude con algunas tropas, encuentra los numidas ocupados en el saqueo, los arroja y hace en ellos gran matanza.

Al otro día Metelo volvió á asaltar la plaza y Jugurta el campamento: la batalla duró dos días: Metelo rechazó á los africanos, pero debilitado por tantos combates, levantó el sitio de Zama, dejó guarniciones en las ciudades conquistadas y tomó cuarteles de invierno en las fronteras de Numidia. Deseando triunfar por la astucia con mas seguridad y prontitud que por las armas, sobornó á Bomilcar con grandes promesas, y este traidor valido le prometió ven-

romo ix.

vorado de inquietudes. Bomilcar le representó que devastados los campos y esauisto el tesoro, el desaliento obligaría á los numidas á tratar con los romanos si no se anticipaba á someterse y entrar en negociacion con la república donde tenía tantos amigos que asegurarían su vida en todo peligro.

Jugurta, movido por sus consejos, envió á decir al cónsul que ponía en manos de Roma su persona y su reino. Metelo podía que le entregase al momento un gran número de elefantes, caballos y armas y dos mil libras de oro. Jugurta obedeció. Entonces recibió orden de ir á Tisidio; mas sea por inconstancia suya, ó por el temor que le inspiraban los avisos secretos de sus amigos, mudó repentinamente sus resoluciones y determinó continuar la guerra.

RETRATO Y PRIMER CONSULADO DE MARIO.—(A. M. 3895.—A. C. 109.) Al mismo tiempo Mario, que se hallaba en Utica, ofreció un sacrificio á los dioses, y el arúspice, consultando las entrañas de la víctima, le predijo una gran fortuna: presajio que desplegó su ambicion devoradora. Mario, dotado de grandes talentos para la guerra, despreciador de los placeres y de las riquezas,

3

Solo era ávido de gloria y de autoridad. Tenia fuerza, valor, inteligencia, en fin, todas las cualidades que en tiempos turbulentos pueden elevar un hombre á la cumbre del poder. Habia nacido en la plebe, y participaba del ódio de esta á la nobleza. Militó desde su infancia; y despreciando la instruccion de los griegos y la urbanidad romana, solo estudió la guerra, en la cual se distinguió de modo que aunque desconocido personalmente de la mayor parte de sus conciudadanos, fué elevado en los comicios por los sufragios que le adquirió la fama de sus azañas á tribuno militar. Ascendió sucesivamente á todos los grados, y los desempeñó con tal acierto que siempre se le creia digno de un empleo superior al que ocupaba. A pesar de su mérito aun no habia elevado sus miras á la dignidad consular, la cual pocos plebeyos se atrevian á pretender. La prediccion del arúspice le alentó, y pidió á Metélo una licencia con el designio de ir á Roma á solicitar el consulado.

Metélo apreciaba su valor y habilidad, y hasta entonces habia sido su amigo; pero orgulloso como todos los nobles, procuró disuadirle de su determinacion diciéndole que no se es-

pusiese á un desaire; y como Mario insistiese, le añadió que haria muy bien en esperar á que Metélo el hijo, que aun era niño, fuese capaz de pedir el consulado, para solicitarlo juntamente con él.

Este sarcasmo ofendió profundamente á Mario: dando oidos solamente á su ambicion, y nada escrupuloso en los medios de satisfacerla, formó un partido entre los oficiales, escitó el descontento de los soldados, censuró la conducta del jeneral y denigró sus talentos. Añadia, recordando sus propias azañas, que con la mitad del ejército cojeria á Iugurta, y que Metélo prolongaba la guerra solo para gozar mas tiempo de su autoridad. Estas expresiones, repetidas con frecuencia á los habitantes de las ciudades y á los comerciantes, hicieron en ellos grande impresion, porque el comercio estaba aniquilado á causa de la guerra, y era necesaria una pronta paz para vivificarlo. Mario granjeó tambien la amistad de Gauda, príncipe numida, que debia heredar el trono de Iugurta, y cuyo amor propio habia ofendido Metélo con sus altiveces. Este príncipe, los caballeros romanos, los comerciantes, y hasta los soldados escribian á Roma censurando

siempre la lentitud del cónsul, y repitiendo á una voz que el único medio de terminar la guerra de Numidia era confiar á Mario el mando del ejército. Todas estas cartas circulaban en Roma, hacian perder á Metélo la confianza pública, y aseguraban á Mario el favor de la plebe.

Mientras que el cónsul se veía atacado en su patria por la ingratitude de un cliente de su familia, prolejido por él en muchas ocasiones, la fortuna le daba otros motivos de inquietud. La plebe de la ciudad de Vacca, de concierto con los soldados de la guarnicion, degollaron á los nobles y oficiales que celebraban un banquete. El cónsul atacó á los asesinos, los venció y dió á saco la ciudad.

Al mismo tiempo interceptó Jugurta una carta que descubria la conspiracion de Bomficar, y la cabeza de este alevoso cayó; pero desde aquel momento el temor de nuevas traiciones y el remordimiento de sus crímenes no le permitieron gozar un solo instante de descanso. Creyendo ver en cada vasallo un conspirador, mudaba sin cesar de ministros, de guardias, de alojamiento y aun de cama. Perseguido de sueños horribles, muchas veces tomaba las armas en medio de la

noche y llamaba en su favor la guardia; y los terrores de este príncipe pérfido y sanguinario se parecian á las extravagancias de un delirante. Metélo marchó contra él, le derrotó segunda vez, le echó mas allá del desierto, y le obligó á retirarse á Tala, donde habia encerrado á sus hijos y las reliquias de sus tesoros.

El cónsul le persiguió con mas ardor que prudencia: las tropas romanas, abrasadas del sol y sin agua, estuvieron á pique de perecer, y no se salvaron sino por una lluvia abundante, muy rara en aquellos paises, y que pareció milagrosa. Jugurta desanimado se retiró con sus hijos á la Mauritania: el rey Boco, que era su yerno, reanimó su valor é hizo alianza con él contra los romanos. Metélo se apoderó de las murallas de Tala, porque los habitantes habian quemado las casas y perecido en el incendio.

CONSULADO DE MARIO.—Mario llegó á Italia y logró el consulado por los votos unánimes del pueblo, á pesar de los esfuerzos de los nobles. El nuevo cónsul, irritado de esta oposicion, manifestó violentamente el odio que les tenia. En la primera renga que hizo al pueblo, despues de haber enumerado las obligaciones de su dignidad, dijo

que el hombre nuevo elevado por sola su virtud, debía inspirar mas confianza que aquellos nobles soberbios, dispensados de tener mérito en razon de la riqueza, esplendor y clientela de su familia.

«Romanos, decía: lo que he hecho antes de conseguir vuestros sufragios, os dice bastante lo que haré en adelante para justificarlos. Los que han fingido por ambicion ser virtuosos, se quitan la máscara cuando llegan al poder; pero yo he practicado la virtud desde mi tierna edad, y el hábito la ha radicado en mi alma. Sé que los nobles, envidiosos de mi dignidad y no de mis trabajos, no pueden perdonarme la preferencia que me habeis dado. Examinad, pues todavía es tiempo, si hareis mejor en confiar vuestros ejércitos y la direccion de la guerra contra Pirgurtá á uno de esos ilustres magnates, tan ricos en abuelos, pero pobres en servicios. Sabeis lo que hacen en estos casos: ciertos de su imperieie, toman por consejeros á plebeyos hábiles, y cuando Roma les encarga que manden á todos, eligen á algunos que los manden á ellos mismos. Es verdad que cuando ascienden al consulado

«empiezan á leer la historia de nuestros antepasados y los libros militares de los griegos. Trastornando el orden natural de las cosas, aspiran al gobierno antes de intruirse, y no se aplican al estudio sino cuando es necesario obrar.»

«Ciudadanos: comparad su orgullo con el mérito de un hombre nuevo. Lo que ellos tienen que aprender, lo he hecho yo: lo que es menester contarles, lo he visto: lo que esperan hallar en los libros, lo he aprendido combatiendo. Ved si quereis preferir mis acciones á sus palabras. Yo no puedo ostentar, como ellos, las imágenes, los consulados y los triunfos de mis antepasados; pero puedo mostrar dardos, arneses, estandartes, coronas, ilustres dones de mis jefes, y las numerosas cicatrices que cubren mi pecho. Esta es mi nobleza y mis títulos, no adquiridos por herencia, sino conquistados en medio de los peligros. Mis discursos no tienen arte, ¿qué importa si en ellos se ve al descubierto la virtud que me anima? Yo dejo los prestijios de la elocuencia á los que quieren ocultar la infamia de sus acciones. Confieso que ignoro la literatura griega; pero es porque no he

«visto que haya hecho mas valerosos ni independientes á los que la enseñan, y además he aprendido una ciencia mas útil á la república, la de vencer al enemigo, ejercitar las tropas, arrostrar el rigor de las estaciones, dormir en la tierra, sufrir el trabajo y la hambre, y no temer nada sino la ignominia. Yo daré esta instruccion á vuestros soldados, y la gloria y el peligro serán comunes entre ellos y su jeneral.»

«La nobleza me desprecia y trata de hombre rústico, porque ni sé dirigir un espléndido banquete, ni doy sueldo á histriones, ni tengo un cocinero que me cueste mas que un aporador. Tengo vanidad en merecer estas reprensiones, porque mi padre me enseñó que las virtudes son la riqueza de Roma, y las armas su adorno, y que el lujo conviene á las mujeres y el trabajo á los hombres. Eaos orgullosos patricios, entregados á los deleites, poseen enorabuena su vejez en las mismas delicias que encenogaron su juventud: el sudor y el polvo me gustan mas que sus orjías; pero cómo ha de sufrirse que hombres tan degradados nos quiten el premio de vuestras hazañas, y que los vicios, que

«deberian desonrarlos, les sirvan de escalones para subir á la autoridad y arruinar con ella la república, víctima y no cómplice de su depravacion?»

«He refutado sus objeciones comparando nuestras costumbres simples y varoniles con su afeminada perversidad: vengamos ya á los negocios públicos. La guerra de Numidia no debe inquietaros habiendo desterrado del ejército la avaricia, el orgullo y la ignorancia en el arte militar; únicos apoyos de las esperanzas de la guerra. Vuestros soldados conocen muy bien el pais; pero es forzoso alentarlos, fortificarlos y completar el ejército. Hasta ahora han sido mas valientes que felices: la imprudencia y la codicia de sus jenerales han causado la ruina de la mayor parte de las tropas.»

«Vosotros que estais en edad de combatir, uníos á mí para servir á la patria, y no os asusten las desgracias anteriores. Seré vuestro compañero en la marcha, en los trabajos y en los riesgos. Todo nos promete que triunfaremos: una gran mies de victoria, de botin y de fama nos espera: y aun cuando no, es obligacion de todo hombre varado defender su pais.

«La cobardía no ha inmortalizado á nadie: un padre no desea que sus hijos sean eternos, sino que vivan con onor. Mas os diria si las palabras diesen ánimo á los cobardes: para los valientes basta lo que he dicho.»

La confianza que Mario inspiraba, escitó el ardor de la juventud para alistarse. Despues de haber tomado las medidas que aseguraban el logro de su empresa, partió al Africa. Metélo no quiso verle, y encargó á Rutilio que le entregase el mando del ejército.

El cónsul, para ejercitar y dar ánimo á las tropas del nuevo alistamiento, las llevó á un pais fértil, atacó muchas fortalezas, y distribuyó entre los soldados el inmenso botin que en ellas se hizo. Los dos reyes africanos reunieron en el centro de sus estados las fuerzas necesarias para oponerse á un adversario tan temible.

Metélo creia, cuando llegó á Roma, que los ánimos estarían irritados contra él por las intrigas de Mario; pero con gran sorpresa suya, vió que el senado y el pueblo le mostraban igual benevolencia. La envidia habia espirado con su autoridad.

AZAÑAS DE MARIO.— Mario,

prosiguiendo su marcha rápida, venció en muchos reencuentros á los mauritanos y á los numidas: sorprendió la ciudad de Capsa y degolló sus habitantes: el temor hizo que otras muchas plazas le abriesen sus puertas. La fortuna, á la cual deben una parte de sus triunfos los grandes jenerales, hizo que cayese en poder de Mario una fortaleza donde estaban los tesoros de Iugurta, y que era tenuta por inexpugnable á causa de su posicion sobre un risco tajado. Un soldado ligur, andando en busca de caracoles, descubrió un sendero oculto entre las malezas. Los romanos, aprovechándose de este descubrimiento, subieron en el silencio de la noche, á la roca por aquel camino, escalaron la muralla, y se apoderaron de la ciudad.

CURSTURA DE SYLA.—(A. M. 3896.— A. C. 108.) Mario recibió poco tiempo despues un refuerzo considerable que venia de Italia á las órdenes de Lucio Cornelio Sylla. Este jóven patricio, que se inmortalizó por su jénio, su felicidad y sus crueldades, descendia de una familia antigua, pero de poca nombradía. Instruido en la literatura griega y latina, dotado de una vasta intelijencia; amigo de

los deleites, pero codicioso de gloria, no se entregaba al placer sino en los tiempos de descanso. Sacrificó á sus amores su virtuosa esposa, pero nunca á los intereses de su ambicion. Elocuente y astuto, amable con sus amigos, afable con la muchedumbre, profundo en sus designios, hábil para ocultarlos, pródigo de sus riquezas, intrépido en el combate, constante en sus determinaciones, fué mirado como el mas venturoso de los hombres hasta la guerra civil que coronó su ambicion y manchó su gloria.

Nunca fué inferior su capacidad á su fortuna, y no se puede decidir si tuvo mas dicha que habilidad. Salustio, despues de haber hecho un magnífico elogio de este célebre romano, añade: «Hablo de los tiempos anteriores á su dictadura. Si tuviera que hablar de los posteriores, no sé qué sentimiento dominaria mas en mí, el dolor ó la vergüenza.» Sylva empezaba su carrera militar cuando llegó al Africa. Su reputacion eclipsó en breve la de todos sus compañeros. Familiar con el soldado y respetuoso con sus jefes, recibiendo presentes con disgusto y prodigándolos con placer, haciendo servicios sin esijir recompensa,

y siendo jeneroso sin interés, pasaba fácilmente de la conversacion mas frívola é los negocios mas serios. Activo en todos los ejercicios, vigilante en los puestos, infatigable en los trabajos, el primero en los peligros, se apartaba del sendero comun de los ambiciosos, no censurando nunca las operaciones de los jenerales, y no atacando la reputacion de nadie. Su amor propio consistia en obrar de manera que ninguno le escediese en actividad, prudencia y valor. Sus grandes cualidades le ganaron en breve la estimacion de Mario y el afecto de los soldados.

Boco y Jugurta, atacaron á los romanos con todas sus fuerzas. La batalla fué larga y sangrienta. Mario, al frente de un cuerpo escujido, reunia sus soldados que los africanos ostigaban, y detenia á los enemigos cargando sobre ellos cuando conseguian alguna ventaja. La noche puso fin al combate sin decidirse la victoria; pero cuando los dos ejércitos, cansados de pelear, se entregaban al descanso para cobrar fuerzas, Mario al rayar el dia da la señal del combate. El estruendo de las trompetas y la gritería de los romanos, despiertan á los bárbaros, asustados y

sorprendidos. El vigor del ataque repentino, desordena y aterra á los africanos. Muchos perecieron al tomar las armas y reunirse: los demás huyeron, y esta derrota les causó mas pérdida que una batalla disputada con tenacidad. Mario, despues de la victoria, se acercó á las ciudades marítimas para que su ejército gozase de la abundancia y del descanso. Los pueblos belicosos del Africa, oponiendo su número al valor de las legiones, ponian en lugar de los ejércitos destruidos otros nuevos. Boco y Jugurta, volvieron á atacar á los romanos; y mientras Mario, al frente de su ala derecha, rechazaba valerosamente á los numidas, Boco, esparciendo la calma voz de que el cónsul habia muerto, desordenó el ala izquierda del enemigo, y la persiguió hasta el campamento. Sylla acude con prontitud, acomete á los mauritanos, los detiene y restablece el combate. Mario, vencedor de los numidas, se une con él: los bárbaros son completamente derrotados; y Jugurta, abandonado de los suyos, no pudo salvarse sino por la ligereza de su caballo.

Algunos dias despues, Boco, desalentado, pidió la paz. El cónsul mandó á Sylla y á Manlio que

se viesen con él. Sylla, despues de haber lisonjeado en un discurso artificioso el amor propio de aquel príncipe, elogiando su valor y poder, le aconsejó que no mancillase su gloria teniendo alianza con Jugurta, el mas perverso de los hombres. «No nos pongas, le dijo, en la triste necesidad de castigar á un mismo tiempo tu error y sus crímenes. El pueblo romano ha preferido siempre tener amigos á tener esclavos: porque cree mas segura la alianza que la sumision. Atendida la distancia que nos separa, Roma será para ti una aliada útil y no peligrosa. «¿Ojalá te hubieras convencido antes de esta verdad! Pero, pues que las cosas humanas dependen de los caprichos de la fortuna, no deseches la ocasion que te presenta, y repara con servicios el mal que has querido hacernos. Sabe que el pueblo romano no se deja vencer en beneficios: la fuerza de sus armas ya la conoces.»

Jugurta, receloso de esta negociacion, empleó todos sus artificios para inutilizarla, y lo consiguió por algun tiempo; pero Boco, cansado de la guerra, resolvió terminarla, y envió embajadores á Roma para saber á qué condiciones podría

reconciliarse con la república.

El senado respondió que se olvidaría lo pasado, y que Roma le concedería su amistad y alianza cuando la hubiese merecido.

Boco escribió al cónsul que deseaba tener otra plática con Sylá, y este vino á su corte con algunos oficiales romanos. Encontró en el camino un cuerpo de caballería maura á las órdenes de Vólux, hijo de Boco; sabiendo que Iugurta estaba cercano con sus tropas, creyó que se le hacia traicion, y se preparó al combate prefiriendo una muerte cierta, pero gloriosa, á la ignominia del cautiverio.

Vólux se adelanta á hablarle, hace protestas de que está inocente, y le asegura que ignoraba el movimiento de Iugurta; añadiendo que el numida tenia pocas fuerzas; que no se habia puesto en marcha sino por inquietud, y que fundando sus esperanzas solo en ■ protección de Boco, no se atreveria á cometer á su vista un atentado contra la persona del embajador romano; en fin, propone á Sylá que vaya solo con él á hablar á su padre. El intrépido cuestor se resuelve á ello: y Iugurta, admirado de su audacia, le deja atravesar su campo, y se contenta con enviar sus ejentes para que

espíen las operaciones del rey de Mauritania.

Este, vacilando entre el parentesco que lo ligaba con el rey de Numidia, y el temor que Roma le causaba, no tenia que elegir sino traiciones, y dudaba si pondria á Iugurta en poder de los romanos, ó á Sylá en poder de Iugurta.

En la conferencia pública solo se trató de la paz jeneral; pero á la noche hablaron secretamente Sylá y Boco. El rey, incierto y falaz como todos los príncipes débiles, pidió al principio que Roma le permitiese quedarse neutral entre ella y Iugurta. Mas no pudo lograrlo: Sylá le amenazaba por una parte con la pérdida de su trono si no se declaraba enteramente á favor de la república, y por otra le ofrecia la alianza de Roma y una parte de la Numidia ■ entregaba á Iugurta.

Boco, impelido por el miedo y retenido por ■ vergüenza, cedió en fin á la astucia y elocuencia de Sylá, y envió á decir al numida, que habia llegado el momento favorable para hacer la paz á condiciones onrosas, y que debia apresurarse á venir á la negociacion.

Iugurta deseaba con ánsia el fin de la guerra, pero dudando

de la sinceridad de los romanos, respondió que escijia se le entregase á Sylla como rehen, porque desconfiaba de Mario. El pérfido mauro lo prometió, y engañó con sus protestaciones al rey de Numidia y á sus agentes.

El día señalado para la conferencia, avanzó Jugurta al frente de sus tropas. Boco, socolor de entrarle, salió á su encuentro con algunos oficiales, y se detuvo detrás de una eminencia donde había puesto una celada.

■ príncipe numida, no observando ninguna cosa que pudiera darle recelo, se separa de su tropa, y se acerca al rey seguido de algunos amigos. Unos y otros estaban sin armas, según convenio hecho anteriormente; pero apenas se acercó Jugurta adonde estaba Boco, á una señal se levantan los de la emboscada, lo rodean, matan á sus compañeros, lo encadenan y lo entregan á Sylla, que marchó con él al campamento de Mario.

INVASION DE LOS CIMBROS Y TEUTONES.—(A. M. 3897.—A. C. 107.) Cuando el cónsul y su cuestor, en vez de imitar las virtudes y jenerosidad de los Camilos y Fabricios, terminaban por la traicion la guerra de Numidia, se hallaba consternada la Italia con la noticia de haber si-

do completamente derrotadas sus legiones por los bárbaros del setentrion. Los cimbro, originarios de la península que hoy se llama Jutlandia, atravesaron la Jermania y las Galias, y aniquilaron los ejércitos romanos mandados por Cepion y Manlio. Este desastro aterraba á Roma; y el pueblo sabiendo que la Numidia estaba sometida y Jugurta preso, nombró cónsul á Mario por la segunda vez, aunque estaba ausente, y le dió por provincia la Galia. Cuando llegó á Roma recibió los onores del triunfo.

MUERTE DE JUGURTA.—Jugurta seguia su carro oprimido de hierros. El senado, abusando de su victoria, le condenó á morir de hambre. Sus crímenes eran dignos del último suplicio; pero Roma no tenia sobre él mas derecho que el de ■ fuerza. El verdugo rompió sus vestidos y le metió desnudo en un calabozo, donde la muerte no terminó su padecer hasta el sétimo día, ■ año 647 de Roma.

Los cimbro se habian reunido en su invasion con los teutones, pueblos originarios de las islas del Báltico, y con otras naciones jermanas. Este torrente devastador, que derribaba todos los obstáculos, amenazaba pasar

los Alpes. Ya habian perecido ochenta mil romanos ó aliados en muchos combates, en que el valor selvático de aquellos guerreros habia triunfado de la táctica italiana. Antes de penetrar en Italia, atravesaron la Aquitania, pasaron los Pirineos y talaron la España. Mario, en lugar de atacarlos en este país, quiso esperarlos á su vuelta á las Galias, creyendo sin duda que seria mas fácil vencerlos despues de tan largas marchas y viniendo cargados de botin. Para prepararse á esta lucha peligrosa, siguiendo el ejemplo de los Scipiones y de Paulo Emilio, restableció la disciplina: ejercitó las legiones sin cesar, y para despertarlas de la ociosidad, que afemina el alma y el cuerpo, los hizo trabajar en la reparacion de los caminos y en la construccion de los puentes. Las bocas del Ródano estaban entonces llenas de arena y légamo. Mario apartó el curso de este rio abriendo un canal que se llamó *Fossa Mariana*.

BATALLA DE ACUAS SEXTIAS.—(A. M. 3890.—A. C. 104.) Los cimbro volvieron pronto á las Galias, y los de Tolosa se reunieron á ellos. Mario les presentó batalla y los derrotó. En la accion Sylva, su lugarteniente, se distinguió por su valor é hizo

prisionero á Copilo, rey de los tolosanos. Despues de esta victoria, el cónsul, para debilitar á los cimbro, habia resuelto prolongar la guerra. Pero los bárbaros se dividieron en tres cuerpos con el objeto de penetrar en Italia mas fácilmente. Mario, que seguia todos sus movimientos, alcanzó la mas fuerte de las tres columnas junto á Acuas Sextias. El número de los bárbaros era prodijioso, y el cónsul hubiera querido evitar el combate; pero la falta de víveres y de agua le obligó á aceptarlo. La batalla duró dos dias: el jenio de Mario, la habilidad de sus movimientos y el valor de los romanos, triunfaron de la ferosidad impetuosa y de la resistencia ostinada de los enemigos. Les mató doscientos mil hombres, é hizo noventa mil prisioneros, contándose entre estos su rey Teutoboco. Este ejército se componia casi enteramente de teutones y ambrones. Los bárbaros, que huian de los romanos vencedores, perecian á manos de sus mujeres, las cuales les echaban en cara su cobardía, y los mataban si no querian volver al combate.

BATALLA DE VERCELAS.—(A. M. 3891.—A. C. 101.) Los cimbro ignoraban la derrota de los aliados, y pasaron los Alpes á pe-

nar de los obstáculos que les oponía la aspereza de las montañas y el rigor del invierno. No buscaban camino, sino se cubrían con pieles, y arrojándose desde lo alto de los montes, resvalaban sobre la nieve hasta el llano.

El procónsul Cátulo quiso en vano detenerlos en los orillas del Adige: pasaron este río, y el general romano, no pudiendo traer sus soldados al combate ni impedirles la fuga, hizo marchar una bandera delante de ellos para dar á aquel desorden la apariencia de una retirada.

Los romanos nombraron á Mario cónsul por la quinta vez; y él se apresuró á reunir sus legiones con las de Cátulo. Los cimbras, que continuaban avanzando, le enviaron embajadores para pedirle que se les cediesen tierras en Italia para ellos y para sus hermanos. «¿Qué hermanos?» preguntó Mario. «— Los teutones.—» «Ya las tienen, y no las perderán nunca.» Los cimbras que no comprendían el sentido de estas palabras, le amenazaron con su venganza y la de los teutones cuando llegasen. «Están aquí, les respondió Mario, y podeis saludarlos.» Y les mostró los príncipes teutones encadenados. Los bárbaros, enfurecidos, le desafiaron y le dije-

ron que señalase día para la batalla: Mario lo señaló.

Cuando llegó salieron entrambos ejércitos de sus campamentos. Mario dió á Cátulo el mando del centro y colocó sus propias legiones en las alas. Intentó atacar al enemigo por el flanco por adquirir solo el honor de la victoria; pero poco faltó para que no tuviese parte alguna en ella: porque un viento furioso levantó remolinos de polvo que oscurecían el aire. Mario perdió el camino, se alejó, sin conocerlo, del enemigo á quien deseaba acometer, y no volvió hasta muy tarde al campo de batalla.

El coraje de los bárbaros luchó largo tiempo contra la disciplina romana; pero al fin fueron rodeados, derrotados y destruidos. Sus mujeres, tan intrépidas como las de los teutones, defendieron con valor los carros que rodeaban su campamento, reprendían á los fugitivos y los obligaban á combatir. Cuando perdieron toda esperanza de salvación, degollaron sus hijos y se dieron todas de puñaladas para libertarse de los ultrajes y del cautiverio. Parecieron en esta jornada ciento cuarenta mil cimbras, galos y germanos, y quedaron prisioneros sesenta mil. Esta acción gloriosa terminó la

guerra que habia comenzado doce años antes, y le adquirió á Mario el título de tercer fundador de Roma. Un solo triunfo recompensó sus tres victorias. Los romanos, siempre supersticiosos, contaban que cuando Mario iba al combate, volaban dos buitres sobre su cabeza.

La república, condenada por la suerte á no gozar un momento de reposo, vió comenzar poco despues las disensiones sangrientas, que iban á destrozar su seno por largo tiempo. Mario, acusado ya de actos arbitrarios la tercer vez que fué cónsul, decia que el ruido de las armas no le dejaba oír la voz de las leyes: y con su conducta tiránica y cruel probó bastante que solo habia sido amigo de la plebe por dominar, y acusador de los grandes por envidia. Saturnino, su amigo y cómplice, fué destituido de la cuestura de Ostia por sus prevenciones, á pesar de los esfuerzos de Mario para defenderle; este para vengarse de los patricios, hizo que se le eligiese tribuno del pueblo. Saturnino, ejerció su destino mas bien como faccioso que como magistrado, y se sirvió de su poder para satisfacer su codicia.

Metelo, que era censor entonces, quiso echarle del sena-

do, pero en vano: porque Mario lo sostenia con todo su poder; mas bien por odio á Metelo que por amistad al tribuno. Concluido el año del tribunado quiso que se le reelijiese; pero Nonio, hombre querido á un mismo tiempo del pueblo y de los señores, le quitaba muchos votos. Saturnino se libertó de este rival por medio de un crimen y lo hizo asesinar. Desde que empezó su segundo tribunado, adulando al pueblo para tener en él un apoyo contra los grandes, propuso un edicto que daba á los plebeyos las tierras conquistadas por Mario en las Galias. El senado, oprimido por los facciosos, juró que cumpliría esta ley; pero Metelo se negó á hacer el juramento, y buscó en Smirna un asilo para sustraerse á la venganza de Mario y de su tribuno.

El destierro de tan gran ciudadano era una ignominia para Roma, y el pueblo conservaba aun bastante virtud para conocerlo: así, se le restituyó á su patria poco despues. Mario tuvo entonces por conveniente alejarse de la capital, corrió el Asia, y visitó á Mitridates, rey del Ponto, que era entonces el monarca mas famoso del Oriente. Fué recibido con distincion por

aquel rey belicoso; y algunos historiadores dicen que alagó su orgullo y escitó su ambicion, ya con el designio de tenerlo por aliado, ya con la esperanza de pelear contra él y conquistar el Asia. «Solo te quedan dos medios, le decía, para conservar y aumentar tu poder: ó ser mas fuerte que los romanos, ó someterlos á ellos enteramente.»

ODIO ENTRE SYLA Y MARIO.— Cuando volvió á Roma se enemistó con Sylla, el cual le causó desgracias mas crueles que las que él habia causado á Metelo. Ya habia tiempo que su lugarteniente ofendia su orgullo atribuyéndose con exclusion la gloria de haber terminado la guerra numídica prendiendo á lugurta. El anillo que servia de sello á Sylla, era una piedra grabada, que representaba al príncipe numida encadenado y puesto en su poder por el rey de los maurros. Boco aumentó el enojo de Mario, enviando á Roma para el templo de Júpiter Capitolino un grupo de estátnas de oro en memoria del mismo suceso. Desde entonces Mario juró la ruina de Sylla. La guerra social, que estalló poco despues, retardó los efectos de su odio, el cual produjo á la república todos los orrores de la anarquía y del des-

potismo. Mario acababa de entrar en su sexto consulado. Saturnino, elejido tribuno por la tercera vez, queria darle por colega á Glaucias, que era de su partido. Era competidor de esta Mammio, hombre muy estimado: el tribuno, habituado á los crímenes, hizo que le diesen de puñaladas. Este homicidio escitó la indignacion jeneral. Saturnino, citado en juicio, flaba en la proteccion de Mario; pero el cónsul, temeroso del odio público, abandonó al mismo amigo que sus consejos habian escitado á entrar en el camino de la perdicion. Sin embargo, el tribuno, sostenido por un partido numeroso, opuso la fuerza á la justicia: y el senado tuvo que emplear la fórmula usada en semejantes ocasiones. Mario, encargado de preservar á la república de todo detrimento, atacó á los rebeldes y los obligó á refugiarse al Capitolio. Ellos esperaban siempre que no castigaria con mucho rigor un delito cometido en favor suyo, y quizá por sus órdenes; pero su esperanza fué vana: Mario permitió á los caballeros romanos que los matasen.

GUERRA SOCIAL.—(A. M. 3911.—A. C. 93.) Poco despues se levantó contra Roma una tempe-

dad que puso en peligro, no solo su gloria, mas tambien su existencia. Druso, tribuno del pueblo, no atreviéndose á combatir directamente las usurpaciones del partido de la plebe, creyó conveniente para lograr su intento y restituir al senado una parte de sus antiguos derechos, proponer una ley que parecia tan popular como justa. Los caballeros eran dueños de los tribunales: propuso que se les diesen las plazas vacantes en el senado, y que despues se eligiesen de este cuerpo los jueces.

Cepion, colega suyo, se opuso con veemencia á este proyecto: declamó, como los Gracos, contra el orgullo y corrupcion, y acusó de malversacion á muchos de sus miembros. Druso, perseverando en su empresa, trató de asegurar su logro ganando el afecto del pueblo. Para esto pidió la ejecucion rigurosa de la ley agraria: y temiendo ofender á los aliados de Italia si no entreban en el repartimiento, presentó una nueva ley, por la cual se les concedian los privilegios y derechos de ciudadanos romanos. El senado se opuso á ella, juzgando con razon que el derecho de ciudadanía iba á envilecerse prodigándolo, y que el pueblo romano perderia su es-

plendor y majestad, si ponía al nivel suyo tantas naciones extranjeras.

Los aliados que se hallaban en Roma, sostenian con todas sus fuerzas la proposicion de Druso: y las pasiones, inflamadas con esta disputa, fueron tan violentas, que algunos extranjeros insultaron é hirieron al cónsul Filipo, impugnador acérrimo de esta ley.

Druso, viendo que no podia vencer la oposicion al edicto de repartimiento, queria á lo menos que se adoptase el de naturalizacion; pero un dia, al volver del foro, fué asesinado á la puerta de su casa. Esta violencia, atribuida al senado, no quedó impune.

Los pueblos aliados, que eran entonces la principal fuerza de los ejércitos romanos, llevaban á mal ser inferiores en derechos á los ciudadanos de la capital. Los Gracos les habian prometido la ciudadanía: Druso acababa de despertar sus esperanzas. Tenian muchos partidarios en Roma; pero su auxilio les era inútil, porque los caballeros romanos mataban ó desterraban á los que se atrevian á hablar en su favor.

Las ciudades italianas declamaban violentamente contra la

ingratitude de Roma, que se habia engrandecido por sus armas y les negaba la recompensa debida á sus servicios. Escaspe-
radas por la muerte de Druso, hicieron alianza y se enviaron reenes.

Los primeros pueblos que tomaron las armas fueron los lucanos, los apulos, los marsos, los pelignos y los samnitas. Su conspiracion fué tan secreta que no se supo en Roma en ocasion oportuna para impediria. El procónsul Servilio, que estaba junto á Neápolis, informado de algunos movimientos ostiles de los habitantes de Ascolo, marchó á contenerlos; pero se arrojaron sobre él y lo asesinaron; y lo mismo hicieron con los demás romanos que habíaban en la ciudad.

Despues de este alzamiento la confederacion declaró públicamente sus designios, y envió al senado una memoria que contenia sus quejas y peticiones. El senado respondió que «con las armas no se conseguian favores de Roma, sino con el arrepentimiento y la sumision.» Los diputados se retiraron y comenzó la guerra. Excepto la de Aníbal, no sostuvieron los romanos otra mas activa, sangrienta ni peligrosa: porque no comba-

lian contra los bárbaros, sino contra los que antes habian militado bajo sus banderas. El vacío que dejaron en los ejércitos tantos oficiales y soldados, obligaron á alistar á los libertos. Esta guerra se llamó social. En la primer campaña fueron vencidos en muchas acciones los jenerales romanos. En la siguiente dieron muerte los marsos en una emboscada al cónsul Rutilio. El espectáculo de su cadáver y de otros muchos guerreros distinguidos, causó en Roma tal consternacion en el pueblo, que el senado dió un decreto para que se enterrasen en el sitio donde estaba el ejército, todos los que muriesen en una accion. Cepion, sucesor de Rutilio, cometió los mismos yerros, y tuvo el mismo fin.

El peligro crecia, y el senado resolvió confiar á Mario el mando del ejército. La edad, sin haber suavizado el carácter feroz de este hombre, habia disminuido su audacia y actividad. No obstante, contuvo los ímpetus del enemigo, limitándose contra su costumbre á la defensiva. Pompeyo Silon, uno de los jenerales mas acreditados del enemigo, le escribió que si era tan gran jeneral como se decia, saliese de sus líneas y entrase en batalla.

Mario le respondió: «Si eres tan hábil como crees, obligame á salir del campamento y á combatir.» Terminó su campaña con una victoria; pero Sylla, que servia bajo sus órdenes, consiguió triunfos mas brillantes y decisivos. Lo que salvó á Roma fué la division de los aliados: pues á haber perseverado en su union, hubieran oprimido á los romanos; pero separando sus tropas para defender cada uno su pais, fueron sucesivamente vencidos. La fortuna de Roma quiso que todos los pueblos, dentro y fuera de Italia, cometiesen el mismo yerro. Al año siguiente, bajo el consulado de Pompeyo, padre del grande y de Porcio Caton, el senado concedió la ciudadanía á los pueblos de Italia que no habian tomado las armas contra Roma. Esta medida afirmó la fidelidad de los pacíficos é introdujo el arrepentimiento en los rebeldes.

MUERTE DE CATON.—Caton consiguió muchos triunfos, y enavaneado con ellos, se atrevia á compararse á Mario. Mario el jóven, zeloso de la gloria de su padre, y tirano como él, se acercó al cónsul en el momento que acometia á los marsos, y lo asesinó infamemente. Pompeyo ganó una batalla contra los pi-

centinos, y se apoderó de Asculo, cuyos habitantes mandó azotar y degollar. Venció despues á los marsos, matándoles dieziocho mil hombres. Sylla venció dos veces á los samnitas y se apoderó de su campamento. Atribuyósele el onor de haber terminado esta guerra tan funesta á entrambos partidos, que segun Velejo Patérculo, perecieron en ella trescientos mil de los mas valientes guerreros de Roma é Italia. Los rebeldes se sometieron, y el senado mostrándose generoso despues de la victoria, les concedió la ciudadanía.

GUERRA DE MITRIDATES, Y GUERRA CIVIL ENTRE SYLLA Y MARIO.—(A. M. 3914. A. C. 90.) Sylla obtuvo el consulado el año 662 de Roma. La tranquilidad, que produjo la terminacion de la guerra social, no duró mucho tiempo. Mitridates, rey del Ponto, airado contra los romanos que le habian quitado la Frijia, arrojó del Asia menor las tropas que la guarnecian y ultrajó y mató indignamente al pretor Aquilio, su prisionero.

El senado le declaró la guerra, y dió al cónsul Sylla el mando del ejército contra el rey del Ponto. Mario habia empleado poco antes medios violentos para arrancar del templo de Júpiter

las estatuas enviadas por Boco para consagrar la gloria de Syla, pero sin conseguir su intencion. Viendo ahora á Syla encargado de la guerra del Asia, no pudo enfrenar su resentimiento. Resuelto á apoderarse de la autoridad que le negaban, y no limitándose ya á alimentar el odio del pueblo contra el senado, pagó tres mil satélites, y los puso á las órdenes de Sulpicio, tribuno de la plebe, el mas atrevido de los facciosos y el mas adicto al partido de Mario. Sulpicio llamaba á aquella tropa su antisenado; y se valia de sus puñales para asesinar á los que le deservian. Sostenido por semejante canalla, abrió en el foro una secretaría, donde recibió el precio del derecho de ciudadano, que vendia desvergonzadamente á los libertos y extranjeros. Un hijo de Pompeyo, colega de Syla, fué asesinado en una sedicion: Syla quiso reprimir los desórdenes, y lo echaron de la plaza pública. Perseguido y obligado para salvar su vida á refugiarse en casa de Mario, éste le prometió la seguridad, pero á condicion que le cediese el mando del ejército de Asia.

El pueblo, escitado y engañado por Sulpicio, anuló los decretos de' senado y dió á Mario

el mando de aquel ejército; pero ya Syla era dueño de él: apenas llegó al campamento, sus soldados degollaron á los oficiales del partido de Mario, y este hizo lo mismo en Roma con los amigos de Syla. Desde este momento no es posible escribir sino con sangre la historia de la república, mas célebre en otro tiempo por sus virtudes que por sus victorias.

El senado, deseando, aunque inútilmente, impedir los males que amenazaban á la ciudad, envió á Bruto y á Servilio á tratar de la paz con Syla. Los soldados furiosos maltratan y despojan á estos diputados y los echan del campamento. Syla estaba incierto si marcharía ó no contra Roma; pero se cuenta que habiendo visto en un sueño á Belona dejar un rayo entre sus manos, dió parte de su vision al ejército y marchó rápidamente hasta las puertas de la capital. El pueblo, enfurecido contra el senado, hace cortaduras en las calles, y arroja desde lo alto de las casas piedras y flechas contra los soldados de Syla. Mario combate al frente de sus partidarios, y arma los esclavos para aumentar sus fuerzas; pero el ejército triunfa de aquella muchedumbre mas propia para las faccio-

nes que para las batallas. Sylla se hace dueño de la ciudad y Mario evita la muerte huyendo. Pocos días antes había salvado la vida de Sylla: este, mas implacable, le hizo condenar á muerte y puso su cabeza en precio. Sulpicio, vendido por un esclavo, fué descubierto y asesinado. El pueblo sufría con indignación el yugo del vencedor: Sylla, para apaciguarlo, consintió que se nombrase cónsul á Cinna, uno de los jefes del partido popular; mas le hizo jurar que abrazaría su causa y le sería fiel: juramento prestado por la ambición, y quebrantado poco después por la perfidia. Cinna citó á juicio al vencedor; y el altivo Sylla, desdeñándose de responder, le dejó arengar al pueblo á todo su placer, salió de Roma y tomó el mando del ejército, seguro de que si el odio le acusaba, aun cuando la justicia le condenase, sería absuelto por la victoria.

Mitridates se había apoderado de Grecia, y Atenas seguía su partido. Sylla entregó al saqueo las ciudades y templos de aquel desgraciado país. El espíritu de facción, que había destruido la disciplina del ejército, hacía que los jenerales para ganar el afecto de las tropas les permitiesen

todo género de excesos. Sylla conoció la necesidad de restablecer el orden y volver á la autoridad su vigor. Estaba acampado cerca de Elatea y tenía al frente el ejército de Mitridates mandado por Arquelao; y su inmenso número, compuesto de todas las naciones del Oriente, aterraba á los romanos. En vano Sylla se empeñó en hacerlos salir del campamento: ni las burlas ni aun los insultos del enemigo consiguieron moverlos. El procónsul tomó el partido de someterlos á trabajos tan rudos y penosos, que prefirieron en fin los peligros á la fatiga y pidieron á gritos la batalla.

Los enemigos sitiaban á Queronea; Sylla los siguió rápidamente, é hizo marchar á la espalda de ellos, sin que lo conociesen, un cuerpo de tropas escogidas, que los atacó de improviso. El procónsul, aprovechándose de su desorden, los acomete con sus legiones, los derrota y hace en ellos grande carnicería. Después erigió un trofeo en celebridad de esta jornada, y puso en las inscripciones: *Marte, Victoria y Venus*. Creía ó quería persuadir á los pueblos que Venus le favorecía particularmente, y por eso á sus nombres Lucio Cornelio Sylla, añadía el de

;

Epafrodito. Algunas veces tomaban tambien el sobrenombre de *Felix* (feliz); y cuando Mario atribuia á su jéni sus triunfos, Sylá atribuia los suyos á la fortuna. Este hábil político sabia que todos se arriman al partido de los afortunados.

Las fuerzas de Mitridates eran demasiado numerosas para ser destruidas en una sola batalla: Sylá tuvo que pelear otra vez con Arquelaó junto á Orcomeno; y la pelea fué muy disputada. Sus soldados, oprimidos por la multitud de los bárbaros, comenzaban á desordenarse. Sylá desmonta, toma una bandera, se pone delante de los fujitivos y les dice: *Yo he resuelto morir aquí: si os preguntan en Roma qué es de vuestro jeneral, decid que lo habeis abandonado en la llanura de Orcomeno*. Dicho esto se lanza en medio de los enemigos. Las legiones, reanimadas por su heroísmo y vergonzosas de haber asrojado, se precipitan sobre los bárbaros, los desordenan y hacen pedazos y se apoderan de su campamento.

Mientras Sylá, cubriéndolo con laureles las llagas sangrientas de la república, parecia olvidar sus intereses personales y las amenazas de sus enemigos para atender solamente á la gloria de su

patria, dominaban en el senado de Roma sus partidarios y complacian sus venganzas.

Mario, perseguido y declarado enemigo público, se habia dado á la vela; pero un viento impetuoso echó su bajel sobre la costa de Italia. Sus compañeros, cobardes ó pérfidos, viéndole tan constantemente ultrajado por la fortuna, le abandonaron en la embocadura del Liris.

El dinero prometido por su cabeza, excitaba la codicia de muchos soldados, que le buscaban por todas partes. Mario se libertó de su persecucion sumergiéndose en un pantano, y despues fué á la cabaña de un militar viejo y pobre al cual se descubrió. El jeneroso veterano recibió con respeto en su humilde asilo á su antiguo cuodillo, y despues de haberle hecho tomar algun alimento, le llevó hasta la playa, atravesando las lagunas. Sintieron en breve á los soldados que le perseguian y que venian dando gritos; el viejo dejó escondido y encubierto á Mario entre unos cañaverales y se ausentó de allí.

Todo conspiraba entonces contra aquel hombre extraordinario. Los soldados le descubrieron en el húmedo asilo donde se

habia ocultado, y le llevaron preso á Mintúrnas. En el tiempo de su prosperidad habia hecho algunos servicios á los habitantes de aquel pueblo, que amaban su nombre y respetaban su gloria; pero los magistrados, temiendo la autoridad del sonado, se creyeron obligados á seguir literalmente sus órdenes. Resolviéronse, pues, á dar muerte al preso: y como ninguno de los habitantes, ni aun el verdugo, quisiese manchar sus manos con la sangre de aquel ilustre proscrito, encargaron á un cimbrio, que estaba entonces en Mintúrnas, aquella triste operacion.

El bárbaro recibió con alegría la comision de vengar la derrota y la ruina de sus conciudadanos. Entra con la espada en la mano en el cuarto donde descansaba el héroe que habia sido azote de su nacion. El romano se levanta y echándole una mirada terrible, le dice: «Bárbaro: ¿te atreverás á matar á Cayo Mario?» Al aspecto de aquel guerrero, que parecia aun llevar ante sí el espanto y la muerte, el cimbrio aterrado deja caer el acero, y huye diciendo: «No me es posible matar á Cayo Mario.»

Esta última victoria de un héroe desarmado, escitó la admiracion del pueblo, y se manifes-

tó tan descubiertamente el afecto que le tenían, que los mismos magistrados, avergonzándose de su crueldad y tiranía, condujeron á Mario hasta la playa. Entregóse al mar: corrió muchas veces el riesgo de ser preso en las costas de Sicilia, y desembarcó últimamente en la de Africa, cerca de Cartago.

El pretor Sestilio, que mandaba en aquella provincia, le envió un oficial para decirle, que si no salia prontamente de su gobierno, se veria obligado, á pesar suyo, á ejecutar las órdenes del senado y tratarle como á enemigo del pueblo romano.

Mario, despues de un momento de silencio, respondió al mensajero: *Di á Sestilio que has visto á Cayo Mario, desterrado de Roma y sentado junto á las ruinas de Cartago. Hiempsal, rey de Numidia, enternecido al principio de las desgracias del vencedor de Jugurta, le ofreció un asilo en su reino, y tambien á su hijo, á Cetego y á otros desterrados. Pero despues, cuando quisieron salir de sus dominios, los detuvo en ellos y parecia dispuesto á granjear la amistad de Sylá con una traicion. El amor los sacó del peligro en que estaban. El jóven Mario habia seducido á una de las concubinas del*

rey: y esta, que velaba por la salvacion de su amante, dió escape á él y á su padre en una barca de pescadores.

Al mismo tiempo estaba Roma despedazándose con nuevas disensiones. El senado quiso dar el mando de las legiones de Italia á Pompeyo Rufo; pero las tropas, que amaban á su comandante Strabon, asesinaron al que iba á reemplazarle. En aquella época infeliz, no habia mas ley que la fuerza, y los ejércitos disponian del poder, anuncio el mas seguro de la ruina de un estado. Eran cónsules Cinna y Octavio: el primero, ardiente favorecedor del partido popular, propuso un decreto para la restitucion de Mario y de los desterrados: pero Octavio, mas poderoso en el senado que su colega, le echó de Roma, le destituyó, é hizo nombrar ilegalmente en su lugar á Mérula.

ALIANZA DE CINNA Y MARIO.—Cinna, resuelto á vengarse de una violencia inaudita hasta entonces, imploró el auxilio de los pueblos de Italia, los cuales le proporcionaron medios para levantar un ejército. Mario supo en Africa esta noticia: juntó algunas tropas en aquel pais, y se apoderó de cuarenta buques con los cuales pasó á Italia. Cinna,

instruido de su desembarco, le envió los lictores y las demás señales de la dignidad consular. Mario no quiso recibirlas: dejó crecer sus barbas y cabello y se vistió de luto: porque sabia que recordando de este modo su infortunio y proscricion, adquiriria mas partidarios que con la pompa y esplendor de una dignidad, objeto las mas veces de la envidia y del odio.

Su esperanza no fué engañada. Los desterrados, los facciosos, los arruinados por deudas, y los que no podian restablecer sus negocios sino por la guerra civil, acudieron en tropel de todas las provincias de Italia. Reunióse con Cinna y tomó todas las plazas que servian á Roma de almacenes. Se acercó despues á la ciudad y se apoderó del Janículo. Octavio le obligó á evacuarlo; pero habiendo prometido Cinna la libertad á los esclavos que se alistasen en sus banderas, se apoderó el terror del senado: y temiendo una rebellion por los síntomas que observaba en el pueblo, envió diputados á Mario y á Cinna, y les ofreció la paz con tal que jurasen no ejercer ninguna venganza. Antes de responder á esta proposicion, Cinna escijió que se le restituyese la dignidad consular,

y la obtuvo. Como le instasen á hacer el juramento esajido, se negó á ello y se contentó con asegurar que no sería causa de la muerte de ningún ciudadano. Mario estaba en pie junto á él, silencioso y triste: su aire sombrío y sus miradas feroces manifestaban el furor concentrado. Obligado en fin á hablar, dijo que si se creía útil su presencia en Roma, consentía en volver á ella; pero que habiendo sido proscrito por un decreto, era necesario otro para restablecerle en sus derechos: y en cuanto á la demás, que estando acostumbrado á respetar las leyes aun las mas injustas, podian estar ciertos sus conciudadanos de que no quebrantarán ninguna mientras no las hubiese mejores. El desórden que habia en la ciudad obligó á los diputados á contentarse con estas respuestas equívocas, y se hizo la paz.

VENGANZA DE MARIO.—Mario entró en Roma como en una ciudad tomada por asalto. Los vendidos que le acompañaban, obedeciendo á una señal de aquel hombre feroz, degollaron sin piedad á los ciudadanos mas virtuosos. Dieron muerte al pretor Ancario, solo porque Mario no respondiendo á su saludo, habia manifestado no estar contento

de él. El célebre orador Marco Antonio, uno de los mas nobles ornamentos de la tribuna de Roma, fué muerto en esta proscripción. Catulo, varon illustre y que habia sido colega de Mario, intercedió por él. Mario respondió con frialdad: «Es fuerza que muera.»

Percieron todos los amigos de Sylva que no pudieron escaparse. Estos vencedores, llevando la venganza mas allá de la muerte, negaban la sepultura á sus víctimas, y se complacian en ver á los buitres cebarse en sus cadáveres.

El senado, oprimido y diezmado, declaró á Sylva enemigo de la república, su casa fué demolida, sus bienes vendidos, y no se perdonó á ninguno de sus amigos. Catulo y Mérula, citados en juicio por haber ejercido las funciones de cónsul despues de la destitucion de Cinna, se libraron del suplicio por medio de una muerte voluntaria. Mario fué elegido cónsul por la sétima vez: el pueblo contaba que siendo niño, se habian visto siete águilas volando sobre su cabeza; y que un agorero, explicando el presajio, dijo que ascenderia siete veces al poder supremo.

MUERTE DE MARIO.—Este viejo ambicioso y cruel, oprimido

por la edad y los pesares, envidioso de la gloria de Sylla, y temiéndole su vuelta, no podía gozar un momento de reposo. De día agitaba el furor su alma: por la noche, la sangre que había derramado, pesaba sobre su corazón, y turbaba su descanso con sueños horrorosos. Queriendo libertarse de imágenes tan lúgubres, se entregó, contra su costumbre, á los banquetes y á la erápula, cayó enfermo y murió. Mario, hábil jeneral é intrépido guerrero, mal ciudadano, y tan célebre por sus azañas como por sus delitos, llegó en sus últimos días á ser tan odioso al pueblo romano, como fué querido en su juventud. Fué el primero que ensayó en Roma la tiranía. Su último consulado no duró mas que dieziséis dias, y murió de edad de setenta años. Su hijo heredó sus vicios y su crueldad, pero no su gloria.

El pueblo dió el consulado á Cinna y á Carbon, que armaron la Italia y alistaron toda su juventud para completar las legiones. Entretanto Sylla, proscrito en Roma, extendía con sus victorias la gloria de su patria. Metela, su esposa, escapó de la proscripción, se reunió con su marido en Grecia, y le informó que habían jurado su ruina, robado

sus riquezas y vendido sus tierras. Arquelaos, al saber estas mudanzas creyó favorable la ocasión para recobrar con negociaciones lo que había perdido por la suerte de las armas. Pidió una conferencia á Sylla, y le propuso unirse con Mitridates, el cual le daría auxilios para vengarse de su ingrata patria. Sylla, sin responder á esta proposición, le escortó á rebelarse contra el rey del Ponto, ofreciéndole sus armas para usurpar el trono. Arquelaos horrorizado, desechó esta propuesta: «Y ¿qué, le replicó Sylla, tú, siervo de un rey bárbaro tienes onor para avergonzarte de una perfidia, y vienes á proponerla á un lugarteniente del pueblo romano, á Sylla? Acuérdate que hablas á quien te ayudó de Queronea, cuando mandabas ciento veinte mil guerreros, y te obligó después á esconderte en las lagunas de Oocomeno.»

Rota la conferencia, Sylla continuó el curso de sus victorias y echó á los bárbaros de Grecia. Su escuadra batió á la del rey, y pasando al Asia concluyó la paz con Arquelaos, y obligó á Mitridates á ratificarla. Cuéntase que habiéndole pedido aquel altivo monarca una conferencia en la Troada, se acercó á

él, y sin hablarle le presentó la mano. Sylva, sin alargar la suya, le preguntó: «¿Consientes en el tratado que he hecho con Arquelao?» El rey vacilaba en responder, y Sylva prosiguió: «Mira que los que piden la paz son los que han de hablar: el vencedor debe callar y oír las súplicas.» Mitridates declaró que ratificaba el tratado, y Sylva lo abrazó y lo reconcilió con los reyes de Bitinia y Capadocia. Estos dos príncipes, que habían sido destronados por Mitridates, dijeron al jeneral romano «¿cómo perdonaba á un príncipe que había hecho asesinar en el Asia ciento cincuenta mil italianos?» Pero la situación de Sylva, el armamento de Italia contra él, y la cercanía de las legiones de Fimbría, jeneral del partido de Mario, que mandaba en el Asia menor, le imposibilitaban arruinar enteramente á Mitridates. Se contentó pues con quitarle en el tratado las conquistas que había hecho en Asia y Grecia, obligarle á pagar los gastos de la guerra y encerrarle dentro de sus estados. Libre de la guerra extranjera, atendió á la civil y marchó contra Fimbría, mas no tuvo que pelear con él: las legiones de aquel jeneral lo abandonaron, y él se dió

la muerte. Sylva volvió á Grecia y puso sitio á Atenas, de la cual se apoderó por asalto, diciendo con menosprecio á los oradores atenienses que venia á castigar rebeldes y no á escuchar arengas. Sin embargo despues de haber desmantelado la ciudad, le volvió sus leyes y se inició en los misterios eleusinos. En Atenas descubrió las obras de Aristóteles y de Teofrasto, y enriqueció con ellas su patria. Envió al senado cartas amenazadoras, dándole cuenta de sus azañas, enumerando sus quejas, anunciando su venganza, y prometiéndole perdonar solo á los ciudadanos virtuosos y pacíficos. El senado, libre de la tiranía de Mario, y obedeciendo á otro nuevo temor, prohibió á los cónsules continuar el armamento, mas no fué obedecido.

MUERTE DE CINNA.—Cinna hizo embarcar sus tropas para hacer la guerra á Sylva en el continente de Grecia; pero habiendo vuelto á entrar en Brundusio á causa de una tempestad, los soldados se declararon contra la guerra civil y no quisieron volver al mar. Cinna acudió para apaciguar el motin: su presencia lo irritó en lugar de calmarlo, y queriendo castigar á los rebeldes se arrojaron á él y lo mataron.

Entretanto Sylla desembarcaba en Italia, donde habia quince ejércitos formados contra él. Los primeros que atacó fueron los que mandaban Mario el jóven y Norbano, y los derrotó matándoles seis mil hombres. En las memorias escritas por él y dedicadas á Lúculo, dice que este suceso decidió su destino, pues si no hubiera vencido, todo su ejército, que empezaba á disgustarse de la guerra civil, se habría desbandado y entregádole indofenso al furor de sus enemigos.

Carbon quiso reconciliarse con Sylla, mas este desechó sus proposiciones. Scipion y Norbano, nuevos cónsules, Carbon y Mario hicieron los mayores esfuerzos contra Sylla; pero se vió con sorpresa á Cetego, partidario de Mario, seguir la causa de su enemigo, ejemplo muy comun en tiempos de facciones, en los cuales pierden su fuerza los vínculos de la humanidad, el interés borra los principios de justicia, y la ambicion triunfa de los demás afectos.

El ejército de Scipion, abandonando á su jefe, cedió á las promesas y amenazas del vencedor de Mitridates, y se pasó á sus banderas. El mismo cónsul fué arrestado; pero Sylla le concedió jenerosamente la libertad.

Carbon, admirando á pesar suyo el valor y los ardides de Sylla, decía que habia en él un leon y una raposa, y que la raposa hacia mas estragos que el leon.

Sylla, ya por supersticion, ya por política, hablaba con respeto de los presajios, y miraba los sueños como avisos de la divinidad. Cuando desembarcó en Italia la tierra se abrió junto á Brundusio, y salió una llama viva y clara que se lanzó al cielo. Los augures, esplicando este fenómeno, dijeron que un hombre grande y rubio se apoderaria de la autoridad y daria la paz á la república. Sylla tenia rubios los cabellos, y aplicándose este oráculo, aumentó el ánimo de su ejército.

Norbano fué vencido otra vez por un jeneral de Sylla, y no atreviéndose á fiar en la jenerosidad de este, buyó. Los ejércitos de Sylla y de Carbon hacia en Italia los estragos mas orro-rosos: todas las ciudades, divididas en las dos facciones, fueron teatros sangrientos de homicidios y latrocinios. Al año siguiente Pompeyo, Craso, Metélo y Servilio, jenerales del venturoso Sylla, experimentaron como él los favores de la fortuna. Metélo derrotó completamente á Norbano, que se dió la muer-

te: Pompeyo venció á Marcio, lugarteniente de los cónsules: Sylla encontró á Mario el jóven junto á Signa, le dió batalla, le mató veinte mil hombres, y le persiguió con tanto furor que lo obligó á encerrarse en Preneste.

VENGANZA DEL JÓVEN MARIO.—Enfurecido Mario, no queriendo que el partido de la nobleza se regocijase de su infortunio, escribió á Bruto que hiciese matar á todos los que por temor abandonasen su causa: esta orden atroz se ejecutó. Metélo derrotó el ejército de Carbon, el cual desaminado por este revés y por la desercion de una parte de sus tropas, se escapó al Africa, aunque tenia todavía bajo sus órdenes un cuerpo de treinta mil hombres.

ENTRADA DE SYLA EN ROMA.—Sylla, despues de haber derrotado á Mario, entró sin ostáculos en Roma, y al principio limitó su venganza á confiscar los bienes de los fugitivos. Habiendo dejado guarnicion en la capital, marchó á Preneste, que tenia sitiada, contra un ejército de samnitas auxiliares de Mario; pero durante su marcha Telesino, jeneral de los samnitas, se presentó inopinadamente á las puertas de Roma, con gran terror

de los habitantes. Apio Claudio, al frente de unos pocos soldados, defendia la entrada con mas valor que esperanza. Sylla acude con una parte de su ejército, y aunque inferior en número se atreve á dar batalla á aquellos antiguos y temibles enemigos de la república. A pesar de todos sus esfuerzos los samnitas desbordan el ala izquierda donde él mandaba: envuelto por los contrarios, invocó á Apolo Delfico, del cual llevaba siempre una imagen de oro, reúne sus soldados, y redobla su valor y pertinacia, aunque en vano, porque al fin se vió obligado á buscar su salvacion en la fuga. En el momento que se creia perdido y sin recursos, sabe con admiracion que Craso, comandante de su ala derecha, acababa de derrotar á los enemigos y de conseguir una victoria completa. Sylla, furioso por el peligro que habia corrido, mandó degollar tres mil prisioneros y echar á la plaza de Preneste las cabezas de los jenerales Marcio y Carino. Los habitantes de la ciudad, consternados por la derrota de los samnitas, y desesperando de ser socorridos, se rebelan contra su jeneral y se entregan á Lúculo. Mario se dió de puñaladas: su cabeza fué enviada á Roma, y

Syla mandó clavarla en la tribuna de las arengas.

MUERTE DEL CÓNsul CARBON.—Entretanto Carbon había reunido tropas en Africa, é hizo un desembarco en Sicilia, donde fué derrotado por Pompeyo, y perseguido en la mar hasta Corcira. Allí fué hecho prisionero. Pompeyo, estraviado por los furores y por el odio, tristes efectos de las guerras civiles, ultrajó á este cónsul, le mandó matar y envió su cabeza á Syla.

Este caudillo, dueño de Roma, no disimuló ya sus furores, y declaró ante el pueblo que quería recompensar dignamente á los que le habian sido fieles; pero que se vengaría de todos los que le habian ofendido. Mas cruel que Mario y mas implacable, inundó de sangre la ciudad. Sus listas de proscripción, dictadas no menos por la codicia que por el odio, se aumentaban de día en día. En el campo de Marte degolló una vez ocho mil ciudadanos. Era delito capital haber servido en las banderas de Mario, y haber obedecido á los cónsules ó á sus jenerales. La amistad y aun la compasion de los proscritos era castigada con la muerte. La independencia, el honor y la humanidad, conducian al suplicio: la sospecha valia

tanto como la convicción: la queja era un crimen. La posesion de una heredad fértil, de una bella casa, ó de una alquería productiva, era tambien castigada; porque Syla, frio en sus violencias y profundo en sus crueldades, mataba para confiscar, y enriquecia á sus oficiales, partidarios y soldados con los despojos de sus enemigos, y aun de los que se habian mantenido neutrales en las disensiones. Por este medio se aseguraba el apoyo constante de los ejércitos, y un inmenso partido cómplice ya de sus venganzas, y tan interesado como él en sostener su poder y sus decretos. Las mismas escenas de atrocidades y asesinatos se repetian en todas las ciudades de Italia. La codicia, la delacion y el puñal perseguian constantemente á sus víctimas. Syla, temiendo que se le escapasen algunos proscritos, puso precio á sus cabezas y amenazó con la muerte á los que les diesen asilo. Hubo tambien de aquellos suplicios que son mas orribles que la muerte: el que merece mas atencion fué el de Marco Mario, pariente de Mario el viejo, y cuyo mayor delito era ser querido del pueblo. Le azotaron con varas por todas las calles de Roma: le llevaron despues mas allá del

Tíber, en donde los satélites de Sylva le cortaron las manos y las orejas, le arrancaron la lengua, le rompieron todos los huesos, asistiendo el mismo Sylva á este espectáculo; y habiendo advertido alguna demostracion de lástima en un hombre que veia estas crueldades, le hizo matar allí mismo. Los hombres mas perversos lograban el favor de Sylva cometiendo crímenes.

CRIMENES DE CATILINA.—Catilina habia asesinado á su propio hermano, y suplicó á Sylva que para disimular este delito incluyese al muerto en la lista de proscripcion. Pagó despues este horrible favor dando de puñaladas á un enemigo de Sylva y trayéndole la cabeza: concluida la expedicion lavó sus manos ensangrentadas en el agua lustral del templo de Apolo. La avaricia sacrificó mas víctimas que el rencor. Se acusaba y degollaba á los inocentes para conseguir premios. Aurelio, ciudadano pacífico y ajeno de los partidos, viendo su nombre en la lista fatal exclamó: «¡Ay triste! mi casa de Alba me proscribo» y algunos momentos despues fué asesinado. En medio de aquella soberbia capital, dominadora del mundo y esclava de un tirano sanguinario, algunos ciudada-

nos arrostraron la muerte con valor, y mostraron vestijios de la antigua libertad. Aufidio se atrevió á representar á Sylva que si queria reinar en Roma no debia matar á todos sus habitantes. Metelo añadió: «Si no quieres perdonar á ninguno de los condenados, da por lo menos seguridad á los que no has de proscribir, y no ignore ningun romano si le toca vivir ó perecer.» Caton, destinado á morir mas tarde por la causa de la libertad, tenia á la sazón no mas que catorce años; y como iba algunas veces á casa de Sylva, preguntó un dia á su ayo por qué se dejaba vivir á un tirano tan odioso. El ayo le respondió: «porque le temen aun mas que le a-horrecen.» «Pues bien, respondió el fiero mancebo, dame una espada y verás como lo mato.» Sylva, pronosticando la ambicion y el destino de Julio César, que ya era bien quisto del pueblo, pensaba en proscribirle. Sus amigos se lo disuadieron: «No aconsejais bien, les dijo Sylva: las costumbres afeminadas y el cinto flojo de ese jóven, os ocultan su fadole; pero yo veo en él solo muchos Marios.»

DICTADURA PERPETUA DE SYLVA.
—(A. M. 3920.—A. C. 84.) Habiendo perecido en la guerra los

dos cónsules Mario y Carbon, Sylva salió de la ciudad, é hizo que el senado, según la costumbre antigua, nombrase un interrey. Fué elegido Valerio Flaco; y fiel á las instrucciones que habia recibido, representó á los senadores la necesidad de crear un dictador para restablecer el orden en la república, y al mismo tiempo opinó que no se pudiese coto á su poder. Sylva, designado por el interrey, ofreció al senado sus servicios. Los senadores no atreviéndose á reusarlos, y creyendo hallar en las formas electivas un vestigio de libertad, eligieron al dichoso Sylva dictador por todo el tiempo que le pareciese. El año 668 de Roma fué cuando esta ciudad, victoriosa de los reyes, recibió el yugo de un tirano.

Las turbulencias de la república estaban apaciguadas; pero el remedio violento que Sylva empleó para curarlas, sumerjió á Roma en la consternación, y su inmovilidad era la de los sepulcros. Las crueldades de Mario, Cinna, Carbon, Sylva y sus lugartenientes aterraban todos los ánimos. La invasión de Brenno y Anníbal no habian costado tanta sangre á la Italia, y los vencedores temblaban como los vencidos; porque ■ acordaban

de que Sertorio, no encontrando modo de sujetar á los seis mil soldados con que Mario habia entrado en Roma, le persuadió que los cercase y matase á flechazos. Se horrorizaban todos pensando en aquellos dias funestos en que ultrajados los nombres mas santos, delataban los hijos á los padres, y las mujeres sin honor á los maridos, y pedian á los verdugos el vil salario de su crimen. En aquel tiempo de delirio y horror en que la naturaleza estraviada no reconoce sus vínculos sino despues de haberlos roto, se vió á un hermano matar á otro en la batalla, y darse la muerte sobre su cadáver cuando le conoció. El senado temblaba á la vista del dictador, recordando el dia en que oyéndose un ruido espantoso que turbaba las deliberaciones, dijo Sylva con serenidad: «No os inquietéis por esos gritos: son unos miserables que he mandado castigar.» Y aquellos terribles gemidos eran de ocho mil prisioneros degollados por orden suya. El pueblo no podia confiar en la fuerza de las leyes contra un hombre que habiendo hecho asesinar arbitrariamente á un senador, candidato del consulado, y á uno de sus jenerales que tomó á Preneste, no dió mas dis-

culpa de estos crímenes que decir: «Los he muerto porque me resistieron.» Tampoco había que esperar asilo en los templos: el pontífice Mérula había sido degollado al pie de los altares de Júpiter; y su destino estuvo vacante setenta y siete años. Roma llevaba luto por noventa senadores, quince consulares, y dos mil seiscientos caballeros: las últimas proscripciones parecieron mas espantosas, porque en lugar de ser una efervescencia popular, servían al triunfo y á la venganza del partido de los grandes contra el del pueblo; y así fueron mas largas, mas sistematizadas, mas cubiertas con la máscara del orden y de la justicia, y se extendieron no solo á la vida de los proscritos, sino tambien á su honor. Así produjeron resentimientos mas durables: y los grandes mismos, que despues de adquirido el poder se lo disputaron unos á otros, se vieron obligados á buscar fuerzas en el mismo pueblo que habian despreciado y oprimido. Las venganzas de Sylla tuvieron por un triste privilegio los dos caracteres de los partidos que dividian la república: fueron feroces como las del pueblo, y prolongadas como las de la aristocrácia. Nadie manchó con delitos mas gran-

des, acciones mas illustres. Sin embargo, era tal el cansancio de los romanos y la necesidad del reposo, que Sylla, poniendo fin á sus crueldades, pareció conservar la confianza del senado, el respeto del pueblo y el favor del ejército. Es verdad que ya no quedaba á Roma mas asilo que la monarquía que restableciese el equilibrio entre la nobleza y la plebe, destruido por la corrupcion de las costumbres. Pero esta misma corrupcion hizo que el poder viniese á parar no en manos de reyes, sino de déspotas militares; porque las fiebres políticas podian curarse, mas no la gangrena moral que habia disuelto enteramente los vinculos de la sociedad humana.

RETRATO DE SYLLA.—El carácter de Sylla presenta una mezcla inconcebible de cualidades y vicios, de grandeza y de pequeñez. Pocos hombres de jénio le igualaron en osadía: pocos espíritus vulgares tuvieron mas supersticion. Un sueño bastaba para aterrorizar á este ambicioso que acometia sin temor á Roma, capital del mundo. Vivió mucho tiempo entregado á las letras y á los placeres, modesto en sus victorias, suave con sus iguales, sometido á sus jefes, familiar con sus inferiores; pero cuando se

vió proscrito por Mario, la pérdida de sus bienes, el asesinato de sus amigos, y el deseo de la venganza, mudaron repentinamente sus costumbres. En Atenas y Roma, manifestó muchas veces la ferocidad grosera de un cimbro. Conservaba no obstante algunos vestigios de sus primeros hábitos y de sus virtudes anteriores; y así debió parecer á los romanos el mas caprichoso de los hombres. Unas veces llegaba su arrogancia hasta ser insolente: otras su afabilidad se parecia á la adulacion. Un dia perdonaba los delitos mas graves; y al siguiente castigaba con el último suplicio las faltas mas ligeras. Jeneroso con Scipion le da libertad: implacable con Mario el jóven, le ultraja aun despues de muerto. Pompeyo, al cual reusaba el triunfo, le insulta y le dice: «El pueblo está mas dispuesto á adorar al sol nasciente, que al que se pone.» Sylva, mas admirado que ofendido de su osadía, dijo: «Pues bien: una vez que este jóven quiere triunfar, que triunfe.» Pocos dias despues mandó matar á Ofela, porque contra su voluntad solicitaba el consulado.

Este guerrero, tan altivo con el senado, tan duro para el pueblo, tan inaccesible á la piedad

y al temor, no podia resistir el ascendiente que habia tomado sobre él su esposa Metéla. Ella sola podia triunfar de su orgullo y de su rencor. Los romanos no conseguian de Sylva ningun favor ni clemencia sino por la intercesion de su esposa. Cuando estaba moribunda, su marido, cediendo á la supersticion y temiendo que un cadáver mancillase su casa, la hizo transportar á otro alojamiento; pero habiendo muerto Metéla, manifestó la mas violenta desesperacion, y le prodigó las espresiones del mayor dolor y ternura.

Habiendo llegado al poder supremo, recompensó la complacencia servil de Valerio Flaco nombrándole jeneral de la caballería. Queriendo despues consolar á Roma de la dependencia en que estaba, ofreciéndole alguna imájen de la antigua libertad, hizo que el pueblo nombrase cónsules á Marco Tulio Décula y á Cneyo Cornelio Dolabela.

Su conizano.—Las leyes que publicó, tuvieron por objeto el mantenimiento del orden y de la autoridad del senado, y la abolicion de los privilejios que se habia abrogado el pueblo. Renovó la proibicion de solicitar el consulado antes de haber sido pretor, y estableció el intersticio de

diez años entre dos consulados de una misma persona. Completó los colejos sacerdotales: introdujo trescientos caballeros en el senado: quitó á los tribunos de la plebe los derechos que habían usurpado, y limitó sus funciones á la de proteger como antiguamente los intereses del pueblo. Estendiendo su poder á todo el imperio, exigió tributo de las provincias conquistadas, de las ciudades, pueblos y reyes aliados. En Roma dió la dignidad y derechos de ciudadano á diez mil libertos; y estendió esta medida á todas las ciudades de Italia para tener en ellas un partido seguro. Estos nuevos ciudadanos tomaron todos el nombre de Cornelio. Todas las tierras que pertenecían al fisco por las proscriciones, fueron distribuidas á los veteranos que habían conquistado bajo sus banderas la Grecia, el Asia y á Roma. Para lisonjear el orgullo de esta capital, despojada por él de la libertad, estendió su recinto, reedificó el Capitolio que se había quemado durante la guerra civil, é hizo buscar por todo el imperio copias de los libros sibílinos consumidos en aquel incendio.

Para destruir las reliquias del partido de Mario en cualquiera

parte que se arraigasen, envió al Africa á Pompeyo contra Domicio Enobarbo, yerno de Clana, cuyas fuerzas se habían aumentado con la alianza de Juba, rey de Numidia. Pompeyo, en solo cuarenta dias, destruyó el ejército de Domicio, batió á Juba y conquistó la Numidia, cuyo trono dió á Hiempasal. Sylla le llamó á Italia: sus soldados querían detenerle, mas él obedeció al dictador. Este, contento con su sumision, le dió el título de grande, que conservó despues. Entonces fué cuando obtuvo, ó por mejor decir, arrancó los honores del triunfo.

SU CONSULADO.—Sylla, ejerciendo siempre el poder absoluto, hizo que le nombrasen cónsul con Metelo. Despreciando insolentemente la opinion pública, substituía muchas veces en el tribunal sus caprichos á las leyes, y concedía las rentas de una ciudad y aun de una provincia á histriones y mujeres de mala reputacion. Un mal poeta le dedicó un dia sus obras: el dictador le hizo un regalo magnífico y le mandó que no volviese á escribir versos.

PRIMERA DEFENSA DE CICERON.—En su consulado Roscio fué citado en juicio por Crisógono, que habiendo asesinado al padre

de aquel, le había hecho poner en la lista de los proscritos, y ahora quería apoderarse de su herencia. Cicerón se presentó por la vez primera en la tribuna, y defendió con valor la causa del heredero del proscrito en presencia del proscritor. Su brillante elocuencia escitó la admiración general, y anunció á los romanos un grande hombre. Despues de este principio glorioso, pasó á Atenas á perfeccionar su talento. Apolonio Molon, uno de los mas célebres oradores de Grecia, habiéndole oído, meditaba tristemente y no le aplaudia. Cicerón le preguntó la causa de su silencio, y Apolonio le respondió suspirando: «Admiro á la verdad tu discurso; pero me lastima la suerte de mi patria. Solo le quedaba la gloria de la elocuencia, y tú vas á quitársela y á trasportarla á Roma.» Cicerón era del orden de los caballeros: nació el mismo año que Pompeyo, que fué el 617 de Roma. Mientras que Sylla procuraba consolar á la república, dándole algun reposo, de los males que le habían hecho sufrir tantas guerras estrangeras y civiles, su lugarteniente Murena, que mandaba en Asia, impelido de su ambicion, volvió á comenzar, sin estar autorizado para

ello, la guerra con Mitridates, tomando por pretesto que aquel príncipe aumentaba su ejército y se negaba á restituir algunas ciudades de Capadocia. Hubo una batalla, en la cual estuvo indecisa la victoria: porque la pérdida de ambos ejércitos fué igual, y uno y otro se retiraron á un mismo tiempo del lugar donde se dió la accion. Sylla, para abatir el orgullo de Mitridates que se atribuia la victoria, hizo que se concediese el triunfo á Murena; pero al mismo tiempo le dió orden de que suspendiese las ostilidades.

Uno de los actos mas absolutos del dictador fué el decreto que hizo aprobar por el senado y el pueblo, y que ratificó todos los que él había dado antes y despues de su dictadura. Cicerón niega justamente el nombre de ley á este edicto despótico, que consagraba tantas atrocidades y hacia cómplice de ellas al pueblo romano.

Todavía había quedado en aquel corazon fiero y ambicioso lugar para el amor, pues se apoderó de él una mujer jóven llamada Valeria, hermana del célebre orador Hortensio. Valeria se había separado algunos dias antes de su marido, sin que por el divorcio padeciese su reputa-

cion. Era viva, festiva y sin duda algo desenvuelta: por esto fijó la irresolucion de Syla con un arbitrio que pasaría por una libertad en nuestras costumbres: cuéntase que mientras el tirano estaba atento á un espectáculo, fué ella como resbalándose hasta poder poner lijeramente la mano sobre su espalda, y arrancando un pelo de su ropa, se volvió prontamente á su asiento. El dictador volvió alzado la cabeza y procurando descubrir el fin de aquella familiaridad, le dijo Valeria en tono gracioso: «Esto, señor no ha sido por faltaros al respeto, sino por participar de vuestra fortuna.» Y desde entonces se creyó que en tomando alguna cosa que fuese de una persona feliz, podía traer la felicidad. La accion, la dulzura de la voz, y las gracias de Valeria hicieron tanta impresion en Syla, que hallándose viudo entonces de su mujer Metéla, la tomó por esposa.

ABDICACION DE SYLA.—Parecia probable que un hombre que habia derramado tanta sangre para conquistar el poder supremo, no le dejase sino con la vida: porque nadie se atreve á descender de un trono fundado por crímenes. El pueblo, acostumbrado al yugo, ofrecia al

dictador el tercer consulado: pero con grande admiracion de Roma y del mundo, Syla lo reusó, abdicó la dictadura y declaró que viviría en lo sucesivo como un simple ciudadano. Su jénio ardiente y soberbio no hallaba un alimento digno de sí en los cuidados de una administracion pacífica. No tenia mérito para él la potencia sin peligros: y no habiendo ya qué conquistar ni á quién proscribir, cualquiera otra ocupacion le parecia insípida y vulgar. Su retirada, mas atrevida que sus victorias, mostró que estaba muy fastidiado de los hombres para gustar de gobernarlos: y que los despreciaba demasiado para temerlos. Cuando bajó de la tribuna y se retiraba á su casa, un jóven le dijo palabras afrentosas. «Tu imprudencia, le respondió Syla con frialdad, hará que otro dictador no abdique.» Si nos admiramos al ver este hombre feroz, precedido poco antes de veinticuatro segures que inspiraban miedo, pasearse sin poder ni terror por la ciudad que habia inundado de sangre, y entregarse desarmado á la venganza de las numerosas familias sumergidas por él en el luto y la miseria, se disminuye esta sorpresa recordando la inmensa can-

tividad de cómplices que había adquirido por las confiscaciones: los partidarios que logró en el senado restableciendo los privilegios de este cuerpo, la adhesión de los *Cornelios* que le debían su existencia, y el afecto de los veteranos, vencedores bajo sus órdenes y enriquecidos por sus beneficios. Acometer á Sylla hubiera sido acometer á todos, y su interés le formaba una guardia perpétua para la seguridad de su persona y el mantenimiento de sus leyes. ■ partido de los descontentos, numeroso, pero sin poder, se vengó de sus males verdaderos con chanzas inútiles. Daba á su autoridad absoluta, revestida con las formas republicanas, el nombre de monarquía negativa y de tiranía confesada.

Sylla, después de su abdicación, consagró á *Hércules* la décima parte de sus bienes, y dió una gran fiesta, en la cual convidó todo el pueblo á un banquete. La profusión fué tan grande, que hubo que arrojar al Tíber una gran cantidad de comestibles sobrantes. No teniendo ya ambición sino para sus hijos, les dió los sobrenombres de Fausto y Fausta, creyendo que con esto serían tan afortunados como él.

MUERTE DE SYLLA. — (A. M.

3921.—A. C. 80.) Alejado de los negocios y retirado á Cúmas, se entregó á los placeres, quizá para libertarse de los remordimientos, y terminó su carrera como Mario, entre los excesos de la intemperancia. Dos días antes de morir, escribía sus memorias (1); pero siempre supersticioso, dijo que su mujer Metéla se le había aparecido en sueños y avisándole que se reuniría pronto con ella. En un movimiento de enfado se le reventó un ascenso que tenía en las entrañas y murió á la edad de sesenta y dos años.

Su sombra pareció que quería renovar las discordias civiles, porque sus exequias dieron motivo á una violenta disputa entre los cónsules.

Lépido quería que se le enterrase sin pompa y que se aboliesen sus decretos. Cátulo, sostenido por Pompeyo, ganó la votación en el senado; y según el decreto que propuso, el cadáver del dictador, vestido de la ropa triunfal, llevado sobre un lecho de oro y precedido de veinticuatro lictores, corrió la Italia, venerado de todos los pueblos, y vino á Roma á recibir los últimos honores.

(1) Año de Roma 675.

Todos los soldados que habían militado á sus órdenes, acompañaron el cuerpo: las vestales, los pontífices, el senado, los caballeros, y mucha parte del pueblo le salieron á recibir. Se cantaron á coro sus alabanzas, y su pira se erigió en el campo de Marte. En tiempo de Plutarco se conservaba su sepulcro en el mismo campo con este epitafio, compuesto, según se decía, por él mismo:

Aquí descansa Sylla. Nadie le excusó en hacer bien á sus amigos y mal á sus enemigos.

Este hombre, tan célebre por sus crímenes como por sus azañas, se mostró en su juventud digno de los bellos siglos de Roma (1). En otras circunstancias, no se hubieran conocido sino sus virtudes: las discordias civiles desenvolvieron sus vicios. La impunidad de sus excesos y el mantenimiento de sus actos aun después de su abdicación, enseñaron á los ambiciosos que Roma podía sufrir un tirano. Todas sus empresas, coronadas por la fortuna, le adquirieron el nombre de *Feltz*, desmentido por su abdicación, su fastidio del man-

do, su triste fin y sus remordimientos.

Aun humeaban sus cenizas cuando el cónsul Lépido, no desalentado por su primer revés, emprendió reanimar la facción popular, llamar á los desterrados, restituir los bienes confiscados á las familias de los proscritos y comenzar de nuevo las turbulencias civiles. Era mas ambicioso que hábil, é incapaz de llevar á cabo una empresa tan vasta que parecía justa por ser en defensa de los oprimidos; pero que envenenaba las heridas en lugar de curarlas, como todas las reacciones políticas: y como dice Floro, la república semejaba entonces á los enfermos que mueren cuando se vuelven á abrir sus llagas, que no pueden sufrir ningún remedio violento, y solo sienten la necesidad de descanso.

Cátulo, apoyado por un gran número de senadores, se oponía con actividad á los proyectos de Lépido, que tenía en su favor la muchedumbre y el partido de Mario. De las discusiones se pasaba á las amenazas, y ya venían á las manos. El senado, receloso de nuevas turbulencias, conjuró á los cónsules que no volviesen á destruir la patria, esausta por tan largos infortunios. Ce-

(1) No olvidemos la traición infame de que se valió para apoderarse de la patria.

dieron por el momento á su voz, suspendieron sus debates y sacaron las provincias á la suerte. Lépido marchó á la suya que fué la Galia. Llamado á la capital poco tiempo despues, en lugar de venir solo como debiera, avanzó en Italia al frente de su ejército con el designio de obligar á los comicios á que le nombrasen cónsul segunda vez. El senado difirió la eleccion, y encargó al interey Apio Claudio y al procónsul Cátulo, que velasen por la seguridad de la república.

Cátulo, sostenido por Pompeyo, marchó contra Lépido, le venció en batalla campal, y le obligó á retirarse á Etruria. Des-

pues de la derrota de Lépido, fueron nombrados cónsules Decimo Bruto y Marco Emilio. Pompeyo, lugarteniente de los cónsules, penetró en la Galia Cisalpina, venció á Marco Bruto, lugarteniente de Lépido, le obligó á encerrarse en Mutina y despues á rendirse, y mandó cortarle la cabeza.

Cátulo dió batalla en Etruria á Lépido: este peleó con tanto valor, que hubiera ganado la victoria, á no acudir Pompeyo en socorro del procónsul. Lépido, vencido, se retiró á Cerdeña. Concedióse una amnistía completa, y Roma conoció que Sylla no existia ya.



CAPITULO XI.

POMPEYO.

Pompeyo encargado de la guerra contra Sertorio. — Guerra civil entre Metelo y Sertorio. — Victoria de Metelo en Andalucía. — Turbulencias en Roma. — Revolucion en España. — Muerte de Sertorio. — Castigo y muerte de Perpenna. — Segunda guerra de Mitridates. — Asaños del joven Catón de Utica. — Pretura de Marco Craso. — Derrota y muerte de Spartaco. — Retrato de Lúculo. — Derrota de Mitridates. — Batalla entre Lúculo y Tigranes. — Derrota de Tigranes. — Sedición en el ejército de Lúculo. — Vuelta y muerte de Lúculo en Roma. — Retrato de Pompeyo. — Sus asaños. — Su diestra política. — Su guerra con los corsarios de Sicilia. — Guerra entre Pompeyo y Mitridates. — Vida de Mitridates. — Nuevas asaños de Pompeyo. — Traición de Stratónica. — Reduccion de la Siria a provincia romana. — Conjuración de Rulo y Catilina. — Retrato de Ciceron. — Sus obras. — Su acusacion contra Verres. — Destierro de Verres. — Edilidad de Ciceron. — Ceguera de Ciceron contra Catilina. — Defensa de Ciceron por Otón. — Conjuración de Catilina. — Retrato de Catilina. — Sus primeros crímenes. — Sus entélites. — Su exclusion del consulado. — Su complot con Antonia y Cneo Pison. — Su arenga á los conjurados. — Juramento terrible. — Complot descubierto. — Crímenes de la cortesana Sempronio. — Complot contra Ciceron. — Osadía de Catilina en el senado. — Arenga de Ciceron á Catilina. — Defensa de Catilina. — Sus preparativos ostiles. — Discurso de César en el senado. — Réplica de Catón. — Derrota y muerte de Catilina. — Ciceron nombrado padre de la patria. — Triunfo de Pompeyo.

POMPEYO ENCARGADO DE LA GUERRA CONTRA SERTORIO. — (A. M. 3927. — A. C. 77.) Pompeyo, que contaba mas victorias que años, habia triunfado en Sicilia, en Africa y en Italia, de la faccion de Mario, sin haber obtenido todavia ninguna de las dignidades que daban derecho para mandar los ejércitos. Su mérito era su título, y la gloria se habia anticipado en él á la fortuna. En esta época, el partido de Mario, abatido en las demás pre-

vincias, solo mostraba fuerza y vida en España, donde Sertorio le sostenia con denuedo y victorias que causaban en Roma grande inquietud. Habia vencido uno despues de otro á todos los jenerales que se habian enviado contra él: y el mismo Metelo, á pesar de su larga experiencia en el arte de la guerra, cedia al jénio de aquel gran caudillo. En estas críticas circunstancias juzgó el senado que solo Pompeyo podria oponerse con probabilidad de buen éxito á tan temible adversario.

Sertorio, firme en sus desig-nios, rápido en sus operaciones, fecundo en recursos, esento de temor en los peligros y de orgullo en la prosperidad, habia adquirido tanta reputacion por sus virtudes como por sus talentos. Este romano, no manchado por ningún vicio, digno de los tiempos antiguos, y fuera de su sitio en un siglo de corrupcion, se encontró por la fuerza de las circunstancias arrastrado á las discordias civiles, é ilustró su partido con azañas sin participar de sus furores ni de sus crímenes. Era natural de Sabina: se distinguió en la profesion de orador por su elocuencia, y en la guerra contra los cim-bros por su valor. Habiendo a-

prendido la lengua de aquellos bárbaros, se introdujo en sus campamentos, reconoció su posicion, dió informe de ella á Mario y contribuyó en gran manera á sus victorias. Perdió un ojo en una accion, y se consolaba diciendo que aquella señal onorífica era mas notable y permanente que ninguna otra. Vuelto á Roma solicitó el tribunado, y Sylla impidió que lo consiguiese: desde entonces se unió invariablemente al partido de Mario. Partícipe de su gloria y no de sus excesos, le manifestó su orror á las proscripciones y le persuadió que acabase con los seis mil bandidos que habian inundado la ciudad de sangre. Despues de la muerte de Mario, viendo la poca union que habia entre sus lugartenientes, de los cuales unos cometian yerros militares y eran vencidos, otros dejaban sobornar y corromper sus ejércitos, pronosticó la ruina de todos, y se retiró á España con mil hombres resueltos á morir por él. Los españoles, despreciando su corto número, no solo se negaron á pagarlo las contribuciones ordinarias, sino exijieron además que pagase la subsistencia y alojamiento suyo y de sus tropas. Los romanos que le seguian no podian habituarse

á esta injuria hecha á un pró-
cónsul, y querian que no paga-
se. Sertorio, riéndose de una va-
nidad tan inoportuna, les dijo:
«Dejadme que los satisfaga; así
»gano tiempo, cosa que no hay
»dinero con que pagarla, cuando
»se meditan grandes empresas.»
No pudiendo reunir fuerzas bas-
tante considerables contra An-
nio, encargado por Roma de a-
niquilar su partido en España, y
que ya habia vencido á su lugar-
teniente Salinator al pie de los
Pirineos, cedió por algun tiem-
po á la fortuna de Sylá, y se em-
barcó para el Africa. Sostuvo en
ella la gloria que habia adquiri-
do; restableció en el trono á As-
calio, que era perseguido por
una faccion, y le ayudó á conse-
guir grandes victorias de los
príncipes vecinos, enemigos su-
yos. El triunfo completo de Sy-
lá, su poder absoluto, sus ven-
ganzas crueles y la bajeza de los
romanos en sufrir su tiranía, lle-
naron de indignacion el espíritu
altivo é independiente de Serto-
rio. Cansado de los caprichos
de la fortuna, irritado de la
inconstancia de la muchedum-
bre y avergonzado de su pa-
tria, resolvió alejarse de la es-
cena del mundo y retirarse á las
islas Afortunadas, donde espe-
raba hallar, segun las relaciones

de los viajeros, habitantes senci-
llos y afectuosos, campos fértiles,
costumbres puras, invariable paz
y primavera eterna; pero habia
nacido para la ambicion y la glo-
ria, y el amor del retiro se debi-
litó bien pronto en su corazon.
Los lusitanos imploraron su so-
corro para defender la indepen-
dencia de su pais contra los lu-
gartenientes de Sylá: Sertorio no
podia negarse á pelear por una
causa tan noble que le ofrecia
esperanzas de reanimar su par-
tido. Tan osado como Viriato, y
mas hábil en la ciencia de la gue-
rra, juntó en breve un poderoso
ejército, compuesto de los roma-
nos refugiados en España, y de
una multitud inmensa de gue-
rreros de diversas naciones. Va-
liéndose ya de la fuerza, ya de la
astucia, vió todas sus empresas
coronadas de un éxito feliz. O-
bligó á Annio á evacuar la Lusitania, y estendiéndose por la pe-
nínsula, venció á todos los jene-
rales que se atrevieron á acome-
terle. Su mansedumbre y justi-
cia le ganaron el amor de los
pueblos. Los patricios y caballe-
ros romanos proscritos por Sylá,
acudian de todas partes á buscar
bajo su proteccion un asilo in-
violable, la imájen de la liber-
tad y la esperanza de vengarse.
Así bajo sus tiendas existia un

senado independiente contra el senado esclavo de Sylla. Estaba rodeado de cónsules, pretores, cuestores y tribunos, y parecía que Roma entera se había transplantado á su campamento. Al mismo tiempo que los romanos hallaban la independencia bajo sus banderas, los españoles, sometidos á sus órdenes, asegurados por su valor, armados y disciplinados por un jeneral tan hábil, le amaban como á padre y le respetaban como á rey. Sertorio, que poseía el arte de manejar los ánimos, se aprovechó de la superstición de los pueblos para darles mas confianza y aumentar su partido; y les persuadió que conferenciaba con los dioses y recibía de ellos consejos por medio de una cierva blanca que había domesticado y le seguía aun entre el bullicio de los campamentos.

GUERRA CIVIL ENTRE METELO Y SERTORIO.—Metelo, á quien el senado encargó pelear contra este gran capitán, empleó inútilmente su valor y experiencia. No sabía pelear con sus legiones armadas completamente sino en batalla campal. Sertorio, mas jóven, activo y astuto, tenía pocas tropas regladas y muchos guerreros valientes y dispuestos; pero que no sabían la táctica ro-

mana. Evitó, pues, con habilidad toda acción decisiva, y aprovechándose de la aspereza de los lugares, del conocimiento del terreno, del afecto de los habitantes y de la ligereza de sus tropas, apresaba todos los convoyes, ponía emboscadas, se presentaba y desaparecía como un relámpago, huía en el momento que Metelo pensaba haberlo cogido, y caía sobre él cuando le suponía muy lejos. Así debilitaba las fuerzas romanas sin comprometer las suyas, y Metelo era vencido por su enemigo sin haber logrado combatir con él. Un refuerzo inesperado mudó de repente la posición y los planes de Sertorio. Perpenna llegó á España con las legiones que habían escapado de la derrota de Lepido. Este patricio, orgulloso por su nacimiento, creyó que la Lusitania y aun toda la España, y las tropas del partido de Mario le darian el mando jeneral: pero sus propios soldados, prefiriendo la gloria á la altivez y el mérito al nacimiento, le obligaron á reunirse con Sertorio y á someterse á él: con lo cual hallándose este capitán al frente de un verdadero ejército, marchó contra Metelo y le venció en varios reencuentros. Mitridates le envió entonces una em-

bajada ofreciéndole su alianza y socorros poderosos, con tal que le dejase señor del Asia. El jeneral romano tenia mas virtud que ambicion, y no podia preferir el bien momentáneo de su partido á los intereses de la patria. Respondió, pues, no como un desterrado, sino como un cónsul, que aceptaria la alianza si el rey se contentaba con la Bitinia y la Capadocia, que nunca habian pertenecido á Roma; pero que si no seria su enemigo; pues él peleaba para realzar la gloria y la libertad de la república, no para disminuir su poder. Esta respuesta noble y generosa aumentó la estimacion de Mitridates á Sertorio, y el tratado se hizo como queria este jeneral.

Cuando su gloria y prosperidad habian llegado á colmo, Pompeyo, á quien se habia dado el título de procónsul, desembarcó en España con un nuevo ejército. Su primer combate no fué dichoso; porque yendo á socorrer á Laurona que estaba sitiada, Sertorio lo venció y se apoderó de la plaza. Despues de la victoria, una mujer española arrancó los ojos á un soldado que quiso ultrajarla: la coorte á que pertenecia el soldado, se disponia á vengarle, porque toda

ella no solo aprobaba aquel insulto, sino cometia diariamente otros semejantes. Sertorio lo supo, y condenó á muerte los soldados de un cuerpo tan indisciplinado, lo que no solo afirmó el buen orden en las tropas sino tambien aumentó el afecto que le tenian los españoles.

VICTORIA DE METELO EN ANDALUCIA.—Metelo, mas feliz contra los lugartenientes de Sertorio que contra este, consiguió en la Bética una gran victoria de Lucio Hirtuleyo, que para vengar este revés, acometió de nuevo al enemigo y fué muerto. Los ejércitos de Pompeyo y Sertorio se encontraron una vez junto á Sucrona, ciudad de los edetanos. La victoria se disputó por mucho tiempo. Afranio derrotó el ala derecha de Sertorio y la persiguió hasta su campamento; pero Sertorio, vencedor con su ala izquierda, obligó á Pompeyo á retirarse, se arrojó despues sobre Afranio y lo derrotó. En medio del tumulto de esta batalla, desapareció la cierva de Sertorio, lo que fué mirado como un agüero siniestro. Un soldado la trajo por la noche y Sertorio la ocultó. Al dia siguiente reunió el ejército y declaró que en un sueño se le habia prometido por los dioses la res-

titucion de la cierva querida. Apenas había pronunciado estas palabras, se presentó el animal, corrió á él, y se echó á sus pies. Este ardid disipó el terror de los lusitanos, los confirmó en su supersticion y reanimó su valor. Sertorio perseguia á Pompeyo; pero sabiendo que se le había reunido Metelo, se retiró diciendo: «Si no hubiera llegado esa vieja, yo hubiera enviado el niño á Roma bien azotado.» Metelo llamaba á Sertorio «el fugitivo de Sylá, escapado del naufragio de Carbon.» Así eternizan las facciones sus odios, esacerbándolos con el menosprecio.

Metelo y Pompeyo obligaron en fin á Sertorio á arriesgar una accion jeneral: despues de una batalla larga y disputada, Pompeyo cedió y Sertorio venció á Metelo, que recibió una herida y estuvo á pique de caer prisionero: mas sus tropas reanimadas por el peligro de su jeneral, se arrojaron furiosamente sobre los sertorianos y los desbarataron. Los de Pompeyo, alentados con este suceso volvieron al combate y le quitaron la victoria á Sertorio. Este se vió obligado á retirarse. Metelo mancilló su último triunfo con el orgullo y la crueldad. Hizo que le rindiesen

los honores divinos en las ciudades de España y puso en precio la cabeza de Sertorio, esperando vencerlo, como dice Plutaro, mas bien por traicion que con las armas.

TURBULENCIAS EN ROMA. — Mientras pasaban en España estas cosas, la turbulencia de los tribunos producía en Roma nuevas alteraciones. Sicinio, uno de ellos, solicitaba que se restituyesen al tribunado sus privilegios: el cónsul Curion lo hizo matar; pero al año siguiente el pueblo, alborotado por causa de la carestía, obligó al cónsul Aurelio Cotta á abolir la ley de Sylá, que excluía de todas las dignidades á los que hubiesen sido tribunos. Al mismo tiempo acometió á la república un nuevo enemigo muy formidable, porque habiéndose hecho dueño de todos los mares, interceptaba los convoyes y esponía la capital del mundo al azote del hambre. Los cilicios que habitaban en las costas del Asia Menor, un pais montuoso y casi impenetrable, se hicieron temibles á todos los pueblos por sus piraterías. Aumentaron sus fuerzas dando asilo á los piratas de las demás naciones que se acogian á ellos. Sus barcos numerosos y lijeros, se presentaban en los mares, destruian

el comercio é infestaban las playas. Ciceron, que entonces era cuestor en Sicilia, libertó á Roma de la carestía, enviando un gran convoy de granos, que felizmente se escapó de manos de los piratas. A su vuelta de aquella isla, en la cual habia restablecido el orden y las leyes, se halló muy ofendida su vanidad, como él mismo cuenta injénuamente, cuando al desembarcar en Italia, conoció por las preguntas que le hacian los ciudadanos mas distinguidos, que la mayor parte de sus compatriotas ignoraba si venia de Africa, de Sicilia ó de su casa de campo. Este desengaño de su amor propio le movió á consagrarse á la profesion de orador, y se fijó en Roma con el designio de ostentar siempre sus talentos á la vista de sus conciudadanos, para quitarles la posibilidad de olvidarlo. La provincia de Macedonia fué acometida en esta época por los dardanos: el procónsul Curion los subyugó, venció á los dacios, conquistó la Mesia y penetró hasta el Danubio. Así, á pesar de las turbulencias continuas de Roma, sus armas victoriosas rechazaban en todas partes á sus enemigos. Parece que la fortuna hizo á los romanos invulnerables para los bárbaros, é

incapaces de ser vencidos sino por sí mismos.

REVOLUCION EN ESPAÑA. — En España continuaba siempre la guerra civil; pero la suerte inconstante que habia elevado tanto á Sertorio, cesó repentinamente de favorecerle. Habia algun tiempo que Perpenna, envidioso de su gloria y cansado de obedecer, vejaba á los soldados con trabajos muy duros, les infligia castigos crueles, y descontentaba á los españoles exigiéndoles crecidos tributos. Este pérfido, fingiendo que hacia aquellas cosas por orden de Sertorio y contra su propia voluntad, hizo aborrecible el jeneral al ejército y al pueblo. No tardaron las sediciones: Sertorio, obligado á obrar contra su carácter, ejerció rigores que produjeron su efecto ordinario, el de necesitar de otros nuevos y enajenar los ánimos de dia en dia. Poco seguro de la fidelidad de las legiones, vacilantes ya por las intrigas de su lugarteniente, confió á los celtiberos la guardia de su persona, con lo que acabó de irritar á los romanos.

MUERTE DE SERTORIO. — Cuando Perpenna los vió en la disposicion que deseaba, tramó una conspiracion contra la vida de Sertorio, y como uno de los con-

jurados iba por indiscrecion á descubrir el secreto, el lugarteniente se apresuró. Convidó al jeneral á un banquete: empezaron á hablar en presencia suya de un modo libertino, contrario como todos sabian, á la severidad de las costumbres de Sertorio. Indignado de aquella licencia, se recostó en el lecho volviendo la espalla á sus indignos convidados, que se arrojaron sobre él y le dieron de puñaladas.

CASTIGO Y MUERTE DE PERPENNA. —Perpenna, heredero de su poder y no de su jenio, no tardó en llevar el castigo de su traicion. Pompeyo, conociendo su temeraria incapacidad, dispersó en los campos los soldados de algunas coortes: el enemigo cayó en el lazo y diseminó tambien sus fuerzas para perseguir á los forrajeadores. Entonces Pompeyo le ataca súbitamente, destruye sin dificultad un ejército desordenado y hace prisionero á su indigno jefe. Perpenna no tenia valor para salvarse, y recurrió á una nueva perfidia. Los papeles de Sertorio estaban en su poder, y constaban de numerosas correspondencias con muchos senadores, caballeros y otros ciudadanos de todas clases, que favorecian secretamente desde Roma aquel partido. El vil Perpen-

na los entregó al vencedor, creyendo que con ellos compraria la vida. Pompeyo, justificando el sobrenombre de Grande que se le habia dado, aegó aquella funesta semilla de discordias y venganzas, y echó en público al fuego todos los papeles sin leerlos, oró con nobles lágrimas la memoria de Sertorio y vengó á este grande hombre, enviando al suplicio su asesino. Estos dos actos de justicia y jenerosidad atrajeron á sus banderas los soldados de la faccion vencida. Habiendo terminado la guerra de España, que habia durado diez años, Pompeyo hizo erijir en los montes Pirineos monumentos de su victoria, de los cuales quedaban algunos vestijios muchos siglos despues. El senado le concedió por segunda vez los onores del triunfo.

El mismo año Publio Servilio venció por mar á los piratas, penetró en Cilicia y se apoderó de Isaura, su ciudad principal, por lo que adquirió el sobrenombre de *Isáurico*. Vencidos los piratas, mas no subyugados, volvieron á aparecer con nuevas fuerzas, é hicieron alianza con los cretenses que los recibieron en sus puertos. Marco Antonio, hijo del orador y padre del famoso triumviro, fué enviado

contra ellos con gran armada; pero los piratas rompieron su línea, tomaron al abordaje casi todos sus buques, y colgaron á su vista á los marineros romanos con las cadenas que presuntuosamente tenia destinadas para atar á los enemigos. Este jeneral temerario y desgraciado no pudo sobrevivir al pesar de aquella derrota, que aumentó hasta lo sumo la potencia de los piratas.

SEGUNDA GUERRA DE MITRIDATES.—(A. M. 3928. A. C. 76.) Mitridates, viendo el mar casi cerrado á los romanos, y á Pompeyo y Metelo ocupados en España por las fuerzas de Sertorio su aliado, concibió esperanzas, no solo de recobrar el Asia, sino tambien de llevar el terror como Anníbal al pie de las murallas de Roma, eterna enemiga de los reyes. Sus esperanzas se aumentaron cuando supo que la Italia estaba ardiendo en los furioses de una guerra intestina, escitada por un esclavo tracio, que rompiendo sus hierros habia sublevado los de su clase y formado de ellos un grande ejército. Pero Roma, aunque habia perdido sus costumbres conservaba todavia su valor: su poblacion guerrera acudia á todos los peligros, y en estas circunstan-

cias críticas terminó la guerra de España por medio de Pompeyo, contuvo á los galos con firmeza, luchó en Italia contra Spartaco, mantuvo la Grecia bajo su yugo y envió contra Mitridates un ejército poderoso mandado por Lúculo. El senado trató al principio con desprecio la rebelion de los esclavos; pero Spartaco, jefe de ellos, le desengañó en breve. Este tracio, igual en talentos á los mas grandes capitanes de Roma, se escapó de las cárceles de Cápua con doscientos compañeros, destinados como él á servir de espectáculo al pueblo y á parecer como gladiadores, complaciendo la curiosidad sanguinaria de una plebe ociosa y cruel. Spartaco se acampó en el Vesuvio con su pequeño escuadron, y favorecido por la astucia de su mujer, que se fingia inspirada y tenia fama de adivina, proclamó la libertad de todos los esclavos, y aumentó su tropa con los de Campania. Al frente de ellos derrotó á Apio Claudio Pulcer, que venia á acometerle con tres mil hombres. Otro pretor, llamado Vatinius se le opuso con fuerzas mas considerables, y fué vencido y muerto por Spartaco. Adornado con los despojos é insignias del vencido, se presentó

desde entonces con el aparato de un pretor, precedido de lictores con haces. Pareció mas digno por su virtud que por su fortuna de la imprevista elevacion á que habia llegado; pero aunque inspiró su valor á los bárbaros que mandaba, no pudo comunicarles sus sentimientos jenerosos. Indignado de los orrores que cometian en las ciudades y campos de Italia, resolvió licenciarlos y despedirlos á sus tierras, contento, decia, con haber roto las cadenas de tantos desgraciados. No bastaba la libertad á aquellos feroces guerreros sedientos de pillaje y venganza, y así no quisieron obedecer. La discordia se siguió á la licencia: los galos, que componian la mitad de su ejército, se separaron de él y eligieron por jeneral á Crixo; y Spartaco solo conservó en sus banderas á los tracios sus compatriotas. El destino de Roma fué triunfar siempre por la desunion de sus enemigos. El cónsul Jelio marchó contra los galos y venció á Crixo, que murió en el combate. Unido despues con el pretor Ario, acometió á los tracios; pero Spartaco consiguió la victoria á fuerza de habilidad é intrepidez, y aumentó el ejército consular. Aunque vencedor, no hizo mas que un

acto de venganza. Para celebrar los funerales de Crixo y humillar el orgullo de los enemigos, quiso que sufriesen por una vez la desgracia que ellos hacian sufrir á sus cautivos en la guerra, y obligó á trescientos prisioneros romanos á combatir en su presencia como gladiadores. Marchó despues rápidamente hácia Roma, y puso en huida, casi sin pelear, las tropas del procónsul Casio y del pretor Manlio.

AZAÑAS DEL JÓVEN CATON DE UTICA.—En medio de estos reveses, el célebre Caton, jóven entonces de diezisiete años, manifestó el valor digno de la antigua Roma. Siempre era el primero en el ataque y el último en la retirada. Austero partidario de las leyes, se negó ostinadamente á recibir los premios militares que sus jefes querian darle, diciendo que debian ser recompensa de las azañas y no del favor, y que él no los habia aun merecido.

PRETURA DE MARCO CRASO.—Marco Craso, que fué despues mas célebre por su opulencia, avaricia y presuncion, que por sus azañas, gozaba de mucho crédito. Discípulo de Sylla y rival de Pompeyo, fué nombrado pretor y se le encargó la guerra contra los esclavos. Es probable

que Spartaco hubiera triunfado fácilmente de tal adversario á no introducirse de nuevo la discordia en sus tropas. Los galos y jermanos le abandonaron, pelearon sin orden en Lucania, fueron dispersados y perdieron en la fuga treinta y cinco mil hombres.

DEBILIDAD Y MUERTE DE SPARTACO.—Spartaco, con las pocas fuerzas que le quedaron, marchaba á guarecerse de los Alpes; pero fué acometido de los romanos. Antes de entrar en la batalla, se apeó, mató su caballo, y dijo á sus soldados: «Si venzo, no me faltarán caballos; si soy vencido, no tendré necesidad de ellos.» Resuelto á triunfar ó morir, se arroja impetuosamente sobre el enemigo, desordena sus filas y lo obliga á retirarse; pero habiéndolo perseguido con demasiado ardor, se vió cercado por todas partes. Fué herido gravemente y peleó mucho tiempo con la rodilla en tierra, con el escudo en una mano y la espada en la otra. Cubierto al fin de su sangre y de dardos, u oprimido por el gran número de contrarios, pereció despues de haber dado muerte á muchos, cuyos cadáveres amontonados le sirvieron de trofeo y de sepulcro. Su muerte desalentó sus

tropas, y dió la victoria á los romanos. Cuarenta mil esclavos perecieron en esta jornada: los demás se dispersaron. Solo cinco mil, mandados por Publipor, defendieron algun tiempo su vida y libertad. Pompeyo, que entonces llegaba de España, y á quien se le habia encargado esta guerra, marchó contra ellos y destruyó sin dificultad aquellas miserables reliquias de Spartaco. Demasiado orgulloso por una azaña tan pequeña, escribió al senado que si Craso habia vencido á los esclavos, él acabó de extinguir las raices de aquella guerra.

Craso obtuvo el pequeño triunfo, llamado *ovacion*, en el cual la corona de mirto se sustituia á la de laurel; pero él creyó engrandecer su victoria consagrándola con una profusion sin ejemplo hasta entonces. Diez mil mesas se sirvieron á costa suya para el pueblo, y dió á cada ciudadano el trigo necesario para mantenerse tres meses. Este fué un verdadero triunfo de su vanidad contra su avaricia. Envidioso de Pompeyo, queria balancear su crédito haciéndose popular, y su ambicion volvió á abrir las llagas de Roma, haciendo restituir á los tribunos la autoridad que Sylla les habia

quitado. Este mismo año, que fué el 684 de Roma, nació Virgilio en Andes, aldea cercana á Mantua, cuando Ciceron ascendia al empleo de edil. La suerte parecia resarcir á Roma de su próxima decadencia, ilustrando la tumba de la república con el esplendor del mas grande de sus poetas, del mas elocuente de sus oradores, y de los guerreros mas ilustres del universo. El senado, libre de un enemigo tan formidable como Spartaco, encargó á Metelo la guerra contra los cretenses y castigarlos por su alianza con los piratas. Sus armas victoriosas destruyeron el prestigio de la reputacion militar que tenian desde la antigüedad aquellos insulares. Apoderóse de Cidonia, Gnoso y Licto. Pompeyo, que no queria dejar gloria ni poder á ninguno de sus rivales, logró por sus intrigas que se nombrase á Octavio lugarteniente suyo, en lugar de Metelo; pero este jeneral, irritado de tan grande injusticia y alentado á desobedecer con ejemplos recientes, conservó el mando, sometió la isla de Creta, hizo que Octavio fuese testigo pasivo de sus victorias y lo obligó á reembarcarse. El único resultado de los esfuerzos de Pompeyo fué impedir por tres años que Me-

telo obtuviese los honores del triunfo.

RETRATO DE LUCULO.—Mientras Roma combatia en España contra Sertorio y en Italia contra Spartaco, el cónsul Luculo atacaba en el Oriente á Mitridates, el enemigo mas hábil y temible que tuvo la república, despues de Annibal. Luculo, igual de Sylla en los talentos militares y superior en la virtudes, mas ambicioso de gloria que de autoridad, queria ilustrar su patria, no subyugarla. El defecto que mancilló sus grandes cualidades, fué el amor excesivo de los placeres. Tampoco estuvo esento del vicio capital de su época; y en vez de imitar el desinterés de los antiguos jenerales romanos, se aprovechó de su poder para juntar inmensas riquezas. Pero aunque tan opulento como Craso, no fué tan avaro; al contrario, se le culpó justamente de haber contribuido con su prodigalidad voluptuosa, que se hizo muy célebre, á la corrupcion de las costumbres y á la decadencia de la república. Luculo, considerado como jeneral, fué quizá demasiado severo con la tropa, y no supo ganar su afecto; pero cuando no mandaba se distinguió siempre por la dulzura de su ca-

rácter y por su urbanidad. Instruido en la literatura griega, elocuente en la tribuna y sostenedor de la justicia en una época de facciones, no tuvo parte en los crímenes de Sylá, aunque fué su cuñador y su amigo; y á pesar de sus opiniones libres conservó siempre influjo sobre aquel hombre feroz. Sylá le dedicó sus comentarios y le nombró tutor de su hijo. Esta preferencia excitó la envidia de Pompeyo, y desde entonces fueron rivales y casi enemigos. Lúculo había logrado en Asia sus primeras victorias bajo las órdenes de Sylá, y se hizo célebre por la batalla naval en que venció á la armada de Mitridates. Habiendo obtenido el consulado, solicitó el mando del ejército de Oriente. Pompeyo lo deseaba también; pero á ninguno de los dos se dió. Lúculo tuvo por provincia la Galia; y como Pompeyo decía que pasaría de España á Italia con su ejército, pretestando la falta de dinero, Lúculo para tener lejano un rival tan peligroso, hizo que se le suministrasen socorros mas que suficientes. Cuando volvió de la Galia, pidió el gobierno de Cilicia con la esperanza de suceder á su colega Cotta, que estaba peleando contra Mitridates. La fortuna favore-

ció sus deseos, porque Cotta, para no repartir con él la gloria del triunfo, no lo esperó, atacó imprudentemente al rey del Ponto y fué vencido. Lúculo, que acababa de derrotar á los cilicios, marchó rápidamente en socorro de Cotta, y se halló en fin con el mando que por tanto tiempo había sido objeto de su ambición.

Mitridates, preparado desde mucho antes á esta guerra, aliado de Sertorio y de los piratas de Cilicia, conquistó la Capadocia y parte de la Bitinia, aunque su último rey le había legado en su testamento al pueblo romano. Después de tantas ofensas, solo una victoria podía libertar al rey del Ponto de la venganza de Roma; y su ruina, en caso de ser vencido, era inevitable. Reunió pues un ejército de ciento cincuenta mil hombres, reformó las costumbres de su pueblo, abandonó el lujo asiático, introdujo en sus tropas las armas y táctica romanas, y Lúculo, que solo tenía treinta mil hombres, había de pelear, no con asiáticos afeminados, sino con leñones cubiertas de hierro, disciplinadas, instruidas y acostumbradas á la guerra y á la victoria.

DERROTA DE MITRIDATES.—Mi-

tridates sitiaba á Cizico: el jeneral romano tomó el prudente partido de contemporizar y evitar las acciones jenerales, esperando que el enemigo no podría por mucho tiempo dar subsistencias á un ejército tan numeroso. Los romanos, encerrados en su campamento, se indignaban de la timidez de su jefe; pero este supo resistir á los clamores, y el suceso lo justificó. El ejército de Mitridates se halló reducido en poco tiempo á una penuria tan espantosa, que los cadáveres servían de alimento á los soldados. En vano quiso el rey usar de los castigos mas rigurosos para mantener en la obediencia sus tropas ambrientas: se desbandaron y se retiraron desordenadamente. Lúculo, saliendo entonces de su campamento, las persiguió, las alcanzó en las orillas del Gránico, é hizo en ellas gran matanza.

Esta sola victoria hubiera podido terminar la guerra; pero el astuto Mitridates viendo que iba ya á ser cojido, sembró sus tesoros por el camino, y debió su salvacion á la avaricia del soldado romano, cebado en el botín y olvidado de perseguir al rey. Lúculo, habiendo obtenido que se le prorogase el proconsulado, conquistó la Bitinia, des-

truyó dos escuadras que el rey del Ponto enviaba á Italia, obligó á este príncipe á encerrarse en su reino, hizo prisionero á Marco Mario, embajador y lugarteniente de Sertorio, y mandó darle muerte en castigo de su rebelion. Mitridates, no pudiendo vencer á Lúculo, trató de asesinarle; pero el desertor encargado de esta accion fué preso, y el rey no sacó de aquella infamia mas fruto que el oprobio de haberla intentado. El romano en lugar de espantar á Mitridates con un ataque vigoroso, fingió circunspeccion y timidez; pero sin dejar de observar los movimientos del contrario para aprovecharse de ellos. Mitridates, engañado por estas apariencias, atacó en una posicion desventajosa para él á un convoy romano, que se defendió con valor. Lúculo, arrojándose entonces sobre el enemigo, lo sorprendió y desordenó de tal modo que el rey tuvo que huir á pie y sin comitiva. En el tumulto de los que huían cayó en el suelo, y debió segunda vez la vida al ardor de los romanos por el botín: un mulo cargado de oro impidió que continuasen persiguiéndole. Mitridates, sabiendo que el reino del Ponto iba á caer en poder de los enemigos,

después de dar á sus mujeres y hermanas la orden de morir, se refugió á los estados de su yerno Tigranes, rey de Armenia. Lúculo intimó á éste que entregase á su suegro ó se preparase á la guerra.

BATALLA ENTRE LÚCULO Y TIGRANES.—Tigranes, dueño de gran parte del imperio de Ciro, vela á sus órdenes muchos pueblos del Asia, tenía por cortesanos y oficiales de su palacio á muchos príncipes de Oriente que le servían de rodillas, y había tomado orgulosamente el título de rey de reyes. Admirábase con indignación de la insolencia romana, despidió con desprecio al embajador Apio, y declaró sin miedo la guerra á Roma. Sus aduladores no le permitían ni aun sospechar el peligro de semejante determinación.

Lúculo acometió á este coloso, de mas tamaño que fuerza, pasó el Tigris y penetró en Armenia. Tigranes no podía creer que un ejército tan pequeño se atreviese á atacarle, y no se persuadió á ello hasta que vió derrotada su vanguardia. Entonces determinó retirarse para reunir todas sus fuerzas. Lúculo, prosiguiendo su marcha, sitió á Tigranocerta. El rey, según lo había previsto el general romano,

no pudo sufrir la humillación de ver sitiada su ciudad favorita y se adelantó para socorrerla. Lúculo, dejando al pie de sus murallas diez mil legionarios, salió intrépidamente contra los armenios con solo veinte mil hombres. Un río separaba los dos ejércitos. Tigranes, cuyas fuerzas ascendían á cuatrocientos mil combatientes, entre ellos mas de cincuenta mil de caballería, se rió al ver el pequeño número de los romanos. «Para embajadores, decía, son muchos: para enemigos muy pocos.»

Lúculo hizo un movimiento para buscar vado en el río, y el armenio creyó que se retiraba amedrentado de las fuerzas que se habían desplegado á su vista; pero Taxilo, uno de los reyes que asistían á su corte, le dijo: «Tu poder es hecho un milagro si obliga á los romanos á retirarse sin combatir; porque no es esa su costumbre. Veo sus yelmos desnudos y brillantes, sus escudos sin cubierta, y las ricas cotas de malla que llevan puestas: yo los conozco bien: no se adornan así sino para las batallas.»

Al mismo tiempo vieron que Lúculo, pasado el río, marchó por su flanco, adelantándose con

rapidez ácia el ejército del rey. Tigranes, asombrado, exclamó: «¿Qué, se atreven á acometer-nos?»

Los jefes de las legiones conjuraban á su jeneral para que difiriesen el combate, porque aquel dia, aniversario de la derrota de Scipion por los cimbras, era infausto para Roma. *Yo lo haré feliz*, dijo Lúculo.

DERROTA DE TIGRANES.—Mientras él ataca de frente al ejército de Tigranes, habia enviado á sus flancos un cuerpo de caballería que lo rodea, ataca y le corta la retirada. Los bárbaros ceden á la impetuosidad de las legiones y quieren retirarse; pero embarazados por su mismo número confunden sus filas, y ni pueden combatir ni huir: los caminos se llenan de hombres, armas y bagajes: la confusion es estrema: la pelea se convierte en matanza y los romanos no se detienen hasta haber degollado cerca de cien mil hombres; y les costó muy poca jente haber destrozado un ejército tan grande. La diadema de Tigranes cayó en manos del enemigo; Tigranocerta fué tomada por asalto, y se consiguió en aquella ciudad un botin inmenso.

La moderacion de Lúculo despues de la victoria le granjeó el

afecto de los reyes y ciudades del Oriente. Dió un ejemplo raro de justicia y firmeza aliviando á los pueblos, que estaban cargados de impuestos, é impidiendo las vejaciones de los arrendadores romanos. Sin embargo, el tesoro de la república no le suministró nada para esta guerra, y la hizo á costa de los reyes vencidos. Si esta conducta le mereció la estimacion del senado y el aprecio de los estranjeros, enajenó el amor de los soldados, que esperaban el repartimiento de los tesoros enviados al fisco por Lúculo. El rey de los partos, teniendo noticia de sus victorias le envió embajadores para solicitar su alianza, y al mismo tiempo prometió su apoyo á Tigranes á condicion de que le cediese la Mesopotamia. Lúculo, informado de este trato doble, despidió á los embajadores y declaró la guerra á aquel monarca.

SEDICION EN EL EJERCITO DE LÚCULO.—El ejército romano, acostumbrado por las guerras civiles á la indisciplina, se negó á marchar contra los partos. Lúculo, despues de haber intentado en vano los medios de rigor, se vió obligado á ceder á los facciosos y á permanecer en la inaccion. Mitridates y Tigranes, a-

animados por aquella inobediencia, reunieron de nuevo sus fuerzas y se prepararon á tomar la ofensiva. La noticia de su marcha restableció momentáneamente la disciplina en el ejército romano, que se sometió á su jeneral y tomó las armas. Lúculo acometió á los reyes y consiguió una completa victoria junto á Artajata. Mitridates fué uno de los primeros que huyeron. El rigor del invierno detuvo los progresos de los romanos, que en esta campaña se limitaron á la conquista de algunas ciudades.

La fortuna, que hasta entonces habia favorecido á Lúculo constantemente, declinó en un instante, y aunque no fué vencido perdió todo el fruto de sus victorias. El espíritu de sedición volvió á reinar en su ejército: los oficiales y soldados preguntaban por qué ellos estaban pobres y su jeneral rico. Lúculo, á pesar suyo, hizo algunos castigos que irritaron los ánimos. Su cuñado Publio Clodio, hombre tan vicioso que adquirió una celebridad vergonzosa en aquel siglo corrompido, sobornó y sublevó contra el jeneral las antiguas legiones de Fimbria. En vano Lúculo, informado de los nuevos movimientos

del enemigo, solicitó que sus legiones volviesen al camino del honor; se negaron ostinadamente á ponerse en marcha hasta que supieron que Tigranes habia vuelto á Armenia, y que Mitridates, presentándose en el Ponto, habia arrojado de él á Fabio, encargado de defender aquella provincia.

■ El temor las obligó en fin á someterse; pero Triario, que mandaba un cuerpo separado, no quiso esperar á Lúculo y perdió una batalla contra Mitridates, que se apoderó de su campamento despues de haberle muerto seis mil hombres. Lúculo llegó demasiado tarde para socorrer á Triario, y no pudo obligar á Mitridates á dar batalla. Quiso entonces llevar su ejército contra Tigranes, que aumentaba diariamente sus fuerzas; pero las rebeliones continuas de sus tropas no le permitieron arriesgar una accion con soldados tan sospechosos.

Los dos reyes, aprovechándose de esta anarquía militar, se apoderaron sin obstáculos del Ponto y de la Capadocia, y aun amenazaron la Bitinia, al mismo tiempo que en Roma se acusaba á Lúculo de prolongar la guerra para enriquecerse. El tribuno Manilio propuso que se diese

á Pompeyo el mando del ejército de Oriente, añadiéndolo al proconsulado de los mares y al gobierno de las costas del imperio que habia obtenido para terminar la guerra de los piratas. Esto era entregarle casi el cetro del mundo.

Cátulo, príncipe del senado, y el orador Hortensio se opusieron ostinadamente á la ley Manilia; pero el pueblo, apasionado por su idolo, le sacrificó, segun acostumbra, la libertad. César y Ciceron sostuvieron la ley; Ciceron con la esperanza de ascender al consulado: César porque convenia á sus designios secretos acostumbrar á los romanos á tener un señor. La ley fué adoptada.

Pompeyo, cuando llegó al Asia, prohibió á las tropas obedecer á Lúculo, anuló todas sus ordenanzas, y solo le dejó mil seiscientos hombres para que le acompañasen en su triunfo.

Los dos jenerales tuvieron una conversacion, que empezó urbanamente con enorabuenas recíprocas por sus victorias, y se terminó por acusaciones de ambicion y codicia, que de una y otra parte eran justas.

VUELTA Y MUERTE DE LÚCULO EN ROMA.—Lúculo cuando volvió á Roma, entregó en el tesoro

una gran cantidad de oro y plata; lo que le justificó, pero solo en parte, de las malversaciones que se le imputaban. El dia en que triunfó, murió su ambicion. Fastidiado de la gloria por la inconstancia de la fortuna y la ingratitud de los hombres, se presentaba rara vez en el senado, el cual queria oponer su talento y su firmeza republicana á la ambicion de Pompeyo. Consagrado el resto de sus dias al descanso, al estudio y á los placeres, adquirió celebridad por la magnificencia de sus palacios, la belleza de sus jardines, y la profusion voluptuosa de sus banquetes. Las azañas de su juventud y el lujo de su vejez, presentaban la imájen de Roma en su fuerza y en su decadencia.

Todos los paises del mundo contribuian á los placeres de su mesa: oradó montañas para que el mar pasase junto á su quinta, y se criasen en ella peces monstruosos; por lo cual el pueblo le dió el nombre de Jerjes romano.

Despues que Ciceron y Caton salieron de Roma, no volvió á presentarse en el senado. Algunos historicos dicen que el exceso de los placeres turbó su razon y abrevió sus dias: otros, que Calístenes, su liberto, le dió

veneno creyendo que solo era un filtro, con el cual queria apoderarse esclusivamente de su amor y confianza.

Todo el pueblo romano asistió á sus exequias, y mandó que fuese enterrado como Sylva en el campo de Marte; pero su hermano consiguió que se le llevase á Túsculo, donde habia construído su sepulcro.

El espíritu sedicioso del ejército romano, dejando respirar á Mitridates, habia impedido su total ruina; pero tambien es cierto que Lúculo, vengando á Roma de los ultrajes y crueldades de aquel príncipe, y dando un golpe mortal á su poder, habia derrotado muchas veces sus ejércitos y los de Tigranes, libertado el Asia de su dominacion y conquistado el Ponto, la Armenia y la Siria; de modo que Pompeyo no tenia mas que hacer sino apoderarse de las mieses segadas ya por su rival.

RETRATO DE POMPEYO.—Pompeyo, mayor por su fortuna que por su jénio, parecia entonces destinado á heredar sin trabajo el fruto de las azañas y gloria de los mas famosos capitanes de la república. La suerte que le favorecia constantemente, el crédito que sus riquezas le daban en el pueblo, el lógro de sus em-

presas y la amenidad de su carácter, le habian hecho adquirir sin crimen aquel imperio casi absoluto que Mario y Sylva consiguieron á costa de tanta sangre y delitos. Era hijo de Pompeyo Strabon, que estimado como jeneral, se habia hecho odioso por su avaricia. Un rayo le mató, y el pueblo, creyéndole herido por los dioses, insultó su cadáver; pero el mismo pueblo manifestó al hijo, desde su primera juventud, tanto afecto como aborrecimiento habia tenido á su padre.

Cneyo Pompeyo, dotado de una elocuencia noble y persuasiva, reunia en su carácter dignidad, gracia y dulzura. Se parecia tanto á Alejandro el Grande, que muchas veces se le dió el nombre de este héroe.

Cuando Cinna fué por algunos momentos dueño de Roma, adivinando los talentos y el futuro destino de Pompeyo, resolvió quitarle la vida. Pompeyo, habiendo descubierto su intencion, sublevó algunos soldados en favor suyo, y con su auxilio se libertó de los puñales del cónsul. Citado en juicio algun tiempo despues como heredero de su padre, defendió la causa con tanta elocuencia, que el pretor Antistio, que era el juez, le propuso

la mano de su hija, además de sentenciar á favor suyo. El pueblo, no ignorante de la intencion del majistrado, empezó á clamar: *¡Talasio! ¡Talasio!* grito usado en Roma cuando se celebraban las nupcias.

SUS AZAÑAS. — La tiranía de Carbon fué la época en que comenzó la fortuna de Pompeyo, y la debió solamente á su osadía. En aquel tiempo en que las leyes enmudecian ante la violencia, los ciudadanos á quienes su riqueza ó sus virtudes esponian á la proscripcion, se retiraban lejos de Roma, la abandonaban á los furios de los atroces partidarios de Mario, y buscaban un asilo en el campamento de Sylá. Pompeyo no quiso presentarse en él como un fujitivo; y aunque no tenia ninguno de los títulos que daban entonces autoridad, logró con sus discursos, promesas, regalos, y con el socorro de los proscritos, reunir y armar tres legiones, cuyos oficiales nombró él mismo. Apoderóse de muchas ciudades; y siendo rodeado por tres jefes del partido de Mario, les dió batalla, mató con su mismo acero á uno de ellos, y derrotó los enemigos. No tenia mas que veintitres años cuando consiguió esta victoria.

El cónsul Scipion, receloso de

sus progresos, marchó contra él; pero Pompeyo, habiendo enviado diestros emisarios al campo contrario, atrajo á su partido todos los soldados del cónsul, el cual debió su salvacion á la prontitud de su fuga.

El mismo Carbon no pudo resistirle, y fué completamente batido por él. Pompeyo no se presentó á Sylá sino cubierto de laureles y con un ejército victorioso. Aquel famoso capitán, que trataba al senado romano con altanería y el pueblo con dureza, y que nunca habia depuesto su orgullo ante ningun poder, sorprendió mucho á la tropa de cortesanos que le rodeaba, cuando se le vió, presentándose Pompeyo, bajar del caballo, saludarle y llamarle *imperator*; título que solo se daba á los cónsules y jenerales despues que habian conseguido grandes victorias: sin embargo, Pompeyo no ejercia entonces ninguna majistrature; no era mas que caballero, y aun no habia tomado asiento en el senado. Sylá, justo apreciador de su mérito, queria llamar de la Galia á Metelo, y confiar á su jóven lugarteniente el mando de aquella provincia. Pompeyo no ignoraba que la gloria modesta desarma la envidia, y no quiso ofen-

der el amor propio de un guerrero antiguo é ilustre, poniéndose en su lugar; y así pidió servir en la misma provincia bajo sus órdenes.

Cuando Syla fué dictador, obligó á Pompeyo á repudiar á su mujer Antistia y á casar con Cornelia su hija, separándola violentamente de su marido Scauro, cuando estaba en cinta. Pompeyo obedeció. Los ambiciosos no saben arrostrar la desgracia como el peligro. Cornelia y su madre murieron de pesar; Antistio pereció asesinado, y sus sombras debieron oscurecer siempre la brillante carrera de Pompeyo. Desde entonces no mostró mas virtudes que las que podian conducirle al poder soberano. Su campaña brillante de Africa aumentó su celebridad, y Syla le onró con el título de *Magno*. Despues de la muerte del dictador, arrojó de Italia y Sicilia á Lépido y Perpenna. La ciudad de Mesana resistia á sus órdenes oponiendo las leyes á la autoridad, y Pompeyo respondió: «No me habéis de leyes mientras estoy armado.» Tal era Roma en su decadencia: la justicia desaparecia ante la fuerza.

Pompeyo era mas hábil aún que atrevido. Al mismo tiempo

que conservaba la amistad de Syla, ejecutando públicamente sus órdenes crueles, y enviando al suplicio á Carbon y á Valerio, adquiria el afecto y la estimacion del pueblo, ocultando sin comprometerse y librando á muchos proscritos. Recompensaba magníficamente sus tropas; pero las sometia á una disciplina severa. Habiendo sabido que sus lejiones cometian excesos y violencias, las castigó pegando las espadas á las vainas con su mismo sello, para que no pudiesen usar de las armas sino con orden suya.

SU DIESTRA POLITICA. — Era consumado político, y conocia la vanidad del pueblo que sufre las cadenas y los insultos. Y así, aunque era jeneral vencedor y habia obtenido el triunfo, antes de tomar asiento en el senado, admiró á Roma sometiéndose á las antiguas reglas, y presentándose como simple caballero en el tribunal del pretor para escusarse del alistamiento en virtud de haber hecho las campañas que la ley exijia. El esplendor de sus victorias, su moderacion aparente y la suavidad de su trato, le hacian el ídolo de los romanos. Querian darle todos los mandos y dignidades: creian engrandecerse elevándole: todos

los ánimos volaban á recibir su yugo, y la república parecía convidarle con el poder supremo.

Cuando los corsarios de Cilicia, cubriendo el Mediterráneo con mil navíos, destruían en todas partes el comercio, infestaban las costas y robaban los templos, amenazando á Roma un nuevo peligro, quizá mayor que el de las invasiones mas terribles, el senado y el pueblo no hallaron otro jeneral mas capaz que Pompeyo para libertar la Italia de aquellos enemigos; y entonces, olvidando el temor saludable que sirve de escudo á la independencia, el favor popular le dió un poder sin límites. Pusieronse á su disposición quinientos bajeles, quince lugartenientes elejidos por él, ciento veinticinco mil hombres, y la autoridad absoluta en todas las costas de Europa, Africa y Asia, con facultad de esijir contribuciones sin dar cuentas. Catón, defendiendo ostinadamente la libertad sobre las ruinas de la república, se opuso inútilmente á esta ley propuesta por el tribuno Jeminio. El pueblo dijo que se oponía por envidia y enfado. Cátulo tomó un camino mas á propósito para impugnar la ley. «¿Cómo esponeis, dijo al pueblo, un hombre tan útil á la re-

»pública y que amaís tanto, á las »guerras y á los peligros? Si parece, ¿á quién pondreis en su »lugar?» «A tí, Cátulo,» exclamó el pueblo, y la ley fué adoptada. Pompeyo justificó la confianza pública con victorias rápidas y brillantes. Escojió trece senadores por lugartenientes, dividió el mar en trece rejiones, y en cuarenta días, atacando á los piratas á un mismo tiempo en todas, purgó de ellos las costas. No contento con haber destruido sus escuadras, los alzó en su misma guarida al pie del monte Tauro, tomó sus fortalezas y ciudades, y terminó la guerra.

Pompeyo estaba en Cilicia cuando sus amigos y agentes, aprovechándose de los reveses de Lúculo, lograron en Roma que se le diese el mando del ejército de Oriente, conservándole su poder absoluto en los mares y las costas. Cuando el tribuno Manilio hizo adoptar este decreto que apoyaban Cicerón y César por motivos de interés, Cátulo indignado exclamó: «Buscad ahora »un risco mas alto é inaccesible »que el Aventino, donde nos retiraremos para defender la libertad.» Pero hablaba en desierto en medio de un pueblo corrompido. Plebe y senado adoptaron la ley.

Pompeyo supo en Asia que se habían cumplido sus mas ardientes deseos, y afectó pesarle tanto como era su alegría interior. «¿Cuándo concluirán, decía, mis fatigas y trabajos? ¿no me será lícito nunca gozar del descanso, que ya tengo merecido, á la sombra de mis bosques y en el seno de una familia que idolatro?» Ocultando así la sed del mando bajo la máscara de la modestia, este hombre diestro y ambicioso había adquirido sin violencia una autoridad casi monárquica, y tanto mas terrible cuanto parecia legal y no usurpada.

GUERRA ENTRE POMPEYO Y MITRIDATES.—Juntando sus numerosas legiones con las que le dejaba Lúculo, marchó rápidamente contra Mitridates y lo derrotó en el primer encuentro. Le persiguió con ardor y le alcanzó junto al Eufrates. Se cuenta que Mitridates, turbado por un sueño, había previsto su derrota. La batalla se dió por la noche: los rayos pálidos y engañosos de la luna prolongaban de tal modo las sombras de los romanos, proyectándolas sobre los enemigos, que los bárbaros, creyéndolos cerca cuando todavía estaban lejanos, lanzaban sus dardos y flechas contra ellas; y así ya esta-

ban sin armas arrojadas al acometerlos el enemigo: Se desbandaron llenos de terror, y diez mil de ellos perecieron en la batalla.

Mitridates, después de haber distribuido dosis de veneno á sus amigos, para que no cayesen vivos en poder de los romanos, huyó y buscó un asilo en los estados de Tigranes. Este príncipe ingrato y cobarde le negó la ospitalidad y puso en precio su cabeza. El desgraciado rey del Ponto, habiéndolo perdido todo menos el valor, atravesó con rapidez la Cólquida, y se ocultó en los desiertos de Scitia. Pompeyo, acompañado del hijo de Tigranes, que se había rebelado contra su padre, entró en Armenia. El rey, tan débil en el peligro como soberbio en la prosperidad, tomó el partido vergonzoso de venir á ofrecer á Pompeyo su persona y estados. El jeneral romano le trató al principio con el desprecio que merecia, no permitiéndole que entrase á caballo en el campamento. El cobarde Tigranes se le acercó respetuosamente, se quitó la diadema y la espada y quiso ponerlas á los pies del romano; pero Pompeyo le levantó y le permitió sentarse junto á él. «Nada os he quitado, le dijo: Lúculo fué

«quien os desposeyó de la Siria, Fenicia, Galilea y Sofene. Lo que os dejó os conservo; y además daré la Sofene á vuestro hijo. Pagareis á Roma seis mil talentos por los daños que habeis querido hacerle.» Tigranes, que solo pensaba en conservarse en el trono, aunque fuese con degradacion, se sometió humildemente á las condiciones dictadas por el vencedor. Los romanos le saludaron rey. Tigranes el jóven, que no creia suficiente recompensada su traicion con una sola provincia, no quiso firmar el tratado: se le puso en prision y sirvió despues de ornamento en el triunfo de Pompeyo.

Fraates, rey de los partos, queriendo oponerse á los progresos de las armas romanas, envió embajadores al jeneral para intimarle que limitase sus conquistas en el Eufrates. Pompeyo respondió que se pararia donde pensase que era justo y conveniente. Fraates no se atrevió á atacarlo y se contentó con guardar sus fronteras.

NUEVAS AZAÑAS DE POMPEYO.—Pompeyo, libre de todo temor por la parte de Armenia, siguiendo las huellas de Mitridates, pasó el Causaco, sometió los albanos, derrotó en batalla campal

á los iberos, entró en la Cólquida, volvió á someter á los albanos que se habian rebelado, los ganó una sangrienta victoria, en la cual mató peleando cuerpo á cuerpo al hermano del rey de aquel país, y destruyó el ejército enemigo. Halláronse en el campo de batalla muchos calzados de mujer, lo que dió motivo á que se renovase la fábula de las amazonas, y á que se creyese que habian peleado como auxiliares de los albanos. Pompeyo quiso penetrar en Hircania. Plutarco dice que suspendió su marcha por el gran número de serpientes que hay en aquel país: lo mas probable es que temió entrar en los desiertos, teniendo á las espaldas tantos enemigos vencidos, pero no subyugados. Cuando volvió á los estados de Mitridates, mereció el mismo elogio que Scipion, y respetó las mujeres del rey que por la suer- de las armas habian caído en su poder.

Stratónica, prostituta en su juventud, y despues concubina de Mitridates, conservaba en esta especie de elevacion su bajeza primera. Con el objeto de adquirir á su hijo Jifares la proteccion de los romanos, entregó á Pompeyo una ciudad y los tesoros de Mitridates, que este rey

le había confiado. Cuando él supo en Scitia la traición y el motivo de ella, mandó matar á Jifares. Entre los papeles suyos que cayeron entonces en poder de Pompeyo, se hallaron las órdenes que había dado para asesinar al rey de Capadocia, matar á su hijo y envenenar algunas de sus mujeres. Estas revelaciones, que descubrieron sus delitos y mancillaron su gloria, le fueron mas nocivas que todo el poder de los romanos.

Pompeyo, no pudiendo perseguir á Mitridates, cuyo paradero ignoraba, marchó á Siria, y redujo aquel reino á provincia romana, á pesar de las reclamaciones de Antíoco el Asiático, que fué el último de los Seleucidas. Su objeto era estender las fronteras del imperio romano hasta el mar Rojo por la parte del Sudeste, así como las había puesto por la parte del Occidente en el mar Atlántico. Atravesó, pues, la Fenicia y la Palestina, y venció á los árabes, mas no pudo subyugarlos, porque sus desiertos los preservaban de toda dominación extranjera. Pompeyo, al volver de esta expedición, halló que Aristóbulo, hermano de Hircano, rey de Judea, se había rebelado y hecho fuerte en Jerusalem. Pompeyo tomó por

asalto la ciudad, que devolvió al legítimo rey. Su moderación y afabilidad le ganó el afecto del pueblo. Respetando la religión, dejó al templo sus riquezas y visitó el santuario, abatiendo como Alejandro la gloria humana ante la majestad de Dios. Sin embargo, la entrada de un profano en aquel lugar sagrado era, según la ley de los judios, tan criminal, que á este sacrilegio atribuyeron despues los reveses y muerte desastrada de Pompeyo.

Mientras que sin obstáculos conquistaba la Siria y la Palestina, Mitridates se apareció de repente en el Bósforo Cimero, y formó el atrevido proyecto de pasar á Italia, atravesando la Scitia, la Pannonia y la Iliria con un ejército numeroso que había reunido de scitas, dárdanos y bastarnos. Antes de acometer tan grande empresa, escribió á Pompeyo pidiéndole la paz, y el jeneral romano se la negó. Cuando iba á ponerse en marcha, su hijo Farnacés rebeló el ejército contra él y Mitridates se dió la muerte (1). Pompeyo estaba en Jericó, receloso de la nueva aparición del rey del Ponto; mas no tardó

(1) Véase el tomo I, páj. 175.

en saber su muerte por un correo que le envió Farnacés. Este parricida sometió á los romanos el cetro adquirido por un crimen; y por otra vileza, tan despreciable como atroz, envió por tributo á Pompeyo el cadáver de su padre. Mitridates había sido tan formidable durante el espacio de cuarenta años, que los romanos al verle muerto, mostraron una alegría indecorosa. Pompeyo no participó de esta debilidad, sino apartó con orror los ojos de aquel espectáculo, diciendo: *El odio de los romanos á Mitridates, acabó al mismo tiempo que la vida de este gran rey.* Digno entonces de su gloria por su jenerosidad, tributó á la memoria de aquel rey célebre todos los onores que á pesar de sus vicios se debían á su dignidad y á su jénio.

CONJURACION DE RULO Y CATILINA.—(A. M. 3939.—A. C. 65.) En los dias felices de la república admirábamos las virtudes y dignidad del senado; la energía del pueblo, la emulacion de todos los ciudadanos que no disputaban sino sobre cuál amaba mas la patria. Las leyes y costumbres de esta gran nacion nos obligaban á estudiarlas y venerarlas. Pero desde que la fortuna y el poder, y con ellos la

corrupcion, elevaron á los grandes, no son ya el pueblo ni el senado los que llaman nuestra atencion: se fija toda entera sobre un corto número de grandes capitanes á oradores célebres que se disputan el onor de mandar á los señores del mundo. No escribimos ya la historia de la república, sino la de algunos hombres.

Mientras Pompeyo estendia la gloria y el poder de Roma hasta las estremidades del Oriente, dos conjuraciones formadas en el seno de la ciudad, la amenazaban con su total ruina. El tribuno Rulo, hombre diestro, elocuente y faccioso, estraviando el pueblo, queria restablecer la tiranía de los decemvros; y Catilina, patricio tan célebre por su talento y osadía como por sus crímenes, encendiendo la guerra civil, solicitaba con el auxilio de sus numerosos cómplices y de una gran parte del ejército de Italia, degollar el senado y resucitar en Italia todos los errores y proscripciones de Mario y Syla. La república se libertó de este riesgo inminente, no por un capitan famoso, sino por un ilustre orador, magistrado prudente y firme, y cónsul filósofo. Este fué Ciceron, que mereció en aquellas le-

ribles circunstancias el nombre de *padre de la patria*.

RETRATO DE CICERON.—Marco Tulio Ciceron tuvo por amigos á todos los hombres virtuosos de su tiempo, y por enemigos á todos los malos ciudadanos que buscaban en los delitos medios de restablecer su caudal ó de aumentar su poder. Estos, obligados á admirar su talento, se vengaban calumniando su carácter y afectando mucho desprecio á la bajeza de su cuna. Sin embargo Ciceron, aunque se califica á sí mismo de *hombre nuevo*, con noble altivez, pertenecía al órden ecuestre en la ciudad de Arpino, cuyos habitantes eran ciudadanos de Roma. Su madre Helbia y su mujer Terencia, pertenecían á familias senatoriales muy distinguidas, y su cuñada Fabia era vestal. Dotado de un jenio vastísimo, se consagró desde su juventud al estudio de la literatura griega y latina, se aprovechó de las lecciones que le dieron los oradores y filósofos mas célebres, y acabó de perfeccionar en la patria de Demóstenes el talento que habia de hacerle igual en lo sucesivo á aquel grande hombre.

A pesar de su pasión al estudio, cumplió Ciceron en su juventud la primera obligacion de

un ciudadano romano; peleó en defensa de su patria, y militó con distincion en la guerra contra los marsos, bajo las banderas de Sylla. Sus primeros triunfos en la tribuna, el valor con que defendió la causa de un proscrito en presencia del dictador, la vivacidad de su imaginación, la fecundidad de su memoria, su declamacion noble, animada y menos teatral que la de Hortensio, le dieron desde el principio de su carrera un lugar distinguido entre los primeros oradores de Roma.

El favor popular que su elocuencia le granjeó, hizo que se le nombrase cuestor en Sicilia. Integro en su administracion, halló medios para satisfacer las necesidades del ejército y aliviar al mismo tiempo á los sicilianos de los enormes tribunos que sus predecesores les habian impuesto. Fué quien descubrió el sepulcro de Arquimedes en un lugar desierto, donde yacia oculta entre malezas una pequeña columna, y sobre ella el cilindro circunscrito á la esfera. La inscripcion no dejó duda alguna sobre el destino de aquel monumento: «Así, decia el mismo Ciceron, una de las mas ilustres ciudades de Grecia, y en otro tiempo de las mas sábias, hu-

»biera ignorado siempre el sepulcro del mas ilustre de sus ciudadanos, á no haberlo descubierto un arpíate.» Sus talentos, su justicia y su humanidad le adquirieron el amor de los pueblos sicilianos, los cuales á su partida le hicieron onores casi sin ejemplo.

Sus obras. — Seria necesario un libro entero para describir la carrera oratoria y literaria de Ciceron. Se han conservado muchos de sus alegatos y arengas que serán en todas las edades lecciones y modelos. Enrichiendo su patria con las palmas de Grecia, acimató en Roma la filosofía, y señaló á los hombres sus deberes con un talento igual al que habia desplegado para defender sus derechos. Reconoció los defectos del sistema austero de los estóicos, y los errores agradables de Epicuro, y prefirió la secta académica, mas conforme por su moderacion al carácter y rectitud de juicio que le distinguia.

A su intimidad con Pomponio Atino debemos una coleccion de cartas: en ella es tan amable Ciceron por sus virtudes privadas como digno de admiracion en sus obras filosóficas y elocuentes discursos como filósofo y estadista. Este monumento pre-

cioso para la historia, tiene en nuestros tiempos el mérito particular de presentarnos un cuadro fiel y circunstanciado de las costumbres romanas en aquella época de esplendor y decadencia, y de hacernos en cierto modo asistir á todos los sucesos y conocer las interioridades de sus principales actores.

SU ACUSACION CONTRA VERRÉS. — Una de las causas del aprecio jeneral que logró Ciceron, y del juicio que formaron todos de su firmeza é idoneidad para dirigir en medio de las tempestades el bajel de la república, fué el proceso que intentó contra Verres, patricio poderoso, sostenido por todos los grandes de Roma y por aquella parte del pueblo que vende siempre su voto á la opulencia. Verres, siendo pretor en Sicilia, la habia oprimido como un tirano. Nunca la virtud animosa atacó la iniquidad y la auidex con mas enerjía, ni pintó sus vicios con mas vivos colores, ni formó un cuadro mas conmovedor de las desgracias de un pueblo oprimido.

Atacando á su adversario, ya con apóstrofes valientes, ya con ironías acervas, estrechándole con lójica irresistible, variando incesantemente sus formas, movimientos y colorido, y acumu-

lando sobre el contrario las pruebas mas convincentes, transmitia á los ánimos de los circunstantes los afectos de las víctimas del tirano.

DESTIERRO DE VERRÉS.— Acusar á Verres, era atacar á la mayor parte de los grandes de Roma, que debian sus inmensos caudales á concusiones de la misma especie; pero su crédito, las intrigas de sus clientes, los clamores de los hombres corrompidos y las prodigalidades del pretor, nada pudieron contra el valor y la elocuencia del acusador. Verres fué condenado al destierro á pesar de los esfuerzos que hicieron los nobles para salvarle.

Ciceron, arrostrando su ira, decia animosamente: «Los nobles son como enemigos naturales de la virtud, de la fortuna y de los talentos de los hombres nuevos: quieren formar una casta diversa de la nuestra. Implacables siempre contra nosotros, nuestra laboriosidad, trabajos y servicios no pueden escitar su benevolencia ni aun su aprecio. Pero su oposicion constante no me impedirá seguir mi carrera. Yo no pretendo elevarme sino por mis acciones, y no aspiro á las dignidades del estado sino cuan-

do las merezca, ni solicito el favor del pueblo sino sirviéndole con fidelidad sin temor de las venganzas que el odio prepara á mi firmeza. Los poderosos declaman, los facciosos se alborotan: yo resisto á todos; y en la causa importante que me he obligado á sostener, si los jueces no corresponden á la opinion que tengo de su integridad, yo mismo los acusaré de prevaricadores. Si alguno emprende amenazar ó seducir á los majistrados para libertar al culpable de las manos de la justicia, yo lo citaré ante el tribunal del pueblo y le perseguiré con la misma veemencia que persigo á Verres.»

El triunfo de Ciceron en esta importante causa, tuvo consecuencias que no se habian previsto. El calor de sus discursos resucitó el antiguo odio de la plebe contra los magnates y la incitó á pedir que se restableciese la antigua autoridad de los tribunos.

Julio César, que queria levantar el partido del pueblo, sostuvo con fuerza esta proposicion. Pompeyo, cuyo crédito era entonces predominante, tuvo la debilidad de consentir en ello, y así puso él mismo los cimientos de la fortuna de su rival;

pues con la asistencia de los tribunos logró César trastornar después la república. Ciceron, que entonces aborrecia á los nobles, apoyó el dictámen de César, y no tardó en arrepentirse de ello.

EDILIDAD DE CICERON.— Cuando Pompeyo partió al Asia, Ciceron, sostenido por el favor del pueblo, obtuvo la edilidad, empleo que le abría las puertas del senado; pero le obligaba á costear con suma magnificencia los juegos públicos y las fiestas de Ceres, Liber, Libera y la madre Flora. En aquel tiempo, en que el oro tenía mas peso que la virtud, en que los ricos se empleaban en comprar la autoridad, y el pueblo en vender los votos, los plebeyos permitian á los grandes que dominasen, con tal que satisficiesen la pasión jeneral al dinero y á los espectáculos; y así los ediles procuraban popularizarse haciendo inmensas distribuciones de víveres y gastos enormes.

César los venció á todos en profusion en las fiestas fúnebres de su padre; porque hizo labrar de plata maciza las tablas y decoraciones del teatro; y como dice Plinio, las fieras del circo pisaron entonces ese metal precioso. Ciceron evitó en sus espectáculos la mezquindad y la ostenta-

ción. Los sicilianos, agradecidos, quisieron pagar el costo de aquellas fiestas; pero no aceptó sus regalos sino para distribuirlos á los pobres y abaratar el precio de los víveres.

Cuando los reveses de Lúculo ofrecieron al partido de Pompeyo ocasion oportuna para dar á su jefe una autoridad sin límites, Ciceron, por la primera vez, pareció sacrificar el interés público al suyo, y la libertad á su ambicion; y aunque al sostener la ley Manilia, que concedia á Pompeyo casi el poder de un monarca, aseguró que solo asentia al bien de la república, es probable que nadie le creyó; pues se veia claramente que aspiraba al consulado, apoyándose en los amigos de aquel jeneral.

CEGUEZADA DE CICERON CONTRA CATILINA.— La ambicion, que ciega á los hombres mas ilustrados, no permitió en mucho tiempo á Ciceron conocer los vicios y proyectos de Catilina. El deseo de ser sostenido por el crédito de este patricio, le engañaba para no penetrar sus ardides, y aun le impelió á defenderle ante un tribunal. «Me lisonjeo, escribia á Atico, de que si logro que Catilina salga absuelto, tendrá mas ardor para favorecerme: si me engaño, tendré paciencia.»

No necesitaba de tan indigno apoyo para elevarse: los sufragios unánimes del pueblo le designaron cónsul. Desde que fué nombrado, se empleó únicamente en el bien jeneral, y sacrificó su fortuna á sus deberes; y para estar cierto de que su colega Antonio no se opondría á las medidas útiles que pensaba tomar, le cedió la rica provincia de Macedonia, y prometió á Metelo la de la Galia Cisalpina. El mundo entero era tratado como país de conquista por una sola ciudad; y así los gobiernos de las provincias aseguraban á los procónsules una riqueza inmensa; pero el único objeto de Cicerón era la gloria. «Quiero, decía á su amigo, ejercer el consulado con tal justicia é independencia, que nadie pueda decir que obro con la esperanza de obtener algun gobierno ó dignidad. Solo esta independencia me dará recursos y derecho para oponerme á la turbulencia de los tribunos.»

El orden ecuestre, ilustrado por sus talentos, era suyo; él fué el primer caballero que obtuvo el consulado sin haber sido inscrito en la lista de los senadores. En vez de dejarse estraviar por el espíritu de partido ó la falsa máxima, divide para

mandar, creyó que la union era la sola verdadera fuerza del estado; se aplicó á restablecer la buena armonía entre los caballeros y el senado, y lo consiguió.

El tribuno Publio Servilio Rullo propuso al pueblo una ley agraria. Su proyecto contenia la creacion de decemviro por cinco años, encargados con poder absoluto de establecer muchas colonias nuevas, repartir entre los ciudadanos las tierras conquistadas en Europa, Asia y Africa, examinar la legalidad ó ilegalidad de las propiedades adquiridas, y obligar á dar cuentas á todos los jenerales, escepto á Pompeyo. El mismo proyecto excluia del decemvirato á los ciudadanos ausentes de Roma. Era claro que el autor de esta ley queria, con el título de jefe de los decemviro, llegar al poder supremo; pero la plebe, ciega por el interés, no vió lo que saltaba á los ojos: alagada por el deseo de adquirir bienes y por su envidia contra los ricos y grandes, no conoció el objeto oculto del tribuno, ni los peligros á que se esponia la república si fuese adoptada semejante proposicion.

Cuanto mas popular parecia, mas temible era para el senado,

porque de aceptarla se seguía un trastorno jeneral, y de rechazarla, nuevos odios y nuevas guerras civiles. Ciceron animó á los senadores aterrados, los escortó á la resistencia, y sin temor de perder su popularidad, atacó á los tribunos en la misma asamblea del pueblo. Su posicion era delicada. Siendo un hombre nuevo, se le podia acusar de ingratitude si abandonaba una causa que parecia plebeya; y la fuerza de la elocuencia y de la razon no bastaba en aquellas circunstancias para ilustrar los ánimos preocupados y enardecidos, ni para desenmascarar una ambicion tanto mas peligrosa, cuanto caminaba á la tiranía bajo el estandarte mentido de la libertad.

Nunca mostró mas arte Ciceron que en esta lucha atrevida de la rectitud contra la codicia, y del interés público contra el privado. En vez de ostentarse orgulloso por la púrpura consular, empieza dando gracias al pueblo por la dignidad que le debe, y recuerda que él es y debe ser un cónsul popular. Antes de atacar directamente la nueva ley agraria, dá su aprobacion á las que en otro tiempo propusieron los Gracos, y prodiga los mayores elogios á aquellos ilustres y desgraciados ciudadanos, cu-

ya memoria vivia aun en los ánimos de sus compatriotas. Despues de haber aprobado los principios que los guiaban para proponer un repartimiento equitativo, se opone con fuerza á la adopcion del decreto de Rulo, que bajo una máscara popular, oculta la ereccion de una tiranía odiosa, y el nombramiento de diez reyes con poder arbitrario. Pompeyo era á la sazón el hombre mas favorecido del pueblo romano, y Ciceron insinúa diestramente, que los tribunos, aparentando exceptuar á aquel héroe de la regla comun, no lo elevan sino para abatirlo, no lo perdonan sino para arruinarlo, no lo dispensan de dar cuentas sino para impedir que se presente en Roma y escluirlo así del decemvirato.

Empleando el arma de la ironía, representa á Rulo llegando como triunfador al reino de Mitridates, precedido de lictores, seguido de una guardia numerosa, circundado del aparato réjio, tomando con orgullo en sus cartas los títulos de «tribuno del pueblo, decemviro, majistrado supremo;» y dando al conquistador del Asia solo el tratamiento de Pompeyo, hijo de Gneyo. «¿No lo ois ya mandar á aquel grande hombre que se

«presente en su tribunal, le sirva de escolta y asista á la venta de las tierras que su valor ha conquistado? ¿Quién dará de hoy en adelante órdenes para establecer nuevas colonias en Italia, Asia y Africa? ■ El rey Rulo. ¿Quién juzgará á los pretores y cuestores, á los ciudadanos y á los aliados? El rey Rulo. ¿Quién decidirá de la fortuna pública y privada? ¿Quién distribuirá los premios y castigos? El rey Rulo.»

Hablando despues con mas seriedad de los abusos monstruosos de un poder tan estenso, y formando con los colores mas vivos el cuadro espantoso de la nueva tiranía, se dá la enorabuena del favor con que le han escuchado, y saca de él un presajio feliz para la conservacion de la libertad.

En vano los tribunos quisieron responder injurias á sus argumentos, y destruir con calumnias la impresion que habia hecho su elocuencia: en vano dijeron al pueblo que era un partidario de la aristocrácia y de Sylla: Ciceron probó con evidencia que el mismo Rulo se atrevía á defender los actos de aquel tirano, pues que el efecto de su decreto seria dar á las violencias de la dictadura una sancion

legal. La razon del cónsul triunfó de las pasiones del pueblo. y el proyecto de Rulo fué desechado.

DEFENSA DE CICERON PARA OTON.—Poco tiempo despues dió el senado un decreto asignando á los caballeros un lugar distinguido en los espectáculos públicos. Oton, que habia sido el fautor de esta resolucion, cuando entró en el teatro fué silbado por el pueblo y aplaudido por el órden ecuestre. Los partidos se enardecieron; de la altercacion mas violenta se pasó á las amenazas, y ya iban á llegar á las manos. Ciceron, informado del tumulto, acude al teatro, manda al pueblo que se siga al templo de Belona, y le hace un discurso, que fué citado durante muchos siglos, como un ejemplo admirable del poder de la elocuencia sobre las pasiones. Aquel poderoso orador se hizo dueño en pocos momentos de los ánimos de la muchedumbre, de tal manera, que cuando el pueblo volvió al espectáculo, manifestó á Oton el mayor aprecio y respeto. Se cree que Virgilio aludió á este triunfo del orador romano en los hermosos versos en que compara á Neptuno calmando las olas irritadas, á un grave magistrado, cuya presen-

cia majestuosa y palabras llenas de dignidad y dulzura apagan los furores de la multitud.

La elocuencia de Ciceron hechizaba tanto á los romanos, que el pueblo, si hemos de creer á Plinio, olvidando sus ocupaciones y sus placeres, lo dejaba todo por oirlo.

CONJURACION DE CATILINA.— Pronto tuvo que pelear con un enemigo mas formidable, y salvar á la república de un peligro mayor. Un patricio, ilustre por su nacimiento, dotado de gran talento y de mayor audácia, incapaz de moderacion en los deseos y de temor en los riesgos, diestro en ganar la estimacion de los hombres onrados por su hipocresía, la amistad de los malos por sus vicios, y el afecto de las tropas por su valor; Lucio Serjio Catilina, educado en las discordias civiles, meditaba mucho antes el designio de trastornar la república, y de ascender á la tiranía por el camino sangriento que Mario, Carbon y Sylá habian trazado.

RETRATO DE CATILINA.— Si el retrato de este conspirador famoso, hecho por el mismo Ciceron, es fiel y parecido, Catilina presentaba en su carácter la mezcla inaudita de las mas opuestas cualidades; porque te-

nia los lineamentos de grandes virtudes, desfigurados en el fondo de su alma por vicios los mas feos; ligado en secreto con todos los hombres corrompidos y perversos de la república, no manifestaba aprecio sino á los ciudadanos mas virtuosos. Al entrar en su casa, el pudor se ofendia de ver en pinturas lascivas los estímulos de la liviandad; mas no por eso dejaba de admirarse en ella armas, libros y todo lo que puede incitar al trabajo, al estudio y al heroismo. Mónstruo de opuestas especies, ninguno supo mejor que él seducir á los buenos y agradar á los criminales, profesar excelentes principios y seguir los mas perversos, encenagarse en la desonestidad y sufrir el trabajo y las privaciones. Era tan pródigo como avaro. Ningun ambicioso le escedia en el arte de ganar amigos, con los cuales repartia su dinero, sus trenes, su crédito y hasta sus queridas: ni habia crímenes que no estuviese dispuesto á cometer por servirlos. Cuando hablaba con filósofos austeros ó con hombres melancólicos, su carácter flexible se presentaba con una tristeza que parecia natural: si lo rodeaban jóvenes festivos, era mas loco y alegre que todos. Sé-

rio con los graves, ligero con los aturdidos, mas atrevido que los mas temerarios, mas voluptuoso que los mas corrompidos, la increíble versatilidad de sus costumbres habia hecho partidarios suyos, no solo á los hombres sin conducta ni principios, que abundaban en Italia y en las provincias, sino tambien á muchos personajes ilustres, seducidos por sus apariencias hipócritas.

SUS PRIMEROS CRIMENES.—Catilina se habia mancillado desde su mas tierna juventud con delitos infames: tuvo de una señora de calidad que se abandonó á él, una hija con quien despues se casó. Compró el favor de Sylva con homicidios; desonró una jóven patricia; corrompió á la vestal Fabia, cuñada de Ciceron: violador de las leyes divinas y humanas, sacrificó la naturaleza misma para saciar su passion vergonzosa á Aurelia Orestila, de quien ningun hombre onrado alabó nunca sino la hermosura; dió muerte á su propio hijo, cuyos derechos impedian á Orestila casarse con él, y celebró sus infames bodas en la misma casa que habia mancillado con tan execrable parricidio. Parece que este crimen aceleró la ejecucion de sus de-

signios ambiciosos; porque tenia necesidad de grandes tumultos exteriores para aogar el grito del remordimiento. Temiendo la ira del cielo y la venganza de los hombres, hallaba un enemigo implacable en lo mas hondo de su corazon, que le impedia descansar un solo instante. Su conciencia era su verdugo: su color pálido, sus miradas sombrías, su paso ya lento, ya precipitado, daban indicios de su locura.

SUS SATELITES.—Rodeado de una tropa escojida de perversos, bandidos y hombres inmorales y oscuros, le aumentaba sin cesar con jóvenes cargados de deudas, á los cuales pervertia con sus artificios, instruia en la maldad y acostumbraba á despreciar las leyes, los peligros y las vicisitudes de la fortuna. Se servia de ellos para los testimonios y firmas falsas; y seguro de su obediencia, cuando una vez les habia hecho perder la reputacion, ecsijia crímenes mayores; tal vez les hacia cometer asesinatos sin motivo, prefiriendo que fuesen crueles sin necesidad, á que sus manos ociosas perdiesen la costumbre de delinquir.

Seguro de su adesion, y casi cierto de que le auxiliarian los

antiguos soldados de Sylva, arruinados por sus desórdenes y que echaban menos la licencia de las guerras civiles, Catilina creyó el momento favorable para acometer á la república, cuando los ejércitos romanos y Pompeyo, que hubieran podido oponérsele, hacían la guerra en los confines del Oriente. La lejanía de este gran capitán, el descontento de las provincias, las murmuraciones de los aliados, la corrupción del pueblo y la necia seguridad del senado, le hacían esperar un triunfo pronto y no dificultoso. Pero antes de emplear la fuerza manifiestamente, solicitó el consulado con el auxilio de sus amigos para destruir las leyes, armado de un título legal.

SU EXCLUSIÓN DEL CONSULADO.—No era esta la primera vez que aspiró á tan alta dignidad, ni tampoco la primera que meditó crímenes para conseguirla. Algun tiempo antes, Publio Autronio y Publio Sylva, convencidos de sobornadores, fueron escludidos del consulado, para el cual estaban ya designados. Catilina solicitó votos para entrar en lugar de ellos; pero acusado él mismo de excesos, concusiones y rapiñas que había cometido siendo pretor en Africa, no

se le admitió en el número de los candidatos, y fueron cónsules Torcuato y Cotta.

SU COMLOT.—Enfurecido con este desaire, quiso obtener por la violencia la autoridad que no pudo adquirir legalmente; y de concierto con Autronio y Cneyo Pison, emprendió al frente de un partido numeroso, asesinar el primero de enero á los cónsules, y apoderarse de su autoridad. A Pison debía darle después el gobierno de España. La indiscrecion de uno de los cómplices hizo que se descubriese la conjuración, y los obligó, no á renunciar á ella, sino á dilatar su ejecución hasta el quince de febrero, día en que además de los cónsules, habían resuelto asesinar á muchos senadores.

Catilina, demasiado impaciente de satisfacer su venganza y su ambición, dió antes de tiempo la señal en que se habían convenido. Los conjurados, que estaban á las puertas del senado, no se habían juntado aun en bastante número para lograr el golpe, y quedó sin éxito por su excesivo ardor esta conjuración primera, cuyo fruto logró solamente Pison, pues obtuvo el gobierno de España con el auxilio de Craso, que satisfacía en este nombramiento su odio contra

Pompeyo, de quien entrambos eran enemigos. Los vicios de Pison le fueron tambien útiles, porque el senado consintió gustoso en alejar de Roma á un hombre de quien tan justamente recelaba. Partió á su gobierno, y fué asesinado en un tumulto movido por algunos emisarios de Pompeyo.

Catilina, lejos de desanimarse por el mal suceso de su proyecto, se aplicó constantemente á emplear los medios que asegurasen su ejecucion. Trabajando sin cesar en alentar á sus partidarios, cuyo número aumentaba cada dia, animaba á unos con promesas, á otros con regalos: lisonjeaba todas las pasiones, irritaba todos los resentimientos, inflamaba la codicia, daba esperanzas de impunidad, á los malvados, á los pobres de riquezas, á los esclavos de libertad, á los soldados de saqueo, á los plebeyos del abatimiento de la nobleza. En esta conspiracion entraron muchos senadores, seducidos por sus artificios y por la promesa de partir con él la suprema autoridad. Entre ellos se contaban el pretor Cayo Cornelio Léntulo, Cetego, Autronio, Casio Longino, Publio y Servio Syla, sobrinos del dictador, Vargunteyo, Quinto Annio, Porcio

Lecca, Lucio Bestia, Quinto Curio; y del orden ecuestre Fulvio Nobilior, Statilio, Gabino Capitolon y Cayo Cornelio. Creyóse tambien en aquel tiempo que Craso, por odio á Pompeyo, favorecia en secreto y sin comprometerse, la conjuracion, esperando ponerse al frente de ella si no se malograba.

SU ARENGA A LOS CONJURADOS.

—Cuando Catilina creyó su partido bastante fuerte y la ocasion oportuna, reunió á los conjurados, con quienes hasta entonces solo habia tratado en particular, y les dijo: «Mis esperanzas serian vanas, y gran locura en mí sacrificar lo cierto por lo incierto, si no hubiese ya experimentado vuestro valor y fidelidad. Pero vuestros ánimos son fuertes: tenemos los mismos amigos y enemigos, único lazo de la firme amistad; y la intrepidez invencible que mostrais me da osadía para acometer tan grande empresa. Nuestros infortunios actuales y los que nos esperan si no conquistamos la libertad, me afirman en mi propósito. Roma está sometida á un corto número de hombres avarientos y poderosos; á ellos pagan tributo los reyes y los pueblos, mientras todos los ciudadanos onrados y valerosos, no-

«bles y plebeyos, están confun-
«didos con el populacho, sin cré-
«dito ni autoridad, sometidos á
«los caprichos de los que si hu-
«biese república temblarian de
«nosotros.»

«Su herencia son el poder,
«los honores y las riquezas: los
«peligros, las injurias y los su-
«plicios la de nosotros. ¿Hasta
«cuándo, valientes amigos, su-
«friréis esta indignidad? ¿No es
«mejor perecer con denuedo,
«que yacer víctimas y juguetes
«de su orgullo, y terminar en el
«oprobio una vida infeliz? Pero
«por los dioses y los hombres, la
«victoria está en nuestras ma-
«nos. Estamos en la flor de la
«edad y del vigor de ánimo,
«cuando ellos son viejos y ener-
«vados por las riquezas. Atrevá-
«monos y caerán. Porque ¿quién
«podrá sufrir el lujo de esos in-
«solentes? Terraplean los ma-
«res, allanan los montes, edifi-
«can palacios, el universo ente-
«ro contribuye á sus desórdenes,
«no alcanzan sus gastos insensa-
«tos á agotar sus rentas; cuando
«nosotros carecemos de lo nece-
«sario, y apenas nos ha quedado
«un miserable tugurio en que
«vivir. La miseria reina en nues-
«tras casas: los acreedores nos
«persiguen: lo presente es triste,
«horrible el porvenir: nada tene-

«mos sino una alma vigorosa pa-
«ra sentir nuestro infortunio.
«Despertemos, pues; tenemos á
«la vista todo lo que siempre
«hemos deseado: libertad, rique-
«zas, dignidades y gloria; pre-
«mios que la fortuna reserva á
«los vencedores. El peligro, la
«pobreza, la ocasión, el interés
«público y los frutos ópimos de
«la guerra, os incitarán mas que
«mis palabras. Seré vuestro je-
«neral ó vuestro soldado: mi á-
«nimo y mi espada estarán sien-
«pre dispuestos; y si llego á ser
«cónsul, satisfaré con mas pron-
«titud vuestros deseos. Espero
«que conservareis la union, y
«que no preferireis el oprobio
«al honor, ni la servidumbre á la
«independencia.»

JURAMENTO TERRIBLE. — Des-
pues de este discurso hicieron
estrecha alianza: y presentándo-
les en seguida Catilina una copa
de vino mezclada con sangre hu-
mana que aun umeaba (1), les
hizo á todos beber de ella esci-
tándolos á prometer bajo jura-
mentos los mas horribles y espán-
tosos, que perecerian antes que
serle infieles.

(1) *Puerum macerum, juramento
que hizo sobre el cuerpo de un niño,
cum aliis comedit.*

La conspiracion estaba aun oculta: los cónsules, locos de placer con la gloria de Pompeyo; el pueblo se entregaba á la alegría de la prosperidad; el senado se adormecía en una seguridad ciega y Roma, tranquila en la orilla del precipicio, estaba á punto de perecer sin haber quien le advirtiese el riesgo. La inconstancia de una mujer, la indiscrecion de un amante, y la firmeza de un magistrado, salvaron la república.

Quinto Curio, uno de los conspiradores, habia consumido su caudal obsequiando á una patricia llamada Fulvia, y esta le despreció cuando le vió arruinado, sin que ruegos ni lágrimas pudiesen moverla. La nueva esperanza que le daba la conjuracion, reanima á aquel hombre perdido: vuelve á las súplicas, mezclando entre ellas algunas amenazas, y asegurando una mudanza próxima en su fortuna. Fulvia, admirada, sospecha que hay oculto algun secreto importante; cuenta, sin nombrar á Curio, las noticias vagas que tenia de la conjuracion; circulan y se estienden con rapidéz; el espanto crece por lo mismo que nada se sabia con certeza, y la imaginacion pasaba los límites de la realidad. Como era

entonces la época de los comicios, el peligro comun hizo enmudecer la envidia de los nobles contra Cicéron, y solo se tuvieron presentes sus virtudes y talentos. Las intrigas de Catilina salieron vanas, y Cicéron y Antonio fueron nombrados cónsules por unanimidad.

CRIMENES DE CATILINA. — Esta eleccion, que privaba á los conjurados de todo medio legal para conseguir sus designios, aumentó su furor. Catilina redobló su actividad: envió partidarios suyos á los puntos mas importantes de Italia, y les distribuyó armas. Sus cómplices, á fuerza de préstamos, robos y crímenes, juntaron bastante dinero para que Manlio marchase á Fésula á juntar un ejército. Los soldados de Sylá y toda la canalla de Italia concurren á porfia á sus banderas: todas las cortesanas y mujeres corrompidas de Roma contribuyeron á los gastos de este armamento. Entre ellas se distinguia Sempronía, ilustre por su nacimiento, hermosura, ingenio é instruccion. Desdeñando la felicidad doméstica que podia gozar al lado de un marido virtuoso, y de hijos que prometian mucho, se abandonó á los desórdenes, echando á perder su caudal al

mismo tiempo que su reputación. Arruinada por sus excesos no halló mas recurso que el crimen, y cometió muchos que espantaban aun á los hombres mas audaces.

Tales eran los agentes de Catilina. De acuerdo con ellos formó el designio de sublevar los esclavos, degollar al senado, incendiar á Roma y establecer su tiranía sobre las ruinas de la república. Ciceron, destinado á salvarla, habia penetrado los proyectos del conspirador y seguia sus pasos con infatigable actividad. Empleando hábilmente á Fulvia, hizo que esta persuadiese á su débil amante Curio que manifestase sus cómplices; y que ostáculo alguno se opusiese á su marcha se aseguró de su colega Antonio, prometiendo á su codicia el gobierno de la Macedonia.

COMPLYOT CONTRA CICERON.— Los conjurados, temiendo la firmeza del cónsul, y buscando los medios de sustraerse á su vigilancia, le ponian lazos incesantemente, y todos los dias le amenazaban con sus puñales. Catilina creia imposible apoderarse de Roma sin matarlo antes; pero él, rodeado siempre de amigos y clientes, evitó con su prudencia todas las asechan-

zas que se le tendian. No tardó en saber que Catilina formaba en la ciudad acopios de armas, y en los diferentes cuarteles apostaba hombres de su confianza. En fin, este audaz conspirador, reuniendo otra vez á los conjurados en medio de la noche, se quejó de su lentitud, les dijo que Manlio habia tomado las armas, y que él mismo iba á reunirse con él; pero que ante todas cosas era menester acabar con Ciceron. Cornelio Léntulo ofreció ir aquella misma noche á su casa, pues no podia negarse á recibir la visita del pretor, y juró darle de puñaladas: Vargunteyo prometió acompañarle. Curio, que estaba presente á esta deliberacion, avisó al momento á Ciceron por medio de Fulvia el peligro inminente que le amenazaba. Los asesinos hallaron cerrada y con guardias la casa del cónsul, y no pudieron consumir su delito.

Ciceron, habiendo roto el velo que cubria aquella horrible conjuracion, no ignoraba ninguno de los proyectos de Catilina, y aunque no supiese á punto fijo cuáles eran sus recursos, ni cuántas las fuerzas de Manlio, creyó que debia dar cuenta sin dilacion al senado de todas las noticias que habia adquirido.

Oída su relacion, los senadores dieron un decreto que puso en manos de los cónsules un poder casi absoluto, encargándoles que velasen por la salvacion de la república.

OSADIA DE CATILINA EN EL SENADO.—Pocos dias despues informó al senado que Manlio se habia puesto en campaña al frente de un cuerpo considerable: que los esclavos de Cápua se habian rebelado, y que en toda Italia se hacian grandes trasportes de armas. Un nuevo decreto del senado ordenó que se reuniesen las lejiones bajo el mando de Marcio, Metelo Cnetico y Pomponio Rufo. Ciceron hizo fortificar la curia, distribuyó cuerpos de guardia en toda la ciudad, y prometió grandes recompensas á los que diesen alguna noticia acerca de los designios de los conjurados. Estos decretos mudaron repentinamente el aspecto de Roma: al placer de los triunfos, á la tranquilidad de la paz, á la licencia de las fiestas y banquetes sucedieron la tristeza, el terror y la consternacion. El autor de todos estos males se mostraba solo y sin terror en medio de Roma ajitada, y aun tuvo la osadía de presentarse en la curia y tomar en ella su asiento acostumbrado. Los se-

nadores, llenos de orror al verle, se apartan todos de él, y su temeridad ecsaltó el espíritu del cónsul. La indignacion inspiró á este un discurso, por el cual la fama de su elocuencia se igualó merecidamente con la de Demóstenes.

ARENGA DE CICERON A CATILINA.

—«¿Hasta cuándo, Catilino, dirá con ardor, abusarás de nuestra paciencia? ¿Cuándo se cansará tu furor de burlarse de nosotros? ¿Adónde se detendrá esa tu audácia desenfrenada? ¿Qué, ni la guardia que vela en el Palatino, ni los soldados que guarnecen la ciudad, ni la consternacion del pueblo, ni las fortificaciones de la curia, ni la concurrencia de todos los buenos, ni las miradas que te dirijen los senadores, nada te asombra, detiene ni intimida? ¿No ves que tus designios están descubiertos, tus pasos averiguados, y encadenada tu conjuracion? ¿Quién de nosotros crees que ignora lo que hiciste en la noche última y en la anterior, el lugar de tus reuniones, los cómplices que concurren y las resoluciones que se adoptaron? ¡O tiempos! ó costumbres! El senado sabe todas estas infámias, el cónsul las vé, y ¡tú vives! y no solo vives

«sino vienes al senado, tomas asiento entre nosotros, participas de nuestras deliberaciones, y señalas con tus miradas las víctimas que desees inmolarse! ¡Nosotros, hombres valientes, creemos haber satisfecho á la república si apartamos de nuestro seno el puñal de este delirante! Mucho tiempo ha, ó Catilina, que mereces ser llevado al suplicio por orden del cónsul, y sufrir tú solo las calamidades con que nos amenazas.»

Recuerda despues el orador los numerosos ejemplos que le autorizan para mandar su muerte, y prueba que mas bien sería digno en este caso de ser llamado tanto que cruel. «Pero lo que ya habria debido hacer, continúa, tengo motivos para diferirlo aun. Te daré la muerte cuando no haya en Roma un solo ciudadano tan malvado, tan perverso, tan semejante á ti, que no aplauda tu suplicio. Mientras que alguno se atreva á defenderte, vivirás; vivirás como ahora, rodeado de una guardia numerosa que enfrene tu audacia, de ojos vigilantes que te observen, de oídos que te escuchén.»

Explica al mismo Catilina todo el plan de su conjuración, y le

demuestra que conoce todos sus pasos, acciones y pensamientos; y despues esclama: «Sal de Roma, Catilina: las puertas se te abren, marcha: el campo de Manlio reclama su jeneral. Llévate contigo todos tus cómplices, purga la ciudad de tu presencia; yo temeré mientras las murallas de Roma no estén entre los dos. No puedes ya vivir entre nosotros; no lo sufriré, no lo permitiré, no lo consentiré.»

Describe las infamias de su vida, le muestra que es el objeto del temor, del odio y del desprecio de todos; y supone que Roma misma le dirige estas palabras.

«Hace muchos años, Catilina, que no se ha cometido ningún delito, sin ser tú, ó el autor ó el cómplice; ninguna infamia en que tú no hayas tenido parte. Tú solo has podido impunemente robar á los aliados, saquear las provincias; tú no solo has prevalecido contra los juicios, sino tambien contra las leyes: estas cosas, aunque intolerables las sufrí como pude; pero ya que tu nombre solo hace temblar á todos, que en el menor ruido se teme el puñal de Catilina, que no puede formarse ninguna empresa contra mí sin que tú la diri-

«jns, se acabó mi paciencia. Por
«lo cual vete y calma mis terro-
«res; si son verdaderos, evitaré
«mi ruina; si falsos, dejaré por lo
«menos, de estar atemorizado.»

Ciceron, despues de haber con-
fundido á su adversario con el
rayo de su elocuencia, de la cual
solo hemos podido presentar
una débil muestra, prueba al se-
nado que la muerte de Catilina
alejaria el peligro, mas no lo di-
siparia, porque unos dudarian
de la conjuracion, otros creerian
tránica la conducta del cónsul;
cuando por el contrario, obligan-
do al enemigo público á desten-
darse con sus cómplices, y á
declarar sus malvados proyectos
con las armas en la mano, se a-
rrancarian de raiz los males que
amenazaban la patria.

Su oracion concluyó así: «Vé,
«Catilina: apresúrate á comen-
«zar una guerra impia. Y tú, Jú-
«piter, á quien adoramos bajo el
«nombre de Stator, y que fuiste
«consagrado por Rómulo con los
«mismos auspicios que esta ciu-
«dad, augusto protector suyo y
«del imperio, presérvanos del
«furor de Catilina y de sus cóm-
«plices. Defiende los altares, tem-
«plos, casas y murallas de Roma,
«los bienes y las vidas de los ciu-
«dadanos; y á los ladrones de Ita-
«lia, enemigos de todos los bue-

TOMO IX.

«nos, verdugos de la patria, uni-
«dos entre sí con el lazo de las
«maldades y crímenes, persigue-
«los vivos y muertos, con eter-
«nos suplicios.»

DEFENSA DE CATILINA.—Catilina, disimulando su violencia, y abatiéndose contra su costum-
bre á los ruegos, suplicó al se-
nado que no creyese con lige-
reza, calumnias dictadas por el
aborrecimiento personal. Euan-
meró pomposamente sus servi-
cios y los de sus antepasados, y
trató de probar que era absurdo
temer á un patricio interesado
por su dignidad y nacimiento en
la conservacion de la república,
y fiar imprudentemente la salud
del estado á un arpinate, que no
tenia en Roma ni aun una casa,
y que disponia insolentemente
del honor y la vida de los mas
nobles ciudadanos. No pudiendo
contener mas su ira, prorumpió
en injurias y amenazas contra el
cónsul: entonces se le interrumpió de todas partes, y los sena-
dores, levantándose de sus a-
sientos, le prodigaron los nom-
bres de *traidor y parricida*. Ca-
tilina enfurecido exclamó: «Pues
«mis enemigos me obligan á ello,
«apagaré los fuegos que me lan-
«zan en la ruina comun.»

SUS PREPARATIVOS HOSTILES.—
Dichas estas palabras, sale del

senado, reúne sus cómplices, les encarga que aumenten las fuerzas del partido, aceleren la muerte del cónsul, y estén preparados para incendiar á Roma cuando él se presente á las puertas con un ejército, lo que prometió hacer dentro de pocos días. Habiendo inflamado su valor y animado sus esperanzas, partió con algunos amigos al campo de Manlio. Este había ya esparcido por Italia proclamas para sublevar el pueblo contra la tiranía del senado, la codicia de los grandes y la injusticia de las leyes, y prometido á los pobres el repartimiento de las tierras pertenecientes al dominio público.

Catilina, fiel á su sistema de disimulación, escribió en el momento mismo de dar principio á la guerra civil, una carta para Cátulo y otros senadores, disculpándose y asegurándoles que su salida de Roma solo tenía por objeto sustraerse á las injustas persecuciones de sus enemigos. Apenas llegó al campamento, tomó osadamente los haces y las demás insignias de la dignidad consular é hizo marchar delante de sí el águila de plata que había servido en otro tiempo de estandarte á Mario.

El temor que inspiraba su

nombre y su ejército, protegía de tal manera á sus cómplices, que á pesar de las recompensas prometidas á los denunciadores, ningun ciudadano declaró la conspiración, ningun conjurado fué traidor á su causa. El peligro era inminente: los soldados, esclavos, proletarios y casi todos los artesanos, se mostraban favorables á Catilina. Léntulo se valía de la dignidad de pretor para aumentar diariamente su partido. Deseando ganar algunos pueblos extranjeros, encargó á Umbrano que hiciese entrar en la conspiración á los diputados de los alobrojes que estaban entonces en Roma. Estos embajadores, descontentos de un tributo enorme que sumergía su pueblo en las deudas y en la miseria, se quejaban á las claras de la dureza del senado. Umbrano había servido en las Galias y conocía á los hombres mas distinguidos de aquel país. Valido de esta circunstancia, entró en plática con los alobrojes, lamentó su calamidad, y les dió oscuras esperanzas de mejorar la suerte de su república. Ellos acogieron favorablemente esta proposición. Umbrano creyendo que los podría persuadir á solicitar por las armas lo que se negaba á sus reclamaciones, los llevó á casa

de Décimo Bruto, les explicó en presencia de Gabinto todo el plan de la conspiración, y aun les mostró con sobrada imprudencia la lista de los conjurados.

Los alobrojes, incitados por la ocasión y movidos de la gran fuerza que se ofrecía á sostener los intereses de su pueblo, se obligaron á entrar en el partido; pero apenas se retiraron á su casa, reflexionaron los peligros que los amenazaban si la conspiración era vencida. Vagaban inciertos entre el temor y la esperanza, cuando el jénio de Roma, como dice Salustio, les inspiró describirlo todo á Quinto Fabio Sanga, defensor de su república; porque entonces cada pueblo tenía en Roma su protector, así como cada cliente su patrono.

Fabio Sanga informó al instante á Ciceron de todo lo que acababa de saber. El cónsul ganó á los diputados con promesas, los tranquilizó acerca de la suerte de su patria, y les encargó que fijasen un zelo ardiente á favor de los conjurados para que conociesen mejor sus designios y medidas.

Por ellos supo á pocos dias que los agentes de Catilina escitaban grandes turbulencias en la

Apulia, el Piceno y las Galias: que el ejército rebelde se acercaría pronto á la ciudad: que Léntulo, en el momento señalado, haría que el tribuno Bestia convocase al pueblo, y citase al cónsul en juicio: que Statilio y Gabinio pondrían fuego á doce cuarteles principales de la ciudad, y que en medio del tumulto, Cétego daría muerte á Ciceron, y muchos de sus cómplices á otros senadores. Los alobrojes, segun las instrucciones que el cónsul les habia dado, pidieron una conferencia á los conjurados. La reunion se verificó en casa de Serniponia. Los embajadores escijieron que Léntulo, Cétego, Statilio y Casio ratificasen sus promesas por un escrito con sus firmas y sellos, capaz de inspirar confianza á su república. Los jefes de los conjurados consintieron en ello y firmaron el trato: y Léntulo encargó á Volturcio de Crotona, que era uno de sus cómplices, acompañar á los diputados hasta el campamento de Catilina, y le dió para este una carta que decía así: «Por el dador conocerás quien soy. Pórtate con valor; ya ves en qué estado están nuestros negocios: no desdeñes ningún auxilio, ni aun el del populo.» Volturcio llevaba además encargo de decirle que

hacia mal en no armar los siervos, y que acelerase el movimiento de sus tropas.

La noche que debían salir los diputados, Valerio Flaco y Cayo Pontino, puestos en emboscada de orden de Ciceron cerca del puente Milvio, arrestaron á los embajadores que no opusieron resistencia alguna, y cojieron á Volturcio con los escritos que llevaba.

El cónsul, dueño ya de todas las pruebas del crimen, poniéndose al frente de sus guardias, prende á Léntulo y á los demás jefes de la conjuración y los lleva al templo de la Concordia, donde habia reunido el senado. Se interrogó á los acusados: Volturcio no tardó en renunciar á una denegación inútil con la promesa que se le hizo de indultarle, y lo confesó todo. Los galos confirmaron su declaración: Léntulo procuró defenderse, pero en vano, porque se le mostraron sus cartas y su sello, y muchos testigos juraron haberle oído muchas veces citar un oráculo de las sibilas, que prometia el dominio de Roma á tres Cornelios, añadiendo que Cinna y Sylla lo habian obtenido, y que él acabaría de cumplir la predicción. Los conjurados todos reconocieron sus sellos y comple-

taron la probanza. Destituyóse á Léntulo de la pretura, y se puso á él y á sus cómplices bajo la guardia de algunos senadores que debían responder de sus personas.

La inconstante multitud, que pocos días antes llamaba quimera á la conjuración, compadecía á los conspiradores y acusaba á Ciceron de tiranía, pasó súbitamente de la benevolencia mas declarada en favor de Catilina, al odio mas violento contra él, y la ciudad resonó con las alabanzas del cónsul.

Un ciudadano, llamado Tarquino, que fué arrestado cerca del campamento de Catilina, dió nuevos indicios acerca de la conjuración, pero como él declaraba haber sido enviado á Catilina por Craso, los amigos de este acusaron al denunciador de falso testimonio, y lograron por su crédito que se le pusiese en la cárcel. Como todos se valen de las turbulencias para arruinar á sus enemigos, Cátulo y Pison hicieron sospechosa la conducta de César, de quien se creía generalmente que era favorable á Catilina; y aun dieron pasos para hacer que los alobroses le incluyesen en su acusación. Muchos caballeros romanos, exaltados por sus discursos, amenaza-

ron á César con sus espadas al salir del senado; pero Ciceron los contruvo.

Entretanto los numerosos clientes de los acusados trabajaron con actividad en corromper el populacho, y sublevaron una parte de él con el objeto de librar á los conspiradores. El cónsul, vigilante, frustró sus designios; dobló las guardias, convocó de nuevo el senado, y le instó á que decidiese con prontitud la suerte de los presos, convencidos todos de crimen contra el estado por sus propias declaraciones.

La salvacion de la patria exigía que fuesen castigados; pero en una república, donde la aristocrácia conservaba tanto poder, Ciceron se esponía á grandes riesgos y á largos resentimientos, provocando la ruina de tantos patricios poderosos por sus clientes, familias y dignidades. No ignoraba esto, pero solo oyó la voz de su obligacion, y sacrificó su interés al de Roma.

DISCURSO DE CESAR EN EL SENADO.—Reunida la curia, Silano, cónsul designado, votó primero y dijo que para espiar el crimen de los conspiradores, era menester darles muerte. Tiberio Neron opinó que se ampliase la informacion: muchos senadores seguian el dictámen de Silano, cuando

César se levantó para impugnarle. «Padres conscritos, dijo: «los que quieren juzgar una causa importante y dudosa, han de «despojarse con sumo cuidado «de todas las pasiones de odio, e- «nojo ó compasion. El ánimo tur- «bado por estos afectos no pue- «de distinguir la verdad, ni la e- «moción es compatible con la «justicia. Podria recordaros mu- «chas determinaciones injustas «de reyes y pueblos que sacrifi- «caron el bien público al favor ó «al resentimiento; pero me agra- «da mas citar los actos de equi- «dad y sabiduría de nuestros «mayores, esentossiempre de se- «mejantes debilidades.»

«Cuando teníamos guerra con «el rey Perseo, la ciudad de Ro- «das, célebre por su opulencia «y que debia su grandeza á los «beneficios del pueblo romano, «faltó á la fé, rompió los trata- «dos y se puso en manifiesta os- «tilidad. Concluida la guerra, se «deliberó acerca de los rodios: «nuestros mayores los dejaron «sin castigo, porque no parecie- «se que socolor de vengar una «injuria, aspiraban á despojarlos «de sus riquezas. Los cartajine- «ses comelieron contra nosotros «muchos crímenes atroces: Ro- «ma no se permitió jamás usar «de represalias.»

«Nuestros abuelos atendían
 »mas á sus deberes que á sus de-
 »rechos; y á imitación suya, ó
 »padres conscritos, debeis evi-
 »tar que los delitos de Léntulo
 »y de sus cómplices os lleven
 »mas allá de los límites que ex-
 »sije vuestra dignidad. No escu-
 »cheis el enojo sino lo que dirá
 »la fama. Si solo se tratase de
 »buscar una pena adecuada
 »al crimen, adoptaría la inno-
 »vacion propuesta por Silano;
 »pero aunque la atrocidad del
 »atentado esceda á todo lo que
 »se puede imaginar y temer, yo
 »creo que el horror que nos ins-
 »pira, no debe hacer traspasar
 »las reglas establecidas, y que no
 »podemos aplicarles mas penas
 »que las de las leyes.»

«Los oradores precedentes han
 »procurado asombrarnos con vi-
 »vas imágenes acerca de la situa-
 »cion de la república, y forma-
 »do un cuadro patético de los
 »horrores de la guerra civil y de
 »la calamidad de los vencidos:
 »nos han puesto á la vista la
 »crueldad de las proscripciones,
 »la violencia del soldado, el ul-
 »traje de las doncellas, los hijos
 »arrancados de entre los brazos
 »de sus padres, el honor de las
 »matronas á merced de los ven-
 »cedores, las casas demolidas,
 »los templos profanados, y á Ro-

»ma enlutada, llena de sangre
 »y consumida por las llamas. Pe-
 »ro por los dioses inmortales,
 »¿cuál es el objeto de estos dis-
 »cursos? ¿hacernos detestar la
 »conjuracion? como si aquel, á
 »quien no estremeciese un cri-
 »men tan atroz, pudiera ser mo-
 »vido con palabras! Nadie mira
 »con indiferencia sus injurias
 »personales ni el riesgo de su
 »vida: y lo que se debe temer
 »es que el horror de la culpa no
 »irrite mas de lo que exigen la
 »razon y la justicia.»

«Nosotros no podemos, ó pa-
 »dres conscritos, entregarnos al
 »resentimiento como los hom-
 »bres particulares; poco impor-
 »ta que estos se dejen llevar de
 »la ira: su fama es de corta es-
 »tension como su fortuna; pero
 »aquellos á quienes su dignidad
 »y poder hacen ilustres, deben
 »pensar que todos atienden y
 »juzgan sus acciones; y así quan-
 »to mayor es su potencia, mas
 »deben contenerse. Los hom-
 »bres públicos no pueden amar
 »ni aborrecer, y mucho menos
 »dejarse arrastrar de la ira. Lo
 »que en otros parecerá enojo,
 »en ellos es crueldad.»

«Yo creo, padres conscritos,
 »que todos los suplicios son de-
 »masiado leves para castigar se-
 »mejante crimen, pero los hom-

«bres nunca se acuerdan sino
«de la última parte de los suce-
«sos; olvidan los delitos, y cen-
«suran el castigo si ha sido de-
«masiado severo.»

«Sé que Décimo Silano, varón
«lleno de virtud, solo ha consul-
«tado su zelo por la república,
«y que en una circunstancia tan
«delicada no ha dado oídos ni al
«favor ni al odio: conozco sus
«costumbres, sus acciones, su
«prudencia y valor; y así no ta-
«cho su dictámen de cruel, por-
«que ¿qué cosa puede ser cruel
«contra tales delincuentes? pero
«yo combato su opinion porque
«me parece contraria á nuestras
«leyes y usos. ¿Qué puede, pues,
«haber movido al cónsul designa-
«do á proponer esta grande in-
«novacion? No el temor, de que
«es incapaz; mucho mas cuando
«por la vijilancia de nuestro dig-
«nísimo cónsul, por su consejo
«y sus armas estamos seguros
«de todo peligro. ¿Será acaso el
«deseo de que la pena sea igual
«al delito? Si es por eso se enga-
«ña; porque en las grandes cala-
«midades y en la extrema mise-
«ria, la muerte es mas bien un
«descanso que un suplicio: es el
«término de nuestros padeci-
«mientos, y mas allá del sepul-
«cro ni hay dolor ni placer.»

«Pero, por los dioses inmorta-

«les, ¿por qué, Silano, no has
«propuesto que antes de darles
«muerte se les azote con varas?
«La ley porcia, medirás, proi-
«be infligir este castigo á un ciu-
«dadano romano: como si otras
«leyes, igualmente inviolables,
«no prohibiesen quitarle la vida!
«¿Por qué temes infringir una ley
«menos grave, y violas otra mas
«importante? Y ¿quién se atreve-
«rá, me dirán, á censurar un de-
«creto contra los parricidas?
«¿Quién? El tiempo, la posteri-
«dad. Todos los hombres son go-
«bernados por las circunstancias,
«por las vicisitudes de la opinion,
«por los caprichos de la fortuna.
«Cualquiera que sea vuestra sen-
«tencia, los delincuentes no sufri-
«rán sino lo que han merecido;
«pero vosotros, padres conscri-
«tos, medita las consecuencias.
«Los ejemplos mas funestos na-
«cen á veces de excelentes prin-
«cipios; y cuando el poder pasa
«del virtuoso al malo, se autoriza
«de lo ya hecho para pecar im-
«punemente.»

«Los lacedemonios, tomada A-
«tenas, encargaron su gobierno á
«treinta hombres: estos comen-
«zaron dando muerte á los mas
«culpables: el pueblo aplaudia
«aquellos suplicios; pero bien
«pronto pagó su necia alegría,
«viendo traspasados todos los lí-

«mites de la justicia y de las leyes, y heridos á un mismo tiempo los buenos y los malos.»

«En nuestros días, cuando Sylva despues de su victoria, mandó matar á Damasipo y á otros delincuentes, manchados de crímenes enormes, ¿qué ciudadano dejó de alabar su severidad? Y sin embargo, aquellos suplicios fueron el anuncio de las proscripciones y de las matanzas. Hombres codiciosos insertaron en la lista fatal á los poseedores de los palacios, jardines y muebles que deseaban. Los mismos que habían celebrado la muerte de Damasipo, le siguieron en breve: ni la sangre cesó hasta que Sylva hubo saciado la avaricia de sus partidarios.»

«Y yo no temo semejantes desgracias en nuestro tiempo ni bajo el consulado de Marco Tulio; pero en una ciudad donde hay hombres de tan diversas índoles, ¿quién quita que en otras circunstancias, otro cónsul, dueño también del mismo poder y de un ejército, se deje llevar de sus pasiones? y cuando autorizado por un decreto como el que se os propone, haya sacado la espada, ¿quién podrá detener su brazo ni moderar sus golpes?»

«Nuestros antepasados, padres conscritos, mostraron siempre tanta prudencia como valor; un orgullo necio no les impidió adoptar cuanto les pareció loable en las leyes y costumbres extranjeras; y así tomaron de los samnitas las armas, de los toscanos las insignias de las magistraturas, y de los griegos las leyes que castigaban con pena de azotes ó de muerte; pero cuando la república perdió la pureza de costumbres al mismo tiempo que adquirió un alto grado de poder, cuando el espíritu de partido y el ardor de las facciones ponían en igual peligro al inocente y al criminal, publicaron la ley porcia y otras semejantes que permitían á los ciudadanos condenados trocar la pena de muerte por la de destierro.»

«Sirvaos de guía la prudencia de nuestros abuelos, y no adoptemos la innovacion. No nos preciamos de saber mas que ellos: con pocos medios nos fundaron un grande imperio que apenas podemos sostener.»

«¿Cuál es el resultado de estas observaciones? ¿dejar libres á los conjuradores para que se reúnan con Catilina? No. Mi voto es que se confiscen sus bienes, y que se los tenga pre-

«nos en las fortalezas de Italia; y
«además que ninguno pueda ha-
«blar á favor de ellos ni al sena-
«do ni al pueblo: y que el que lo
«hiciese, sea tenido por enemi-
«go de la república.»

REPLICA DE CATON.—Después de César hablaron muchos senadores, unos apoyando su opinión, otros la de Silano. El senado estaba indeciso: el enérgico discurso de Caton lo sacó de la incertidumbre, probando que en causas de otra naturaleza era permitido deliberar con detención, y esperar la consumación del crimen para castigarlo; pero que en aquel caso, por poco que se retardase la decisión de la suerte de los conjurados, el furor ó quizá el triunfo de sus cómplices impedirían el ejercicio de la justicia: y que cuando se trataba de saber, no si la república seria mas ó menos poderosa, sino si quedaria en pie, hablar de clemencia era sacrificar todos los buenos ciudadanos á un corto número de malvados. «César, dijo, no cree en los premios y castigos de la otra vida: para no abreviar el suplicio de los conjurados, les niega la muerte. Quiere que sean alejados de Roma, para que sus cómplices no los liberten: como si no hubiese hombres perversos

«mas que en la capital. Así su
«remedio es inútil si teme la con-
«juración; pero si cuando todos
«tiemblan, él solo está tranqui-
«lo, nos da nuevo motivo para
«que temamos. Pensad, padres
«conscritos, que vuestra deter-
«minación acerca de Léntulo,
«decidirá la suerte de Catilina:
«todo depende de vuestro vigor
«ó debilidad. Manlio inmoló su
«propio hijo por haber quebran-
«tado la disciplina: ¿y vosotros
«perdonareis á los que nada han
«respetado? Catilina marcha á-
«cia Roma con un ejército: su
«espada nos amenaza, sus cóm-
«plices están en medio de nos-
«otros, observando nuestros pa-
«sos, examinando nuestras mi-
«radas, asistiendo á nuestras de-
«liberaciones: ¿nos detendre-
«mos? Mi voto es, que los conju-
«rados convictos y confesos de
«haber proyectado la ruina de
«la república, sufran, según la
«costumbre de nuestros mayo-
«res, el último suplicio.»

Todos los senadores aplaudieron la firmeza de Caton. Ciceron al reasumir las opiniones, impugnó la de César con moderación, y demostró veementemente la necesidad del rigor. Se procedió á la votación, y se adoptó el decreto que condenaba á muerte los presos conforme al voto

de Catón. Cicerón aseguró al senado que sus órdenes serían cumplidas, colocó en todas partes cuerpos de guardias, despreció las murmuraciones de la multitud estraviada que los facciosos querían sublevar, llevó a Léntulo y á sus cómplices á la cárcel, é hizo que les diesen muerte en su presencia con un dogal. Cuando salió, dijo al pueblo alborotado: vivieron.

Catilina no había reunido todavía mas que una parte de sus fuerzas, y esperaba el golpe de los conjurados de Roma para completar su ejército. La noticia de su suplicio destruyó esta esperanza, y la desercion le quitó muchos soldados. En estas circunstancias críticas, determinó retirarse á las Galias por los montes de Pistoya: pero Metélo Céler, marchando rápidamente al Apennino de Etruria, le cerró todos los desfiladeros al mismo tiempo que Antonio se dirigia contra él á marchas forzadas. No teniendo retirada, determinó probar la suerte de las armas: arengó á sus soldados, les mostró la imperiosa necesidad de vencer ó morir, y bajó del caballo para pelear á pie entre ellos.

DERROTA Y MUERTE DE CATILINA.—Hallándose el cónsul Antonio detenido por una enfer-

medad, verdadera ó fingida, su lugarteniente Petreyo tomó el mando de las tropas. Acometense los dos ejércitos con la mayor impetuosidad. Catilina, peleando en la primer fila, ostenta la habilidad de un jeneral y el valor de un soldado. Sostiene á los que avanzan, reúne á los que se desordenan, lleva ante sí la muerte y el espanto, y á pesar de la superioridad del número, hace indecisa la victoria por mucho tiempo con su obstinada resistencia, hasta que Petreyo, mandando entrar en combate la coorte pretoria, penetra el centro del enemigo, lo separa á derecha é izquierda y desordena todo el ejército. Catilina, viendo la derrota de sus tropas, tomó una resolución digna del puesto que había ocupado: se arroja en medio de las leñones y muere lleno de heridas y rodeado de victimas. Después del combate, el espectáculo del campo de batalla mostró á los vencedores la admirable intrepidez de los vencidos. Los soldados de Catilina, heridos en el pecho, habían perecido todos en el sitio señalado por el jeneral sin rendir ninguno las armas. El triunfo fué celebrado con lágrimas, porque cada uno reconocia entre los cadáveres el de un

pariente ó el de un amigo.

CICERON NOMBRADO PADRE DE LA PATRIA.—Los romanos, libres de tan gran peligro, hicieron á los dioses públicas acciones de gracias, y decretaron dar al cónsul el nombre de *padre de la patria*; título que la lisonja de Roma subyugada prodigó á los emperadores, y que Roma libre (1) dió solamente á Ciceron.

TRIUNFO DE POMPEYO.—(A. M. 3942.—A. C. 62.) Mientras la actividad del cónsul y la firmeza del senado salvaban la república de la ambicion de un nuevo Sylla, Pompeyo extendia sus límites en el Oriente. Despues de haber aniquilado á Mitridates, sometido á Tigranes, conquistado la Judea, y reducido á provincias el Ponto y la Siria, se em-

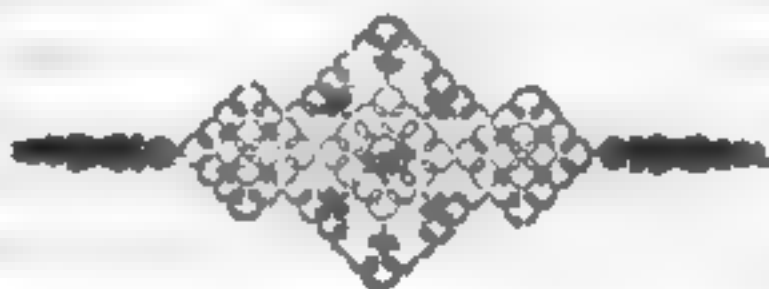
(1) ; Libre! Esta expresion puede sufrirse en un poeta; mas no en un historiador filósofo: la libertad de Roma se enterró en el sepulcro de los Gracos. ¿Qué libertad habia en la ciudad de donde huyeron poco despues muchos senadores temiendo á Pompeyo? Esta reflexion no quita nada de su mérito á Ciceron: pues salvó la patria del fuego de las rapiñas y de las matanzas. La *anarquía* incendiaria que deseaba establecer Catilina, era mucho mas temible y destructora que la especie de *anarquía* aristocrática, á la cual se daba entonces el nombre de la república.

(Larra.)

barcó para volver á su patria. A cada paso de su viaje dió muestras de su magnífica jenerosidad: colmó de presentes á los sábios de Rodas y á los filósofos de Atenas; dió á los atenienses cincuenta talentos para reedificar las murallas de su puerto: libertó á Mitilene de todo tributo, é hizo levantar el plano del teatro de esta ciudad para que sirviese de modelo al que pensaba construir en Roma. Esta capital, que estaba orgullosa con los triunfos de Pompeyo, temió su vuelta, porque todos creyeron que venia á apoderarse de la autoridad suprema con el favor de sus tropas. Craso y muchos senadores habian salido ya de la ciudad; pero Pompeyo, á fin de disipar su terror, licenció el ejército apenas desembarcó en Italia y envió los soldados á sus casas. Su modestia aparente aumentó las fruiciones de su orgullo, porque todos los pueblos, admirando á un conquistador tan famoso, aislado y sin tropas como un ciudadano, se empeñaron á porfía en acompañarlo hasta Roma, á pesar de sus instancias para que no lo hiciesen. Así llegó á las puertas de la capital con una comitiva diez veces mas numerosa y respetable que un ejército. El vencedor no podia entrar en Ro-

ma sino en triunfo, y suplicó al senado que disfriese el nombramiento de los cónsules hasta que se celebrase la ceremonia. El inflexible Catón se opuso á esta novedad, y aunque Pompeyo, para ganar su voto, le pidió su hija en casamiento, ni pudo vencer su resistencia ni hacerle aprobar aquel lazo que Catón miraba como una cadena. El triunfo del vencedor del Asia duró dos días. Los cuadros que se presentaron en él llevaban los nombres de quince reinos conquistados, de mil fortalezas tomadas por asalto, de novecientas ciudades sometidas, de treinta y nueve reedificadas y de ochocientos bajeles apresados. El estado de las adquisiciones del tesoro demostró que las conquistas de Pompeyo habían doblado las rentas de la república.

Seguían el carro del vencedor, el jefe de los corsarios de Cilicia, el hijo de Tigranes, Zozima, reina de Armenia, Aristóbulo, usurpador del trono de Judea, cinco hijos de Mitridates, muchas mujeres scitas y los reenes de Iberia, Albania y Comajena. Pompeyo gozaba de un honor que hasta él no había adquirido ningún jeneral romano; haber triunfado de las tres partes del mundo. Su fortuna y gloria se hubiera comparado á la de Alejandro Magno, si hubiera muerto inmediatamente despues del último triunfo: porque desde entonces su felicidad y su fama decrecieron sucesivamente: y si los restos de su poder parecieron todavia formidables, fué solo para servir de base á la elevacion de César.



CAPITULO XII.

CESAR.

Rivalidad de Pompeyo y de César. — Sacerdocio de Cayo Julio César. — Su huida á Bitinia. — Su vuelta á Roma. — Su nombramiento de tribuno militar. — Su fama por la elocuencia. — Su pontificado. — Union de César y Pompeyo. — Temeridad de Publio Clodio. — Repudiacion de Pompeya. — Clodio llamado á juicio y absuelto. — Triunvirato de Craso, César y Pompeyo. — Partida de César á España. — Conquista de la España por César. — Vuelta de César á Italia. — Su consulado. — Inquietud de Ciceron. — Ambicion de César y Pompeyo. — Primer triunvirato. — Dominio de César. — Su habilidad política. — Tiranía de los triunviros. — Salida de Ciceron contra César. — Gobierno de César en las Galias. — Destierro de Ciceron.

RIVALIDAD DE POMPEYO Y DE CESAR. — Mientras Pompeyo llenaba el universo con el esplendor de su nombre y caminaba al poder supremo con el afecto del pueblo y la confianza imprudente del senado, la fortuna elevaba poco á poco contra él un competidor que sin haber hecho todavía ninguna azaña grande y sin haber mandado tropas, balanceaba ya su crédito en el pueblo romano y se preparaba á disputarle el imperio del mundo.

Sin embargo, en aquella época no temia el gran Pompeyo sino la elocuencia de Ciceron, la

virtud de Cátulo (1), la austeridad republicana de Caton, y mas que todo la audacia y ambicion de Craso. Menos político que Sylla, menos penetrante que Ciceron, no habia adivinado la indolencia de César, y creia instrumento dócil de su poder el mismo que lo habia de echar por tierra.

SACERDOCIO DE CAYO JULIO CESAR. — Cayo Julio César, yerno de Clona y sobrino de Mario,

(1) No olvidemos los medios infames de que se valió para incluír á César en la conspiracion de Catilina.

(LISA.)

obtuvo á la edad de dieziseis años el cargo de sacerdote de Júpiter. Sylla quiso obligarle á que repudiase á su esposa Cornelia, y César se atrevió á resistir al dictador, obedecido entonces del universo. Para evitar su resentimiento, huyó al país de los sabinos y sobornó á los satélites que le buscaban para darle la muerte. Salió de Italia y buscó un asilo en la corte de Nicomedes, rey de Bitinia. Destinado á superar todos los hombres en vicios y virtudes, escandalizó con sus liviandades el palacio mas corrompido del Asia.

Poco despues se embarcó en un navío mercante, y fué aprehendido y conducido á Farnabazo por unos corsarios de Cilicia, que le pidieron veinte talentos por su rescate. Rióse de una suma tan pequeña, les prometió cincuenta y envió dos esclavos á Roma para traerlos. Habiendo quedado en poder de aquellos hombres fieros y sanguinarios, en vez de mostrarles temor, les hablaba como si fuese su amo, y les mandaba callar cuando le interrumpian el sueño. Mas bien parecia príncipe de la isla que prisionero.

Su cautiverio duró cuarenta dias. A veces recitaba delante de los piratas versos y oraciones,

y cuando no le aplaudian, los llamaba bárbaros y les aseguraba que algun dia los mandaria ahorcar: y en efecto, lo cumplió, á pesar de que los corsarios lo tomaban á chanza. Llegó su rescate, y desembarcó en Jonia: reunió algunos bajeles, volvió á la isla, encontró todavía á los piratas en ella, los venció, les quitó sus riquezas, los hizo prisioneros y los envió á la orca.

Habiendo logrado sus amigos que Sylla le borrara de la lista de los proscritos, hizo sus primeras campañas en Asia bajo las órdenes del pretor Termo: mereció la corona cívica en el sitio de Mitilene, y se distinguió en Cilicia militando con Servilio Isáurico. Cuando volvió á Roma y se presentó en la tribuna, fué celebrado por su elocuencia; pero su osadía le granjeó un nuevo enemigo. Acusó ante el pueblo á Dolabela, varon consular, que habia obtenido muchos triunfos. No pudo lograr que fuese condenado, y para evitar su resentimiento, pasó á Rodas y se dedicó ardentemente á la literatura griega; su maestro fué Apolonio, hijo del célebre orador Molon.

SU NOMBRAMIENTO DE TRIBUNO MILITAR.—Sabiendo en aquella isla que Mitridates habia vencido

algunos jenerales romanos y era dueño del Asia, reunió las tropas de muchos príncipes aliados, las animó, derrotó á los jenerales del rey del Ponto, y volvió á Italia. El pueblo, que naturalmente es admirador de la osadía y amigo de los afortunados, viendo á César jóven, elocuente, pródigo, triunfante de los piratas, sin escuadra, y vencedor de los lugartenientes de Mitridates, sin tener ningun grado le nombró unánimemente tribuno militar. Alimentado con los principios de Mario y Cinna, proscrito desde su juventud por Sylla, jefe del partido senatorial, no tardó en manifestar su odio á los grandes, y sus deseos de resucitar la faccion de la plebe.

Primeramente se aplicó á restituir al tribunado su antiguo poder. La audácia y los progresos de este jóven ambicioso en el espíritu del pueblo, debieran haber inquietado muy pronto á los senadores; pero el amor de César á los placeres, su lujo, su familiaridad franca, su aparente frivolidad, el cuidado casi pueril de su adorno, y la afectacion de molicie que llegaba hasta dejar ondeante su vestido y flojo su cinto, contra lo que se usaba, impedían á muchos conocer sus proyectos de ambicion; y jene-

ralmente se le creia mas atento á seducir mujeres, que á subyugar hombres.

Ciceron fué el primero que lo penetró. «Yo sé, decia, que aspira á ser tirano: sin embargo, apenas puedo creer que un hombre empleado tan seriamente en peinarse, y que no toca á su cabeza sino con las puntas de los dedos, se atreva á concebir el proyecto de trastornar la república.»

César aumentaba diariamente con sus liberalidades el número de sus partidarios, animaba á los proscritos, despertaba la esperanza de los soldados de Mario, y mostraba en confuso á los hombres cargados de deudas, á los pobres y á los facciosos, nuevos medios de revolucion y de fortuna. Aunque deseaba ser popular, no ignoraba que el esplendor de un nacimiento illustre deslumbra siempre al pueblo: que este cree las fábulas mejor que la historia: que tiene mas supersticion que piedad, y que no hay mejor medio de ganarle que suponerse un origen celestial. Y así, cuando César perdió á su mujer Cornelia y á Julia, hermana de su padre, obligado segun el uso á hacer su elogio fúnebre, dijo así:

«Julia, por sus abuelos ma-

«ternos, desciende de los reyes,
 «y por los paternos de los dioses
 «inmortales, porque su madre
 «contaba entre sus proenitores,
 «á Anco Marcio, y los Julios, an-
 «tepasados de su padre, nacie-
 «ron de Venus: así, ó romanos,
 «nuestra familia brilla á un mis-
 «mo tiempo con la gloria de
 «los monarcas, dominadores de
 «los hombres, y con la majestad
 «de los dioses, señores de los
 «reyes.»

SU FAMA POR LA ELOCUENCIA.—
 Antes de ser el primer jeneral
 del mundo, César dominaba ya
 en el pueblo por su elocuencia, y
 era estimado como el primer o-
 rador de su siglo, despues de Ci-
 ceron. Defendió de una manera
 triunfante la causa de la Grecia
 contra Publio Antonio en pre-
 sencia de Lúculo, cuando este
 era pretor de Macedonia, y Anto-
 nio, apelando de la sentencia al
 pueblo romano, dijo sonriéndose
 á los tribunos del pueblo para
 motivar su apelacion, que le era
 imposible defenderse en Grecia
 contra un griego.

SU PONTIFICADO.—El favor po-
 pular habia animado tanto á Cé-
 sar, que estando vacante el sumo
 pontificado, se atrevió á solici-
 tarlo á pesar de ser muy jóven,
 en concurrencia de Isáurico y
 Cátulo, hombres de los mas po-

derosos de la república. El se-
 nado, los ricos y los clientes de
 estos dos candidatos, se opusie-
 ron á César; pero tenia á su fa-
 vor la muchedumbre, los faccio-
 sos y los atrevidos. Las escenas
 tumultuosas y sangrientas de los
 Gracos iban á renovarse: la ma-
 dre de César queria impedir con
 sus lágrimas que fuese al fo-
 ro: pero César salió diciéndole:
 «Pronto me verás ó soberano
 «pontífice, ó desterrado.» El
 pueblo le eligió á pesar de todas
 las intrigas de los senadores: este
 triunfo reveló á César cuánto
 era su poder, y desde entonces
 tuvo mayor intimidad con los e-
 nemigos del senado; por lo cual
 se le acusó de haber tomado
 parte en la conjuracion de Catil-
 ina. Curion le cubrió con su tú-
 nica para librarle de las espadas
 de los caballeros, y los republi-
 canos reprendieron siempre á
 Ciceron haberle salvado la vida
 en aquel trance.

La destruccion de Catilina no
 detuvo la ambicion de César.
 Habiendo ascendido á la edili-
 dad por el favor del pueblo, se
 atrevió á volver á poner en el
 capitolio las estátuas y los tro-
 feos de Mario. Obtuvo despues
 la pretura, é hizo castigar á los
 satélites de Sylva, ejecutores de
 sus órdenes sanguinarias. Siendo

edil consumió todo su caudal en embellecer á Roma con edificios y pórticos suntuosos. Los juegos que dió al pueblo escedieron á todos en magnificencia: habia comprado tantos gladiadores, que el senado, temiendo su número, mandó disminuirlo.

Caton y Cátulo, defensores vigilantes de la libertad, no dudaron ya de los vastos designios de César contra la república. Este no ignoraba que para conseguirlos era menester destruir el crédito de aquellos hombres virtuosos, y la autoridad de que entonces gozaba Ciceron; pero impaciente por lograr sus fines, hizo que el tribuno Metelo Nepote propusiese una ley, segun la cual Pompeyo debia volver á Roma con su ejército, socolor de sosegar las fermentaciones, y en la realidad para echar por tierra al senado. Caton y sus amigos se opusieron á ello vigorosamente: César y los suyos sostuvieron su dictámen con violencia. Caton estuvo á riesgo de perecer; mas su firmeza triunfó; César, despues de haber resistido inutilmente, se vió obligado primero á ocultarse, y despues á ceder. El senado, temiendo exasperar al pueblo que le favorecia, le devolvió su empleo.

UNION DE CÉSAR Y POMPEYO.—
TOMO IX.

Poco despues fué acusado formalmente por Velio, como cómplice en la conjuración de Catilina; pero César se defendió con habilidad: probó que habia dado á Ciceron noticias importantes, se justificó plenamente, y logró que sus acusadores fuesen castigados. Entonces habia aumentado su crédito casando con Pompeya, hija de Pompeyo y sobrina de Sylla. El partido de su suegro le auxilió cuando se dió cuenta en el senado de la infracción que habia cometido contra las leyes, levantando las estatuas de Mario, y esta audacia quedó sin castigo á pesar de Cátulo que decia: «Es tiempo ya de mirar por nosotros: César conspira abiertamente contra la república.»

El lazo que unia á César con Pompeyo se rompió bien pronto. Celebrábanse en Roma las fiestas de la buena diosa Fausta: solo las mujeres estaban iniciadas en sus misterios, y era prohibido á los hombres, bajo penas rigurosas, asistir á ellos. En aquel año se hicieron las solemnidades en casa de César, que se ausentó de ella segun la costumbre. Publio Clodio, infame por sus vicios, irreligion y codicia, por su desprecio de las leyes, odio contra los buenos, y audacia de sus empresas, estaba locamente ena-

morado de Pompeya. Ciego de la pasión, se atrevió á introducirse disfrazado de mujer en la casa donde se celebraban los misterios. Una esclava le reconoce, y alarma á las matronas: la fiesta se suspende, se profana la solemnidad, empiezan todas á dar gritos, y buscan á la luz de las antorchas al sacrílego: este logró evadirse. Hubo en Roma un escándalo espantoso: y aunque Pompeya no fué convencida de haber dado favor á la temeridad de Clodio, su marido la repudió diciendo: «Yo sé que no es culpable; pero la esposa de César no debe ser mancillada ni aun por la sospecha.» Este marido tan severo escijia una virtud, de la cual no daba él mismo el ejemplo, pues Pompeyo, cuando volvió á Italia, repudió á su mujer Mucia, seducida por César; y la corrupcion de las costumbres era tal, que estos divorcios no desunieron la alianza de aquellos dos hombres contra la república, y solo se enemistaron despues para disputarse el uno al otro sus ruinas.

Clodio, citado en juicio por haber profanado los misterios, sobornó públicamente á sus jueces, y fué absuelto á pesar de los esfuerzos de Ciceron. El hierro de los usurpadores, no debe ha-

llar mucha resistencia en un pais corrompido para vender la justicia á peso de oro. El estado está perdido luego que las grandes agitaciones políticas tienen por objeto, no las opiniones sino los hombres, y cuando el interés público sirve únicamente de máscara al interés privado. César, que era un grande hombre y miraba su siglo desde un punto de vista superior, observaba el partido republicano decorado mas bien que robustecido con la rijidez de Caton, la virtud de Cátulo, la elocuencia de Ciceron, y la riqueza é influencia de muchos ciudadanos y senadores. No tenían á su favor ni la plebe ni las lejiones, y así gozaban de una autoridad aparente y frágil á la sombra de las leyes, solo por el respeto que se afectaba aun á las tradiciones antiguas: su poder no era otro que el de los recuerdos.

La plebe se vendia al mas prodigo, y se dejaba guiar por el mas faccioso. Los soldados, ausentes por mucho tiempo de la ciudad, ya no eran ciudadanos, y servian mas bien á sus jenerales que á la república. Los hombres ilustrados conocian que en un siglo tan corrompido, el coloso del imperio romano tenia necesidad de una cabeza, y cada

uno de los grandes aspiraba á gobernarlo, Caton por las leyes, Ciceron por la elocuencia, Craso por el dinero, Pompeyo por el favor público, y César por las armas.

TRIUNVIRATO DE CRASO, CESAR Y POMPEYO.—(A. M. 3943.—A. C. 61.) Cesar, superior en jénio á todos sus rivales, no quiso luchar contra ellos por mas tiempo con discursos de tribuna, intrigas populares y magnificencia de espectáculos. Al fin de su pretura se valió diestramente del partido de Pompeyo para que se le diese la España por provincia, y del oro de Craso para pagar sus deudas. Un hombre vulgar hubiera creído útil á sus intereses irritar la rivalidad de Craso y Pompeyo: César, cuya política era mas profunda, conoció que esta division, favorable á la libertad y contraria á sus miras, solo era útil á Ciceron y á Caton. Reconcilió, pues, los dos hombres mas poderosos de la república, afectó asociarse á sus intereses, y los convirtió, sin conocerlo ellos, en instrumentos útiles de sus vastos designios.

El triunvirato, consecuencia de esta reconciliacion, aseguraba á los amigos del orden y de la libertad, porque destruía el temor de las guerras civiles; pero Ca-

lon no se engañó: cuando supo el convenio dijo: «Esto es hecho: la república no ecsiste: ya tenemos señores.»

PARTIDA DE CESAR A ESPAÑA.—César tomó prestados de Craso tres mil talentos: sosegó á sus acreedores, y partió á España, donde esperaba hacer gran cosecha de dinero y de gloria. Su carácter, demasiado fuerte para sufrir el freno de la disimulacion, manifestaba sin rebozo algunas veces el deseo del poder supremo. Mas de una vez habia dicho: «Si se ha de pecar ha de ser para adquirir el mando: en lo demás debe observarse la justicia.»

Atravesando la Etruria llegó á una aldeuela, y uno de sus camaradas dijo observando la ruindad del pueblo: «Apuesto á que en este rincon miserable hay las mismas intrigas que en Roma para lograr la primer magistratura.»—«¿Y por qué no?» replicó César: mejor quiero ser el primero en Aljido que en Roma el segundo.» Llegando á Gades vió una estatua de Alejandro Magno: la contempló silencioso y se le saltaron algunas lágrimas. ¿Por qué lloras? le preguntó un amigo que le observaba.—«Lloro porque aun no he hecho ninguna grande azaña, y

»Alejandro cuando tenía mi edad
»había ya conquistado toda el
»Asia.»

En España desenvolvió César por la vez primera el talento militar que le hizo digno de ser contado entre los mas grandes capitanes. Lo que principalmente se admiró en él fue la increíble ligereza de sus movimientos, por la cual consiguió siempre la superioridad. En pocos meses tomó muchas ciudades, ganó batallas, y subyugó, á escepcion de los cántabros, todos los pueblos de la península que hasta entonces, vencidos muchas veces y nunca sometidos, habían opuesto constantemente á Roma la resistencia mas obstinada. Dueño de la España, juntó en ella inmensos tesoros, armas indispensables para usurpar la autoridad en una república corrompida.

VUELTA DE CÉSAR A ITALIA: SU CONSULADO.—A su vuelta á Italia pidió el triunfo y el consulado, aunque el uso le obligaba á optar entre estas dos recompensas, porque era necesario estar en la ciudad para solicitar aquella magistratura, y fuera de Roma para pedir el triunfo. Escribió al senado rogando que le dispensase de estas reglas, que segun él eran solo vanas formalidades. Catón y su partido gana-

ron la votación, y se le negó la dispensa. Obligado á escojer, prefirió la autoridad del consulado al esplendor del triunfo.

Después de la muerte de Catilina, Cicerón, libertador de Roma, onrado con el título de padre de la patria, sostenido por el amor de los caballeros, cuyo orden ilustraba, y apoyado por los republicanos, cuyos principios sostenía, conservaba un dominio aparente sobre los varones onrados, por su virtud, y sobre la muchedumbre, por su elocuencia; pero cuando Pompeyo volvió del Asia, y licenciado su ejército se presentó en la ciudad sin mas comitiva que su gloria y el amor de los pueblos de Italia, todas las miradas se fijaron en él: el orador desapareció á la vista del héroe, y el salvador de la república ante el conquistador del Asia.

Pompeyo no era ya jeneral de las armadas, comandante del ejército, ni dueño del Oriente y del Africa; pero aunque hubiese descendido á la clase de simple ciudadano, parecia señor de la república. Mientras menos autoridad afectaba, se le tributaban mas homenajes; y durante algunos años, la casa de un ciudadano fué tan brillante como la corte de un rey.

Ciceron, receloso del odio que conservaban contra él los parientes de los que envió al suplicio sin formarles causa, solicitó la proteccion de Pompeyo para conseguir un decreto popular que ratificase sus actas; pero solo se le dieron respuestas equívocas que aumentaron sus temores. Ya se habia hecho desagradable á Pompeyo, sosteniendo á Lúculo cuando este pidió el triunfo. Por otra parte, siendo Ciceron partidario zeloso de la libertad como Caton y Cátulo, por mas aprecio que le mostrasen hombres tan ambiciosos como Pompeyo y César, no le miraban sino como un ostáculo á sus proyectos, y un enemigo que era fuerza arruinar, porque estos dos jefes de partido se dirigian á un mismo fin, aunque por caminos diferentes.

AMBICION DE CESAR Y POMPEYO.

—Pompeyo queria que se le diese el trono: César se preparaba á conquistarlo: ninguno podia sufrir ni superior ni igual: y la lucha era entre un gran talento y un gran jénio. Pompeyo, orgulloso por los omenajes que se le rendian, y engañado por las caricias de la fortuna, cometió un yerro muy notable en licenciar su ejército para disipar los recelos de los republicanos, y se

persuadió á un grande error creyendo que en un estado libre era posible dominar sin fuerza, usurpar sin violencia, y ascender á la tiranía con el apoyo de la estimacion pública.

No tardó en conocer su engaño: los romanos, despues de los primeros enajenamientos de gratitud y admiracion, asegurados con la disolucion del ejército, no concedieron á Pompeyo mas que vanos onores, y le hicieron conocer en breve que solo era un simple ciudadano. El queria que se distribuyesen gratuitamente tierras á sus soldados, se le dispensase de dar cuentas, y se ratificasen sin ecsámen todos los actos de su proconsulado de los mares y de su comandancia en el Oriente. No pudo lograr lo que deseaba por la oposicion de Craso, Caton y Lúculo. Entonces fué cuando César, cuyo jénio penetraba el porvenir, creyó que no podría llegar al supremo mando sin precursor, y que su ambicion quedaria aogada en la cuna, si dejaba á los romanos que volviesen á la libertad, y perdiesen la costumbre del yugo: y este motivo le determinó á reconciliar á Craso y Pompeyo.

PRIMER TRIUNVIRATO. — Unidos por su interés comun, formaron el primer triunvirato,

empeñándose con juramento á sostenerse mutuamente, y á reunir todos sus partidarios y riquezas y las fuerzas de sus ejércitos para asegurar el logro de sus empresas.

DOMINIO DE CÉSAR.—Los triunviros, fieles á lo que habian prometido, hicieron dar á César el consulado. El deseaba tener por colega á Lucio, amigo suyo; pero el partido republicano prevaleció en esta parte, y fué cónsul Marco Calpurnio Bibulo. El consulado de César fué, pues, el primer fruto del triunvirato que él habia formado: y la primera operacion de sus poderosos rivales fué echar los cimientos de su poder.

César, ya cónsul, no cometió el yerro de mudar de partido poniéndose en favor de los grandes. Opuesto al senado, que queria la república, cuidadoso de captar la benevolencia de la plebe, instrumento móvil y ciego de cuantos quieren oprimirla, propuso una nueva ley agraria.

Bibulo, en cuyo auxilio confluía el senado, no era capaz de luchar contra César. Sin embargo, queriendo balancear su popularidad, declaró que todos los dias de su consulado seriaa festivos. El pueblo le dejó que los celebrase él solo, no hizo caso

sino de su colega y adoptó la ley. César fué entonces el único dueño de la república: solamente Caton, firme é inaccesible como la roca Tarpeya, arrostraba el enojo del cónsul, sublevaba á los republicanos y se esponia al destierro para resistir al triunvirato. Ciceron logró calmar su enardecimiento diciéndole que «si él no necesitaba de Roma, Roma necesitaba de él.»

César dominaba el pueblo, afectando la mayor adhesion á sus intereses: gobernaba al senado por medio de los triunviros, y á los triunviros por medio de sus astucias. Dió en matrimonio á Pompeyo su hija única Julia, la cual hábil, ingeniosa y ciegamente adicta á la causa de su padre, se hizo señora absoluta del alma de Pompeyo, y desde entonces se vió obligado Craso á condescender con la voluntad de suegro y yerno.

Una victoria no impedia á César buscar los medios de conseguir otra. Ningun hombre fué mas hábil que él en el arte de usar sucesivamente y á propósito la suavidad, el poder, la astucia y la osadía. Los caballeros romanos, que eran el gran ejército de Ciceron, daban mucha fuerza al partido republicano: el

cónsul los ganó, disminuyendo un tercio de las sumas que pagaban al tesoro por los arriendos de las rentas del Asia. Al mismo tiempo adormeció la envidia de Pompeyo colmando sus deseos, haciendo que el pueblo ratificase los actos de su jeneralato, y asignándole por provincia la España. Satisfizo la avaricia de Craso dándole el Asia; pero el gran golpe de su política fué hacer que cayesen en su poder las provincias de Iliria y de las Galias con el mando de cuatro legiones durante cinco años. Así tuvo ocasion de adquirir una gloria brillante. Subyugando los enemigos mas antiguos y formidables de Roma, tomaba tiempo para hacer aguerridas sus legiones y ganarlas para sí, y por el mando de la Galia Cisalpina, que le dejó la imprudencia del senado, era jefe de un ejército en Italia, y dueño de apoderarse de Roma, cuando el esplendor de sus triunfos deslumbrase á un pueblo mas ávido de gloria y riquezas que de libertad, é hiciese perdonable su elevacion.

Como él quería, para asegurar la ejecucion de sus vastos designios, aumentar el número de sus partidarios, hizo declarar amigos y aliados del pueblo romano á Ariovisto, rey de los sue-

vos en Germania, y á Ptolemeo Auletes, rey de Egipto.

Despreciando la impotente oposicion de su coléga, no se dignaba ni aun comunicarle los decretos que proponia al pueblo y al senado. Bibulo, irritado por este desaire y avergonzado de su nulidad, se vengaba poniendo edictos contra la tiranía de los triunviros, y se estuvo ocho meses encerrado en su casa: por lo cual Ciceron decia, burlándose de él, que en los actos de aquel año debia ponerse por fecha: *siendo cónsules Julio y César.*

TIRANIA DE LOS TRIUNVIROS.— Sin embargo, el abuso que los triunviros hacian de su poder, comenzaba á discontentar al pueblo, porque absolvian y condenaban segun su capricho, prodigaban á sus sirvientes las riquezas del estado, se burlaban de las leyes, maltrataban á los republicanos y empleaban la violencia para que se adoptasen sus resoluciones. La censura pública llegó á tal extremo que recitando un actor en el teatro este verso:

Solo por nuestro mal se ha hecho grande,
el auditorio lo aplaudió escesivamente, lo aplicó á Pompeyo y lo hizo repetir muchas veces.

Los triunviros, como casi todos los gobernantes, acusaron á sus enemigos mas bien que á sus propias faltas del descrédito de su administracion, y lo atribuyeron á la oposicion y á las chanzas de Ciceron. Este orador en uno de sus discursos habló con veemencia contra César. El cónsul resolvió vengarse, y tomó por instrumento á aquel mismo Clodio que habia mancillado tan cruelmente la reputacion de Pompeya. Reconcilióse con el hombre enemigo de su honor, para atacar al que lo era de su autoridad, empleó todo su crédito á fin de que fuese nombrado tribuno de la plebe, é incitó á Vetio, su antiguo acusador, á que indispusiese á Pompeyo con Ciceron, acusando á este de haber querido asesinar á aquel triunviro. La elocuencia de Ciceron triunfó de la calumnia: Vetio fué puesto en la cárcel, y César temeroso de su indiscrecion, le hizo aogar en ella. (Año de Roma 695.)

GOBIERNO DE CÉSAR EN LAS GALIAS.—(A. M. 3914.—A. C. 60.) Antes de salir para las Galias, ganó César á los cónsules designados para sucederle, á Gabinio con promesas, y á Lucio Pison casando con su hija Calpurnia. Tomó las medidas necesarias

para alejar de Roma á Ciceron y á Caton, que eran los mas firmes apoyos del partido republicano. El tribuno Clodio, encargado de esta odiosa comision, sedujo la muchedumbre, mandando por una ley distribuirle gratuitamente el trigo que antes se le daba á precio muy bajo, restableciendo las corporaciones de artesanos que el senado habia disuelto como peligrosas, disminuyendo la autoridad de los censores, y aumentando la libertad de las asambleas populares. Dispuestos los ánimos en su favor por medio de estas resoluciones agradables al pueblo, propuso la ley destinada á dar el golpe decisivo que meditaba. En ella se condenaba al destierro á todo el que hubiese hecho morir á un ciudadano sin formarle causa. Así atacaba directamente á Ciceron, el cual se vistió de luto, igualmente que todo el senado y veinte mil caballeros, manifestando con este traje lúgubre la consternacion que les causaba el riesgo del salvador de Roma y padre de la patria, acometido por un tribuno faccioso.

Este luto hubiera despertado la virtud en la antigua república, pero en la época de su corrupcion el enojo era mas útil que el dolor, porque este es el

lenguaje de los vencidos, y los malos no cedan sino á la fuerza.

DESTIERRO DE CICERON.—Los cónsules, que favorecian el proyecto de los tribunos, mandaron á los senadores dejar el luto. Clodio arma la plebe y se apodera de la plaza. Aun quedaba á Ciceron el recurso de oponer el valor á la violencia y tomar las armas contra sus enemigos; pues los senadores, patricios, caballeros y todos los hombres virtuosos de Roma se mostraban dispuestos á sostenerle. Es verdad que no le hubiera bastado un solo triunfo, como decia Clodio, y despues de haberechado al tribuno del foro hubiera tenido que vencer á César, que estaba aun á las puertas de Roma con sus legiones. Ciceron era mas elocuente que audaz: ya fuese por el temor que le inspiraba César, ya porque su virtud no le permitia dar por su interés privado la señal de la guerra civil, dejó el campo libre á los sediciosos y se retiró de Roma.

Su partido se desanimó, y los facciosos aumentaron su arder y confianza: Clodio dió un edicto para confiscar los bienes de Ciceron, que fueron vendidos á subasta, y robadas sus casas de la ciudad y del campo. Virjilio,

TOMO IX.

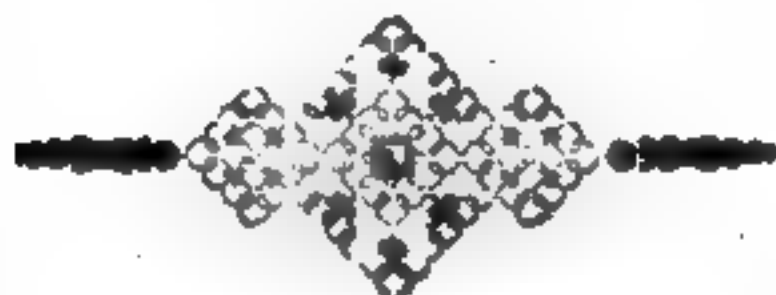
antiguo amigo suyo, que era pretor de Sicilia, se negó á recibirla en aquella isla, y no encontró asilo sino en Tesalónica, ciudad de Macedonia.

Clodio, para premiar á los cónsules el haber abandonado infamemente al libertador de Roma, hizo que se asignase á Gabinio la provincia de Siria, y á Pison la de Macedonia. Obligó finalmente á Caton á salir de Italia por la comision que le dió el pueblo de reducir á provincia romana la isla de Chipre, donde reinaba á la sazón el hermano de Ptolemeo Auletes.

La república fundaba sus pretensiones sobre aquella isla en el testamento de Ptolemeo Alejandro, que al principio no quiso aceptar. El rey de Chipre, no pudiendo defender su trono, y no queriendo sobrevivir á su dignidad, se dió la muerte. Aunque la comision era tan odiosa, Caton sacó de ella la gloria del desinterés, muy rara en aquella época, pues nada se apropió de las inmensas riquezas que halló en Chipre, y las envió todas al tesoro público. Sin embargo, el pueblo romano no apreciaba ya estas virtudes; solo premiaba la opulencia mal adquirida con tal que contribuyese á sus placeres. En aquel siglo se vió al edil

Scauro costear trescientas sesenta columnas de mármol, otras tantas de cristal, é igual número de madera dorada para un teatro que no duró mas que un mes, y colocó entre las columnas tres mil estatuas de bronce y mas de diez mil cuadros. Curion, otro edil, construyó dos teatros mo-

vibles, de madera, unidos por la espalda, y que jiraban sobre diversos ejes, de manera que los espectadores, sin levantarse, pasaban de la escena en que habian visto representar una tragedia al anfiteatro donde peleaban los gladiadores.



CAPITULO XIII.

Partida de César para las Galias.—Guerra de los helvecios y batalla de Bibracte.—Derrota y retirada de los helvecios.—Guerra con los galos.—Guerra con Ariovisto, rey de los suevos.—Desaliento del ejército de César.—Arenga de César á sus oficiales.—Victoria de César contra los galos.—Vuelta de Ciceron á Roma.—Guerra con los belgas.—Guerra con los venetos.—Llegada de Marco Antonio cerca de César.—Guerra con los germanos y britanos.—Guerra con los treviros.—Guerra de Verctujetorix.—Sumision de los galos.—Victoria de Ciceron sobre los partos.—Arenga de César á sus soldados.—Guerra civil entre César y Pompeyo.—Paso del Rubicon.—Sitio y rendicion de Marsella.—Peligro de César.—Batalla de Dirraquio y Farsalia.—Batalla de Zela.—Guerra de Africa y batalla de Tapso.—Muerte de Caton.—Guerra de España y batalla de Munda.—Fin de la carrera militar de César.—Conjuracion contra César.—Valor de Porcia, mujer de Bruto.—Conjurados.—Ejecucion de la conjuracion.—Muerte de César.—Turbacion en Roma.—Retrato de César.

PARTIDA DE CÉSAR PARA LAS GALIAS.—César, libre de Caton y de Ciceron, dueño del ánimo de Pompeyo por la influencia de su hija, y temiendo poco á Craso, cuya ambicion estaba contenta cuando se satisfacía su avaricia, partió en fin á las Galias con su ejército. Sabia que Sylla no se habia hecho dueño de la república hasta que venció á Mitridates, y habia visto á Pompeyo cuando volvió de Oriente árbitro de la autoridad suprema si se hubiese atrevido á ella. Menos imprudente que el uno

y menos tímido que el otro, determinado á seguir sus pasos y á superarlos, concibió el vasto designio de subyugar la Galia, estorizar la Germania, fijar los estandartes romanos en la Britannia, volver á Italia al frente de su ejército victorioso, y fundar un trono sólido sobre las ruinas de la república.

Los galos, terror en otro tiempo de Roma, eran tenidos por los mas valientes de los bárbaros. Dueños del norte de Italia se habian derramado como un torrente en Grecia, Germania y

:

Asia. Siendo mas fuertes que los romanos por su constitucion física y su número, hubieran conquistado el mundo en menos tiempo, á haber tenido un solo jefe y formado un solo cuerpo de nacion. Pero divididos en tantos reinos ó repúblicas pequeñas como ciudades habia en el pais, no pudieron seguir un plan regular para el ataque ó la defensa. Sus diversas confederaciones, envidiosas unas de otras se hacian la guerra con frecuencia. Pronto perdieron sus conquistas: Roma subyugó ■ Galia Cisalpina, y poco despues la Narbonense. La fertilidad del suelo, el aumento de las ciudades y la vecindad de los romanos alteraron sus costumbres. Los galos se afeminaron civilizándose: y el amor de los placeres, y el hábito del lujo y del comercio extinguieron poco á poco la pasion de la guerra, que habia sido dominante por tantos siglos. Todavía eran valientes: mas no tenian el mismo ardor en la victoria, ni la misma constancia en los reveses; y así se vió que los germanos, subyugados antiguamente por ellos, se hicieron temibles á la Galia, ■ invadieron en diferentes ocasiones, y sometieron á tributo muchos de sus pueblos.

Si César no hubiese conocido esta grande alteracion en las costumbres y fuerzas de los galos, no habria podido sin nota de temeridad tener esperanzas de conquistar con cuatro legiones un pais tan estenso y helicoso. César poseía el jenio del poder, y sus miradas alcanzaban mas que las de sus contemporáneos: previó pues á cuánto alcanzaban la audácia y la disciplina contra pueblos valientes, pero sin constancia ni union, y con asombro del mundo con solo treinta mil hombres sometió en ocho años á los fieros descendientes de aquel Brenno, cuya espada era temida aun en el Capitolio.

Esta famosa expedicion comenzó el año 694 de Roma. El mismo César dice en sus comentarios, que la Galia estaba entonces dividida en tres partes principales, la Céltica, la Aquitania y la Béljica. Los romanos daban el nombre de galos á los habitantes de la Céltica. Los rios Matrona y Secuana separaban esta provincia de la Béljica, y el Garumna (Garona) servia de límites entre la Céltica y la Aquitania. Los mas valientes de todos los enemigos con quienes César peleó eran los belgas y los helvecios, llamados ahora suizos.

Estos pueblos, que casi desconocían el comercio, estaban agguerridos por sus continuas li-des con los jermanos.

GUERRA DE LOS HELVECIOS Y BATALLA DE BIRRACTE.—(A. M. 3946.—A. C. 58.) La ambición de un noble helvecio dió á César la primer ocasión para la guerra. Orjetórix sabia que sus compatriotas, descontentos de verse encerrados entre los límites estrechos del Rin y del Jura, desenhán buscar otra patria en un clima mas suave, y en un país mas fértil y estendido. Quiso pues valerse de estas disposiciones para subir al trono, persuadido de que un pueblo que emigra necesita de un jefe para que su invasion tenga feliz écsito. Inflamando los deseos de sus compatriotas, y mostrando mucho zelo por el logro de su proyecto, solicitó la alianza de los secuános (habitantes del Franco-Condado) y de los eduos (*borgoñones*). Los agentes encargados de esta negociacion no disimularon las esperanzas de reinar que tenia Orjetórix, y prometieron que repartiria con sus nuevos aliados el imperio de las Galias. Estas intrigas se descubrieron: los helvecios sublevados citan en juicio á aquel ambicioso, que reusa comparecer

y arma sus parciales; pero viendo que sus fuerzas eran cortas se dá la muerte.

Su proyecto de emigracion le sobrevivió, y los helvecios quemaron sus doce ciudades y sus cuatrocientas aldeas, y resolvieron penetrar en las Galias. El camino directo al país de los secuános, tenia un desfiladero muy estrecho entre el Ródano y el Jura: y como el puente de Jeneva (*Jinebra*) les pertenecia, prefirieron atravesar la provincia romana, mucho mas teniendo la esperanza de que se les reuniesen los alobrojes. César, informado de sus designios, los impidió con su celeridad: caminando á marchas dobles llegó á Jeneva, rompió el puente que los enemigos creian poder pasar sin dificultades, y mandó alistar la juventud de la provincia romana.

Los helvecios, asombrados de su aparicion imprevista, le enviaron diputados para pedirle el permiso de pasar por su territorio. César no queria concederlo; pero no teniendo aun bastantes fuerzas reunidas para pelear, les dijo que dentro de un mes les responderia, y se aprovechó de la dilacion para construir un grande atrincheramiento desde el lago Lemán hasta el monte Jura. Colocó en él las tropas re-

cien alistadas, y negó el paso á los helvecios. Estos se dirigieron al país de los secuanos, que les permitieron pasar por sus fronteras. Pusiéronse en marcha con la intencion de atravesar toda la Galia y establecerse por las costas del Océano en el país que hoy se llama *Saintonje*.

César, informado de sus movimientos, encargó á Labieno la defensa de los atrincheramientos y pasó á Italia, donde tomó tres de sus legiones, levantó otras dos, volvió á pasar los Alpes, venció á los montañeses que se le opusieron, y llegó al país de los secuanos (*Leonesado*), primer pueblo galo que estaba fuera de los límites del imperio.

Allí recibió las quejas de los eduos, cuyo país talaba ya la vanguardia de los helvecios. César marchó á socorrer este pueblo, antiguo aliado de Roma, alcanzó á los enemigos en las riberas del Arar (*Saona*), y cuando las tres cuartas partes del ejército helvecio lo habían pasado, ataca y destruye su retaguardia, y echa un puente sobre aquel río.

Los helvecios, mas sorprendidos que desanimados por este revés, le propusieron altaneramente la paz, amenazándole si la reusaba, con la suerte de Casio,

que en otro tiempo había sido derrotado y muerto por ellos. César les respondió que no conocía el miedo, principalmente cuando tenía la justicia de su parte: que sin embargo les concedería la paz si daban rehenes. Divicon, jeneral de los enemigos, le respondió que los helvecios tenían la costumbre de recibirlos y no de darlos.

Rompióse la conferencia: los bárbaros se alejaron del río, y aunque César quería seguirlos, se hallaba sin víveres. Admirado de ver que no se realizaban las promesas de los eduos, siendo así que habían implorado su socorro ó prometido la subsistencia, supo de Diviciaco, hombre principal de aquel país, en cuya adhesion confiaba, que los eduos estaban divididos en dos facciones, y que era jefe de la favorable á los helvecios su hermano Dumnorix, con la esperanza de usurpar la soberanía.

César, sin perder tiempo, hace venir á Dumnorix á su provincia, lo reprende, le perdona en consideracion á su hermano, mas no sin observar su conducta. Frustrada esta conjuracion, llegaron los víveres, y el ejército romano en una marcha rápida se puso en presencia del enemigo, que estaba acampado al

pie de una altura á dos jornadas de Bibracte (Autun). César reconoció su posición, y envió secretamente á Labieno para que rodease la montaña y se apostase en su cima. Hizo después un movimiento para acercarse á sus almacenes: los enemigos, creyendo que huía, salieron de su campamento con tanto ardor como confianza, y se arrojaron sobre los romanos. Eran intrépidos, muy superiores en número y estaban alentados por las victorias que habían conseguido. El éxito de esta batalla podía decidir toda la Galia en favor de los helvecios, destruir la fama de César y derribar en sus principios el edificio de su ambición.

César conoció que aquel momento y aquella primera acción eran decisivos para él. Comunicando á sus tropas la pasión que le agitaba, mandó á todos los oficiales que desmontasen, fué el primero en dar el ejemplo, mostrando que estaba resuelto á convertir el campo de Bibracte en teatro de su primer victoria ó á perecer.

DERROTA Y RETIRADA DE LOS HELVECIOS.—Las legiones atacan de frente al enemigo con impetuosidad y penetran en sus masas; pero la reserva de los helvecios acomete el flanco de los ro-

manos, restablece el combate y balancea la victoria. Entonces baja Labieno de la montaña y ataca á los enemigos, que le resistieron ostinadamente desde la una de la tarde hasta el anochecer. Ninguno de ellos volvió la espalda á los romanos ni aun en la retirada: pelearon hasta en medio de sus bagajes; y después que estos fueron tomados y el campamento quedó en poder del enemigo, se retiraron en número de ciento treinta mil hombres al país de los lingones (territorio de Langres).

Entre los prisioneros había un hijo y una hija de Orjetórix. César prohibió á los lingones conceder asilo á los vencidos. Después de enterrar los cadáveres y dar orden para la curación de los heridos, persiguió al enemigo, le alcanzó á pocas marchas, le cortó la retirada y lo obligó á implorar su clemencia. Celebróse una tregua, y los romanos pidieron rehenes. Durante la negociación, seis mil hombres del Canton de Urbijena (Berna) se escaparon dirigiéndose á la Germania. César mandó á las ciudades del tránsito que los detuviesen, como en efecto lo hicieron y se los enviaron. Redújolos á la condición de esclavos é hizo la paz con los helvecios. Eran trescientos

los sesenta y ocho mil cuando salieron de su patria, entre ellos noventa y dos mil capaces de tomar las armas: solo volvieron once mil: los demás perecieron, á escepcion de veinte mil boyos, á quienes César permitió incorporarse con los eduos y establecerse en su territorio.

GUERRA CON LOS GALOS.—Los galos tenían mas miedo á la dominacion de los romanos que á la invasion de los helvecios; pero la victoria les hizo mudar de opinion, como siempre sucede: el temor se convirtió en lisonja, y el odio se puso en máscara de la amistad. Todos los jefes de la Galia Céltica vinieron á felicitar á César por su triunfo. El jeneral romano no se adormeció con este incienso, como los hombres vulgares, sino que se aprovechó de él con desconfianza. Mas bien esperaba el logro de sus planes de la rivalidad de los pueblos galos que de su afecto. En una conferencia secreta que tuvo con Diviciaco, se informó del verdadero estado de los negocios políticos en aquel pais. Habia mucho tiempo que los eduos disputaban el imperio con los arvernos (los de Auvernia). Estos, muchas veces vencidos, hicieron alianza con los secuanos y llamaron á los jermanos en su socorro, sacrificando

el interés jeneral al privado y entregando la patria al yugo extranjero. Los jermanos pasaron el Rin solo en número de quince mil hombres: mas se le reunieron en breve doce mil de sus compatriotas. Los eduos se resistieron valerosamente; pero habiendo perdido una gran batalla en que perecieron sus senadores y nobleza, y la mayor parte de su caballería y la de sus aliados, se sometieron, dieron rehenes y siendo el primer pueblo de la Galia, descendieron á la ignominia de pagar tributo á los extranjeros. Sin embargo, su desgracia no merecida, era nada en comparacion de la de los secuanos, y los vencedores envidiaban la suerte de los vencidos. Ariovisto, rey de los jermanos, era mas bien opresor que aliado de aquel pueblo. Llamados por ellos á la Galia se habia hecho dueño del pais, tomado la tercera parte de sus tierras, y acababa de distribuir las á venticuatro mil barudes (habitantes de Constantza).

Estos bárbaros cometian con los secuanos las mayores crueldades; y para tenerlos sometidos, guardaban como rehenes los hijos de las familias mas distinguidas. «Solo yo, decia Diviciaco, he recusado al tirano de

«mi patria el juramento que ha
«hecho á los eduos y á los se-
«cuanos. Pedí á Roma socorros
«que no pude lograr. En breve
«se arrojaron sobre las Galias
«todos los pueblos de la Jerna-
«nia. Tú solo, ó César, puedes
«salvarnos; pero estamos per-
«didos si Ariovisto llega á saber
«esta negociacion. Nosotros po-
«dríamos libertarnos abando-
«nando nuestros hogares; pero
«los secuános no tienen este re-
«curso: están en poder de Ario-
«visto, y los esterminará al mo-
«mento que sepa que implora-
«mos tu auxilio.»

GUERRA CON ARIOVISTO REY DE
LOS SUEVOS.—(A. M. 3947.— A.
C. 57.) César, habiendo tomado
informes de los diputados secu-
ános, cuyas lágrimas y vergüenza
confirmaron demasiado la narra-
cion de Diviciaco, prometió li-
bertarlos del yugo.

Era muy importante para Ro-
ma impedir que los germanos se
estableciesen en las Galias, de
donde podrian pasar á la pro-
vincia Narbonense, atravesar los
Alpes y renovar en Italia el te-
rror y los estragos que causaron
los cimbros y teutones en otro
tiempo. César previó ó impidió
estas desgracias, que cinco siglos
despues cayeron sobre el impe-
rio romano y lo arruinaron.

TOMO IX.

Determinado á arrojar á los
bárbaros al otro lado del Rin, en-
vió embajadores á Ariovisto pa-
ra pedirle una conferencia. El
rey de los suevos respondió con
altivez y grosería, que si César
tenia necesidad de él, viniese á
hablarle. El romano le escribió
que si queria conservar la alian-
za con la república, dejase de
traer germanos á la Galia, res-
tituyese á los secuános su inde-
pendencia y á los eduos sus ree-
nes, y no cometiese ostilidades
contra ellos: y que si no, como
el senado y el pueblo romano
habian mandado á los goberna-
dores de la Narbonense, en el
consulado de Mesala y Pison,
protejer á los eduos y á sus alia-
dos, se veria en la obligacion
de vengar con las armas las in-
jurias de estos pueblos.

Ariovisto replicó que en to-
dos tiempos habia sido derecho
del vencedor dictar leyes á los
vencidos, y que los romanos ha-
bian usado de este derecho cons-
tante y ámpliamente. «Los e-
«duos, añadió, quisieron espe-
«rimentar la fortuna de la gue-
«rra, fueron derrotados y some-
«tidos á un tributo justo. Si
«quieren pagarlo, vivirán en paz:
«si no, los castigaré. Tus amena-
«zas no me espantan: todos los
«que han tenido la osadía de

«acometerme, se han arrepentido despues, y aprenderás á tu costa lo que puede un pueblo que nunca ha sufrido derrotas, y que de catorce años á esta parte no duerme sino en los campamentos.»

En el momento de recibir esta carta supo César que los habitantes de cien cantones nuevos habian pasado el Rin, llamados por Ariovisto. Esta noticia le obligó á acelerar su marcha, y temiendo que los bárbaros se hiciesen dueños de Vesoncio (Besanzon), se apresuró á apoderarse de esta posicion que era muy fuerte.

Creía que el ardor de las legiones seria igual al suyo; pero como los mercaderes y viajeros que llegaban á su campo, hacian descripciones escarajadas del valor, la fuerza, la estatura gigantesca y las terribles miradas de los jermanos, desmayó un poco el valor de las legiones, y esta primer debilidad acabó en un terror pánico. Los prefectos, senadores y caballeros, que estaban poco acostumbrados á la guerra y que no habian seguido á César sino por amistad, se despiden y retiran con diversos pretextos. Los oficiales se esconden en sus tiendas: resuenan quejas y jemidos en los reales:

los soldados, creyendo cierta su perdicion, hacen testamento: los que por el pundonor disimulaban su miedo, hablan de la dificultad de los caminos y aspreza de los bosques: en fin, llegó el caso de decir á las claras que si el jeneral daba órden de seguir adelante, no le obedecian.

ARENGA DE CESAR A SUS OFICIALES.—César, que en medio de aquella muchedumbre amedrentada, era el único que no temia, reúne los oficiales de las legiones y les dice: «En mi consuiado solicitó Ariovisto la amistad de Roma: yo creo que lo pensará bien antes de renunciar á ella. Y si es bastante insensato para arrostrar nuestro poder ¿qué temeis? ¿No conoceis este enemigo? ¿dudais de vuestro valor y del mio? ¿valeis menos que vuestros antepasados, ó me teneis en menos que á Mario? Los cimbro y teutones han huido de los romanos: los helvecios, que acabais de vencer, han derrotado á esos mismos jermanos que temeis ahora. Ariovisto no se atrevia á pelear con los eduos y reusó largo tiempo la batalla: si despues los venció, fué por sorpresa y á traicion. No hay que temer la falta de víveres, porque los

»he reunido en abundancia. La
»dificultad de los caminos es
»menor de lo que creéis, segun
»consta de los reconocimientos
»que he mandado hacer.»

«Pero se habla de desobedien-
»cia y de no seguir adelante.
»No puedo creer tal infamia:
»ningun jeneral romano ha su-
»frido la injuria de ser desobe-
»decido á no haberse granjeado
»el odio de las tropas por su ava-
»ricia, ó el desprecio por sus de-
»rrotas. En fin, yo no pensaba
»marchar ahora; pero vuestras
»murmuraciones me obligan á
»salir mañana antes del alba:
»quiero ver prontamente si el
»deber es mas fuerte que el
»miedo. Si algunos reusan se-
»guirme, estoy cierto que la le-
»jion décima no me abandonará
»en ningun caso: ella será mi
»coorte pretoria, y con tales sol-
»dados acometeré sin temor y
»venceré á los enemigos.»

La firmeza de su ademan, el
ardor de sus miradas y la osa-
dia de sus palabras, causaron en
los ánimos una pronta revolu-
cion. La tristeza de los soldados
se disipa: la alegría y la espe-
ranza brillan en sus rostros: y
los que antes solo vian el miedo
de la muerte, piden ya la gue-
rra y la victoria. Los tribunos
de la lejion décima dan gracias

á César por su confianza, y le
prometen ser siempre suyos.
Las demás lejiones le envian sus
oficiales por diputados para ju-
rarle que le seguirán adonde
quiera. César, habiendo reani-
mado así el valor de su ejército,
sale de su campo y se acerca á
Ariovisto, que le propone una
conferencia, y para engañarle
esigió que no fuesen á ella si-
no con una escolta de caballería.
César sospechó el lazo y mandó
á algunos soldados de la décima
lejion, que montasen los caba-
llos de la escolta, por lo cual di-
jo uno de los lejionarios: «César
»nos dá mas de lo que ofreció;
»pues que segun su promesa de-
»bia hacernos pretorianos, y nos
»hace caballeros.»

Las dos escoltas se detuvieron
á doscientos pasos de un cerrillo
donde habia de celebrarse la
conferencia. César recordó al
rey su tratado con Roma, y la
obligacion que tenia la repúbli-
ca de defender á los eduos.

Ariovisto respondió que él no
habia pasado á las Galias sino
llamado por los galos: que des-
pues, habiéndose reunido todos
contra sus jermanos, los habia
vencido: y que el tributo im-
puesto era consecuencia lejíti-
ma de su victoria. «Los romanos,
»dijo, no han sostenido á los e-

«duos contra los secuanos; ¿por
 «qué estarían obligados á defen-
 «derlos contra mí? Yo sospecho
 «que no has tomado las armas si-
 «no para hacerte dueño de las Ga-
 «lias, y estoy resuelto á oponerme
 «á ello. Si en esta guerra te qui-
 «to la vida, te prevengo que daré
 «mucho placer á personajes muy
 «ilustres de Roma que me han in-
 «citado con sus cartas á pelear
 «contra tí: pero en lugar de ha-
 «cernos daño, unamos nuestros
 «intereses. Si me dejas libre en
 «mis conquistas, te prometo fa-
 «vorecer tus designios con todo
 «mi poder.»

César comenzaba á replicarle que no había razón para que las Galias fuesen mas bien de los suevos que de los romanos, cuando vinieron á avisarle que la caballería enemiga avanzaba, decía insultos á la suya y le tiraba piedras. César interrumpió la conferencia, y se retiró prohibiendo á los romanos las represalias, queriendo probar así su buena fé, y culpar á Ariovisto por la infracción de la tregua. Una conducta tan pérfida redobló el ardor de los romanos contra los bárbaros. César sabía que los suevos eran superiores en los combates de tropas ligeras, porque llevaban junto á los caballos infantes ágiles que lanza-

ban dardos, mientras los jinetes acometían y protegían á estos con sus escudos y espadas si se hallaban en aprieto. Y así, en lugar de comprometer sus tropas en escaramuzas, atrincheró su campo á vista del enemigo, y le presentó la batalla. Ariovisto no la aceptó, y se mantuvo encerrado en sus tiendas. Los espías de César le explicaron la causa de aquella contempORIZACION. Los jermanos creían en los hechizos y sortilejos, pensaban que las mujeres adivinaban lo futuro, y tenían sus palabras por oráculos. Ariovisto las había consultado, y su respuesta fué que no esperase la victoria si peleaba antes del novilunio.

VICTORIA DE CÉSAR CONTRA LOS GALOS.—César, conociendo cuánto podía valerle esta superstición, atacó el campamento enemigo, y arrojó de él á los bárbaros. Desbarató con el ala que mandaba, la izquierda de Ariovisto; pero la derecha penetró en las filas romanas. El joven Publio Craso, que mandaba la caballería, hizo avanzar la tercer línea, y restableció el combate. El enemigo derrotado huyó por todas partes, y no se detuvo sino en las orillas del Rin. Ariovisto atravesó el río con

muy pocos á nado y en bateles: los demás se ahogaron ó fueron degollados por los romanos. Una de las hijas del rey y dos de sus mujeres, perecieron en el combate: otra hija quedó prisionera. César halló á algunos de sus diputados que el rey bárbaro habia puesto en prisiones. Procilo, uno de ellos, habia visto tres veces echar la suerte para saber si le quemarian antes ó despues de los otros cautivos.

La derrota de Ariovisto difundió el terror entre los suevos, y pasaron con prontitud al oriente del Rin.

Habiendo César terminado con tanta felicidad dos guerras en una sola campaña, dió á sus legiones cuarteles de invierno en el pais de los secuanos, y volvió á la Galia Cisalpina para presidir sus asambleas. Tan profundo político como sabio jeneral, se establecia todos los inviernos en aquella provincia, desde la cual estaba en correspondencia con su ejército, gobernaba las Galias, y contenia á sus enemigos de Roma.

VUELTA DE CICERON A ROMA.— Lejos de esta ciudad solamente, eran dignos de admiracion los romanos de aquel tiempo. Mientras que la república plantaba sus águilas en las riberas del

Rin, la tristeza y la confusion reinaban en la capital del mundo. El senado, creyendo con razon que el destierro de Ciceron era el de la libertad, decidió solemnemente que hasta que fuese restituído no deliberaria sobre ningun asunto. Este senatoconsulto detuvo el movimiento de la administracion, y la Italia pidió la vuelta del libertador de la patria. Mientras mas se declaraba la opinion pública contra los facciosos, mas crecia la insolencia de Clodio. Habia triunfado de la justicia y la virtud; pero fué vencido por la fuerza y la ambicion. Cometió la imprudencia de ultrajar en una oracion á Pompeyo, cuyos numerosos amigos aumentando el partido de Ciceron, le dieron la superioridad en las tribus. El senado, viendo propicia la ocasion, dió el decreto para restituir á aquel ilustre desterrado, y el pueblo lo confirmó á pesar de los esfuerzos de Clodio, que procuró en vano oponer la violencia á la justicia.

La vuelta de Ciceron fué un verdadero triunfo: recibió diputaciones de todas las ciudades de Italia, que hicieron solemnes acciones de gracias á las deidades: se celebraron fiestas en su honor: el senado y el pueblo sa-

lieron de la ciudad á recibirle, y como él mismo dice: «Pareció que Roma se arrancaba de sus cimientos para abrazar á su libertador.» Basta á la virtud un día semejante para pagarle un siglo de infortunio.

Se le volvieron sus bienes, y se reedificó su casa á costa de la república. Ciceron, menos irritado de la injuria que reconocido al beneficio, ó quizá dejándose llevar demasiado de la gratitud, inseparable compañera de la onradez, en la primer ocasion que habló en el senado, hizo que se concediese á Pompeyo por cinco años la superintendencia de los víveres, con un poder sin límites en todos los puertos y costas del imperio.

Este exceso descontentó á los republicanos, y dió motivo á las primeras quejas de César. La guerra con los piratas de Cilicia no justificaba ya la concesion de un poder tan estenso, y la carestía momentánea producida por la negligencia de la administracion, no era causa suficiente para colocar á un hombre sobre las leyes. Este mismo año, 696 de Roma, murió Lúculo: su gloria y aun su razon, se habian eclipsado mucho tiempo antes.

GUERRA CON LOS BELGAS.—(A. M. 3948.—A. C. 56.) César no

tuvo lugar de observar por mucho tiempo los progresos rápidos de la autoridad de su coléga. La derrota de Ariovisto y el temor de la ambicion romana, que estendia ya su poder en las Galias desde Masilia hasta las riberas del Rin y las fuentes del Saona, inquietaron á los pueblos de la Béljica. Germanos de orijen, bellicosos é independientes, resolvieron vengar á los suevos y libertar á los galos de la dominacion de Roma. César no podia oponerles mas que ocho legiones: pero sabia que la constancia romana lucharía ventajosamente contra el valor indisciplinado y la índole móvil de sus enemigos. Le hemos seguido paso á paso en su primer campaña para dar á conocer su carácter, su modo de hacer la guerra, sus recursos, y el país que se proponia conquistar: en lo sucesivo describiremos con mas rapidez el curso de sus brillantes expediciones. Los *Comentarios*, en que él mismo da cuenta circunstanciada de ellas, son bien conocidos de todos, y los jóvenes que se dediquen á la defensa de la patria, deben leerlos incesantemente para aprender el arte militar.

César no dejó á la liga que le amenazaba, tiempo para adquirir fuerzas: marchó con pronti-

tud al Axona (Aisne) con todas sus tropas, cuando los belgas se debilitaban separándose. En la primer batalla hizo gran destrozo en los enemigos, se apoderó de Remos (Reims) y Suessiones, (Soissons), de Belovaco (Beauvais) y Samarobriva (Amiens). Los servios, que habitaban las orillas del Escalda y del Sambra, reunidos á los atuates (del Artois), le dieron una batalla que fué sangrienta y disputada, y en la cual los romanos estuvieron en peligro inminente. César, viendo retroceder sus tropas, tomó el escudo de un soldado y se arrojó en medio de los enemigos: las legiones, avergonzadas de su cobardía, se precipitan detrás de él y logran la victoria.

Después atacó á los adnáticos (pueblos del Namur). El asombro que les causaban las máquinas de guerra que veían por la primera vez, los movió al principio á capitular; pero tan veloces para romper el tratado como para hacerlo, salen por la noche de sus murallas y caen súbitamente sobre los romanos. César remedia con celeridad el desorden que produjo este ataque, reúne sus coortes, desbarata al enemigo, se apodera de la ciudad, y vende como esclavos á todos sus habitantes.

Tanto se confiaba en su fortuna, en el poder de su nombre, en el terror que inspiraban sus victorias, y en la superioridad que la táctica romana, sus armas y el arte de los campamentos le daban sobre el valor fervoroso, pero desordenado de los galos, que en el momento que atacaba á los servios, los mas belicosos de sus enemigos, enviaba á sus lugartenientes con cuerpos de tropas poco numerosos á someter otras partes de la Galia. Publio Craso, hijo del triunviro, ocupó todas las costas de la Céltica que yacen entre el Secuana y el Ligeris (del Sena hasta el Loira).

Habiendo vencido César á los belgas, volvió, según su costumbre, á principios de invierno á la Galia Cisalpina. El senado mandó hacer por sus victorias *suplicaciones*, esto es, acciones solemnes de gracias, las cuales duraron quince días, mas tiempo que el de todas las que se habían celebrado hasta entonces.

Los triunviros creyeron necesario tener una conferencia para estrechar mas los lazos que los unían. César habló con Craso en Ravena, y con Pompeyo en Luca. Convinieron que se prorogaría otros cinco años el proconsulado de César en las

Galias, y que los otros dos triunviros serian cónsules.

Ciceron hubiera querido, y quizá debido, oponerse con los republicanos al triunvirato; pero su destierro habia abatido su valor, y aunque César fué promotor de aquella desgracia, se creyó obligado á elojiarle en la curia y á opinar por la prolongacion de su mando. El mismo se acusa de debilidad en sus cartas á Atico, y confiesa que «debía haber imitado á Filoxeno »volviendo á las canteras antes »que alabar los versos de Dionisio.»

GUERRA CON LOS VENETOS.—Una nueva confederacion se formó en la Galia Céllica contra Roma. Los venetos (habitantes de Vannes), pueblos de la Armórica (Bretaña), se unieron á los eburices (de Ebreux) y lexoblos (de Coutances y de Lisieux), y aun enviaron diputados á la Béljica, con la esperanza de sublevar todas las Galias por la causa sagrada de la independencia.

Los venetos, defendidos por el mar en el cual tenian una escuadra bien ejercitada, por lagunas casi impracticables ó por bosques densísimos, se creian invencibles; y así insultaron y maltrataron á los diputados romanos que fueron á pedirles víveres.

César marchó contra ellos. Halló grandes dificultades, no solo para vencerlos, sino aun para acercarse á sus pueblos. Ningun ostáculo fué capaz de detener su valor. Hizo construir bajeles, y por medio de sus máquinas abordó y quemó la escuadra enemiga. Los venetos, consternados por la ruina inesperada de sus fuerzas navales en las cuales tenian toda su confianza, capitularon y se rindieron. César, vengando sin medida ni piedad la injuria hecha á sus diputados, hizo degollar á todo el senado, y redujo á servidumbre la poblacion. Es difícil concebir, atendida esta accion, cómo los contemporáneos y aun los enemigos de César han preconizado su clemencia; pero los venetos no tenian entonces historiadores, y además muchas virtudes de los tiempos antiguos nos parecerán bárbaras en el dia.

Mientras Decio Bruto destruia la escuadra de los venetos, Titurio Sabino, lugarteniente de César, derrotó completamente los eburices y lexobios: y el jóven Craso conquistó con una sola legion toda la Aquitania, venciendo tantos pueblos armados como le rodeaban.

En esta época el famoso Marco Antonio echó en Egipto los

cimientos de su reputacion y fortuna. Siendo comandante de las tropas romanas de Siria bajo el procónsul Gabinio, restituyó la corona de Egipto á Ptolemeo Auletes, destronado por sus vasallos.

Habiendo adquirido inmensas riquezas, igualmente que su jefe, por el saqueo de ambos paises, consiguió sin embargo toda la gloria de la conquista, y el castigo de las concusiones cayó sobre Gabinio. Terminada esta guerra pasó á la Galia y siguió la suerte de César. Este no ignoraba que todos los pueblos setentrionales de aquel pais habian entrado en la liga de los venetos; pero el invierno se acercaba, y ocultó su resentimiento hasta la primavera.

TURBULENCIAS EN ROMA.—El senado de Roma hallaba mas difícil someter los enemigos interiores que los extranjeros. Cuando se iba á reedificar la casa de Ciceron, Clodio, apoyándose en una respuesta ambigua de los arúspices, se opuso al trabajo de los obreros, armó sus partidarios y marchó contra Ciceron. Milon y sus amigos le defendieron valerosamente y auyentaron á los facciosos. La libertad moribunda arrojaba aun algunas llamaradas, y los republicanos re-

unieron sus esfuerzos para disputar el consulado á Pompeyo y á Craso. Los comicios estuvieron tan alborotados, que fué preciso diferir la eleccion; pero despues de un corto interregno, el partido de los triunviros, valiéndose ya de la seducccion, ya de la violencia, logró un completo triunfo. Se negó á Caton la censura: Pompeyo y Craso fueron cónsules: el primero tuvo por provincia la España, que le habia prometido sus colégas, y Craso la Siria.

Entrambos labraron su propia ruina por caminos opuestos: Craso, hizo que se declarase contra los partos una guerra peligrosa é inútil, con la esperanza de adquirir en ella mucha fama y riquezas, y de volver á Italia mas poderoso y temible que Sylla: y Pompeyo, se quedó en Italia por el orgullo de dominarla y contento con la ausencia de sus rivales, prolongó el gobierno de César en las Galias. Por esta razon no se puso al frente de sus lejiones, segun la costumbre, sino encargó el ejército de su provincia á sus lugartenientes. Embriagado con omenajes engañosos, acostumbró los soldados á olvidarle, y se contentó con gozar en Roma la vana apariencia del poder, mientras

dejaba á César la realidad.

El consulado de los dos triunviros no fué notable sino por la mejor eleccion de los jueces y por una ley para refrenar las intrigas, que produjo sátiras contra los cónsules, infractores constantes de todas las leyes. El año concluyó, y al partir Craso al Oriente, los agoreros hicieron vanos esfuerzos para que renunciase á aquella empresa desastrosa, pronosticándole su ruina: se burló de sus amenazas y de las imprecaciones que el tribuno Ateyo Capiton pronunció públicamente contra él. En aquel siglo supersticioso un jeneral perdía la mayor parte de su fuerza, obligando á los soldados á pelear contra las órdenes supuestas del cielo.

GUERRA CONTRA LOS JERMANOS Y BRITANNOS.—(A. M. 3949.—A. C. 55.) Una nueva invasion de los usipios y teucteros, pueblos germanos arrojados por los suevos de su pais, obligó á César á marchar contra ellos el año 698 de Roma. Los germanos, apasionados á la guerra y á la libertad, conservaban todavia costumbres rudas y selváticas. De todas las artes de la civilizacion, la única en que habian hecho algunos progresos era la militar. César nos ha dado á cono-

cer, mejor que ningun otro historiador, á estos pueblos temibles destinados á fundar una nueva Europa sobre las ruinas del imperio romano.

En su tiempo los mas poderosos y guerreros de los germanos eran los suevos. Esta nacion estaba dividida en cien cantones, de los cuales cada uno daba mil hombres anualmente para lidiar con los pueblos vecinos. Los demás habitantes cultivaban la tierra y producian subsistencias para los ejércitos. Al año siguiente volvian los guerreros al arado, y los cultivadores tomaban las armas: y así conservaban perpetuamente los hábitos de los trabajos del campo y de las fatigas militares.

Estos pueblos desconocian la propiedad, primera base de la civilizacion. Todas las tierras de los suevos eran comunales. Consumian poco trigo: sus principales alimentos eran la leche y la carne de sus rebaños y de los animales muertos en la caza. La extrema libertad de que gozaban sus hijos, contribuia á su estatura prodijiosa y complecsion robusta. Bañábanse en los rios tanto en invierno como en verano: no conocian ni estufas ni termas: y á pesar del rigor del clima, solo llevaban vestidos de pieles, que

no alcanzaban á cubrirles todo el cuerpo.

Demasiado acostumbrados al saqueo para tener necesidad de comprar, no recibían á los mercaderes extranjeros sino para venderles el botín que habían adquirido en sus expediciones. Lejos de buscar, como los galos, los caballos de casta de otros países, solo se servían de los que habían nacido en sus bosques. A la verdad no eran notables ni por su estampa ni por su tamaño; pero el continuo ejercicio los endurecía para el trabajo y los hacía capaces de resistir á las mayores fatigas.

Los suevos que hacían á un mismo tiempo el servicio de infantería y de caballería, peleaban muchas veces á pie, y saltaban con ligereza en sus caballos cuando era menester perseguir al enemigo vencido, ó escaparse del vencedor con una pronta fuga. Los caballos estaban enseñados á esperarlos en el sitio donde los dejaban mientras combatían: montábanlos en pelo, y el uso de las sillas era para ellos un lujo vergonzoso. Fiados en su valor y en la ligereza de sus caballos, no dudaban atacar la caballería mas numerosa y mejor equipada. El vino les estaba prohibido severamente: creían que este licor

enervaba y afeminaba los hombres, y los hacía incapaces de sufrir las fatigas de la guerra.

Antes de penetrar en su territorio, era preciso atravesar países inhabitados y campos incultos de sesenta millas de estension. Pensaban que estos desiertos eran la prueba de que ningún pueblo vecino había podido resistir á sus armas, y las tristes soledades eran el monumento sombrío de su gloria selvática.

Los pueblos mas cercanos á los suevos eran los ubios (habitantes del territorio de Colonia) los mas ricos y poderosos de los germanos: ventaja debida á su posición en las orillas del Rin; que los había acostumbrado al comercio y á la vecindad de las Galias, cuyos usos adoptaron poco á poco. Los suevos, que guerreaban frecuentemente con ellos, no habían podido destruir su numerosa población, bien que los hubiesen debilitado y hecho tributarios.

Tales eran entonces los germanos, mucho mas temibles que los galos, si hemos de creer á César. Estos, mas civilizados, gustaban del lujo y de los placeres: eran valientes, pero ligeros, móviles, deseosos de mudanzas, y tan curiosos de noticias, que de-

tenían á los mercaderes y viajeros, los obligaban á responder á sus preguntas indiscretas, y muchas veces se decidían, en virtud de aquellas relaciones poco fidedignas, á las empresas mas arriesgadas.

DRUIDAS. — Los nobles y sacerdotes eran las dos clases mas ilustres de la nacion: los demás se miraban casi como esclavos. Los sacerdotes ó druidas, á un mismo tiempo lejisladores, pontífices y jueces, sacrificaban á los dioses víctimas humanas que comunmente se elegían de entre los criminales; pero si no los habia, no se escrupulizaba en inmolár inocentes. El arma mas terrible de los druidas era el anatema. El galo, sobre quien recaía, se hallaba aislado en el momento; sus amigos y parientes le huían: bastaba aprocsimarse á él para creerse mancillado. La clase de los druidas estaba presidida por un jefe, cuya residencia ordinaria era Carnuto. Adoraban casi los mismos dioses que los romanos; pero la deidad mas reverenciada era Mercurio. El culto de los druidas traía su origen de la Britannia: y así, en los negocios difíciles y de mucha importancia se consultaba á los sacerdotes de aquella isla. Los nobles gober-

naban las ciudades, mandaban los ejércitos y decidían en sus juntas todos los negocios. Los que poseían mas tierras y tenían mayor número de vasallos ó hombres adictos, que en algunas partes se llamaban *soldurios*, gozaban de mayor consideración, obtenían los cargos principales y á veces usurpaban la autoridad suprema.

Estos pueblos diferentes, mas ó menos republicanos ó monárquicos, formaban confederaciones que se estendían, estrechaban ó dividían segun el capricho inconstante de los jefes. Al contrario, los jermanos del tiempo de César, solo adoraban á los astros, montañas, rios y bosques; sus oráculos eran las mujeres, y no admitían diferencia de clases. Iguales entre sí, ejerciendo la ospitalidad con los viajeros, esentos de leyes y de necesidades, no reconocían jefe sino para pelear. En estos pueblos fieros y belicosos no habia mas regla que la igualdad, ni mas cetro que la espada.

César, informado de la invasion de los jermanos, reúne sus lejiones, marcha contra ellos, los derrota, hace pedazos á los teucteros y arroja á los demás al otro lado del Rin. Este rio no le detiene: en diez días construye

un puente inmenso, objeto de admiracion para los romanos y de espanto para los bárbaros. Pasa el Rin, penetra en Jermánia y asombra y dispersa aquellos pueblos selváticos, aterrados de ver en sus bosques las águilas romanas. Vuelve á la Galia, la atraviesa, junta un gran número de bajeles, pasa á la costa de Britannia, vence á sus habitantes, desconocidos hasta entonces á los romanos, los obliga á prometer reenes y se vuelve al continente sin poder continuar sus conquistas, porque una tempestad habia dispersado los buques que llevaban su caballería.

Así aumentaba César cada año su gloria, su riqueza y su autoridad. El partido republicano, mas receloso que contento por los triunfos de este jeneral, aprovechándose de su ausencia solicitaba despertar en el pueblo el amor casi estinguido de la libertad. Reuniendo, en fin, todas sus fuerzas, logró que se diese el consulado á Domicio Enobarbo y la pretura á Caton; pero además de los muchos partidarios que la gloria de César le adquiria en Roma, se temia al ejército de Craso, que podia volver con prontitud: y Pompeyo, aumentando su popularidad por

la abundancia de víveres que habia proporcionado á la capital, mandaba el ejército de España y además reunia cerca de Roma algunas lejiones; de modo que los repúblicanos, á pesar de los progresos que habian hecho en el espíritu del pueblo, se vieron obligados á la inaccion y no podian sacudir el yugo del triunvirato. La opinion estaba á favor de ellos, pero sus enemigos tenian la fuerza.

No tardó en saberse que Craso, despues de haber quitado á los partos muchas ciudades de Mesopotamia, las habia saqueado, y que de vuelta á Siria oprimia esta provincia con impuestos, robaba la Judea y se apoderaba del tesoro de Jurusalen. El esperaba conquistar el imperio á fuerza de oro: César se dirigia mas seguramente al mismo fin con la gloria y las armas.

Este guerrero infatigable pacificó el norte de la Galia, invadió segunda vez la Britannia, y sometió la parte meridional de esta isla. Casivelauno, rey del pais situado á orillas del Támesis á veinte leguas de la costa, fué el único que no le cedió la victoria sin haberle resistido obstinadamente. Las playas del mar eran habitadas por pueblos de orijen belga: cuando estos fue-

ron vencidos, los bárbaros del interior se sometieron á la dominacion romana, pagaron un tributo y dieron reenes. Esta conquista inútil aumentaba mas la gloria del vencedor que el imperio de Roma.

César, cuando volvió á las Galias, halló el pais desolado por una hambre espantosa que le obligó á dividir sus tropas para que encontrasen mas fácilmente subsistencias.

Ambiorix, rey de los eburones (habitantes de Lieja), aprovechándose de la diseminacion de las fuerzas romanas, marchó contra dos legiones mandadas por Sabino y Cotta. El primero, desalentado por este ataque imprevisto y resistiendo á los consejos prudentes y vigorosos de su compañero, se dejó engañar por los bárbaros y firmó una capitulacion insidiosa. Atacado en su marcha, y defendiéndose demasiado tarde, pereció víctima de su debilidad. Los bárbaros forzaron el campamento y destruyeron las dos legiones. Este triunfo reanimó el espíritu independiente de los galos y dispuso todos los pueblos á la insurreccion.

Quinto Ciceron, hermano del orador, fué atacado por una multitud de bárbaros alentados

por su primer victoria. Mas firme que Sabino se defendió con intrepidez; pero los soldados de la legion que mandaba, fatigados, heridos y sin viveres, se hallaban en el mayor apuro. Un galo del partido de los romanos atraviesa el campo enemigo, informa á César del peligro de Ciceron, y vuelve con la misma felicidad á anunciar á los sitiados la esperanza de un pronto socorro. César acude con siete mil hombres y acomete y destroza sesenta mil galos. Esta azaña espanta á los otros pueblos que estaban ya para sublevarse.

GUERRA CON LOS TREVIROS.—(A. M. 3951.—A. C. 53.) Entretanto los habitantes de Treviros, mandados por Induciomaro, tomaron las armas contra Roma. César los batió completamente, y se le trajo la cabeza del jeneral enemigo. La agitacion sorda que reinaba en las Galias no le permitió volver á Italia despues de esta campaña, y permaneció todo el invierno al frente de su ejército.

Los lazos que forma la ambicion no son duraderos. Pompeyo, aparentando favorecer el poder y cultivar la amistad de sus colégas, trataba de elevarse sobre ellos. Sus numerosos clien-

tes agitaban el pueblo con sus intrigas, y querian que se le nombrase dictador, á lo que se opuso vigorosamente el tribuno Quinto Mucio Scévola. Los partidarios de Pompeyo retardaban con sus manejos la eleccion de los cónsules, lo que ocasionó un interregno de muchos meses: hasta que en fin Cocyo Domicio Calvino y Marco Valerio Mesala, ganando al pueblo con sus liberalidades, obtuvieron, ó mas bien compraron, el consulado. Al mismo tiempo un gran desastre ponía fin al poder y á la avaricia de Craso. Siguiendo á unos guias pérfidos, fué atacado, vencido y muerto por los partos en los desiertos de Mesopotamia, no lejos de Cárras. Un estrago tan terrible hubiera puesto la Siria y el Asia menor en poder de los partos, sin la intrepidez de Casio, que salvó las reliquias del ejército.

César vengaba en el Occidente la ignominia que las armas romanas sufrieron en el Asia. Pidió refuerzos para reparar la pérdida del cuerpo de Sabino, y Pompeyo le envió tres legiones. Púsose en marcha desde la primavera al frente de sus tropas, y taló el pais de los nervios, que se disponia á la rebelion. Habiendo reunido despues en Lute-

cia (París) los diputados de las diferentes ciudades de la Galia, fué al pais de los senones, que no habian querido enviar diputado al congreso, los sorprendió con su ordinaria celeridad, los derrotó y obligó á su jefe Accon á dar reenes.

Los carnutos (territorio de Chartres) volvieron tambien á la obediencia. Subyugó rápidamente á los menapios, y uno de sus lugartenientes venció y sometió los treviros. Avisado de un nuevo armamento de los jermanos, cuyo socorro imploraban los pueblos nuevamente conquistados, pasó otra vez el Rin y obligó á los bárbaros á refugiarse al seno de sus bosques. Queriendo intimidarlos con un freno que no se atreviesen á romper, fortificó la cabeza del puente y puso guarnicion en ella. Taló despues el pais de los eburones, hizo matar á Accon, jefe de los senones, que se preparaba á rebelarse de nuevo, y creyendo la tranquilidad consolidada por estos escarmientos, volvió á pasar el invierno en Italia.

Cuando Roma era pobre y libre premiaba á los jenerales mas ilustres con una corona de encina ó de laurel; pero cuando fué poderosa y corrompida, se emplearon los despojos del enemi-

go en hacer coronas de oro que se regalaban á los vencedores. Julio César recibió mas de mil ochocientas. Lo que en tiempo de la república era un don voluntario ofrecido á la gloria, vino á ser en tiempo de los emperadores un impuesto ecijido por el orgullo y pagado por la servidumbre. La cadena que oprimió á la república fué de oro: cuando la riqueza de un pueblo es el fruto de su industria y de su comercio, favorece á la libertad y aumenta la independendia de los ciudadanos; pero cuando es el producto de las conquistas, su único resultado es dar á algunos ambiciosos la facilidad de adquirir clientes, pagar soldados con que oprimir al pueblo; y como entonces la riqueza llega á ser el único medio de consideracion y de autoridad, corrompe las costumbres públicas, y hace sacrificar á la avaricia todas las virtudes.

Los tiempos habian cambiado (1). El gran Pompeyo no se aplicaba ya á aumentar su gloria, única base del poder en los países gobernados por la opinion: y mientras César aumentaba incesantemente su fama en medio de las penalidades, los pe-

ligros y las victorias, su rival no pensaba mas que en estender su ilusoria potencia y en multiplicar las fruiciones de su vanidad.

Valiéndose de la anarquía ocasionada por las intrigas de los candidatos al consulado, consiguió que se le nombrase cónsul único; cosa inaudita hasta entonces, y lo que ■ difícil de creer, todos los senadores y hasta el severo Caton favorecieron esta infraccion de las leyes. No se puede explicar semejante deviancion de los principios republicanos, sino por el motivo siguiente: Pompeyo, sostenido por su alianza con César, el partido popular le habia dado una superioridad visible sobre el del senado; pero Craso, aliado de los dos, habia perecido en Asia, y Julia, mujer de Pompeyo, acababa de morir en Roma, estinguiéndose con ella el único lazo que ecsistia ya entre los dos rivales; y como Pompeyo conocia la imposibilidad de balancear en la plebe el valor del conquistador de las Galias, y sobre todo del hombre audaz que habia restituido las estatuas de Mario, no contenido ya por el imperio que su esposa tenia sobre su ánimo, pareció dispuesto á mudar de partido y á sostener contra el pueblo la causa de los

(1) 701.

ricos y de los grandes. El senado y el mismo Caton miraron la adquisicion de Pompeyo como la mas importante que entonces podian hacer. Desde aquel momento fué jefe de la aristocrácia, y en la apariencia defensor de la libertad: porque era evidente que César, mostrándose popular, aspiraba al poder absoluto.

Ciceron y sus amigos se unieron al partido de Pompeyo, aunque no se dejó engañar ni por su dulzura, ni por su amor fingido   la república. En una de sus cartas, hablando de estos dos célebres rivales que disputaban el imperio, dice: «El uno no puede sufrir superior: el otro ni igual: César quiere apoderarse del trono: Pompeyo, que se lo d .» El mismo Caton, deseng ado mas tarde, decia cuando comenzó la guerra civil: «Si triunfa Pompeyo me voy de Roma: si triunfa César me doy la muerte.» El consulado de Pompeyo fué abundante en turbulencias y facciones. Clodio trataba de sublevar el pueblo contra el cónsul único, á quien llamaba rey, y procuraba la muerte de Ciceron,   quien tenia un odio implacable. Milon, amigo del orador, encontró   aquel tribuno fac-

cioso en las cercanías de Roma: movi se una disputa entre los siervos de sus comitivas, y uno de los esclavos de Milon mató   Clodio. El pueblo citó en juicio   Milon y le condenó al destierro, á pesar de la elocuencia de su amigo, príncipe de los oradores romanos.

Tranquilizado Pompeyo con la muerte de Clodio, hizo mas  tima su alianza con los grandes, tomando por esposa   Cornelia, hija de Metélo Scipion y madre de Craso el jóven. En el tiempo que gobernó solo la república, hizo mudanzas útiles en las leyes y abrevió las formas de los procedimientos judiciales. En aquel momento todo parecia favorecer su ambicion y realizar sus esperanzas. El  nico rival que podia temer se hallaba entonces en un peligro tan grande, que tuvo necesidad de toda la fuerza de su jénio para triunfar de él.

GUERRA DE VERCINJETORIX.—(A. M. 3952.—A. C. 52.) César tenia que combatir contra pueblos unidos. Vercinjetorix, rey de los arvernos, que atribuia justamente las derrotas de los galos   su desunion, se mostró digno por su esfuerzo y habilidad, de luchar con el héroe de Roma. Envió diputados   todas

las ciudades de la Galla para conciliar sus desavenencias, y escitar los ánimos á hacer el último esfuerzo contra la dominacion romana. Sus enviados, inspirando el amor de la independencia, hicieron cesar las discordias: la Galla se sublevó, y todas las ciudades armaron sus guerreros y juraron tenerlos reunidos al principio de la primavera.

César, informado de sus proyectos, se anticipa sin temor del invierno, atraviesa los montes Cevennes, marcha directamente al centro de la rebellion, halla la Auvernia indefensa y la devasta. El príncipe galo, que se hallaba en el país de los biturijos (Berri) con su ejército, vuelve con prontitud al socorro de su territorio. César, no teniendo bastantes fuerzas que oponerle, corre á buscar las que internaban en el país de los lingones: habiéndose reunido con ellas marcha á Jenabo (Orleans), cuyos habitantes habian degollado la guarnicion romana. Apodérase de esta ciudad y la entrega á las llamas: pasa á los biturijos y toma á Avarico (Bourges). Un peligro mas inminente le llama á otra parte, porque los éduos, antiquísimos aliados de los romanos, se sublevan tambien; y convencido de la necesidad de un pronto escarmiento,

se reúne con Lavieno, su lugarteniente, que sitiaba entonces á Lutecia con cuatro legiones y marcha con él á Bibracte.

Vercinjetorix, nombrado jeneralísimo de los galos, habia seguido hasta entonces el plan mas sabio y mas funesto para los romanos. Los costeaba sin cesar por todas partes, evitando prudentemente toda accion jeneral: pero engañóse cuando vió á César evacuar el territorio de los biturijos, y creyendo que esta marcha era una huida, le persiguió y fué derrotado en una accion jeneral. Los restos de su ejército, que ascendian á ochenta mil hombres, se refugiaron á Alesia (Alize).

César le sitió en esta ciudad; pero como su prudencia se igualaba á su valor, previendo que el mismo podría ser atacado, no se contentó con rodear la plaza de atrincheramientos, sino además hizo construir una línea de contravalacion, defendida con fosos, empalizadas y hoyos con palos puntiagudos, que cubria el campamento por la parte exterior.

El suceso justificó su prevision: mas de un millon y cuatrocientos mil galos vinieron á forzar las líneas y no pudieron aproximarse á ellas. Sin embargo,

un cuerpo bárbaro de cincuenta mil guerreros escojidos atacó una colina que no se había podido fortificar á causa de su grande estension. César reúne sus mejores tropas, marcha contra ellos, y á pesar de su ostinada resistencia, destruyó una parte de aquel cuerpo y auyentó á los demás.

El ejército galo, desanimado por este revés, perdió la esperanza de librar á Alesia, y se dispersó. La ruina de la plaza fué el gran número de tropas que había en ella, para el cual no bastaban los víveres. Vercingetórix, no teniendo esperanza de socorro ni de subsistencias, entregó á los romanos la ciudad, el ejército y su persona.

César redujo á esclavitud al jeneral, á los oficiales y soldados, y á todos los habitantes de Alesia, y los repartió entre los legionarios. Despues de este ejemplo espantoso de severidad, perdonó á los arvernos y eduos, y se sirvió de ellos para reducir á la obediencia los demás pueblos; pero como creia mas bien cubierto que estinguido el fuego de la rebellion, pasó el invierno en las Galias.

SUMISION DE LOS GALOS. — Lo que había previsto sucedió. Los galos se sublevaron otra vez y

formaron el proyecto de no combatir en masa, sino en muchos cuerpos de ejército separados. César, instruido de sus desig-nios, los impidió hábilmente. En el primer mes del invierno subyugó á los habitantes de Berri y á los carnutos: en la primavera marchó contra los belovacos (habitantes del Beauvais), que era el pueblo mas valiente de las Galias; aunque sostuvieron dignamente su fama, fueron vencidos y subyugados. César, habiendo desarmado á todos sus enemigos, tuvo la prudencia de sustituir la dulzura á la fuerza, y la clemencia al rigor: y así logró consolidar sus conquistas y pacificar enteramente las Galias el año 701 de Roma.

VICTORIA DE CICERON SOBRE LOS PARTOS.—La república, señora de estos estendidos paises, se hallaba entonces en peligro de perder el Asia. Los partos, despues de la ruina de Craso, meditaban la conquista de Siria y Cilicia. Casio sostuvo la Siria; pero su sucesor Bibulo, mas tímido ó menos hábil, fué arrojado de ella. Ciceron, procónsul de Cilicia, defendió mejor esta provincia; y demostrando que había nacido para todos los jéneros de gloria, enlazó el laurel militar con las palmas de la elocuencia.

:

Apenas supo que los partos habian pasado el Eufrates, marchó contra ellos al frente de sus legiones, los rechazó en los desfiladeros del Tauro, avanzó hasta el monte Amano, donde los sorprendió y derrotó completamente, y despues de cincuenta y siete dias de sitio se apoderó de Pindeniso, que era la plaza mas fuerte que tenian: su ejército le dió por estos triunfos el título de *imperator* ó jeneral victorioso, recompensa la mas ambicionada por los capitanes de Roma. El senado decretó suplicaciones en honor suyo: y á no haber comenzado entonces la guerra civil, hubiera probablemente obtenido los honores del triunfo que solicitaba, y al cual era acreedor por sus victorias.

Habia llegado el momento en que la república debia perecer si no tenia valor para reprimir la ambicion de dos hombres unidos en otro tiempo para apoderarse del mando, y divididos ahora para disputarlo; pero por desgracia Catón y un corto número de hombres incorruptibles que defendian la libertad, se hallaban aislados entre los dos grandes partidos que aspiraban á destruirla.

César y Pompeyo disimulaban mal su envidia: la ambicion ha-

bia roto los lazos de su amistad, y aunque su objeto era el mismo, se dirigian á él por medios diferentes. César habia acumulado inmensos tesoros en las Galias: liberal hasta la profusion, prestaba sin interés sumas excesivas á muchos senadores y ciudadanos; y en una ciudad, donde la usura se mostraba sin pudor, los préstamos desinteresados eran una jenerosidad inaudita. Su magnificencia le ganó muchos amigos. Su casa era el asilo de todos los que se veian perseguidos por los acreedores, y vivian en ella á costa de César. En su campamento se refugian los que sus delitos y maldades arrojaban de Italia. Repartiendo muy frecuentemente los despojos del enemigo entre sus soldados, era muy amado de ellos, y despues se dijo de él con razon «que habia conquistado »las Galias con el hierro de los »romanos, y á Roma con el oro »de los galos.»

Pompeyo, encubriendo con mas arte sus designios, manifestaba una ambicion mas circunspecta. No necesitaba de sobornar á los grandes, unidos á su suerte por el interés comun y por el espíritu de corporacion, y así afectaba que solo entendia en el gobierno de la república.

Estrechando cada día mas los lazos de su alianza con el senado, reprimia las facciones populares, lisonjeaba la vanidad de los patricios, y parecia un soberano legal, cuando César se presentaba como un conspirador. Sin atacar directamente á su rival, fué el primero que comenzó las ostilidades. Iba á concluir el proconsulado de César en las Galias, y aunque estaba ausente pidió el consulado para el año despues, con la seguridad de que lográndolo eclipsaria todos los demás poderes, sostenido por el amor del pueblo, y que concluido el segundo consulado obtendria una provincia y el mando de un ejército.

El cónsul Marco Marcelo, secretamente escitado por Pompeyo, hizo que se desechase la petición, por contraria á las leyes y al uso antiguo. César buscó otro medio para conservar la autoridad sin recurrir á las armas, y ofreció á Pompeyo la mano de Octavia, sobrina suya, pidiendo para sí la hija de su rival. Pero Pompeyo no le queria ya ni como igual, ni como pariente: reusó con desden sus ofertas, y en lugar de mostrarle los miramientos debidos á su proposición, tomó en aquel momento mismo por yerno á Scipion, y lo

elevó al consulado. Prosiguiendo en sus ostilidades, publicó dos leyes que ofendian á César indirectamente: una obligaba á dar cuenta de su conducta á todos los funcionarios públicos que habian ejercido autoridad en los últimos veinte años: la otra prohibia á los ausentes solicitar ninguna magistratura.

El odio sucedió á la tibieza; pero aun no se manifestó. Pompeyo elevó al consulado á Paulo y á Marcelo, adictos suyos; pero ignoraba que César habia comprado la amistad del primero en un millon quinientos mil escudos. Sin embargo, el que le sirvió con mas habilidad fué el tribuno Curion, ganado por siete millones. Este magistrado, muy popular, fogoso, atrevido y elocuente, cumplió las miras de su sobornador con tanta mas facilidad, cuanto se le creia su enemigo declarado. Para no ofender la opinion pública con una mudanza repentina y sin motivos ostensibles, solicitó primero la superintendencia de los caminos, seguro de que no se la darian. Pompeyo reusándola le dió un pretesto plausible para murmurar y quejarse. El cónsul Marcelo, ansioso de arruinar prontamente á César, propuso al senado que le quitase el go-

bierno de las Galias y del ejército. La mayor parte de los senadores apoyaron el dictámen del cónsul; Scipion lo hizo por servir á Pompeyo; y Léntulo, con la necia esperanza de elevarse él mismo y llegar á la misma autoridad que tuvo Sylva, á quien no imitaba ni en el valor ni en el talento.

Pompeyo, disimulando sus intenciones y esperanzas, apoyó débilmente á Marcelo, y aun afectó tener por muy rigurosa su proposicion contra un jeneral que habia hecho tan señalados servicios á la república. Sin embargo, el decreto iba á ser adoptado, como ■ esperaba, cuando Curion, mas hábil que todos ellos, tomó la palabra, y despues de haber aprobado el dictámen del cónsul añadió, que si se queria defender sinceramente la libertad y quitar á la república todo motivo de recelo, era menester que César y Pompeyo dejaran á un mismo tiempo los mandos y las provincias que habian gobernado por un tiempo demasiado largo.

Cuanto mas prudente era este consejo, tanto mas irritó á los amigos de Pompeyo. Su furor llegó á tal extremo, que el censor Apio propuso arrojar del senado á Curion; pero el cónsul Pau-

lo se opuso á ello. Despues de una deliberacion acalorada, la pluralidad de los senadores parecia inclinarse al dictámen de Curion, cuando el cónsul Marcelo disuelve repentinamente la sesion, sin haberse decidido ninguna cosa. El pueblo llenó de flores á Curion, lo colmó de elogios, y decidió en los comicios que si Pompeyo conservaba su gobierno, César debía conservar tambien el de las Galias; y que su ausencia, no teniendo otro motivo que la gloria de la república, no le impediria obtener el consulado.

Pompeyo, ofendido de este plebiscito, que trastornaba sus esperanzas, salió de Roma y escribió al senado que no haria dimision del mando hasta que César fuese privado del suyo. Curion por su parte declaró, que si era necesario salia por fiador de César, porque conocia su resolucion de seguir el ejemplo de Pompeyo. El senado, embarazado con estas dos proposiciones igualmente falaces, no se atrevia ni á aceptarlas, ni á rechazarlas enteramente. Quería favorecer á Pompeyo porque creia que si ambos rivales se hallaban sin ejército, nada podria resistir á César, sostenido evidentemente por el pueblo. To-

mó pues un partido medio, y se contentó con mandar que se quitase una legión á cada uno para reforzar el ejército de Asia.

César obedeció y envió una legión á Italia; pero Pompeyo le pidió la que le habia prestado algunos años antes, de modo que en la realidad fué César quien perdió entrambas legiones; y no le fué posible dudar de los intentos ostiles de sus adversarios cuando supo que en vez de enviar estas tropas contra los partos, se quedaban en las cercanías de Roma bajo las órdenes de Pompeyo.

Ciceron, que entonces volvió de Cilicia, se propuso dar un paso conveniente á sus virtudes y á su dignidad, haciéndose mediador entre dos hombres poderosos, cuya ambicion amenazaba igualmente á la república. César parecia dispuesto á entrar en negociacion, y aprovechándose hábilmente de los yerros que el orgullo hacia cometer á su rival, ponía de su parte sin compromiso alguno las apariencias de la justicia: seguro de que sus proposiciones no serian aceptadas, pidió que tanto él como Pompeyo fuesen privados de todos sus mandos para dejar á la república gobernarse como en otro tiempo por sus magistrados. Es-

ta peticion aumentó su popularidad, y por consiguiente lo hizo mas peligroso.

Al mismo tiempo enfermó Pompeyo en Nápoles, y el temor de perderle produjo una consternacion jeneral en toda la Italia: y cuando sanó la alegría fué tan excesiva, que se hicieron acciones de gracias á los dioses, y se le dieron onores no concedidos hasta él á ningun ciudadano. En los mismos dias Apio, volviendo del ejército de César, esparció falsas noticias diciendo que los soldados, hartos de guerra y ofendidos por la severidad de su jefe, solo deseaban el reposo, y abandonarían á César apenas pasase los Alpes. Pompeyo, engañado por esta relacion infiel, y envanecido con los homenajes que se le rendian, se negó á toda concordia; y cuando Ciceron le preguntó qué fuerzas pensaba oponer á César, respondió con altivez: «Donde quiera que dé una patada, brotará legiones la Italia.»—«Dos yerros», replicó el orador, has cometido: haberte hecho amigo de César, y dejar ahora su amistad.»

El odio y la presuncion cegaban tambien á los demás senadores. Todo era denuestos y amenazas, y aun el mismo Caton se

jactaba de que obligaria á César dentro de poco á dar cuenta de su conducta, y le enviaria á un destierro como el que sufría Milon.

Mientras los partidarios de Pompeyo mostraban mas pasión é imprudencia, César afectaba mas modestia y juicio. En esta época ofreció tres medios de pacificación: ó conservar ambos sus gobiernos, ó abdicarlos, ó que se le permitiese pedir el consulado estando ausente.

Todo fué desechado por los senadores. César, irritado, pasó los Alpes con una legión y se apostó en Ravena, última ciudad de su provincia. Desde allí escribió á los nuevos cónsules Léntulo y Marcelo, recordando sus servicios y azañas, y su deferencia al senado, y protestando de nuevo que atento únicamente á la gloria de Roma y á la suya propia, no temía que su moderación se creyese debilidad. Al mismo tiempo declaró que estaba pronto á despojarse de su autoridad si Pompeyo renunciaba á la suya.

El desprecio que se hacia de las pocas fuerzas que habia traído á Italia, cegó al senado de tal manera, que leida su carta, después de una corta deliberación, en lugar de responder á ella dió

un decreto mandándole licenciar su ejército en el momento, so pena de ser declarado enemigo público, y otro por el cual se encargaba á los cónsules que velasen por la salud de la patria, y se daba á Pompeyo el mando de los ejércitos: medida que no se tomaba sino en los grandes peligros.

Sin respeto á las formas, los cónsules no diferieron un solo instante la ejecución del decreto: y antes de saber si César obedecería ó resistiría, hicieron alistamiento y dieron el gobierno de las Galias á Domicio Enobarbo. En vano Marco Antonio, que por el influjo de César habia sido nombrado tribuno del pueblo, y Casio y Curion, sus colegas, quisieron oponerse á tan violentas resoluciones: injuriados, amenazados, perseguidos y no seguros en Roma, salieron de ella disfrazados de esclavos y huyeron precipitadamente á Ravena.

ARENGA DE CÉSAR A SUS SOLDADOS.—César, informado por los tribunos de los excesos que se cometían contra él, se valió de ellos para inflamar el ardor de sus partidarios, é hizo que se presentasen ante el ejército en el traje mismo de esclavos, á fin de escitar el resentimiento de los

soldados, á quienes habló de esta manera.

«Compañeros: no ignorais con cuánta paciencia he sufrido las injurias é injusticias de mis enemigos, por consideracion al bien público. Envidiosos de vuestras azañas y de la gloria que por ellas he adquirido, han logrado robarme la amistad de Pompeyo, cuyo talento admiré siempre, cuya elevacion siempre favorecí. Cegados por su odio, acaban de cometer un atentado casi inaudito en nuestra república, privando á los tribunos del pueblo de sus mas sagrados derechos. El mismo Sylá, aunque despojó á los magistrados populares de una gran parte de su autoridad, les dejó la de defender la plebe é impedir en favor de ella las determinaciones del senado. Restablecidos por Pompeyo, este mismo les ha quitado ahora lo que antes les habia dado, y aun ha hecho mas. Sabeis que el decreto solemne para dar á los cónsules el poder absoluto, encargándoles que velen por la república, y llamando todos los ciudadanos á las armas, no se ha promulgado nunca sino en el caso de un peligro inminente, cuando tribunos violentos proponen leyes perniciosas, ó el

pueblo sublevado se refugia á los templos ó al monte Aventino. En circunstancias semejantes Saturnino y los Gracos espiaron sus culpas: mas ahora no hay motivo que justifique semejante rigor, ni se proponen leyes agrarias, ni el pueblo está en sedicion, ni se traman conspiraciones. No se toman las armas en favor de la república, sino contra nosotros. Soldados: espero que no me abandonareis; defendereis el onor de un jeneral que tantas veces os ha guiado á la victoria, que con vosotros ha servido tan gloriosamente á la república, y que ha subyugado con vuestras espadas la Galia y la Jermania.»

Dichas estas palabras, los soldados de la tercera y décima legion (porque las demás no habian llegado aun) gritan unánimemente que están prontos á sostener la dignidad de su jefe y los derechos de los tribunos.

Esta oracion, manifesto corto pero enérgico, anunciaba y declaraba la espantosa guerra que iba á abrasar el mundo y á aniquilar la república. Los movimientos de César se distinguen de los de todo otro jeneral en que jamás dependian de la casualidad, y siempre fueron efecto de cálculos infalibles y

de planes meditados muy de antemano. Despues de haber tomado las medidas mas acertadas, aseguraba la ejecucion de ellas con su increible celeridad, y anticipándose á sus enemigos les hacia sentir el golpe al mismo tiempo que el amago.

GUERRA CIVIL ENTRE CESAR Y POMPEYO.—(A. M. 3953.— A. C. 51.) Ariminium, llamada hoy Rimini, era entonces una de las ciudades mas considerables de Italia, é importábale mucho á César apoderarse de ella. Envió, pues, con prontitud y secreto sus soldados para que entrasen furtivamente en la plaza, sin mas armas que las espadas. Mientras ellos marchaban, fingiendo que solo pensaba en juegos y espectáculos, asistia en Ravena á un combate de gladiadores. Despues se puso á comer con sus amigos, y lejos de manifestar que meditaba una grande empresa, no habló mas que de literatura y de filosofía. En medio de la comida salió con el pretexto de que le buscaban, y rogó á los convidados que siguiesen comiendo hasta su vuelta. Mas le esperaron en vano: César sube en su carroza y marcha á Ariminium.

PASO DEL RUBICON.—Llegando á las orillas del Rubicon, peque-

ño rio que separaba la Galla Cisalpina de la Italia, se detiene reflexionando las consecuencias del paso que vá á dar. Turbado por algunos remordimientos, y por algunas reliquias de la veneracion á las leyes, grabada desde la infancia en los corazones romanos, irritado por las ofensas de sus enemigos, aguijoneado por la ambicion y retenido por el temor de las heridas que iba á dar á su patria, revuelve en su imaginacion los destinos del mundo, y dice á su amigo Asinio Polion: «Si paso este riachuelo, ¡ay de Roma! Si no lo paso, ¡ay de mí!»

Refirióse despues que en aquel momento se le apareció un gigante tocando la flauta. Este fantasma, creado por la supersticion popular ó por el artificio de César, toma una trompeta, toca á embestir y atraviesa el rio. César pronuncia en fin estas breves y terribles palabras: *echada está la suerte*: y atraviesa precipitadamente el Rubicon, semejante, dice Plutarco, á un hombre que se cubre los ojos para no ver el abismo en que se arroja.

Su llegada imprevista, el valor de sus soldados que le esperaban, y el favor del pueblo, que lo llamaba con sus deseos,

Entregaron sin resistencia la ciudad de Ariminium.

Apenas llegó á Roma esta noticia, se apoderó del senado la consternacion. Los senadores, vanos y presuntuosos en la ociosidad y débiles en el peligro, habian injuriado imprudentemente á César, y aunque le vieron descender de los Alpes, no habian sabido tomar medidas para detenerlo: y ahora estaban aterrorizados por la pérdida de una ciudad, como si todos los pueblos de la Galia y la Germania se desplomasen sobre Italia. Se dió tumultuariamente á todos los ciudadanos la orden de tomar las armas. Los senadores, creyéndose ya sitiados en Roma, salen de esta ciudad con precipitacion: los cónsules, olvidando su dignidad, abandonan el timon del estado, y dejan solo á Pompeyo el mando de las tropas y el gobierno de la república. El mismo Pompeyo comienza á desconfiar de su fortuna, y poseído del terror jeneral, sale de Roma, alista soldados atropelladamente, duda qué direccion les dará, y con la esperanza de ganar tiempo para reunir sus fuerzas y traer el ejército de España, envía diputados á César ofreciéndole condiciones que sabia muy bien que no serian aceptadas.

César, tan poco sincero como él, pero mucho mas hábil, consiente en abrir negociaciones para cubrir sus miras ambiciosas con el velo de la moderacion; pero negocia sin detenerse, se apodera de Pessaro, Ancona y demás ciudades del Piceno, y sitia á Corfinio, donde se habla encerrado el cónsul Léntulo, uno de sus mayores enemigos, con muchos patricios y una fuerte guarnicion. Domicio Enobarbo, enemigo tambien de César, remplazaba al cónsul en el gobierno por comision del senado.

Ya habian llegado las legiones de la Galia: César estrechaba el sitio, y Domicio escribió á Pompeyo que la plaza estaba sin víveres: que se apresurase á socorrerla, si queria salvar una guarnicion tan considerable y tantos personajes distinguidos. Respondiósele que por entonces no se le podia socorrer: que saliera de la dificultad como pudiese. Este abandono lo determinó á hacer los preparativos para huir secretamente y sustraerse á la venganza del vencedor. Sus soldados penetraron el desígnio, y lo detuvieron á él y á sus oficiales. El cónsul Léntulo se arriesgó á pasar al campo de César: le recuerda su antigua amistad, disculpa vilmente sus yerros é im-

plora su clemencia. César, acogiéndole favorablemente, da seguridad á todos los que estaban en Corfinio. Se le entrega la plaza: entra pacíficamente en ella, recibe el juramento de las tropas, y despide libres y sin rescate á Domicio, al cónsul Léntulo y á los patricios, no ecsigiendo de ellos promesa alguna de no servir contra él, y aun devolvió á Domicio su caja militar. «No pretendo vengarme, decia, sino ganar los ánimos y gozar por largo tiempo los frutos de la victoria. Los crueles, escitando el odio público, no pueden saborear en paz los triunfos que han mancillado con sangre.»

Reforzado por la guarnicion de Corfinio, no dió tiempo á sus enemigos para respirar: persiguiéndolos incesantemente, se apoderó de toda la Apulia, y obligó á Pompeyo á encerrarse en Brundusio (Brindis) con su ejército.

Pompeyo, cuyo jénio parecia haberse adormecido en los vanos onores del poder, veia su fuerza casi enteramente destruida en Italia; pero su gloria vivia íntegra en el Oriente: en aquel antiguo teatro de sus triunfos esperaba abrir el sepulcro á su rival, y su hijo Gneyo corrió la

Grecia, el Asia y el Egipto, para armarlos en su favor.

César, penetrando su proyecto, queria acabar la guerra de un solo golpe encerrando en Brundusio á su competidor. Rodeó prontamente la ciudad, y construyó con admirable lijereza dos fuertes diques para cerrar el puerto; pero aun no estaban concluidos, cuando Pompeyo, burlando su vigilancia, se embarcó de noche con sus tropas, despues de haber puesto barricadas en las calles de Brundusio y abierto fosos y hoyos, que cubiertos de tierra, detuvieron la marcha del enemigo y favorecieron su hábil retirada. Abandonando la Italia á su rival, se retiró al Epiro, donde reunió en breve tiempo cincuenta y cinco mil romanos y un gran número de tropas griegas, tracias y asiáticas.

Ciceron, sorprendido de la prontitud de esta invasion, tardó mas tiempo en pensar lo que habia de hacer, que César en conquistar la Italia. Su elocuencia y su nombre eran todavia un poder en la opinion pública, y se juzgaba que emplearia su influjo para continuar en onrosa mediacion.

César, que no desaprovechaba ningun medio de triunfar, y que miraba quizá como mas impor-

tante en aquella situación ganar los ánimos que vencer las legiones, trató de conquistar á Ciceron, buscar un nuevo apoyo en su elocuencia, y entrar con él en Roma, para persuadir que llevaba consigo la libertad y no la tiranía. Ciceron, menos fácil y débil de lo que se creía, no cedió ni á sus ruegos ni á sus amenazas, y adquirió mucha gloria con este acto de firmeza. Su resistencia podia llegar á ser, como sucede en las guerras civiles, un punto de reunion. No siguiendo al vencido ni al vencedor, podia juntar muchos ciudadanos que no querian tener señor, y libertar á Roma de César y de Pompeyo, como la habia salvado de los furores de Catilina; pero Ciceron tenia mas luces que dennedo, como lo prueban sus cartas á Atico. Calculaba todos los pasos de César para llegar á la tiranía: medía y contaba todos los yerros de Pompeyo: y vacilando entre ambos partidos, en lugar de defender contra ellos la república, confesaba su debilidad y decia á su amigo: «Sé lo que debo evitar: mas no lo que debo hacer.»

La retirada de Pompeyo no habia dejado en Italia ni tropas ni ciudades que pudiesen detener á César: los lugartenientes

de este acababan de conquistar á Sardinia y Sicilia, y él se dirigió á Roma, donde los senadores que habian quedado en la capital, le recibieron como dueño y el pueblo como libertador. Reunió aquel corto número de senadores y les habló como si compusiesen toda la curia. Representó sus servicios, se quejó de las injurias que habia recibido y lamentó las calamidades de la guerra civil, de la cual dijo, «soy víctima y no autor.» En fin tranquilizó los ánimos con magníficas y engañosas protestaciones de su adhesion á la república. Lo que entonces le hacia mas falta para la ejecucion de sus vastos designios era el dinero, sin el cual ni podia aumentar su ejército ni perseguir al de los enemigos; pero Pompeyo se habia retirado tan precipitadamente en los primeros momentos de la agitacion, que dejó en Roma el tesoro público. El jóven Metelo, á quien estaba confiada su custodia negó la entrada á César: y resistiendo solo y desarmado al vencedor de Roma, á sus ruegos, á sus promesas, y despues á su enojo, defendió en nombre de las leyes el depósito que los cónsules le habian confiado. César enfurecido echó mano á su espada, y le di-

jo: «No escucho las leyes cuando estoy armado: morirás si te resistes: y sabe, jóven presuntuoso, que menos me costará hacerlo que decirlo.» Metélo cedió.

César tomó las sumas que le eran necesarias, guarneció los puntos mas importantes de Italia para asegurar la tranquilidad, y partió con sus legiones á España, diciendo: «Voy á vencer un ejército sin jeneral; despues volveré á vencer un jeneral sin ejército.»

SITIO Y RENDICION DE MARSELLA.—Massilia se negó á abrirle sus puertas, declarando que queria permanecer neutral; pero pocos dias despues recibió á Domicio Enobarbo con bajeles y tropas de Pompeyo. César encargó á Trebonio el sitio de aquella ciudad, y pasó á España. Afranio y Petreyo, jenerales distinguidos, mandaban en aquel pais un ejército de sesenta mil hombres. Las tropas de César eran menos numerosas, pero mas aguerridas; y un cuerpo brillante de caballería gala, que le habia seguido, le daba grande superioridad sobre el enemigo.

Afranio, aprovechándose del conocimiento del pais y de los accidentes del terreno, se mantuvo

á la defensiva algun tiempo; pero César, derivando en otra madre el curso del Sicoris (Segre), lo pasó sin dificultad y maniobró tan hábilmente que obligó á los lugartenientes de Pompeyo á retirarse. César gana con su acostumbrada rapidex algunas marchas, se apodera de los desfiladeros por donde debia pasar el enemigo, para entrar en Celtiberia, lo costea, le corta los víveres, lo cerca y lo obliga á capitular. Afranio y Petreyo licenciaron sus tropas que hicieron juramento de no servir contra César. Penetrando despues en la Bética, donde mandaba Varron, toda la provincia se sublevó á favor suyo, y el gobernador, abandonado de la mayor parte de sus soldados, se rindió. César, olvidando antiguas injurias, no le trató como á enemigo, y acabó de someter con la clemencia á los que habian vencido sus armas.

Era mácsima de este guerrero célebre, que un jeneral debe creer no haber hecho nada cuando le queda algo que hacer. Así, sin descansar despues de su victoria, volvió con prontitud á estrechar el sitio de Massilia, que hasta entonces se habia defendido ostidamente. La llegada del conquistador de España, ate-

rró á los habitantes y á la guarnición, y se rindieron.

La fortuna seguía los pasos de César; pero no trataba tan favorablemente á sus jenerales. Dolabela y Cayo Antonio fueron derrotados en Iliria por Octavio y Scribonio, lugartenientes de Pompeyo. Curion, enviado al Africa por César con dos legiones, peleó al principio felizmente contra el pretor Varo y Juba, rey de Mauritania; pero después arrebatado por su ardor, fué rodeado y pereció con casi todas sus tropas.

Supiéronse en Italia estos dos reveses antes que la derrota de Afranio y Petreio; y cuando se esparcían falsas noticias de las victorias de estos dos jenerales contra César, escribían de Epiro que el ejército de Pompeyo se aumentaba de día en día, y que los reyes de Oriente se armaban en su favor. Casi todos los senadores que habían quedado en Roma, salieron de la ciudad para embarcarse y reunirse con Pompeyo. Ciceron no resistió al ejemplo, renunció á su prudente neutralidad y se dejó seducir por ellos. Todos los ricos y grandes le imitaron, siguiendo el camino en el cual veían el fantasma engañoso de la fortuna.

César, después de la toma de Marsella, volvió á Roma; y como los cónsules estaban ausentes, el pretor Lépido, contra la antigua costumbre, lo nombró dictador. Este título, cuya perpetuidad se temía, desagradó al pueblo. César lo conoció, y al cabo de diez días abdicó la dictadura: mas como necesitaba de un título legal para cubrir su usurpación, hizo que le nombrasen cónsul.

Sus primeros actos fueron dos leyes, una en favor de los deudores, y otra llamando á los desterrados y permitiendo á los hijos de los ciudadanos proscritos por Sylla, el derecho de aspirar á los destinos públicos. Después de haber presidido los comicios y elegido magistrados á su devoción, salió de Roma con un pequeño cuerpo de tropa y se embarcó temerariamente en Brundisio. Pompeyo, dueño del Oriente, tenía á sus órdenes trescientos bajeles, nueve legiones romanas y un gran número de tropas extranjeras, mandadas por Ariobarzanes, rey de Capadocia, por Cótis, rey de Tracia, y los jenerales macedonios, tebanos, sirios, fenicios y egipcios que eran mas estimados en sus provincias. Con todas estas fuerzas, que cubrían los mares y las costas, creía cerrados pa-

ra César los caminos del Epiro, y esta seguridad fué su ruina.

Bibulo, comandante de la armada, tardó en reunir sus bajeles; y César con una pequeña parte de su ejército desembarcó entre unas rocas cercanas al monte de la Quimera. Llegó cuando se creía que aun no había salido de Italia, y Ciceron dijo de él «que era un prodigio de celeridad y vigilancia.» Fué recibido en Apolonia y tomó á Orico. Despues encargó á un prisionero, llamado Rufo, que llevase á Pompeyo proposiciones de paz. «Te he quitado, le decía, la Italia y la España: tus lugartenientes han batido á los míos en Africa é Iliria: hemos logrado bastantes victorias y cometido bastantes yerros para temer á la fortuna: evitemos grandes infortunios á nuestra patria, licenciemos los ejércitos en el término de tres días y sometamos nuestras desavenencias al juicio del senado y pueblo romano.»

Pompeyo no respondió á esta proposicion, porque sabia cuán seguro estaba César del favor del pueblo: y él mismo, que se hallaba al frente del ejército mas numeroso, dueño del mar, rodeado en Tesalónica de cónsules, pretores y casi todo el sena-

do, de todos los caballeros romanos, y en fin, de Caton y Ciceron, cuyos nombres valian legiones enteras, se creía demasiado seguro de la victoria para entrar en negociacion, y esperaba esterminar sin combate á un enemigo, cuyas fuerzas no ascendian entonces á veinte mil hombres y que no podia sacar víveres de Grecia ni de Italia.

Al mismo tiempo Scipion, que había logrado algunas ventajas en Asia, vino á reforzarle con sus legiones como primer lugarteniente suyo. Desde que llegó á Grecia, César le envió un oficial, invitándole á que mediase para la terminacion de la guerra. Scipion escuchó al principio favorablemente al enviado; pero despues, temiendo hacerse sospechoso á su partido, rompió toda plática. César buscó todavia otros medios de pacificacion, y tuvo con Libon una entrevista, que tambien fué inútil; porque conoció que sus enemigos no querian la paz sino una tregua para ganar tiempo. Desde que Pompeyo supo el desembarco de su rival, se puso prontamente en marcha ácia la costa: llegó demasiado tarde para salvar á Apolonia y Orico, y la dilijencia de César le impidió ponerse en comunicacion con Dirraquio, don-

de tenia sus almacenes de armas y municiones.

Apenas se aproximaron las vanguardias de ambos ejércitos, muchos soldados se reconocieron y entraron en conversacion. César, queriendo aprovecharse de esta circunstancia, llamó á Labieno, su antiguo lugarteniente, que habia desertado de su causa y convirtiéndose en implacable enemigo. Le preguntó si no habia medio para evitar la efusion de sangre romana. Estando en esta plática, los soldados mas ardientes de los dos partidos se lanzaron dardos. La conversacion se acabó, y Labieno dijo á César cuando se separaron: «No hay mas medio de paz que llevarle á Pompeyo tu cabeza.»

Todos los pasos de conciliacion dados por el conquistador de la Galia, aumentaban el amor del pueblo y del ejército ácia él: y la orgullosa resistencia de Pompeyo no le adquiria crédito sino en el senado y entre los nobles. Durante muchos dias emplearon aquellos dos jenerales el uno contra el otro los recursos de su jénio y esperiencia: César, para obligar á Pompeyo á dar una batalla decisiva, y Pompeyo para evitarla.

PELIGRO DE CÉSAR.—La posición de César era cada dia mas

crítica. Habia solicitado inutilmente impedir la reunion de Scipion con su rival; y ni tenia viveres ni veia llegar las lejiones que por instantes esperaba de Brundusio, á las cuales cerraba el mar la escuadra de Bibulo. Cediendo á su impaciencia, se disfraza una noche de esclavo, entra en una barca, dá la vela para Brundusio y con audacia increíble confia su destino á los vientos y á las olas. Levántase una tempestad furiosa: el barquero, temiendo la muerte, y no queriendo confiar su frágil esquiife al embate del mar, abierto para tragarlo, quiere virar de bordo y entrar en la rada. El guerrero se levanta y descubriéndose le dice: *¿Qué temes? César vá contigo.* El barquero espantado teme á César mas que á la muerte, y obedece silencioso. Pero el furor de los elementos hizo inútil su maniobra, y varó á pesar suyo en la costa de donde habia salido. Pocos dias despues supo César que Antonio, burlando la vijilancia de los enemigos, habia atravesado el Adriático y desembarcado con sus lejiones sin sufrir pérdida de consideracion. Unióse con él sin que el enemigo pudiese impedirlo.

BATALLAS DE DIERAQUIO Y FAR-

TESALIA.—(A. M. 3934.—A. C. 50.)

César vino con este aumento de fuerzas á presentar la batalla á Pompeyo cerca de Dirraquio: este, sin reusarla de modo que comprometiese su reputacion, ordenó sus tropas tan cerca de los atrincheramientos, que era imposible atacarle sin desventaja. Entonces César, aunque muy inferior en número, concibió el proyecto atrevido de sitiar el ejército enemigo y de apoderarse de él cortándole los víveres. Tomó con increíble celeridad todas las alturas que dominaban el llano donde Pompeyo tenia su campamento, construyó en ellas terrenos y atrincheramientos que los unian, de modo que el enemigo se halló cerrado en aquel recinto.

El éxito fué como César habia esperado: la falta de víveres afligia ya á los pompeyanos, cuando dos nobles alobrojes, desertando del campo de César por un leve motivo, descubrieron á Pompeyo el sitio débil de la posicion de su rival, que era una parte del atrincheramiento no concluida aun, ácia el lado de la marina.

Mientras que César, aprovechándose de sus ventajas, acometia y forzaba uno de los campamentos de Pompeyo, este, di-

rijiéndose al lugar indicado por los desertores, ataca y desbarata la lejion novena, que guarnecia aquel puesto. Auyentada, introduce el desórden y el terror en el ejército de César: caballería, infantería, todo se mezcla y amontona en los caminos, ó se sumerge en los fosos. César, arrancando un estandarte, quiere detener á los fugitivos: en vano: él mismo fué arrebatado por la multitud: los atrincheramientos son abandonados: los oficiales y soldados arrojan las armas: se dispersan y entran tumultuariamente en los reales, sin pensarsiquiera en defenderlos. Pompeyo los hubiera tomado infaliblemente, á haber perseguido al enemigo; pero creyendo que aquella derrota inesperada, era una asechanza, se detuvo, y con esto hubo tiempo para que se dissipase el terror y renaciese el denuedo. César, que habia medido toda la estension de su riesgo, dijo: «Pompeyo sabe vencer: mas no aprovecharse de la victoria.» Despues de haber infligido algunos castigos á la indisciplina y animado á sus soldados, recordándoles sus antiguas azañas, que un corto revés no podia mancillar, mudó de plan, dejó las cercanías de Dirraquio y marchó á la Tesalia.

La noticia de su derrota, aumentada por la novelería, le habia precedido: y la ciudad de Gonfos, que antes se habia mostrado favorable á su causa, le cerró las puertas. No se ultrajaba impunemente á César: escaló en el momento las murallas, saqueó la ciudad y marchó á Metrópolis, que se rindió apenas llegó á ella. Hízose dueño de toda ■ Tesalia, á escepcion de Larisa, que Scipion defendia con una legion. Este jeneral pidió socorro á Pompeyo; el cual hasta entonces no dando oídos sino á su prudencia, habia seguido el plan mas sábio de campaña. Ganar tiempo, era arruinar á César, que ni recibia víveres ni reclutas para su ejército, mientras que el de Pompeyo, abundando de todo, crecia diariamente. Pero la victoria de Dirraquio enloquecia á todos: los senadores ancianos y los jóvenes patricios sufrían impacientemente la ausencia de Roma, la privacion de los placeres y el fastidio de la guerra. Mirando á César como un fugitivo, acusaban públicamente á su jefe de que retardaba la ruina de su rival por satisfacer su orgullo y conservar por mas tiempo el mando de un ejército en el cual se hallaban los cónsules, los senadores y to-

da la majestad del imperio.

Pompeyo, cediendo á su impaciencia, marchó á Tesalia, y se acampó al pie de una altura en la llanura de Farsalia, donde César acudió prontamente para dar la batalla decisiva, tan deseada de él. El espectáculo era grandioso y terrible. Los dos hombres mas ilustres de la tierra iban á pelear en presencia de la Europa, del Asia y del Africa, inciertas todavia del dueño que habia de darles la fortuna de las batallas. En los reales de César solo pensaban en disponer las armas, en escitarse mutuamente á la pelea y en preparar todos los medios de victoria. En los de Pompeyo se hablaba de los despojos del triunfo, de la vuelta á Italia y de los espectáculos de Roma. Los jefes repartían ya los bienes y heredades de los que daban por vencidos. Domicio, Scipion y Léntulo, disputaron con suma vivacidad el sumo pontificado que César obtenia. La venganza turbaba los ánimos tanto como la ambicion; y los nobles estaban resueltos á proscribir á todos los de su misma clase que habian quedado en Roma y sometídose al enemigo.

Pompeyo, partícipe del delirio jeneral, habló con desprecio de César, pintándole como un

:

bandido, enemigo de la justicia y de las leyes: atenuó el mérito de sus azañas, diciendo que solo había vencido á los bárbaros, y que no resistía á los romanos. «Os he prometido, añadió, que el ejército de César sería vencido sin combate: y si esto os parece increíble, mi plan que voy á manifestaros, os lo explicará. César no puede oponer mas que mil jinetes á nuestra numerosa caballería: compuesta de todos los caballeros romanos y patricios mas distinguidos, rodeará su ejército, atacará su espalda y flancos, y lo destruirá sin comprometer nuestras legiones, y aun sin que sea menester lanzar un solo dardo.»

Labieno, cuyo nombre inspiraba á los soldados grande confianza, porque brillaban en él algunos rayos de la gloria adquirida con su antiguo jefe, les dijo: «No creais, compañeros, que vais á pelear con aquellas antiguas y aguerridas legiones, con los valientes vencedores de los galos: yo, testigo de todas sus batallas, puedo aseguraros que la mayor parte de ellos pereció en las Galias, otra en las lagunas de Italia, y los restantes han sido esterminados junto á Dirraquio. Solo teneis que pe-

lear con bárbaros y reclutas.»

Pompeyo colocó en su ala derecha las legiones de Cilicia y de España, mandadas por Afranio: en el centro á Scipion con dos legiones de Siria, y él mismo tomó el mando de la izquierda al frente de las dos legiones que antes de la guerra civil le había entregado César. Su derecha se apoyaba en un rio: su izquierda estaba protegida por la caballería. Siete coortes elejidas guardaban los reales y defendian sus fuertes. El resto de sus tropas estaba repartido en el centro y las alas. Mandó á todo el ejército que aguardase á pie firme el ataque de los enemigos, creyendo sin duda que fatigado por la carrera, llegaria en desórden, y sus legiones le desbaratarian mas fácilmente.

En sentir de César, Pompeyo cometió en esto un gran yerro, porque olvidó cuán grande es el ardor del que acomete, y cuanto se enfria y debilita el ánimo del que se defiende: César formó su ejército en cuatro líneas: él se colocó en el ala derecha opuesto á Pompeyo: Syla le mandaba bajo sus órdenes. Confió el centro á Gneyo Domicio y la izquierda á Marco Antonio, y destacó seis coortes elejidas para defender su derecha contra la

caballería romana. El ejército de Pompeyo ascendía á cerca de cincuenta mil hombres, y el contrario no pasaba de veintidos mil. César, arengando á sus tropas en breves y enérgicas palabras, les recordó sus victorias, las injurias que habian sido el premio de tantas azañas, y sus esfuerzos, siempre renovados para impedir ó terminar la guerra civil. Mostrando un profundo orror á la efusion de sangre romana, hizo recaer lo odioso de la lid intestina sobre el inflexible orgullo de sus enemigos. El valor experimentado de sus tropas y la justicia de su causa, le daban seguridad de la victoria. En fin, para quitar á los soldados el temor de la numerosa caballería de Pompeyo que cubría la llanura, les dijo que aquellos jinetes eran jóvenes afeminados, mas cuidadosos de su hermosura que de su gloria. «Soldados, exclamó: heridlos en la cara, y vereis como huyen.» Dichas estas palabras dió la señal del combate. La señal de Pompeyo era, *Hércules invencible*: la de César, *Venus victoriosa*.

Las legiones de César, agueridas por una larga experiencia, desde que vieron la quietud con que los pompeyanos las aguar-

daban, se pararon enmedio de la carrera para tomar aliento, y se lanzaron despues al enemigo que las recibió con firmeza é intrepidez.

La brillante y numerosa caballería de Pompeyo, que era la flor de la juventud romana y principal esperanza de su jeneral, cargó entonces, segun la órden que habia recibido, á la débil caballería de César: y despues de haberla obligado á retirarse, se desplegó en escuadrones, procurando envolver la derecha de los cesarianos con un movimiento de conversion.

Las seis coortes de la cuarta línea de César, destinadas á oponerse á aquel movimiento, se precipitaron con ímpetu contra aquellos caballeros, dirijiendo las lanzas á sus caras, y sucedió lo que César habia previsto. Los jóvenes, espantados de este nuevo género de ataque, volvieron la espalda y huyeron. Las coortes los persiguieron, impidieron que se volviesen á formar, y atacando despues por el flanco y la espalda la izquierda de Pompeyo, la desordenaron y penetraron en ella.

Viendo Pompeyo derrotada su caballería, en la cual tenia sobrada confianza, pareció privado enteramente de su jénio, de

un valor y aun de su razon: y mientras que su centro y su ala derecha, intactas aun, disputaban el campo de batalla con osinacion y ponian en duda la victoria, él, desertando antes que todos de su propia causa, sale del combate, manda á las coortes pretorias que defiendan en caso de desgracia la entrada de los reales, se retira consternado á su tienda, y espera en ella sin querer tomar parte en la lid, las decisiones del destino.

Las coortes victoriosas proseguian triunfantes. Despues de una larga resistencia, que duró desde el alba hasta mediodia, las legiones de Pompeyo, atacadas á un mismo tiempo por el frente, flancos y espaldas, ceden á la fortuna: unas se retiran á un monte cercano, otras se dispersan, arrojan las armas, mueren ó se rinden. Aunque los vencedores estaban oprimidos de calor y fatiga, César los conjura á que no dejen incompleta la victoria: les arenga, insta y reanima su fuerza y valor. Movidos por sus palabras y ejemplo, atacan los reales enemigos, defendidos por las coortes pretorias, los aliados, y principalmente los tracios. César gritaba á los suyos: «Esterminad los extranjeros: mas perdonad á los romanos.» Despues

de una sangrienta pelea, fuerzan los atrincheramientos. Pompeyo esclama entonces: «¿Y qué, llegan hasta mi tienda?» Despojado ya de su gloria, arroja la púrpura y las señales de su dignidad, toma el traje de un particular, sube en un caballo ligero y no para hasta llegar á Anfípolis.

Los vencedores, que acababan de dejar un campamento donde no habia mas que hierro, se deslumbran con el oro, la plata y el marfil que encuentran en los reales enemigos. Todas las tiendas estaban adornadas de mirto y yedra, y en todas habia alfombras de púrpura y mesas llenas de bajillas de oro y plata.

La disciplina de las tropas de César era tan severa, que á su voz marcharon los soldados, sin detenerse en el saqueo, á perseguir los enemigos. Estos, dejando la posicion que habian tomado, se retiraron á una altura cercana á Larisa, donde rodeados por el ejército victorioso, capitularon y se rindieron. En esta gran jornada solo perdió César mil doscientos hombres: la pérdida de Pompeyo ascendió á quince mil muertos y veinticuatro mil prisioneros.

César, contemplando tristemente aquella multitud de ro-

manos que yacian tendidos en el campo de batalla, dijo: «Ellos lo han querido, y me han obligado á hacerlo: pues á pesar de mis victorias me hubieran proscrito si yo hubiese licenciado mi ejército.» Conservó la vida á los que no habian perecido en la batalla, y escribió á uno de sus amigos: «El fruto mas agradable de mi victoria, es salvar á los que han peleado contra mí.» Trajéronle los papeles de Pompeyo, y los quemó sin leerlos, no queriendo saber los nombres de los ingratos que habian proyectado hacerle traicion.

Pompeyo repitió muchas veces en su fuga que le habian arruinado los cobardes en quien mas confianza tenia. Sabiendo que César le perseguia sin descanso, se embarcó en un bajel mercante y llegó á Lesbos, donde halló á su mujer Cornelia. La infeliz esperaba su triunfo, y se desmayó cuando supo su derrota. Vuelta en sí, le dijo: «¡Ay! soy la viuda de Craso, y te he llevado en dote mi infelicidad. Antes de ser mi esposo, dominabas en los mares con quinientos bajeles, y ahora huyes. ¿Por qué te uniste á mi infortunio? ¿Por qué renuncié al proyecto de quitarme la vida? Los dioses me reservan

para aumentar tu desgracia.»

El ilustre fugitivo la abrazó y consoló, y la inspiró ánimo para tolerar la desdicha. Habiendo desembarcado en las costas de Cilicia, reunió algunos buques y dos mil hombres, con el objeto de apostarse en Antioquía y juntar allí un ejército; pero la Siria, teatro en dias mas felices de su gloria, lo fué entonces de su humillacion. Antioquía le cerró las puertas, y todas las ciudades de Asia le proibieron entrar en sus territorios. Hubiera podido y debido ir á Numidia, donde le presentaban esperanzas de mejorar su fortuna un ejército fiel y un aliado leal como el rey Juba; pero en su impaciencia prefirió los recursos mas cercanos.

La memoria de los favores que habia hecho á los Ptolemeos, le determinó á buscar en Egipto asilo y socorros. Su grande alma no prevía la bajeza y la ingratitude: confió en el reconocimiento y se perdió. Anunció su llegada al jóven Ptolemeo, hijo y sucesor de Auletes. Este reunió su consejo para deliberar sobre lo que debia hacer: y pues dudaba entre la magnanimidad y la vileza, es claro que habia de adoptar el partido mas infame. Sus ministros, temiendo el resentimiento de Pompeyo si no le admitian,

ó el de César si lo amparaban, movieron á su jóven príncipe á comprar la benevolencia del vencedor con la cabeza del vencido. Pompeyo, fiado en las protestaciones de afecto de aquellos bárbaros, y resistiendo á los terrores de Cornelia, á la cual el amor daba sagacidad, pasa á una chalupa para ir á ver al rey, y es asesinado á la vista de su esposa. El bajel de Pompeyo huye con la infeliz Cornelia, á pesar de ella, para libertarla de la perfidia y crueldad de sus enemigos. El tronco del gran Pompeyo yacia sobre las arenas del Egipto, pasto á las fieras y á las aves. Un liberto y un antiguo soldado romano, fueron los que la Providencia destinó á hacer las exequias del señor de tantos reyes, y caudillo de tantos ejércitos. Hicieron la hoguera con los destrozos de un buque varado, y colocaron sus cenizas en un túmulo de tierra y cespéd, con la siguiente inscripcion: «En esta breve tumba, yace aquel á quien el mundo erigió templos.»

El partido de Pompeyo le sobrevivió, y combatió algun tiempo para defender su causa y vengar su memoria. Dirraquio era su plaza de armas: Caton mandaba las tropas en aquel punto, y

tenia consigo á Varron, Ciceron y otros senadores. Reuniéronseles Labieno, Pompeyo el jóven y los comandantes de las escuadras. Consternados por la derrota de Farsalia, estaban dispuestos á huir, pero con motivos diversos. Caton pensaba llevar á Italia sus tropas, y huir á un desierto donde no hubiese tiranos: Ciceron aspiraba solo al retiro y á la tranquilidad: Labieno, Pompeyo y Scipion deseaban continuar la guerra.

Reunidos, pues, para deliberar, Caton, que solo era pretor, cedió el mando de la escuadra á Ciceron, actualmente procónsul; pero este, en lugar de aceptar un onor tan arriesgado, declaró que era tiempo, no solo de dejar las armas, sino tambien de tirarlas. Estas palabras irritaron hasta tal punto al jóven Pompeyo, que le llamó desertor y traidor, y le hubiera muerto á no haberse interpuesto Caton. Ciceron, libre de aquel peligro, se embarcó para Brundusio, consternado é igualmente receloso de la vuelta del enemigo, contra el cual habia combatido, y del triunfo de los amigos que abandonaba. En Italia esperó con inquietud las órdenes de César, que le devolvió su amistad.

Caton, á quien la caída del

cielo no hubiera amedrentado, partió con algunos bajeles en busca de Pompeyo, cuyo desastrado fin se ignoraba. Scipion, seguido de Labieno, condujo sus legiones al Africa, resuelto á solicitar el auxilio de Juba, rey de Mauritania. Casio se dirigió con diez buques á las costas del Asia, con el designio de atraer á su causa las armas de Farnacés, rey del Bósforo; y el jóven Pompeyo partió con el resto del ejército y de la armada á las riberas de España, donde su valor y su nombre le formaron en breve un poderoso ejército.

César, que fluía mas en su celeridad que en el número de sus tropas para someter el Oriente, no tenía mas designio que perseguir á Pompeyo con rapidez, y no dejarle tiempo de recobrar espíritu ni de juntar un ejército. Sin llevar consigo mas que tres mil hombres, y marchando siempre delante de ellos, atravesó el Helesponto en una barca, y se halló en medio de la escuadra de Casio. Cualquiera otro se hubiera turbado en tan extremo peligro, y habria perecido en él. César, inaccesible al temor, llega á los enemigos como vencedor, manda que se le rindan, y es obedecido. Cuando llegó á Alejandria le presentaron la cabeza

TOMO IX.

de Pompeyo. César la desechó con horror, y lloró la muerte de su rival; pero debió vengarle, y no lo hizo. Juez árbitro de las desavenencias entre Ptolemeo y su hermana Cleopatra que aspiraba á la participacion del trono segun el testamento de Auletes, enamorado de aquella mujer, que fué despues tan célebre, decidió á su favor, y hubo de sostener contra Ptolemeo y su hermana Arsinoe, una guerra civil por el corto número de sus tropas, en la cual corrió los mayores peligros. Estaba limitado á un solo barrio de Alejandria, porque los enemigos ocupaban el resto de la plaza. Desde él incendió la escuadra ejipcia. Quiso atacar despues la isla de Faros: mas fué rechazado, sumerjióse el bajele en que iba, y se salvó atravesando á nado desde la isla al puerto, y llevando en una mano el borrador de sus *Comentarios*, que siempre traia consigo, en otra la espada, y la cota de mallas entre los dientes. Habiéndole llegado refuerzos de Siria, vence las tropas de Arsinoe y hace prisionera á esta princesa, se apodera de Pelusio y de Menfis, y derrota junto al Nilo á Ptolemeo, que se aegó en el rio al huir en una barca. Vuelve á Alejandria y corona á

22

Cleopatra por reina de Egipto. El amor le detuvo junto á ella mas tiempo del que convenia á sus negocios. Roma le habia nombrado dictador aunque estaba ausente. Caton y Scipion al frente de las reliquias vencidas en Farsalia, fomentaban en Africa el partido de Pompeyo con el auxilio de Juba. Pompeyo el jóven levantaba legiones en España y cubria el mar con sus bajeles; mientras César, sumerjido en los deleites, parecia desconocer el precio del tiempo.

BATALLA DE ZELA.—(A. M. 3955.—A. C. 49.) Un peligro mas próximo le despertó. Farnacés, rey del Bósforo, hijo del famoso Mitridates, amenazaba el Asia menor despues de haber vencido á Dimisio Calvino, jeneral de César. Este vuela inmediatamente contra él: y con veinte mil hombres derrotó junto á Zela á Farnacés, que tenia mas de sesenta mil. Dió cuenta al senado de esta rápida expedicion con solo estas palabras: *veni, vidi, vici*: llegué, ví y vencí. Farnacés se retiró al Bósforo, donde fué asesinado por el gobernador de aquella provincia. César dió su reino á Mitridates de Pérgamo, que le habia hecho grandes servicios en la guerra de Egipto.

Compuestas las cosas del Oriente, volvió á Roma. Antonio mancillaba la ciudad con sus liviandades, y humillaba al senado con su altanería, llegando al extremo de presidirlo como vencedor, teniendo la espada al lado contra la costumbre. Al mismo tiempo Dolabela, lisonjeando á la muchedumbre para adquirir su favor, turbaba todos los ánimos y amenazaba á todos los ricos la ruina de sus caudales con un proyecto de ley, dirigido á abolir las deudas. En fin, aunque se habia dado á César la dictadura por un año, el consulado por cinco, el tribunado por toda su vida, y un poder sin límites, todos los que se habian declarado en favor de la libertad, temian la llegada y el resentimiento del vencedor.

César se presenta, disipa todas las inquietudes, reprime los excesos de Antonio, se opone á las proposiciones facciosas de Dolabela, concede á los deudores una moratoria para las deudas atrasadas, limita sus rigores á la venta de los bienes de Pompeyo, llama á los desterrados, perdona á los vencidos, en la distribucion de los empleos no hace diferencia de partidos, y restablece con su clemencia la tranquilidad y la paz.

GUERRA DE AFRICA Y BATALLA DE TAPSO.—(A. M. 3956.—A. C. 48). El Africa sin embargo le llamaba á combatir. Caton, atravesando los desiertos de la Libia, arrostrando el fuego del sol, la aridez del terreno, los animales feroces y las serpientes horribles que infestaban aquellos vastos desiertos, habia llevado á Utica las reliquias de Farsalia. Allí encontró el ejército de Mauritania y las legiones alistadas por Metelo Scipion: todas estas tropas, decididas en defensa de la república, debian ofrecer el mando jeneral de ellas al mas firme apoyo de la libertad, á Caton; pero Caton lo reusó, se encargó solamente de la defensa de Utica, y quiso que fuese jeneral Scipion, cuyo nombre le parecia en el territorio de Cartago un presajio seguro de la victoria. Labieno mandaba el ejército bajo sus órdenes.

César, con su diligencia acostumbrada, reúne sus legiones y bujeles, y llega al Africa. Al desembarcar resbala y cae. Temiendo la impresion que este accidente pudiera hacer en el ánimo de sus soldados, finje abrazar la tierra y esclama: *Africa, ya eres mia*. Los grandes hombres convierten en utilidad suya las supersticiones del vulgo:

habia dado en su ejército un destino elevado á un hombre oscuro y de poco valor, pero que se llamaba Scipion, neutralizando así la ventaja que este nombre daba en la opinion pública al jeneral enemigo. Este vino á atacarle inmediatamente para no darle tiempo de tomar posiciones que le asegurasen la victoria. La fama de Metelo Scipion, la numerosa caballería de Juba, el valor de los antiguos soldados de Pompeyo, y sobre todo la habilidad de Labieno, ardiente como todos los desertores, triunfaron en el primer combate del jenio de César. A pesar de todos sus esfuerzos, la fortuna quedó indecisa; si no fué vencido, le fué imposible vencer, lo que para un hombre de su temple era tanto como una derrota.

César, rapidísimo en sus demás expediciones, probó en esta que conocia el mérito de la paciencia tanto como el de la celeridad, y que sabia esperar cuando las circunstancias lo esijian. Resuelto á no combatir hasta que llegasen las tropas que esperaba de Sicilia, se encerró en sus reales, sufriendo con serenidad los insultos de Metelo Scipion y las amenazas de Juba. Apenas llegaron sus refuerzos, salió de sus atrincheramientos y

marchó á Tapso. Finjió sitiarse esta plaza para atraer al enemigo á una posicion desventajosa. Consiguiólo, y dióse la batalla. César no pudo hallarse en ella porque estaba enfermo; pero las hábiles disposiciones que habia tomado decidieron la victoria, y solo se conoció su ausencia en la espantosa carnicería que hicieron sus lugartenientes. Aunque los mas de los enemigos arrojaron las armas y pidieron la vida, fueron degollados sin piedad. Juba, viendo destruido su ejército, se dió la muerte para librarse del furor de sus vasallos que le detestaban. Metélo Scipion huia; pero próximo á caer en manos de los vencedores, se atravesó con su espada.

MUERTE DE CATON.—César se apoderó con prontitud de todas las ciudades que se opusieron á su marcha, y avanzó hasta Útica, donde estaba entonces la sombra de la república representada por un gran número de nobles que tomaron el título de senado, presididos por Caton. Este romano austero, cuyo único defecto fué quizá (1) la afecta-

(1) El verdadero defecto de Caton y de todos los que seguian su doctrina política, fué querer lo imposible. Roma no podia ya ser una república.

(LISTA.)

cion de singularidad y la escasez de la virtud, viendo destruido el ejército de Scipion, sometido el mundo, y aterrados á los defensores de Útica, creyó que su existencia debia sepultarse con la libertad. Disimulando su designio, hizo que una parte de los senadores se embarcase para España, y aconsejó á los otros que se sometiesen á César. Por la noche habló con sus amigos de filosofía, literatura y otras materias indiferentes, con tanta serenidad y alegría, que ninguno sospechó su intencion. Despues de la comida entró en su gabinete, y conversó largo tiempo con dos filósofos: y observando que habian quitado su espada, puesta ordinariamente junto á la cabecera de su cama, llamó á sus esclavos y se quejó de que le hubiesen privado del único medio de defensa si las tropas enemigas entraban de noche en la plaza. «¿Temeis,» les dijo, que me mate? Vuestra precaucion es inútil, porque si quiero me sobran caminos para salir de la vida.» Volvióronle su espada, y al recibirla dijo: «Soy, pues, dueño de mi destino.»

Quedó solo, se recostó, y leyó algunas horas el tratado de Platon sobre la inmortalidad del

alma: despues tomó la espada, la hundió en sus entrañas, y dando un terrible grito, cayó en el suelo. Al ruido acude su familia, y le hallan todavía vivo: curan la herida á pesar suyo; pero apenas se retiraron sus amigos, arranca el vendaje, abre de nuevo la llaga, y muere libre como siempre vivió. César entró á la mañana siguiente en la ciudad sin ostáculo alguno, y sabiendo la muerte de aquel insigne varon, exclamó: «¡Oh Caton! envídio la gloria que has adquirido con tu muerte: ¿por qué me robaste la de salvar tu vida?» Este movimiento jeneroso fué sincero: demostrólo la clemencia con que trató al hijo de Caton y á otros pesonajes distinguidos que se hallaban en Utica.

Despues de haber terminado en seis meses la guerra de Africa, volvió César á Roma, y triunfó de las Galias, del Ejipto, de Farnacés y de Juba. Su triunfo duró cuatro dias. Se veia delante de su carro una pintura que representaba el Rin, el Ródano, el Nilo y el Océano encadenados. Seguíanle Vercinjetórix, Arsinoe y el hijo de Juba, ilustres y desgraciados trofeos del vencedor. Despues de esta solemnidad, Vercinjetórix, cuyo

único delito era haber defendido con valor la independencia de su patria, fué enviado al suplicio. Las costumbres de Roma eran tan inhumanas, que esta atrocidad no impidió que se elojiasse á César como el mas suave de los conquistadores.

Roma entera parecia olvidar que aquel triunfo era el del poder sobre la libertad, segun resonaba toda ella con las alabanzas de César. El senado, escediendo en su adulacion á los cortesanos del Asia, mandó que en los dias solemnes el carro del dictador seria tirado, como el de Apolo, por cuatro caballos blancos. Su estatua fué colocada en el Capitolio enfrente de la de Júpiter, y á sus pies se puso un globo que representaba el mundo, con esta inscripcion: *A César, semi-dios.*

El pueblo le concedió la censura por tres años, la dictadura por diez, y el privilegio de llevar ante sí setenta y dos lictores. Todos los ciudadanos, haciendo votos por su prosperidad, solemnizaron su triunfo con un banquete, en el cual se pusieron dos mil doscientas mesas. La república aplaudió su propia ruina; y para que nada faltase á la humillacion de Roma, se vió por la primera vez en aquellas fles-

tas combatir los caballeros como gladiadores. Tal fué el espectáculo que quiso evitar Caton dándose la muerte.

César, quizá avergonzado de tanta bajeza, creyó que debía oponer una moderacion politica á los honores escesivos que le prodigaban, y prometió al senado usar con mucha reserva de los honores que le habian concedido. Los actos de su administracion fueron en la mayor parte dignos de elogio: asignó recompensas á los ciudadanos que eran padres de muchos hijos: concedió el derecho de ciudadanía á muchos sabios extranjeros, y renovó las antiguas leyes contra el lujo de las mesas y de los vestidos. Demasiado pródigo en premiar, dió entrada en el senado á novecientos ciudadanos, de los cuales los mas no tenian otro mérito que una ciega deferencia á su voluntad.

Los errores del calendario habian producido tal desorden, que se hallaban muy distantes las estaciones de sus meses. César en cualidad de soberano pontífice tuvo que reformarlo. Los pontífices por ignorancia ó interés habian introducido en él una estraña confusion. El año era de doce meses lunares: debíase intercalar de dos en dos años un

mes de veintidos, ó de veintitres dias alternativamente; pero se hacia ú omitia la intercalacion para abreviar ó prolongar el tiempo de las magistraturas. Así es que todo estaba trastornado. Sosígenes, astrónomo de Alejandría, aclaró este caos, y César estableció el año solar de trescientos sesenta y cinco dias con uno de intercalacion al cabo de cuatro años. El primero que fué el 705 de Roma, tuvo además del mes intercalar sesenta y siete dias de añadidura.

Una obra tan digna de elogios, fué censurada, como todo lo que choca á las costumbres é ideas vulgares. Ciceron, mas capaz que nadie de apreciar su mérito, hizo de ella el objeto de sus burlas. Habiendo oido decir un dia que la constelacion llamada *Lira* debia presentarse al siguiente, respondió: *Sí, y por orden de César*. Este orador todo lo sacrificaba al placer de un dicharachero. El verdadero sabio ¿puede nunca permitirse la injusticia?

Ciceron, despues de la derrota de Farsalia, se habia sometido al vencedor como los demás; pero ennobleció su debilidad no interviniendo en los negocios públicos sino para suavizar el yugo de la tiranía. Su voz elocuente fué oida en favor de

los proscritos, y mas de una vez obligó al vencedor del mundo á vencerse á sí mismo y domar su enojo. Catón se había libertado del despotismo con la muerte: Cicerón se consoló con el estudio, y en esta época de servidumbre escribió sus obras filosóficas, ilustrando á sus conciudadanos sobre los medios de conseguir la felicidad privada, ya que no podía influir en la pública.

GUERRA DE ESPAÑA Y BATALLA DE MUNDA.—(A. M. 3956.—A. C. 48). La España, destinada á ser siempre acometida por los extranjeros y nunca enteramente sometida, daba entonces nuevo vigor á los pompeyanos. Los dos hijos de Pompeyo, reuniendo las reliquias de Farsalia y de Tapso, llegaron á formar trece legiones. Instruido César de sus progresos, se embarcó prontamente para detenerlos. Algun tiempo pudieron evitar los enemigos una acción jeneral, y el hábil y experimentado Labieno, consejero de los dos jóvenes, impidió que César los obligase á combatir. La guerra pues se redujo al principio á la toma de algunas plazas; pero César amenazó puntos que eran muy importantes á los enemigos para conservar las subsistencias, y se de-

cidieron á darle batalla cerca de Munda. Según Suetonio y Floro, jamás hubo acción mas reñida y sangrienta; y César decía que en otras batallas había peleado por conseguir la victoria, y en la de Munda por defender su vida.

Las legiones de Pompeyo, irritadas de tantos reveses, fatigadas de tantas correrías y enfurecidas por verse sin bienes ni patria, pelearon con tanto denuedo, que después de una larga resistencia, desordenan las coortes aguerridas del enemigo y las obligan á cejar. En vano César las reúne, y para animarlas se arroja muchas veces al combate: sus soldados le sacaban del peligro y volvían de nuevo á retirarse. «Compañeros, les gritaba: ¿entregareis á dos niños vuestro jeneral, que ha envejecido con vosotros en las batallas?» Los legionarios se avergonzaban con estas palabras, pero no se resolvían á tomar la ofensiva; y solo la décima legión, sosteniendo su celebridad, resistía intrépidamente al enemigo. En este momento César, que había enviado algunos escuadrones numidas á insultar el campamento contrario, ve un cuerpo de caballería destacado por Labieno para perseguirlos.



y grita con voz fuerte: «La victoria es nuestra: los enemigos huyen.» Este grito reanima el ardor de los suyos y desalienta al enemigo: la décima legión se arroja á los contrarios: las demás siguen su ejemplo: nada les resiste: Labieno muere, y el ejército pompeyano, después de haber perdido treinta mil hombres, arroja las armas, se dispersa y busca asilo en los montes cercanos.

Gneyo Pompeyo se dirigió á la mar: cortado por la caballería cesariana, se retiró á una caverna, donde le hallaron los enemigos y le cortaron la cabeza. Su hermano Sesto logró escaparse, juntó algunos bajeles é hizo la guerra como pirata, hasta que nuevas revoluciones le permitieron formar una armada.

FIN DE LA CARRERA MILITAR DE CÉSAR.—La gloriosa jornada de Munda terminó la carrera militar de César, durante la cual había peleado con tres millones de hombres, subyugado trescientos pueblos, tomado ochocientas ciudades, y sacrificado á su ambición un millón de guerreros.

A su vuelta á Roma descontentó al pueblo, recibiendo los honores del triunfo por una victoria conseguida contra ciuda-

danos romanos. Los senadores, ó por un exceso de adulación, ó para escitar el odio público contra él, acumularon sobre su frente mas honores que ningun mortal habia recibido. Se le decretó el título de Júpiter Julio, el derecho de llevar el vestido triunfal en los días festivos, y el privilegio de ceñir en todo tiempo su cabeza con la corona de laurel. Como era calvo, recibió con un placer casi pueril este honor que le permitia ocultar aquella desdunde bajo las ramas de la gloria. El mes *quintilis* recibió el nombre de Julio para recordar la época del nacimiento de César.

Mientras la traición le preparaba puñales, la lisonja le erigía templos. En todo el imperio se le daban honores divinos: obtuvo el mando jeneral de todas las tropas y la facultad de hacer la guerra y la paz. Se le declaró dictador perpétuo; se le dió por prenombre el título de *imperator*: se le nombró cónsul por diez años y padre de la patria: en fin, lo que es tan vergonzoso de decir como difícil de creer, se deliberó en el senado sobre un proyecto de ley dirigido á *entregar á su arbitrio el pudor de las matronas*. ¡Tal es la adulación del esclavo que se prostitu-

yo hasta sacrificar al déspota cuanto hay de mas santo y venerable en la sociedad!

De todos los onores que se le ofrecieron, solo reusó el consulado decenal, porque nada añadía á su poder, y le quitaba los medios de satisfacer á poca costa la vanidad de algunos personajes. Habiendo llegado al término de sus deseos, podia gozar en paz de su fortuna, si hubiera sabido ponerle límites; pero era ambicioso. El señor de la tierra no necesitaba del título de rey: ninguna diadema brillaba tanto como sus laureles. César tuvo la debilidad de ambicionar un nombre odioso á los romanos, y esta necedad fué su ruina.

Todos los proyectos de este hombre extraordinario eran vastos é inmensos como su jenio. Reedificó á Cartago y Corinto: pensó en llenar á Roma de monumentos, y formar en ella la biblioteca mas copiosa del mundo: queria redactar un código civil; componer la estadística del imperio; abrir en la embocadura del Tiber un puerto para los bajeles grandes; secar las lagunas pontinas; unir el mar Egeo con el Jónico, cortando el istmo de Corinto; vengar la muerte de Craso; subyugar los partos, penetrar en Scitia, pasar el Bo-

ristenes, abrir un camino por medio de los bosques de la Germania y volver á Roma por las Galias.

Embriagado de gloria, extraviado por los consejos de Antonio, y probablemente engañado por los senadores que meditaban su perdicion, resolvió ceñirse la diadema antes de salir á la guerra contra los partos. El senado, siempre adulador, colocó su estatua entre las de los reyes de Roma: mas por una casualidad se puso cerca de la de Bruto, lo que era pronosticar su suerte. Todos los que en secreto amaban la república, pedian con sus deseos un segundo Bruto, y lo hubo. Este romano, destinado á dar algunos momentos de libertad á su patria á costa de un crimen, era hijo de Servilia, hermana de Caton: llamábase Marco Bruto: y se creia jeneralmente hijo de César, su futura víctima, por la pasion de Servilia á este héroe. Bruto, fiel á los principios de Caton, siguió en Tesalia las banderas de Pompeyo. En la batalla de Farsalia, César manifestó mucha inquietud por él. Habia caído prisionero: y no contento con perdonarle, lo colmó de favores. Bruto detestaba la tiranía, pero amaba al tirano. Su alma estaba indecisa entre un

afecto que no podía vencer y una obligacion que creia sagrada. De todas partes recibia avisos secretos que lo escitaban á sostener la gloria de su nombre y libertar la patria. A cualquier lugar que fuese, y aun en el mismo tribunal donde administraba justicia como pretor, encontraba billetes anónimos que decian: *Bruto, ¿tú duermes? Tú no eres el verdadero Bruto.*

CONJURACION CONTRA CÉSAR.—

Hasta entonces el estoicismo de sus principios no le habia impedido merecer el título del mas amable y suave de los romanos, así como era el mas virtuoso: pero la pasión de la libertad y los consejos de sus amigos, todos ardientes republicanos, le arrastraron á la conjuración que Casio y otros sesenta formaban contra el dictador.

Advirtieron á César que desconfiase de Bruto. «Yo conozco su virtud, respondió: esperará á que yo muera para resucitar la libertad.» Dijéronle que se guardase de Dolabela, y replicó: «No temo á esos hombres gordos y colorados; pero desconfío de ese Casio, siempre flaco, pálido y melancólico.» La superstición, que mezcla siempre sus fábulas á las verdades de la historia, inventó presajios de la rui-

na próxima de César. Se vieron en el cielo fuegos errantes: fantasmas nocturnos recorrían la capital. El dictador, en un sacrificio que hizo, halló que la víctima no tenia corazón: demoliendo el sepulcro de Cápis, fundador de Capua, se encontró en él una inscripción que decia: «El año que se abra este sepulcro, perecerá el jefe de la estirpe Julia.» En fin, un adivino advirtió á César que se guardase de las idus de marzo.

César no era muy crédulo; despreciaba los agüeros que le eran contrarios, y se valia de los favorables. Y así mandó publicar un oráculo de la Sibila, segun el cual no podrían ser vencidos los partos por los romanos, á no ser que estos peleasen bajo las órdenes de un rey.

Las tentativas de los amigos del dictador para que el pueblo le coronase, se desvanecieron todas sin mas resultado que el de probar el odio invencible de los romanos al título de rey.

Antonio, corriendo en las fiestas Lupercales, ofreció á César una diadema; pero las murmuraciones del pueblo le obligaron á reusarla. Sus partidarios habian puesto coronas en las cabezas de sus estatuas. Flavio y Marullo, tribunos del pueblo, tuvie-

ron el valor de arrancarlas, y la plebe les dió repetidos aplausos.

Los cortesanos de César, en lugar de desanimarse, esperaban lograr su intento por la condescendencia del senado, que lleno de temor y corrompido, debía reunirse, como se decía, en las idus de marzo para proclamar á César rey de Africa y Asia, de España, de las Galias y de Grecia, dejándole en Italia el título de dictador.

VALOR DE PORCIA, MUJER DE BRUTO.—Los conjurados, sabedores de esta resolución, escogieron aquel mismo día para ejecutar su designio. Porcia, hija de Caton y mujer de Bruto, era digna por su firmeza de su padre y marido. Instruida por los presentimientos del amor, había adivinado los proyectos de Bruto, y se indignaba de que su esposo la creyese demasiado débil para confiarle su empresa. Hizose ella misma una grande herida, y después de haber resistido largo tiempo al dolor que le causaba, la muestra á su esposo y le dice: «Mira, Bruto, ■ la hija de Caton merece tu confianza, y si ■ es digna de entrar á la parte en ■ tus esperanzas y peligros. Antes de preguntarte tu secreto, ■ quise saber si podría sufrir el ■ dolor.» Esta fué la única mu-

jer que fué admitida en la conspiracion. El alma de Caton respiraba en una mujer, que la filosofía había elevado sobre los hombres de su siglo.

CONJURADOS.—Estos conjurados, famosos en la historia, eran Casio, que fué su jefe, aunque dejó este título á Marco Bruto, mas estimado por su nombre y su virtud: Servio Galba, antiguo lugarteniente de César: los dos Cascas, Cimbro y Minucio, partidarios de Pompeyo: Décimo Bruto, Domicio Cinna, Casio de Parma y Poncio Aquila. Los demás no son conocidos. La mayor parte del senado, sin ser de la conspiracion, deseaba la mudanza. César, á la verdad, no era cruel; había perdonado á sus enemigos, y aun hecho beneficios á gran número de ellos: acababa de levantar las estatuas de Pompeyo, asegurando así la permanencia de las suyas, segun la espresion de Cicero. Pero si dejaba á todos el tranquilo goce de su existencia y de sus bienes, ofendia sin reparo el amor propio y el orgullo de todos; — pasion irritable, para la cual no hay herida pequeña, y que perdona mas bien la ruina que la injuria.

César, burlándose de las formas republicanas, hacia á su

placer senatoconsultos, sobre los cuales no habia deliberado la curia. Ciceron escribió á Atico, que á su quinta, donde estaba retirado, llegaban todos los días decretos hechos á proposicion suya, de los cuales nunca habia oido tratar, y que por ellos recibia gracias de reyes y príncipes desconocidos para él. Estando en una ocasion el dictador sentado en el foro en su silla curul, vino todo el senado á felicitarle por la dictadura perpétua y otros nuevos honores que acababa de conferirle; y no se dignó de levantarse, lo que produjo grande enojo, aunque él se disculpó despues con el mal estado de su salud. El furor crecia y el odio ocultaba su puñal bajo el velo de la adulacion. Los conjurados, habiéndose reunido una noche en casa de Bruto, resolvieron matarle el día de las idus en el pórtico de Pompeyo, donde habia de celebrarse junta del senado.

A proporcion que se acercaba el instante, mostraba César menos atencion á los consejos de la amistad y de la prudencia. Ejerciendo un poder usurpado en una república, celosa de sus derechos, y entre los amigos de Pompeyo vencidos por él, nunca quiso tener guardia. «Mas, vale,

»decia, morir una vez, que tem-
»blar muchas.» A los que le aconsejaban que desconfiase de Bruto, respondia: «Yo lo conozco: el
»asesinato le pareceria una vic-
»toria demasiado fácil para su
»valor.» Cenando la noche antes de las idus en casa de Lépido, recayó la conversacion sobre el jénero de muerte que era preferible, y César dijo: *la mas pronta y la menos prevista.*

EJECUCION DE LA CONJURACION.

—El día en que iba á terminar su carrera, llegó su mujer Calpurnia, turbada por un sueño en que habia creido verle asesinar entre sus brazos, se arrojó á sus pies y le suplicó que no saliese de su casa en un momento que tantos presajios señalaban por infausto. La grande alma de César, conmovida por los temores del amor, vaciló un momento, y en fin, cediendo á las lágrimas de su esposa, resolvió dejar para otro día la reunion del senado. Décimo Bruto, uno de los conjurados, que entró entonces en su casa, previendo que la tardanza podria trastornar todo el proyecto, le representó el ultraje que haria al senado reusando venir á él cuando le esperaba para coronarle, y la mancha que caeria sobre su gloria si por un sueño de Calpurnia in-

sultaba al primer cuerpo del estado. César salió: mas parece que la fortuna quiso avisarle en el camino el precipicio en que iba á caer.

Habiendo encontrado al adivino Spurina, que le habia pronosticado desgracias, le dijo: «Ya han llegado los idus de marzo.» — «Es verdad, replicó Spurina; pero aun no han pasado.»

Un esclavo que iba á advertirle el riesgo que le amenazaba, no pudo atravesar su numerosa comitiva.

Artemidoro, filósofo griego, que tenia intimidad con los principales conjurados, y habia penetrado su secreto, poniéndose entre los que presentaban memoriales á César, le entregó un escrito, donde estaban detalladas todas las circunstancias de la conspiracion, y le dijo: «Léelo pronto: te interesa y urge.» César, rodeado de tantos personajes y negocios, no tuvo lugar de leerlo, y cuando entró en el senado lo llevaba todavia consigo.

Los conspiradores que le esperaban encubrian bajo la mas profunda serenidad los movimientos diversos de que eran agitados. La vista mas penetrante no habria podido adivinar por su ademan el terrible golpe que

meditaban. Estaban ocupados con la mayor presencia de ánimo en la discusion de los negocios públicos, y como uno de los senadores contradijese un dictamen de Bruto con la recomendacion de César, «el mismo César, respondió el pretor, no podrá impedirme que obre conforme á la ley.»

Desde que llegó el dictador, la mayor parte de los conjurados salieron á recibirle, segun estaban convenidos, y lo acompañaron hasta su silla curul, mientras otros entretenian á Antonio, su amigo y su colega en el consulado, con el pretexto de comunicarle un negocio importante.

MUERTE DE CÉSAR.—(A. M. 3958.—A. C. 46.) Mientras que César caminaba á su asiento, el senador Popilio Leno, de quien se sabia que estaba iniciado en la conspiracion, se acercó á él y le habló al oido. Esparcióse un terror repentino sobre todos los conjurados, y creyéndose vendidos echaban ya mano á sus puñales para darse la muerte; pero Bruto, conociendo en el rostro de Popilio mas señas de suplicante que de acusador, aseguró á sus cómplices con una mirada. Apenas se sentó el dictador, Cimbro se arroja á sus pies, pidién-

dole la restitucion de su hermano que estaba desterrado: los demás conspiradores rodean á César para apoyar la peticion: el dictador la niega, é incomodado de las instancias quiere levantarse: Cimbro le detiene por el vestido, que era la señal convenida. César esclama: «esta es violencia y no ruego.» Casca, situado detrás de la silla, le hiere en la espalda, pero ligeramente: su mano temblaba del mismo golpe que queria ejecutar. *Malvado Casca, ¿qué haces?* le dijo César volviéndose á él, y al mismo tiempo le atravesó el brazo con un punzon de escribir en cera. Casca implora el socorro de su hermano: todos los conjurados sacan los puñales: César se arroja sobre ellos, separa á los unos, derriba á los otros hasta que recibe una puñalada en el pecho. Ni la sangre que vierte, ni los aceros que brillan á su vista, aterran su valor: se defiende, aunque cercado y sin armas, como un leon furioso y herido; pero en el momento que vió á Bruto sepultarle el puñal en el costado, exclamó jimiendo: *¡tú tambien, hijo mio!* Deja de resistir, cubre la cabeza con su manto, baja la túnica para morir con decencia, recibe sin dar un ay todos los golpes que le

asesan, y por una casualidad extraordinaria cae y muere al pie de la estatua de Pompeyo.

TUABACION EN ROMA.—Mientras los conjurados inmolaban á la ambicion, á la venganza ó á la república esta victima, el senado, horrorizado, permanecia inmóvil y en silencio, no atreviéndose ni á favorecer á los conjurados ni á defender al dictador. Ni se atrevian á habitar ni á huir; pero cuando César hubo echado el último suspiro, y Bruto levantando el puñal ensangrentado dirigió la palabra á Ciceron, y quiso arengar al senado, todos sus individuos, temiendo comprometerse con la aprobacion ó censura de aquel asesinato, salieron precipitadamente de la curia. Antonio, Lépido y los amigos de César, helados de temor, se despojaron de las insignias de sus dignidades y buscaron asilos para librarse de la muerte que creian segura. Los conjurados, seguidos de algunos ciudadanos y muchos gladiadores, se retiraron al Capitolio y se fortificaron en él. La noticia del asesinato se estendió rápidamente por la ciudad y con ella el terror: las tiendas se cerraron: el foro quedó desierto: los ciudadanos medrosos se encerraron en sus hogares: y el cadáver de

César, aislado en medio de la capital del mundo, que parecía entonces un desierto, fué llevado por tres esclavos á casa de ■ desgraciada Calpurnia.

Segun las máximas y leyes de la república, el que queria aspirar á ■ soberanía era un enemigo de la patria, entregado á los golpes de los ciudadanos. Como dueño del estado, César debía ser condenado. Un asesinato suplía á la impotencia de la justicia. Pero si Roma no podia ya permanecer libre; si necesariamente habia de sufrir la ley de un ambicioso, porque las costumbres y los principios, que son los apoyos de la libertad, estaban ya destruidos; si el ejemplo de Sylla, ■ las riquezas enormes y el crédito de algunos particulares, debian tarde ó temprano trocar la república en monarquía; César ¿no merecia que su dominacion fuese preferida á nuevas guerras civiles? La accion de Bruto matando á su bienhechor y amigo, con la esperanza quimérica de salvar el estado, es un rasgo del fanatismo republicano, cuyos excesos semejan mucho á los del fanatismo religioso.

RETRATO DE CÉSAR. — César murió á los cincuenta y seis años de su edad. Hasta los cuaren-

ta y dos no habia salido de la esfera de un simple particular; y sin embargo ya se adivinaba y temia su dominacion. En catorce años conquistó el mundo: nadie le igualó en talento, ambicion y fortuna. Ningun jeneral ha sabido ganar como él el afecto de los soldados: le tenian tanto cariño como los antiguos romanos á la república: el valor que les inspiraba era invencible. Acilio, uno de sus jenerales, al abordar un buque enemigo, vió cortada su mano derecha, y continuó peleando y derribando con su escudo los contrarios que se le oponian: se lanzó al bajel y lo tomó. Cerca de Dirraquio, Casio Scea, habiéndole saltado un ojo, con la espalda y el muslo heridos, y clavadas en el escudo treinta flechas, llamó en voz alta á sus enemigos: estos acndieron creyendo que queria rendirse; Casio, con la rodilla en tierra, mató á los que se le acercaron; los demás huyeron dejándole vencedor y rodeado de víctimas. Petronio, cercado de enemigos, fué prisionero de Scipion que le ofreció la vida. « Los soldados de » César, replicó Petronio, la dan » y no la reciben: » y se atravesó con su espada.

Antes de la guerra civil, cuando Pompeyo, Scipion y Caton

escitaban al senado á reusar al conquistador de las Galias la prolongacion del mando, un oficial, que traia pliegos suyos, puesta la mano en la empuñadura de la espada, dijo á los senadores: «Si negais á César el mando que desea y merece, este acero se lo dará.»

La naturaleza y la fortuna habian favorecido igualmente á César. Su estatura era elevada, su tez muy blanca, su cabeza oval, su rostro lleno y colorado, sus ojos negros y vivos, su talle airoso. Tenia una constitucion robusta, que solo alteraron algunos ataques de epilepsia. Su ademán era gracioso y noble, su voz sonora, sus movimientos llenos de dignidad: y aunque era tan duro é infatigable en los ejercicios como intrépido en el peligro, nadie se entregó como él al cuidado de su hermosura y á los placeres. Quería agradar tanto como mandar: llevaba siempre vestidos suntuosos y telas finas con franjas magníficas: á su adorno añadía perlas muy bellas y piedras las mas preciosas. Tenia en su palacio muchas pinturas y estatuas de los mas insig-
nes profesores.

Su tienda, ya en los bosques de Germania, ya en los arenales del Africa, tenia tapices brillan-

tes y almoadas blandisimas. En su casa reinaba el orden mas regular y aun minucioso. Una vez cargó de prisiones á su panadero por haber servido á sus convidados un pan diferente que á él. Jamás estrechó su cinto, anuncio de la extraordinaria disolucion de sus costumbres. Dominado por la diosa de la cual presumia descender, sedujo á Postumia, esposa de Sulpicio; á Lolia, de Gabinio; á Tertulia, de Craso, y á Mucia, de Pompeyo, que le llamaba el Ejisto de su familia. La que amó mas fué Servilia hermana de Caton y madre de Marco Bruto: le regaló una perla valuada en seis millones. Tuvo tambien amorios con Eunoë, reina de Mauritania y con la famosa Cleopatra.

Sus soldados se burlaban con libertad de sus disoluciones, y alrededor de su carro de triunfo cantaron: «Romanos: guardad vuestras mujeres. Aquí os traemos este calvo, que ha seducido las mujeres galas con el oro de sus maridos.» Aunque desenfrenado en sus amores, no conoció los excesos de la mesa. Caton decia de él, que era el primer hombre sóbrio que habia formado el plan de arruinar una república.

César sabia que el oro era tan

necesario como el hierro para conquistar el mundo: así, en vez de imitar la justicia de los Fabricios, Paulo-Emilios y Scipiones, juntó inmensas riquezas con sus latrocinios, superó en el arte de la rapiña á todos los prócsules de su tiempo, le sacó á Ptolemeo seis mil talentos, robó todas las ciudades, despojó todos los templos, sacó tres mil libras de oro del Capitolio, y vendió sin pudor muchos reinos.

Superior en todos los jéneros, dominaba á sus rivales por la elocuencia, así como los vencía con las armas: y Ciceron, celebrando la nobleza, elegancia y armonía de su estilo, á un mismo tiempo natural, fino y fecundo, escribia á sus amigos que nadie podia disputarle la palma oratoria. «Sus comentarios, añadía, merecen el elogio de todos los hombres de gusto. Su modo de escribir obligará á sus competidores á quemar sus plumas. Su narracion es sencilla, llena de gracia y sencillez, sin ornato que el de una simple túnica, medio puesta.»

En su juventud compuso un elogio de Hércules, una tragedia titulada *Edipo*, y una coleccion de máximas. Augusto prohibió que se publicasen estas obras por ser muy incorrectas;

pero permitió dos libros sobre la *Analogia* y el *Viaje*, poema que compuso en los veinticuatro dias que duró la guerra de España.

Ciceron tuvo el valor de escribir durante su dictadura un elogio de Caton. César le respondió con una obra en dos libros, titulada el *Anticaton*: y compitiendo urbanamente con el primer orador de Roma, le elevó en dicha respuesta sobre el mérito de Pericles.

Solicitó el consulado para Calvo, que habia escrito epigramas contra él, y alojó en su palacio al padre del poeta Cátulo, que lo habia difamado en su sátira.

Un senador, burlándose de sus costumbres tan afeminadas, como su valor era varonil, le dijo que no seria fácil á una mujer tiranizar hombres. César le respondió: «Acuérdale que Semíramis subyugó el Oriente, y las amazonas conquistaron Asia.» Este hombre, á quien comparaban con una mujer, manejaba las armas con mas destreza que todos los soldados romanos: domaba los caballos mas fogosos, marchaba con la cabeza desnuda al sol y al hielo, caminaba cincuenta leguas al dia ó á caballo ó en carroza, y atravesaba á nado los rios mas rápidos.

Su espíritu era tan pronto como su espada: dictaba á la par á muchos secretarios y en diferentes idiomas: fué el inventor de la cifra para los secretos políticos. Componía versos á caballo, escribía pliegos en su carroza, redactaba sus comentarios en su tienda, y meditaba leyes haciendo la guerra.

Cruel para aterrar, se mostraba clemente para dar confianza á los vencidos: concedió la vida á Domicio su enemigo, que debía sucederle en el gobierno de las Galias. Respetando la gratitud para inspirarla, permitió á muchos oficiales suyos que se reuniesen á Pompeyo, de quien habían recibido beneficios.

Para probar la suma bondad y el gran corazón de César, vamos á citar un ejemplo, y es la causa criminal del guerrero y faccioso Ligario. Este romano altivo, contra quien el dictador tenía grandes y justos resentimientos personales, fué acusado y citado en juicio por haber tomado las armas contra él. El encargado de su defensa fué el descolliante y elocuente Cicerón. Mientras duraba el escordio, acalorado y lleno de imágenes brillantes, el dictador recorría con aire bastante distraído los papeles que acababan de en-

tregarle, en donde se probaba mas patentemente el delito. Preocupado é indiferente, parecia resistirse contra la elocuencia incisiva del príncipe de los oradores; pero este, redoblando sus esfuerzos, consiguió al fin ablandarle, conmoverle, terminando su aranga con estas hermosas y notables palabras: «César: la bondad es la mas sublime de todas tus virtudes! Solo perdonando y derramando la ventura alrededor de sí, es como pueden los mortales semejarse á los dioses. El poder de hacer hombres felices es el privilegio mas bello de tu alta fortuna; y la voluntad para hacerlos es el rasgo mas noble de tu carácter. César: yo me calló; el resto dígatele tu corazón!»

Entonces, dejando César caer los papeles que tenía en las manos, vertió lágrimas de ternura, y perdonó á Ligario.

Al principio de la guerra civil, Pompeyo habia declarado que trataria como enemigos á los que no abrazasen su causa: César, mas prudente, proclamó que serian amigos suyos los que permaneciesen neutrales, y así ganó á los inciertos y á los tímidos, que compondrán siempre el mayor número.

Profundo político, orador elocuente, historiador verídico, soldado intrépido, gobernador instruido, vencedor jeneroso, presentado por la fortuna y coronado por la gloria, César, á quien comunmente no se alaba sino como el primero de los jenerales y el mas célebre de los conquistadores, fué un hombre universal. Su jénio era vasto como el mundo que sometió; pero

así como admirando las pirámides de Egipto, lamentamos que hayan costado tanta sangre y oro sin utilidad ninguna para el jénio humano, así sentimos al contemplar á César, cuyo nombre ha atravesado tantos siglos, que su grandeza colosal, funesta á los hombres y fundada sobre las ruinas de la república, no haya tenido por base la virtud.

FIN DEL TOMO NONO.

ÍNDICE

DE LOS LIBROS, CAPITULOS Y MATERIAS

CONTENIDOS EN ESTE VOLUMEN.

CONTINUA EL LIBRO UNDECIMO.

CAP. X. — MARIO Y SYLA. — Causa de la fuerza militar de Roma. — Establecimiento de la provincia narbonense. — Guerra de Numidia. — Retrato de Iugurta. — Tratado entre Calpurnio y Iugurta. — Táctica de Iugurta. — Batalla entre Iugurta y Metelo. — Retirada de Mario. — Retrato de Mario. — Consulado de Mario. — Asaños de Mario. — Cuestura de Sylla. — Muerte de Iugurta. — Batalla de Acus Sextius. — Batalla de Vercelas. — Odio entre Sylla y Mario. — Alianza de Cinna y Mario. — Muerte de Mario. — Muerte de Cinna. — Venganza del joven Mario. — Entrada de Sylla en Roma: su venganza. — Muerte del cónsul Carbon. — Crímenes de Catilina. — Dictadura perpétua de Sylla. — Su retrato. — Su gobierno. — Su consulado. — Primera defensa de Ciceron. — Abdicacion de Sylla. — Muerte de Sylla.

5

CAP. XI. — POMPEYO. — Pompeyo encargado de la guerra contra Sertorio. — Guerra civil entre Metelo y Sertorio. — Victoria de Metelo en Andalucía. — Turbulencias en Roma. — Revolucion en España. — Muerte de Sertorio. — Castigo y muerte de Perpenna. — Segunda guerra de Mitridates. — Asaños del joven Caton de Utica. — Pretura de Marco Craso. — Derrota y muerte de Spartaco. — Retrato de Lúculo. — Derrota de Mitridates. — Batalla entre Lúculo y Tigranes. — Derrota de Tigranes. — Sedicion en el ejército de Lúculo. — Vuelta y muerte de Lúculo en Roma. — Retrato de Pompeyo. — Sus asaños. — Su diestra política. — Su guerra con los corsarios de Sicilia. — Guerra entre Pompeyo y Mitridates. — Vida de Mitridates. — Nuevas asaños de Pompeyo. — Traicion de Stratónica. — Reduccion de la Siria á provincia romana. — Conjuracion de Rulo y Catilina. — Retrato de Ciceron. — Sus obras. — Su acusacion contra Verres. — Destierro de Verres. — Edilidad de Ciceron. — Ceguedad de Ciceron contra Catilina. — Defensa de Ciceron por Oton. — Conjuracion de Catilina. — Retrato de Catilina. — Sus primeros crímenes. — Sus satélites. — Su exclusion del consulado.

— Su complot con Antronio y Cneio Pison. — Su arenga á los conjurados. — Juramento terrible. — Complot descubierto. — Crímenes de la cortesana Sempronia. — Complot contra Ciceron. — Osadía de Catilina en el senado. — Arenga de Ciceron á Catilina. — Defensa de Catilina. — Sus preparativos ostiles. — Discurso de César en el senado. — Réplica de Caton. — Derrota y muerte de Catilina. — Ciceron nombrado padre de la patria. — Triunfo de Pompeyo. . . .	55
CAP. XII. — CÉSAR. — Rivalidad de Pompeyo y de César. — Sacerdote de Cayo Julio César. — Su huida á Bitinia. — Su vuelta á Roma. — Su nombramiento de tribuno militar. — Su fama por la elocuencia. — Su pontificado. — Union de Cesar y Pompeyo. — Temeridad de Publio Clodio. — Repudiacion de Pompeya. — Clodio llamado á juicio y absuelto. — Triunvirato de Craso, César y Pompeyo. — Partida de César á España. — Conquista de la España por César. — Vuelta de César á Italia. — Su consulado. — Inquietud de Ciceron. — Ambicion de Cesar y Pompeyo. — Primer triunvirato. — Dominio de César. — Su habilidad política. — Tirania de los triunviro. — Salida de Ciceron contra César. — Gobierno de César en las Galias. — Destierro de Ciceron.	109
CAP. XIII. — Partida de César para las Galias. — Guerra de los helvecios y batalla de Bibracte. — Derrota y retirada de los helvecios. — Guerra con los galos. — Guerra con Ariovisto, rey de los suevos. — Desaliento del ejército de César. — Arenga de César á sus oficiales. — Victoria de César contra los galos. — Vuelta de Ciceron á Roma. — Guerra con los belgas. — Guerra con los venetos. — Llegada de Marco Antonio cerca de César. — Guerra con los germanos y britanos. — Guerra con los treviro. — Guerra de Vercingetórix. — Sumision de los gilos. — Victoria de Ciceron sobre los partos. — Arenga de César á sus soldados. — Guerra civil entre César y Pompeyo. — Paso del Rubicon. — Sitio y rendicion de Marsella. — Peligro de César. — Batalla de Dirraquio y Farsalia. — Batalla de Zela. — Guerra de Africa y batalla de Tapso. — Muerte de Caton. — Guerra de España y batalla de Munda. — Fin de la carrera militar de César. — Conjuracion contra César. — Valor de Porcia, mujer de Bruto. — Conjurados — Ejecucion de la conjuracion. — Muerte de César. — Turbacion en Roma. — Retrato de César. . . .	123



BIBLIOTECA
DE DERECHO





